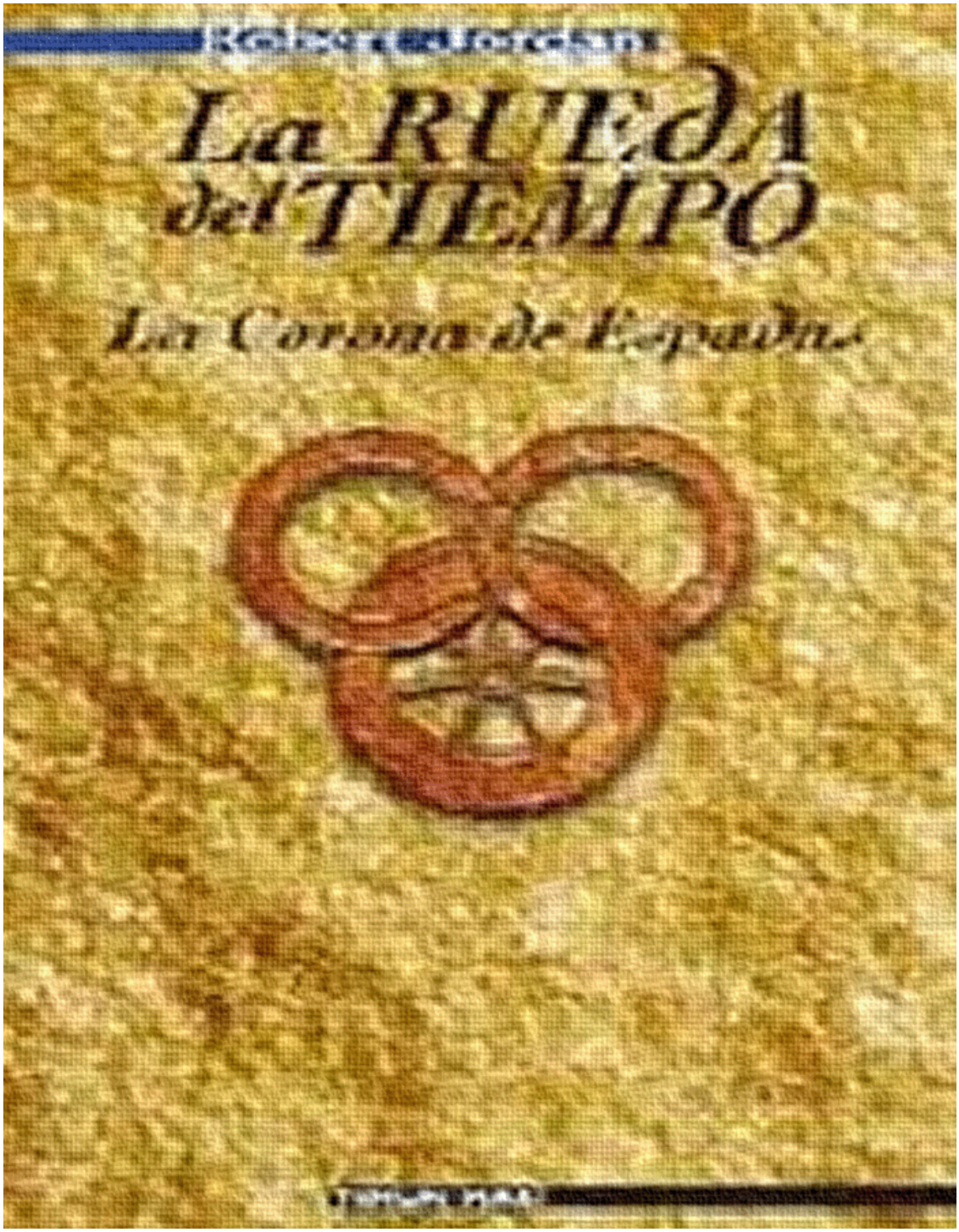
LA RUEDA DEL TIEMPO 11
La Corona de Espadas
Robert Jordan



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Harriet
El mérito, de nuevo, es suyo

«No podemos tener salud ni nada bueno puede crecer,
pues la tierra es una con el Dragón Renacido
y él es uno con la tierra. Alma de fuego, corazón de piedra,
altivo conquista y obliga a los altivos a doblegarse.
Conmina a las montañas a que se arrodillen,
a los mares a que le abran paso,
y al propio firmamento a que le rinda pleitesía.
Ojalá el corazón de piedra recuerde el llanto
y el alma de fuego, el amor.»

Fragmento de la controvertida traducción
de *Las Profecías del Dragón*
por la poetisa Kyera Termendal, de Shiota,
supuestamente publicada entre el 700 y el 800 AL

CAPÍTULO 1

Diamantes y estrellas

Merana seguía a Cadsuane todo lo cerca que se atrevía. Le quemaban cientos de preguntas en la punta de la lengua, pero Cadsuane no era la clase de mujer a la que uno pudiera tirar de la manga para llamar su atención. Ella decidía en quién reparaba y cuándo darse por enterada de su presencia. También Annoura guardaba silencio; las dos seguían los pasos de la otra mujer a lo largo de los pasillos de palacio, descendiendo tramos de escaleras, al principio de mármol pulido y después de simple piedra oscura. Merana intercambió una mirada con la hermana Gris y sintió una fugaz zozobra. No conocía realmente a la mujer, pero Annoura exhibía la actitud firme de una joven que acude al emplazamiento de la Maestra de las Novicias, resuelta a mostrarse valiente. Pero no eran novicias; ni tampoco unas jovencitas. Abrió la boca... y volvió a cerrarla, intimidada ante la vista del flojo moño gris que se mecía delante de ella, adornado con colgantes de lunas, estrellas, pájaros y peces. Cadsuane era... Cadsuane.

Merana sólo había hablado con ella en una ocasión, siendo novicia, o, más bien, había escuchado lo que tuvo a bien decirle. Las hermanas de todos los Ajahs habían acudido para ver a la mujer, llenas de un respeto reverencial que no podían disimular. Antaño, Cadsuane Melaidhrin había sido el punto de referencia por el que se establecía el potencial de cada mujer cuyo nombre se incorporaba al libro de novicias. Hasta la llegada de Elayne Trakand, ninguna de las admitidas en la Torre Blanca había igualado —y mucho menos superado— ese nivel. En más de un sentido, no había habido otra Aes Sedai como ella desde hacía mil años. No se sabía de ninguna Aes Sedai que no hubiese aceptado el nombramiento como Asentada; sin embargo, se comentaba que ella lo había rechazado y, al menos, en dos ocasiones. También se decía que había rehusado el ascenso a cabeza del Ajah Verde. Se contaba que en una oportunidad había desaparecido de la Torre durante diez años porque la Antecámara se proponía nombrarla Amyrlin. Amén de que Cadsuane tampoco había pasado en Tar Valon un día más de lo estrictamente necesario. A la Torre habían ido llegando noticias sobre ella, historias que dejaban boquiabiertas a la mayoría de las hermanas, aventuras que hacían estremecer a todas aquellas que soñaban con alcanzar el chal. Acabaría siendo una leyenda entre las Aes Sedai, si es que no lo era ya.

El chal llevaba veinticinco años cubriendo los hombros de Merana cuando Cadsuane anunció que se retiraba. Por aquel entonces, su cabello era ya totalmente gris, de modo que todo el mundo la daba por muerta cuando estalló la Guerra de Aiel un cuarto de siglo después. Pero cuando aún no hacía tres meses que se había desatado el conflicto, Cadsuane reapareció, acompañada por dos Guardianes, hombres ya muy entrados en años pero todavía duros como el acero. Se rumoreaba que Cadsuane había tenido más Guardianes a lo largo de su vida que zapatos las otras hermanas. Después de que los Aiel se retiraran de Tar Valon, ella hizo otro tanto, pero había quienes decían, y no del todo en broma, que Cadsuane no moriría mientras quedase una chispa de aventura en el mundo.

«Y ése es el tipo de estupidez que se propaga entre las novicias —se recordó firmemente Merana—. Con el tiempo hasta nosotras morimos.» Y, sin embargo,

Cadsuane seguía siendo Cadsuane. En consecuencia, resultaba tan impensable que ella no fuera una de las hermanas que habían aparecido en la ciudad después de haber apresado a al'Thor como que el sol no se pusiera de noche. Merana movió los brazos para ajustarse el chal y entonces recordó que lo tenía colgado en una percha de su habitación. Ridículo. No necesitaba nada material que le recordara quién era. Si al menos hubiese sido otra y no Cadsuane...

Dos Sabias que se encontraban en la intersección del pasillo con otro lateral las siguieron con la mirada mientras pasaban, los claros ojos muy fríos y la expresión pétrea de los semblantes bajo los oscuros pañuelos ceñidos a la frente. Eran Edarra y Leyn. Ambas podían encauzar y con mucha fuerza; habrían llegado muy arriba si de muchachas hubiesen acudido a la Torre. Cadsuane pasó ante las Sabias sin que en apariencia reparara en el gesto desaprobador de las espontáneas. Por el contrario, Annoura sí lo hizo y frunció el entrecejo y refunfuñó al tiempo que las finas trenzas de su cabello se mecían al sacudir la cabeza. Merana mantuvo la vista clavada en las baldosas del suelo.

Indudablemente iba a recaer sobre ella la difícil tarea de explicar a Cadsuane el... compromiso al que habían llegado con las Sabias la noche anterior, antes de que las otras y ella fueran conducidas a palacio. Annoura no estaba enterada —no había tomado parte en ello— y Merana albergaba pocas esperanzas de que Rafela o Verin se dejaran ver, o cualquier otra a quien pudiera enjaretar de alguna forma ese cometido. En cualquier caso era, en cierto modo, un acuerdo de compromiso mutuo, y quizás el mejor que podía esperarse dadas las circunstancias, pero aun así albergaba serias dudas de que Cadsuane lo considerara desde ese punto de vista. Ojalá no fuera ella quien tuviera que convencerla de lo contrario; preferiría servir el té a aquellos malditos hombres durante todo un mes. Ojalá no hubiese soltado tanto la lengua con el joven al'Thor. Saber el motivo por el que la había obligado a servir el té no hacía más pasadero el hecho de que la hubiese aislado, privándola así de cualquier ventaja que pudiese tener a cambio. Era preferible pensar que había quedado atrapada en un remolino del Entramado por la atracción de un *ta'veren* que creer que los ojos de un joven, semejantes a pulidas gemas azul grisáceas, la habían hecho balbucear de puro terror; pero en cualquier caso, le había servido en bandeja todas las ventajas. Ojalá...

Desear que las cosas hubiesen sucedido de otro modo era propio de niños. Ella había negociado innumerables tratados, muchos de los cuales habían tenido el resultado que se buscaba; había puesto fin a tres guerras y había frenado otras dos docenas antes de que se iniciaran; se había enfrentado a reyes, reinas y generales y los había hecho entrar en razón. Con todo... Se sorprendió prometiéndose a sí misma que no pronunciaría una sola palabra de queja por mucho que ese hombre la hiciera interpretar el papel de sirvienta con tal de que Seonid o Masuri o Faeldrin o cualquier otra aparecieran de repente en la próxima esquina del pasillo. ¡Luz, ojalá pudiera cerrar los ojos y al abrirlos descubrir que todo lo ocurrido desde su partida de Salidar había sido un mal sueño!

Sorprendentemente, Cadsuane las condujo al pequeño cuarto que Bera y Kiruna compartían en el sótano del palacio, la zona donde vivían los sirvientes. Una ventana angosta, abierta en la parte alta de la pared pero que estaba al mismo nivel del empedrado del patio exterior, dejaba pasar un haz de luz, si bien la penumbra hacía parecer lóbrega la habitación. Capas, alforjas y unos pocos vestidos colgaban de perchas clavadas en las amarillentas paredes encaladas. El desnudo suelo de madera estaba marcado de muescas y estrías, aunque se advertía el esfuerzo realizado para alisarlas e igualarlas. En un rincón había una mesita redonda y destartalada, y en otro, un palanganero también desvencijado, con una jofaina y un aguamanil desportillados. Los

ojos de Merana se dirigieron hacia la pequeña cama. No parecía mucho más estrecha que la que ella se veía obligada a compartir con Seonid y Masuri, dos puertas más allá. Dicha habitación era quizás un metro más amplia por cada lado, pero en ningún caso se podía considerar adecuada para ser utilizada por tres personas. Coiren y las demás que todavía seguían retenidas en las tiendas Aiel probablemente gozaban de más comodidades a pesar de su condición de prisioneras.

Bera y Kiruna tampoco se encontraban allí, pero sí Daigian. Era una mujer rellenita, de tez pálida y cabello negro y largo, que llevaba una fina cadena de plata ceñida a las sienes, con un ópalo colgando sobre la frente. Su oscuro vestido cairhienino estaba adornado con cuatro finas franjas de color a través del corpiño, así como cuchilladas en la falda, ésta blanca, el color de su Ajah. Era la hija pequeña de una de las casas menores y a Merana siempre le recordaba una paloma buchona. Cuando Cadsuane entró, Daigian se puso de pie en actitud expectante.

En la habitación sólo había una silla, que en realidad no era más que una pequeña banqueta con un respaldo ridículo. Cadsuane se acomodó en ella y suspiró.

—Té, por favor —pidió—. Dos sorbos del mejunje que sirvió ese chico y podría haber utilizado la lengua para suela de zapatos.

El brillo del *Saidar* envolvió de inmediato a Daigian, aunque débilmente, y una tetera desportillada se elevó de la mesa en la que estaba; inmediatamente flujos de Fuego calentaron el agua mientras Daigian abría una lata de té.

Al no disponer de otra opción, Merana tomó asiento en la cama, se arregló la falda y buscó una postura cómoda en el colchón lleno de bultos mientras intentaba poner en orden sus ideas. Ésta podía muy bien ser una negociación tan importante o más que cualquiera que hubiese realizado en su vida. Al cabo de un momento, Annoura se sentó a su lado, al borde del colchón.

—Deduzco por tu presencia, Merana, que los cuentos que corren respecto a que el chico se ha doblegado a Elaida son totalmente falsos —dijo inesperadamente Cadsuane—. No te sorprendas, pequeña. ¿Acaso creías que ignoraba tus... asociaciones? —Dio una entonación a esa última palabra que pareció tan malsonante como cualquier improperio soldadesco—. ¿Y tú, Annoura?

—Estoy aquí únicamente para aconsejar a Berelain, aunque lo cierto es que no ha hecho caso a mis consejos al venir a esta ciudad. —La mujer tarabonesa mantuvo la cabeza erguida y un tono de voz firme. Sin embargo, no dejaba de frotarse los pulgares. No serviría para estar presente en la mesa de negociaciones si resultaba tan transparente—. En cuanto al resto —agregó prudentemente—, aún no he tomado una decisión.

—Una actitud juiciosa —murmuró Cadsuane mientras dirigía una mirada penetrante a Merana—. Aparentemente, son demasiadas las hermanas que en los últimos años han olvidado que tienen cerebro. O criterio. Hubo un tiempo en que las Aes Sedai tomaban una decisión tras deliberar tranquilamente, sin precipitarse, anteponiendo siempre el bien de la Torre a todo lo demás. No hay más que recordar lo que le pasó a la joven Sanche por enredarse con al'Thor, Annoura. Si uno se acerca demasiado al fuego de una forja puede acabar sufriendo graves quemaduras.

Merana levantó la barbilla y movió el cuello para aflojar la tensión. Al caer en la cuenta de lo que hacía, se obligó a detenerse. Esa mujer no estaba tan por encima de ella. Realmente no. Sólo más alta que cualquier otra hermana.

—Si se me permite preguntar... —comenzó. Sonaba demasiado tímido, inseguro, pero sería peor callarse y empezar de nuevo la frase—, ¿cuáles son tus intenciones, Cadsuane? —Se debatió para mantener una actitud digna—. Obviamente, te has mantenido... apartada de todo hasta ahora. ¿Por qué has decidido... ponerte en contacto

con al'Thor en este preciso momento? Te mostraste muy poco... diplomática con él.

—Sí, habría dado igual que lo abofetearas —comentó Annoura.

Merana enrojeció ligeramente. De ellas dos, Annoura tendría que haber sido la que lo estuviese pasando peor con Cadsuane; sin embargo, no era ella la que hablaba entre balbuceos. Cadsuane sacudió la cabeza con actitud compasiva.

—Si quieres saber de qué pasta está hecho un hombre, debes fustigarlo en aquello que no espera. Ese chico tiene muy buena pasta, creo, pero va a resultar difícil. —Unió las manos por las yemas de los dedos y su mirada pasó por encima de las otras dos mujeres, hacia la pared, como absorta—. Dentro de él arde una ira lo bastante intensa para abrasar el mundo y la sujeta con un hilo. Presiónalo demasiado y... ¡Pum! Aún no es tan duro como Logain Ablar o Mazrim Taim, pero sí cien veces más difícil, me temo.

Oír aquellos tres nombres juntos hizo que a Merana se le pegara la lengua al paladar.

—¿Has visto a los dos? ¿A Logain y a Taim? —inquirió Annoura mirándola de hito en hito—. Por lo que he oído, Taim es seguidor de al'Thor.

Merana se las ingenió para reprimir un suspiro de alivio. Los rumores sobre los pozos de Dumai aún no habían tenido tiempo de propagarse. Pero lo harían.

—También yo tengo oídos para los rumores, Annoura —replicó Cadsuane con acritud—. Aunque desearía no tenerlos, por lo que me he enterado sobre esos dos. Todo mi trabajo echado a perder para tener que volver a realizarlo. El de otras también, aunque yo hice mi parte. Y además están esos chaquetas negras, esos Asha'man. —Cogió la taza que le ofrecía Daigian, sonrió afectuosamente y le dio las gracias.

La rellenita Blanca pareció a punto de hacer una reverencia, aunque se limitó a retirarse a una esquina del cuarto. Había estado como novicia y Aceptada durante más tiempo que cualquier otra que se recordara, se le había permitido permanecer en la Torre por muy poco, se había ganado el anillo por un pelo y el chal aun por menos.

—Fue la aparición de Logain, prácticamente en la puerta de mi casa, la que me indujo a abandonar mis rosas —continuó Cadsuane, que de repente se puso a charlar amigablemente mientras soplaba su taza de té—. ¡Bah! Hasta una refriega en la feria de ganado habría bastado para alejarme de esas condenadas plantas. ¿De qué sirve que una pueda usar el Poder, pero no se valga de él, y cultive diez mil espinas en cada...? ¡Bah! De hecho, me planteé la idea de prestar el juramento de los cazadores del Cuerno, si el Consejo de los Nueve lo hubiese permitido. En fin, fueron unos cuantos meses agradables dando caza a Logain, pero una vez que fue prendido, conducirlo hasta Tar Valon me apetecía tan poco como cultivar rosas. Viajé durante un tiempo para ver qué podía encontrar, quizás un nuevo Guardián, aunque para eso era un poco tarde para que resultara justo para el hombre, supongo. Entonces oí hablar de Taim y me dirigí hacia Saldaea tan deprisa como podía cabalgar. No hay nada mejor para divertirse un poco que un hombre capaz de encauzar. —De repente su voz se endureció, al igual que su mirada—. ¿Alguna de vosotras dos tuvo algo que ver con esa... vileza, justo después de la Guerra de Aiel?

A despecho de sí misma, Merana dio un respingo de desconcierto. Los ojos de la otra mujer insinuaban el tajo y el verdugo.

—¿Qué vileza? No sé a qué te refieres.

La mirada acusadora se abatió sobre Annoura con tal dureza que la mujer casi se cayó de la cama.

—¿La Guerra de Aiel? —inquirió, al tiempo que recobraba el control de sí misma—. Los años posteriores los pasé intentando hacer de la supuesta Gran Coalición algo más que un mero nombre.

Merana observó a Annoura con interés. Muchas hermanas Grises habían corrido

de capital en capital después de la guerra, en un inútil intento de mantener consolidada la alianza que se había formado contra los Aiel, pero ignoraba que Annoura hubiese sido una de ellas. En tal caso, no tenía que ser mala negociadora.

—También yo —dijo con grave compostura. Desde que había salido de Caemlyn tras la pista de al'Thor su dignidad había ido menguando y no le quedaba mucha. La poca que le restaba era demasiado preciosa para perderla. Hizo que su voz sonara sosegada, firme—. ¿A qué vileza te referías, Cadsuane?

La mujer de cabello gris se limitó a desechar la pregunta con un gesto de la mano, como si nunca hubiese sacado el tema a colación.

Durante un instante Merana se preguntó si a Cadsuane no le estaría empezando a fallar la cabeza. Nunca había oído que le ocurriera tal cosa a una hermana, pero la mayoría de las Aes Sedai se retiraban cuando llegaban a la última etapa de su vida, lejos de estratagemas y turbulencias sólo conocidas por las hermanas. Lejos de todo el mundo, las más de las veces. ¿Quién sabía lo que les ocurría antes del final? Una ojeada a la mirada lúcida, firme, que la contemplaba por encima del borde de la taza la sacó de ese error. En cualquier caso, una vileza perpetrada veinticinco años atrás, fuera cual fuese, se convertía en trivial comparada con lo que se enfrentaba el mundo en la actualidad. Además, Cadsuane no había respondido a las primeras preguntas. ¿Qué se proponía? ¿Y por qué en ese momento?

Antes de que Merana tuviera tiempo de plantearlas de nuevo, la puerta se abrió y aparecieron Bera y Kiruna, a las que metió en el cuarto como si fueran ganado Corele Hovian, una delgada Amarilla que tenía aspecto de muchacho, tal vez debido a sus anchas cejas negras y su abundante cabello azabache, que le daba una apariencia un tanto montaraz por muy bien vestida que fuera; siempre iba vestida como para asistir a un baile, con montones de bordados en las mangas y el corpiño, así como en los vuelos de la falda. Apenas había sitio para moverse con tantas mujeres en un espacio tan reducido. Corele siempre tenía una expresión guasona, ocurriera lo que ocurriese, pero ahora exhibía una gran sonrisa que estaba entre la incredulidad y el manifiesto jolgorio. Los ojos de Kiruna centelleaban en un semblante de expresión arrogante, en tanto que Bera echaba chispas, con los labios apretados y el entrecejo fruncido. Hasta que vieron a Cadsuane. Merana supuso que para ellas debía de ser como encontrarse cara a cara con Alind Dyfelle o Sevlana Meseau o incluso Mabrian en Shereed. Los ojos se les salieron de las órbitas, en incluso Kiruna se quedó boquiabierta.

—Te creía muerta —musitó Bera.

—Empiezo a hartarme de oír eso —resopló, irritada, Cadsuane—. La próxima imbécil que repita lo mismo va a pasarse chillando una semana.

Annoura bajó la vista al suelo y observó las punteras de sus zapatos como si fueran lo más interesante del mundo.

—Jamás imaginarías dónde encontré a estas dos —dijo Corele con su cantarín acento murandiano. Se dio unos golpecitos en la nariz respingona, como solía hacer cuando estaba a punto de soltar un chiste o veía algo jocoso. Un leve tinte rojizo teñía las mejillas de Bera; el sofoco en las de Kiruna era más acentuado—. Bera permanecía sentada tan sumisa como un ratón bajo la vigilancia de media docena de esas espontáneas Aiel, las cuales me dijeron con un atrevimiento increíble que no podía venir conmigo hasta que Sorilea, que por cierto es una pesadilla de mujer colérica, vieja y fea, no hubiese acabado su charla privada con la *otra* aprendiza: nuestra querida Kiruna.

Ahora ya no era un ligero matiz sonrojado. Al oír las palabras de Corele, Kiruna y Bera se habían puesto coloradas hasta la raíz del pelo y evitaban mirar a cualquiera.

Una profunda sensación de alivio invadió a Merana. Ahora no tendría que ser ella quien explicara cómo habían interpretado las Sabias las órdenes del maldito al'Thor de

que las hermanas debían obedecerles. No eran aprendizas realmente; no les impartían ningún tipo de lecciones. ¿Qué podía enseñar un montón de espontáneas, unas salvajes dicho fuera de paso, a unas Aes Sedai? Lo que pasaba era que las Sabias querían dejar claro el puesto de cada cual, nada más. ¿Nada más? Bera y Kiruna podían contar cómo se había reído —¡reído!— al'Thor antes de decir que a él le daba igual y que esperaba que fueran unas alumnas *obedientes.* A ninguna le estaba resultando fácil inclinar la testuz, y a Kiruna la que menos. Empero, Cadsuane no pidió explicaciones.

—Esperaba la comida de un perro —dijo secamente—, pero no un pozal lleno de estiércol. Veamos si lo he entendido bien. Vosotras, pequeñas, que os habéis declarado en abierta rebelión contra una Amyrlin legalmente nombrada, ahora, de algún modo, os habéis asociado con el chico al'Thor y, si estáis recibiendo órdenes de esas Aiel, deduzco que también las recibís de él. —Soltó un gruñido de asco como si se hubiese metido un puñado de ciruelas podridas en la boca. Sacudió la cabeza, miró su taza de té y después clavó de nuevo la mirada en las dos mujeres—. En fin, qué importa una traición más o menos. La Antecámara puede imponeros el castigo de estar de rodillas desde ahora hasta el Tarmon Gai'don, pero solamente puede decapitaros una vez. ¿Qué pasó con las demás, las que están en el campamento Aiel? Supongo que son todas de Elaida. ¿También ellas están en período de... *aprendizaje*? No se nos ha permitido a ninguna de nosotras acercarnos siquiera a la primera hilera de tiendas. Esos Aiel no parecen sentir demasiado aprecio por las Aes Sedai.

—No lo sé, Cadsuane —respondió Kiruna, tan colorada que parecía que se había quemado la cara—. Nos han mantenido separadas.

Merana abrió los ojos como platos. Jamás había oído a Kiruna hablar a nadie con un tono deferente. Bera, por su parte, inhaló profundamente. Ya tenía una postura erguida, pero pareció que se ponía más recta, como si se hubiese quitado de encima una desagradable tarea.

—Elaida no es... —empezó, acalorada.

—Elaida es desmesuradamente ambiciosa, por lo que sé —la interrumpió Cadsuane, que se echó hacia adelante de manera tan repentina que Merana y Annoura retrocedieron a la par a pesar de que no las miraba a ellas—. Y quizá sea una catástrofe a punto de estallar, pero sigue siendo la Sede Amyrlin, proclamada por la Antecámara de la Torre de acuerdo con todas las leyes de la Torre.

—Si Elaida es una Amyrlin legal, ¿por qué no has obedecido su orden de acudir a Tar Valon? —Lo único que delataba la alteración de Bera era la inmovilidad absoluta de sus manos sobre la falda. Sólo un gran esfuerzo para que no asieran la tela con crispación podía conseguir semejante quietud en ellas.

—De modo que al menos una de vosotras tiene un poco de coraje. —Cadsuane rió suavemente, pero en sus ojos no se reflejaba el menor atisbo de júbilo—. Bien, sentaos. Tengo muchas más preguntas que haceros.

Merana y Annoura se levantaron de la cama para dejarles libre el sitio, pero Kiruna se limitó a seguir de pie, observando preocupada a Cadsuane, y Bera miró de soslayo a su amiga y después sacudió la cabeza. Corele puso los ojos en blanco, sonriendo ampliamente por alguna razón, pero a Cadsuane no pareció importarle.

—La mitad de los rumores que me han llegado se refieren a que los Renegados están sueltos —dijo la mujer de cabello gris—. Con todo lo que está pasando, no me extrañaría que fuera así, pero ¿tenéis alguna prueba, ya sea para confirmarlo o para desmentirlo?

Enseguida, Merana se alegró de continuar sentada; enseguida, supo qué sentía la ropa al pasar por el rodillo escurridor de la lavandería. Cadsuane hacía una pregunta tras pregunta, saltando de un tema a otro de manera que nunca se sabía qué vendría a

continuación. Corele guardó silencio excepto para soltar risitas de vez en cuando o para sacudir la cabeza, y Daigian ni siquiera eso, naturalmente. La peor parte se la llevaron Merana, Bera y Kiruna, bien que Annoura no se salvó de la quema. Cada vez que la consejera de Berelain se relajaba, creyendo que ya había acabado con ella, Cadsuane volvía a pasarla por el rodillo.

Quería saberlo todo, desde la autoridad que tenía el chico al'Thor con los Aiel hasta el motivo de que una Señora de las Olas de los Marinos estuviese en un barco anclado en el río; desde si Moraine estaba realmente muerta hasta si era cierto que el chico había descubierto el Talento de Viajar y si Berelain se había acostado con él o tenía intención de hacerlo. Lo que Cadsuane pensó de las respuestas que le daban era totalmente imposible de adivinar, excepto con una de ellas, cuando se enteró de que Alanna había vinculado a al'Thor y cómo. Apretó sus labios hasta formar una fina línea y frunció el entrecejo con la vista clavada en la pared como si quisiera abrirle un agujero. Sin embargo, mientras todas las demás expresaban el más rotundo desagrado, Merana pensó que Cadsuane había comentado que ella misma había considerado la posibilidad de tomar otro Guardián.

Demasiado a menudo las respuestas se limitaban tanto a poner de manifiesto la ignorancia sobre lo que fuera que hubiera preguntado como para que la satisfacieran, pero el hecho de que desconocieran algo no aplacaba el ansia de saber de Cadsuane; la mujer les extraía hasta la última partícula de lo que sabían, incluso cuando una de ellas ignoraba que tenía ese conocimiento. Se las ingeniaron para reservarse ciertos asuntos, la mayoría de los cuales eran temas que requerían mantenerse en secreto; sin embargo, por ese procedimiento salieron a relucir unas cuantas cosas sorprendentes y algunas hasta chocantes, por ejemplo que Annoura había estado recibiendo cartas detalladas de Berelain casi desde el día que la joven emprendió viaje hacia el norte. Cadsuane exigía respuestas, pero ella no daba ninguna, y eso le preocupaba a Merana. Advirtió que las expresiones de los semblantes se iban tornando obstinadas, defensivas y contritas, y se preguntó si la suya sería semejante.

—Cadsuane. —Tenía que hacer otra intentona—. ¿Por qué has decidido interesarte por él ahora?

Una mirada impasible sostuvo la suya y después la mujer de pelo gris volvió a dirigir su atención a Bera y Kiruna.

—Así que se las ingeniaron para raptarlo y sacarlo de palacio —dijo Cadsuane mientras sostenía en alto su taza para que Daigian volviera a llenarla.

A ninguna de ellas se le había ofrecido té. La expresión y el tono de Cadsuane eran tan desapasionados que Merana deseó poder tirarse del pelo. A al'Thor no le agradaría saber que Kiruna había revelado su rapto, aunque hubiese sido inadvertidamente; Cadsuane aprovechaba el menor desliz para tirar de la lengua y sacar más de lo que se tenía intención de decir. Al menos los detalles del maltrato que le dieron no habían salido a la luz. Él había dejado muy claro lo mucho que le desagradaría que tal cosa ocurriera. Merana dio gracias a la Luz de que la mujer no insistiera sobre el mismo asunto mucho tiempo.

—¿Estáis seguras de que se trataba de Taim? ¿Estáis seguras de que esos chaquetas negras no llegaron a caballo?

Bera y Kiruna respondieron, la primera a regañadientes y la segunda con hosquedad, que estaban todo lo seguras que cabía esperarse; lo cierto era que nadie había visto llegar o marcharse a los Asha'man y que el... agujero que los había llevado allí podría haber sido obra de al'Thor. Lo que tampoco resultaba satisfactorio, naturalmente.

—¡Pensad! Ya no sois unas chiquillas tontas. O no deberíais serlo. ¡Bah! Tenéis

que haber reparado en algo.

Merana se sentía enferma. Ella y las otras se habían pasado la mitad de la noche discutiendo el significado de su juramento antes de llegar a la conclusión de que significaba exactamente lo que habían dicho, sin escapatorias. Al final, hasta Kiruna había reconocido que debían defender y apoyar a al'Thor, además de obedecerle, y que mantenerse al margen, aunque fuera al mínimo, era inconcebible. Lo que eso pudiera significar en lo tocante a Elaida y las hermanas leales a ella en realidad no le importaba a nadie. Al menos, ninguna admitía que le importase. El mero hecho de lo que habían decidido ya era bastante perturbador de por sí para ahondar en otras cosas. Sin embargo, se preguntó si Bera o Kiruna se habían dado cuenta ya de lo mismo que ella. Quizá lo único que veían era que se estaban oponiendo a una mujer que era leyenda, por no mencionar que otras hermanas, además de Corele y Daigian, habían decidido seguirla. Por si fuera poco, los ojos de Cadsuane se detuvieron sobre ella un instante, sin revelar nada, exigiendo todo. Peor aún, Merana tenía la certeza de que Cadsuane lo sabía perfectamente.

Min corría presurosa por los pasillos haciendo caso omiso de los saludos de media docena de Doncellas que conocía y pasando junto a ellas sin responder una sola palabra, sin pensar siquiera por un momento que su comportamiento era descortés. Correr con botas de tacón alto no resultaba fácil. ¡Las estupideces que hacían las mujeres por los hombres! No es que Rand le hubiese pedido que llevara ese tipo de botas, pero ella se las puso la primera vez pensando en él, y lo había visto sonreír. Le gustaban. Luz, ¿qué demonios hacía, pensando en botas? Jamás debió ir a los aposentos de Colavaere. Temblorosa, parpadeando para contener las lágrimas, echó a correr.

Como siempre, varias Doncellas, en cuclillas, guardaban las altas puertas adornadas con soles nacientes de oro. Llevaban los *shoufa* por encima de los hombros y tenían las lanzas cruzadas sobre las rodillas; aun así, no había nada de apatía en su actitud. Eran leopardos al acecho de una presa a la que matar. Por lo general, las Doncellas hacían que Min se sintiera intranquila, a pesar de que las mujeres se mostraban muy amistosas con ella. Con su estado de ánimo, ese día no le habría importado si hubiesen llevado puestos los velos.

—Está de muy mal humor —le advirtió Riallin, pero no hizo intención de cerrarle el paso.

Min era una de las pocas personas a las que se les permitía llegar hasta Rand sin ser anunciadas. La joven estiró su chaqueta e intentó calmarse. No sabía muy bien por qué había ido allí, excepto porque Rand la hacía sentirse a salvo. ¡Así la Luz lo abrasara! Jamás había necesitado a nadie para sentirse segura.

Nada más entrar en la habitación se frenó, estupefacta. En un gesto automático cerró la puerta a su espalda. Estaba todo patas arriba. Unos cuantos fragmentos brillantes se aferraban a los marcos de los espejos, pero en su mayor parte yacían esparcidos en pedazos por el suelo. El estrado se encontraba volcado y el trono que se había alzado sobre él se hallaba reducido a astillas doradas, allí donde se había estrellado contra una pared. Una de las lámparas de pie, de pesado hierro bajo la capa dorada, había sido retorcida hasta quedar hecha un nudo. Rand se encontraba sentado en uno de los sillones pequeños, en mangas de camisa, con los brazos colgando y la cabeza echada hacia atrás, los ojos fijos en el techo. Miraba al vacío. Alrededor danzaban imágenes, y halos de colores titilaban y desaparecían; en eso era igual que las Aes Sedai. A Min no le hacían falta los Iluminadores cuando tenía a la vista a Rand o a una Aes Sedai. Él no se movió cuando la joven avanzó hacia el centro de la estancia. Los fragmentos de espejos chascaron bajo los tacones de sus botas. Un humor de mil

Librodot

demonios, desde luego.

Aun así, no sintió ningún miedo. No de él; ni remotamente podía imaginar a Rand haciéndole daño. Sus sentimientos hacia él bastaban para erradicar de su mente casi por completo el recuerdo de los aposentos de Colavaere. Hacía mucho tiempo que se había resignado a estar perdidamente enamorada de él. Era lo único que le importaba: ni el hecho de que fuera un sencillo campesino más joven que ella; ni quién o qué era; ni que estuviese condenado a volverse loco y a morir si antes no lo mataban. «Ni siquiera me importa tener que compartirlo», pensó y aquello le bastó para darse cuenta de hasta qué punto llegaba su entontecimiento por ese hombre si podía mentirse a sí misma. Se había tenido que obligar a aceptar aquello; una parte de él pertenecía a Elayne, como también ocurría con la tal Aviendha, a la que todavía no conocía. «Lo que no puede remediarse ha de soportarse», recordó que decía su tía Jana. Sobre todo cuando a una se le había reblandecido el cerebro. Luz, siempre se había jactado de no perder la cabeza.

Se paró junto a uno de los sillones, donde el Cetro del Dragón se había hincado en la gruesa madera del respaldo con tanta fuerza que la punta sobresalía un palmo por detrás. Enamorada de un hombre que no lo sabía, que la alejaría de su lado si llegaba a darse cuenta de ello. Un hombre que, a buen seguro, la amaba. Y a Elayne y a la tal Aviendha también; en cuanto a eso último, pasó hoja rápidamente. Lo que no puede remediarse... La amaba y se negaba a admitirlo. ¿Acaso creía que porque el demente de Lews Therin Telamon había matado a la mujer que amaba él estaba condenado a hacer lo mismo?

—Me alegro de que hayas venido —dijo Rand de repente, todavía con la mirada clavada en el techo—. Llevo mucho tiempo sentado aquí, solo. Solo. —Soltó una amarga risotada—. Herid Fel ha muerto.

—No —musitó Min—. Ese hombrecillo encantador no. —Las lágrimas acudieron a sus ojos.

—Lo habían despedazado. —La voz de Rand sonaba terriblemente cansada. Y tan vacía—. Idrien se desmayó cuando lo encontró. Permaneció inconsciente la mitad de la noche y, cuando finalmente volvió en sí, su conmoción era tal que apenas hablaba con coherencia. Una de las mujeres de la escuela le dio algo para que durmiera. Se sentía avergonzada por ello. Cuando se presentó ante mí empezó a llorar de nuevo y... Tuvo que ser obra de un Engendro de la Sombra. ¿Quién más despedazaría a un hombre arrancándole miembro a miembro? —Sin cambiar de postura la cabeza, descargó un puñetazo con tanta fuerza sobre el brazo del sillón que la madera crujió—. Pero ¿por qué? ¿Por qué lo mataron? ¿Qué iba a contarme?

Min trató de pensar; lo intentó realmente. Maese Fel era un filósofo; él y Rand hablaban de todo, desde el significado de fragmentos de las Profecías del Dragón hasta la naturaleza del agujero abierto en la prisión del Oscuro. Fel le había prestado a Min libros, textos fascinantes, sobre todo cuando le costaba trabajo comprender de qué hablaban. Había sido un filósofo. Ya no volvería a dejarle libros. Un anciano tan afable, un pensador sumido en su mundo del intelecto y que se sobresaltaba cuando reparaba en cualquier cosa ajena a ese mundo. Min atesoraba el recuerdo de una nota que le había escrito a Rand, en la que decía que ella era bonita, que lo distraía. Y ahora había muerto. Luz, tanta muerte rebasaba su capacidad de aguante.

—No debería habértelo dicho. No de ese modo.

Min dio un respingo; no había oído a Rand cruzar la habitación. Sus dedos le acariciaban la mejilla, limpiándole las lágrimas. Hasta ese momento la joven no se había dado cuenta de que estaba llorando.

—Lo siento, Min —musitó—. Ya no soy una persona muy agradable. Un hombre ha muerto por mi culpa y lo único que hago es preocuparme por el motivo de que fuera

asesinado.

La joven le echó los brazos al cuello y enterró el rostro en su pecho. No podía parar de llorar. No podía dejar de temblar.

—Fui a los aposentos de Colavaere. —Las imágenes pasaron como fogonazos por su mente: la salita vacía, sin un solo sirviente. El dormitorio. No quería recordarlo pero, ahora que había empezado, fue incapaz de contener las palabras que salían a borbotones—. Pensé que, como la habías exiliado, tal vez se habría producido algún cambio en la visión que tuve de ella. —Colavaere llevaba puesto el que debía de ser su mejor vestido, de oscura seda brillante y finas chorreras de encaje de Sovarra que el tiempo había dado un tono marfileño—. Pensé que, por una vez, no tenía que cumplirse una de mis visiones. Eres *ta'veren.* Puedes cambiar el Entramado. —Colavaere se había engalanado con un collar y brazaletes de esmeraldas y gotas de fuego, anillos con perlas y rubíes, sin duda sus mejores joyas, y en el cabello lucía diamantes amarillos, colocados de manera que creaban una buena imitación de la corona de Cairhien. Su rostro...—. La encontré en el dormitorio, colgada de uno de los pilares de la cama, con los ojos saltones y la lengua protuberante en un rostro amoratado e hinchado, y los dedos de los pies un palmo por encima de la banqueta volcada.

Sacudida por los sollozos, Min se estrechó contra él. Los brazos de Rand la ciñeron suave, lentamente.

—Oh, Min, tu don te proporciona más sufrimiento que placer. Si pudiera quitarte ese dolor y cargar yo con él, lo haría. Lo haría.

La joven fue consciente poco a poco de que también Rand temblaba. Luz, intentaba con todas sus fuerzas ser de hierro, como creía que debía ser el Dragón, pero lo hería cuando alguien moría por su causa, probablemente Colavaere tanto como Fel. Le angustiaba el daño sufrido por cualquiera e intentaba disimular lo contrario.

—Bésame —musitó Min. Al no obtener respuesta, la joven alzó la cabeza para mirarlo. Rand la observaba inseguro, parpadeando, los ojos azules en un momento y al siguiente grises, como el cielo de madrugada—. No estoy bromeando.

¿Cuántas veces, sentada en sus rodillas, besándolo, lo había llamado pastor, sin atreverse a pronunciar su nombre por miedo a que él advirtiera el timbre acariciante? Rand lo aguantaba porque creía que le estaba tomando el pelo y que ella habría dejado de hacerlo si hubiese creído que no le afectaba. ¡Ja! Tía Jana y tía Rania decían que no se debía besar a un hombre a menos que se tuviera intención de casarse con él, pero tía Miren parecía saber un poco más del mundo. Ella decía que no se debía besar a un hombre con excesiva frivolidad porque los varones se enamoraban fácilmente.

—Siento frío por dentro, pastor. Colavaere y maese Fel... Necesito sentir la calidez de un cuerpo, de unos labios. Necesito... Por favor.

Rand inclinó la cabeza muy, muy despacio. Al principio fue un beso fraternal, dulce y suave, tranquilizador, reconfortante. Después pasó a ser algo más. En absoluto tranquilizador. Él se irguió bruscamente e intentó apartarse de ella.

—Min, no puedo. No tengo derecho a...

Ella lo agarró del pelo con las dos manos y tiró hacia abajo; sus bocas volvieron a unirse y, al cabo de unos segundos, él dejó de resistirse. Min no habría sabido decir si fueron sus manos las que empezaron a tirar de las lazadas de su camisa o fueron primero las de él las que desataron las suyas, pero había algo de lo que estaba segura: si se le ocurría intentar parar ahora, cogería una de las lanzas de Riallin —mejor todas— y lo ensartaría.

De camino hacia la salida del Palacio del Sol, Cadsuane observó con el mayor disimulo posible a las espontáneas Aiel con las que se cruzó. Corele y Daigian la

seguían en silencio; ambas la conocían lo suficiente a esas alturas para no molestarla con charlas. No podía decirse lo mismo de todas las que hacían un alto durante unos cuantos días en el pequeño palacio de Arilyn, hasta que se ponían de nuevo en marcha. Muchas espontáneas, y todas ellas contemplando a las Aes Sedai como si fuesen perros callejeros plagados de pulgas y con llagas purulentas que hubiesen dejado barro sobre una alfombra nueva. Algunas personas miraban a las Aes Sedai con respeto reverencial o adoración; otras con miedo u odio. Pero Cadsuane jamás había visto desprecio, ni siquiera por parte de los Capas Blancas. Aun así, cualquier nación que diera tantas espontáneas debería estar enviando un continuo raudal de esas muchachas a la Torre.

Habría que ocuparse de eso finalmente y a la Fosa de la Perdición con las costumbres si era necesario, pero no era lo más indicado en el momento actual. Había que mantener al chico al'Thor lo bastante intrigado como para que le permitiera estar cerca de él, y también suficientemente desconcertado para que ella pudiera azuzarlo en lo que quisiera sin que él se diese cuenta. De una manera u otra, cualquier cosa que pudiese interferir en eso debía ser controlada o suprimida. No podía permitirse que nada lo influyera o lo alterara del modo equivocado. Absolutamente nada.

El reluciente carruaje negro, con su tiro de seis rucios, esperaba en el patio. Un sirviente se apresuró a abrir la puertecilla, en la que aparecía pintado el emblema de dos estrellas plateadas sobre bandas rojas y verdes, y les hizo una reverencia tan pronunciada que su calva cabeza casi bajó a la altura de las rodillas. Iba en mangas de camisa y con calzones. Desde que había pisado el Palacio del Sol no había visto a nadie con uniforme, salvo unos pocos sirvientes con los colores de Dobraine. A buen seguro, los criados no tenían muy claro cuál ponerse y temían cometer un error.

—Puede que despelleje a Elaida cuando le ponga la vista encima —dijo mientras el carruaje empezaba a moverse—. Esa necia chica ha hecho mi tarea casi imposible.

Y entonces rompió a reír tan de repente que Daigian la miró de hito en hito antes de reaccionar y apartar la vista. La sonrisa de Corele se ensanchó con expectación. Ninguna de las dos lo entendía y Cadsuane tampoco intentó explicárselo. Durante toda su vida, el modo más rápido de interesarla en algo había sido decirle que era imposible. Habían pasado más de doscientos setenta años desde la última vez que topó con una tarea que no pudo llevar a cabo. Cualquier día de ésos podría tener entre manos la que sería la última, pero el joven al'Thor resultaría el broche perfecto para todas ellas.

CAPÍTULO 2

Tramas dentro de tramas

Sevanna observó despectivamente a sus polvorientas compañeras, sentadas con ella en círculo en un pequeño claro. Las ramas casi deshojadas que se extendían sobre sus cabezas les proporcionaban un poco de sombra, y el lugar donde Rand al'Thor había desatado la muerte se encontraba a más de ciento cincuenta kilómetros hacia el oeste, pero aun así los ojos de las otras mujeres se movían como si quisieran mirar hacia atrás. Sin disponer de tiendas de vapor, ninguna había podido asearse adecuadamente, aparte de un rápido lavado de cara y manos al final del día. Ocho copas pequeñas de plata, todas diferentes, se hallaban junto a ella, sobre las hojas muertas, así como una jarra, también de plata y llena de agua, que se había abollado durante la retirada.

—O el *Car'a'carn* no nos persigue o no ha podido encontrarnos. Cualquiera de las dos cosas me satisface —dijo de repente.

Algunas de las mujeres dieron un brinco. La cara redonda de Tion se tornó pálida y Modarra le dio unas palmaditas en el hombro. Modarra habría resultado bonita si no fuese tan alta y si no intentara en todo momento actuar como una madre con cualquiera que tuviera cerca. Alarys puso un interés excesivo en colocar la falda que ya se hallaba extendida perfectamente alrededor, procurando hacer caso omiso de lo que no quería ver. La delgada boca de Meira se curvó hacia abajo por las comisuras en un gesto despectivo, pero a saber si se debía al miedo patente de las otras hacia el *Car'a'carn* o al suyo propio. Tenían razones para estar asustadas.

Habían pasado dos días desde la batalla y menos de veinte mil lanzas se habían reagrupado en torno a Sevanna. Therava y la mayoría de las Sabias que habían ocupado el flanco oeste aún no habían aparecido, incluidas todas las demás que se hallaban atadas a ella. Algunas de las que faltaban, sin duda, se encaminaban de regreso a la Daga del Verdugo de la Humanidad, pero ¿cuántas habían vuelto a ver salir el sol? Nadie recordaba una matanza semejante, tantas muertes en tan corto espacio de tiempo. Ni siquiera los *algai'd'siswai* estaban realmente preparados para volver a danzar las lanzas tan pronto. Había motivos para sentirse asustados, pero ninguno para ponerlo de manifiesto, para mostrar alma y corazón ante los demás como cualquier habitante de las tierras húmedas, abiertamente y al desnudo para que todo el mundo pudiera verlos.

Por lo menos Rhiale parecía darse cuenta de eso.

—Si tenemos que hacer esto, hagámoslo de una vez —murmuró, envarada por la vergüenza. Era una de las que había dado un brinco de sobresalto.

Sevanna cogió el pequeño objeto cúbico de color gris que guardaba en el bolsillo y lo puso sobre las hojas marchitas, en medio del círculo. Someryn apoyó las manos sobre las rodillas y se inclinó tanto para examinarlo que dio la impresión de que acabaría saliéndose por el escote de la blusa. Su nariz casi tocó el cubo. Las seis caras estaban cubiertas de dibujos y de cerca se distinguían otros más pequeños dentro de los primeros, y aun otros más pequeños dentro de aquéllos y un atisbo de lo que parecían otros incluso más diminutos. Sevanna no tenía la menor idea de cómo podían haberse hecho tan minúsculos, tan perfectos, tan precisos. Hubo un tiempo en que creyó que el cubo era de piedra, pero ahora albergaba ciertas dudas. La víspera se le había caído

accidentalmente sobre unas piedras y ni una sola línea de las tallas se había estropeado. Si es que eran obra del cincel. El objeto debía de ser un *ter'angreal*; eso sí lo sabían.

—Un flujo de Fuego, lo más pequeño posible, debe tocar ligeramente ahí, en lo que parece una luna creciente retorcida —dijo Sevanna—. Y otro ahí, en lo alto, sobre esa marca que semeja un rayo.

Someryn enderezó el torso rápidamente.

—¿Qué ocurrirá entonces? —inquirió Alarys al tiempo que se peinaba el cabello con los dedos. Parecía un gesto inconsciente, pero la mujer siempre encontraba el modo de recordar a todo el mundo que su pelo era negro en lugar de rubio o pelirrojo como el de la mayoría.

Sevanna sonrió. Disfrutaba sabiendo algo que las otras ignoraban.

—Lo utilizaré para convocar al hombre de las tierras húmedas que me lo dio.

—Eso ya nos lo dijiste ayer —intervino Rhiale con acritud.

—¿Cómo lo convocarás? —instó, cortante, Tion. Puede que temiera a Rand al'Thor, pero a muy poco más. Y a Sevanna no, ciertamente.

Belinde rozó levemente el cubo con el huesudo índice, y sus cejas casi blancas, aclaradas por el sol, se fruncieron.

Sevanna, conservando el semblante impasible, se obligó a contener las manos para no toquetearse el collar ni ajustarse el chal.

—Os he dicho todo cuanto necesitáis saber. —En su opinión, mucho más de lo que era necesario, pero no le había quedado más remedio. De otro modo, todas habrían vuelto con las lanzas y las otras Sabias, comiendo pan duro y carne seca. O más bien estarían de camino hacia el este, buscando alguna señal de otros supervivientes. Alguna señal de persecución. Aun poniéndose en camino tarde, todavía podrían cubrir ochenta kilómetros antes de hacer un alto—. Hablando no se despelleja al oso y mucho menos se lo mata. Si habéis decidido regresar a hurtadillas a las montañas y pasaros el resto de la vida huyendo y escondiéndoos, entonces idos. Si no, haced lo que os toca a vosotras, que yo cumpliré con mi parte.

Los azules ojos de Rhiale la contemplaban con abierto desafío, al igual que los grises de Tion. Hasta Modarra parecía indecisa, y ella y Someryn eran a las que tenía cogidas con más firmeza.

Sevanna esperó, tranquila en apariencia, no queriendo decirles o pedirles lo mismo otra vez. Por dentro, la rabia se revolvía en su estómago. No fracasaría sólo porque esas mujeres tuvieran un corazón medroso.

—Si no hay más remedio —musitó finalmente Rhiale. Aparte de la ausente Therava, era la que oponía resistencia más a menudo, pero Sevanna esperaba mucho de ella. La vara que más costaba doblar, a menudo resultaba ser la más flexible una vez que cedía. Esa máxima servía tanto para hombres como para mujeres. Rhiale y las demás volvieron la vista hacia el cubo, algunas con el entrecejo fruncido.

Sevanna, ni que decir tiene, no veía nada. De hecho, cayó en la cuenta de que si no hacían nada podían alegar que el cubo no había funcionado y ella nunca sabría si era cierto o no. De repente, sin embargo, Someryn soltó una exclamación ahogada.

—Absorbe más —susurró Meira y, señalando, añadió—: Mirad. Fuego ahí y ahí, y Tierra, Aire y Energía llenando los canalitos.

—No completamente —adujo Belinde—. Pueden llenarse de muchos modos, creo. Y hay puntos donde los flujos se... retuercen alrededor de algo que no es visible. —Frunció el entrecejo—. Debe de estar atrayendo también la parte masculina.

Algunas retrocedieron un poco, se ajustaron los chales y sacudieron las faldas como para quitar arena del tejido. Sevanna habría dado cualquier cosa por ver. Bueno, casi cualquier cosa. ¿Cómo podían ser tan cobardes? ¿Cómo podían dejar que se notara?

—Me pregunto qué pasaría si lo tocáramos con fuego en algún otro punto —dijo finalmente Modarra.

—Si la caja comunicadora se carga demasiado o de mala forma, podría fundirse —dijo una voz masculina, salida de la nada—. Incluso podría ex...

La voz se interrumpió cuando las otras mujeres se incorporaron precipitadamente y escudriñaron los árboles. Alarys y Modarra llegaron incluso a sacar los cuchillos de los cintos, a pesar de que no necesitaban armas de acero cuando disponían del Poder Único. Nada se movía entre las franjas de luz y sombras bajo los árboles, ni siquiera un pájaro.

Sevanna no movió un solo dedo. Había dado crédito, tal vez, a una tercera parte de lo que el hombre de las tierras húmedas le había dicho, no incluyendo esto, para ser sincera, pero reconoció la voz de Caddar. Los habitantes de las tierras húmedas siempre tenían más nombres, pero aquél era el único que le había dado. Sospechaba que era un hombre de muchos secretos.

—Volved a ocupar vuestros puestos —ordenó—. Y dirigid de nuevo los flujos a los puntos de antes. ¿Cómo puedo convocarlo si os da miedo una voz?

Rhiale giró velozmente sobre sus talones, boquiabierta y con una expresión incrédula en los ojos. Sin duda se preguntaba cómo sabía que habían dejado de encauzar. Despacio, con inquietud, volvieron a sentarse en círculo, el semblante de Rhiale más inexpresivo que el de las demás.

—Ahí estás de nuevo —dijo la voz de Caddar en el aire—. ¿Tienes a al'Thor?

Algo en su tono la puso en alerta. No podía saber lo ocurrido; pero lo sabía. Sevanna dejó a un lado todo lo que había preparado de antemano.

—No, Caddar. Pero aun así tenemos que hablar. Me reuniré contigo dentro de diez días en el mismo sitio que la primera vez. —Podía llegar a ese valle de la Daga del Verdugo de la Humanidad antes, pero necesitaba tiempo para prepararse. ¿Cómo se había enterado el hombre?

—Hiciste bien en decirme la verdad, muchacha —murmuró secamente Caddar—. Descubrirás que no me gusta que me mientan. Mantén la línea de comunicación abierta para poder localizarte y llegaré hasta ti.

Sevanna contemplaba el cubo estupefacta. ¿Muchacha?

—¿Qué has dicho? —demandó. ¡Muchacha! No daba crédito a sus oídos. Rhiale evitaba mirarla de manera notoria y la boca de Meira se curvaba en una sonrisa, una mueca extraña porque era poco corriente en ella. El suspiro de Caddar resonó en el claro.

—Dile a tu Sabia que siga haciendo exactamente lo mismo que hace ahora, nada más, y yo iré.

El forzado tono de paciencia en su voz raspaba como la piedra de un molino. Una vez que consiguiera del hombre de las tierras húmedas lo que quería, le pondría las ropas blancas de *gai'shain.* ¡No, lo vestiría de negro!

—¿Qué quieres decir con que vendrás, Caddar? —Silencio por toda respuesta—. Caddar, ¿me oyes? —Silencio—. ¿Caddar?

Las otras intercambiaron miradas inquietas.

—¿Está loco? —dijo Tion.

Alarys masculló que debía de estarlo y Belinde, iracunda, exigió saber cuánto tiempo tendrían que seguir con esa tontería.

—Hasta que yo diga basta —respondió quedamente Sevanna, sin dejar de mirar el cubo. Un atisbo de esperanza germinó en su pecho. Si él era capaz de hacer algo así, entonces sin duda podía cumplir lo que había prometido. Y quizá... Mejor no albergar demasiadas esperanzas. Alzó la vista hacia las ramas que casi se tocaban sobre el claro.

Al sol le quedaba todavía un trecho para llegar al cenit—. Si no ha llegado a mediodía, nos iremos.

Pretender que las Sabias no protestaran habría sido pedir demasiado.

—¿Así que nos quedamos aquí, como piedras? —Alarys sacudió la cabeza con un gesto muy practicado, de modo que el oscuro cabello se derramó sobre uno de sus hombros—. ¿Por un hombre de las tierras húmedas?

—Por mucho que te haya prometido, Sevanna —intervino Rhiale, ceñuda—, esto no puede merecer la pena.

—Está loco —reiteró Tion.

—¿Y si aún puede oírnos? —Modarra señaló hacia el cubo y Tion resopló con desdén.

—¿Por qué iba a importarnos que un hombre oiga lo que decimos? —adujo Someryn—. Sin embargo, no me hace la menor gracia quedarme esperándolo.

—¿Y si es como los hombres de las tierras húmedas que visten chaquetas negras? —Belinde apretó los labios hasta igualar casi los de Meira.

—No seas ridícula —se burló Alarys—. Los habitantes de las tierras húmedas matan a esa clase de hombres cuando los ven. Por mucho que digan los *algai'd'siswai*, lo ocurrido tuvo que ser obra de las Aes Sedai. Y de Rand al'Thor. —Aquel nombre provocó un incómodo silencio, pero no duró mucho.

—Caddar debe de tener un cubo como éste —opinó Belinde—. Debe de disponer de una mujer con el don para hacerlo funcionar.

—¿Una Aes Sedai? —Rhiale hizo un sonido gutural de asco—. Si hay diez Aes Sedai con él, pues que vengan. Les daremos lo que se merecen.

Meira soltó una risa seca.

—Creo que empiezas a creer que mataron a Desaine —se mofó.

—¡Cuidado con lo que dices! —gruñó Rhiale.

—Sí —murmuró ansiosamente Someryn—. Algunas palabras pronunciadas descuidadamente pueden llegar a oídos indebidos.

La risa de Tion fue corta y desagradable.

—Todas vosotras tenéis menos coraje que un habitante de las tierras húmedas.

El comentario hizo que Someryn replicara violentamente, por supuesto, y también Modarra, y Meira dijo algo que de no haber sido Sabias habría conducido a un desafío, y Alarys no se mordió la lengua, y Belinde...

La agarrada de las mujeres irritó a Sevanna, aunque tal cosa le garantizaba que no conspirarían en su contra. Sin embargo, no fue ése el motivo de que levantara la mano para imponer silencio. Rhiale la miró ceñuda, abrió la boca y en ese momento todas oyeron lo que Sevanna había oído antes. Algo hacía crujir las hojas secas entre los árboles. Ningún Aiel metería tanto ruido, aun en el caso de que se aproximara a unas Sabias sin anunciarse, y ningún animal se acercaba tanto a la gente. Esta vez, Sevanna se incorporó como las demás.

Aparecieron dos personas, un hombre y una mujer, pisando las ramas tan ruidosamente como para despertar a las piedras. A corta distancia del claro se detuvieron y el hombre inclinó ligeramente la cabeza para hablar con la mujer. Era Caddar, vestido con una chaqueta oscura, casi negra, adornada con puntillas en el cuello y los puños; por lo menos no llevaba espada. Daba la impresión de que los dos discutían algo. Sevanna tendría que haber percibido algunas de sus palabras, pero el silencio era absoluto. Caddar debía de sacarle un palmo a Modarra —alto para un hombre de las tierras húmedas, incluso para un Aiel—, ya que la cabeza de la mujer le llegaba al pecho. Tenía la tez y el cabello tan oscuros como los de él y era lo bastante hermosa como para provocar que Sevanna apretara los labios; su vestido era de brillante seda

roja, con un escote tan bajo que mostraba más busto incluso que Someryn.

Como si al pensar en ella la hubiese llamado, Someryn se acercó a Sevanna.

—La mujer posee el don —susurró sin quitar ojo a la pareja—. Ha tejido una barrera. —Apretó los labios y añadió a regañadientes—: Es fuerte. Muy fuerte.

Viniendo de Someryn, aquello significaba mucho. Sevanna nunca había entendido por qué la fuerza en el Poder no había contado entre las Sabias —si bien agradecía que fuera así, por su propio bien—, pero Someryn se preciaba de no haber conocido nunca una mujer que fuera tan fuerte como ella ni de lejos. Por su tono, Sevanna sospechó que la recién llegada la superaba.

En aquel momento le importaba poco que la mujer fuera capaz de mover montañas o que apenas pudiera encender una vela. Tenía que ser Aes Sedai. Por su rostro no lo parecía, pero Sevanna había visto algunas que tampoco tenían la apariencia intemporal. Así debía de ser como Caddar había conseguido apoderarse del *ter'angreal.* Y encontrarlas y llegar allí. Tan deprisa. Un abanico de posibilidades se desplegó ante Sevanna y su esperanza aumentó. Pero, entre él y ella, ¿quién tenía el mando?

—Dejad de encauzar en esa cosa —ordenó. Aún podía estar oyéndolas a través del cubo.

—Someryn ya había dejado de encauzar, Sevanna —repuso Rhiale, dirigiéndole una mirada casi compasiva.

Le daba igual; nada podía estropear su buen humor. Sonrió.

—Bien, recordad lo que os dije —advirtió—. Dejad que sea yo quien hable.

Casi todas asintieron; Rhiale resopló. Sevanna siguió sonriendo. A una Sabia no se la podía hacer *gai'shain*, pero eran tantas las costumbres que se habían dejado de lado que otras podrían seguirlas. Caddar y la mujer se dirigieron de nuevo hacia el grupo.

—Todavía está asiendo el Poder —susurró Someryn.

—Siéntate a mi lado —ordenó rápidamente Sevanna—. Tócame la pierna si encauza. —Aquello la irritaba sobremanera, pero tenía que saberlo.

Se sentó con las piernas cruzadas y las otras la imitaron, dejando un hueco para Caddar y la mujer. Someryn se sentó lo bastante cerca para que sus rodillas se tocaran y Sevanna deseó disponer de una silla.

—Te veo, Caddar —saludó formalmente a pesar de la ofensa del hombre—. Sentaos, tú y la mujer.

Quería ver cómo reaccionaba la Aes Sedai, pero lo único que hizo ésta fue enarcar una ceja y sonreír indolentemente. Sus ojos eran tan negros como los de él, como los de un cuervo. Las otras Sabias mostraron cierta frialdad. Si las Aes Sedai en los pozos no hubiesen permitido que Rand al'Thor se liberase, los Shaido habrían matado o capturado a todo el mundo. Esa Aes Sedai debía de ser consciente de ello, puesto que Caddar sabía obviamente lo ocurrido; sin embargo, no parecía asustada ni por lo más remoto.

—Ésta es Maisia —la presentó Caddar mientras tomaba asiento en el suelo, un poco más atrás del hueco que le habían dejado. Por alguna razón no le gustaba tener a nadie tan cerca que con sólo extender el brazo pudiese tocarlo. Tal vez no se fiaba de los cuchillos—. Te dije que utilizases una sola Sabia, Sevanna, no a seis. Otro hombre podría sentirse receloso. —Por alguna razón parecía divertido.

La mujer, Maisia, se había detenido cuando extendía su falda para sentarse al oír su nombre y le había dirigido una mirada tan furiosa que podría haberlo escaldado. Quizás había pensado mantener en secreto su identidad. Sin embargo, no dijo nada. Un instante después tomaba asiento junto a él y su sonrisa reapareció de manera tan repentina que fue como si nunca se hubiese borrado. Una vez más, Sevanna se congratuló de que los habitantes de las tierras húmedas llevaran escritas en el rostro sus emociones.

—¿Has traído lo que puede controlar a Rand al'Thor? —instó Sevanna sin dirigir siquiera la vista hacia la jarra de agua. Puesto que el hombre actuaba con semejante descortesía, ¿por qué iba ella a guardar las formas? No recordaba que hubiese actuado así cuando lo vio la primera vez. Tal vez la presencia de la Aes Sedai lo envalentonaba.

—¿Para qué, si no está en tu poder? —Caddar le dirigió una mirada inquisitiva.

—Lo estará —respondió fríamente Sevanna.

El hombre sonrió. Y también Maisia.

—Pues será entonces. —La sonrisa de Caddar rebosaba duda e incredulidad. El gesto de la mujer se tornó burlón. Sevanna decidió que también habría ropajes negros para ella—. Una vez apresado, lo que tengo lo controlará, pero no puede reducirlo. No correré el riesgo de que sepa de mi existencia hasta que lo tengas sometido.

No parecía avergonzarlo admitir tal cosa. Sevanna se obligó a tragarse la desilusión. Una de sus esperanzas se había esfumado, pero aún quedaban otras. Rhiale y Tion enlazaron las manos y dirigieron la vista al frente, más allá del círculo, más allá del hombre; ya no era merecedor de atención. Claro que ellas no lo sabían todo.

—¿Y a las Aes Sedai? ¿Esa cosa puede controlarlas también?

Rhiale y Tion dejaron de mirar hacia los árboles. Las cejas de Belinde se enarcaron y Meira llegó incluso a volver los ojos hacia Sevanna. Ésta habría querido maldecirlas por su falta de autocontrol.

Sin embargo, Caddar era tan ciego como los restantes habitantes de las tierras húmedas. Echó la cabeza hacia atrás y rió con ganas.

—¿Estás diciendo que no lograste capturar a al'Thor pero sí apresaste Aes Sedai? ¡De modo que intentaste atrapar al águila y acabaste cogiendo unas cuantas alondras!

—¿Puedes proporcionarme algo igual para las Aes Sedai? —Sevanna se contuvo para no rechinar los dientes; ¡y pensar que la vez anterior el hombre se había comportado con la cortesía debida!

—Quizá. —Caddar se encogió de hombros—. Si el precio es justo. —Aquello era una minucia para él, algo sin importancia.

Maisia tampoco demostraba preocupación. Una reacción extraña, si era Aes Sedai. Sin embargo, tenía que serlo.

—Tu lengua lanza colores brillantes al aire, hombre de las tierras húmedas —manifestó Tion con voz fría—. ¿Qué pruebas tienes de que posees algo que funciona como dices?

Por una vez, a Sevanna no le importó que la intervención de la Sabia estuviera fuera de lugar.

El gesto de Caddar se endureció, como si fuera un jefe de clan, como si lo hubiesen insultado, pero al instante volvió a ser todo sonrisas.

—Si es eso lo que queréis, de acuerdo. Maisia, hazles una demostración con la caja comunicadora.

Someryn se arregló los vuelos de la falda y aprovechó para apretar con los nudillos el muslo de Sevanna en el momento en que el cubo se elevaba un palmo en el aire. El objeto brincó de atrás adelante como si lo estuviesen lanzando de una mano a otra y después empezó a girar sobre uno de los vértices como una peonza, más y más rápido, hasta desdibujarse su forma.

—¿Os gustaría ver cómo lo sostiene en equilibro con la punta de la nariz? —inquirió Caddar, con una sonrisa que dejaba a la vista los dientes.

La mujer morena miraba fijamente al frente y ahora su sonrisa se notaba forzada.

—Creo que mi *demostración* es más que suficiente, Caddar —adujo con frialdad. Sin embargo, el cubo, o la caja comunicadora como el hombre la llamaba, seguía girando.

Sevanna contó lentamente hasta veinte antes de hablar.

—Es suficiente.

—Puedes parar, Maisia —dijo Caddar—. Vuelve a ponerla en el suelo.

Sólo entonces el cubo descendió lentamente y se posó con suavidad en el mismo punto que ocupaba antes. A pesar de su tez morena, se la notaba pálida. Y furiosa.

De encontrarse sola, Sevanna se habría puesto a reír y a bailar de contento. Le costó bastante trabajo mantener el gesto impasible. Sólo ella había caído en la cuenta; a Rhiale y las otras, demasiado ocupadas en mirar con desdén a Maisia, no se les había ocurrido: lo que funcionaba con una mujer que poseía el don también funcionaría con otra. Quizá no fuera necesario con Someryn y Modarra, pero con Rhiale y Therava... No debía mostrarse demasiado ansiosa, o las Sabias sospecharían puesto que sabían que no había Aes Sedai cautivas.

—Claro que —continuó Caddar— llevará un poco de tiempo proporcionarte lo que quieres. —Su expresión se tornó taimada; intentó disimularla. Quizás a otro habitante de las tierras húmedas le habría pasado inadvertida—. Te lo advierto, el precio no será bajo.

—¿Y cuánto por viajar tan rápido como vosotros hasta aquí? —A despecho de sí misma, Sevanna se inclinó hacia adelante—. ¿Cuánto, para que ella nos enseñe eso? —Se las arregló para que su voz no sonara anhelante, pero temía que el desprecio que sentía se notara. Los habitantes de las tierras húmedas harían cualquier cosa por dinero.

Tal vez Caddar lo percibió, porque sus ojos se abrieron por la sorpresa antes de que recobrara el control de sí mismo. Hasta donde era capaz. Se miró las manos y sus labios se curvaron levemente. ¿Por qué su sonrisa parecía complacida?

—Eso es algo que ella no hace —repuso con un timbre tan suave como las palmas de sus manos—. No por sí misma. Es como la caja comunicadora. Puedo proporcionarte varias, pero el precio por ellas es incluso más alto. Dudo que lo que has recolectado en Cairhien sea suficiente. Por suerte, podéis utilizar las... cajas de traslación para que lleven a tu gente a tierras más ricas.

Incluso Meira tuvo que realizar un arduo esfuerzo para que su expresión no se tornara demasiado ávida. Tierras más ricas, y sin necesidad de abrirse paso entre esos necios que seguían a Rand al'Thor.

—Háblame más sobre eso —pidió fríamente Sevanna—. Unas tierras más ricas quizá podrían tener cierto interés. —No lo suficiente para hacerle olvidar al *Car'a'carn*, sin embargo. Caddar le entregaría todo lo que le había prometido antes de que lo declarara *da'tsang.* Además, parecía gustarle vestir de negro. Por consiguiente, no sería necesario darle oro.

El observador se desplazaba entre los árboles como una sombra, en completo silencio. Era fantástico lo que podía descubrirse a través de una caja comunicadora, sobre todo en un mundo donde aparentemente sólo había otras dos. Era fácil seguir el rastro de aquel vestido rojo, además de que ninguno de los dos había mirado siquiera hacia atrás para comprobar si alguno de los que se llamaban a sí mismos Aiel los seguía. Graendal mantenía la Máscara de Espejos que ocultaba su verdadera apariencia, pero no así Sammael, que de nuevo lucía su dorada barba y sólo sacaba la cabeza a la mujer. También había dejado que desapareciera el vínculo que los unía. El observador se preguntó si tal medida era sensata, considerando las circunstancias. Siempre se había planteado cuánta de la tan cacareada intrepidez de Sammael no era realmente necedad y ceguera. Empero, el hombre sí seguía aferrando el *Saidin*; tal vez no era totalmente inconsciente del peligro que corría.

El observador los siguió y escuchó. No tenían ni idea. El Poder Verdadero, el que

se absorbía directamente del Gran Señor, ni podía verse ni detectarse excepto por quien lo aferraba. Motitas negras flotaban ante sus ojos; tenía un precio, indudablemente, uno que aumentaba cada vez que se utilizaba, pero él siempre había estado dispuesto a pagar el precio cuando era necesario. Hallarse henchido del Poder Verdadero se parecía mucho a encontrarse de rodillas en las entrañas de Shayol Ghul, deleitándose con la gloria del Gran Señor. Y esa gloria merecía el dolor que conllevaba.

—Pues claro que debía tenerte a mi lado —gruñó Sammael, tropezando con una enredadera muerta. Nunca se había sentido cómodo fuera de las ciudades—. Simplemente tu presencia allí dio respuesta a un centenar de preguntas de esas mujeres. No puedo creer que esa estúpida muchacha sugiriese motu proprio lo que yo quería. —Soltó una risotada—. A lo mejor soy *ta'veren.*

Una rama que obstruía parcialmente el camino de Graendal se dobló hasta partirse con un fuerte chasquido. Durante un instante se quedó flotando en el aire como si la mujer tuviese intención de golpear a su compañero con ella.

—Esa estúpida muchacha te arrancaría el corazón y se lo comería si tuviese la menor oportunidad. —La rama salió volando hacia un lado—. También yo tengo unas cuantas preguntas que hacer. En ningún momento creí que mantendrías la tregua con al'Thor más tiempo de lo necesario, pero ¿esto?

Las cejas del observador se enarcaron. ¿Una tregua? Una afirmación tan arriesgada como falsa, según todos los indicios.

—Yo no preparé su rapto. —Sammael la miró con lo que seguramente consideraba una sonrisa mordaz; la cicatriz de la cara hizo que pareciera más una mueca torcida—. Mesaana tuvo que ver con ello, creo. Es posible que Demandred y Semirhage también, a pesar de cómo terminó todo, pero Mesaana sí, indiscutiblemente. Quizá te interese replantearte lo que crees que el Gran Señor quiere decir con que al'Thor salga ileso.

Graendal iba tan absorta meditando sobre ello, que tropezó. Sammael la agarró del brazo y evitó que se cayera, pero tan pronto como la mujer recobró el equilibrio se soltó de un tirón. Interesante, sobre todo teniendo en cuenta lo que había sucedido en el claro y la forma de ser de Graendal. Su verdadero interés radicaba siempre en lo más hermoso escogido entre lo más poderoso, pero habría coqueteado, sólo para pasar una hora, con un hombre al que se proponía matar o que planeaba matarla a ella. Los únicos varones con los que jamás coqueteaba eran aquellos de los Elegidos que estaban por encima de ella durante un tiempo. Jamás aceptaba ser la inferior de una pareja.

—Entonces ¿por qué seguir con ellas? —La voz de la mujer rezumaba una ira abrasadora, aunque por lo general mantenía un exquisito control de sus emociones—. Al'Thor en manos de Mesaana, es una cosa, y otra muy distinta que esté en manos de esa salvaje. Tampoco es que vaya a tener muchas posibilidades con él si realmente te propones enviarlas a saquear. Por cierto, ¿cajas de traslación? ¿Qué juego te traes entre manos? ¿Es que tienen prisioneras? Si crees que voy a enseñarles a utilizar la Compulsión, puedes quitártelo de la cabeza. La fuerza de una de esas mujeres no era desdeñable. No pienso correr riesgos coexistiendo fuerza y habilidad en esa o en cualquier otra mujer a la que ella enseñe. ¿O es que tienes un vinculador oculto, con tus otros juguetes? Y, a propósito, ¿dónde te habías metido? ¡No me gusta tener que esperar!

Sammael se paró y miró hacia atrás. El observador se quedó muy quieto; totalmente cubierto con pañovivo a excepción de los ojos, no corría peligro de ser visto. A lo largo de los años se había hecho experto en muchas áreas que Sammael desdeñaba. Y también en otras de las que era partidario.

El acceso se abrió tan repentinamente, cortando la mitad de un árbol, que

Graendal dio un brinco. El tronco hendido se ladeó como un borracho. Ahora también sabía que Sammael se hallaba conectado con la Fuente.

—¿Acaso crees que les estaba diciendo la verdad? —instó él con sorna—. Los pequeños acrecentamientos en el caos son tan importantes como los grandes. Irán donde las envíe, harán lo que desee y se acostumbrarán a sentirse satisfechas con lo que les dé. Al igual que tú, Maisia.

Graendal deshizo la Ilusión y volvió a tener el cabello dorado, como él, tan rubio como antes era negro.

—Si vuelves a llamarme así, te mataré.

Su voz era aún más inexpresiva que su semblante. Hablaba en serio. El observador se puso tenso. Si la mujer lo intentaba, uno de los dos moriría. ¿Debería intervenir? Las motitas negras danzaron más y más deprisa ante sus ojos. Sammael sostuvo la mirada de la mujer con otra igualmente dura.

—Recuerda quién será Nae'blis, Graendal —dijo y atravesó el acceso.

Durante un instante la mujer contempló la abertura. A un lado apareció un plateado destello vertical, pero antes de que su propio acceso empezara a alinearse, Graendal soltó el flujo, y la brillante hendidura se redujo lentamente hasta volverse un punto y luego desapareció. El cosquilleo cesó en la piel del observador al tiempo que ella soltaba también el *Saidar.* Después, con gesto inmutable, fue en pos de Sammael y el acceso se cerró tras ella.

El observador esbozó una sonrisa torcida bajo el pañovivo de su máscara de merodeador. Nae'blis. Aquello explicaba qué había hecho entrar en vereda a Graendal, qué la había frenado para no matar a Sammael. Hasta ella se dejaría cegar por algo así. Sin embargo, aquello implicaba un riesgo para Sammael aún mayor que la supuesta tregua con Lews Therin. A menos, claro, que fuese verdad. Al Gran Señor le encantaba enfrentar a sus servidores para ver quién era más fuerte. Sólo el más fuerte podía llegar cerca de su gloria. Pero la verdad de un día no tenía por qué serlo al día siguiente. El observador había visto cambiar la verdad un centenar de veces entre el amanecer y el ocaso de un único día. En más de una ocasión la había cambiado él mismo. Se planteó la idea de regresar al claro y matar a las siete mujeres. Sería fácil; dudaba que supieran cómo formar un verdadero círculo. Los puntitos negros llenaron sus ojos cual una ventisca horizontal. No, dejaría que aquello siguiera su curso. Por el momento.

A sus oídos fue como si el mundo gritara cuando utilizó el Poder Verdadero para abrir un pequeño agujero y salir del Entramado. Sammael no sabía cuán ciertas eran sus palabras. Los pequeños incrementos en el caos podían ser tan importantes como los grandes.

CAPÍTULO 3

La Noche de Swovan

La noche cayó lentamente sobre Ebou Dar, pugnando con la intensa blancura de los edificios, que resistían el asalto de la oscuridad. Pequeños grupos de juerguistas de la Noche de Swovan, con ramitas de plantas perennes en el cabello, danzaban por las calles bajo una brillante luna casi llena; muy pocos llevaban siquiera una linterna. Retozaban con la música de flautas, tambores y cuernos que salía de posadas y palacios, dirigiéndose de una fiesta a otra sin dejar de bailar. Sin embargo la mayoría de las calles estaban vacías. Se oyó el ladrido distante de un perro, y otro, más cercano, respondió furiosamente hasta que de repente soltó un gañido y se calló.

Guardando el equilibrio sobre las punteras de los pies, Mat escuchó con atención mientras escudriñaba el juego de luces y sombras de la luna. Sólo se movía un gato, que avanzaba sigiloso calle adelante. El apagado golpeteo de unos pies descalzos corriendo se desvaneció en la distancia. El propietario de un par de aquellos pies debía de ir tambaleándose, y el del otro, sangrando. Cuando volvió a apoyar los talones en el suelo, uno de ellos topó con un garrote tan largo como su brazo que había caído sobre los adoquines; gruesas tachuelas de latón brillaban bajo la luna. A buen seguro aquello le habría partido el cráneo. Mat sacudió la cabeza y limpió su cuchillo en la chaqueta astrosa del hombre tendido a sus pies, con los ojos vidriosos fijos en el cielo nocturno en un rostro sucio y arrugado. Un mendigo, a juzgar por su aspecto y su olor. Mat no había oído que los mendigos atacaran a la gente, pero quizá los tiempos que corrían eran más duros de lo que él pensaba. Un gran saco de yute yacía junto a una de las manos extendidas del mendigo. Sus asaltantes habían sido realmente optimistas sobre lo que encontrarían en sus bolsillos. El saco era lo bastante amplio para cubrirlo desde la cabeza hasta las rodillas.

Hacia el norte, por encima de la ciudad, una luz estalló repentinamente en el cielo con un seco estampido al tiempo que relucientes líneas verdes se expandían hasta formar una bola; a continuación, otro estallido dejó caer una lluvia de chispas rojas a través del primero, y luego uno azul y uno amarillo. Eran las flores nocturnas de los Iluminadores, no tan espectaculares como habrían resultado en un cielo sin luna y nuboso, pero que aun así le cortaron la respiración. Podría quedarse contemplando los fuegos de artificio hasta caer debilitado por el hambre. Nalesean había hablado de un Iluminador —¡Luz! ¿Había sido esa misma mañana? ¿Hacía tan poco tiempo?—, pero no hubo más flores nocturnas. Cuando los Iluminadores hacían florecer el cielo, como ellos decían, no eran sólo cuatro flores las que plantaban. Obviamente, alguien que disponía de dinero las había comprado para la Noche de Swovan. Ojalá supiera quién. Un Iluminador que vendía flores nocturnas también vendería otras cosas.

Volvió a guardar el cuchillo dentro de la manga, recogió el sombrero tirado en el pavimento y se alejó a buen paso; el taconeo de sus botas producía un sonido hueco en la calle desierta, donde la gran mayoría de las ventanas, cerradas con postigos, no dejaba pasar el menor atisbo de luz. Probablemente no había un sitio mejor en la ciudad para cometer un asesinato. El enfrentamiento con los tres mendigos no habría durado más de uno o dos minutos y nadie lo había presenciado. En esta ciudad, uno podía verse

involucrado en tres o cuatro peleas en un día si no iba con cuidado, pero las probabilidades de topar con dos grupos de asaltantes el mismo día parecían tan remotas como que la Fuerza Civil rehusara un soborno. ¿Qué estaba pasando con su suerte? Ojalá esos malditos dados dejaran de rodar en su cabeza. No corrió, pero tampoco se entretuvo; llevaba una mano sobre la empuñadura del arma guardada debajo de la chaqueta, y ojo avizor a cualquier movimiento en las sombras. Sin embargo, no vio nada salvo grupos de gente retozando por la calle.

En el salón de La Mujer Errante se habían quitado las mesas, excepto unas cuantas que se habían colocado contra las paredes. Flautas y tambores tocaban una música estridente para los risueños bailarines que, formando cuatro filas, danzaban lo que parecía parte giga y parte alemanda. Observó y siguió el paso. Mercaderes forasteros, vestidos con ricas lanas, saltaban codo con codo con los lugareños, éstos con chalecos de seda brocada o aquellas inútiles chaquetas echadas sobre los hombros. Se fijó en dos de los mercaderes por el modo en que se movían, uno de ellos delgado y el otro no, pero ambos con gracia y ligereza, así como en varias mujeres del lugar que lucían sus mejores atavíos, con un poco de puntilla o bordados en los profundos escotes, pero nada de seda. Y no es que él rehusara bailar con una mujer que vistiese seda, naturalmente —jamás había rechazado un baile con ninguna mujer de cualquier edad o posición— pero esa noche la gente rica se encontraba en los palacios, en las mansiones de los mercaderes más acaudalados o en las de los prestamistas. En el salón, la mayoría de los que no bailaban se dedicaba a vaciar una jarra de bebida o a coger otra nueva de las bandejas que portaban las atareadas camareras. Seguramente la señora Anan vendería tanto vino esta noche como en toda una semana corriente. Y cerveza también; los lugareños debían de tener atrofiado el sentido del gusto.

Aprovechando que ensayaba otro paso, atrapó a Caira cuando la joven pasaba apresuradamente ante él con una bandeja; alzando la voz para hacerse oír sobre la música le preguntó algunas cosas y acabó encargándole su cena, pescado dorado al horno, un plato de sabor ácido que la cocinera de la señora Anan preparaba a la perfección. El cuerpo necesitaba energías para no perder comba en un baile.

Caira dedicó una seductora sonrisa a un tipo con chaleco amarillo que cogió una jarra de su bandeja y soltó en ella una moneda, pero, por una vez, no tenía una sonrisa para Mat. De hecho, se las arregló para apretar los labios hasta formar una fina línea, cosa harto difícil con sus gordezuelos labios.

—Conque tu conejita ¿eh? —dijo la joven, aspirando el aire con un elocuente gesto desdeñoso y prosiguió—: El chico está metido en la cama, como debe ser, y no sé dónde está lord Nalesean, ni Harnan ni maese Vanin ni ningún otro. Y la cocinera ha dicho que sólo preparará sopa y pan para los que están ahogándose en vino. Aunque lo que no entiendo en absoluto es por qué milord quiere pescado dorado cuando tiene una mujer rubia como el oro esperando en su habitación. Si milord me disculpa, seguiré con mi trabajo porque algunos tenemos que ganarnos el pan.

Dicho esto se alejó ofreciendo la bandeja y dedicando una sonrisa de oreja a oreja a cada hombre que se cruzaba en su camino.

Mat la siguió con la mirada, fruncido el entrecejo. ¿Una mujer rubia? ¿En su cuarto? El cofre del oro descansaba ahora en un pequeño hueco, debajo del suelo de la cocina, frente a uno de los fogones, pero de pronto los dados repicaron estrepitosamente en su cabeza.

El ruido de la fiesta se amortiguó un poco a medida que subía la escalera. Se detuvo delante de su puerta, escuchando los dados. Hasta el momento, dos intentos de robarle hoy. Dos veces que su cabeza podía haber acabado rota. Estaba seguro de que la Amiga Siniestra no lo había visto, además de que nadie la describiría como rubia,

precisamente, pero... Tanteó la empuñadura del cuchillo oculto bajo la chaqueta y entonces apartó bruscamente la mano cuando acudió a su mente la imagen de una mujer alta que se desplomaba con la empuñadura de un cuchillo —su cuchillo— sobresaliendo entre sus senos. Fue incapaz de asir el arma. Tendría que confiar en su buena suerte. Suspiró y abrió la puerta.

La cazadora del Cuerno a la que Elayne había hecho su Guardián se volvió; sostenía uno de los largos arcos de Dos Ríos, sin encordar, y llevaba la dorada trenza echada sobre un hombro. Sus azules ojos se clavaron en él con resolución, una resolución tan firme como la que denotaba su rostro. Parecía más que dispuesta a atizarle con el arco si no conseguía lo que quería.

—Si esto es a causa de Olver —empezó Mat, y de repente una de las lagunas en su memoria se despejó y le llegó el recuerdo de un día, de una hora de su vida:

No había salida, con los seanchan al oeste y los Capas Blancas al este. Ninguna esperanza y sólo una posibilidad, así que se llevó el Cuerno a los labios y sopló sin saber qué esperaba que ocurriera. La nota sonó clara, dorada como el propio Cuerno, tan dulce que no supo si reír o llorar. Resonó como un eco en los árboles, y la tierra y el cielo parecieron cantar. Mientras aquella única y pura nota seguía sonando en el aire, empezó a levantarse una niebla que parecía salir de la nada, finas volutas que se fueron espesando y ascendiendo en remolinos hasta que todo oscureció como si la tierra estuviera cubierta de nubarrones. Y cabalgando por la ondulante niebla, como si descendieran por la ladera de una montaña, aparecieron los héroes legendarios muertos que regresaban de sus tumbas convocados por la llamada del Cuerno de Valere. A la cabeza iba el propio Artur Hawkwing, un hombre alto, de nariz aguileña, y detrás venía el resto, poco más de cien. Tan pocos, pero todos aquellos que estaban ligados a la Rueda para ser despedidos una y otra vez y modelar el Entramado, para hacer realidad leyenda y mito. Mikel el del Corazón Puro, y Shivan el Cazador, oculto tras su máscara negra. De él se decía que anunciaba el fin de cada Era, la destrucción de lo que había sido y el nacimiento de lo que habría de ser; él y su hermana Calian, llamada la Electora, que cabalgaba a su lado, con el rostro tapado con una máscara roja. Amaresu, con la Espada del Sol reluciendo en sus manos, y Paedrig, el pacificador de gran labia. Y allí, asiendo su arco de plata con el que nunca fallaba...

Mat cerró la puerta para poder apoyarse en ella. Se sentía aturdido, mareado.

—Eres ella. La verdadera Birgitte. Así se abrasen mis huesos hasta hacerse ceniza. Es imposible. ¿Cómo? ¿Cómo?

La heroína de leyenda dejó escapar un suspiro de resignación y soltó de nuevo el arco en un rincón, junto a la lanza de Mat.

—Fui sacada prematuramente de mi lugar, Tocador del Cuerno, arrancada violentamente por Moghedien para que muriese, y salvada por el vínculo de Elayne. —Hablaba despacio, observándolo como para estar segura de que la entendía—. Siempre temí que recordaras quién era realmente.

Todavía sintiéndose como si lo hubiesen golpeado entre los ojos, Mat se dejó caer en un sillón junto a la mesa, ceñudo. Quién era realmente, vaya que sí. Puesta en jarras, lo contemplaba desafiante, exactamente igual que la Birgitte que había visto salir cabalgando del cielo. Hasta vestía igual, a pesar de que la chaqueta corta era roja y los anchos pantalones de color amarillo.

—Elayne y Nynaeve lo saben y me lo han ocultado ¿verdad? Estoy harto de secretos, Birgitte, y ellas esconden tantos como ratas alberga un granero. Se han hecho Aes Sedai, y lo son en todos los sentidos. Hasta Nynaeve me parece una persona extraña.

—También tú tienes tus secretos. —La mujer se cruzó de brazos y se sentó a los

pies de la cama. Por el modo en que lo miraba habríase dicho que era un juego de rompecabezas de taberna—. Para empezar, no les has dicho que tocaste el Cuerno de Valere. Y creo que es lo menos importante que no les has contado.

Mat parpadeó. Había dado por sentado que ellas se lo habían dicho. Después de todo, era Birgitte.

—¿Qué secretos guardo? Esas mujeres saben todo sobre mí, desde mis sueños hasta cómo son las uñas de mis pies. —Era Birgitte. Por supuesto. Se inclinó hacia adelante—. Hazlas entrar en razón. Eres Birgitte Arco de Plata. Puedes obligarlas a que hagan lo que tú les digas. Esta ciudad tiene una trampa con pozo en cada esquina y me temo que las estacas se vuelven más afiladas cada día que pasa. Haz que se alejen antes de que sea demasiado tarde.

La mujer se echó a reír. ¡Se llevó una mano a la boca y rió con ganas!

—Estás completamente equivocado, Tocador del Cuerno. Yo no les doy órdenes. Soy el Guardián de Elayne. Yo obedezco. —Su sonrisa se tornó atribulada—. Birgitte Arco de Plata. La Luz me valga, no estoy segura de seguir siendo esa mujer. Desde mi extraño renacimiento, mucho de lo que era y de lo que sabía se ha desvanecido como niebla bajo el sol estival. Ahora no soy una heroína, sólo una mujer más que sigue adelante como puede. Y en cuanto a tus secretos, ¿en qué idioma estamos hablando, Tocador del Cuerno?

Mat abrió la boca para contestar y volvió a cerrarla de golpe al oír realmente lo que la mujer acababa de preguntar: *¿Nosane iro gavana domorakoshi, Diynen'd'ma'purvene?* «¿Hablamos nosotros qué lengua, Sonador del Cuerno?» Se le erizó el pelo en la nuca.

—El antiguo linaje —dijo con cuidado, no en la Antigua Lengua—. Una Aes Sedai me dijo en cierta ocasión que la sangre del antiguo linaje corre aún con fuerza por... ¿De qué te ríes ahora, maldita sea?

—De ti, Mat —consiguió contestar Birgitte, que intentaba no doblarse por la cintura. Por lo menos ella tampoco hablaba ya en la Antigua Lengua. Con el nudillo del índice retiró una lágrima del rabillo del ojo—. Hay personas que hablan unas cuantas palabras, una o dos frases, debido al antiguo linaje. Por lo general lo hacen sin entender lo que dicen, o no del todo. Pero tú... En una frase te expresas como un Alto Príncipe eharoni, y en la siguiente como un Supremo Señor de Manetheren, pronunciación y estilo de lenguaje perfectos. No, no te preocupes. Tu secreto está a salvo conmigo. —La mujer vaciló un instante—. ¿Lo está el mío contigo?

Mat agitó una mano, todavía demasiado estupefacto para sentirse ofendido.

—¿Tengo pinta de ser un bocazas? —rezongó. ¡Birgitte! ¡En persona!—. Maldita sea, me vendría bien un trago. —Antes de que las palabras acabaran de salir de su boca supo que había metido la pata. A las mujeres no les...

—Me parece una idea excelente —dijo Birgitte—. Tampoco a mí me vendría mal una jarra de vino. Diablos, cuando vi que me habías reconocido, casi me tragué la lengua.

Mat se sentó muy erguido, como si le hubiesen dado un tirón de la cabeza, y la observó de hito en hito. Ella le sostuvo la mirada, sonriente y con un brillo divertido en los ojos.

—Hay bastante ruido en el salón para que podamos hablar sin que nos oigan. Además, no me importaría sentarme allí un rato y echar un vistazo. Elayne me sermonea como un consejero tovano si le echo el ojo a un hombre más de un segundo.

Mat accedió con un cabeceo antes de darse cuenta de lo que hacía. Por los recuerdos de esos otros hombres sabía que los tovanos eran gentes puritanas y rigurosas, austeras hasta la exageración, o lo eran hacía un milenio o más. No supo si reír o llorar.

Por un lado, se le ofrecía la oportunidad de hablar con Birgitte —¡Birgitte! No creía que llegara a sobreponerse de la impresión—, pero, por otro, barruntaba que no podría oír la música allí abajo por el ruido de esos dados rodando dentro de su cabeza. La mujer tenía que ser una clave de ello, en cierto modo. Un hombre con dos dedos de frente saltaría por la ventana en ese mismo instante.

—Una botella o dos me parece bien —contestó.

Para variar, la fuerte brisa salada procedente de la bahía traía un atisbo de frescor, pero para Nynaeve la atmósfera nocturna resultaba opresiva. A través de las ventanas de palacio llegaba el sonido de música y risas en la calle, y también, aunque más débil, del interior del edificio. La propia Tylin la había invitado al baile, así como a Elayne y a Aviendha, pero todas ellas declinaron la invitación con diferentes grados de cortesía. Aviendha había dicho que sólo existía una danza que le gustaría bailar con los hombres de las tierras húmedas, comentario que consiguió que Tylin parpadeara con desconcierto. En cuanto a ella, le habría gustado acudir —sólo un necio dejaba pasar la ocasión de bailar—, si bien sabía que de haber ido habría hecho exactamente lo mismo que estaba haciendo entonces: quedarse sentada en cualquier sitio, preocupada, procurando no morderse las uñas hasta dejarse sólo un muñón.

Así, allí estaban, encerradas en sus aposentos con Thom y Juilin, nerviosas como gatas enjauladas mientras todos los demás en Ebou Dar se divertían. Es decir, lo estaba ella, en cualquier caso. ¿Por qué se retrasaba Birgitte? ¿Tanto se tardaba en decirle a un hombre que se presentara a primera hora de la mañana? Luz, tanto esfuerzo para nada. Y hacía mucho que había pasado la hora de acostarse. Mucho. Si al menos pudiera dormir, dejaría a un lado el recuerdo de las espantosas travesías en bote de esa mañana. Lo peor de todo era que su percepción del tiempo le anunciaba que se aproximaba una tormenta, que el viento debería estar aullando ahí fuera y cayendo tal tromba de agua que nadie podría ver a tres metros de distancia. Le había costado tiempo entender lo que pasaba en esas ocasiones que Escuchaba el Viento y parecía oír mentiras. Al menos, creía que lo entendía. Era otra clase de tormenta la que se avecinaba, no de viento y lluvia. No tenía ninguna prueba, pero se comería las zapatillas si Mat Cauthon no tenía que ver con ello de un modo u otro. Deseaba quedarse dormida durante todo un mes, o mejor un año, y olvidarse de las preocupaciones hasta que Lan la despertara con un beso, como el Rey Sol a Talia. Era ridículo, naturalmente, porque eso sólo era un cuento y, dicho sea de paso, poco decente; además, no pensaba convertirse en la niña mimada de ningún hombre, ni siquiera de Lan. Sin embargo, lo encontraría de alguna manera y lo vincularía a ella. Le... ¡Luz! ¡Si no creyera que los otros se quedarían mirándola, habría paseado de un lado al otro de la habitación hasta desgastar las suelas!

Las horas fueron pasando. Leyó y releyó la corta carta que Mat le había dejado a Tylin para ellas. Aviendha permanecía sentada en silencio junto a la silla de alto respaldo, cruzada de piernas sobre el suelo de baldosas de color verde claro, como siempre, con un ejemplar encuadernado y estampaciones doradas de *Los viajes de Jain el Galopador* sobre las rodillas. En ella no había señal alguna de ansiedad, al menos perceptible, aunque esa mujer no se inmutaría aunque alguien le metiera una víbora por dentro del vestido. Después de regresar a palacio se había puesto de nuevo el intrincado collar de plata que llevaba casi a todas horas, de día y de noche, excepto durante la travesía en bote; había dicho que no quería arriesgarse a perderlo. Nynaeve se preguntó por qué no llevaría ya el brazalete de marfil. Había oído por casualidad parte de una conversación entre esas dos, algo sobre que la Aiel no se lo pondría hasta que Elayne tuviese otro igual, cosa absurda por demás. En fin, ni lo uno ni lo otro tenía la menor importancia, desde luego. La carta que reposaba en su regazo atrajo su atención.

Librodot

Las lámparas de pie de la salita facilitaban la lectura, si bien la letra de Mat, infantil e inmadura, planteaba ciertas dificultades. Sin embargo, era el contenido lo que provocaba un nudo en el estómago de Nynaeve.

«Aquí no hay nada más que moscas y calor, y de esas dos cosas encontraremos de sobra en Caemlyn.»

—¿Estáis seguros de que no le dijisteis nada? —demandó.

Al otro lado de la habitación, Juilin se quedó con la mano suspendida sobre el tablero de damas y dirigió a Nynaeve una mirada de ofendida inocencia.

—¿Cuántas veces voy a tener que repetirlo?

Fingir esa expresión de ofendida inocencia era una de las cosas que a los hombres se les daba mejor, sobre todo cuando eran más culpables que un zorro sorprendido en el gallinero. Curiosamente, los dibujos tallados alrededor del borde del tablero de juego eran zorros.

Thom, sentado enfrente del rastreador a la mesa de incrustaciones de lapislázuli, estaba tan lejos de parecer un juglar con su excelente chaqueta de color broncíneo como de ser el amante que en otro tiempo gozara del favor de la reina Morgase. Acartonado y con el pelo blanco, largos bigotes y espesas cejas, era la viva imagen de la paciencia frustrada desde sus penetrantes ojos azules hasta las suelas de sus botas.

—No veo cómo habríamos podido hacerlo, Nynaeve —replicó con sequedad—, dado que no nos habíais contado nada a nosotros hasta anoche. Deberíais habernos enviado a Juilin y a mí.

Nynaeve resopló ante la desfachatez del hombre. Hablaba como si el rastreador y él no se hubiesen pasado todo el tiempo correteando de aquí para allá, como gallinas con el cuello bien estirado, desde que habían llegado a la ciudad para espiarlas a Elayne y a ella y entrometiéndose en sus asuntos, todo en connivencia con Mat. Además, esos tres eran incapaces de pasar dos minutos juntos sin ponerse a chismorrear. Como todos los hombres, claro. Aunque lo cierto era, admitió a regañadientes, que no se les había ocurrido enviarlos a ellos con el recado.

—Os habríais marchado con él por ahí de jarana, a beber —rezongó—. No me digas que no.

Eso era lo que Mat debía de estar haciendo; y tendría a Birgitte esperando su regreso en la posada. Ese hombre encontraría el modo de que todo el plan fracasara.

—¿Y qué, si lo hubiesen hecho? Es una noche para... jaranear. —Recostada junto a uno de los altos ventanales en arco, desde donde contemplaba la calle a través del blanco enrejado del balcón, Elayne rió. Daba golpecitos en el suelo con el pie, aunque a saber cómo era capaz de distinguir una melodía de otra entre todas las que flotaban en la oscuridad.

Nynaeve miró ceñuda la espalda de la joven. El comportamiento de Elayne se había ido haciendo más peculiar a lo largo de las horas. Si no hubiese sabido a qué atenerse, Nynaeve habría sospechado que la heredera del trono había estado saliendo a hurtadillas para dar sorbitos de vino. Más bien, tragos. Aun en el caso de que no hubiese perdido de vista a Elayne en toda la noche, tal cosa habría sido imposible. Ambas habían tenido una desagradable experiencia por abusar del vino, y ninguna de las dos se había permitido tomar siquiera dos copas seguidas.

—Quien me interesa es Jaichim Carridin —dijo Aviendha mientras cerraba el libro y lo colocaba a su lado. Se negaba a plantearse siquiera lo chocante que era sentarse en el suelo ataviada con un vestido de seda azul—. Entre nosotros, los Aiel, a los Seguidores de la Sombra se los mata tan pronto como son descubiertos, y ningún

clan, septiar, asociación o primera hermana alzaría una mano para protestar. Si Jaichim Carridin es un Seguidor de la Sombra, ¿por qué no lo mata Tylin Mitsobar? ¿O por qué no lo hacemos nosotros?

—Aquí las cosas son un poco más complicadas —contestó Nynaeve, aunque se había preguntado lo mismo. No por qué no se había matado a Carridin, por supuesto, sino por qué se le seguía permitiendo ir y venir a su antojo. Lo había visto en palacio ese mismo día, después de que le entregaran la carta de Mat, después de que le hubiese dicho a Tylin lo que ponía en ella. Carridin había conversado con Tylin durante más de una hora y se había marchado con tanto honor como cuando llegó. La intención de Nynaeve había sido comentar el asunto con Elayne, pero la pregunta de qué sabía Mat, y cómo, no dejó de injerir en todas las conversaciones. Ese hombre causaría problemas. Lo haría, de algún modo. Todo este asunto iba a estropearse, dijeran lo que dijeran los demás. Se aproximaba mal tiempo.

Thom se aclaró la voz.

—Tylin es una reina débil, mientras que Carridin es embajador de una gran potencia —dijo. Movió una ficha y mantuvo la vista prendida en el tablero de juego. Parecía como si estuviese pensando en voz alta—. Por definición, un Inquisidor Capa Blanca no puede ser un Amigo Siniestro; al menos, así se afirma en la Fortaleza de la Luz. Si Tylin lo arresta o incluso lo acusa, se encontrará con una legión de Capas Blancas en Ebou Dar antes de que le dé tiempo a parpadear. Podrían dejarle el trono, pero se convertiría en una marioneta cuyas cuerdas se manejarían desde la Cúpula de la Verdad. ¿Aún no piensas darte por vencido, Juilin?

El husmeador le asestó una mirada furibunda y después se inclinó sobre el tablero estudiando la partida con intensa atención.

—No la creía cobarde —dijo Aviendha con desagrado, a lo que Thom sonrió divertido.

—Jamás te has enfrentado a algo contra lo que no puedes luchar, pequeña —comentó suavemente—. Algo tan fuerte que tu única opción es huir o ser devorada viva. Intenta no juzgar a Tylin hasta que te hayas encontrado en esa situación.

Por alguna razón, Aviendha enrojeció. Por lo general, ocultaba sus emociones tan bien que su rostro parecía de piedra.

—Ya sé —intervino de pronto Elayne—. Encontraremos pruebas que incluso Pedron Niall tendrá que admitir. —Se dirigió al centro de la habitación. Es decir, bailó hacia el centro de la habitación—. Nos disfrazaremos y lo seguiremos.

De repente no era Elayne la que se hallaba de pie, con un vestido verde ebudariano, sino una domani ataviada con otro azul, muy ajustado. Nynaeve dio un respingo antes de poder contenerse, y su boca se frunció en un gesto exasperado contra sí misma. Sólo porque no pudiese ver los flujos en el momento en que se tejían no era razón para sobresaltarse por la Ilusión. Lanzó una mirada a Thom y a Juilin. Hasta el juglar se había quedado boquiabierto. Inconscientemente asió su trenza. ¡Elayne iba a descubrirlo todo! ¿Qué demonios le pasaba?

La Ilusión funcionaba mejor cuanto más se ajustaba a la imagen original, al menos en cuanto a forma y tamaño, de modo que atisbos del vestido ebudariano aparecieron y desaparecieron fugazmente entre el atuendo domani mientras Elayne giraba para mirarse en uno de los espejos grandes de la habitación. Se echó a reír y batió palmas.

—Oh, jamás me reconocería. Ni a ti tampoco, medio hermana.

De pronto, la mujer sentada en el suelo, junto a la silla de Nynaeve, era una tarabonesa de ojos castaños y rubias trenzas que se mecían con el peso de las cuentas rojas que las adornaban, del mismo color que el vestido ajustado de seda plisada. La mujer miraba inquisitivamente a Elayne. La mano de Nynaeve apretó aún más la trenza.

Librodot

—Y no podemos olvidarnos de ti —barboteó la heredera del trono—. Sé exactamente qué ha de ser.

Esta vez, Nynaeve vislumbró el brillo del *Saidar* alrededor de Elayne. Estaba furiosa. Ver que los flujos se tejían sobre ella no le servía para saber qué imagen le había dado Elayne, naturalmente. Tuvo que mirar hacia uno de los espejos. Una mujer de los Marinos la contemplaba, boquiabierta, con una docena de aros enjoyados en las orejas y el doble de medallones dorados colgando de la cadena que se unía al aro de la nariz. Aparte de las alhajas, llevaba un amplio pantalón de seda verde brocada, y ni un trocito más de tela encima, como hacían las mujeres de los Atha'an Miere cuando no había tierra a la vista. Sólo era una Ilusión. Iba vestida decentemente debajo del entramado de flujos, pero... Además de su imagen reflejada en el espejo vio las de Thom y Juilin, los dos conteniéndose para no sonreír. Un extraño graznido salió de su garganta.

—¡Cerrad los ojos! —gritó a los hombres y empezó a saltar y agitar los brazos intentando que su vestido se viera a través de la Ilusión—. ¡Cerradlos, maldita sea!

Los cerraron, sí, pero ahora ya no hacían esfuerzo alguno para contener la sonrisa. Indignada a más no poder, dejó de brincar. Aviendha se reía a mandíbula batiente, meciéndose atrás y adelante. Nynaeve dio un tirón a su falda, lo que en el espejo se reflejó como si la mujer de los Marinos intentara quitarse los pantalones, y asestó una intensa mirada a Elayne.

—¡Basta ya, Elayne!

La domani la miró de hito en hito, boquiabierta por la sorpresa. Sólo entonces Nynaeve cayó en la cuenta de lo furiosa que estaba; percibía la Fuente Verdadera justo al límite de su vista. Abrazó el *Saidar* y colocó un escudo entre Elayne y la Fuente. O, más bien, intentó ponerlo. Escudar a alguien que ya está encauzando el Poder no era fácil aun siendo más fuerte que la otra persona. Una vez, siendo niña, había descargado el martillo de maese Luhhan contra el yunque con todas sus fuerzas, y la onda de la vibración le había llegado hasta la punta de los dedos de los pies. Lo de ahora fue el doble de intenso.

—Por amor de la Luz, Elayne, ¿estás bebida?

El brillo que envolvía a la domani desapareció y lo mismo ocurrió con la domani. Nynaeve sabía que los flujos tejidos alrededor también habían desaparecido, pero aun así miró hacia el espejo y soltó un suspiro de alivio al ver de nuevo a Nynaeve al'Meara en él, con su vestido azul con cuchilladas amarillas.

—No —contestó lentamente Elayne. Tenía la cara encendida, pero no era de vergüenza; al menos no del todo. Levantó la barbilla y su voz sonó gélida—. *Yo* no lo estoy.

La puerta del corredor se abrió de golpe y Birgitte entró tambaleándose y sonriendo de oreja a oreja. En fin, puede que no se tambaleara del todo, pero decididamente le faltaba estabilidad.

—No esperaba que todos vosotros estuvieseis levantados esperándome —dijo alegremente—. Bien, os interesará saber lo que tengo que contaros, pero antes... —Con los pasos no demasiado firmes de quien lleva bastante bebida en el estómago, desapareció en su cuarto.

Thom miraba hacia la puerta con una sonrisa divertida, y Juilin con otra de incredulidad. Los dos sabían quién era, su verdadera identidad. Elayne se limitaba a mantener una actitud altiva. Del dormitorio de Birgitte llegó el sonido de chapoteo de agua, como si se hubiese volcado una palangana en el suelo. Nynaeve intercambió una mirada desconcertada con Aviendha.

Birgitte reapareció con la cara y el cabello goteando y la chaqueta empapada

desde los hombros hasta los codos.

—Ahora tengo la mente más despejada —dijo mientras tomaba asiento en una de las sillas doradas y suspiraba—. Ese joven tiene una pierna hueca y un agujero en el pie. Tumbó incluso a Beslan, y yo empezaba a creer que el vino era agua para ese chico.

—¿Beslan? —inquirió Nynaeve alzando el tono—. ¿El hijo de Tylin? ¿Qué hacía allí?

—¿Por qué se lo permitiste, Birgitte? —exclamó Elayne—. Mat Cauthon corromperá al muchacho, y su madre nos echará la culpa.

—El *muchacho* tiene tu misma edad —repuso Thom con gesto estirado.

Nynaeve y Elayne intercambiaron una mirada desconcertada. ¿Y eso qué tenía que ver? Todo el mundo sabía que los hombres, siendo como eran, no alcanzaban la madurez mental hasta diez años después que las mujeres.

El desconcierto desapareció del rostro de Elayne y fue reemplazado por firmeza y no poca irritación cuando volvió su atención hacia Birgitte de nuevo. Se iban a decir cosas, palabras que ambas podrían lamentar al día siguiente.

—Si tú y Juilin hacéis el favor de dejarnos solas ahora, Thom —se apresuró a decir Nynaeve. Era extremadamente improbable que ellos advirtieran por sí mismos la conveniencia de marcharse—. Necesitáis dormir para encontraros descansados mañana a primera hora. —Siguieron sentados, mirándola boquiabiertos como lelos, de modo que adoptó un tono más firme—. Ahora.

—Esta partida estaba acabada hace veinte movimientos —manifestó Thom mientras echaba una ojeada al tablero—. ¿Qué te parece si bajamos a nuestro cuarto y empezamos otra? Te daré la ventaja de colocar diez fichas como quieras en cualquier momento a lo largo de la partida.

—¿Diez fichas? —exclamó Juilin, mientras retiraba su silla arrastrándola—. ¿Y me ofrecerás también caldo y pan blanco?

Continuaron discutiendo en el camino hacia la salida, pero ya en la puerta, ambos miraron hacia atrás con resentimiento. Nynaeve los creía completamente capaces de quedarse despiertos toda la noche sólo porque ellas los habían mandado a la cama.

—Mat no corromperá a Beslan —adujo secamente Birgitte cuando la puerta se cerró tras ellos—. Dudo que nueve bailarinas de plumas con un cargamento entero de brandy pudiesen corromperlo. No sabrían por dónde empezar.

Nynaeve sintió alivio al oír aquello, aunque había algo raro en el tono de la mujer —seguramente el alcohol ingerido—, pero Beslan no era todo el asunto en cuestión, de modo que así lo dijo.

—No, no lo es —redundó Elayne—. ¡Te has embriagado, Birgitte! Y yo lo he sentido. Todavía me noto achispada si no me concentro. El vínculo no debería funcionar así. Las Aes Sedai no se desploman riendo como tontas si sus Guardianes beben en exceso.

Nynaeve alzó los brazos con exasperación.

—No me miréis así —dijo Birgitte—. Sabéis más que yo. Hasta ahora Aes Sedai y Guardianes habían sido mujeres y hombres. Quizás esté ahí la diferencia. Quizá somos demasiado iguales. —Su sonrisa se torció un tanto. El agua de la jarra no había sido suficiente ni con mucho—. Eso puede resultar embarazoso, supongo.

—¿Podríamos limitarnos a lo que es realmente importante? —instó Nynaeve con voz tirante—. A Mat, digamos.

Elayne había abierto la boca para replicar a Birgitte, pero la cerró de golpe y sus mejillas adquirieron un tono rojizo, esta vez por el chasco.

—Bien —continuó Nynaeve—. ¿Estará Mat aquí por la mañana o se encuentra en el mismo estado lamentable que tú?

Librodot

—Puede que venga —contestó Birgitte, cogiendo una taza de té de menta que le ofrecía Aviendha. La Aiel, naturalmente, seguía sentada en el suelo. Elayne la miró con el entrecejo fruncido un momento y luego también se sentó en el suelo a su lado, nada menos.

—¿Qué quieres decir con que puede que venga? —demandó Nynaeve. Encauzó y la silla que había ocupado antes flotó hacia ella. Y si golpeaba al posarse en el suelo, mejor, porque era lo que quería. Beber en exceso; sentarse en el suelo. ¡Parecía mentira!—. ¡Si espera que vayamos a él de rodillas...!

Birgitte tomó un sorbo de té haciendo un ruido de satisfacción y, cosa extraña, cuando volvió a mirar a Nynaeve no parecía tan embriagada.

—Lo disuadí para que no pidiera eso, aunque me parece que no lo decía en serio. Lo único que quiere es una disculpa y que se le den las gracias.

A Nynaeve casi se le salieron los ojos de las órbitas. ¿Que lo había convencido para que no pidiera eso? ¿Pedirle disculpas? ¿A Matrim Cauthon?

—Jamás —gruñó.

—¿Darle las gracias por qué motivo? —quiso saber Elayne, como si tal cosa importase. Fingió no ver la mirada furiosa de Nynaeve.

—Por lo de la Ciudadela de Tear —respondió Birgitte, y Nynaeve giró bruscamente su cabeza hacia ella. La voz de la arquera sonaba ya perfectamente normal, sin atisbo de embriaguez—. Dice que entró en la Ciudadela, que entraron Juilin y él, para sacaros de una mazmorra de la que no podíais escapar por vosotras mismas. —Sacudió la cabeza lentamente, admirada—. No sé si yo habría hecho algo así por nadie que no fuese Gaidal. En la Ciudadela no. Mat afirma que le disteis las gracias de un modo que no supo por dónde tomarlo y que tuvo la sensación de que era él quien debía sentirse agradecido porque no le atizarais una patada.

En cierto modo era la verdad, aunque tergiversada. Mat había exhibido aquella sonrisita burlona tan propia de él mientras decía que había ido para sacarles las castañas del fuego o algo por el estilo. Aun entonces había creído que podía decirles lo que tenían que hacer.

—Sólo una de las hermanas Negras montaba guardia en los calabozos —murmuró Nynaeve—, y ya nos habíamos ocupado nosotras de ella. —Cierto que todavía no había resuelto cómo abrir la puerta de la celda, que había sido escudada—. De todos modos a Be'lal no le interesábamos realmente, sólo nos retenía como cebo para Rand. Por lo que sabíamos, Moraine podía haberlo matado ya para entonces.

—El Ajah Negro. —La voz de Birgitte era más pétrea que las baldosas del suelo—. Y uno de los Renegados. Mat ni siquiera los mencionó. Deberíais darle las gracias de rodillas, Elayne. Las dos. Ese hombre lo merece. Y también Juilin.

Nynaeve se quedó pálida. ¿Que Mat no había mencionado...? ¡Ese hombre despreciable, miserable!

—No me disculparé con Matrim Cauthon. Ni en mi lecho de muerte.

Aviendha se inclinó hacia Elayne y le tocó la rodilla.

—Medio hermana, diré esto con delicadeza. —Su gesto y su tono eran tan delicados como un hito del camino—. Si tal cosa es cierta, tienes *toh* con Mat Cauthon. Y también Nynaeve. Y lo habéis empeorado desde entonces, por las cosas que he visto.

—*¡Toh!* —exclamó Nynaeve. Las dos se pasaban la vida hablando sobre esa necedad del *toh*—. No somos Aiel, Aviendha. Y Mat Cauthon es una espina clavada en el pie para cualquiera que lo trate.

—Entiendo —dijo sin embargo Elayne, asintiendo con la cabeza—. Tienes razón, Aviendha. Pero ¿qué hemos de hacer? Tendrás que ayudarme, medio hermana. No tengo intención de convertirme en Aiel, pero... Quiero que te sientas orgullosa de mí.

Librodot

—¡No nos disculparemos! —espetó Nynaeve.

—Me honra conocerte —contestó Aviendha al tiempo que rozaba levemente la mejilla de Elayne—. Una disculpa es un comienzo, pero ya no basta para saldar el *toh* ahora.

—¿Me estáis escuchando? —demandó Nynaeve—. ¡He dicho que no me disculparé! —repitió, haciendo una pausa entre palabra y palabra para darles más énfasis.

Las dos siguieron hablando. Sólo Birgitte la miró, y la arquera esbozaba una sonrisa que no se diferenciaba mucho de una carcajada. Nynaeve se estrujó la trenza con las dos manos. Desde el principio supo que tenían que haber enviado a Thom y a Juilin.

Librodot

CAPÍTULO 4

Pequeños sacrificios

Elayne estrechó los ojos para alzarlos hacia el cartel que colgaba en el arco de la puerta, un burdo dibujo de una mujer que asía un bastón y oteaba a lo lejos, esperanzada; deseó encontrarse en la cama en lugar de haberse levantado con el sol. Aunque tampoco habría podido dormir. La plaza de Mol Hara se encontraba desierta a su espalda, salvo por unos pocos carros tirados por bueyes o asnos que iban de camino al mercado, y unas cuantas mujeres que cargaban enormes cestos sobre la cabeza. En la esquina de la posada había un mendigo sentado al que le faltaba una pierna, con un platillo delante; el primero de muchos que habría por la plaza más tarde. Ya le había dado un marco de plata, suficiente para que se alimentara durante una semana, incluso con los precios actuales, pero el hombre se guardó la moneda en la andrajosa chaqueta, con una sonrisa desdentada, y no se movió de allí. Apenas había clareado el día, pero aun así prometía ser bochornoso; de hecho, requería un esfuerzo de concentración mantenerse aislada del calor aun a tan temprana hora.

Las últimas secuelas de la resaca de Birgitte también permanecían en su cabeza; aunque habían disminuido, todavía no habían desaparecido. Ojalá su habilidad con la Curación no fuera tan escasa. Confiaba en que Aviendha y Birgitte se las arreglaran para enterarse de algo útil sobre Carridin a lo largo de la mañana. Llevaban disfraces de Ilusión aunque el Inquisidor no las reconocería a ninguna de las dos, pero no estaba de más ser precavidas. Se sentía orgullosa de que Aviendha no le hubiese pedido acompañarla; incluso se había sorprendido de que se lo sugiriese ella. Aviendha no creía preciso vigilarla para saber con seguridad que haría lo correcto.

Suspiró y estiró del vestido aunque no era preciso. De colores azul y crema, con un toque de encaje de Vandalra, la hacía sentirse un poco... descubierta. La única vez que eludió vestirse al estilo de sus anfitriones fue cuando Nynaeve y ella viajaron a Tanchico con los Marinos; pero, a su modo, el estilo ebudariano casi... Volvió a suspirar. Lo único que intentaba con esas divagaciones era retrasar lo que tenía que hacer. Aviendha tendría que haber ido hasta allí para llevarla de la mano.

—No me disculparé —dijo de repente Nynaeve a su lado. Aferraba fuertemente la falda de su vestido gris con las dos manos y miraba a La Mujer Errante como si la propia Moghedien estuviese esperando dentro—. ¡No lo haré!

—Tendrías que haberte vestido de blanco —murmuró Elayne, con lo que se ganó una mirada desconfiada. Al cabo de un momento, agregó—: Dijiste que era el color de los funerales.

Su último comentario provocó un asentimiento satisfecho de la otra mujer, aunque no era eso lo que pretendía en absoluto. Todo aquello acabaría en desastre si no eran capaces de mantener la paz entre ellos mismos. Birgitte había tenido que conformarse con una infusión de hierbas para aliviar su malestar esa mañana y, por cierto, había sido una mezcla particularmente amarga, ya que Nynaeve había alegado que no estaba lo bastante furiosa para encauzar y utilizar la Curación. Después había seguido hablando en una actitud realmente teatral sobre que el blanco era el único color adecuado, había insistido en que no iba a ir hasta que Elayne la sacó casi a rastras de sus aposentos y

había anunciado al menos veinte veces desde entonces que no pensaba disculparse. Había que mantener la paz, pero... qué difícil lo ponía.

—Aceptaste hacer esto, Nynaeve. No, no quiero oír nada más sobre que las demás te hemos coaccionado. Accediste. Así que deja de enfurruñarte.

Nynaeve resopló indignada, pero Elayne no estaba dispuesta a dejar que la distrajera de lo que había que hacer, a pesar del «¿enfurruñarme?» mitad incrédulo y mitad furioso que masculló entre dientes la otra mujer.

—Tenemos que discutir esto un poco más, Elayne —manifestó en voz alta Nynaeve—. No hay por qué precipitarse. Debe de haber mil razones para que esto no funcione, ni *ta'veren* ni no *ta'veren*, y Mat Cauthon suma novecientas de esas mil.

—¿Elegiste deliberadamente las hierbas más amargas para la infusión de esta mañana? —inquirió Elayne al tiempo que le dirigía una mirada impasible.

La expresión indignada de la otra mujer se tornó en otra inocente, pero un leve matiz rojo tiñó sus mejillas. Elayne abrió la puerta de la posada y Nynaeve siguió masculllando entre dientes. A la heredera del trono no le habría sorprendido que la antigua Zahorí también hubiese sacado la lengua. Que estaba mohína esa mañana era decir poco.

El aroma a pan cociéndose llegaba de la cocina; todas las ventanas del salón se encontraban abiertas para airearlo. Una criada de cara rellenita se hallaba encaramada a una banqueta alta, de puntillas, para retirar las mustias ramitas de plantas perennes que había encima de las ventanas, en tanto que otras colocaban de nuevo en su sitio las mesas, bancos y sillas que debían de haberse retirado para el baile. A una hora tan temprana no había nadie más por allí, excepto una muchacha delgada, con delantal blanco, que barría el suelo con desgana. Era bonita, si bien afeaba sus rasgos un marcado mohín que fruncía sus labios. A decir verdad no se veía mucho desorden, considerando que durante las fiestas se suponía que en las posadas reinaba el bullicio e incluso el libertinaje. Una parte de Elayne deseó haberlo visto, sin embargo.

—¿Puedes conducirnos al cuarto de maese Cauthon? —preguntó a la chica delgada con una sonrisa, al tiempo que le tendía dos céntimos de plata.

Nynaeve resopló. Era más agarrada que la piel de una manzana verde. ¡Una vez le dio a un mendigo un céntimo de cobre! La chica las miró con gesto hosco —y, sorprendentemente, también a las monedas— y murmuró con acritud algo que sonó más o menos: «Una mujer rubia anoche y damas esta mañana». Les indicó el camino de mala gana.

Por un instante Elayne creyó que iba a despreciar los céntimos, pero cuando iba a volverse, la chica le cogió las monedas de la mano sin dar las gracias y se las metió por el escote antes de empezar de nuevo a barrer con tanto ímpetu como si quisiera matar al suelo a golpes de escoba. Quizá tenía un bolsillo cosido dentro del escote.

—¿Te das cuenta? —rezongó Nynaeve en voz baja—. Seguro que ha intentado que esa chica acepte sus atenciones a la fuerza. Ése es el hombre al que quieres que pida disculpas.

Elayne guardó silencio y se limitó a subir la escalera sin barandilla que había al fondo de la sala. Si Nynaeve no dejaba de protestar... El primer pasillo a la derecha, según las indicaciones de la chica, y la última puerta a la izquierda. Ya delante de ella, Elayne vaciló y se mordió el labio inferior.

—Por fin ves que es una mala idea ¿verdad? —inquirió, animada, Nynaeve—. No somos Aiel, Elayne. Me cae muy bien esa muchacha, a pesar de que se pasa la vida afilando su cuchillo, pero piensa en la tontería que se le ocurrió. Es imposible. Tienes que comprender que lo es.

—No accedimos a nada imposible, Nynaeve. —Mantener la voz firme le costaba

Librodot

trabajo. Parte de lo que Aviendha había sugerido, completamente en serio al parecer... ¡De hecho había insinuado que dejaran que el hombre las azotase con una vara!—. Accedimos a algo posible. —Apenas. Llamó con los nudillos en la puerta, que tenía un pez tallado, un bicho redondo, hocicudo y con rayas. Todas las puertas tenían figuras talladas, en su mayoría, peces. No hubo respuesta.

Nynaeve soltó el aire sonoramente; debía de haber estado conteniendo la respiración.

—Quizás ha salido —dijo—. Tendremos que volver en otro momento.

—¿A esta hora? —Volvió a llamar—. Tú dices que se pasa tumbado todo el tiempo que puede. —Seguía sin oírse ruido dentro.

—Elayne, si el estado de Birgitte es un indicio, Mat se puso de bebida hasta las orejas anoche. No le hará gracia que lo despertemos. ¿Por qué no nos marchamos y...?

Elayne giró el picaporte y entró. Nynaeve la siguió dando un suspiro que debió de oírse en palacio.

Mat Cauthon yacía despatarrado en la cama, encima de la colcha, y tenía los ojos cubiertos con un paño húmedo que mojaba la almohada. En el cuarto reinaba el desorden, aunque no había polvo. Sobre el lavabo —¡nada menos!— había una bota, al lado de una palangana blanca llena de agua sin utilizar; el espejo de pie aparecía ladeado, como si el joven hubiese tropezado con él y simplemente lo hubiese dejado torcido hacia atrás, y su chaqueta arrugada estaba tirada sobre una silla. El resto de sus ropas las llevaba puestas, incluido el pañuelo negro que aparentemente nunca se quitaba, así como la otra bota. La cabeza de zorro plateada asomaba entre su camisa desanudada.

El medallón hizo que Elayne sintiera picor en los dedos. Si estaba realmente tan borracho, tal vez podría quitárselo sin que se diese cuenta. Se había propuesto descubrir, de un modo u otro, cómo absorbía el Poder ese objeto. Esclarecer cómo funcionaba cualquier cosa la fascinaba, pero esa cabeza de zorro representaba todos los enigmas del mundo concentrados en uno.

Nynaeve la cogió de la manga e indicó la puerta con la cabeza al tiempo que articulaba en silencio «dormido» y algo más que no entendió. Probablemente otra súplica de que se marcharan.

—Déjame en paz, Nerim —murmuró Mat de repente—. Ya te lo he dicho. No quiero nada salvo un cráneo nuevo. Y cierra la puerta con suavidad o te clavaré las orejas en ella.

Nynaeve dio un brinco e intentó arrastrarla hacia la puerta, pero Elayne no cedió.

—No es Nerim, maese Cauthon.

Él alzó ligeramente la cabeza de la almohada, con las dos manos levantó un poco el paño mojado y las miró con los ojos, inyectados en sangre, entrecerrados.

Nynaeve, sonriente, no hizo el menor esfuerzo por disimular su satisfacción ante su lamentable estado. Lo que Elayne no podía entender era por qué también ella deseaba sonreír. Su única experiencia con el exceso de bebida sólo le había dejado lástima y compasión por cualquiera que pasara ese trance. En un rincón de su cabeza percibía todavía la jaqueca que sufría Birgitte, y entonces lo comprendió. Ciertamente, no podía gustarle que Birgitte se embriagara como una cuba, fuera por la razón que fuera, pero tampoco le satisfacía la idea de que alguien fuese capaz de hacer cualquier cosa mejor que su primer Guardián. Una idea ridícula. Vergonzosa. Pero también satisfactoria.

—¿Qué hacéis aquí? —demandó con voz enronquecida, y luego hizo un gesto de dolor y bajó el tono—. Es de noche.

—Es de mañana —repuso secamente Nynaeve—. ¿Recuerdas tu conversación con Birgitte?

—¿Podrías hablar más bajo? —susurró él cerrando los ojos. Al instante volvió a abrirlos de golpe—. ¿Birgitte? —Se sentó bruscamente y bajó las piernas al suelo. Durante unos instantes se quedó inmóvil en esa postura, mirando fijamente las baldosas del suelo, con los codos apoyados en las rodillas y el medallón meciéndose en la cadena. Al final, giró la cabeza para mirarlas torvamente. O quizás era el estado de sus ojos lo que hacía que pareciese torvo—. ¿Qué os contó?

—Nos informó de tus exigencias, maese Cauthon —contestó formalmente Elayne. Así era como una debía de sentirse delante del tajo del verdugo. Lo único que podía hacerse era mantener la cabeza bien alta y afrontar lo que quiera que viniera con orgullo—. Quiero darte las gracias de todo corazón por rescatarme de la Ciudadela de Tear. —Bien, había empezado y no le había dolido. No mucho.

Nynaeve estaba furiosa y apretaba los labios más y más. Esa mujer no iba a dejarla sola ante aquello. Elayne abrazó el *Saidar* casi antes de darse cuenta de lo que hacía y encauzó un fino flujo de Aire que golpeó el lóbulo de la oreja de Nynaeve como si hubiese sido con un dedo. La antigua Zahorí se llevó una mano a la oreja y se puso ceñuda, pero Elayne se limitó a girar de nuevo el rostro hacia maese Cauthon y aguardó.

—Yo también te lo agradezco —musitó Nynaeve al cabo, con gesto hosco—. De todo corazón.

Elayne puso los ojos en blanco a despecho de sí misma. En fin de cuentas, él les había pedido que hablasen bajo. Y parecía haberlas oído. Cosa curiosa, se encogió de hombros con actitud avergonzada.

—Oh, eso. No fue nada. Seguramente habríais podido liberaros vosotras mismas a no tardar y sin mi ayuda. —Hundió la cabeza en las manos y volvió a apretar el paño mojado contra los ojos—. Cuando salgáis, ¿os importaría decirle a Caira que me traiga un poco de ponche? Es una chica delgada, bonita, de ojos dulces.

Elayne tembló. ¿Que no había sido nada? ¿Que ese hombre había exigido una disculpa, ella se había humillado para pedírsela y ahora resultaba que no era nada? ¡No merecía compasión ni lástima! Todavía asía el *Saidar* y se planteó golpearlo con un flujo mucho más grueso que a Nynaeve. Aunque tampoco serviría de mucho en su caso, llevando como llevaba la cabeza de zorro. Claro que ahora colgaba en el aire, sin estar en contacto con su piel. ¿Ofrecería la misma protección cuando no estaba...?

Nynaeve acabó con sus reflexiones al lanzarse sobre él dispuesta a arañarlo. Elayne logró interponerse entre ellos y agarró a la mujer por los hombros. Durante un instante que pareció muy largo se quedaron frente a frente. Con una mueca, Nynaeve finalmente aflojó la presión y Elayne consideró seguro soltarla.

Mat seguía con la cabeza inclinada, ajeno a todo lo que había pasado. Tanto si el medallón lo protegía como si no, quedaba la opción de coger el arco que había en un rincón del cuarto y golpearlo con él hasta que aullara de dolor. Elayne sintió que la sangre se agolpaba en su cara; había frenado a Nynaeve, impidiendo que lo echara todo a perder, y a punto había estado de estropearlo ella. Lo que era peor, a juzgar por la satisfecha sonrisilla que la otra mujer le dirigía, se había dado cuenta de lo que se le había pasado por la cabeza.

—Hay algo más, maese Cauthon —anunció a la par que cuadraba los hombros. La sonrisa se desvaneció en los labios de Nynaeve—. También queremos disculparnos por haber pospuesto tanto nuestra manifestación de agradecimiento, como merecías. Y nos disculpamos... humildemente... —sus últimas palabras se le atascaron un poco—, por el modo en que te hemos tratado desde entonces. —Nynaeve alargó una mano en actitud suplicante, pero la mujer hizo caso omiso—. Para demostrar cuánto lo lamentamos, nos comprometemos a lo siguiente. —Aviendha había dicho que pedir disculpas sólo era un comienzo—. No te menospreciaremos ni rebajaremos en ningún modo, no te gritaremos

por ningún motivo, no... No intentaremos darte órdenes. —Nynaeve se encogió como si le doliese algo. También los labios de Elayne se pusieron tirantes, pero no se detuvo—. Al reconocer que te preocupas por nuestra seguridad, no saldremos de palacio sin comunicarte adónde vamos y escucharemos tus consejos. —Luz, no quería ser Aiel, ni quería hacer esto, pero sí deseaba el respeto de Aviendha—. Si... si crees que nos... —Y no es que tuviese intención de convertirse en hermana conyugal. ¡La mera idea resultaba indecente! Pero la apreciaba—. Si crees que corremos un riesgo innecesario... —No era culpa de Aviendha que Rand hubiese conquistado sus corazones. Y el de Min también—. Aceptaremos una guardia personal elegida por ti... —Sino de *ta'veren* o no, las cosas eran lo que eran. Y ella quería a esas dos mujeres como a hermanas—. Nos acompañará mientras sea posible. —¡Así la Luz lo abrasara por hacerle esto! Y no se estaba refiriendo a Mat Cauthon—. Lo juro por el Trono del León de Andor. —Jadeaba como si hubiese corrido dos kilómetros de un tirón. El gesto de Nynaeve le daba el aspecto de un tejón acorralado.

Mat giró la cabeza hacia ellas muy, muy despacio, y bajó el paño húmedo sólo lo suficiente para destapar uno de los ojos enrojecidos.

—Señora, hablas como si te hubieses tragado una barra de hierro —dijo con sorna—. Tienes mi permiso para llamarme Mat.

«¡Qué hombre tan odioso! ¡No sabría reconocer qué era educación aunque se la diera de narices!», pensó la antigua Zahorí. El ojo enrojecido se volvió hacia ella.

—¿Y tú qué dices, Nynaeve? —inquirió—. Ella ha dicho mucho «nosotras», pero tú no has pronunciado palabra.

—No te gritaré —chilló la antigua Zahorí—. Y también todo lo demás. ¡Te lo prometo, pedazo de...! —Casi se atragantó al darse cuenta de que ya no podía dedicarle uno de los insultos que se merecía sin romper la promesa recién hecha. Empero, el efecto de su grito fue gratificante.

Con un gemido, Mat se estremeció y dejó caer el paño mojado para agarrarse la cabeza con las dos manos. Sus ojos parecían a punto de salirse de las órbitas.

—Jodidos dados —dijo en tono gemebundo, o algo parecido.

De repente, a Elayne se le ocurrió que ese hombre era una estupenda fuente de un lenguaje expresivo. Los mozos de cuadra y gente semejante parecían lavarse la lengua en el momento en que ella aparecía. Cierto, se había prometido a sí misma civilizarlo, conseguir que fuese útil para Rand, pero eso no implicaba mejorar también su modo de expresarse. De hecho, cayó en la cuenta de que había un montón de cosas que no había prometido. Hacerle notar tal cosa a Nynaeve la calmaría de manera considerable.

—Gracias, Nynaeve —respondió Mat con voz hueca al cabo de unos instantes que parecieron muy largos. Hizo una pausa para tragar saliva con esfuerzo—. Por un momento creí que erais otras personas disfrazadas. Ya que al parecer sigo vivo, podríamos ocuparnos de lo demás. Creo recordar que Birgitte me dijo que queríais que encontrara algo para vosotras. ¿Qué es?

—Tú no lo buscarás —le contestó Nynaeve en tono firme. Bueno, quizá más que firme, fuerte, pero Elayne no quiso llamarle la atención a su amiga. Mat se merecía hasta el último respingo de dolor—. Nos acompañarás y nosotras lo encontraremos.

—¿De vuelta a las viejas costumbres, Nynaeve? —De algún modo, el joven se las ingenió para que su mueca resultara desdeñosa, además de horrenda a costa del estado de sus ojos—. Acabas de prometer que harás lo que yo diga. Si lo que quieres es un *ta'veren* domesticado y atado a una traílla, ve y pídeselo a Rand o a Perrin, a ver qué te contestan.

—No prometimos tal cosa, Matrim Cauthon —espetó la antigua Zahorí, aupándose sobre las puntas de los pies—. ¡No prometí eso! —De nuevo parecía a punto

de abalanzarse sobre él. Hasta su coleta daba la impresión de estar erizada.

Elayne controló el genio. No conseguirían nada de él con imposiciones.

—Escucharemos tu consejo y lo seguiremos si es razonable, maese... Mat —lo reprendió suavemente. Sin duda no creería que habían prometido... Al observarlo, sin embargo, comprendió que sí. ¡Oh, Luz! Nynaeve tenía razón. Ese hombre iba a ser un problema.

Mantuvo firmemente el control. Encauzó de nuevo y levantó la chaqueta de la silla, que colgó en una de las perchas de la pared para poder sentarse; recta la espalda, se arregló los vuelos del vestido. Mantener las promesas hechas a maese Mat —o, mejor dicho, Mat— y a sí misma no le iba a resultar fácil, pero nada de lo que él dijera o hiciera la afectaría. Nynaeve miró el único sitio que quedaba para tomar asiento, un escabel de madera tallada, y permaneció de pie. Una de sus manos fue hacia la coleta, pero se detuvo y la mujer cruzó los brazos. Empezó a dar golpecitos en el suelo con un pie, un gesto que no prometía nada bueno.

—Los Atha'an Miere lo llaman el Cuenco de los Vientos, maese... Mat. Es un *ter'angreal...*

Cuando Elayne acabó de hablar, se advertía cierta excitación en el rostro indispuesto del hombre.

—Vaya, sí que parece una búsqueda importante —murmuró—. En el Rahad. —Sacudió la cabeza e hizo un gesto de dolor—. Os lo diré una sola vez: ninguna de las dos pondrá un pie al otro lado del río sin la compañía de cuatro o cinco de mis Brazos Rojos para cada una. Ni fuera de palacio, por cierto. ¿Os contó Birgitte lo de la nota que metieron en un bolsillo de mi chaqueta? Estoy seguro de que se lo comenté. Además, están Carridin y sus Amigos Siniestros, y no me diréis que ese hombre no se trae algo entre manos.

—Cualquier hermana que apoye a Egwene como Amyrlin corre peligro por parte de la Torre. —¿Una guardia personal para ir a cualquier sitio? ¡Luz! Los ojos de Nynaeve tenían un brillo peligroso, y su pie golpeaba el suelo más y más deprisa—. No podemos escondernos, mae... Mat, y no lo haremos. Se tomarán las medidas oportunas con respecto a Jaichim Carridin a su debido tiempo. —No habían prometido contarle todo, y no podían dejar que desviara la atención hacia otro asunto—. Hay cosas más importantes fraguándose.

—¿A su debido tiempo? —empezó él, alzando la voz con incredulidad, pero Nynaeve lo atajó.

—¿Cuatro o cinco cada una? —instó secamente—. Eso es ridí... —Cerró los ojos un instante y su tono se volvió más suave. No mucho—. Quería decir que no es lógico. Elayne y yo, Birgitte y Aviendha. No tienes tantos soldados. En cualquier caso, al único que necesitamos realmente es a ti. —La última frase la dijo como si le sacaran las palabras a la fuerza. Se parecía mucho, demasiado, a una admisión.

—Birgitte y Aviendha no necesitan guardaespaldas —musitó él con aire abstraído—. Supongo que ese Cuenco de los Vientos es más importante que Carridin, pero... Parece injusto dejar que Amigos Siniestros anden libremente por ahí.

El rostro de Nynaeve se tiñó de púrpura lentamente. Elayne comprobó el suyo en un espejo y sintió alivio al ver que mantenía la compostura. Al menos hacia fuera. ¡Qué irritante era ese hombre! ¿Guardaespaldas? Elayne no sabía si era peor que hubiese lanzado aquel insulto a propósito o que lo hubiese hecho sin darse cuenta. Volvió a mirarse en el espejo y bajó un poquito la barbilla. ¡Guardaespaldas! Así era la viva imagen del aplomo. Mat las observaba con aquellos ojos enrojecidos, pero al parecer no advirtió nada.

—¿Eso fue todo lo que os contó Birgitte? —preguntó.

—Y es más que suficiente, creo —espetó Nynaeve—. Incluso tratándose de ti.

Inexplicablemente, Mat parecía sorprendido, y bastante complacido. Nynaeve dio un respingo y después se cruzó de brazos.

—Puesto que no estás en condiciones de ir a ninguna parte —empezó—. ¡No me mires así, Mat Cauthon, porque no es un menosprecio, sino la pura verdad! Bien, ya que no estás en muy buenas condiciones físicas, podrías emplear la mañana en trasladarte a palacio. Y que no se te pase por la cabeza que te ayudaremos a llevar tus cosas. No prometí ser una mula de carga.

—¡La Mujer Errante está suficientemente bien...! —empezó enfurecido, pero se calló y una expresión sorprendida, horrorizada habría dicho Elayne, se plasmó en su cara. Eso le enseñaría a no gritar cuando tenía la cabeza como una sandía. Al menos, ésa era la sensación que ella había tenido cuando se embriagó. Claro que él no aprendería de la experiencia. Los hombres no dejaban de meter las manos en el fuego pensando que en esa ocasión no se quemarían, como solía decir Lini.

—Aunque seas *ta'veren* no esperarás que encontremos el Cuenco la primera vez que salgamos a buscarlo —continuó Nynaeve—. Salir en su busca cada día resultará más sencillo si no tienes que cruzar la plaza. —Lo que quería decir realmente era que así no se verían obligadas a esperarlo todas las mañanas. Según ella, la embriaguez no era la única excusa que el joven podía encontrar para seguir acostado hasta las tantas, ni mucho menos.

—Además —abundó Elayne—, de ese modo podrás tenernos vigiladas.

Nynaeve hizo un ruido gutural que se parecía mucho a un gemido. ¿Es que no se daba cuenta de que sólo lo decía para engatusarlo? ¿Que no había prometido permitirle que las vigilase? Mat parecía que no las había oído, a ninguna de las dos. Aunque las miraba, era como si estuviese contemplando algo a través de ellas.

—¿Por qué demonios han tenido que parar ahora? —gimió en voz tan queda que apenas se oyó. ¿Qué quería decir con eso?

—Las habitaciones son regias, maese... Mat. Tylin en persona las eligió. Ha puesto un gran interés. Mat, no querrás que ofendamos a la reina, ¿verdad?

Al echar un vistazo a su rostro, Elayne encauzó apresuradamente para abrir una ventana y tirar el agua de la palangana. Si alguna vez había visto a alguien que estuviese a punto de vaciar todo lo que tenía en el estómago, ése era Mat, que la miraba de hito en hito con los ojos inyectados en sangre.

—No entiendo a qué viene tanto alboroto —dijo Elayne. De hecho, supuso que él tenía sus razones. Probablemente algunas de las criadas de la posada le permitían toquetearlas, pero dudaba que hubiese muchas en palacio, o incluso alguna, que se lo consintieran. Tampoco podría beber y jugar durante toda la noche. A buen seguro, Tylin no permitiría un mal ejemplo para Beslan—. Todos debemos hacer sacrificios. —Hizo un esfuerzo para dejarlo así, para no añadir que el de él era pequeño y justo, mientras que los de ellas eran inmerecidos, dijese lo que dijese Aviendha. Nynaeve había clamado en contra de hacer *cualquier* sacrificio.

Mat volvió a hundir la cabeza en las manos; hacía ruidos raros y sus hombros se sacudían. ¡Se estaba riendo! Elayne alzó la palangana con un flujo de Aire, planteándose la idea de atizarle un golpe con ella. Sin embargo, cuando él volvió a levantar la cabeza, parecía ofendido por alguna razón.

—¿Sacrificios? —gruñó—. ¡Si os pidiese lo mismo, daríais bofetadas a cualquiera que tuvieseis a mano y haríais que el techo se derrumbara sobre mi cabeza!

¿Estaría borracho todavía? Elayne decidió hacer caso omiso de su horrenda mirada.

—A propósito de tu cabeza —dijo la heredera del trono—. Si quisieras aceptar la

Curación, estoy segura de que Nynaeve estaría dispuesta a ayudarte —ofreció, pensando que si alguna vez la antigua Zahorí había estado furiosa de sobra para poder encauzar, era en ese momento. Nynaeve dio un pequeño respingo y la miró por el rabillo del ojo.

—Por supuesto —se apresuró a decir—. Si quieres, lo haré. —El color de sus mejillas le confirmó a Elayne sus sospechas sobre lo ocurrido esa mañana.

—Olvidaos de mi cabeza —respondió él brusco, con su habitual «cortesía». Y entonces, como para confundirla en puntos que ya daba por ciertos, agregó en voz vacilante—: Sin embargo, gracias por preguntar.

¡Y además parecía que lo decía en serio! Elayne se las ingenió para no quedarse boquiabierta. Su conocimiento sobre los hombres se limitaba a Rand y a lo que Lini y su madre le habían contado. ¿Acaso Rand iba a comportarse de un modo tan desconcertante como Mat?

Antes de marcharse, recordó arrancarle la promesa de que empezaría de inmediato con los preparativos para trasladarse a palacio. Cumplía su palabra una vez dada —en eso Nynaeve había sido tajante— aunque lo hiciera a regañadientes, pero si se le dejaba la menor rendija encontraría ciento y un modos de escabullirse por ella. La antigua Zahorí había puesto énfasis al decir eso último. Mat dio su palabra con expresión resentida, sombría; es posible también que se debiera al estado de sus ojos. Cuando Elayne soltó la palangana a los pies del joven, éste pareció agradecido. La heredera del trono se dijo que no sentiría compasión, y lo repitió como para convencerse.

De vuelta en el pasillo, cerrada ya la puerta del cuarto de Mat, Nynaeve sacudió el puño, que alzó hacia el techo.

—¡Ese hombre acaba con la paciencia de una piedra! ¡Me alegro de que le duela tanto la cabeza que tenga que apoyarla en las manos! ¿Me has oído? ¡Me alegro! Causará problemas. Lo hará.

—Vosotras dos le causaréis más problemas de los que él se buscaría jamás.

La persona que había hablado caminó por el pasillo hacia ellas. Era una mujer con algunas canas en el pelo, un rostro firme y una voz autoritaria. También tenía el entrecejo fruncido, casi un ceño. A pesar del Cuchillo de Esponsales que le colgaba entre los senos, su tez era demasiado clara para una ebudariana.

—No podía creerlo cuando Caira me lo dijo. Dudo que alguna vez haya visto tanta necedad metida en sólo dos vestidos.

Elayne miró a la mujer de arriba abajo. Ni siquiera siendo novicia se había acostumbrado a que se dirigiesen a ella en ese tono.

—¿Y quién sois vos, buena mujer?

—Setalle Anan, la propietaria de esta posada, pequeña —fue la seca respuesta. Sin más, la mujer abrió una de las puertas del pasillo, agarró a cada una de ellas por un brazo y las metió en el cuarto tan deprisa que Elayne pensó que sus pies no tocaban el suelo.

—Parece que habéis cometido un error, señora Anan —dijo fríamente cuando la mujer la soltó para cerrar la puerta.

—Cuidado con lo que... —empezó Nynaeve, que no estaba de humor para andarse con cumplidos, al tiempo que alzaba la mano de manera que su anillo de la Gran Serpiente quedara bien a la vista.

—Muy bonito —dijo la mujer, y las empujó con tanta fuerza que las sentó en la cama.

A Elayne se le abrieron los ojos como platos por la incredulidad. La tal Anan se erguía ante ellas con gesto severo, como una madre a punto de castigar a sus hijas, nada menos.

—Hacer alarde de esa joya sólo demuestra lo tontas que sois. Ese joven os mecerá

en las rodillas, y no me extrañaría que a una en cada una si se lo permitís; os robará unos cuantos besos y tomará todo cuanto estéis dispuestas a darle, pero no os hará daño. Sin embargo, vosotras sí podéis hacérselo a él, si seguís con esto.

¿Hacerle daño? La mujer pensaba que ellas... Creía que las había estado meciendo... Pensaba que... Elayne no sabía si reír o llorar, pero se puso de pie mientras se arreglaba los vuelos de la falda.

—Como decía, señora Anan, habéis cometido un error. —Su voz se suavizó conforme hablaba y el tono confuso dio paso a otro sosegado—. Soy Elayne Trakand, heredera del trono de Andor y Aes Sedai del Ajah Verde. No sé cómo pudisteis pensar que... —Sus ojos casi bizquearon cuando la señora Anan plantó el índice en la punta de su nariz.

—Elayne, si es que te llamas así de verdad, lo único que me frena para no llevarte a rastras hasta la cocina y lavarte la boca, y la de la tonta muchacha que te acompaña, es la posibilidad de que realmente puedas encauzar. ¿O sois tan necias como para llevar puesto ese anillo sin ser capaces siquiera de hacer eso? Os advierto que eso no detendrá a las hermanas que se alojan en el Palacio de Tarasin. ¿Sabíais siquiera que están en la ciudad? Si lo sabéis, francamente, no sólo sois necias, sino tontas perdidas.

La rabia de Elayne crecía con cada palabra que la mujer pronunciaba. ¿Necias? ¿Tontas perdidas? No iba a aguantarlo, sobre todo después de haberse visto obligada a arrastrarse ante Mat Cauthon. ¿Sentarse en las rodillas de Mat Cauthon? Sin embargo, en apariencia mantuvo la compostura, pero no ocurrió lo mismo con Nynaeve.

La antigua Zahorí echaba chispas, y el brillo del *Saidar* la envolvió mientras se incorporaba de la cama. Flujos de Aire rodearon a la señora Anan desde los hombros hasta los tobillos, pegándole la falda y las enaguas contra las piernas, casi tan prietas como para hacerla caer.

—Da la casualidad de que soy una de esas hermanas alojadas en palacio. Nynaeve al'Meara, del Ajah Amarillo, para ser exacta. Y ahora, ¿os gustaría que os bajara yo a la cocina? Sé un poco sobre lavar la boca a la gente.

Elayne se apartó del brazo extendido de la posadera. La mujer debía de estar sintiendo la presión de los flujos, y hasta la persona más torpe habría sabido lo que aquellas ataduras invisibles significaban, pero aun así ni siquiera pestañeó. Los ojos se estrecharon, nada más.

—De modo que al menos una de vosotras puede encauzar —dijo con tranquilidad—. Debería dejar que me arrastraras escaleras abajo, pequeña. Si me haces algo, cualquier cosa, te hallarás en poder de unas verdaderas Aes Sedai al mediodía; eso te lo garantizo.

—¿Es que no me habéis oído? —demandó Nynaeve—. ¡Soy...!

—No sólo os pasaréis el próximo año llorando a moco tendido —continuó la señora Anan sin hacer una pausa—, sino que parte de esos lloros los haréis frente a cualquier persona a la que hayáis dicho que sois Aes Sedai. No lo dudéis, os harán admitir que habéis mentido. Os harán picadillo los hígados. Debería dejar que siguieseis alardeando por ahí o correr hasta palacio tan pronto como me soltéis. Lo único que me frena es que harían pagar todo esto a lord Mat casi tanto como a vosotras si sospechan que os ha ayudado y, como ya he dicho, aprecio a ese joven.

—Os digo que... —lo intentó de nuevo Nynaeve, pero la posadera siguió sin darle ocasión de hablar. Atada como un bulto, esa mujer era como un peñasco rodando ladera abajo, aplastando todo cuanto encontraba a su paso.

—Intentar mantener la mentira no es conveniente, Nynaeve. Tu aspecto corresponde a una mujer de veinte o veintiún años, de modo que deberías tener diez más, como mucho, si ya hubieses empezado a experimentar la retardación. Incluso

podrías haber llevado el chal cuatro o cinco años. Salvo por un detalle. —Su cabeza, la única parte del cuerpo que podía mover, se volvió hacia Elayne—. Tú, pequeña, no eres lo bastante mayor para haber empezado a retardar, y ninguna mujer ha llevado el chal siendo tan joven como tú. Jamás en la historia de la Torre. Si alguna vez has estado allí, apuesto que vestías de blanco y chillabas cada vez que la Maestra de las Novicias miraba en tu dirección. La verdad es que habéis convencido a algún orfebre para que os haga esos anillos. Sé que hay algunos lo bastante estúpidos para avenirse. O tal vez Nynaeve robó ése para ti, si es que lleva el suyo por derecho. En cualquier caso, puesto que no puedes ser una hermana, entonces tampoco puede serlo ella. Ninguna Aes Sedai viajaría con una mujer que finge serlo.

Elayne frunció el entrecejo, sin advertir que se mordisqueaba el labio inferior. Retardación. Retardar. ¿Cómo sabía esas palabras una posadera de Ebou Dar? Quizá Setalle Anan había estado en la Torre de joven, aunque no habría permanecido mucho tiempo ya que obviamente no podía encauzar. Elayne lo habría notado aun en el caso de que su habilidad fuera mínima como la de su propia madre, y Morgase Trakand poseía tan poca que la habrían mandado marchar en cuestión de semanas si no hubiese sido la heredera del trono.

—Suéltala, Nynaeve —dijo, sonriendo.

Realmente, Elayne se sentía mejor dispuesta hacia la mujer ahora. Debía de haber sido terrible hacer el viaje hasta Tar Valon sólo para ser rechazada. No había motivo para la que la mujer les creyese —aquello removió algo en su memoria, pero no supo qué—, ninguno en absoluto, pero si había hecho el viaje a Tar Valon, a lo mejor decidía cruzar la plaza de Mol Hara e ir a palacio. Merilille, o cualquiera de las otras hermanas, podía ponerla en su sitio de malas maneras.

—¿Que la suelte? —chilló Nynaeve—. Pero, Elayne...

—Suéltala. Señora Anan, veo que el único modo de convenceros es...

—Ni la Sede Amyrlin ni tres Asentadas me convencerían, pequeña. —¡Luz! ¿Alguna vez dejaría acabar una frase a una persona?—. Bien, no tengo tiempo para más jueguecitos. Puedo ayudaros a las dos o, mejor dicho, conozco a las que pueden hacerlo. Mujeres que acogen descarriadas. Y dad gracias a lord Mat de que me muestre dispuesta a conduciros hasta ellas, pero he de saber una cosa. ¿Habéis estado en la Torre alguna vez o sois espontáneas? Y si estuvisteis allí, ¿os echaron o escapasteis? Tratan la situación de forma distinta según sea el caso.

Elayne se encogió de hombros. Lo que las había llevado a la posada estaba hecho; no quería perder más tiempo y deseaba continuar con las otras cosas de las que debían ocuparse.

—Si no hay modo de convenceros, entonces no hay más que decir. ¿Nynaeve? Hace rato que tendríamos que habernos marchado.

Los flujos que rodeaban a la posadera desaparecieron, así como el brillo que envolvía a Nynaeve, pero ésta no se movió; miraba a la mujer con recelo, pero esperanzada.

—¿Decís que conocéis a un grupo de mujeres que pueden ayudarnos?

—¡Nynaeve! —exclamó Elayne—. No necesitamos ayuda. *Somos* Aes Sedai ¿recuerdas?

La señora Anan le dirigió una mirada sarcástica antes de sacudirse la falda para colocarla y alisar las enaguas que se veían bajo los pliegues recogidos. Pero su atención estaba puesta verdaderamente en Nynaeve; Elayne no se había sentido tan relegada en toda su vida.

—Conozco a unas cuantas mujeres que acogen a las espontáneas, las huidas o las que no superaron la prueba para Aceptada o para alcanzar el chal, que aparecen

Librodot

esporádicamente por aquí. Debe de haber al menos cincuenta en total, aunque la cifra varía. Pueden ayudaros a emprender una vida sin el riesgo de que una verdadera hermana os haga desear que os desollen y acaben de una vez con vosotras. Bien, no me mientas. ¿Habéis estado en la Torre? Si huisteis, podríais cambiar de idea y decidir regresar. La Torre se las ingenió para encontrar a la mayoría de las huidas incluso durante la Guerra de los Cien Años, así que no pienses que este pequeño conflicto de ahora las frenará. A decir verdad, en tal caso te sugeriría que cruzaseis la plaza y os entregaseis a una de las hermanas. Me temo que encontraríais poca clemencia, pero creedme que sería más que la que mostrarán con vosotras si al final os obligan a regresar. Después de eso, ni siquiera se os pasará por la cabeza la idea de abandonar el *recinto* de la Torre sin permiso.

Nynaeve hizo una profunda inhalación.

—Se nos ordenó abandonar la Torre, señora Anan. Eso puedo jurároslo.

—¿Pero qué dices, Nynaeve? —Elayne la miraba con incredulidad—. Señora Anan, *somos* Aes Sedai.

La posadera se echó a reír.

—Pequeña, deja que hable con Nynaeve, que al menos es lo bastante mayor para tener sentido común. Repite eso a las componentes del Círculo y no les hará mucha gracia. No les importará que encaucéis; ellas también lo hacen, y os darán unos cuantos azotes u os echarán a la calle cogidas por la oreja si hacéis el tonto.

—¿Qué es ese Círculo? —demandó Elayne—. Somos Aes Sedai. Venid al palacio de Tarasin y lo comprobaréis.

—La tendré controlada —tuvo la desfachatez de decir Nynaeve, que la miraba ceñuda como si fuese ella la que había perdido la cabeza.

—Bien. —La señora Anan asintió—. Ahora, quitaos esos anillos y guardadlos. El Círculo no permite ese tipo de imposturas. Los mandarán fundir para daros una lección. Aunque, a juzgar por vuestras ropas, disponéis de dinero. Si lo habéis robado, procurad que Reanne no se entere. Una de las primeras reglas que tendréis que aprender es no robar ni siquiera si os estáis muriendo de hambre. No quieren atraer la atención sobre el grupo.

Elayne empuñó la mano y la escondió a la espalda; vio a Nynaeve quitarse sumisamente el anillo y guardarlo en la escarcela. ¡Nynaeve, que bramaba cada vez que Merilille o Adeleas o cualquiera de las otras olvidaba que era una hermana de derecho!

—Confía en mí, Elayne —pidió la antigua Zahorí.

Lo haría sin discutir si tuviese algún indicio de lo que se traía entre manos; no obstante, confiaba en ella. Casi siempre.

—Un pequeño sacrificio —murmuró. Las Aes Sedai no llevaban puesto el anillo cuando la situación lo requería; ella misma lo había hecho cuando se hacía pasar por una hermana, pero ahora la joya le pertenecía por derecho. Quitarse aquel aro de oro casi le produjo un dolor físico.

—Habla con tu amiga, pequeña —dijo la posadera a Nynaeve, con impaciencia—. Reanne Corly no aguantará ese gesto mohíno de niña enfurruñada, y si me hacéis perder la mañana para nada... Bueno, venid conmigo. Tenéis suerte de que lord Mat me caiga bien.

Elayne mantuvo la compostura por un pelo. ¿Gesto mohíno? ¿Niña enfurruñada? ¡Cuando tuviera ocasión, le daría una patada a Nynaeve donde más le doliera!

CAPÍTULO 5

Entre una tejeduría y una tintorería

Nynaeve quería hablar con Elayne sin que la posadera la oyera, pero no encontró la ocasión enseguida. La mujer las condujo fuera del cuarto haciendo una buena imitación de un guardia llevando prisioneros, sin que la mirada cautelosa que echó a la puerta de Mat mermara su aire impaciente. En la parte posterior de la posada había otro tramo de escalones de piedra, sin barandilla, que bajaban a una calurosa y enorme cocina llena de olor a comida, donde la mujer más oronda que Nynaeve había visto en su vida enarbolaba un gran cucharón de madera como si fuese un cetro y dirigía a otras tres mujeres en la tarea de sacar de los hornos los crujientes panes recién hechos y reemplazarlos por rollos de masa blanca. En una olla grande, sobre uno de los fogones de azulejos blancos, se cocían lentamente las gachas de avena que se tomaban en el desayuno por estos lares.

—Enid —se dirigió la señora Anan a la mujer oronda—, voy a salir un rato. He de llevar a estas dos chiquillas con alguien que tiene tiempo para ocuparse de ellas como es debido.

Enid se limpió las grandes manos manchadas de harina en un paño y estudió a Nynaeve y a Elayne con aire desaprobador. Todo en ella era redondo: su cara sudorosa de tez olivácea; sus ojos oscuros; toda ella. Parecía estar hecha con grandes bolas embutidas en el vestido. El Cuchillo de Esponsales que llevaba colgando por encima del níveo delantal relucía con una docena de piedras finas.

—¿Son éstas las dos vocingleras de las que badajeaba Caira, señora? Unos bocados demasiado enteros para el gusto del joven señor, diría yo. A él le gustan tajadas más magras. —Por el tono, aquello le hizo gracia.

—Le dije a esa chica que no le diera a la lengua. —La posadera sacudió la cabeza, irritada—. No permitiré que un rumor de ese tipo marque a La Mujer Errante. Recuérdaselo a Caira de mi parte, Enid, y utiliza tu cucharón para que te preste atención si es necesario. —La mirada que les asestó a Nynaeve y a Elayne era tan despectiva que Nynaeve casi dio un respingo—. ¿Cualquiera con dos dedos de frente creería que estas dos son Aes Sedai? Gastando todo su dinero en vestidos caros para impresionar a un hombre y ahora se morirían de hambre a menos que le sonrían. ¡Aes Sedai!

Sin dar ocasión a Enid de responder, cogió a Nynaeve de una oreja con la mano derecha, a Elayne de otra con la izquierda, y en tres zancadas las sacó al patio del establo.

Hasta ahí duró el pasmo de Nynaeve; entonces se soltó de un tirón, o más bien lo intentó, porque la mujer aflojó los dedos en ese mismo momento y la antigua Zahorí salió trompicando varios pasos y le asestó una mirada indignada. No había negociado para que la sacaran a rastras. Elayne levantó el mentón; sus azules ojos traslucían tal frialdad que a su amiga no le habría sorprendido ver que se le formaba escarcha en las pestañas.

Puesta en jarras, la señora Anan no pareció darse cuenta. O tal vez no le importó, simplemente.

—Espero que nadie ahí dentro dé crédito a Caira después de esto —comentó

tranquilamente la mujer—. Si hubiese estado segura de que habrías tenido el sentido común de mantener la boca cerrada, habría dicho y hecho más para cerciorarme. —Se encontraba tranquila, pero en absoluto afable ni agradable; le habían ocasionado muchas molestias y desorganizado el trabajo de la mañana—. Seguidme y no os perdáis. Si ocurre tal cosa, no quiero ver vuestras caras cerca de mi posada otra vez o enviaré a alguien a palacio para informar a Merilille y a Teslyn. Son dos de las verdaderas hermanas y probablemente os rajarían por la mitad para tener cada una su parte.

La mirada de Elayne fue de la posadera a Nynaeve. No era una mirada furiosa ni ceñuda, pero sí explícita. La antigua Zahorí se preguntó si sería capaz de seguir adelante con aquello. Pensar en Mat bastó para convencerla; cualquier posibilidad era mejor que eso.

—No nos perderemos, señora Anan —contestó, esforzándose por parecer sumisa. Su actuación le pareció bastante buena, habida cuenta de que la sumisión no era su fuerte—. Gracias por ayudarnos. —Le sonrió a la posadera a la par que intentaba hacer caso omiso de su amiga, cuya mirada se tornó más tajante y dura. Con todo, tenía que asegurarse de que la mujer siguiera pensando que merecía la pena tomarse la molestia por ellas—. Estamos realmente agradecidas, señora Anan.

La posadera la observó con recelo y después resopló y sacudió la cabeza. Cuando aquello hubiese acabado, decidió Nynaeve, iba a llevar a la mujer a palacio, a rastras si era menester, y haría que las otras hermanas la trataran como a una igual en presencia de la señora Anan.

A una hora tan temprana, el patio del establo estaba desierto, con excepción de un chico de diez o doce años que sostenía un cubo y un tamiz con los que regaba el suelo de tierra apelmazada a fin de evitar el polvo. Las puertas blancas del establo se encontraban abiertas de par en par; delante había una carretilla con una horca para el estiércol, puesta de través. Del interior salían unos sonidos como si alguien estuviera pisando a un enorme sapo; Nynaeve llegó a la conclusión de que era un hombre cantando. ¿Acaso tendrían que cabalgar para llegar a su destino? Hasta un corto trayecto resultaría incómodo; pensando que sólo tenían que cruzar la plaza y que volverían antes de que el sol estuviese alto, no habían cogido sombreros ni parasoles ni capas con embozos.

La señora Anan las condujo a través del patio, hacia un estrecho callejón que corría entre el establo y una pared alta, por encima de la cual asomaban unos árboles que estaban marchitos debido a la sequía. El jardín de alguien, no cabía ninguna duda. Un portillo al final del callejón las condujo a otro polvoriento y tan estrecho que la luz del amanecer apenas llegaba a él.

—Ahora, pequeñas, no os rezaguéis —dijo la posadera, echando a andar por el oscuro callejón—. Os lo advierto, si os perdéis, juro que iré yo misma a palacio.

Mientras la seguía, Nynaeve se agarró la coleta con las dos manos para no estrangular a la mujer. ¡Oh, qué no daría por unas pocas canas! Primero, las otras Aes Sedai, luego, los Marinos —¡Luz, no quería pensar en ellos!— y ahora una posadera. Nadie te tomaba en serio hasta que tenías el pelo un poco gris al menos; a su entender, ni siquiera la intemporalidad del rostro de una Aes Sedai pesaba tanto como unas canas.

Elayne se recogía la falda del vestido para evitar el polvo, pero el que levantaban al caminar se posaba en el repulgo de sus faldas.

—A ver si lo he entendido —dijo sin mirarla, hablando suavemente pero con frialdad. De hecho, con mucha frialdad. Dominaba tan bien lo de vapulear a la gente sin que su tono se alterara que Nynaeve la admiraba por ello... generalmente. En ese momento, lo único que logró fue despertar su deseo de abofetearla—. Podríamos hallarnos de vuelta en palacio, tomando té de arándanos y disfrutando del soplo de la

brisa mientras esperábamos a que maese Cauthon trasladara sus bártulos y que quizás Aviendha y Birgitte nos trajeran alguna pista útil. Por último, podríamos estar discutiendo qué hacer exactamente con ese hombre, si seguirlo por las calles del Rahad y ver qué pasa o conducirlo a los edificios que se parecen al que vimos en el *Tel'aran'rhiod* o dejar que los eligiese él. Tiene que haber cientos de modos de aprovechar la mañana, como decidir si es seguro que volvamos con Egwene, no sólo ahora, sino jamás, después del acuerdo que los Marinos nos sacaron. Tenemos que hablar sobre ello antes o después; hacer como si no hubiese pasado no servirá de nada. En cambio, vamos sólo la Luz sabe dónde, guiñando los ojos para protegerlos del sol durante todo el camino si las cosas no cambian, a fin de hablar con unas mujeres que dan cobijo y comida a las huidas de la Torre. En lo que a mí respecta, no tengo demasiado interés en atrapar huidas esta mañana o cualquier otra. Pero no me cabe ninguna duda de que puedes explicármelo para que lo entienda. Y no imaginas cuánto deseo entenderlo, Nynaeve, porque detestaría pensar que voy a ir dándote de patadas todo el camino de regreso hasta la plaza de Mol Hara sin ninguna razón.

Las cejas de Nynaeve se fruncieron. ¿Darle de patadas? Elayne se estaba volviendo verdaderamente violenta por pasar tanto tiempo con Aviendha. Alguien tendría que poner un poco de sentido común en esas dos a base de bofetadas.

—El sol aún no ha subido tanto como para que tengamos que guiñar los ojos —murmuró Nynaeve. Pero no tardaría mucho, por desgracia—. Piensa, Elayne. *Cincuenta* mujeres que encauzan, que ayudan a espontáneas y a las que rechaza la Torre. —A veces se sentía culpable por utilizar el término «espontáneas»; en boca de la mayoría de las Aes Sedai era un insulto, pero ella se proponía que lo pronunciaran como una divisa de orgullo algún día—. Y se ha referido a ellas como «el Círculo». A mí no me suena en absoluto como un grupito de amigas, sino como algo bastante más organizado.

El callejón serpenteaba entre altos muros y fachadas traseras de edificios, en muchos de los cuales se veían los ladrillos bajo el yeso descascarillado, entre jardines de palacios y comercios donde alguna puerta trasera abierta dejaba ver plateros, sastres o talladores trabajando. Cada dos por tres, la señora Anan echaba un vistazo hacia atrás para asegurarse de que aún la seguían. Nynaeve le lanzaba sonrisas y asentimientos de cabeza que esperaba transmitieran entusiasmo.

—Nynaeve, si unas mujeres capaces de encauzar, aunque sólo fuesen dos, crearan una sociedad, la Torre se les echaría encima como una manada de lobos. De todos modos ¿cómo sabe la señora Anan si encauzan o no? Las mujeres que pueden y no son Aes Sedai no van por ahí haciendo alarde de ello, ¿sabes? Al menos, no durante mucho tiempo. En cualquier caso, no veo qué importancia puede tener. Tal vez Egwene quiera llevar a la Torre a todas las mujeres que saben manejar el Poder, pero no hemos venido aquí para eso.

El tono frío y paciente de Elayne había conseguido que las manos de Nynaeve asieran crispadas la coleta. ¿Cómo podía ser tan corta de entendederas? Enseñó los dientes de nuevo a la señora Anan en un remedo de sonrisa y se las arregló para no mirar ceñuda la espalda de la posadera cuando ésta giró de nuevo la cabeza hacia el frente.

—Cincuenta mujeres no son dos —susurró ferozmente. Tenían que poder encauzar; todo dependía de eso—. Es absolutamente ilógico que ese Círculo se halle en la misma ciudad donde hay un almacén repleto de *angreal* y cosas semejantes sin que al menos tenga conocimiento de su existencia. Y si saben algo... —no pudo remediar que la satisfacción endulzara su voz—, entonces habremos encontrado el Cuenco sin ayuda de maese Matrim Cauthon. Podremos olvidar esas absurdas promesas.

—No eran ningún soborno, Nynaeve —respondió, absorta, Elayne—. Yo las

mantendré, y tú también si tienes honor, y estoy convencida de que lo tienes.

Nynaeve se ratificó en la idea de que la joven estaba pasando demasiado tiempo con Aviendha. No entendía el motivo por el que Elayne había empezado a pensar que todas ellas debían seguir ese ridículo *ji...* lo que fuera, de los Aiel. Elayne se mordió el labio inferior con gesto pensativo. Toda la frialdad de un momento antes había desaparecido y, aparentemente, volvía a ser la de siempre.

—Nunca habríamos ido a la posada de no ser por maese Cauthon —dijo finalmente—, de modo que no conoceríamos a la singular señora Anan ni ésta nos llevaría a ese Círculo. Por lo tanto, si el Círculo nos conduce hasta el Cuenco, tendremos que admitir que él fue la causa fundamental.

Mat Cauthon; parecía tener marcado a fuego ese nombre en su mente. Tropezó con sus propios pies y soltó la trenza para levantar la falda. El suelo del callejón estaba lejos de ser liso como una plaza pavimentada, y aún más lejos de los pisos de un palacio. En ocasiones, era mejor una Elayne ofuscada que una Elayne pensando con claridad.

—Singular —rezongó Nynaeve—. Se va a enterar cuando todo esto haya acabado. Nadie nos ha tratado de ese modo, Elayne, ni siquiera la gente que dudaba, ni siquiera los Marinos. La mayoría se apartaría con recelo si una cría de diez años dijera que es Aes Sedai.

—La mayoría de la gente ignora qué aspecto tiene el rostro de una Aes Sedai, Nynaeve. Creo que la posadera ha estado en la Torre. Sabe cosas que, de otro modo, no podría saber.

Nynaeve resopló despectiva y miró ceñuda la espalda de la mujer que caminaba delante. Es posible que Setalle Anan hubiera estado en la Torre diez veces o cien, pero reconocería como Aes Sedai a Nynaeve al'Meara. Y le pediría disculpas. ¡Y también sabría lo que era que la llevaran de una oreja! La señora Anan miró hacia atrás y la antigua Zahorí le dedicó una sonrisa tirante e inclinó la cabeza como si en lugar de cuello tuviese un gozne.

—Elayne, si esas mujeres saben dónde está el Cuenco... No tenemos por qué decirle a Mat cómo lo encontramos.

—No veo razón para hacerlo —contestó la heredera del trono, que a continuación echó por tierra todas sus esperanzas al añadir—: Pero tendremos que preguntar a Aviendha para estar seguras.

Si no hubiese pensado que la señora Anan las habría dejado allí mismo, Nynaeve habría chillado.

El sinuoso callejón desembocó en una calle y la posibilidad de seguir hablando terminó. Al frente, por encima de los tejados, empezaba a asomar el sol, cegador; Elayne se cubrió los ojos con una mano de manera ostentosa. Nynaeve se negó a darle la satisfacción de hacer lo mismo. Y bien mirado, tampoco era tan incómodo, se dijo. En realidad, la antigua Zahorí apenas tenía que guiñar los ojos. El cielo azul parecía mofarse de su percepción del tiempo, que todavía le seguía indicando una tormenta sobre la ciudad.

Aun a tan temprana hora unos cuantos carruajes lacados deambulaban por las sinuosas calles, así como varias sillas de mano, aún más brillantes, acarreadas por dos o a veces cuatro porteadores descalzos, con los correspondientes chalecos a rayas verdes y rojas; el hecho de que fueran trotando indicaba que transportaban viajeros ocultos tras las celosías de madera que formaban la caja de la silla. Carros y carretas traqueteaban sobre el pavimento de adoquines, y la gente empezaba a llenar las calles a la par que las tiendas abrían las puertas y los toldos se alzaban. Había aprendices que corrían a realizar algún encargo y hombres con alfombras enrolladas cargadas al hombro;

volatineros, juglares y músicos se preparaban en unas esquinas, mientras en otras lo hacían los vendedores ambulantes con sus bandejas de alfileres o cintas o fruta casi pasada. En las lonjas de pescado y carne hacía mucho que reinaba una vocinglera actividad; quienes se encargaban de la venta del pescado eran mujeres en su totalidad y de la carne en su mayoría, excepto la de vaca.

Abriéndose paso entre la multitud, esquivando carruajes, sillas de mano y carretas que aparentemente no veían motivo para aminorar la velocidad, la señora Anan marcó un paso rápido para compensar las interrupciones. Y de éstas había de sobra. Parecía ser una mujer muy conocida a la que saludaban tenderos, artesanos y otras posaderas que estaban en las puertas de sus establecimientos. Los tenderos y artesanos recibían en respuesta unas cuantas palabras y un amable saludo con la cabeza, pero con las posaderas se detenía para charlar unos momentos. Después de que ocurriese la primera vez, Nynaeve deseó fervientemente que no volviera a hacerlo; tras la segunda, rezó para que no pasara más. A la tercera, clavó la vista al frente e intentó en vano no oír qué decían. El gesto de Elayne se fue haciendo más y más tenso, más y más frío; llevaba la barbilla tan levantada que era todo un logro que pudiese ver por dónde caminaba.

Y tenía razón para hacerlo, tuvo que admitir a regañadientes Nynaeve. En Ebou Dar, cualquiera que vistiese de seda podía caminar la distancia de una plaza, pero no más. Todas las demás personas que había a la vista vestían paño o lino, rara vez con mucho bordado, excepto alguno que otro mendigo que había conseguido un atuendo desechado de seda, deshilachado por todos los bordes y con más agujeros que tejido. Ojalá la señora Anan hubiese elegido cualquier otra explicación de por qué las conducía por las calles. Ojalá no tuviera que volver a oír la historia de dos muchachas que habían gastado todo su dinero en ropas caras para impresionar a un hombre. Y Mat, así la Luz lo abrasara, salía bien parado de todo. Un joven interesante, si la señora Anan no hubiese estado casada, un fabuloso bailarín con un pequeño toque de bribón. Todas las mujeres reían. Pero no Elayne ni ella. No las gatitas melosas —así se refería a ellas la señora Anan—, esas bobas sin dos dedos de frente que se habían quedado sin un céntimo por perseguir a un hombre y que llevaban las escarcelas llenas de pedacitos de latón y de estaño para engañar a los tontos, mentecatas que habrían acabado mendigando o robando si la señora Anan no hubiese conocido a alguien que podría darles trabajo en la cocina.

—No tiene por qué detenerse en todas las posadas de la ciudad —gruñó Nynaeve mientras se alejaban de El Ganso en Apuros, un edificio amplio de tres plantas, cuya posadera lucía grandes granates en las orejas a despecho del nombre de su establecimiento. La señora Anan apenas miraba ahora hacia atrás para comprobar que la seguían—. ¿Te das cuenta de que no podremos aparecer en ninguno de esos sitios?

—Sospecho que es justo de lo que se trata. —Cada palabra pronunciada por Elayne parecía un pedacito de hielo—. Nynaeve, como todo esto no sea más que una cacería de gamusinos...

No hizo falta que acabara la frase para que la amenaza quedara sobrentendida. Con Birgitte y Aviendha para ayudarla, y lo harían, Elayne le haría la vida imposible hasta quedar satisfecha.

—Nos llevarán hasta el Cuenco —insistió Nynaeve al tiempo que agitaba las manos para espantar a un mendigo que tenía una horrible cicatriz purpúrea bajo la que desaparecía uno de sus ojos; sabía distinguir pasta de harina mezclada con tintura azul cuando la veía—. Estoy convencida de que lo harán.

Elayne aspiró aire por la nariz de manera expresiva. Nynaeve perdió la cuenta de los puentes que cruzaron, grandes y pequeños, con barcazas deslizándose por debajo. El sol había ascendido por encima de los tejados, a una distancia igual a su diámetro;

después, esa medida se duplicó. La señora Anan no caminaba en línea recta un solo tramo —de hecho, parecía desviarse del camino a propósito para pasar ante posadas—, pero se dirigían hacia el este. Nynaeve calculaba que se encontraban cerca del río cuando la posadera se volvió de repente hacia ellas.

—Ahora, cuidado con lo que decís. Hablad cuando se dirijan a vosotras, nada más. Como me avergoncéis... —Tras dedicarles un último gesto ceñudo y mascullar entre dientes que probablemente estaba cometiendo un error, la mujer les indicó con un brusco movimiento de cabeza que la siguieran de nuevo, y se dirigió a una casa de tejado plano que había justo enfrente.

No era un edificio grande; tenía dos pisos y un único balcón. En algunos sitios donde el yeso se había desconchado se veían los ladrillos. Tampoco su ubicación era agradable, con el ruidoso golpeteo de los telares de una tejeduría a un lado y los penetrantes olores de una tintorería al otro. Una doncella abrió la puerta; era una mujer canosa, de mandíbula cuadrada, hombros que nada tenían que envidiar a los de un herrero y ojos acerados en el semblante sudoroso. Al pasar detrás de la señora Anan, Nynaeve sonrió. En alguna parte de la casa una mujer estaba encauzando.

Obviamente, la doncella de mandíbula cuadrada reconoció a Setalle Anan a primera vista, pero su reacción fue extraña. Hizo una reverencia muy respetuosa, si bien se notaba que estaba sorprendida de verla y que le extrañaba que hubiese ido allí. Casi no pudo controlar el nerviosismo antes de dejarlas pasar. Sin embargo, no hubo ambivalencia en el modo en que recibió a Nynaeve y a Elayne, a quienes condujo a una salita que había en el piso de más arriba.

—No mováis un dedo ni toquéis nada o recibiréis vuestro merecido —les advirtió firmemente, tras lo cual se marchó.

La antigua Zahorí miró a su amiga.

—Nynaeve, que haya una mujer encauzando no significa... —La percepción cambió, creciendo por un momento para después menguar hasta ser menos intensa que al principio—. Incluso dos mujeres no significa nada —protestó Elayne, pero su tono era vacilante—. Esa mujer es la doncella con peores modales que he visto en mi vida.

Se acomodó en una silla roja de respaldo alto; al cabo de un momento Nynaeve también se sentó, pero lo hizo en el borde. Por la impaciencia, no por nerviosismo, se dijo. No estaba nerviosa en absoluto.

El cuarto no era lujoso, pero las baldosas azules y blancas relucían de limpias, y las paredes de color verde claro parecían recién pintadas. No había rastro de dorados en ninguna parte, desde luego, pero sí era fino el trabajo de talla de las sillas colocadas a lo largo de las paredes y de unas cuantas mesitas de un color azul más oscuro que las baldosas. Las lámparas colgadas en apliques eran claramente de latón, pulido hasta hacerlo brillar. En la chimenea, barrida, había ramas de árboles perennes, cuidadosamente colocadas, y la repisa era de piedra tallada, no simple mampostería. El motivo de la talla era una elección extraña, lo que la gente de Ebou Dar y sus alrededores llamaba los Trece Pecados: un hombre con los ojos tan grandes que casi ocupaban toda su cara, por la Envidia; un tipo con la lengua colgando hasta los tobillos, por la Maledicencia; un hombre enseñando los dientes y aferrando monedas contra su pecho, por la Avaricia, y así sucesivamente. No obstante, el conjunto le produjo una gran satisfacción. Quienquiera que pudiera permitirse el lujo de tener ese cuarto, también podía permitirse revocar la fachada del edificio, y la única razón para no hacerlo era mantener una actitud discreta que no llamase demasiado la atención.

La doncella había dejado la puerta abierta y de repente llegó el sonido de voces procedentes del pasillo.

—No puedo creer que las hayas traído aquí. —El tono de la persona que hablaba

era tenso por la ira y la incredulidad—. Sabes lo cautelosas que somos, Setalle. Sabes más de lo que deberías y, sin duda, eres consciente de ello.

—Lo lamento mucho, Reanne —contestó formalmente la señora Anan—. Supongo que no lo pensé. Me... hago responsable del comportamiento de estas chicas y me someto a tu juicio.

—¡Pues claro que no! —El timbre de Reanne sonó agudo por la conmoción—. Es decir... Me refería a que no deberías haberlo hecho, pero... Setalle, te pido disculpas por haber alzado la voz. Di que me perdonas, por favor.

—No tienes por qué disculparte, Reanne. —La posadera se las ingenió para que su voz sonara compungida y renuente a la vez—. Hice mal al traerlas aquí.

—No, no, Setalle, no debería haberte hablado así. Por favor, tienes que perdonarme. Por favor.

La señora Anan y Reanne Corly entraron en la salita y Nynaeve parpadeó sorprendida. Por el intercambio de frases, esperaba ver a una mujer más joven que Setalle Anan, pero Reanne tenía más canas que cabellos de su color y una cara llena de lo que podrían haber sido arrugas expresivas, aunque ahora se marcaban más por el gesto de preocupación. ¿Por qué una mujer de más edad se humillaría ante otra más joven? ¿Y por qué la más joven lo asumía, por poco entusiasmo que pusiera en ello? La Luz sabía que las costumbres de ese país eran distintas, algunas más de lo que le gustaba pensar, pero a buen seguro no hasta ese punto. Claro que tampoco ella se había mostrado muy humilde con el Círculo de Mujeres del pueblo, pero esto...

Ni que decir tiene que Reanne podía encauzar —lo había supuesto; o había confiado en que fuera así, en cualquier caso—, pero lo que no esperaba era la fuerza. Reanne no era tan fuerte como Elayne, ni siquiera como Nicola —¡así cegara la Luz a esa condenada muchacha!—, pero sí estaba más o menos a la par de Sheriam o de Kwamesa o de Kiruna. No había muchas mujeres que poseyeran tanta fuerza y, aunque ella en particular la superaba por bastante margen, la sorprendió encontrar allí a una mujer de esas condiciones. Debía de ser una de las espontáneas; la Torre habría hallado el modo de conservar a una mujer así aunque para ello la hubiesen tenido que retener con un vestido de novicia toda su vida.

Nynaeve se incorporó cuando cruzaron la puerta y se alisó los pliegues de la falda. No por nerviosismo, desde luego; naturalmente que no. Pero ojalá que todo aquello acabara pronto...

Los penetrantes ojos azules de Reanne estudiaron a las dos mujeres con la actitud de alguien que acaba de encontrar en su cocina dos cerdos recién salidos de la pocilga y goteando barro. Se enjugó la cara con un pañuelo minúsculo, aunque dentro de la casa hacía más fresco que en la calle.

—Supongo que algo tendremos que hacer con ellas —murmuró—, si es que poseen lo que afirman. —Su timbre seguía siendo bastante claro, musical y casi juvenil. Al terminar de hablar dio un pequeño respingo por alguna razón y miró de reojo a la posadera, lo que dio pie a otra sarta de disculpas renuentes por parte de la señora Anan y a los azorados intentos de la señora Corly para rechazarlas. En Ebou Dar, cuando la gente era verdaderamente cortés, las disculpas de unos a otros podían alargarse durante una hora.

Elayne también se había levantado y exhibía una sonrisa ligeramente tirante. Enarcó una ceja al mirar a Nynaeve, apoyó el codo en la palma de una mano y posó los dedos contra su mejilla. La antigua Zahorí se aclaró la voz.

—Señora Corly, me llamo Nynaeve al'Meara y ésta es Elayne Trakand. Estamos buscando...

—Setalle me lo ha contado todo sobre vosotras —la interrumpió con tono grave la

mujer. Por muchos cabellos grises que tuviera, Nynaeve sospechaba que la tal Reanne también era tan dura como un muro de piedra—. Practica un poco la paciencia, muchacha, y ya trataré contigo directamente. —Se volvió hacia Setalle mientras se enjugaba el sudor de las mejillas con el pañuelo. Un tono de deferencia apenas reprimido asomó de nuevo a su voz—. Setalle, si haces el favor de disculparme, he de interrogar a estas chicas, y...

—Mirad quién ha vuelto al cabo de los años —exclamó una mujer baja y fornida, de mediana edad, que entró sin llamar en la salita y señaló con un gesto de la cabeza a la mujer que la acompañaba. A pesar de su vestido ebudariano y su rostro moreno que brillaba por el sudor, su acento era puro cairhienino. Su compañera, igualmente sudorosa, vestida con el sencillo atuendo de paño oscuro propio de una mercader, era una cabeza más alta que ella y más o menos de la edad de Nynaeve, con oscuros ojos rasgados, nariz aguileña y boca generosa—. ¡Es Garenia! Se... —El torrente de palabras se cortó bruscamente cuando la fornida mujer, desconcertada, reparó en que había alguien más.

Reanne unió las manos como si estuviese rezando o quizá porque deseaba abofetear a alguien.

—Berowin —dijo con un timbre cortante—, algún día vas a saltar por un precipicio antes de verlo bajo tus pies.

—Lo siento, Rect... —La cairhienina enmudeció de golpe; abochornada, bajó los ojos. Por su parte, la saldaenina se puso a toquetear y mirar un broche de piedras rojas que llevaba prendido en el pecho.

Nynaeve lanzó una mirada triunfante a Elayne. Las dos recién llegadas podían encauzar, y alguien seguía abrazando el *Saidar* en alguna parte de la casa. Dos más, y aunque Berowin no era muy fuerte, Garenia superaba incluso a Reanne; igualaría a Lelaine o a Romanda. Tampoco es que importara, desde luego, pero con ellas la cifra ascendía a cinco. El gesto obstinado de Elayne se mantuvo, pero al momento la joven suspiró e hizo un leve gesto de asentimiento. A veces costaba un esfuerzo ímprobo convencerla de algo.

—¿Te llamas Garenia? —preguntó lentamente la señora Anan, que miraba a la mujer con expresión inquisitiva—. Te pareces mucho a alguien que conocí una vez. Zarya Alkaese.

Los oscuros y rasgados ojos parpadearon con sorpresa. La mercader saldaenina sacó de la manga un pañuelo rematado con puntilla y se enjugó las mejillas dándose toquecitos.

—Es el nombre de mi tía abuela —contestó al cabo de un momento—. Dicen que guardo un gran parecido con ella. ¿Se encontraba bien cuando la visteis? Se olvidó por completo de su familia después de marcharse para hacerse Aes Sedai.

—Tu tía abuela. —La posadera rió quedamente—. Por supuesto. Se encontraba bien cuando la vi, pero de eso hace mucho tiempo. Por entonces yo era más joven que tú.

Reanne se había acercado a la señora Anan; la cogió por el codo y se apresuró a intervenir:

—Setalle, de veras lo siento, pero he de pedirte que nos disculpes. ¿Me perdonas si no te acompaño a la puerta?

La señora Anan le ofreció disculpas a su vez, como si ella tuviese la culpa de que la otra mujer no la escoltara, y se marchó después de lanzar una última mirada dubitativa a Nynaeve y a Elayne.

—¡Setalle! —exclamó Garenia tan pronto como la posadera se hubo ido—. ¿Ésa era Setalle Anan? ¿Cómo ha...? ¡Luz de los cielos! Incluso después de setenta años, la

Torre le...

—Garenia —dijo la señora Corly con un timbre en extremo cortante Su mirada lo era más aún, y el rostro de la saldaenina enrojeció—. Ya que las dos os encontráis aquí, podemos preparar las preguntas entre las tres. Vosotras, pequeñas, quedaos donde estáis y guardad silencio.

Las últimas palabras fueron dirigidas a Nynaeve y a Elayne. Las otras mujeres se retiraron a una esquina en un apretado corro y empezaron a conversar en quedos murmullos. Elayne se acercó a Nynaeve.

—No me gustó que me trataran como a una novicia cuando lo era. ¿Cuánto tiempo más te propones seguir con esta farsa?

—Chist. Estoy intentando escuchar, Elayne —susurró.

Usar el Poder quedaba totalmente descartado, desde luego. Las tres mujeres lo habrían notado al instante. Por suerte, no habían creado barreras, quizá porque no sabían cómo, y a veces sus voces se alzaban justo lo suficiente.

—... dijo que quizás eran espontáneas —musitó Reanne, y la impresión y el asco se plasmaron en los semblantes de las otras dos.

—Entonces las acompañamos a la puerta —dijo Berowin—. A la de atrás. ¡Espontáneas!

—Sigo queriendo saber quién es esa Setalle Anan —intervino Garenia.

—Si eres incapaz de centrarte en el asunto que ahora nos ocupa —le dijo Reanne—, quizá deberías pasar este turno en la granja. Alise sabe maravillosamente bien cómo concentrar una mente. Y ahora...

De nuevo el sonido de sus palabras se redujo a un zumbido. Apareció otra doncella, una mujer esbelta, bonita excepto por su expresión hosca, con un vestido de tosca lana gris y un largo delantal blanco. Dejó una bandeja lacada en verde sobre una de las mesitas, se enjugó de manera subrepticia las mejillas con una punta del delantal y empezó a trastear con las tazas de cerámica azul y una tetera a juego. Nynaeve enarcó las cejas. Esa mujer también podía encauzar, aunque muy débilmente. ¿Qué hacía trabajando como sirvienta?

Garenia miró hacia atrás y dio un respingo.

—¿Qué ha hecho Derys para merecer un castigo? Pensaba que rompería una regla cuando las ranas criaran pelo.

Berowin aspiró sonoramente por la nariz, pero su respuesta apenas fue audible:

—Quería casarse. Adelantará un turno e irá con Keraille al día siguiente de la Fiesta de la Media Luna. Eso apaciguará a maese Denal.

—¿Acaso las dos deseáis azadonar los campos en lugar de Alise? —instó secamente Reanne, y el tono de las voces bajó de nuevo.

Nynaeve sintió una oleada de excitación. Le importaban poco las reglas, al menos las de otras personas —la gente rara vez veía la situación con tanta claridad como ella y, por consiguiente, establecían reglas estúpidas; ¿por qué esa mujer, Derys, no podía casarse si quería, por ejemplo?—, pero la existencia de reglas y castigos señalaba una sociedad. Ella tenía razón. Y había otra cosa. Le dio con el codo a Elayne hasta que ésta se inclinó un poco para escucharla.

—Berowin lleva un cinturón rojo —susurró. Aquello indicaba una Mujer Sabia, una de las legendarias sanadoras de Ebou Dar cuyos poderes curativos eran conocidos en todas partes como los mejores después de los de las Aes Sedai, hasta el punto de sanar casi todo. Supuestamente, las curaciones se llevaban a cabo con hierbas y conocimientos terapéuticos, pero...—. ¿Cuántas Mujeres Sabias hemos visto, Elayne? ¿Cuántas podían encauzar? ¿Cuántas eran ebudarianas o incluso altaranesas?

—Siete, contando a Berowin —fue la queda respuesta—, y sólo una de ellas era

oriunda de aquí, a mi entender.

¡Ja! Las otras, obviamente, no lo eran. Elayne inhaló profundamente.

—Sin embargo, ninguna, poseía ni de lejos la fuerza de estas mujeres —prosiguió la heredera del trono en un susurro.

Al menos no había insinuado que estaban equivocadas de algún modo; todas aquellas Mujeres Sabias poseían el don.

—Nynaeve, ¿estás sugiriendo realmente que las Mujeres Sabias, *todas* las Mujeres Sabias, tienen...? Eso sería absolutamente inconcebible.

—¡Elayne, esta ciudad tiene un gremio incluso para los hombres que barren las plazas por la noche! Creo que acabamos de encontrar la «Rancia Hermandad Arrabalera de Mujeres Sabias».

—No. —La testaruda joven sacudió la cabeza—. La Torre habría enviado aquí a cien hermanas hace años, Nynaeve. A doscientas. Cualquier cosa de ese tipo habría sido aplastada sin contemplaciones.

—Tal vez la Torre no lo sepa —adujo Nynaeve—. Quizás el gremio mantiene la suficiente discreción para que la Torre nunca haya considerado que merecía la pena tomarse la molestia de desarticularlo. No existe una ley que prohíba encauzar si no se es Aes Sedai, sino contra hacerse pasar por Aes Sedai o hacer uso incorrecto del Poder u ocasionar el descrédito. —Eso significaba hacer cualquier cosa que diese mala imagen a las verdaderas Aes Sedai, si es que se daba el caso de que alguien pensara que eras una de ellas, lo que era hilar muy fino, a su modo de ver. El verdadero problema, sin embargo, era que Nynaeve no lo creía. La Torre parecía saberlo todo, y probablemente disolvería hasta un grupo reunido para hacer colchas si las mujeres que lo componían eran capaces de encauzar. Empero, debía de haber alguna explicación para...

Nynaeve advirtió, sólo por encima, que se estaba abrazando la Fuente Verdadera, pero de repente fue plenamente consciente de ello. Abrió la boca cuando un flujo de Aire asió su coleta a la altura de la nuca y tiró de ella hacia el otro lado del cuarto. Elayne corría a su lado, con la faz congestionada por la furia. Lo peor de todo era que ambas estaban escudadas.

La corta carrera acabó cuando se les permitió plantar bien los pies en el suelo, delante de la señora Corly y las otras dos; las tres estaban sentadas en las sillas rojas alineadas en la pared, y el brillo del *Saidar* las envolvía.

—Se os dijo que estuvieseis calladas —manifestó firmemente Reanne—. Si decidimos ayudaros, tendréis que aprender que se espera de vosotras una obediencia tan estricta como la de la propia Torre Blanca. —Esas últimas palabras sonaron imbuidas de un tono reverente—. Os diré que habríais sido recibidas más amablemente si no hubieseis acudido a nosotras de un modo tan irregular.

El flujo que asía la coleta de Nynaeve desapareció. Elayne sacudió la cabeza airadamente cuando la soltaron.

La estupefacción dio paso a una ardiente indignación cuando Nynaeve advirtió que era Berowin la que mantenía su escudo. La mayoría de las Aes Sedai que conocía estaban por encima de Berowin; casi todas ellas lo estaban. Recobró el autocontrol y se esforzó por llegar a la Fuente, esperando que los tejidos se hiciesen añicos. Al menos demostraría a esas mujeres que a ella no se la... Los tejidos se estiraron. La oronda cairhienina sonrió y el rostro de Nynaeve se tornó tormentoso. El escudo se estiró más y más, hinchándose como un globo. Pero no se rompió. No podía ser verdad. Cualquiera podía aislarla de la Fuente si la cogía por sorpresa, naturalmente, y alguien más débil que ella podría mantener el escudo una vez tejido, pero no alguien *tan* débil. Además, un escudo no se dilataba tanto sin quebrarse. ¡Era imposible!

—Podrías romperte un vaso sanguíneo si sigues haciendo eso —dijo Berowin,

Librodot

casi amigablemente—. Nosotras no intentamos llegar por encima de nuestra condición, pero las habilidades se pulen con el tiempo, y ésta siempre fue en mí casi como un Talento. Podría retener escudado a uno de los Renegados.

Nynaeve frunció el entrecejo y dejó de intentarlo. Podía esperar. Puesto que no tenía otra alternativa, podía esperar.

Derys se acercó llevando la bandeja y repartió tazas de oscuro té. A las tres mujeres sentadas, claro. Ni una sola vez miró hacia las dos jóvenes; tras hacer una reverencia perfecta, regresó a su mesa.

—Podríamos haber estado bebiendo infusión de arándanos, Nynaeve —dijo Elayne al tiempo que le lanzaba tal mirada que la antigua Zahorí casi retrocede. Quizá sería mejor no esperar demasiado.

—Guarda silencio, muchacha. —El tono de la señora Corly era sosegado, pero se enjugó el sudor de la cara con el pañuelo con golpecitos irritados—. Nuestra información sobre vosotras señala que sois descaradas y polémicas, que perseguís a los hombres y que mentís. A lo que he de añadir que sois incapaces de seguir las instrucciones más sencillas. Todo ello ha de cambiar si buscáis nuestra ayuda. Todo. Esto es de lo más irregular. Dad gracias de que estemos dispuestas a hablar con vosotras.

—Buscamos vuestra ayuda, es cierto —asintió Nynaeve. Ojalá Elayne dejara de dirigirle aquella mirada iracunda; era peor que la dura mirada de la señora Corly. Bueno, por lo menos igual de mala—. Necesitamos desesperadamente encontrar un *ter'angreal...*

—Por lo general —la interrumpió Reanne como si no hubiese hablado—, conocemos de antemano a las chicas que nos traen, pero debemos asegurarnos de que sois lo que decís. ¿Cuántas puertas puede utilizar una novicia para ir a la biblioteca de la Torre, y cuáles son? —Tomó un sorbito de té y esperó.

—Dos. —La palabra rezumaba veneno en la boca de Elayne—. Las puertas principales del lado este, cuando la envía una hermana, o la pequeña de la esquina sudoeste, llamada la Puerta de las Novicias, cuando va por su propia cuenta. ¿Durante cuánto tiempo más, Nynaeve?

Garenia, que mantenía el escudo de Elayne, encauzó otro fino flujo de Aire, sin delicadeza. Elayne se estremeció otra vez. Nynaeve se encogió, admirada de que no hubiese llevado las manos al trasero.

—Un lenguaje cortés es otro requisito —murmuró irónicamente Garenia mientras se llevaba la taza a los labios.

—Es la respuesta correcta —dijo la señora Corly, como si no hubiese ocurrido nada más. Sin embargo, dirigió una fugaz ojeada a la saldaenina—. Bien, ¿cuántos puentes hay en el Jardín Acuático?

—Tres —espetó Nynaeve, principalmente porque lo sabía. Lo de la biblioteca lo ignoraba, ya que nunca había sido novicia—. Necesitamos saber...

Berowin no tenía fuerza suficiente para dedicar parte de ella a encauzar un flujo de Aire, pero la señora Corly sí podía, y lo hizo. Manteniendo a duras penas el gesto impasible, Nynaeve apretó los puños en la falda para que no le temblaran las manos. Elayne tuvo el descaro de dedicarle una fría sonrisilla. Fría, pero satisfecha.

Les hicieron una docena más de preguntas, desde cuántos pisos tenían las dependencias de las novicias —doce— hasta en qué circunstancias se le permitía a una novicia entrar en la Antecámara de la Torre —para llevar mensajes o para ser expulsada de la Torre por una falta; por ningún otro motivo—, y se sucedieron sin que Nynaeve pudiese intercalar más de dos o tres palabras. Empezaba a sentirse como una novicia en la Antecámara, donde se les permitía hablar. Ésa era una de las pocas respuestas que

sabía, pero afortunadamente Elayne respondió enseguida al ver que ella no lo hacía. Nynaeve lo habría hecho mejor si hubiesen preguntado sobre Aceptadas; al menos, un poco mejor. Sin embargo, lo único que les interesaba era lo que una novicia debería saber. Se alegró de que Elayne estuviese dispuesta a seguirles el juego, aunque, a juzgar por la palidez de sus mejillas y por el modo en que tenía alzado el mentón, no iba a aguantarlo mucho más.

—Supongo que Nynaeve estuvo realmente allí —dijo por último Reanne, que intercambió una mirada con las otras—. Si Elayne la hubiese instruido para pasar el interrogatorio, creo que lo habría hecho mejor. Hay personas que se pasan la vida en las nubes.

Garenia resopló, aunque después asintió lentamente. El gesto de asentimiento de Berowin llegó con demasiada prontitud para el gusto de Nynaeve.

—Por favor —empezó cortésmente. Podía ser amable cuando la ocasión lo requería, dijeran lo que dijeran los demás—. De verdad necesitamos encontrar un *ter'angreal* que los Marinos llaman el Cuenco de los Vientos. Se encuentra en un viejo y polvoriento almacén, en alguna parte del Rahad, y creo que vuestro gremio, vuestro Círculo, debe de saber dónde. Ayudadnos, por favor.

Tres rostros repentinamente pétreos la contemplaban.

—Esto no es un gremio —repuso fríamente la señora Corly—, sólo un grupo de unas cuantas amigas que no encontraron un hueco en la Torre Blanca. —De nuevo, aquel tono reverencial—. Y que son lo bastante necias para echar una mano de vez en cuando donde se necesita. No queremos saber nada de *ter'angreal* ni *angreal* ni *sa'angreal.* No somos Aes Sedai. —También aquel título sonó con veneración—. En cualquier caso, no estáis aquí para hacer preguntas, sino para responderlas, y aún nos quedan algunas para ver hasta dónde habéis llegado. Después, seréis conducidas al campo y puestas al cuidado de una amiga. Ella os guardará hasta que decidamos cuál es el siguiente paso, hasta que estemos seguras de que las hermanas no os buscan. Tenéis una nueva vida ante vosotras, una nueva oportunidad, si sois capaces de verlo. Lo que quiera que os frenara para continuar en la Torre, ya fuera falta de destreza o miedo o cualquier otra cosa aquí no cuenta. Nadie os forzará a aprender o a hacer lo que no podáis. Con lo que sois, bastará. Bien, pues...

—Ya basta —la interrumpió Elayne con voz gélida—. Esto ha durado más que suficiente, Nynaeve. ¿O es que te propones esperar en el campo durante el tiempo que sea menester? No lo tienen. —Sacó su anillo de la Gran Serpiente de la escarcela y se lo puso en el dedo. Por el modo que miraba a las mujeres sentadas, nadie habría pensado que estaba escudada. Parecía una reina a quien se le había acabado la paciencia, una Aes Sedai de la cabeza a los pies—. Soy Elayne Trakand, Cabeza Insigne de la casa Trakand, heredera del trono de Andor y Aes Sedai del Ajah Verde, y exijo que me soltéis de inmediato.

Nynaeve gimió. Garenia hizo un gesto de desagrado y los ojos de Berowin se desorbitaron por el horror. Reanne Corly sacudió la cabeza tristemente, pero cuando habló su voz era acerada:

—Confiaba en que Setalle Anan os hubiese hecho cambiar de opinión con respecto a esa mentira en particular. Sé lo duro que es partir llena de orgullo hacia la Torre Blanca para después tener que afrontar la vuelta a casa y admitir el fracaso. ¡Pero esas cosas jamás se deben decir, ni en broma!

—No estoy bromeando —repuso Elayne en tono ligero. Claro que la nieve también era ligera.

Garenia se echó hacia adelante con gesto ceñudo y formando ya un flujo de Aire, pero la señora Corly levantó la mano.

Librodot

—¿Y tú, Nynaeve? ¿También persistes en esta... locura?

Nynaeve llenó los pulmones de aire. Esas mujeres tenían que saber dónde estaba el Cuenco. ¡Debían saberlo!

—¡Nynaeve! —instó con impertinencia Elayne. La antigua Zahorí sabía que su amiga no dejaría que olvidara esto aunque tuvieran que llevar a cabo una huida. Tenía un modo de machacar cualquier pequeño error que hacía que el suelo se desplomara bajo los pies.

—Soy Aes Sedai del Ajah Amarillo —dijo cansinamente—. La verdadera Sede Amyrlin, Egwene al'Vere, nos ascendió al chal en Salidar. No es mayor que Elayne; debéis de haber oído rumores. —Ni el menor atisbo de cambio en aquellos rostros pétreos—. Nos envió para encontrar el Cuenco de los Vientos. Con él podemos arreglar el tiempo. —Ni la mínima señal de cambio. Nynaeve intentó controlar su ira, lo intentó de veras, pero emergió a su pesar—. ¡Por fuerza tenéis que querer que eso ocurra! ¡Mirad a vuestro alrededor! ¡El Oscuro está asfixiando al mundo! ¡Si tenéis la más ligera pista de dónde se halla el Cuenco, decídnoslo!

La señora Corly hizo una seña a Derys, que se acercó y recogió las tazas al tiempo que lanzaba miradas atemorizadas a Nynaeve y a Elayne. Cuando se escabulló, de hecho salió de la salita, las tres mujeres se pusieron lentamente de pie y se quedaron plantadas allí, como severos jueces a punto de dictar sentencia.

—Lamento que no aceptéis nuestra ayuda —dijo fríamente la señora Corly—. Lamento todo este asunto. —Sacó unas monedas del bolsillo y puso tres marcos de plata en la mano de Nynaeve y tres en la de Elayne—. Esto os servirá para un corto trecho del camino. También podéis conseguir algo por esos vestidos, creo, aunque no tanto como debisteis de pagar por ellos. En cualquier caso no son adecuados para un viaje. Mañana al amanecer os habréis marchado de Ebou Dar.

—No vamos a ninguna parte —le contestó Nynaeve—. Por favor, si sabéis... — De nada sirvió que abriese la boca, porque el controlado pero constante flujo de palabras de la mujer no se cortó.

—A esa hora, empezaremos a propagar vuestra descripción y nos aseguraremos de que llegue a las hermanas instaladas en el palacio de Tarasin. Si se os ve después de la salida del sol, nos ocuparemos de que las hermanas se enteren de dónde estáis. Y los Capas Blancas también. Entonces sólo tendréis tres opciones: huir, entregaros a las hermanas o morir. Idos y no volváis. Viviréis más tiempo si renunciáis a esa artimaña peligrosa y repugnante. Hemos terminado. Berowin, Garenia, acompañadlas a la puerta, por favor.

Pasó entre ellas rozándolas y salió de la estancia sin mirar atrás. Hoscamente, Nynaeve se dejó llevar hasta la puerta principal. Resistirse no conduciría a nada salvo, quizás, a ser despedidas de un empujón; sin embargo, no le gustaba darse por vencida. ¡Luz, no le gustaba ni pizca! Elayne caminaba sin vacilar, con una fría determinación de marcharse y acabar de una vez con el asunto plasmada en su actitud y en su porte. En el pequeño vestíbulo Nynaeve decidió intentarlo una vez más.

—Por favor, Garenia, Berowin, si tenéis alguna pista, decídnoslo. Cualquiera, por pequeña que sea. Es imposible que no os deis cuenta de lo importante que es esto.

—«No hay peor ceguera que la de quien no quiere ver» —citó Elayne, y no precisamente en voz baja.

Berowin vaciló, pero no Garenia, que adelantó la cara hasta casi tocar con su nariz la de Nynaeve.

—¿Nos tomas por tontas, muchacha? Te diré una cosa. Si se hubiese hecho a mi modo, os habríamos llevado como fardos a la granja, dijeseis lo que dijeseis. Unos cuantos meses al cuidado de Alise y aprenderíais a dejar quieta la lengua y a sentiros

Librodot

agradecidas por la ayuda que ahora despreciáis.

Nynaeve se planteó la idea de atizarle un puñetazo en la nariz; para eso no necesitaba el *Saidar.*

—Garenia —reprendió Berowin en tono seco—, no retenemos a nadie en contra de su voluntad, y tú lo sabes muy bien. ¡Discúlpate de inmediato!

Y, maravilla de maravillas, la mujer que podría haber estado casi en lo más alto si hubiera sido Aes Sedai miró de reojo a la mujer que habría estado casi en el escalón más bajo y enrojeció.

—Os pido disculpas —murmuró, dirigiéndose a Nynaeve—. A veces me puede el genio y digo lo que no debo. Me disculpo humildemente. —Echó otra ojeada a Berowin, que asintió, y soltó un suspiro de alivio.

Nynaeve seguía boquiabierta cuando los escudos desaparecieron y Elayne y ella fueron echadas a la calle. La puerta se cerró con un sonoro golpe a sus espaldas.

CAPÍTULO 6

Las Allegadas

«Increíble», pensó Reanne mientras observaba desde una ventana cómo las dos extrañas muchachas desaparecían calle abajo, entre comerciantes, mendigos y alguna que otra silla de manos. Había vuelto a la salita tan pronto como sacaron de ella a la pareja. No sabía qué pensar de ellas, y sus insistentes afirmaciones en contra de toda lógica sólo eran una parte de su desconcierto.

—No transpiraban —susurró Berowin junto a su hombro.

—¿De veras?

Habría dado los pasos oportunos para que la noticia llegara al palacio de Tarasin antes de una hora si no lo hubiese prometido. Y por el peligro. El miedo bullía en su estómago, el mismo pánico que la había dominado después de cruzar a través de uno de los arcos plateados cuando se enfrentó a la prueba para ascender a Aceptada. Igual que había hecho cada vez que ese miedo le atenazaba el estómago a lo largo de todos esos años, ejerció un renovado autocontrol; en realidad, no se daba cuenta de que el miedo a volver a huir gritando hacía mucho tiempo que había vencido cualquier posibilidad de conseguir dominarlo. Rezó para que esas chicas renunciaran a su locura. Rezó para que, si no lo hacían, al menos fuesen atrapadas lejos de Ebou Dar y guardaran silencio o, si hablaban, que no las creyeran. Habría que tomar precauciones, levantar salvaguardias que no se habían utilizado hacía años. Sin embargo, no servirían de mucho dado que las Aes Sedai eran casi omnipotentes, y eso lo sabía en el fondo de su corazón.

—Rectora, ¿cabe la posibilidad de que la mayor de las dos sea realmente...? Encauzamos y...

Berowin dejó la frase en el aire, abatida, pero Reanne no necesitó pensarlo, ni siquiera descartando a la más joven. ¿Por qué una Aes Sedai iba a fingir ser menos, tanto menos, de lo que era realmente? Además, cualquier Aes Sedai verdadera las habría puesto de rodillas a todas suplicando clemencia, no se habría quedado allí de pie, con tal sumisión.

—No encauzamos delante de ninguna Aes Sedai —respondió con firmeza—. No rompimos ninguna regla. —Dichas reglas se aplicaban tan estrictamente en su caso como en el de cualquier otra; la primera marcaba que todas eran una, incluso aquellas que estaban por encima del resto durante un tiempo. ¿Cómo podía ser de otro modo, si quienes se encontraban por encima al final tenían que descender necesariamente? Sólo gracias al cambio y al movimiento podían permanecer ocultas.

—Pero algunos rumores apuntan a una muchacha como Amyrlin, Rectora. Y esa chica sabía...

—Rebeldes. —Reanne puso en aquel término toda la indignada incredulidad que sentía. ¡Que alguien hubiese *osado* rebelarse contra la Torre Blanca! Eran cuentos demasiado increíbles para darles crédito, y menos viniendo de alguien así.

—¿Y lo de Logain y el Ajah Rojo? —demandó Garenia, con lo que se ganó una mirada penetrante de Reanne. Había conseguido otra taza de té antes de regresar a la salita y se las ingenió para sostener la mirada por encima del borde de la taza con aire desafiante.

—Sea cual fuere la verdad, Garenia, no nos corresponde a nosotras poner en tela de juicio nada de lo que hagan las Aes Sedai. —Los labios de Reanne se apretaron. Ese comentario apenas se acercaba a lo que sentía realmente con respecto a las rebeldes, pero ¿cómo podía hacer algo así una Aes Sedai?

La saldaenina hizo una leve inclinación de aquiescencia, sin embargo, y quizá también para disimular el gesto hosco de su boca. Reanne suspiró. Ella había renunciado a sus sueños de pertenecer al Ajah Verde hacía mucho tiempo, pero había algunas —como Berowin— que creían, en secreto pensaban ellas, que podrían regresar a la Torre Blanca algún día, que todavía tendrían la oportunidad de convertirse en Aes Sedai. Y también había otras —como Garenia— que apenas ocultaban sus deseos, aunque dichos deseos fueran diez veces más prohibidos. ¡Ésas eran las que incluso habrían accedido a aceptar espontáneas y hasta habrían salido a buscar chicas con capacidad para aprender!

Garenia no había terminado aún; siempre llegaba al límite de la disciplina y frecuentemente lo sobrepasaba.

—¿Y qué pasa con la tal Setalle Anan? Esas chicas sabían lo del Círculo. La señora Anan debe de habérselo contado, aunque, cómo es posible que lo sepa ella... —Se estremeció de un modo que habría sido ostentoso para la mayoría de las otras, pero jamás había sido capaz de disimular sus emociones, ni siquiera cuando debería hacerlo—. Hay que descubrir a quienquiera que nos haya traicionado y hay que castigar su traición. ¡Esa mujer es una posadera y hay que enseñarle a mantener cerrada la boca!

Berowin dio un respingo y sus ojos se desorbitaron por la impresión; se dejó caer en una silla con tanta fuerza que casi rebotó en ella.

—Recuerda quién es, Garenia —espetó Reanne—. Si Setalle nos hubiese traicionado, tendría que regresar arrastrándonos a Tar Valon suplicando clemencia todo el camino. —Cuando llegó a Ebou Dar por primera vez le habían contado la historia de una mujer a quien se había obligado a volver humillada a la Torre Blanca, y desde entonces no había puesto en tela de juicio nada de cuanto había visto u oído sobre las Aes Sedai—. Ha guardado los pocos secretos que sabe por la gratitud que nos debe, y dudo que dicha gratitud haya menguado. Habría muerto en el parto de su primer hijo si las Allegadas no la hubiesen ayudado. Lo que sabe es a través de comentarios indiscretos, cuando se creía que no podía oírlos, y quienes los hicieron ya fueron castigadas hace más de veinte años. —Aun así, le gustaría encontrar el suficiente empuje para pedirle a Setalle que fuera más cauta.

Garenia volvió a inclinar la cabeza, pero el rictus de su boca seguía siendo obstinado. Al menos parte del presente turno, decidió Reanne, la saldaenina lo pasaría en retiro, y recibiría instrucciones especiales con respecto a su tozudez. Alise rara vez necesitaba más de una semana para conseguir que una mujer llegara a la conclusión de que la obstinación no salía a cuenta.

Antes de que tuviese tiempo de decírselo a Garenia, Derys abrió la puerta e hizo una reverencia mientras anunciaba a Sarainya Vostovan. Como tenía por costumbre, Sarainya entró antes de que Reanne diera su permiso. En ciertos aspectos, la hermosísima mujer hacía que Garenia pareciese dócil, a pesar de que cumpliera escrupulosamente todas las reglas en la forma, ya que no en el fondo. Reanne estaba convencida de que la mujer habría llevado el cabello tejido en multitud de trenzas y con campanillas si dependiese de ella, sin que le importase cómo encajaba tal cosa con su cinturón rojo. Claro que, de haber podido elegir, ni siquiera habría servido durante un turno con el cinturón.

Sarainya hizo una reverencia en el umbral, desde luego, y se arrodilló frente a ella, con la cabeza gacha, pero cincuenta años no habían conseguido hacerle olvidar que, de

Librodot

haber tenido arrestos para regresar a Arafel, habría sido una mujer de considerable poder. La reverencia y todo lo demás eran concesiones. Cuando habló, con aquella voz enérgica y ronca, toda idea sobre si la mujer acabaría reconciliándose consigo misma y el problema de Garenia desaparecieron de la mente de Reanne.

—Callie ha muerto, Rectora. La degollaron y aparentemente le robaron hasta las medias, pero Sumeko asegura que fue el Poder Único el que acabó con ella.

—¡Eso es imposible! —barbotó Berowin—. ¡Ninguna Allegada haría tal cosa!

—¿Una Aes Sedai, pues? —dijo Garenia, por una vez vacilante—. Pero ¿cómo? Están los Tres Juramentos. Sumeko debe de haberse equivocado.

Reanne levantó una mano imponiendo silencio. Sumeko nunca se equivocaba con respecto al Poder Único. Habría pertenecido al Ajah Amarillo si no se hubiese desmoronado completamente durante la prueba para ascender al chal y, aun teniéndolo prohibido, a pesar de incontables castigos, se afanaba por aprender más cada vez que creía que nadie la observaba. Obviamente, ninguna Aes Sedai podría haber hecho algo así y ninguna Allegada lo habría hecho, pero... Esas chicas, tan insistentes, enteradas de lo que no deberían saber. El Círculo había durado mucho tiempo, había ofrecido socorro a innumerables mujeres para que ahora fuera destruido.

—Esto será lo que haremos —dijo a las otras. El cosquilleo del miedo comenzó de nuevo, pero, en esta ocasión, apenas reparó en él.

Nynaeve se alejó de la casa furiosa, caminando a grandes zancadas. ¡Era increíble! Esas mujeres tenían un gremio. ¡Lo tenían, dijeran lo que dijesen! También estaba convencida de que sabían dónde se hallaba el Cuenco. Habría hecho cuanto hubiese sido necesario con tal de convencerlas para que se lo dijeran. Fingir docilidad ante ellas durante unas horas le habría resultado más fácil que soportar a Mat Cauthon la Luz sabía durante cuántos días.

«Podría haber sido tan aquiescente como quisieran —pensó, irritada—. ¡Habrían creído que era tan adaptable como una zapatilla vieja! Podría haber...» Eso era mentira, y no necesitaba el repulsivo y recordado regusto amargo en la lengua para convencerla. De haber tenido ocasión, habría zarandeado a todas esas mujeres hasta que le hubiesen dicho lo que quería saber. ¡Les habría dado Aes Sedai hasta hacerlas chillar!

Echó una mirada de reojo, ceñuda, a Elayne; ésta parecía hallarse sumida en reflexiones. Nynaeve deseó no saber qué rumiaba su amiga en ese momento: una mañana desperdiciada y una experiencia muy próxima a la humillación más absoluta. No le gustaba equivocarse; en realidad, todavía no se había acostumbrado a admitir tal circunstancia. Y ahora iba a tener que disculparse con Elayne; de verdad detestaba pedir disculpas. En fin, se avecinaba un mal momento cuando se hallasen de vuelta en sus habitaciones. Era de esperar que Birgitte y Aviendha aún no hubiesen regresado. No quería que la discusión empezase en la calle, sin saber quién pasaba cerca. La multitud había aumentado, aunque el sol no parecía encontrarse mucho más alto entre las alborotadoras bandadas de aves marinas que chillaban allá arriba.

Encontrar el camino de regreso no les resultó fácil, después de las vueltas y revueltas que habían dado a la ida. Nynaeve tuvo que preguntar qué dirección debía seguir media docena de veces, en tanto que Elayne miraba hacia otro lado aparentando indiferencia. La antigua Zahorí atravesaba puentes, esquivaba carretas y saltaba para apartarse ante sillas de mano mientras abrigaba el deseo de que Elayne dijese algo. Ella sabía mucho sobre cómo alimentar un rencor: cuanto más tiempo guardaba silencio, tanto peor era cuando hablaba. Así pues, a medida que pasaban los minutos sin que Elayne pronunciara palabra, más oscura se volvía la escena que imaginaba cuando se encontraran en sus aposentos. Aquello la puso furiosa. Había admitido que se había

Librodot

equivocado, aunque fuera para sus adentros. Elayne no tenía derecho a hacerla sufrir de ese modo. La expresión de su semblante era tal que hasta la gente que no reparaba en sus anillos se apartaba de su camino. Los que sí se fijaban en ellos, por lo general parecían recordar de repente que tenían algo que hacer en una calle lateral. Incluso algunos porteadores de sillas de mano la evitaban.

—¿Qué edad crees que tiene Reanne? —preguntó tan de improviso Elayne que Nynaeve dio un brinco. Casi habían llegado a Mol Hara.

—Cincuenta años. Tal vez sesenta. No veo qué importancia puede tener eso. —Recorrió la multitud con la mirada para comprobar si había alguien lo bastante cerca para oírlas. Una vendedora ambulante que llevaba en la bandeja un tipo de fruto pequeño, amarillo y agrio llamado limón, casi se atragantó al intentar cortar el grito que anunciaba su mercancía cuando los ojos de Nynaeve se detuvieron sobre ella un instante, con el resultado de que la mujer se dobló sobre la bandeja tosiendo y medio asfixiada. Nynaeve aspiró el aire por la nariz con desdén. Seguramente esa mujer había estado escuchando a escondidas, o incluso planeando robarles la escarcela—. Son un gremio, Elayne, y saben dónde está el Cuenco, no me cabe duda. —Aquello no era en absoluto lo que se proponía decir. Tal vez no le resultara tan ingrato como imaginaba disculparse ahora por arrastrar a Elayne a esta aventura.

—Sí, podrían serlo, supongo —dijo su amiga con aire ausente—. ¿Cómo es posible que haya envejecido así?

Nynaeve se paró en seco en mitad de la calle. Después de toda la discusión, después de que las hubiesen echado, ¿aún lo *suponía*?

—Bien, pues yo supongo que envejece del mismo modo que todo el mundo, de día en día. Elayne, si creías que tenía razón, ¿por qué proclamaste quién eras, como hizo Rhiannon en la Torre? —Eso último le gustó mucho; de acuerdo con la historia, lo que la reina Rhiannon consiguió por hacer tal cosa no había sido ni mucho menos lo que buscaba.

Elayne no se molestó en responder a la pregunta, a pesar de su gran educación. Tiró de Nynaeve hacia un lado cuando pasó un carruaje con cortinillas verdes —la calle no era muy ancha en ese punto—, que se dirigía al taller de una modista, en su interior se veían varios maniquíes con vestidos a medio confeccionar.

—No iban a decirnos nada, Nynaeve, ni aunque te hubieses puesto de rodillas y se lo hubieses suplicado.

La antigua Zahorí abrió la boca con gesto indignado y luego la cerró de golpe. Ella no había hablado de suplicar en ningún momento. En cualquier caso ¿por qué habría tenido que ser ella la única que lo hiciese? Mejor cualquier mujer que Mat Cauthon. Sin embargo, Elayne estaba decidida a exponer su razonamiento y no pensaba dejar que la apartara de ello.

—Nynaeve, debe de haber experimentado la retardación como cualquier otra que maneja el Poder. ¿Cuál es realmente su edad para que parezca que tiene cincuenta o sesenta años?

—¿De qué hablas? —Sin pensarlo conscientemente, la antigua Zahorí tomó nota mental de la localización de la tienda; el trabajo de costura parecía muy bueno, merecía examinarlo con más detenimiento—. Es probable que sólo encauce lo absolutamente necesario por miedo a que la tomen por una hermana. Después de todo, no querría que su cara fuera demasiado tersa.

—Nunca prestaste atención en las clases, ¿verdad? —murmuró Elayne. Advirtió que la rolliza modista le sonreía desde la puerta y tiró de Nynaeve hacia la esquina del edificio. Considerando la cantidad de puntillas que la modista lucía en su propio vestido, con el corpiño casi enterrado bajo ellas y con chorreras colgando sobre las

enaguas expuestas, pediría precios exagerados si Nynaeve encargaba algo—. Olvídate de los vestidos un momento y atiéndeme. ¿Quién es la Aceptada de más edad que recuerdas?

Nynaeve le asestó una mirada gélida. ¡Cualquiera diría que no pensaba más que en vestidos! Además, la había oído perfectamente.

—Elin Warrel, creo —contestó—. Es más o menos de mi edad. —Desde luego, el vestido de la modista sería mucho más fino con algo menos de escote y muchas menos puntillas. En seda verde. A Lan le gustaba el color verde, aunque, naturalmente, ella no elegiría sus vestidos para él. Y también le gustaba el azul.

Elayne soltó una carcajada, y Nynaeve se preguntó si no habría expresado sus pensamientos en voz alta. Enrojeció intensamente e intentó explicarlo. Sería para celebrar Bel Tine. Pero su amiga no le dio ocasión de hablar.

—La hermana de Elin fue a visitarla poco antes de que llegases a la Torre, Nynaeve. Su hermana *pequeña.* Su cabello era canoso. Debía de tener más de cuarenta años, Nynaeve.

¿Que Elin Warrel tenía más de cuarenta años? ¡Pero...!

—¿A qué te refieres, Elayne?

No había nadie cerca que pudiera oírlas y nadie parecía prestarles atención excepto la todavía esperanzada modista, pero Elayne bajó el tono hasta convertirlo en un susurro.

—Nosotras experimentamos la retardación, Nynaeve. En algún punto entre los veinte y los veinticinco años empezamos a envejecer más lentamente. De lo fuerte que es cada una depende cuánto, pero no cuándo. Cualquier mujer que encauza lo experimenta. Takima opina que a esa edad es cuando se empieza a adquirir la apariencia intemporal, aunque no creo que nadie llegue a eso hasta que ha llevado el chal al menos uno o dos años, a veces incluso cinco o más. Piensa. Sabes que cualquier hermana que tenga el cabello gris es vieja, aunque se supone que no debe mencionarse. De modo que si Reanne ha experimentado la retardación, y debe de haberlo hecho, ¿qué edad tiene?

A Nynaeve le importaba un bledo la edad de Reanne. Quería chillar. No era de extrañar que todo el mundo rehusara creer los años que decía tener. Eso explicaba por qué las componentes del Círculo de Mujeres del pueblo la habían mirado con prevención, como si no estuviesen convencidas de que fuera lo bastante mayor para confiar plenamente en ella. Conseguir el rostro intemporal de una hermana estaba bien, pero ¿cuánto tiempo habría de pasar hasta que tuviese canas?

Parpadeó y se giró enfadada. Y entonces algo la golpeó muy fuerte, aunque de refilón, en la parte posterior de la cabeza. Se tambaleó y se volvió hacia Elayne, estupefacta. ¿Por qué la había golpeado? Pero no había sido ella; la joven estaba desplomada en el suelo, con los ojos cerrados y un feo chichón purpúreo que comenzaba a hincharse en la frente. Aturdida, Nynaeve cayó de rodillas y tomó a la joven entre sus brazos.

—Vuestra amiga debe de haberse mareado —dijo una mujer de nariz larga, que se arrodilló junto a ellas sin que aparentemente le importara mancharse el vestido amarillo de exagerado escote incluso para el estilo ebudariano—. Dejadme que os ayude.

Un tipo vestido con un chaleco de seda bordada, alto y apuesto de no ser por una sonrisa untuosa, se inclinó para coger a Nynaeve por los hombros.

—Venid, tengo un carruaje. Os llevaremos a algún sitio más cómodo que el empedrado de la calle.

—Apartaos —gritó Nynaeve; amablemente, claro—. No necesitamos vuestra ayuda.

El hombre siguió intentando levantarla del suelo, sin embargo, para conducirla

Librodot

hacia un carruaje rojo, en el que una mujer de azul, aparentemente asustada, hacía señas con la mano enérgicamente. La mujer nariguda intentó levantar a Elayne, agradeciendo al hombre su ayuda y parloteando sobre que lo del carruaje era una buena idea. Una multitud de curiosos se había reunido en derredor formando un semicírculo, las mujeres murmuraban compasivamente sobre los desmayos por el calor y los hombres se ofrecían a ayudar para llevar a las damas. Un tipo escuálido se agachó y, con todo descaro, hizo intención de coger la escarcela de Nynaeve en sus mismas narices.

A la antigua Zahorí la cabeza todavía le daba vueltas lo suficiente para que le resultara difícil abrazar el *Saidar*, pero si todos aquellos curiosos charlatanes no hubiesen bastado para enfurecerla, lo habría hecho lo que vio tirado en la calle: una flecha que en lugar de punta iba rematada por una piedra roma. La que la había rozado a ella o la que había golpeado a Elayne. Encauzó y el cortabolsas delgaducho se dobló por la mitad, sujetándose el estómago y chillando como un cerdo entre las zarzas. Otro flujo y la mujer nariguda cayó hacia atrás lanzando un grito el doble de estridente. El hombre del chaleco de seda al parecer decidió que ya no necesitaban su ayuda, porque se dio media vuelta y corrió hacia el carruaje, pero aun así Nynaeve también le dio su merecido. Bramó más fuerte que un toro enfurecido mientras la mujer del carruaje lo ayudaba a subir tirando del chaleco.

—Gracias, pero no necesitamos ayuda —gritó Nynaeve, cortésmente.

Quedaban muy pocos para oírla. Una vez que resultó obvio que se estaba utilizando el Poder Único —los saltos y gritos repentinos de la gente sin causa aparente lo dejaron claro a la mayoría— se alejaron a toda prisa. La mujer nariguda se incorporó y saltó a la parte trasera del carruaje, aferrada a él precariamente, mientras el conductor descargaba el látigo sobre los caballos, de manera que la gente tuvo que saltar a los lados para no ser atropellada. Incluso el cortabolsas se alejaba cojeando tan deprisa como podía.

A Nynaeve le habría dado igual si la tierra se hubiese abierto y se los hubiera tragado a todos. Con el corazón en un puño, encauzó finos flujos de Viento, Agua, Tierra, Fuego y Energía que mezcló y combinó sobre el cuerpo de Elayne. Era un tejido sencillo, a causa de su aturdimiento, pero el resultado hizo que respirara con alivio. La contusión no era seria; los huesos del cráneo de Elayne no se habían roto. En otra situación, habría reconducido esos mismos flujos para conformar tejidos mucho más complejos, la Curación que había descubierto por sí misma. Sin embargo, en ese momento sólo era capaz de realizar los tejidos más simples. Valiéndose sólo de Energía, Viento y Agua realizó la Curación que las Amarillas habían llevado a cabo desde tiempo inmemorial.

Elayne abrió los ojos de golpe y, tras una inhalación que pareció absorber todo el aire, se sacudió como una trucha atrapada en una red a la par que golpeaba con los talones en el pavimento. Aquello sólo duró un momento, por supuesto, pero en esos breves instantes la contusión se deshinchó y desapareció. Nynaeve la ayudó a ponerse de pie; entonces la mano de una mujer apareció sosteniendo una copa de peltre llena de agua.

—Incluso una Aes Sedai puede tener sed después de esto —dijo la modista.

Elayne alargó la mano hacia la copa, pero Nynaeve le asió la muñeca.

—No, gracias. —La mujer se encogió de hombros y se dio la vuelta. Nynaeve añadió en otro tono—: Gracias. —Parecía que le costaba menos trabajo decirlo cuanto más lo repetía; no estaba segura de que le gustase tal cosa.

El océano de puntillas se movió cuando la modista volvió a encogerse de hombros.

—Hago vestidos para cualquiera. Puedo hacer un trabajo mejor para vos que ése

que lleváis y que os favorezca más. —Volvió a desaparecer en el interior del taller.

Nynaeve la siguió con la mirada, ceñuda.

—¿Qué ha pasado? —demandó Elayne—. ¿Por qué no me dejaste que bebiera agua? Tengo sed y también hambre.

Tras una última mirada ceñuda a la modista, Nynaeve se inclinó para recoger la flecha. La heredera del trono no necesitó más explicaciones. El *Saidar* la envolvió repentinamente.

—¿Teslyn y Joline? —preguntó.

Nynaeve sacudió la cabeza; el ligero mareo ya empezaba a remitir. No creía que esas dos se rebajaran a hacer algo así.

—¿Y Reanne? —se preguntó en voz queda. La modista había vuelto al umbral del taller, todavía esperanzada—. Quizá quiera asegurarse de que nos vamos. O, peor aún, Garenia. —Aquello era casi tan escalofriante como sospechar de Teslyn y Joline. Y el doble de indignante.

De algún modo Elayne se las ingeniaba para parecer bonita cuando fruncía el entrecejo.

—Fuera quien fuese, le daremos su merecido. Ya lo verás. —El ceño se borró—. Nynaeve, si el Círculo ignora dónde está el Cuenco, podremos encontrarlo, pero... —Se mordió el labio, indecisa—. Sólo sé un modo seguro de conseguirlo.

Nynaeve asintió lentamente, aunque habría preferido comerse un puñado de tierra. El día parecía haber empezado radiante, pero después se había ido poniendo negro, desde Reanne a... Oh, Luz, ¿cuánto tiempo tendría que pasar hasta que tuviese canas?

—No llores, Nynaeve. Mat no puede ser tan malo. Él nos lo encontrará en unos pocos días, lo sé.

Nynaeve rompió a llorar con más fuerza.

Librodot

CAPÍTULO 7

Trampa mental

Moghedien no quería volver a soñar el sueño, pero el deseo de despertarse, el deseo de gritar, no servía de nada. El sueño la retenía más firmemente que unos grilletes. El inicio transcurrió deprisa, como un veloz esbozo. No había clemencia; de ese modo tendría que revivir antes el resto.

Apenas reconocía a la mujer que entraba en la tienda donde estaba prisionera. Halima, ayudante de una de esas necias que se llamaban a sí mismas Aes Sedai. Necias, pero la retenían a través de la banda plateada que le rodeaba el cuello y la obligaban a obedecer. Movimiento rápido, aunque ella rogara para que todo fuera más despacio. *La mujer encauzaba para encender una luz y Moghedien sólo veía la luz. Tenía que ser* Saidin, *entre todos los seres vivientes, sólo los Elegidos sabían cómo rozar el Poder Verdadero* —el Poder que procedía del Oscuro— *y pocos eran lo bastante necios para hacerlo salvo en casos de extrema necesidad; ¡pero eso era imposible!* Rapidez borrosa. *La mujer decía llamarse Aran'gar y se dirigía a Moghedien por su nombre, invocaba la Fosa de la Perdición y le quitaba el collar del* a'dam, *encogiéndose de dolor; un dolor que ninguna mujer habría debido sentir. De nuevo* —¿cuántas veces había hecho lo mismo?— *Moghedien tejía un pequeño acceso dentro de la tienda. Rasaba para darse ocasión de pensar en medio de la infinita oscuridad, pero tan pronto como ponía el pie en la plataforma, semejante a un pequeño balcón de mármol, completo con un cómodo sillón, llegaba a las negras vertientes de Shayol Ghul, eternamente envueltas en luz crepuscular, donde túneles y respiraderos emitían vapor y humo en vaharadas violentas, y un Myrddraal se acercaba a ella, con su negro atuendo y su rostro blanco como un gusano de tumba, carente de ojos, pero más alto y más corpulento que cualquier otro Semihombre. La miraba con arrogancia, le decía su nombre espontáneamente y le ordenaba que lo siguiera; los Myrddraal no actuaban así con los Elegidos.* Entonces clamó en lo más profundo de su mente para que el sueño discurriera más deprisa, que pasara como un borrón imposible de ver, de discernir, pero... *Ahora, mientras seguía a Shaidar Haran hacia la entrada de la Fosa de la Perdición, todo discurría a su ritmo normal y parecía más real que el* Tel'aran'rhiod *o que el mundo de vigilia.*

De los ojos de Moghedien manaban lágrimas que se deslizaban por las mejillas, ya húmedas. Se retorció en el duro camastro, agitando brazos y piernas en un intento desesperado e inútil de despertarse. Ya no era consciente de que soñaba —todo parecía real— pero perduraban hondos recuerdos, y en aquellas recónditas profundidades su instinto aullaba y arañaba para escapar de allí.

Estaba muy familiarizada con el túnel inclinado, el techo de rocas puntiagudas como colmillos, las paredes irradiando una tenue luminosidad. Había hecho ese viaje descendente muchas veces desde el lejano día en que acudió por primera vez para jurar obediencia al Gran Señor y empeñar su alma, pero jamás como ahora, jamás conociéndose su fracaso en toda su magnitud. Hasta entonces se las había ingeniado siempre para ocultar sus fiascos incluso al Gran Señor. Muchas veces. Allí podían hacerse cosas que eran irrealizables en cualquier otro lugar. Allí podían ocurrir cosas que no ocurrían en ninguna otra parte.

Dio un respingo de sobresalto cuando uno de los colmillos pétreos le rozó el pelo y después recobró la compostura lo mejor que pudo. Aquellas dagas punzantes seguían dejando un paso fácil para el altísimo Myrddraal, pero aunque ella sólo le llegaba a la altura del pecho, ahora se veía obligada a mover la cabeza para esquivar las afiladas piedras. Allí la realidad era arcilla en manos del Gran Señor, que a menudo hacía patente su descontento de ese modo. Un colmillo pétreo le rozó el hombro y Moghedien tuvo que agacharse para esquivar otro. En el túnel ya no había suficiente altura para que la mujer caminara erguida. Se inclinó más, caminando agazapada en pos del Myrddraal, intentando no rezagarse. El paso de Shaidar Haran no variaba de ritmo, pero por mucho que ella se apresurase, la distancia entre los dos no menguaba. El techo descendía más y más, cerrando los colmillos del Gran Señor para desgarrar a los traidores y a los necios, y Moghedien tuvo que avanzar a gatas y después arrastrarse sobre codos y rodillas. En el túnel llameó una luz titilante que irradiaba de la entrada de la mismísima Fosa, justo al frente, y Moghedien se arrastró sobre el vientre, tiró de sí misma con las manos hacia adelante, se empujó con los pies. Las puntas de las piedras se le hincaban en la carne, enganchaban su vestido. Jadeante, recorrió culebreando el último tramo, acompañada del sonido de lana al desgarrarse.

Al mirar hacia atrás, la sacudió un estremecimiento. Allí donde debería estar la boca del túnel se alzaba un liso muro de piedra. Quizás el Gran Señor lo había calculado al segundo; aunque también podía ser que si ella hubiese sido más lenta al moverse...

La cornisa en la que yacía se proyectaba por encima de un lago negro rojizo de roca fundida, en el que llamas del tamaño de un hombre emergían y morían y reaparecían. Arriba, la caverna sin techo ascendía a través de la montaña hasta un cielo por el que unas nubes veteadas de rojo, amarillo y negro pasaban veloces, como si volaran en alas del tiempo. No era el negro firmamento que se veía en el exterior de Shayol Ghul. Nada de eso merecía una segunda ojeada, y no sólo porque ya lo hubiese visto muchas otras veces. La Perforación en la prisión del Gran Señor no se encontraba más próxima allí que en cualquier otro lugar del mundo, pero sí se percibía y uno podía sumergirse en la gloria del Gran Señor. Tanta era la fuerza del Poder Verdadero allí que si intentaba encauzar la consumiría como una pavesa. Tampoco tenía el menor deseo de pagar el precio en ningún otro sitio.

Empezó a incorporarse, pero algo la golpeó entre los omóplatos y la empujó contra la cornisa con tal violencia que le vació de aire los pulmones. Aturdida, inhaló y luego miró hacia atrás. El Myrddraal tenía plantado el pie en su espalda. Por poco abraza el Saidar, *aunque encauzar allí sin permiso expreso era un suicidio. La arrogancia con que la había tratado en la ladera era una cosa, ¡pero esto!*

—¿Sabes quién soy? —demandó—. ¡Soy Moghedien! —Las cuencas sin ojos la contemplaban como si fuese un insecto; ella había visto a menudo a los Myrddraal mirar de ese modo a los humanos corrientes.

MOGHEDIEN. Aquella voz dentro de su cabeza arrastró cual oleaje embravecido toda idea sobre el Myrddraal. De hecho, casi arrastró todo pensamiento a su paso. Al lado de eso, el abrazo más intenso de cualquier amante humano era una gota de agua comparado con un océano. ¿HASTA DÓNDE LLEGA TU FRACASO, MOGHEDIEN? LOS ELEGIDOS SON SIEMPRE LOS MÁS FUERTES, PERO TÚ TE DEJASTE CAPTURAR. ENSEÑASTE A AQUELLAS QUE PUEDEN OPONERSE A MÍ, MOGHEDIEN.

Parpadeó mientras intentaba desesperadamente pensar con coherencia.

—Gran Señor, sólo les enseñé cosas poco importantes y les opuse resistencia como pude. Les enseñé un supuesto modo de detectar un hombre encauzando. —Se las ingenió para reír—. Practicarlo les provoca tales jaquecas que les es imposible encauzar

durante horas.

Silencio. Tal vez fuese mejor así. Las chicas habían renunciado a aprender aquello mucho antes de su rescate, pero el Gran Señor no tenía por qué saber tal cosa.

—Gran Señor, sabéis cómo os he servido. En las sombras. Y vuestros enemigos no sienten mi picadura hasta que el veneno está haciendo efecto. —No se atrevía a decir que se había dejado capturar deliberadamente para trabajar desde dentro, pero sí podía sugerirlo—. Gran Señor, sabéis que acabé con muchos de vuestros enemigos durante la Guerra del Poder. Desde las sombras, sin ser vista o, si advertían mi presencia, no me prestaban atención porque aparentemente no podía ser un peligro para ellos.

Silencio. Y entonces...

MIS ELEGIDOS SON SIEMPRE LOS MÁS FUERTES. MI MANO ACTÚA.

Aquella voz retumbando en su cráneo convertía sus huesos en miel hirviente y su cerebro en fuego. El Myrddraal la cogía de la barbilla con una mano, obligándola a levantar la cabeza antes de que su vista se aclarase lo bastante para ver el cuchillo que empuñaba en la otra. Todos sus sueños iban a terminar allí con la garganta rebanada, y su cuerpo entregado para alimentar a los trollocs. Puede que Shaidar Haran se reservara una porción escogida para sí mismo. Quizás...

No. ¡Sabía que iba a morir, pero ese Myrddraal no se comería ni una brizna de su cuerpo! Buscó el contacto con el Poder para abrazar el Saidar *y sus ojos se desorbitaron. No había nada allí. ¡Nada! ¡Era como si la hubiesen seccionado! ¡Sabía que no era así; se decía que era el dolor más intenso que cualquiera podía experimentar, más allá de cualquier poder mitigante, pero...!*

En esos instantes de estupefacción, el Myrddraal le abrió la boca a la fuerza y pasó la hoja del cuchillo a lo largo de su lengua, tras lo cual le hizo una pequeña incisión en la oreja. Y mientras el Semihombre se erguía, obtenida ya su saliva y su sangre, Moghedien supo qué se proponía, incluso antes de que él sacara lo que parecía una jaula minúscula y frágil, de alambre de oro y cristal. Ciertas cosas sólo podían hacerse allí, y algunas de ellas únicamente por aquellos que podían encauzar, y ella había llevado allí a varios hombres y mujeres con ese mismo propósito.

—No —susurró. Sus ojos no podían apartarse de la cour'souvra, *la trampa mental—. ¡No, a mí no! ¡A mí no!*

Haciendo caso omiso de ella, Shaidar Haran frotó la hoja del cuchillo contra la cour'souvra *para arrastrar los fluidos e impregnarla con ellos. El cristal se tornó lechoso y rosado; la primera fase. Con un giro de muñeca, arrojó la trampa mental al lago de lava para completar la segunda. La jaula de oro y cristal surcó el aire en un arco y de repente se detuvo y se quedó flotando en el mismo punto donde parecía estar la Perforación, el lugar donde la urdimbre del Entramado era más fina.*

Moghedien olvidó al Myrddraal y alzó las manos hacia la Perforación.

—¡Piedad, Gran Señor! —Que ella supiera, el Gran Señor jamás había demostrado compasión, pero si en lugar de allí se hubiese encontrado metida en una celda con lobos rabiosos o con una darath *en época de muda, habría suplicado igual. Si se daban las circunstancias precisas, se suplicaba hasta lo imposible. La* cour'souvra *flotaba en el vacío y giraba lentamente, centelleando con la luz del fuego que bullía debajo—. Os he servido con todo mi corazón, Gran Señor. Os suplico clemencia. ¡Piedad! ¡Tened compasión!*

TODAVÍA PODRÁS SERVIRME.

La voz la transportó en un éxtasis inimaginable, pero en el mismo instante la centelleante trampa mental irradió cual un sol y en medio de su arrobamiento, Moghedien experimentó un dolor como si la hubiesen sumergido en el abrasador lago. Fundidas ambas sensaciones, la mujer aulló y se sacudió enloquecida, sumida en el

interminable y eterno dolor que perduró más allá de las Eras, y después de que no quedara nada excepto el sufrimiento y el recuerdo del sufrimiento, la ínfima bendición de la oscura nada la arrolló.

Moghedien rebulló en el camastro. Otra vez, no. Por favor.

Apenas reconocía a la mujer que entraba en la tienda donde estaba prisionera.

Por favor, chilló en lo más hondo de su mente.

La mujer encauzaba para encender una luz y Moghedien sólo veía la luz.

Sumida en un profundo sueño, tembló de pies a cabeza. ¡Por favor!

La mujer decía llamarse Aran'gar y se dirigía a Moghedien por su nombre, invocaba la Fosa de la Perdición y...

—Despierta, mujer —dijo una voz que sonaba como huesos resecos desmenuzándose.

Los ojos de Moghedien se abrieron de golpe. Casi deseó que volviera el sueño. No había puerta ni ventanas que rompieran la uniformidad de los muros de piedra de su pequeña prisión; tampoco había globos radiantes o simples lámparas, pero de algún sitio llegaba luz. Ignoraba cuántos días llevaba allí; sólo sabía que la insípida comida llegaba con intervalos regulares, que el cubo destinado a aliviar la vejiga y el vientre se vaciaba incluso con mayor frecuencia y que, de algún modo, le dejaban jabón y un pozal con agua perfumada para que se aseara. Pero hasta eso parecía un castigo, ya que la intensa sensación de alegría al ver el pozal de agua le recordaba cuán bajo había caído. Shaidar Haran se encontraba ahora con ella en la celda.

Rodó del catre con premura, se arrodilló y agachó el rostro hasta el suelo de piedra. Siempre había hecho lo que fuese menester para sobrevivir, y el Myrddraal se había mostrado más que satisfecho de indicarle qué se esperaba de ella.

—Acojo tu visita con entusiasmo, *Mia'cova.* —El título le quemaba la lengua. «El que es mi dueño», significaba, o, simplemente «mi amo». El extraño escudo que Shaidar Haran había utilizado en ella, a pesar de que los Myrddraal no podían hacerlo, no se percibía, pero aun así Moghedien ni siquiera se planteó la posibilidad de encauzar. El Poder Verdadero le estaba vetado, naturalmente, puesto que sólo podía absorberse con el beneplácito del Gran Señor, pero la Fuente resultaba tentadora, bien que el brillo siempre atisbado en el límite visual parecía raro en cierto modo. Con todo, siguió sin tenerlo en cuenta. Cada vez que el Myrddraal la visitaba, le mostraba su trampa mental. Encauzar demasiado cerca de la propia *cour'souvra* resultaba doloroso en extremo, y la intensidad del sufrimiento era correlativa a la proximidad. A tan corta distancia, dudaba que pudiera sobrevivir a un mero roce con la Fuente. Y ése era el menor de los peligros de la trampa mental.

Shaidar Haran rió con sorna, un sonido rasposo a cuero seco y agrietado. Otra de las cosas que diferenciaba a este Myrddraal de los demás. De naturaleza mucho más cruel que los trollocs, quienes eran sólo sanguinarios, los Semihombres actuaban desapasionadamente. No obstante, Shaidar Haran exteriorizaba regocijo a menudo. Dadas las circunstancias, Moghedien se consideraba afortunada de tener sólo contusiones. A esas alturas, la mayoría de las mujeres se hallarían al borde de la locura, si es que no habían perdido ya la razón.

—¿Y también estás ansiosa por obedecer? —inquirió la voz rechinante.

—Sí, estoy ansiosa por obedecer, *Mia'cova.* —Lo que fuera necesario para sobrevivir. Aun así, soltó una exclamación ahogada cuando los fríos dedos aferraron repentinamente su cabello enredado. Aunque se apresuró a incorporarse por sí misma en la medida de lo posible, él la levantó tirando del pelo. Al menos esta vez sus pies siguieron plantados en el suelo. El Myrddraal la examinó, inexpresivo. El recuerdo de visitas anteriores exigía un gran esfuerzo de voluntad para no encogerse o no gritar o,

simplemente, intentar abrazar el *Saidar* y así acabar de una vez por todas.

—Cierra los ojos —le ordenó—, y manténlos cerrados hasta que se te diga que los abras.

Los párpados de Moghedien se cerraron de inmediato. Una de las lecciones de Shaidar Haran había sido obedecer al instante. Además, con los ojos cerrados podía imaginar que se encontraba en cualquier otro lugar. Todo lo que fuera necesario.

De repente, la mano que asía su cabello la empujó hacia adelante y la mujer gritó a pesar de sí misma. El Myrddraal se proponía estrellarla contra la pared. Alzó las manos para protegerse y Shaidar Haran la soltó. Moghedien trastabilló al menos diez pasos, a pesar de que su celda no medía tanto de una esquina a otra. Humo de leña; percibía un leve atisbo de leña encendida. No obstante, mantuvo los ojos bien cerrados. Se proponía seguir sólo con cardenales —y cuantos menos, mejor— tanto tiempo como le fuera posible.

—Ahora puedes mirar —dijo una voz profunda.

Así lo hizo, aunque con recelo. El que había hablado era un hombre joven, alto, de anchos hombros, vestido con polainas negras, amplia camisa blanca y botas también negras; estaba sentado en un sillón almohadillado delante de una chimenea de mármol donde ardían unos troncos; sus asombrosos ojos azules la observaban. Se encontraban en una habitación revestida de paneles que podría haber pertenecido a un mercader rico o a un noble de rango medio en la época actual; el mobiliario tenía tallas discretas y un ligero toque dorado, en tanto que las alfombras habían sido tejidas con arabescos rojos y oro. Sin embargo, Moghedien no tuvo la menor duda de que se hallaba en un lugar próximo a Shayol Ghul; no daba la impresión de ser el *Tel'aran'rhiod*, la única alternativa posible. Giró la cabeza rápidamente e hizo una profunda inhalación de alivio. Al Myrddraal no se lo veía por ningún sitio. Fue como si unas bandas de *cuande* dejaran de oprimirle el pecho.

—¿Disfrutaste de tu estancia en el vacuidal?

Moghedien sintió como si unos dedos helados le tocaran el cuero cabelludo. No era investigadora ni creadora, pero conocía esa palabra. Ni siquiera se planteó cómo era posible que un joven de la época actual también la conociera. A veces surgían burbujas en el Entramado, aunque había quienes, como Mesaana, dirían que era una explicación demasiado simple. Se podía entrar en los vacuidales, si se sabía cómo hacerlo, y manipularlos del mismo modo que el resto del mundo —recordaba vagamente que los investigadores habían realizado a menudo grandes experimentos en vacuidales—, pero en realidad se hallaban fuera del Entramado y a veces se acercaban demasiado o tal vez se desprendían y se alejaban a la deriva. Ni siquiera Mesaana sabía con certeza lo que ocurría, salvo que todo lo que había dentro de ellos en ese momento desaparecía para siempre.

—¿Durante cuánto tiempo? —Se sorprendió al oír su voz firme. Se volvió hacia el joven, que seguía sentado y sonriéndole—. He preguntado cuánto tiempo. ¿O no lo sabes?

—Te vi llegar... —Hizo una pausa para coger una copa de plata que había en la mesa junto al sillón y sus ojos la observaron sonrientes mientras bebía. Luego continuó—. Anteanoche.

Moghedien no pudo disimular un suspiro de alivio. La única razón por la que alguien querría entrar en un vacuidal era que el tiempo discurría de manera diferente allí, a veces más despacio y otras más deprisa. En ocasiones, mucho más deprisa. No le habría sorprendido demasiado descubrir que el Gran Señor la había recluido durante cien años o un millar, para emerger a un mundo que ya era suyo, para obligarla a alimentarse de carroña mientras los otros Elegidos se encontraban en el pináculo.

Seguía siendo uno de los Elegidos, al menos a su modo de ver. Y hasta que el Gran Señor no le dijese lo contrario. No sabía de nadie que hubiese sido liberado de una trampa mental, pero ella estaba dispuesta a encontrar un modo. Siempre había una forma para quienes actuaban con cautela, en tanto que fracasaban aquellos para quienes la cautela era sinónimo de cobardía. Ella misma había conducido a unos cuantos de esos supuestos valientes a Shayol Ghul para ponerles la *cour'souvra.*

De repente se le ocurrió que el tipo que tenía delante sabía mucho para ser un Amigo de la Sombra, en especial tratándose de alguien que apenas había pasado los veinte años. Él echó una pierna por encima del brazo del sillón, repantigado con insolencia bajo su escrutinio. Graendal lo habría convertido en uno de sus «juguetes» si tuviera posición o poder; sólo la barbilla, excesivamente firme, impedía que fuera lo bastante hermoso. No creía haber visto nunca ojos tan azules. Ante tal alarde de insolencia en sus narices, después de lo que había tenido que soportar en manos de Shaidar Haran, con la Fuente llamándola y hallándose ausente el Myrddraal, se planteó la idea de enseñarle una dura lección a ese joven Amigo de la Sombra. El hecho de que sus ropas estuviesen mugrientas influyó en su decisión; podía oler el tenue perfume del agua con la que se aseaba, pero no tenía medios para limpiar el tosco vestido de lana que llevaba puesto cuando escapó de Egwene al'Vere, que además estaba desgarrado tras el viaje a la Fosa de la Perdición. Prevaleció la prudencia —aquel cuarto tenía que encontrarse cerca de Shayol Ghul—, pero sólo merced a un gran esfuerzo.

—¿Cómo te llamas? —demandó—. ¿Tienes idea de con quién estás hablando?

—Sí que la tengo, Moghedien. Puedes llamarme Moridin.

Moghedien inhaló bruscamente. No por el nombre; cualquier necio podía llamarse Muerte. Pero una minúscula motita negra, del tamaño preciso para poder verse, se desplazó a través de uno de aquellos ojos azules y después lo hizo por el otro, siguiendo la misma línea. El tal Moridin había tocado el Verdadero Poder, y en más de una ocasión. En muchas más. Moghedien sabía que, aparte de al'Thor, algunos hombres que podían encauzar sobrevivían en esa época; ese individuo estaba más o menos a la altura de Rand al'Thor, pero no habría imaginado que el Gran Señor hubiese concedido ese particular honor a ninguno de ellos. Un honor con señuelo, como cualquiera de los Elegidos sabía. A la larga, el Poder Verdadero creaba mucha más adicción que el Poder Único; una voluntad fuerte podía contener el deseo de absorber más *Saidar* o *Saidin*, pero Moghedien dudaba que existiera una voluntad lo bastante fuerte para resistirse al Poder Verdadero; no una vez que el *saa* aparecía en los ojos. El precio final por excederse era diferente, pero no por ello menos terrible.

—Se te ha honrado con una distinción mayor de lo que imaginas —le dijo. Como si su andrajoso vestido fuera de la más fina camalina, tomó asiento en el sillón que había enfrente del ocupado por el joven—. Dame un poco de ese vino y te lo explicaré. Sólo a otros veintinueve les ha sido dado...

Para su estupefacción, el joven se echó a reír.

—No has entendido bien, Moghedien. Sigues sirviendo al Gran Señor, pero no exactamente como hacías antes. El tiempo de poner en práctica tus propios juegos ha quedado atrás. Si, aunque por pura casualidad, no te las hubieses arreglado para hacer algo bien, a estas alturas estarías muerta.

—Soy una de los Elegidos, chico —replicó, imponiéndose la ira a la precaución. Se sentó erguida, haciéndole frente con todo el conocimiento de una Era que reducía el de él más o menos al existente en los tiempos de chozas de barro. En ese conocimiento que poseía concerniente al Poder Único, al menos en ciertas áreas, nadie la superaba. Faltó poco para que abrazara el *Saidar*, aunque Shayol Ghul se encontrara muy próximo—. Probablemente tu madre utilizaba mi nombre para asustarte no hace muchos

años, pero has de saber que hombres hechos y derechos, que podrían estrujarte como una bayeta, sudaban cuando lo oían pronunciar. ¡Así que mucho cuidado con el modo en que me hablas!

Él metió la mano por el cuello abierto de su camisa y, cuando la sacó, a Moghedien se le quedó la lengua pegada al paladar y los ojos prendidos en la pequeña jaula de alambre de oro y cristal rojo como sangre que colgaba de un cordón que llevaba al cuello. Reparó vagamente en que guardaba otra igual bajo la camisa, pero sólo tenía ojos para la suya propia. Porque indudablemente era la suya. El joven la frotó con el pulgar y Moghedien notó esa caricia en su mente, en su alma. Romper una trampa mental no requería mucha más presión que la que Moridin ejercía en ese momento, y aunque ella se encontrase al otro lado del mundo o más lejos incluso, no supondría diferencia alguna en el resultado. La parte de sí misma que era *ella* se separaría; seguiría viendo con los ojos y oyendo con los oídos, percibiría el sabor de lo que pasara por su lengua y sentiría lo que tocara, pero sería impotente como un autómata, por completo a las órdenes de quien tuviera la *cour'souvra.* Hubiese o no un modo de librarse de ella, la trampa mental era exactamente lo que implicaba su nombre. Notó que se ponía pálida.

—¿Lo entiendes ahora? —inquirió Moridin—. Sigues sirviendo al Gran Señor, pero ahora será haciendo lo yo que te diga.

—Lo entiendo, *Mia'cova* —respondió automáticamente.

Mientras guardaba la trampa mental bajo la camisa, él se echó a reír de nuevo, un sonido profundo y rico en matices que la escarneció.

—No es menester utilizar ese tratamiento, ahora que has aprendido la lección —dijo—. Te llamaré Moghedien y tú a mí, Moridin. Sigues siendo uno de los Elegidos. ¿Quién podría reemplazarte?

—Sí, por supuesto, Moridin —contestó con voz monótona. Dijese lo que dijese él, Moghedien sabía que era su sierva.

CAPÍTULO 8

Palabras irrevocables

Morgase yacía despierta, con la vista fija en el techo, en medio de la oscuridad sólo aliviada por la luz de la luna. Intentó pensar en su hija. Sólo estaba cubierta por una sábana de lino, y a pesar del calor llevaba puesto un grueso camisón de lana, atado al cuello. El sudor no importaba; por mucho que se bañara, por muy caliente que estuviese el agua, no se sentía limpia. Elayne tenía que hallarse a salvo en la Torre Blanca. A veces le parecía que habían pasado años desde que había dejado de fiarse de las Aes Sedai, pero a pesar de la paradoja, sin duda la Torre era el lugar más seguro para Elayne. Intentó pensar en Gawyn, que estaría en Tar Valon con su hermana, lleno de orgullo por ella, tan anhelante en su deseo de ser su escudo cuando ella necesitase uno. Y en Galad; ¿por qué no le permitían verlo? Lo quería tanto como si lo hubiese dado a luz, y en muchos aspectos él necesitaba más su cariño que los otros dos. Intentó pensar en ellos. Resultaba difícil pensar en otra cosa que no fuera... Los ojos muy abiertos miraban fijamente en la oscuridad, relucientes por las lágrimas contenidas.

Siempre se había considerado lo bastante valiente para hacer lo que exigiese su deber, para afrontar lo que fuera que le deparara el destino; siempre había creído que podría incorporarse y seguir luchando. En una hora interminable, sin dejar más huella que unos pocos moretones que ya empezaban a borrarse, Rhadam Asunawa había empezado a demostrarle lo contrario. Elmon Valda había completado la lección con una pregunta. El verdugón que su respuesta había dejado en su corazón no se había borrado. Tendría que haber regresado ante Asunawa y haberle dicho que llegara hasta el final. Tendría que... Rogó por que Elayne estuviese a salvo. Quizá no era justo desear mejor suerte para Elayne que para Gawyn o Galad, pero ella sería la próxima reina de Andor. La Torre no perdería la oportunidad de sentar a una Aes Sedai en el Trono del León. Ojalá pudiera ver a Elayne, a todos sus hijos, otra vez.

Algo se movió en el oscuro dormitorio y Morgase contuvo la respiración al tiempo que procuraba no temblar. La débil luz de la luna apenas bastaba para distinguir las columnas de la cama. Valda había partido hacia el norte de Amador el día anterior, así como Asunawa, con miles de Capas Blancas para enfrentarse al Profeta, pero si había regresado, si él...

La sombra en la oscuridad se concretó en la figura de una mujer, demasiado baja para tratarse de Lini.

—Pensé que estaríais despierta —dijo quedamente la voz de Breane—. Bebeos esto, os ayudará. —La cairhienina intentó poner una copa de plata en la mano de Morgase. El contenido tenía un ligero olor amargo.

—Espera a que se te llame para traerme de beber —espetó mientras empujaba la copa. Un líquido templado se derramó en su mano y sobre la sábana de lino—. Casi me había dormido cuando entraste metiendo ruido —mintió—. ¡Márchate!

En lugar de obedecer, la mujer se quedó mirándola, el rostro envuelto en las sombras. A Morgase no le caía bien Breane Taborwin. Tanto si era de noble cuna y los acontecimientos la habían hecho perder su posición, como afirmaba en ocasiones, o si era meramente una criada que se hacía pasar por alguien de una clase superior a la suya,

Librodot

lo cierto es que sólo obedecía cuando quería y lo que le apetecía, además de darse excesivas libertades con lo que decía, como se hizo patente en ese momento.

—Gemís como una oveja, Morgase Trakand. —A pesar del timbre bajo, su voz rezumaba cólera. Dejó la copa en la mesilla con brusquedad y más líquido se derramó sobre la superficie del mueble—. ¡Bah! Muchas otras personas han pasado por situaciones mucho peores. Estáis viva. No tenéis ningún hueso roto. Vuestra mente sigue funcionando. Aguantad, dejad que el pasado quede atrás y seguid adelante. Habéis estado tan tensa que los hombres caminan de puntillas, incluso maese Gill. Lamgwin apenas ha dormido estas tres últimas noches.

Morgase enrojeció, irritada; ni siquiera en Andor los criados se permitían hablar de ese modo. Asió el brazo de la mujer con fuerza, pero cuando habló en su voz se debatían la ansiedad y el desagrado:

—No lo saben, ¿verdad? —Si lo supieran, intentarían vengarla, rescatarla. Morirían. Tallanvor moriría.

—Lini y yo les hemos puesto vendas en los ojos por vos —se mofó Breane mientras retiraba de un tirón la mano de la otra mujer—. Si con ello pudiera salvar a Lamgwin, los pondría en antecedentes para que supieran la oveja gemebunda que sois realmente. Él ve la Luz reencarnada en vos; yo veo una mujer sin coraje para afrontar el día a día. No permitiré que lo destruyáis con vuestra cobardía.

Cobardía. La ira colmó a Morgase, pero aun así la reina no pronunció una sola palabra. Sus dedos se crisparon sobre la sábana. No creía que hubiese sido capaz de decidir a sangre fría yacer con Valda pero, de haberlo hecho, habría podido soportarlo. Al menos, eso creía. Otra cosa era decir sí porque temía afrontar de nuevo las cuerdas de nudos y las agujas de Asunawa, por temer más que consiguiera su propósito con violencia. Por mucho que hubiese gritado con las torturas de Asunawa, Valda era quien le había demostrado la verdadera medida de su valor, tan inferior a lo que ella creía. El tacto de Valda, su lecho, podría olvidarlos con el tiempo, pero jamás sería capaz de borrar la vergüenza de aquel «sí» en sus labios. Breane le había arrojado la verdad a la cara y no sabía cómo replicar.

El ruido de unos pasos apresurados en la antesala le ahorraron el mal trago. La puerta del dormitorio se abrió violentamente y un hombre penetró un paso en la estancia.

—Estáis despierta. Bien —dijo la voz de Tallanvor al cabo de un momento.

El corazón de Morgase volvió a latir y la reina, que había contenido la respiración, inhaló de nuevo. Intentó soltar la mano de Breane —no recordaba haberla asido— pero para su sorpresa la mujer se la apretó un instante antes de aflojar los dedos.

—Algo pasa —prosiguió Tallanvor, aproximándose a la única ventana de la habitación. Se quedó a un lado, como para evitar ser visto, y oteó en la noche. La luz de la luna perfilaba su alta figura—. Maese Gill, entrad y contad lo que visteis.

Una cabeza calva, que brillaba en la oscuridad, asomó en el umbral. Detrás, en la otra habitación, se movió una figura corpulenta: Lamgwin Dorn. Cuando Basel Gill reparó en que la reina se hallaba en el lecho, el débil brillo de su calva se movió al volver el hombre la vista hacia otro lado, aunque probablemente no distinguía nada aparte de la cama. Maese Gill era aún más ancho que Lamgwin, pero ni por asomo tan alto.

—Disculpad, mi reina, no era mi intención... —Carraspeó fuerte y sus botas rasparon sobre el suelo al mover los pies con inquietud. Si hubiese tenido sombrero, le habría estado dando vueltas en las manos con nerviosismo—. Me encontraba en la Gran Galería de camino a... a... —Los retretes, era lo que no se atrevía a decir a la reina—. En fin, eché una ojeada por una de las ventanas y vi... una gran ave, creo, posarse encima

Librodot

del Cuartel Sur.

—¡Un ave! —La fina voz de Lini provocó que maese Gill diese un brinco de sobresalto y entrara en el cuarto, dejando libre la puerta. O tal vez fue un codazo en las costillas. Por lo general Lini aprovechaba todas las ventajas derivadas de su edad. Pasó junto al hombre, todavía abrochándose la bata—. ¡Necios! ¡Zopencos con cerebro de buey! ¡Habéis despertado a mi ni...! —Enmudeció de repente y tosió fuerte; Lini nunca olvidaba que había sido nodriza de Morgase y también de su madre, pero nunca cometía deslices delante de otros. Haberlo hecho ahora la habría irritado, y su voz lo denotó—. ¡Despertasteis a mi señora por un *ave*! —Se tanteó la redecilla y, con un gesto inconsciente, metió algunos mechones que se habían soltado mientras dormía—. ¿Habéis bebido, maese Gill?

Morgase se estaba preguntando lo mismo.

—No sé si era un ave —protestó el hombre—. No tenía aspecto de serlo, pero ¿qué otra cosa vuela, aparte de los murciélagos? Era grande. Desmontaron hombres de su espalda, y aún iba otro montado en su cuello cuando volvió a levantar el vuelo. Mientras me daba cachetes para despertarme, otra de esas... cosas aterrizó, y más hombres desmontaron de su espalda. Y a continuación llegó otra, y entonces decidí que había llegado el momento de informar a lord Tallanvor.

Lini ni aspiró aire por la nariz con desdén, pero Morgase casi podía sentir su mirada penetrante, y eso que no iba dirigida a ella. El hombre que había abandonado su posada para seguirla, la sintió sin ninguna duda.

—Juro por la Luz que es cierto, mi reina —insistió.

—¡Luz! —exclamó Tallanvor como un eco—. Algo... Algo acaba de posarse sobre el Cuartel Norte.

Morgase jamás lo había oído hablar con voz tan agitada. Lo único que deseaba era que todos se marchasen y la dejaran sola con su desdicha, pero al parecer había pocas esperanzas de que ocurriera tal cosa. Tallanvor era peor que Breane en muchos aspectos. Mucho peor.

—Mi bata —pidió y, por una vez, Breane se apresuró a entregarle la prenda.

Maese Gill se volvió hacia la pared mientras Morgase se ponía la bata de seda. La reina se dirigió hacia la ventana mientras se ataba el cinturón. El alargado Cuartel Norte se alzaba al otro lado del amplio patio; era un edificio de cuatro plantas, con techo plano, construido con piedra oscura. No se veía ninguna luz encendida, ni allí ni en ninguna otra parte de la Fortaleza de la Luz. Todo era quietud y silencio.

—No veo nada, Tallanvor.

—Observad —dijo él, mientras la hacía echarse hacia atrás.

En otro momento habría lamentado que la mano del hombre se apartara de su hombro, y se habría irritado consigo misma por ello, además de por el tono empleado por Tallanvor. Ahora, después de lo de Valda, sintió alivio. E irritación por ese alivio, además de por su tono. Era demasiado irrespetuoso, demasiado testarudo, demasiado joven. Sólo un poco mayor que Galad.

Las sombras cambiaban conforme la luna se desplazaba, pero no había ningún otro movimiento. Fuera, en la ciudad de Amador, un perro aulló, y otros le contestaron. Entonces, cuando Morgase abría la boca para despedir a Tallanvor y a todos los demás, la oscuridad en lo alto del gran cuartel se encorvó y saltó del tejado.

Algo, lo había llamado Tallanvor, y a ella no se le ocurría nada mejor. La imagen de un cuerpo largo que parecía más grueso que la altura de un hombre; enormes alas con nervaduras, como las de los murciélagos, batiendo mientras la criatura se zambullía hacia el patio; una figura, un hombre, sentada justo detrás del cuello sinuoso. Y entonces las alas se sustentaron en el aire y la... cosa se elevó, ocultando la luz de la

Librodot

luna mientras planeaba en lo alto, ondeando una cola larga y fina.

Morgase cerró lentamente la boca. La única idea que le vino a la mente fue Engendros de la Sombra. Los trollocs y los Myrddraal no eran las únicas criaturas transmutadas por la Sombra que habitaban en la Llaga. Nunca le habían hablado de algo semejante, pero sus tutoras en la Torre decían que allí vivían cosas que nadie había visto claramente ni había vivido para describirlas. Sin embargo, ¿cómo podían encontrarse tan al sur?

De repente surgió un destello de luz acompañado de un gran retumbo, en dirección a las puertas principales; se repitió en otros dos sitios, a lo largo de la gran muralla exterior. Morgase creía que también había puertas por allí.

—Por la Fosa de la Perdición ¿qué demonios ha sido eso? —masculló Tallanvor en el instante de silencio que se produjo antes de que los gongs de alarma empezaran a resonar en la oscuridad. Se oyeron gritos, chillidos y toques roncos, como de algún tipo de cuerno. El fuego estalló con la violencia de un trueno, y después se repitió en otro sitio.

—El Poder Único —musitó Morgase. Puede que no fuera capaz de encauzar, pero eso sí podía notarlo. Las ideas sobre Engendros de la Sombra se borraron de su mente—. Deben de ser Aes Sedai.

Oyó dar un respingo a alguien a su espalda; quizá Lini o Breane.

—Aes Sedai —susurró, excitado, maese Gill, y Lamgwin murmuró algo en voz demasiado baja para entender qué decía.

Fuera, en la oscuridad, sonaba el estrépito de metal chocando contra metal, el fuego rugía y los rayos se descargaban desde un cielo sin nubes. Apagado por el estruendo, se oyó finalmente el toque de las campanas de alarma de la ciudad, pero pocas, cosa extraña.

—Aes Sedai. —Tallanvor no parecía convencido—. ¿Por qué ahora? ¿Para rescataros, Morgase? Creía que sólo podían usar el Poder Único contra Engendros de la Sombra, no contra hombres. Además, si esa criatura alada no era un Engendro de la Sombra, entonces es que jamás he visto uno.

—¡No sabes de qué estás hablando! —se enfrentó a él, acalorada—. ¡Tú...!

La saeta de una ballesta chocó contra el cerco de la ventana y lanzó una rociada de esquirlas de piedra; el aire se agitó frente a su cara cuando el proyectil pasó culebreando entre los dos y se hincó en una de las columnas de la cama con un impacto seco. Unos centímetros más a la derecha y todos su problemas se habrían terminado.

No se movió, pero Tallanvor la apartó de la ventana al tiempo que barbotaba un juramento. Incluso a la luz de la luna distinguió su ceño cuando la miró intensamente. Por un instante pensó que iba a tocarle la cara; si lo hacía, no sabía si se echaría a llorar o a gritar o le ordenaría que se marchara de su lado para siempre o...

—Me parece más probable —dijo él en cambio—, que se trate de esos sanchin o comoquiera que se llamen a sí mismos. —Insistía en aceptar como ciertos los rumores que se habían colado incluso en la Fortaleza—. Creo que puedo sacaros de aquí ahora. Reinará una gran confusión. Venid conmigo.

No le llevó la contraria; pocas personas sabían algo sobre el Poder Único, cuanto menos la diferencia entre el *Saidar* y el *Saidin.* La idea de Tallanvor tenía posibilidades. Quizá podrían escapar en el pandemónium de la batalla.

—¡Sacarla a ese caos! —chilló Lini. Luces llameantes amortiguaban la luz de la luna en la ventana; estallidos y truenos ahogaban el estruendo de hombres y armas—. Creía que tenías más sentido común, Martyn Tallanvor. «Sólo los necios besan avispones o comen fuego.» Ya le has oído decir que son Aes Sedai. ¿Crees que no lo sabe? ¿Lo crees?

—Milord, si son Aes Sedai... —abundó maese Gill.

Tallanvor apartó las manos de Morgase y rezongó entre dientes algo de que ojalá tuviera su espada. Pedron Niall le había permitido conservarla; Elmon Valda no era tan confiado.

Por un instante, la desilusión se apoderó de la reina. Si él hubiese insistido, si la hubiese obligado a seguirlo... ¿Qué demonios le pasaba? Si Tallanvor hubiese intentado llevarla a la fuerza a cualquier sitio, por cualquier razón, lo habría desollado. Tenía que recuperar el autocontrol. Valda había hecho mella en su seguridad en sí misma —a decir verdad, la había hecho jirones—, pero debía aferrarse a esos guiñapos y remendarlos. De algún modo. Y si es que merecía la pena intentarlo.

—Al menos puedo enterarme de lo que ocurre —gruñó Tallanvor mientras se encaminaba a la puerta—. Si no son Aes Sedai...

—¡No! Te quedarás aquí. Por favor. —Morgase se alegró de la penumbra que reinaba en el cuarto, ya que ocultaba el fuerte sonrojo de su rostro. Se habría mordido la lengua antes que pronunciar las dos últimas palabras, pero éstas salieron de su boca sin darle tiempo a contenerlas. Prosiguió en tono más firme—: Te quedarás aquí, protegiendo a tu reina, como es tu obligación.

En la tenue luz alcanzó a ver el rostro del hombre, en apariencia impasible, y su inclinación de cabeza pareció respetuosa y adecuada, pero aun así Morgase habría apostado hasta el último céntimo a que Tallanvor se había puesto furioso.

—Estaré en la antesala —respondió.

En fin, su tono de voz no dejaba lugar a dudas. Por una vez, sin embargo, a Morgase no le importó lo enfadado que estuviera ni su escaso esfuerzo por disimularlo. Era más que probable que acabara matando a ese condenado hombre con sus propias manos, pero no iba a morir esa noche, aniquilado por soldados que no podían saber de parte de quién luchaba.

Ahora era imposible conciliar el sueño, aun en el caso de que su estado de ánimo se lo hubiese permitido. Sin encender las lámparas, se lavó la cara y los dientes. Breane y Lini la ayudaron a ponerse un vestido de seda azul con cuchillas verdes y montones de puntilla blanca en los puños y en el cuello alto. Resultaría muy apropiado para recibir a unas Aes Sedai. El *Saidar* colmaba el aire nocturno. Tenían que ser Aes Sedai. ¿Quiénes otras, si no?

Cuando se reunió con los hombres en la antesala, éstos se encontraban sentados en la oscuridad excepto por la luz de la luna que se colaba a través de las ventanas y los esporádicos destellos del fuego creado por el Poder. Incluso una vela habría atraído la atención, cosa que no querían que ocurriera. Lamgwin y maese Gill se incorporaron rápidamente de las sillas en actitud respetuosa; Tallanvor se puso de pie con más lentitud, y Morgase no necesitó luz para saber que la miraba con gesto hosco. Furiosa por tener que hacer caso omiso de su actitud —¡al fin y al cabo era su reina!— y consiguiendo sólo a duras penas que su voz no trasluciese ira, ordenó a Lamgwin que llevara más sillas de las que había colocadas cerca de las ventanas. Se sentaron y aguardaron en silencio. Al menos, en silencio por su parte, ya que fuera resonaba el estruendo de lucha, gritos y toques de cuernos, y durante todo el tiempo Morgase no dejó de percibir el *Saidar*, con mayor o menor intensidad, de manera ininterrumpida.

Poco a poco, al cabo de una hora como mínimo, el fragor de la batalla menguó y por último cesó. Se oían voces que impartían órdenes ininteligibles, los gemidos de los heridos y alguna que otra vez la ronca y rara voz de los cuernos, pero ya no se oía el entrechocar de armas. También disminuyó la sensación del *Saidar*, si bien Morgase estaba segura de que había mujeres dentro de la Fortaleza que lo seguían abrazando, aunque no creía que estuviesen encauzando entonces. Todo parecía casi tranquilo tras el

clamor y la conmoción.

Tallanvor rebulló, pero la reina le indicó con un gesto que no se moviera antes de que el hombre tuviera ocasión de incorporarse; por un instante creyó que no iba a obedecer. La noche llegó a su fin y la claridad del día penetró a través de las ventanas, poniendo de manifiesto el gesto ceñudo del capitán. Morgase continuó con las manos enlazadas sobre el regazo. La paciencia era una de las muchas virtudes que ese joven tenía todavía que aprender; tras el valor, ocupaba la posición más alta de las virtudes nobles. El sol ascendió en el cielo. Lini y Breane empezaron a cuchichear entre ellas en tono cada vez más preocupado a la par que lanzaban ojeadas en su dirección. Tallanvor, ceñudo y echando fuego por los ojos, permanecía sentado rígido; llevaba una chaqueta azul oscuro que le sentaba muy bien. Maese Gill rebullía inquieto y se pasaba las manos alternativamente por el cabello entrecano o se enjugaba el sudor de las rubicundas mejillas con un pañuelo. Lamgwin estaba repantigado en la silla, y los abultados párpados entornados daban al antiguo camorrista callejero aspecto de adormilado, pero cuando miraba a Breane una fugaz sonrisa asomaba a su rostro surcado de cicatrices. Morgase se concentró en su respiración, casi como en los ejercicios que había practicado durante los meses pasados en la Torre. Paciencia. ¡Como alguien no apareciese pronto, iba a decir unas palabras ásperas, tanto si eran Aes Sedai como si no!

A despecho de sí misma, dio un brinco cuando sonó una fuerte llamada en la puerta que daba al pasillo. Antes de que tuviese tiempo de ordenar a Breane que fuera a ver quién era, la puerta se abrió violentamente y golpeó contra la pared. Morgase miró de hito en hito a la persona que entró.

Un hombre alto, de tez oscura y nariz aguileña, le sostuvo la mirada fríamente; por encima de su hombro asomaba la empuñadura de una espada. Cubría su torso un extraño peto hecho con láminas superpuestas y lacadas en dorado y negro, y sostenía en el brazo un yelmo que semejaba la cabeza de un insecto, también dorado y negro, rematado por tres plumas verdes, largas y finas. Tras él venían otros dos hombres que lucían el mismo tipo de armadura, si bien las suyas parecían pintadas en lugar de lacadas, e iban tocados con los yelmos, éstos sin el penacho de plumas; empuñaban ballestas cargadas, listas para ser disparadas. Había más de esos hombres en el pasillo, equipados con lanzas que adornaban unos borlones dorados y negros.

Tallanvor, Lamgwin e incluso el orondo maese Gill se levantaron precipitadamente y se interpusieron entre ella y los peculiares visitantes. Morgase tuvo que empujarlos para abrirse paso.

Los ojos del hombre de nariz aguileña se clavaron directamente en ella antes de que pudiera exigir una explicación.

—¿Sois Morgase, reina de Andor? —Su timbre era áspero y arrastraba tanto las palabras al pronunciarlas que costaba trabajo entenderle. El hombre continuó sin esperar su respuesta—. Vendréis conmigo. Sola —añadió cuando Tallanvor, Lamgwin y maese Gill se adelantaron a la par. Los que manejaban las ballestas las aprestaron; las gruesas saetas parecían hechas para atravesar armaduras, de modo que un hombre desprotegido no tenía ninguna posibilidad.

—No tengo ninguna objeción a que mi gente aguarde aquí hasta mi regreso —respondió Morgase aparentando mucha más tranquilidad de la que sentía realmente. ¿Quiénes eran esas personas? Conocía el acento de todos los países, y también los distintos tipos de armaduras—. Estoy convencida de que velaréis muy bien por mi seguridad, capitán...

El individuo no le dio su nombre y se limitó a indicar con un ademán brusco que lo siguiera. Para gran alivio de Morgase, Tallanvor no alborotó a pesar de la furia abrasadora que traslucían sus ojos. La reina advirtió con gran irritación que maese Gill y

Lamgwin miraban a Tallanvor antes de retroceder un paso.

En el pasillo, los soldados formaron alrededor de ella, con el oficial de nariz aguileña y los dos ballesteros situados a la cabeza. Morgase intentó convencerse de que era una guardia de honor. Deambular por ahí sin protección, transcurrido tan poco tiempo después de una batalla, era una solemne necedad; podrían quedar resistentes que aprovecharían la ocasión de tomar un rehén o de matar a cualquiera que los viera. Deseó poder creerlo.

Trató de preguntar al oficial, pero el hombre no dijo una sola palabra, sin perder el ritmo del paso ni volver la cabeza, de modo que la reina dejó de intentarlo. Ninguno de los soldados le dirigió una ojeada; eran hombres de aspecto duro, del tipo de los que componían la Guardia Real, hombres que habían combatido en más de una ocasión. Pero ¿quiénes eran? Sus botas golpeaban el suelo al unísono, creando un sonido ominoso semejante al batir de un tambor que en los corredores de la Fortaleza resonaba con mayor fuerza. En los pasillos apenas había colorido, nada que los ornamentara excepto alguno que otro tapiz representando a los Capas Blancas batiéndose en sangrientas batallas.

Morgase cayó en la cuenta de que la conducían hacia las dependencias del capitán general, y se le hizo un nudo en la boca del estómago. Casi había llegado a gustarle ir hacia allí en vida de Pedron Niall, pero había temido hacer el mismo camino en los escasos días transcurridos desde su muerte. Sin embargo, al girar en una esquina, vio a unas dos docenas de arqueros que marchaban detrás de otro oficial; iban vestidos con pantalones amplios y coseletes de cuero endurecido, pintados a rayas azules y negras. Tenían las cabezas cubiertas con cascos de los que colgaba una fina malla de acero que les tapaba el rostro hasta los ojos; bajo esas mallas se atisbaban las puntas de bigotes aquí y allí. El oficial de los arqueros inclinó la cabeza ante el que dirigía la guardia que la escoltaba, y éste se limitó a alzar una mano en respuesta.

Taraboneses. Hacía muchos años que no veía soldados taraboneses; si aquellos hombres no lo eran, a pesar de las rayas de los coseletes, ella se comería las zapatillas. Empero, no tenía sentido. Tarabon era la viva imagen del caos, con una guerra civil de cientos de frentes entre pretendientes al trono y los Juramentados del Dragón. Tarabon jamás habría podido lanzar aquel ataque contra la mismísima Amador. A menos que, increíblemente, uno de los aspirantes al trono se hubiese impuesto sobre los demás y sobre los Juramentados del Dragón y sobre... Imposible. Además, eso no explicaba la presencia de aquellos soldados de extrañas armaduras ni las bestias aladas ni...

Morgase creía que había visto rarezas. Creía que había experimentado la zozobra. Entonces ella y su guardia giraron en otra esquina y se encontraron con dos mujeres.

Una era esbelta, baja como una cairhienina y de tez más oscura que cualquier teariana. Llevaba un vestido azul que apenas le llegaba a los tobillos; el dibujo de relámpagos plateados zigzagueaba sobre franjas rojas en el pecho y los costados de la amplia falda dividida. La otra mujer, con atuendo gris oscuro, era más alta que la mayoría de los hombres; tenía el cabello rubio, lustroso, largo hasta los hombros, y sus verdes ojos traslucían miedo. Una correa plateada unía el brazalete del mismo metal, que llevaba en la muñeca la mujer más baja, al collar ceñido al cuello de la más alta.

Se apartaron para dejar paso a la guardia de Morgase y, cuando el oficial de nariz aguileña murmuró *«Der'sul'dam»* —al menos, eso le pareció a Morgase, ya que el extraño acento hacía difícil la comprensión de las palabras—, en un tono casi como haría un igual aunque no del todo, la mujer atezada inclinó ligeramente la cabeza, tiró de la correa, y la mujer rubia se arrodilló, agachándose hasta tocar con la frente las rodillas y poniendo las manos en el suelo. Mientras Morgase y sus guardias pasaban ante las dos mujeres, la de piel morena se inclinó para dar unas palmaditas afectuosas en

la cabeza de la otra, como si fuese un perro; pero lo peor de todo fue que la mujer postrada alzó la vista hacia la otra y la miró con complacencia y gratitud.

Morgase hizo un arduo esfuerzo para seguir caminando, para que las rodillas no se le doblaran, para evitar que su revuelto estómago se vaciara allí mismo. El total servilismo ya era malo de por sí, pero estaba segura de que la mujer arrodillada podía encauzar. ¡Imposible! Caminó aturdida, preguntándose si aquello no sería un sueño, una pesadilla. Rezó por que lo fuera. Fue vagamente consciente de cruzarse con más soldados, éstos también con armaduras rojas y negras, y después...

La sala de audiencias de Pedron Niall —ahora de Valda, o más bien de quienquiera que hubiese tomado la Fortaleza— había cambiado. El gran sol radiante del suelo continuaba allí, pero todas las banderas capturadas por Niall, que Valda había conservado como si fuesen trofeos suyos, habían desaparecido, igual que el mobiliario excepto el sillón de respaldo alto y talla sencilla utilizado por Niall, y después por Valda, que ahora aparecía flanqueado por dos biombos altos adornados con dibujos chillones. Uno de ellos mostraba un ave de presa negra con penacho blanco, pico de aspecto cruel y alas blancas en las puntas, extendidas; el otro, un felino de pelaje amarillo, moteado en negro, con una de las garras plantada sobre un animal semejante a un ciervo, de cuernos largos y rectos y franjas blancas en el lomo, la mitad de grande que el felino.

Había varias personas en la sala, pero eso fue todo cuanto tuvo tiempo de observar antes de que se adelantara una mujer de rostro anguloso, con la mitad de la cabeza afeitada y el resto de cabello, largo y castaño, recogido en una trenza que le caía sobre el hombro derecho. Sus ojos, tan azules como el vestido que llevaba, rebosaban desdén y no tenían nada que envidiar a los del felino o los del ave de presa de los biombos.

—Estáis en presencia de la Augusta Señora Suroth, dirigente de Los que Llegan Antes y coadyuvante del Retorno —entonó con el mismo acento que arrastraba las palabras.

Sin previa advertencia, el oficial de nariz aguileña asió a Morgase por la nuca y la hizo postrarse a su lado. Aturdida, y no era una de las razones de menos peso el hecho de haberse quedado sin resuello por el empellón, la reina vio que el hombre besaba el suelo.

—Suéltala, Elbar —ordenó otra mujer, con el peculiar acento cadencioso teñido de ira—. No debe tratarse así a la reina de Andor.

El oficial, Elbar, se incorporó parcialmente, aunque todavía de rodillas y con la cabeza inclinada.

—Me humillo, Augusta Señora. Suplico el perdón. —Su voz sonaba tan fría e inexpresiva como podía permitir aquel acento.

—Me siento poco inclinada a perdonar esto, Elbar.

Morgase alzó la vista. La imagen de Suroth la sorprendió. Tenía la cabeza afeitada en ambos lados de manera que dejaba una reluciente cresta negra en la parte superior, que caía en melena por la espalda.

—Quizá lo haga cuando hayas sido castigado —continuó Suroth—. Ve a dar parte de tu transgresión ahora mismo. ¡Fuera de mi vista! ¡Vete! —Un ademán displicente dejó a la vista unas uñas de casi tres centímetros de largo, las dos primeras de cada mano lacadas en azul.

Elbar volvió a inclinarse sobre las rodillas y después se incorporó lentamente, tras lo cual retrocedió de espaldas hacia la puerta. Por primera vez, Morgase advirtió que ninguno de los otros soldados los había seguido al interior de la sala. Y también reparó en algo más. Antes de desaparecer, el oficial le dirigió una última mirada, y que en lugar de traslucir resentimiento por ser la causa de su castigo, el hombre... la observó

pensativo, reflexivo. No habría castigo; toda la escena se había preparado de antemano.

Suroth se deslizó hacia Morgase sosteniendo con todo cuidado la veste azul a fin de dejar a la vista las faldas, de un blanco níveo y plisada con centenares de diminutos pliegues. A Morgase no le pasó inadvertido el hecho de que la mujer se demoró lo suficiente para no llegar ante ella hasta que se hubo puesto de pie.

—¿Habéis sufrido algún daño? —inquirió Suroth—. En tal caso, haré que se doble su castigo.

Morgase se sacudió el vestido para no tener que contemplar la falsa sonrisa que en ningún momento se reflejó en los ojos de la mujer. Aprovechó la oportunidad para mirar alrededor de la sala. Había cuatro hombres y cuatro mujeres arrodillados junto a una pared, todos ellos jóvenes y de gran belleza, y todos vestidos... Apartó bruscamente los ojos. ¡Aquellas largas vestimentas blancas eran casi transparentes! En los extremos de los biombos había otras dos parejas de mujeres arrodilladas, una de cada par con vestido gris y la otra azul, con los relámpagos plateados bordados, unidas entre sí por la correa de plata de la muñeca al cuello. Morgase no estaba lo bastante cerca para poder afirmarlo con certeza, pero tenía la desagradable sensación de que las dos mujeres de gris eran capaces de encauzar.

—Me encuentro muy bien, gracias... —Enmudeció al reparar en una forma grande, de color pardo rojizo, que yacía en el suelo; quizás un montón de pieles de vaca curtidas. Entonces se movió—. ¿Qué es eso? —Se las arregló para no quedarse boquiabierta, pero no pudo evitar hacer la pregunta.

—¿Os gusta mi *lopar*? —Suroth se apartó con bastante más rapidez con la que se había aproximado. La inmensa forma levantó una cabeza redonda y colosal para que la mujer le acariciara debajo de la barbilla con un nudillo. La criatura le recordó a Morgase a un oso, aunque a buen seguro duplicaba el tamaño del oso más grande que había visto en su vida, además de no tener un solo pelo y carecer de hocico, pero con prominentes arcos ciliares—. *Almandaragal* me fue entregado, cuando era cachorro, como regalo el primer día de mi verdadero nombre. Frustró el primer intento de asesinarme ese mismo año, cuando apenas había alcanzado la cuarta parte de su desarrollo.

Había verdadero afecto en la voz de la mujer. El... *lopar* separó los labios y dejó a la vista unos grandes dientes puntiagudos mientras la mujer lo acariciaba; flexionó las zarpas delanteras, de manera que sacó y retrajo las garras de seis largos dedos en cada una de ellas. Y empezó a ronronear, un sordo retumbo que igualaría al de cien gatos.

—Extraordinario —dijo débilmente Morgase. ¿Día del verdadero nombre? ¿Cuántos intentos de asesinar a esa mujer había habido para que pudiera referirse al «primero» de manera tan intrascendente?

El *lopar* emitió un corto gemido cuando Suroth se apartó de él, pero enseguida volvió a reposar la cabeza entre las patas. De forma sorprendente, no la siguió con la mirada, sino que mantuvo los ojos fijos en Morgase, apartándolos sólo de tanto en tanto para echar un vistazo hacia la puerta o a las ventanas, estrechas como saeteras.

—Por supuesto, por muy leal que sea un *lopar* no puede compararse con las *damane.* —Ahora no había el menor atisbo de afecto en la voz de Suroth—. Pura y Jinjin podrían acabar con cien asesinos antes de que *Almandaragal* tuviese tiempo de pestañear. —Al oír aquellos nombres, las mujeres vestidas de azul tiraron de las correas y las otras dos mujeres que había en el extremo de cada traílla se postraron como lo había hecho la del corredor—. Tenemos muchas más *damane* desde que regresamos. Éste es un campo rico para la caza de *marath'damane.* Pura —añadió con indiferencia— fue antaño una mujer de la... Torre Blanca.

A Morgase le flojearon las rodillas. ¿Una Aes Sedai? Observó con detenimiento la espalda doblada de la mujer llamada Pura, sin poder creer lo que oía. Ninguna Aes

Librodot

Sedai se doblegaría de ese modo. Pero cualquier mujer capaz de encauzar, no sólo una Aes Sedai, debería ser capaz de coger aquella correa y estrangular con ella a quien la atormentaba. De hecho, cualquiera debería ser capaz de hacerlo. No, imposible; la tal Pura no podía ser Aes Sedai. Morgase se preguntó si debería osar pedir una silla.

—Todo eso es muy... interesante. —Al menos su voz sonaba firme—. Pero dudo mucho que me hayáis pedido venir aquí para hablar de Aes Sedai. —No le habían pedido que fuera, desde luego.

Suroth la miró de hito en hito, sin mover un solo músculo, salvo una leve tensión en aquellos dedos de largas uñas de su mano izquierda.

—¡Thera! —gritó de repente la mujer de rostro anguloso y media cabeza afeitada—. ¡*Kaf* para la Augusta Señora y su invitada!

Una de las mujeres ataviadas con las ropas diáfanas, la mayor de todas pero aun así joven, se incorporó grácilmente. Su bonita boca tenía un gesto enfurruñado, pero corrió presurosa hacia la parte posterior del biombo con el ave de presa pintada y en cuestión de segundos reapareció llevando una bandeja de plata con dos pequeñas tazas blancas. Se arrodilló con movimientos sinuosos ante Suroth e inclinó la oscura testa mientras alzaba la bandeja, de manera que ésta quedó por encima de ella. Morgase sacudió la cabeza; si se pidiera a cualquiera de las sirvientes de Andor que hiciera eso —¡o que llevara ese tipo de ropa!— pondría el grito en el cielo.

—¿Quiénes sois? ¿De dónde venís?

Suroth cogió una de las tazas con las puntas de los dedos e inhaló el aromático vapor que salía del recipiente. En su gesto de asentimiento hubo un exceso de permiso para el gusto de Morgase, pero en cualquier caso cogió la otra taza. Dio un sorbo y miró el líquido con sorpresa. Más oscuro que el té, también su gusto era más amargo. Por mucha miel que se le pusiera, seguiría siendo imbebible. Suroth se llevó su taza a los labios y suspiró de satisfacción.

—Hay muchas cosas de las que debemos hablar, Morgase, pero seré breve en esta primera conversación. Nosotros, los seanchan, regresamos para reclamar lo que les fue robado a los herederos del Rey Supremo, Artur Paendrag Tanreall. —La complacencia por el *kaf se* tornó en un placer diferente en su voz, un timbre mezcla de expectación y certeza, y la mujer observó atentamente el semblante de Morgase, quien era incapaz de apartar los ojos—. Lo que era nuestro, volverá a serlo. En realidad lo ha sido siempre. Un ladrón no obtiene la propiedad de nada. He iniciado la recuperación en Tarabon. Muchos nobles de esa tierra ya han jurado obedecer, esperar y servir; no pasará mucho tiempo antes de que todos lo hayan hecho. Su rey, no recuerdo su nombre, murió en su confrontación conmigo. Si hubiese vivido, al estar en abierta rebeldía contra el Trono de Cristal y sin pertenecer siquiera a la Sangre, habría sido empalado. No fue posible encontrar a su familia para hacerla propiedad, pero ya hay un nuevo rey y una nueva Panarch que han jurado lealtad a la emperatriz. Ahora he empezado con esta tierra llamada Amadicia. Muy pronto, todos se arrodillarán ante la emperatriz, que viva eternamente, descendiente directa del gran Artur Hawkwing.

Si la criada no se hubiese retirado, Morgase habría dejado la taza en la bandeja. La superficie del oscuro líquido no acusaba la menor agitación, pero gran parte de lo que decía esa mujer no tenía significado alguno para ella. ¿Emperatriz? ¿Seanchan? Habían corrido absurdos rumores hacía un año o más sobre unos ejércitos de Artur Hawkwing que habían regresado a través del Océano Aricio, pero sólo los más crédulos dieron pábulo a tales historias, y Morgase dudaba de que siquiera las peores chismosas del mercado se acordaran de ese cuento. ¿Podría haber sido verdad? En cualquier caso, lo que sí entendió era más que suficiente.

—Todos honran la memoria de Artur Hawkwing, Suroth. —La mujer de rostro

anguloso abrió la boca con aire indignado, pero se contuvo con un levísimo gesto del dedo de uña azul de la Augusta Señora—. Sin embargo, todo eso pertenece a un pasado remoto. Todas las naciones tienen un linaje antiguo aquí. Ninguna se rendirá a vos ni a vuestra emperatriz. Si habéis logrado usurpar parte de Tarabon... —Suroth inhaló con un siseo y sus ojos centellearon—, recordad que se trata de un país sumido en el caos, donde sus habitantes están divididos y enfrentados entre sí. Amadicia no caerá tan fácilmente, y muchas otras naciones acudirán en su ayuda cuando tengan noticia de vuestra presencia. —¿Ocurriría realmente así?—. Por muchos que seáis, descubriréis que no es una pieza de caza fácil para ensartar en vuestro espetón. Nos hemos enfrentado a peores amenazas con anterioridad y las hemos superado. Os aconsejo que intentéis sellar la paz antes de que os aplasten.

Morgase recordó el *Saidar* desatando destrucción en las últimas horas de la noche y evitó mirar a las... ¿*damane*, las había llamado? Merced a un gran esfuerzo, consiguió no humedecerse los labios.

Suroth volvió a adoptar aquella máscara sonriente, con los ojos relucientes como gemas pulidas.

—Todos debemos tomar decisiones. Algunos elegirán obedecer, esperar y servir y dirigirán sus tierras en nombre de la emperatriz, que viva eternamente.

Apartó una de las manos de la taza para hacer un gesto, un leve movimiento de los dedos de largas uñas, y la mujer de rostro anguloso gritó secamente:

—¡Thera! ¡Poses del Cisne!

Por alguna razón, los labios de Suroth se pusieron tensos.

—¡No del Cisne, Alwhin, grandísima necia! —siseó entre dientes, aunque con su acento resultaba difícil de entender. La sonrisa gélida reapareció al instante.

La criada volvió a levantarse de donde permanecía arrodillada y corrió hacia el centro de la sala de un modo extraño, de puntillas, con los brazos echados hacia atrás. Lentamente, justo encima del dorado sol radiante, símbolo de los Hijos de la Luz, inició una danza estilizada. Sus brazos se movían a los lados como alas, arriba y abajo. Girando, adelantó el pie izquierdo y se inclinó sobre la rodilla flexionada, extendiendo ambos brazos como suplicando, hasta que brazos, cuerpo y pierna derecha formaron una línea recta e inclinada. Su vestimenta transparente convertía el espectáculo en algo escandaloso. Morgase sintió que sus mejillas enrojecían a medida que se desarrollaba la danza, si es que podía llamarse así.

—Thera es nueva y todavía no está bien entrenada —murmuró Suroth—. Las Poses se realizan casi siempre con diez o veinte *da'covale*, hombres y mujeres elegidos por la limpia belleza de sus líneas, pero a veces es agradable contemplar a uno solo. Resulta muy placentero poseer cosas bellas, ¿verdad?

Morgase frunció el entrecejo. ¿Cómo podía poseerse una persona? Suroth se había referido antes a «hacer propiedad» a alguien. Tenía amplios conocimientos de la Antigua Lengua y la palabra *da'covale* no le resultaba familiar, pero al analizarla llegó al significado de «persona que es propiedad». Repugnante. ¡Horrendo!

—Increíble —dijo secamente—. Quizá debería dejaros para que disfrutéis de la... danza.

—Dentro de un momento —repuso Suroth, sonriendo mientras contemplaba la secuencia postural de Thera—. Como ya he dicho, todos hemos de tomar decisiones. El antiguo rey de Tarabon eligió rebelarse y murió. La antigua Panarch fue capturada, pero rehusó el Juramento. Cada cual tiene su lugar y a él pertenece, a menos que sea ascendido por la emperatriz, pero aquellos que no aceptan ocupar el lugar que les corresponde también pueden ser degradados, incluso a lo más bajo. Thera posee cierta gracia. Cosa extraña, Alwhin muestra grandes dotes para la enseñanza, de modo que

espero que en pocos años Thera aprenda la destreza en las Poses acorde con su gracia. —Aquella sonrisa, aquellos ojos chispeantes, se volvieron hacia Morgase.

Una mirada muy significativa, pero ¿por qué? ¿Algo relacionado con la danzarina? Su nombre, mencionado tan a menudo como para ponerlo de relieve. Pero qué... Morgase volvió bruscamente la cabeza y miró de hito en hito a la mujer, que puesta de puntillas giraba lentamente sobre un punto, con las manos unidas y los brazos extendidos al máximo por encima de su cabeza.

—No lo creo —exclamó con voz ahogada—. ¡Imposible!

—Thera —dijo Suroth—. ¿Cómo te llamabas antes de convertirte en mi propiedad? ¿Qué título tenías?

La danzarina se quedó completamente inmóvil en la postura estirada, temblorosa, y dirigió una rápida ojeada a medio camino entre el pánico y el terror a Alwhin y otra de puro terror a Suroth.

—Thera se llamaba Amathera, con permiso de la Augusta Señora —respondió con voz entrecortada—. Thera era la Panarch de Tarabon, con permiso de la Augusta Señora.

La taza cayó de la mano de Morgase y se hizo añicos contra el suelo, derramando el negro *kaf.* Tenía que ser mentira. No había conocido personalmente a Amathera, pero sí le habían dado su descripción una vez. No. Muchas mujeres con la edad adecuada podían tener grandes ojos oscuros y una boca llena de gesto mohíno. Pura no había sido jamás Aes Sedai, y esa mujer no...

—¡Danza! —espetó Alwhin, y Thera prosiguió sin siquiera dirigir una sola mirada más a Suroth ni a nadie. Fuera quien fuese, resultaba obvio que su pensamiento primordial en ese momento era el deseo urgente de no cometer error alguno.

Morgase tuvo que hacer arduos esfuerzos para no vomitar. Suroth se acercó a ella hasta casi tocarla, con su rostro tan gélido como el invierno más crudo.

—Todos afrontamos decisiones —dijo quedamente. Su voz podría haber hecho muescas en el acero—. Algunos de mis prisioneros afirman que pasasteis un tiempo en la Torre Blanca. Según la ley, ninguna *marath'damane* puede librarse de la correa, pero os prometo que vos, que habéis osado llamarme por mi nombre en mi presencia y habéis tildado de mentira mis palabras, no arrostraréis *esa* suerte. —El énfasis dejaba claro que su promesa no cubría que sufriera cualquier otro destino. La sonrisa que nunca se reflejaba en sus ojos reapareció—. Confío en que elijáis prestar el Juramento, Morgase, y gobernéis Andor en nombre de la emperatriz, así viva eternamente. —Por primera vez, Morgase tuvo la absoluta certeza de que la mujer mentía—. Volveré a hablar con vos mañana o tal vez pasado mañana, si tengo tiempo.

Suroth giró sobre sus talones y pasó junto a la solitaria bailarina dirigiéndose hacia el sillón de respaldo alto. Mientras tomaba asiento, extendiendo la túnica con elegancia, Alwhin volvió a pronunciar una orden con voz seca; al parecer no sabía hablar de otra manera:

—¡Todos! ¡Las Poses del Cisne!

Los hombres y mujeres jóvenes que se encontraban arrodillados junto a la pared se incorporaron con presteza y se unieron a Thera en una fila, ejecutando sus mismos movimientos con exactitud ante el sillón de Suroth. Sólo la mirada del *Iopar* seguía pendiente de la presencia de Morgase, que pensó que jamás en su vida la habían despedido de manera tan tajante. Recogiendo los vuelos de su falda a la par que hacía lo mismo con lo que le quedaba de dignidad, se marchó.

No llegó muy lejos sola, desde luego. Los soldados de armaduras rojas y negras aguardaban en la antesala cual estatuas con sus lanzas adornadas con borlones bicolores, los semblantes impasibles bajo los cascos lacados, los duros ojos mirando fijamente tras

lo que parecían las mandíbulas de insectos monstruosos. Uno de ellos, no mucho más alto que Morgase, se situó junto a su hombro sin pronunciar palabra y la escoltó de vuelta a sus aposentos, donde dos taraboneses, equipados con espadas y petos de acero pintados a rayas horizontales, flanqueaban la puerta. Hicieron una profunda reverencia, con las manos apoyadas en las rodillas, y Morgase creyó que el gesto de respeto iba dedicado a ella hasta que su escolta habló por primera vez:

—Saludo visto. Firmes —dijo en tono áspero, y los taraboneses se irguieron sin dirigir una sola mirada a Morgase hasta que el seanchan añadió—: Vigiladla bien. No ha prestado el Juramento.

Los oscuros ojos de los guardias se desviaron fugazmente hacia ella tras las mallas de acero, pero sus leves inclinaciones de asentimiento estuvieron dirigidas al oficial seanchan.

Procuró entrar sin apresuramiento, pero una vez que la puerta se cerró a sus espaldas se recostó contra la hoja e intentó poner orden al torbellino de ideas. Seanchan y *damane*, emperatriz y juramentos y gente que era una posesión. Lini y Breane se encontraban en medio de la habitación y la observaban.

—¿Qué has descubierto? —inquirió impaciente Lini, en un tono muy parecido al que antaño utilizaba para preguntar a una Morgase niña sobre un libro que había leído.

—Pesadillas y locura —musitó Morgase. De repente se puso erguida y miró en derredor con ansiedad—. ¿Dónde está...? ¿Dónde están los hombres?

—Tallanvor fue a ver qué podía descubrir —contestó Breane a la pregunta no formulada con un timbre entre seco y burlón. Estaba puesta en jarras y la expresión de su semblante se tornó mortalmente seria—. Lamgwin lo acompañó, y también maese Gill. ¿Qué descubristeis vos? ¿Quiénes son esos... seanchan? —Pronunció el nombre con torpeza mientras frunció el entrecejo—. De eso también nos hemos enterado nosotras. —Fingió no advertir la intensa y dura mirada de Lini—. ¿Qué vamos a hacer ahora, Morgase?

Morgase pasó entre las dos mujeres y se dirigió a la ventana más cercana. No tan angosta como las de la sala de audiencias, se asomaba al patio, seis metros por encima de los adoquines del pavimento. Una columna de hombres abatidos, destocados y despeinados, algunos con vendajes manchados de sangre, cruzaba el patio arrastrando los pies bajo la atenta mirada de taraboneses que portaban lanzas. Había varios seanchan en lo alto de una torre cercana, oteando a lo lejos entre las almenas. Uno de ellos lucía un yelmo adornado con las tres finas plumas. Una mujer se asomó a una ventana, al otro lado del patio, y contempló ceñuda a los prisioneros Capas Blancas; la cenefa roja con el bordado de relámpagos resultaba claramente visible sobre su pecho. Aquellos hombres tambaleantes parecían estupefactos, incapaces de creer lo que había ocurrido.

¿Qué iban a hacer? Morgase sabía que debía tomar una decisión y eso la aterraba. Tenía la impresión de que todas las decisiones que había tomado desde hacía meses, por nimias que fueran, sólo habían conducido al desastre. Una elección, había dicho Suroth. Ayudar a esos seanchan a apoderarse de Andor o... Un último servicio que podía hacer para Andor. El final de la columna apareció, seguida por más taraboneses a los que se unían sus compatriotas a medida que pasaban. Una caída de seis metros y Suroth habría perdido su palanca. Quizá fuera la salida de un cobarde, pero ella ya había demostrado serlo. Con todo, la reina de Andor no debería morir de ese modo.

En un susurro, casi para sí, pronunció las palabras irrevocables que sólo se habían utilizado dos veces en los dos mil años de historia de Andor:

—Con la Luz por testigo, dimito como Cabeza Insigne de la casa Trakand a favor de mi heredera, Elayne. Con la Luz por testigo, renuncio a la Corona de la Rosa y abdico del Trono de León en favor de Elayne, Cabeza Insigne de la casa Trakand. Con

Librodot

la Luz por testigo, me inclino ante Elayne de Andor como su obediente súbdita. —Nada de eso convertía en reina a Elayne, cierto, pero despejaba el camino.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Lini.

—Pensaba en Elayne. —Morgase se volvió lentamente. No creía que su antigua niñera hubiese estado lo bastante cerca para oír lo que nadie tenía por qué oír.

Los ojos de la anciana se abrieron de par en par, sin embargo, y la mujer dio un respingo.

—¡Apártate de ahí ahora mismo! —espetó, y llevando a cabo sus palabras la agarró del brazo y tiró de ella, retirándola de la ventana.

—¡Lini, te estás propasando! ¡Dejaste de ser mi nodriza hace...! —Morgase inhaló hondo y suavizó el tono. Contemplar aquellos ojos espantados no resultaba fácil, porque no había nada que asustase a Lini—. Lo que hago es por el bien de todos, créeme —añadió afablemente—. No queda otra alternativa...

—¿Que no queda otra alternativa? —intervino furiosa Breane, asiendo su falda con tanta fuerza que las manos le temblaban. Saltaba a la vista que habría preferido cerrarlas en torno al cuello de Morgase—. ¿Qué sarta de tonterías estáis farfullando? ¿Y si esos seanchan creen que os hemos matado?

Morgase apretó los labios; ¿tan transparente se había vuelto?

—¡Cállate, mujer! —Lini tampoco se enfadaba nunca ni levantaba la voz, pero entonces hizo ambas cosas mientras sus arrugadas mejillas enrojecían de ira. Alzó su huesuda mano—. ¡Cuidado con lo que dices o te soltaré una bofetada que te dejará más estúpida de lo que ya eres!

—Abofetéala a ella si quieres pegar a alguien —replicó a gritos Breane, tan rabiosa que al hablar escupía gotitas de saliva—. ¡La *reina* Morgase! ¡Acabará enviándonos a ti, a mí, a mi Lamgwin y hasta a su precioso Tallanvor al cadalso, y todo porque tiene menos agallas que un ratón!

La puerta se abrió para dar paso a Tallanvor y puso bruscamente fin a la escena. Nadie tenía la menor intención de chillar delante de él. Lini fingió estar examinando la manga de Morgase como si hiciera falta remendarla, mientras maese Gill y Lamgwin entraron en pos del oficial. Breane mostró una sonrisa radiante y se arregló los pliegues de la falda. Los hombres, claro está, no se dieron cuenta de nada.

Morgase sí reparó en ciertos detalles. Para empezar, Tallanvor llevaba ceñida una espada a la cintura, al igual que maese Gill e incluso Lamgwin, aunque la de éste era corta. Morgase siempre había tenido la impresión de que el hombre se sentía más cómodo luchando con sus puños que con cualquier otra arma. No obstante, antes de que le diera tiempo a preguntar cómo las habían conseguido, el hombrecillo bajo y delgado que cerraba la marcha atrancó la puerta a sus espaldas.

—Majestad —dijo Sebban Balwer—, disculpad la intrusión.

Hasta su reverencia y su sonrisa eran secas y escuetas como él. Sin embargo, mientras sus ojos pasaban rápidamente de ella a las otras mujeres, Morgase tuvo la certeza de que si bien los demás hombres no habían notado la tensión en el ambiente, el otrora secretario de Pedron Niall sí lo había advertido.

—Me sorprende veros, maese Balwer —contestó—. Tenía entendido que había habido ciertas tiranteces entre Elmon Valda y vos.

Lo que había oído realmente era que Valda había dicho que si veía al secretario lo echaría de una patada por encima de las murallas de la Fortaleza. La sonrisa de Balwer se tornó tirante; sabía lo que Valda había dicho.

—Tiene un plan para sacarnos a todos de aquí —intervino Tallanvor—. Hoy. Ahora. —Le dirigió una mirada que no era la de un súbdito a su reina—. He aceptado su oferta.

—¿Cómo? —inquirió lentamente, obligando a sus piernas a mantenerse derechas. ¿Qué ayuda podía proporcionarles ese remilgado hombrecillo? Escapar. Oh, cómo deseaba sentarse, pero no iba a hacerlo; sobre todo cuando Tallanvor la miraba de aquel modo. Claro que ahora ya no era su reina, pero eso él no lo sabía. Se le ocurrió otra pregunta—. ¿Por qué? Maese Balwer, no rechazaré ninguna oferta de ayuda válida, pero ¿por qué razón ibais a correr el riesgo? Esos seanchan os harían lamentarlo si lo descubriesen.

—Había hecho mis planes antes de que llegaran —respondió con cuidado—. Me parecía... imprudente dejar a la reina de Andor en manos de Valda. Podéis considerarlo mi forma de desquitarme con él. Sé que no parezco gran cosa con mi aspecto, majestad —disimuló una tosecilla autodespectiva tras la mano—, pero el plan funcionará. De hecho, esos seanchan lo han facilitado; todavía habría tardado unos cuantos días en tenerlo preparado si no fuera por ellos. Considerando que ésta es una ciudad recién conquistada, permiten una libertad considerable a quienes aceptan pronunciar su Juramento. Antes de que hubiese transcurrido una hora desde el amanecer, ya había obtenido un pase que nos permitirá a mí y hasta diez personas más que hayan pronunciado el Juramento a marcharnos de Amador. Creen que me propongo comprar vino y carretas para transportarlo hacia el este.

—Debe de ser una trampa. —Las palabras le supieron amargas a Morgase. Mejor era la ventana que caer en un ardid—. No os permitirán que corráis la voz de su presencia adelantando la noticia a su ejército.

Balwer ladeó la cabeza y empezó a frotarse las manos como si se las secara, pero se detuvo bruscamente.

—A decir verdad, majestad, también me planteé eso. El oficial que me proporcionó el pase dijo que no importaba. Sus palabras exactas fueron: «Cuéntale a quienes quieras lo que has visto y hazles saber que no podrán oponer resistencia. Vuestras tierras tendrán noticias de nosotros muy pronto, de todos modos». He visto a varios mercaderes prestar el Juramento esta mañana y partir con sus carretas.

Tallanvor se aproximó a Morgase. Demasiado. La mujer casi podía sentir su aliento; casi podía notar su mirada como un roce físico.

—Vamos a aceptar su oferta —dijo lo bastante bajo para que sólo ella lo oyera—. Y si no me queda más remedio que amordazaros y ataros, creo que es capaz de encontrar el modo de hacerlo incluso así. Parece un hombrecillo con muchos recursos.

Morgase le sostuvo la mirada. Era la ventana o... una oportunidad. Si Tallanvor hubiese mantenido cerrada la boca le habría resultado más fácil decir las siguientes palabras:

—Acepto con gratitud, maese Balwer. —Se apartó de Tallanvor como para poder mirar a Balwer sin necesidad de estirar el cuello sobre su hombro. Siempre resultaba perturbador sentirlo tan cerca. Era demasiado joven—. ¿Qué es lo primero que debemos hacer? Dudo que esos guardias apostados en la puerta acepten vuestro pase para nosotros.

Balwer inclinó la cabeza como aprobando su agudeza y previsión.

—Me temo que deberán sufrir un lamentable accidente, majestad.

Tallanvor sacó parcialmente su daga de la vaina y Lamgwin flexionó las manos del mismo modo que el *lopar* había flexionado sus garras.

Morgase seguía sin creer que todo resultara tan sencillo, incluso después de que empaquetaran lo que podían llevarse consigo y de que hubiesen metido a los dos taraboneses debajo de la cama. Ya en las puertas principales, manteniendo bien cerrada la capa polvorienta, no sin dificultad debido al bulto que cargaba en la espalda, se inclinó en una reverencia con las manos apoyadas en las rodillas, del modo en que

Librodot

Balwer le había enseñado, mientras el hombrecillo les decía a los guardias que todos ellos habían jurado obedecer, esperar y servir. Pensó cómo asegurarse de que no la apresaran con vida. Y no fue hasta que salieron de Amador en los caballos que Balwer tenía preparados cuando empezó a albergar esperanzas. Claro que Balwer esperaría probablemente una buena recompensa por rescatar a la reina de Andor. No le había dicho a nadie que eso ya había terminado, sin posibilidad de dar marcha atrás; ella sabía que había pronunciado las palabras y no hacía falta que lo supiera nadie más. Lamentarlo ahora era inútil. Más adelante vería qué clase de vida iba a llevar sin ocupar un trono. Una vida lejos de un hombre que era mucho más joven y demasiado perturbador.

—¿Por qué esa sonrisa tan triste? —preguntó Lini, que tiró de las riendas de la yegua parda que montaba para acercarse. La bestia parecía estar apolillada, y la castaña que montaba Morgase no tenía mucho mejor aspecto; en realidad, no lo tenía ninguna de las monturas. Puede que los seanchan no tuvieran inconveniente en dejar marchar a Balwer con su pase, pero no en caballos decentes.

—Todavía nos aguarda un largo camino —contestó Morgase. Taconeó a su yegua y consiguió que el animal iniciara algo parecido a un trote, siguiendo a Tallanvor.

Librodot

CAPÍTULO 9

Estar solo

Perrin metió el mango del hacha por la trabilla del cinturón, en el lado contrario de la aljaba; cogió el arco largo sin encordar que estaba en un rincón, se cargó las alforjas al hombro y salió de los aposentos que había compartido con Faile sin mirar atrás una sola vez. Habían sido felices allí... la mayor parte del tiempo. No creía que volviese jamás. A veces se preguntaba si ser feliz con Faile en alguna parte significaba no regresar nunca a ese lugar. Esperaba que no.

Los sirvientes que vio por los pasillos de palacio iban totalmente de negro; quizá Rand lo había ordenado o quizá fuese elección de la propia servidumbre, que se había mostrado inquieta sin uniforme, como si no supiera adónde pertenecía, y el negro parecía apropiado como color de Rand a causa de los Asha'man. Los que se cruzaron con Perrin se escabulleron lo más deprisa posible, sin pararse a hacer reverencias ni inclinaciones. El olor a miedo flotaba como un rastro tras ellos.

Por una vez, sus ojos amarillos no tenían nada que ver con que la gente estuviera asustada, sino porque podía ser peligroso encontrarse cerca de un hombre sobre quien el Dragón Renacido había descargado su ira de manera tan notoria esa misma mañana. Perrin movió el hombro dolorido en el que cargaba las alforjas. Hacía mucho tiempo que nadie había sido capaz de levantarlo en vilo y lanzarlo por el aire. Claro que tampoco nadie había usado el Poder para hacerlo. Había un momento en particular de toda la escena que no se le iba de la cabeza.

Se incorporó trabajosamente, apretándose el hombro, deslizando la espalda columna arriba; la columna que había frenado su vuelo por el aire. Pensó que quizá tenía algunas costillas rotas. En el Gran Salón del Sol, unos cuantos nobles desperdigados que habían ido a solicitar una cosa u otra a Rand intentaron mirar hacia cualquier otra parte, trataron de fingir que se encontraban en cualquier otro lugar. Sólo Dobraine los observaba y sacudió la canosa cabeza mientras Rand cruzaba el salón del trono hacia él.

—¡Me ocuparé de las Aes Sedai como quiera! —gritó Rand—. ¿Me has oído, Perrin? ¡Como yo *crea oportuno!*

—Te limitaste a entregárselas a las Sabias —replicó con un gruñido al tiempo que se empujaba a sí mismo para apartarse del apoyo de la columna—. ¡Ignoras si están durmiendo en sábanas de seda o si han sido degolladas! ¡No eres el Creador!

Rand soltó un rugido de rabia y echó la cabeza atrás.

—¡Soy el Dragón Renacido! —bramó—. ¡No me importa qué trato se les da! ¡Merecen estar en una mazmorra!

A Perrin se le puso de punta el vello de la nuca cuando Rand bajó los ojos, que estaban alzados hacia el techo para mirarlo. Dos pedazos de hielo habrían sido más cálidos y blandos, pero lo que más impresionaba era que lo contemplaban desde un rostro crispado por el dolor.

—Quítate de mi vista, Perrin. ¿Me has oído? ¡Vete de Cairhien! ¡Hoy! ¡Ahora! ¡No quiero volver a verte!

Giró sobre sus talones y salió del salón; los nobles se inclinaron a su paso de tal

modo que casi rozaron el suelo.

Perrin limpió el hilillo de sangre que le resbalaba por la comisura de los labios. Durante un instante había tenido la certeza de que Rand iba a matarlo.

Sacudió la cabeza para librarse del recuerdo y, al girar en una esquina del pasillo, casi se dio de bruces con Loial. El Ogier, que llevaba un gran bulto atado a la espalda y un morral al hombro lo bastante grande para que cupiese dentro un cordero, usaba el hacha de mango largo a guisa de bastón. En los amplísimos bolsillos de su chaqueta, muy abultados, se marcaban las formas de libros.

Las orejas copetudas de Loial se irguieron al verlo y luego se hundieron bruscamente. Todo su rostro lo hizo, de modo que las cejas le colgaron sobre las mejillas.

—Me he enterado, Perrin —dijo con su vozarrón, en tono triste—. Rand no debería haber hecho eso. Las palabras precipitadas generan largos conflictos. Sé que lo reconsiderará. Mañana, tal vez.

—No importa —lo tranquilizó Perrin—. De todos modos, Cairhien es demasiado... pulido para mí. Soy un herrero, no un cortesano. Para mañana ya estaré muy lejos de aquí.

—Faile y tú podríais venir conmigo. Karldin y yo vamos a visitar los *steddings*, Perrin. Todos ellos, por lo de las puertas de los Atajos.

Un joven de cabello claro y cara estrecha, que estaba detrás de Loial, dejó de mirar ceñudo a Perrin para mirar ceñudo al Ogier. También él llevaba un morral y un hatillo, así como una espada a la cadera. A pesar de su chaqueta azul, Perrin lo reconoció como uno de los Asha'man. Karldin no parecía complacido de haber topado con Perrin; además, su olor era frío y colérico. Loial echó una ojeada al pasillo por encima de Perrin.

—¿Dónde está Faile?

—Se... reunirá conmigo en los establos. Tuvimos unas palabras. —Eso era simplificar mucho lo ocurrido. A veces a Faile parecía que le gustaba gritar. Perrin bajó el tono de voz—. Loial, yo que tú no hablaría de eso donde cualquiera pudiera oírme. Me refiero a las puertas de los Atajos.

El Ogier resopló con bastante fuerza como para hacer que un toro brincara sobresaltado, pero aun así también bajó el tono de voz:

—No veo a nadie aparte de nosotros —retumbó. Su comentario no lo habría oído nadie que estuviera a dos o tres metros de distancia. Sus orejas se... sacudieron, era el único término que definía aquel movimiento, como si azotaran el aire, y después se aplastaron hacia atrás en un gesto enfadado—. Todo el mundo tiene miedo de ser visto cerca de ti. ¡Después de todo lo que has hecho por Rand!

—Tenemos que irnos —dijo Karldin al tiempo que le tiraba de la manga y dirigía una mirada funesta a Perrin. En lo que a él concernía, cualquier persona a la que el Dragón Renacido hubiese gritado estaba fuera del círculo, no contaba. Perrin se preguntó si estaría asiendo el Poder en ese momento.

—Sí, sí —dijo Loial agitando una mano grande como un jamón, pero se apoyó en el hacha y frunció el entrecejo, meditabundo—. Esto no me gusta, Perrin. Rand te ahuyenta a ti. A mí me manda lejos. ¿Cómo voy a terminar mi libro si...? —Sus orejas se agitaron y el Ogier tosió—. Bien, eso no viene al caso. Mandó lejos a Mat, sólo la Luz sabe dónde, y ahora nos ha tocado el turno a ti y a mí. La siguiente será Min. ¿Sabes que le rehuyó esta mañana? Me mandó que saliera a decirle que se hallaba ausente. Creo que ella se dio cuenta de que mentía. Planea alejarnos a todos nosotros, Perrin, se quedará sin amigos a su lado y es muy consciente de ello. «Es terrible estar solo», me dijo.

—La Rueda gira según sus designios —respondió Perrin. Loial parpadeó al oír la frase que era un eco de la de Moraine. Perrin había pensando mucho en ella últimamente; la Aes Sedai había sido una influencia determinante para que Rand se refrenara—. Adiós, Loial. Cuídate y no confíes en nadie si puedes evitarlo. —Lo dijo sin mirar directamente a Karldin.

—No hablarás en serio, Perrin. —Loial parecía escandalizado; era confiado por naturaleza—. Venid conmigo, Faile y tú.

—Volveremos a encontrarnos, algún día —le contestó afablemente Perrin, y se apresuró a dejar atrás al Ogier para no tener que añadir nada más. No le gustaba mentir, en especial a un amigo.

En el establo norte las cosas fueron igual que dentro de palacio. Los mozos de cuadra, al verlo entrar, soltaron las horquillas de recoger estiércol y los cepillos de almohazar que estaban utilizando y salieron por las pequeñas puertas que había al fondo. Apagados susurros procedentes del altillo, que podrían haber pasado inadvertidos a otros oídos, revelaron a Perrin que había hombres escondidos allí; también alcanzó a percibir las respiraciones ansiosas, asustadas. Sacó a *Brioso* de una cuadra de mármol de vetas verdes, le puso la brida y ató las riendas del semental pardo a una argolla dorada. Después fue a coger una manta y una silla de un cuarto de arreos, donde la mitad de las sillas estaban engastadas con oro o plata. El establo encajaba perfectamente en un palacio, con las altas columnas cuadradas y los suelos de mármol, incluso debajo de la paja en las cuadras. Salió sobre su caballo, contento de dejar atrás tanto esplendor.

Al norte de la ciudad siguió la calzada por la que había llegado con Rand, angustiado y desesperado, sólo unos pocos días antes, y cabalgó hasta que las irregularidades del terreno ocultaron Cairhien. Entonces viró hacia el este, donde todavía se alzaba un bosque de tamaño considerable, descendió la ladera de una colina y ascendió por la de la siguiente, más elevada. Unos cuantos metros tras la línea de los árboles, Faile taconeó a *Golondrina* para reunirse con él, y Aram la siguió en su caballo, como un sabueso. El rostro del joven se alegró al verlo, aunque eso no revelaba gran cosa; simplemente repartía sus leales miradas entre Faile y él.

—Esposo —lo saludó ella no con demasiada frialdad, pero el penetrante olor a ira y a celos seguía mezclándose con el limpio aroma propio de la mujer y de su jabón de hierbas. Iba vestida para viajar, con una fina capa para el polvo colgando a su espalda y guantes rojos que hacían juego con las botas que asomaban bajo la oscura falda pantalón, prenda preferida por Faile. Llevaba al menos cuatro dagas enfundadas metidas en el cinturón.

Un movimiento detrás de la mujer se concretó en las figuras de Bain y de Chiad. Y también de Sulin, con otras doce Doncellas. Las cejas de Perrin se arquearon. Se preguntó qué pensaría Gaul sobre aquello; el Aiel le había contado que ardía en deseos de pillar a solas a Bain y a Chiad. Pero más sorprendente era la otra gente que acompañaba a Faile.

—¿Qué hacen aquí? —Perrin reconoció a Selande, a Camille y a la alta teariana, todas ellas vestidas con ropas de hombre y equipadas con espadas. Un tipo corpulento, que lucía chaqueta de mangas abullonadas y tenía la barba untada y recortada a pico a pesar de llevar el cabello atado en la nuca con una cinta, también le resultaba familiar. No conocía a los otros dos hombres, ambos cairhieninos, pero, aunque sólo fuera por su juventud y la cinta con que ceñían sus cabellos, resultaba fácil deducir que formaban parte de la «asociación» de Selande.

—He tomado a Selande y a unos cuantos de sus amigos a mi servicio. —A pesar de su tono ligero, Faile exhalaba oleadas de cautela—. Se habrían metido en problemas en la ciudad, antes o después. Necesitan que alguien los guíe. Considéralo como un acto

Librodot

caritativo. Me ocuparé de que no representen un engorro para ti.

Perrin suspiró y se rascó la barba. Un hombre listo no le decía a su esposa a la cara que le ocultaba algo. Sobre todo cuando la esposa era Faile; iba camino de convertirse en una mujer tan formidable como su madre, si es que no lo era ya. Y ¿por qué podían representar un engorro? ¿A cuántos de esos... cachorros había tomado bajo su tutela?

—¿Está todo listo? A no tardar algún necio de la ciudad tendrá la brillante idea de que puede ganarse el favor de Rand llevándole mi cabeza. Desearía haberme marchado antes de que ocurra eso.

Aram emitió un sordo gruñido.

—Nadie va a cortarte la cabeza, esposo. —Faile enseñó los blancos dientes en un amago de sonrisa y luego añadió en un susurro que sabía sólo oiría él—: Salvo, quizá, yo. —Después dijo en un tono de voz normal—: Sí, todo está listo.

En una depresión bastante llana y despejada que había detrás de los árboles, aguardaban los hombres de Dos Ríos y sus caballos en una columna de a dos que rodeaba la ladera de la colina hasta perderse de vista. Perrin volvió a suspirar. A la cabeza de la columna, las banderas con la roja cabeza de lobo y del Águila Roja de Manetheren ondeaban ligeramente con la caliente brisa. Alrededor de otra docena de Doncellas se encontraban sentadas sobre los talones cerca de los estandartes; al otro lado, Gaul mostraba la expresión más hosca que Perrin había visto jamás en un Aiel.

Mientras desmontaba, dos hombres con chaquetas negras se aproximaron a él y lo saludaron llevándose la mano al pecho.

—Lord Perrin —dijo Jur Grady—. Nos encontramos aquí desde anoche. Estamos listos.

El rostro curtido de granjero de Grady hacía que Perrin casi se sintiera cómodo con él, pero Fager Neald era otro cantar. Unos diez años más joven que Grady, también podría haber sido un granjero en opinión de Perrin, pero se comportaba con afectación, dándose muchos aires, y lucía aquel ridículo bigote, untado para que los extremos acabasen en punta. Y mientras que Grady ostentaba el rango de Dedicado, él sólo era soldado, sin la espada de plata prendida en uno de los picos del cuello de la chaqueta, pero eso no le impidió hablar también:

—Lord Perrin, ¿es realmente necesario llevar a esas mujeres con nosotros? Sólo causarán problemas, a buen seguro, desde la primera hasta la última, y vos lo sabéis muy bien.

Algunas de las mujeres a las que se refería se encontraban cerca de los hombres de Dos Ríos, con los chales echados sobre los brazos. Edarra parecía la mayor de las seis Sabias que vigilaban, impasibles, a las dos mujeres que Neald había señalado con la cabeza. Para ser sincero, esa pareja también preocupaba a Perrin. Resultaba obvio que Seonid Traighan, toda frialdad y reserva en su vestido de seda verde, procuraba hacer caso omiso de las Aiel con aire altanero —al igual que la mayoría de los cairhieninos que no fingían ser Aiel, los despreciaba—, pero cuando vio a Perrin se cambió las riendas a la otra mano y dio un codazo a Masuri Sokawa. Ésta se sobresaltó —las Marrones solían ensimismarse muy a menudo— y miró a la hermana Verde con la expresión en blanco; luego volvió la vista hacia Perrin. Era más la clase de mirada que podría haber dirigido a un animal extraño y quizá peligroso, uno sobre cuyas intenciones quería estar segura antes de hacer ningún movimiento. Ambas habían jurado lealtad a Rand al'Thor, pero ¿qué tal llevarían obedecer a Perrin Aybara? Dar órdenes a Aes Sedai parecía antinatural. Mejor así que al contrario, en cualquier caso.

—Vendrá todo el mundo —dijo Perrin—. Pongámonos en marcha antes de que nos vean.

Faile resopló. Grady y Neald volvieron a saludar y salieron al centro de la zona sin árboles. Perrin no supo cuál de los dos hizo lo que era necesario, pero de repente el ya familiar brillo plateado vertical centelleó en el aire y rotó sobre sí mismo hasta formar un acceso, aunque no lo bastante alto para cruzarlo montado a caballo. Al otro lado del acceso se veían árboles, no muy distintos a los que había en las colinas circundantes. Grady cruzó de inmediato, pero aun así casi lo derribaron Sulin y un grupo de Doncellas veladas. Al parecer, se habían arrogado el privilegio de ser las primeras en pasar a través del acceso y no pensaban permitir que nadie les usurpara tal derecho.

Presagiando un montón de problemas en los que no había pensado, Perrin condujo a *Brioso* hasta un territorio menos accidentado. No había claro allí, pero tampoco la floresta era tan densa como en Cairhien; los árboles dispersos eran más altos, aunque estaban igualmente marchitos, incluso los pinos, y aparte éstos, los robles y los cedros, el resto no le resultaba familiar. El ambiente parecía un poco más caluroso.

Faile lo siguió, pero cuando él giró a la izquierda, ella tiró de las riendas de *Golondrina* y fue a la derecha. Aram volvió la cabeza hacia uno y otro, nervioso, hasta que Perrin le hizo un gesto señalando a su esposa. El antiguo gitano condujo a su castrado en pos de la mujer pero, a pesar de actuar con rapidez, se le adelantaron Bain y Chiad, todavía veladas, y, en contra de las órdenes de Perrin de que los siguientes fueran los hombres de Dos Ríos, Selande y más de dos docenas de jóvenes cairhieninos y tearianos salieron en tropel por el acceso, tirando de sus caballos. ¡Dos docenas! Perrin sacudió la cabeza y se detuvo junto a Grady, que se volvía hacia uno y otro lado escudriñando el terreno escasamente boscoso.

Gaul apareció cuando finalmente Dannil cruzó a la cabeza de los hombres de Dos Ríos, corriendo y llevando sus caballos por las riendas. Aquellas malditas banderas aparecieron justo detrás de Dannil y se irguieron de nuevo nada más pasar el acceso. Ese chico debería afeitarse el ridículo bigote.

—Las mujeres son increíbles —rezongó Gaul.

Perrin abrió la boca para defender a Faile antes de caer en la cuenta de que debían de ser Bain y Chiad a quienes el Aiel miraba furibundo. Para disimular, preguntó:

—Grady, ¿tienes esposa?

—Sora —respondió abstraído Grady, cuya atención seguía puesta en los árboles del entorno. Perrin habría apostado que asía el Poder en ese momento. En un territorio tan despejado cualquiera alcanzaría a ver a bastante distancia, mucho más que en los densos bosques de casa, pero aun así cabía la posibilidad de que alguien se acercara a hurtadillas por detrás y lo sorprendiera—. Me echa de menos —continuó Grady, casi hablando consigo mismo—. Eso es algo que uno aprende enseguida a percibir. Ojalá supiera por qué le duele la rodilla.

—Dices que le duele la rodilla. —Perrin habló en tono inexpresivo—. Deduzco que te refieres a ahora, que le duele en este momento.

Grady pareció darse cuenta entonces de que lo estaba mirando fijamente, al igual que Gaul. Parpadeó, pero enseguida volvió a escrutar los alrededores.

—Perdonad, lord Perrin. Seguiré vigilando. —Durante unos largos segundos no dijo nada, y luego empezó lentamente—. Es algo que un tipo llamado Canler desarrolló. Al M'Hael no le gusta que intentemos descubrir cosas por nosotros mismos, pero una vez hecho lo que sea... —La leve mueca que se plasmó en su semblante sugería que quizá Taim no lo había admitido tan fácilmente ni siquiera entonces—. Pensamos que tal vez es algo parecido al vínculo existente entre Guardianes y Aes Sedai. Entre nosotros, uno de cada tres está casado; en fin, que ése es el motivo por el que muchas esposas se han quedado, en lugar de huir cuando descubrieron lo que eran sus maridos.

Librodot

De este modo, cuando te separas de ella, sabes que está bien, y ella sabe que tú lo estás. A un hombre le gusta saber que su esposa se halla a salvo.

—Sí, en efecto —dijo Perrin. ¿Qué se traía Faile entre manos con esos necios? Había montado en *Golondrina* y todos ellos se habían situado alrededor, mirándola. No permitiría que también se enredara con esa estupidez del *ji'e'toh.*

Seonid y Masuri pasaron detrás de los últimos hombres de Dos Ríos, acompañadas por los tres Guardianes que tenían entre ellas, y las Sabias cruzaron inmediatamente detrás, lo cual no resultaba sorprendente. Habían acudido para tener vigiladas a las Aes Sedai. Seonid cogió las riendas como si fuese a montar, pero Edarra dijo algo en voz baja mientras señalaba un grueso roble ladeado; las dos Aes Sedai giraron las cabezas al unísono hacia la Sabia, luego intercambiaron una mirada y condujeron a los caballos hacia el árbol indicado. Las cosas irían mucho mejor si esas dos se mostraran siempre tan sumisas; bueno, no exactamente sumisas. El cuello de Seonid estaba tieso como una vara.

A continuación pasaron las monturas de refresco, en reatas de diez, bajo la atenta mirada de trabajadores de las fincas de Dobraine, los cuales se suponía que sabían qué se traían entre manos. Perrin localizó de inmediato a *Recio*, que no iba atado en reata; más valía que la mujer que se ocupaba de él supiera lo que hacía. Cruzaron luego muchos carros cargados de provisiones, cuyos conductores tiraban de los caballos y gritaban como si temieran que el acceso fuera a cerrarse sobre ellos. Eran muchos porque los carros no podían transportar tanto como las carretas, y eran carros porque las carretas y sus tiros no habrían cabido por el acceso. Al parecer, ni Neald ni Grady eran capaces de hacerlos tan grandes como los que creaban Rand o Dashiva.

Cuando el último carro hubo pasado traqueteando sobre un chirriante eje, Perrin estuvo tentado de ordenar que el acceso se cerrara en ese instante, pero era Neald quien lo mantenía abierto, y se encontraba al otro lado, en Cairhien. Un momento después, ya era demasiado tarde.

Berelain cruzó llevando por las riendas a una yegua, tan blanca como negra era *Golondrina*, y Perrin dio gracias porque su vestido de montar tenía el cuello alto hasta la barbilla. Por otro lado, de la cintura para arriba se ajustaba tanto como cualquier vestido tarabonés. Perrin gimió. Con ella venían Nurelle y Bertain Gallenne, teniente y mayor, respectivamente, de su Guardia Alada; Gallenne era un tipo de cabello canoso que lucía el parche negro sobre su ojo como cualquier otro hombre habría lucido una pluma en el sombrero. A continuación apareció la propia Guardia Alada, más de novecientos hombres con sus rojas armaduras. Nurelle y los otros que habían estado en los pozos de Dumai llevaban un cordón amarillo atado en el brazo izquierdo.

Berelain montó en su yegua y se dirigió hacia un lado junto a Gallenne, en tanto que Nurelle hacía formar a la Guardia Alada entre los árboles. Debía de haber cincuenta pasos entre ella y Faile, así como docenas de árboles, pero la mujer se situó en un punto desde el que ambas podían verse la una a la otra. La mirada que intercambiaron fue tan inexpresiva que a Perrin se le puso carne de gallina. Poner a Berelain al final de la columna, lo más lejos posible de Faile, le había parecido una buena idea, pero iba a tener que afrontar lo mismo todas las malditas noches. ¡Así se abrasara Rand!

Por último salió Neald, atusándose el ridículo bigote y pavoneándose mientras el acceso se cerraba y desaparecía, al imaginar que era el centro de atención. Sin embargo, nadie estaba pendiente de él, y el tipo montó en su caballo con gesto contrariado.

Perrin subió a lomos de *Brioso* y se dirigió a lo alto de una pequeña elevación del terreno. No todos podían verlo a causa de los árboles, pero bastaba con que lo oyeran. Hubo cierta agitación entre los reunidos cuando la gente intentó moverse para tener mejor vista.

—Por lo que saben todos los espías e informadores instalados en Cairhien —empezó en voz alta—, yo he sido expulsado, la Principal de Mayene va de regreso a su país, y el resto de vosotros ha desaparecido como niebla disipada por el sol.

Para su sorpresa, hubo una risa general. Sonó el grito de «Perrin Ojos Dorados», y no sólo por parte de los hombres de Dos Ríos. Esperó a que volviera a hacerse el silencio, cosa que tardó un poco en ocurrir. Faile ni rió ni gritó, y tampoco lo hizo Berelain. Las dos mujeres sacudieron la cabeza; ninguna de ellas era partidaria de que dijera tanto como se proponía hacer. Entonces ambas se vieron y las cabezas dejaron de sacudirse al instante, como petrificadas en ámbar. No les gustaba ser del mismo parecer. No fue sorprendente el hecho de que los ojos de las dos se volvieran hacia él con una expresión idéntica. Había un antiguo dicho en Dos Ríos, aunque cómo se decía y con qué intención dependía de las circunstancias y de quién lo citaba: «La culpa siempre la tiene un hombre». Perrin había descubierto que había algo en lo que las mujeres eran muy buenas, mejor que en cualquier otra cosa: conseguir que un hombre aprendiera a suspirar.

—Algunos de vosotros os preguntaréis dónde estamos y por qué —prosiguió cuando por fin se hizo el silencio. Hubo una corta risa general—. Esto es Ghealdan. —Se alzaron murmullos de sorpresa y tal vez de incredulidad ante el hecho de haber recorrido dos mil quinientos kilómetros de un solo paso—. Lo primero que hemos de hacer es convencer a la reina Alliandre de que no hemos venido a invadir el país. —Era Berelain la designada para hablar con la soberana, y Faile iba a hacer que su marido pagara por ello—. Después vamos a buscar a un tipo que se hace llamar el Profeta del lord Dragón. —Eso tampoco iba a resultar muy placentero; Masema no había sido una persona agradable ni siquiera antes de perder la chaveta—. Ese tal Profeta lleva tiempo causando problemas, pero vamos a hacerle entender que Rand al'Thor no quiere que se intimide a nadie para que lo siga, y los llevaremos a él y a todos los suyos que quieran ante el lord Dragón. —«Y si es preciso, meteremos el miedo en el cuerpo a Masema para que lo haga», pensó sombrío.

Todos vitorearon, jalearon y gritaron que llevarían al tal Profeta a Cairhien ante el lord Dragón hasta el punto de que Perrin deseó que el lugar donde se encontraban estuviera más lejos de cualquier pueblo de lo que se suponía. Hasta los conductores de los carros y los encargados de los caballos de refresco se unieron a la algarabía. Sobre todo, rezó para que todo marchara como la seda y rápidamente. Cuanto antes pudiera poner la mayor distancia posible entre Berelain y Faile y él, mejor. Cuando por fin emprendieron la marcha hacia el sur, lo único que deseaba era que no hubiese sorpresas. Ya iba siendo hora de que su condición de *ta'veren* demostrara ser ventajosa para algo.

Librodot

CAPÍTULO 10

Pan y queso

Mat supo que se había metido en un lío desde el día que se trasladó al palacio de Tarasin. Podría haberse negado. El mero hecho de que los condenados dados rodaran o se pararan dentro de su cabeza no significaba que tuviera que hacer algo; por lo general, cuando dejaban de rodar ya era demasiado tarde para hacer nada. El problema era que quería saber por qué. No habían pasado muchos días cuando deseó coger su curiosidad por el cuello y estrangularla.

La mañana en cuestión, después de que Nynaeve y Elayne salieran de su habitación en la posada y una vez que fue capaz de llegarse a los pies sin que la cabeza se le cayera de los hombros, había hecho correr la noticia entre sus hombres. Nadie pareció ver las desventajas. Sólo quería prepararlos, pero nadie lo escuchó.

—Muy bien, milord —dijo Nerim mientras le calzaba las botas—. Por fin milord tendrá aposentos decentes. Excelente. —Pareció perder su eterna expresión doliente, aunque sólo duró un instante—. Cepillaré la chaqueta roja para milord. Milord ha manchado la azul con vino.

Armado de paciencia, Mat esperó hasta que la tuvo lista, se la puso y se encaminó al pasillo.

—¿Aes Sedai? —La cabeza de Nalesean asomó por el cuello de una camisa limpia. Su orondo mayordomo, Lopin, pululaba alrededor—. Así me condene, no me gustan mucho las Aes Sedai, pero... Alojarnos en el palacio de Tarasin, Mat, imagina.

Mat hizo un gesto de dolor; ya era bastante irritante que el hombre fuera capaz de beberse un barril entero de brandy sin tener resaca a la mañana siguiente, pero ¿es que también tenía que sonreír así?

—Oh, Mat, ahora podremos olvidarnos de los dados y jugar a cartas con los de nuestra clase.

Se refería a los nobles, los únicos que se permitían el lujo de jugar, salvo los mercaderes acaudalados que no lo serían durante mucho tiempo si empezaban a tomar parte en las apuestas que se cruzaban entre los nobles. Nalesean se frotó las manos con entusiasmo mientras Lopin intentaba colocarle bien las puntillas; hasta su barba parecía ansiosa.

—Sábanas de seda —musitó.

¿Sábanas de *seda*? En su vida había oído hablar de ellas. Mat sintió que los recuerdos de un pasado remoto pugnaban por acudir a su memoria, pero se negó a prestarles atención.

—Lleno de nobles —gruñó Vanin en la planta baja mientras fruncía los labios como si fuese a escupir. Su ojeada buscando a la señora Anan era ya automática; en lugar de escupir, decidió echar una trago del tosco vino que era su desayuno—. Sin embargo, será bueno volver a ver a lady Elayne —musitó. Su mano libre se alzó como si fuera a tocarse la sien en un saludo; no parecía ser consciente del gesto. Mat gimió. Esa mujer había echado a perder a un buen hombre—. ¿Queréis que vuelva a vigilar la casa de Carridin? —prosiguió, como si lo demás no tuviese importancia—. Esa calle está tan atestada de mendigos que cuesta trabajo ver algo, pero recibe un montón de

visitas.

Mat le dijo que le parecía bien. No era de extrañar que a Vanin le importara poco si en el palacio había nobles y Aes Sedai a espuertas; se pasaría todo el día sudando bajo el sol y recibiendo empujones de la multitud. Un panorama mucho más agradable.

No tenía sentido tratar de prevenir a Harnan y a los restantes Brazos Rojos. Todos estaban engullendo gachas de avena y pequeñas salchichas negras mientras se daban codazos en las costillas unos a otros y bromeaban sobre las criadas de palacio, a quienes, según habían oído, se las elegía por su belleza y eran notablemente libres en lo tocante a conceder sus favores. Y ése era un hecho demostrado, se repetían sin cesar.

Las cosas no mejoraron precisamente cuando Mat fue a la cocina en busca de la señora Anan a fin de liquidar la cuenta. Caira estaba allí, pero su malhumor de la noche anterior había pasado a ser un genio de mil demonios. Frunció los labios al verlo y le asestó una mirada fulminante, tras lo cual salió por la puerta que daba a los establos frotándose la parte posterior de la falda, o quizás el trasero. Tal vez pasaba un mal momento o se había metido en algún problema, pero que lo culpara por ello escapaba a la comprensión de Mat.

Por lo visto, la señora Anan no se encontraba en la posada —siempre estaba organizando comidas de beneficencia para refugiados o acometiendo cualquier otra buena obra—, pero Enid agitaba un largo cucharón de madera en dirección a sus atareados asistentes y no tuvo inconveniente en tender su ancha mano para recoger el dinero.

—Apretáis demasiados melones para probar su madurez, mi joven señor, y no debería sorprenderos si uno pasado se os rompe en las manos —fue su incomprensible comentario—. O dos —añadió al cabo de un momento mientras asentía con la cabeza. Se acercó más a él y ladeó la redonda y sudorosa cara al tiempo que lo miraba con intensidad—. Si contáis algo, lo único que conseguiréis será meteros en problemas. No lo haréis, ¿verdad? —Aquello no sonaba en absoluto como una pregunta.

—Ni una palabra —dijo Mat. ¿De qué demonios hablaba? Sin embargo, aquella respuesta pareció ser la adecuada, ya que la cocinera asintió antes de alejarse agitando el cucharón con el doble de energía que antes. Por un instante Mat temió que fuera a atizarlo con él. La pura verdad era que todas las mujeres, no sólo algunas, tenían una vena de violencia.

Entre unas cosas y otras, fue un alivio cuando Nerim y Lopin se enzarzaron a voces en una discusión con respecto a qué equipaje de cuál señor sería transportado en primer lugar. Aplacarlos requirió su buena media hora por parte de Nalesean y de él. Un mayordomo fuera de sí podía hacer un infierno de la vida de su señor. Después tuvo que ocuparse de solventar con los Brazos Rojos quiénes de ellos se encargaban de transportar el cofre con el oro al otro lado de la plaza y quiénes se ocupaban de llevar los caballos. En fin, así se retrasaba el momento de meterse en el condenado palacio de Tarasin.

Sin embargo, una vez instalado en sus nuevos aposentos, casi olvidó sus problemas; al principio. Tenía una amplia sala de estar, un pequeño reservado, el cuarto de malos humores, como lo llamaban por aquellos lares, y un inmenso dormitorio con la cama más enorme que había visto en su vida, cuyas columnas tenían talladas guirnaldas de flores encarnadas, nada menos. La mayor parte del mobiliario era de un intenso color rojo o un intenso color azul, cuando no dorado. Una puerta pequeña, próxima al lecho, comunicaba con un cuartito de servicio para Nerim, quien pareció considerarlo excelente a pesar de la estrecha cama y de la ausencia de ventana. Los aposentos de Mat contaban con altos ventanales en arco que daban a balcones con enrejados forjados y pintados de blanco, asomados a la plaza de Mol Hara.

Librodot

Las lámparas de pie eran doradas, como también lo eran los marcos de los espejos; había dos en el cuarto de malos humores, tres en la sala de estar y cuatro, nada menos, en el dormitorio. El reloj —¡un reloj!— sobre la repisa de mármol de la chimenea, en la sala de estar, también era de resplandeciente oro. La jofaina y el aguamanil del lavabo eran de porcelana roja de los Marinos. Casi se sintió defraudado cuando descubrió que el orinal del dormitorio era de sencilla cerámica blanca. En la sala de estar había incluso un estante con más de una docena de libros. Tampoco es que él leyera mucho.

Aun con los colores desentonados de paredes, techos y baldosas del suelo, las habitaciones traslucían riqueza. En cualquier otro momento, Mat se habría puesto a bailar una giga. En cualquier otro momento en que no hubiese sido consciente de que una mujer cuyas habitaciones se encontraban justo al final del pasillo quería sumergirlo en agua hirviente y atizar el fuego con el fuelle. Eso, si es que Teslyn o Merilille u otra de esa pandilla no se las ingeniaban para hacerlo antes a pesar de su medallón. ¿Por qué habían dejado de rodar los malditos dados en su cabeza en el momento en que Elayne mencionó esas jodidas habitaciones? Curiosidad. Se lo había oído decir a varias mujeres, allá en casa, generalmente cuando había hecho algo que en su momento le pareció divertido: «Los hombres enseñan a los gatos la curiosidad, pero los gatos se reservan el sentido común para sí mismos».

—Pues yo no soy un jodido gato —rezongó mientras salía del dormitorio a la sala de estar. Tenía que saberlo, eso era todo.

—Pues claro que no —dijo Tylin—. Un tierno y suculento lechoncito, eso es lo que eres.

Mat dio un respingo de sobresalto y miró de hito en hito a la mujer. ¿Tierno y suculento? ¡Y lechoncito! Tylin apenas le llegaba al hombro. Indignado o no, Mat se las arregló para hacer una elegante reverencia. Al fin y al cabo, era la reina; no debía olvidarlo.

—Majestad, gracias por estos aposentos maravillosos. Me encantaría charlar con vos, pero he de salir y...

Sonriente, la mujer cruzó el suelo de baldosas rojas y verdes acompañada del frufrú de las blancas enaguas y con los grandes y oscuros ojos prendidos en él. Mat no sentía el menor deseo de mirar el Cuchillo de Esponsales que reposaba sobre el inicio de los generosos senos. Ni la daga de mayor tamaño, incrustada de gemas, que llevaba metida en un cinturón también recamado de piedras preciosas. Mat retrocedió.

—Majestad, tengo que atender un importante...

La mujer empezó a tararear entre dientes. Mat reconoció la melodía, ya que él mismo la había canturreado últimamente a la vista de unas cuantas chicas. Era lo bastante avispado para no entonarla en voz alta y, además, la letra que acompañaba a la melodía en Ebou Dar habría hecho que le ardieran las orejas. Aquí se titulaba *Te besaré hasta dejarte sin aliento.*

Con una risa nerviosa, intentó poner entre ellos una mesa incrustada de lapislázuli, pero de algún modo ella la rodeó antes sin que diera la impresión de incrementar la velocidad de sus pasos.

—Majestad, yo...

Tylin le puso una mano en el pecho y lo empujó hasta sentarlo en un sillón de respaldo alto, tras lo cual se acomodó en su regazo. Entre la mujer y los brazos del sillón, se encontraba atrapado. Oh, claro que habría podido levantarla en vilo y ponerla de pie con facilidad. Pero llevaba aquella jodida daga en el cinturón, y dudaba que ese trato desconsiderado por su parte se juzgara tan aceptable como a la inversa. Después de todo, esto era Ebou Dar, donde se consideraba justificado que una mujer matara a un

hombre hasta que se demostrara lo contrario. Podría haberla levantado sin dificultad, sólo que...

Mat había visto a los pescaderos de la ciudad vendiendo unos peculiares animales llamados calamares y pulpos —¡de hecho, los ebudarianos se comían esos bichos!—, pero se quedaban cortos comparados con Tylin. La mujer parecía tener diez manos. Mat rebulló y manoteó en un vano intento de frenarla y ella se echó a reír suavemente. Entre beso y beso, Mat protestó, falto de aliento, que alguien podría entrar, y ella se limitó a reír quedamente. Balbuceó sobre su respeto por su corona, y ella volvió a reír. Afirmó estar comprometido con una muchacha allá, en casa, que le había robado el corazón. Entonces sí que Tylin rió con ganas.

—Ojos que no ven, corazón que no siente —murmuró, sin que sus veinte manos se quedaran quietas un momento.

Alguien llamó a la puerta, y Mat, liberando sus labios a la fuerza, gritó:

—¿Quién es? —Porque fue un grito. Un chillido agudo. Al fin y al cabo, le faltaba el aliento.

Tylin se levantó de su regazo y se retiró tres pasos con tanta rapidez que dio la impresión de que se hallaba allí desde el principio. ¡Y además tuvo el descaro de asestarle una mirada de reproche! Y luego le lanzó un beso. Apenas sus labios habían vuelto a su posición normal cuando la puerta se abrió y Thom Merrilin asomó la cabeza.

—¿Mat? Caray, no me parecía tu voz. ¡Oh, majestad!

Para ser un escuálido y viejo juglar con pretensiones, Thom sabía hacer las más elegantes reverencias a pesar de su cojera. No era el caso de Juilin, el cual se quitó el ridículo gorro rojo e hizo lo que estaba en su mano.

—Disculpad, no queríamos interrumpir... —empezó de nuevo el juglar.

—¡Entra, Thom! —se apresuró a atajarlo Mat y, mientras se arreglaba la chaqueta, hizo intención de ponerse de pie, pero entonces se dio cuenta de que, de algún modo, la condenada mujer le había desatado la pretina de los pantalones sin que él lo advirtiera. Esos dos tal vez no repararan en que tenía las lazadas de la camisa desatadas hasta la cintura, pero desde luego no les pasaría por alto que se le cayeran los pantalones. ¡Y encima el aspecto del vestido azul de Tylin era perfecto, en absoluto desarreglado!—. ¡Juilin, entra!

—Me alegra que hayáis encontrado los aposentos de vuestro agrado, maese Cauthon —dijo Tylin, la viva imagen de la dignidad. Salvo sus ojos, en cualquier caso, cuando al volverse hacia él ni Thom ni Juilin pudieron verlos. Aquellas pupilas daban a palabras inocuas un doble sentido—. Estoy deseando disfrutar de vuestra compañía. Será muy interesante tener a un *ta'veren* al alcance de la mano, a mi disposición. Pero ahora he de dejaros con vuestros amigos. No, no os levantéis, por favor. —Esa última frase iba teñida con un leve timbre de sorna.

—Bueno, chico —dijo Thom mientras se atusaba el bigote con el nudillo del índice, una vez que Tylin hubo salido—, qué suerte la tuya, ser recibido con los brazos abiertos por la mismísima reina.

Juilin pareció de repente muy interesado en su gorro. Mat los miró receloso, como retándolos mentalmente a que dijeran una sola palabra más —¡una sola!—, pero cuando preguntó por Nynaeve y Elayne dejó de preocuparle lo que pensaran sobre la reina y él. Las dos mujeres no habían regresado. Estuvo a punto de levantarse de un brinco, aunque se le cayeran los pantalones. ¡De modo que ya empezaban a soslayar el acuerdo al que habían llegado! Tuvo que explicar a qué se refería entre las exclamaciones de incredulidad de los dos hombres y sus propias opiniones sobre la maldita Nynaeve al'Meara y la condenada Elayne, heredera del trono. No parecía probable que hubiesen ido al Rahad sin él, pero las creía perfectamente capaces de haber salido a la caza de

Carridin. Elayne era de las que exigiría una confesión y esperaría que el hombre se viniera abajo. Por su parte, Nynaeve intentaría sacársela a golpes.

—Dudo que anden detrás de Carridin —dijo Juilin mientras se rascaba la parte posterior de la oreja—. Creo que son Birgitte y Aviendha las que lo están vigilando, por lo que he oído. No las vimos marcharse. Me parece que no tienes que preocuparte de que ese hombre sepa a quién está viendo aunque se dé de bruces con ellas.

Mientras se servía una copa de vino dulce que Mat había encontrado esperándolo al entrar, Thom se ocupó de explicárselo. Mat se cubrió los ojos con una mano. Disfraces hechos con el Poder; no era de extrañar que se hubiesen escabullido como serpientes cada vez que querían. Esas dos causarían un gran problema; era lo que mejor se les daba a las mujeres. En realidad no le sorprendió enterarse de que Thom y Juilin sabían tan poco como él sobre el dichoso Cuenco de los Vientos.

Después de que los dos hombres se hubieron marchado para prepararse a fin de hacer una visita al Rahad, Mat tuvo tiempo de poner en orden sus ropas antes de que Nynaeve y Elayne regresaran. Y también lo tuvo para ver cómo le iba a Olver, que ocupaba una habitación un piso más abajo. El cuerpo descarnado del chico se había llenado un poco a costa de la comida que Enid y el resto del personal de la cocina de La Mujer Errante le habían metido, pero siempre sería bajo, incluso para un cairhienino, y aunque sus orejas y su boca se redujeran a la mitad de su tamaño, con su nariz seguiría estando lejos de ser atractivo. Tres sirvientas se ocupaban de él haciendo muchos aspavientos mientras él permanecía sentado en la cama, cruzado de piernas.

—Mat, ¿a que Haesel tiene unos ojos preciosos? —dijo Olver, sonriendo a la joven de enormes ojos que Mat había conocido la última vez que había visitado el palacio. La muchacha sonrió a su vez y le revolvió el cabello al chico—. Oh, pero Alis y Loya son tan cariñosas que no podría elegir entre ellas. —Una mujer de mediana edad, entrada en carnes, alzó la vista del equipaje de Olver que estaba deshaciendo y le sonrió, y una joven esbelta de labios turgentes dio unas palmaditas a la toalla que acababa de poner en el lavabo y luego se lanzó sobre la cama para hacerle cosquillas a Olver hasta que el chico no pudo controlar las carcajadas.

Mat resopló. ¡Bastante mal criado tenían al chico Harnan y su pandilla para que ahora esas mujeres le dieran más alas! ¿Cómo demonios iba a aprender a comportarse si las mujeres actuaban así? Olver tendría que estar jugando en la calle como cualquier crío de diez años. A él nunca se le había echado encima una sirvienta en su cuarto. Tylin era la responsable de aquello, no le cabía duda.

No sólo tuvo tiempo de comprobar cómo le iba a Olver, sino también a Harnan y a los demás Brazos Rojos, que compartían una habitación larga en la que se alineaban las camas, no muy lejos de los establos. Y de acercarse a las cocinas, para tomar un poco de carne y pan, pues había sido incapaz de ingerir las gachas de avena de la posada. Nynaeve y Elayne aún no habían regresado. Finalmente, echó un vistazo a los libros que había en su sala de estar y se puso a leer *Los viajes de Jain el Galopador*, aunque no se enteró de lo que leía a causa de la preocupación. Thom y Juilin entraron justo en el momento en que, por fin, las dos mujeres irrumpieron en la sala y lanzaron exclamaciones al verlo allí, como si pensaran que no cumpliría su palabra. Cerró lentamente el libro y lo dejó con suavidad sobre la mesa que tenía junto a la silla.

—¿Dónde habéis estado?

—Vaya, pues dando un paseo —contestó alegremente Elayne, con los azules ojos más abiertos de lo que Mat había visto nunca.

Thom frunció el entrecejo y sacó una daga de la manga, con la que empezó a juguetear haciéndola girar entre los dedos. Evitó mirar a Elayne de manera muy patente.

—Tomamos el té con unas mujeres que tu posadera conoce —dijo Nynaeve—. No

quiero aburrirte con una charla sobre labores.

Juilin empezó a sacudir la cabeza y se paró antes de que la mujer lo advirtiera.

—No, por favor, no me aburras —replicó secamente Mat. Suponía que la antigua Zahorí sabía distinguir el ojo de una aguja de la punta, pero sospechaba que antes preferiría atravesarse la lengua con una que ponerse a hablar de labores. Además, el hecho de que ninguna de las dos hubiese hecho comentarios cáusticos sobre educación y urbanidad confirmaba sus peores sospechas.

»Ya he destacado a cuatro hombres, dos para cada una, para que os acompañen esta tarde, y habrá otros cuatro mañana y todos los días. Si no os encontráis en palacio o donde yo pueda veros, tendréis guardias personales. Ya saben sus turnos, y os escoltarán en todo momento. En todo momento, repito. Además, me informaréis adónde os dirigís. No me causaréis más preocupaciones. No quiero quedarme calvo antes de tiempo.

Esperaba discusiones e indignación. Esperaba argumentos para escabullirse sobre lo que habían y no habían prometido. Esperaba que por exigir un pan entero acabaría con una pequeña rebanada; la de la punta, si es que tenía suerte. Nynaeve miró a Elayne y ésta le devolvió la mirada.

—Bien, lo de la guardia personal es una idea maravillosa, Mat —exclamó Elayne, en cuyas mejillas aparecieron hoyuelos al sonreír—. Supongo que tenías razón en cuanto a eso. Es muy inteligente por tu parte tener preparados a tus hombres para el servicio.

—Sí, es una idea maravillosa —convino Nynaeve al tiempo que asentía enérgicamente—. Muy bien pensado, Mat.

Thom dejó caer la daga y soltó una imprecación ahogada, tras lo cual se sentó y observó a las dos mujeres mientras se chupaba el dedo que se había pinchado.

Mat suspiró. Problemas; sabía que los habría. Y eso fue antes de que le dijeran que, por el momento, se olvidara del Rahad.

Y razón por la que ahora se encontraba sentado en un banco, en el exterior de una tabernucha de mala muerte llamada La Rosa del Eldar, cerca de la ribera, bebiendo en una de aquellas tazas de latón abolladas que estaban sujetas con cadenas al banco. Al menos aclaraban las tazas para cada parroquiano nuevo. El hedor procedente de una tintorería que había al otro lado contribuía a poner de relieve la categoría de la taberna. En realidad no era una zona barriobajera, aunque la estrechez de la calle impedía que pasaran carruajes. Un número considerable de palanquines, pintados de colores llamativos, se movía entre la multitud. Las ropas de los transeúntes y algún que otro chaleco de gremio eran en su mayoría de paño, en lugar de seda, pero también abundaban más las que eran de calidad que las andrajosas.

Las casas y tiendas formaban el habitual despliegue de blanco estuco, y si bien casi todas eran pequeñas e incluso deterioradas, en la esquina, a la derecha de Mat, se alzaba la casa alta de un mercader adinerado, y a la izquierda, un pequeño palacete —de hecho, más pequeño que la casa del comerciante—, con una única cúpula de franjas verdes y sin torre. Desde el puesto de observación de Mat se veían otras dos tabernas y una posada que parecían frescas y acogedoras; por desgracia, La Rosa del Eldar era la única en la que los clientes podían sentarse fuera, la única situada en el sitio justo. Por desgracia.

—Dudo que haya visto moscas tan espléndidas en toda mi vida —refunfuñó Nalesean mientras espantaba a varios insectos de su copa—. ¿Qué demonios hacemos aquí?

—Tú, bebiendo ese remedo de vino y sudando como un cerdo —rezongó Mat, calándose más el sombrero para protegerse mejor los ojos—. Y yo, siendo *ta'veren.* —Lanzó una mirada furibunda a la casa destartalada, situada entre la tintorería y una

ruidosa tejeduría, que le habían mandado que vigilara. No pedido, sino mandado, lo hubiesen dicho como lo hubiesen dicho, bordeando el límite de las promesas que le habían hecho. Oh, sí, lo hicieron de manera que pareciera que se lo pedían, como si al final se lo suplicaran, cosa que él se creería cuando a las ranas les creciera pelo. Se daba cuenta cuando alguien lo mangoneaba—. «Sé *ta'veren*, Mat, nada más» —imitó con voz aflautada—. «Estoy convencida de que sabrás lo que has de hacer.» ¡Bah! —Puede que la maldita Elayne, heredera del trono, con sus malditos hoyuelos, lo supiera, o Nynaeve, con sus malditas manos temblando por el deseo de tirarse de su maldita trenza. Pero que lo asparan si él lo sabía—. Si el jodido Cuenco se encuentra en algún lugar del Rahad, ¿cómo se supone que voy a encontrarlo si estoy a este jodido lado del río?

—No recuerdo oírlas decir eso —intervino secamente Juilin. Tomó un buen trago de una bebida hecha con ciertos frutos amarillos que se cultivaban en el campo y añadió—: Has preguntado lo mismo al menos cincuenta veces.

El rastreador afirmaba que dicha bebida era refrescante en verano, pero Mat había mordido uno de esos «limones», como se llamaban los frutos, y se negaba en redondo a beber nada hecho con ellos. Puesto que todavía tenía jaqueca, había pedido té. El brebaje sabía como si el tabernero, un tipo delgaducho con ojillos suspicaces, hubiese estado añadiendo en la tetera hojas frescas y agua a los restos del día anterior desde la fundación de la ciudad. El sabor era acorde con su estado de ánimo.

—Lo que a mí me interesa —murmuró Thom— es por qué han hecho tantas preguntas sobre tu posadera. —No parecía muy molesto por el hecho de que siguieran guardando secretos para ellos; a veces, actuaba de un modo decididamente raro—. ¿Qué tienen que ver Setalle Anan y estas mujeres con el Cuenco?

En la destartalada casa entraban y salían mujeres en un constante flujo, algunas bien vestidas aunque ninguna con sedas, y ningún hombre. Tres o cuatro llevaban el cinturón rojo de las Mujeres Sabias. Mat se había planteado la posibilidad de seguir a algunas cuando se marcharan, pero le pareció demasiado planeado. No sabía cómo funcionaba lo de ser *ta'veren* —a decir verdad nunca había notado ningún signo de ello en sí mismo—, pero su suerte siempre funcionaba mejor cuando todo pasaba al azar. Como con los dados. La mayoría de los rompecabezas metálicos de las tabernas se le resistían, por afortunado que se sintiera.

Pasó por alto la pregunta de Thom; la había hecho casi el mismo número de veces que él había preguntado cómo iba a encontrar el Cuenco allí. Nynaeve le había dicho en su cara que no había prometido contarle todo lo que sabía; añadió que le diría todo cuanto necesitara saber. Verla atragantada, a punto de ahogarse por contener los insultos que deseaba lanzarle, no le parecía venganza suficiente.

—Podría dar una vuelta por el callejón —murmuró Nalesean—. Por si acaso una de esas mujeres decide saltar sobre el muro del jardín. —El angosto pasaje que había entre la tintorería y la casa quedaba a plena vista en toda su longitud, pero otro callejón pasaba por detrás de las tiendas y las viviendas—. Mat, vuelve a explicarme por qué estamos aquí en lugar de estar jugando a las cartas.

—Iré yo —contestó Mat. Quizá descubriría cómo funcionaba lo de los *ta'veren* detrás del muro del jardín. Fue allí y no sacó nada en claro.

Para cuando el crepúsculo empezó a adueñarse de la calle y Harnan apareció acompañado por un andoreño calvo, de ojos muy juntos, llamado Wat, el único efecto achacable a ser *ta'veren* que había visto era que el tabernero había preparado una tetera con té reciente. Sabía casi tan mal como la anterior.

De vuelta en sus aposentos de palacio, encontró una nota, una especie de invitación redactada con letra elegante sobre un grueso papel blanco que olía como un jardín florido.

«Mi lechoncito, te espero esta noche en mis aposentos para cenar.»

No iba firmada, pero a Mat no le hacía falta. ¡Luz! ¡Esa mujer no tenía pizca de vergüenza! Había un cerrojo pintado de rojo en la puerta que daba al corredor; encontró la llave y la echó. Luego, como medida de seguridad, encajó una silla contra el picaporte de la puerta que daba al cuarto de Nerim. Podía pasar sin cenar. Justo cuando estaba a punto de meterse en la cama, el picaporte resonó; fuera, en el pasillo, una mujer rió al encontrar la puerta cerrada con llave.

Tendría que haberse quedado dormido profundamente, pero por alguna razón permaneció despierto, oyendo los gruñidos de su estómago vacío. ¿Por qué hacía eso Tylin? Bueno, sabía por qué, pero ¿por qué él? A buen seguro, la mujer no había decidido arrojar por el balcón todo atisbo de decencia sólo para acostarse con un *ta'veren.* En cualquier caso, ahora estaba a salvo. Tylin no echaría abajo la puerta, después de todo. ¿O sí? Ni siquiera la mayoría de los pájaros podía pasar a través de las verjas forjadas de los balcones. Además, necesitaría una enorme escalera para llegar tan arriba. Y hombres para transportarla. A menos que se descolgara desde el tejado con una cuerda. O también podría... La noche pasó, su estómago no dejó de sonar, el sol salió y no cerró los ojos un solo momento ni tuvo una sola idea útil. Salvo tomar una decisión. Se le ocurrió un uso para el cuarto de los malos humores. Ciertamente, él nunca se enfurruñaba.

Con las primeras luces salió de sus aposentos y encontró a otro sirviente de palacio a quien conocía, un tipo calvo llamado Madic con aire ufano y una mueca astuta en la boca que evidenciaba que no se sentía satisfecho en absoluto. En resumen, un hombre al que podía comprarse. La expresión sorprendida que pasó fugaz por su rostro cuadrado y la sonrisilla apenas disimulada revelaron que sabía exactamente la razón por la que Mat le ponía oro en la mano. ¡Así se condenara! ¿Cuánta gente estaba al tanto de las intenciones de Tylin?

Al parecer, Nynaeve y Elayne no, gracias le fueran dadas a la Luz. Aunque ello significase que le tomaran el pelo por haberse perdido la cena con la reina, cosa que habían descubierto cuando Tylin les preguntó si se encontraba enfermo. Pero lo peor...

—Por favor —dijo Elayne, sonriendo casi como si no le costase pronunciar esas dos palabras—, debes intentar empezar con buen pie tu relación con la reina. No te pongas nervioso. Disfrutarás pasando una velada con ella.

—Y no hagas nada que la ofenda —murmuró Nynaeve. Con ella no cabía duda que comportarse educadamente le daba de patadas; sus cejas se fruncían en un gesto de concentración, tenía prietas las mandíbulas, y su mano temblaba de ansiedad por asirse la trenza—. Sé considerado por una vez en tu... Quiero decir que recuerdes que es una mujer decente, y no intentes ninguna de tus... Luz, ya sabes a lo que me refiero.

Nervioso. ¡Ja! Una mujer decente. ¡Ja!

A ninguna de las dos parecía preocuparle que él hubiese perdido toda una tarde. Elayne le dio unas palmaditas en el hombro con aire compasivo y le pidió por favor que lo intentase uno o dos días más, lo que, a decir verdad, era mejor que estar pateando el Rahad con este calor. Nynaeve repitió exactamente lo mismo, como hacían las mujeres, pero sin las palmaditas en el hombro. Admitieron sin tapujos que se proponían pasar el día espiando a Carridin con Aviendha, si bien eludieron responder a su pregunta de a quién esperaban reconocer entre las visitas al Capa Blanca. A Nynaeve se le escapó ese detalle, y Elayne le asestó tal mirada que Mat pensó que por una vez vería a la antigua Zahorí recibir una bofetada. Aceptaron sumisamente su admonición de que no perdieran de vista a los hombres de su guardia personal, y también accedieron a mostrarle los disfraces que tenían intención de adoptar. Incluso con la descripción de Thom, ver a las

Librodot

dos convertirse de repente en ebudarianas ante sus propios ojos fue una impresión casi tan grande como la actitud sumisa de las mujeres. Es decir, la fingida sumisión de Nynaeve estuvo a punto de irse al garete cuando comprendió que decía en serio lo de no destacar guardaespaldas para la Aiel porque ella no los necesitaba, pero no hizo mal del todo su papel. Que cualquiera de esas dos entrelazara las manos y le respondiera mansa como una malva lo ponía muy nervioso. Que lo hiciesen las dos —¡con Aviendha asintiendo con aprobación!— bastó para que se sintiese contento de verlas partir. Antes, sin embargo, y sólo para estar seguro, les hizo mostrar sus disfraces a los hombres que las acompañarían, sin dejarse intimidar por su repentino gesto de apretar los labios. Vanin no dejó pasar la oportunidad de ser uno de los guardias de Elayne y se llevó la mano a la frente en un saludo, comportándose como un idiota.

Vanin no había descubierto gran cosa en su turno de vigilancia de la casa de Carridin. Como ocurriera el día anterior, un gran número de personas había ido a visitar al Capa Blanca, incluidas algunas vestidas con seda, pero eso no era prueba de que fueran Amigos Siniestros. En fin de cuentas, ese hombre era el embajador de los Capas Blancas, y probablemente serían más las personas que querían comerciar en Amadicia que se presentaban ante él que ante el embajador del país, fuera quien fuese. Vanin informó que, sin lugar a dudas, dos mujeres habían estado vigilando también el palacio de Carridin —la expresión de su cara cuando de repente Aviendha se transformó en una tercera ebudariana fue todo un poema—, y que creía que también lo había hecho un viejo, un tipo que resultó ser sorprendentemente ágil y espabilado para su edad. Vanin no había logrado echarle un buen vistazo a pesar de localizarlo en tres ocasiones. Una vez que Vanin y las mujeres se hubieron ido, Mat mandó a Thom y a Juilin para ver qué podían descubrir sobre Jaichim Carridin y un viejo encorvado y cano que demostraba interés en los Amigos Siniestros. Si el rastreador era incapaz de hallar el modo de ponerle la zancadilla a Carridin, significaba que no había ninguno; por su parte, Thom parecía tener gran facilidad para aglutinar todas las comidillas y chismes y entresacar la verdad. Todo ello era la parte fácil, naturalmente.

Él se pasó dos días sudando en aquel banco, apartándose de allí sólo para recorrer alguna que otra vez el callejón que había entre la tintorería y la casa vigilada, y el único cambio fue que el sabor del té se volvió malo de nuevo. El vino era tan espantoso que Nalesean empezó a tomar cerveza. El primer día, el tabernero les ofreció pescado para el almuerzo, pero a juzgar por el olor debían de haber capturado los peces la semana anterior. El segundo día les ofreció un guiso de ostras. Mat engulló cinco platos de aquello a pesar de los trozos de concha que había en el caldo. Birgitte declinó ambas comidas.

Mat se había sorprendido cuando, aquel primer día, la mujer los alcanzó a Nalesean y a él cruzando a toda prisa la plaza de Mol Hara. Aunque el sol apenas asomaba sobre los tejados, ya había gente y carros por la plaza.

—Debo de haberme despistado un instante —comentó con una risita—. Os esperaba donde pensé que ibais a salir, para acompañaros. Si no os importa, claro.

—A veces nos movemos muy deprisa —respondió Mat evasivamente. Nalesean lo miró de soslayo; el noble no tenía ni idea del motivo por el que habían utilizado una pequeña puerta lateral, cerca de los establos, para marcharse casi a hurtadillas. No es que Mat pensara que Tylin fuera a abalanzarse sobre él en los pasillos a plena luz del día, pero tampoco venía mal ser precavido—. Tu compañía es bienvenida en cualquier momento. Eh... gracias.

La arquera se limitó a encogerse de hombros y a murmurar algo que Mat no entendió mientras se ponía a su lado. Así fue el comienzo con ella. Cualquier otra mujer, según su experiencia, habría exigido saber por qué le había dado las gracias para,

Librodot

a continuación, explicar que no tenía por qué, extendiéndose sobre el tema hasta el punto de hacerle desear taparse los oídos, o, por el contrario, habría empezado a regañarlo por pensar que debía dárselas, también explayándose largo y tendido, o, a veces, dejando muy claro que esperaba algo más sustancial que unas palabras. Birgitte se contentó con aquel gesto despreocupado y, en el transcurso de los dos días siguientes, a Mat le vino a la cabeza una idea de lo más asombrosa.

Para él, normalmente, las mujeres eran criaturas a las que admirar, dedicarles sonrisas, con las que bailar y, si lo permitían, darles un beso; incluso llegar a algo más si tenía suerte. Decidir a qué mujer galantear resultaba casi tan divertido como el galanteo en sí, aunque ni mucho menos tanto como dar caza a la pieza. Ni que decir tiene que algunas mujeres eran simplemente amigas. Más bien pocas. Egwene, por ejemplo; aunque ignoraba cómo podría perdurar esa amistad al haberse convertido en Amyrlin. En cierto modo, a Nynaeve también podría considerarla una especie de amiga; sobre todo si fuera capaz de olvidar durante una hora que le había dado azotes en el trasero más de una vez y recordase que ya había dejado de ser un niño. Sin embargo, tener amistad con una mujer era distinto a tenerla con un hombre; no sólo sus pensamientos discurrían por distintos derroteros a los de un varón, sino que también veían el mundo desde otra perspectiva.

—Estáte alerta —susurró Birgitte, inclinándose hacia Mat en el banco—. Esa viuda anda a la caza de un nuevo marido; la vaina de su Cuchillo de Esponsales es de color azul. Además, la casa que vigilamos está en esa otra dirección.

El joven parpadeó y perdió de vista a la mujer encantadoramente rellenita que balanceaba de forma exagerada las caderas al caminar. Birgitte rió de buena gana al ver su mueca azorada. Nynaeve lo habría flagelado verbalmente por haber mirado a la mujer, mientras que Egwene habría mostrado su desaprobación con una actitud fría. Al final del segundo día instalados en aquel asiento, cayó en la cuenta de que había estado sentado todo el tiempo con su cadera pegada a la de Birgitte y, sin embargo, ni una sola vez se le había ocurrido intentar besarla. No le cabía duda de que ella no lo deseaba —y considerando el tipo de hombre, feo como un perro, que parecía atraer su mirada, podría haberse sentido ofendido en caso contrario—, aparte de que era una heroína de leyenda de la que todavía casi esperaba que salvara de un salto una casa y agarrase por el cuello a dos Renegados en el proceso. Pero en realidad no se trataba de eso; para él sería tan descabellado como plantearse besar a Nalesean. Birgitte le gustaba exactamente del mismo modo que el teariano.

Dos días en aquel banco, yendo y viniendo por el callejón de la tintorería para echar un vistazo al alto muro de ladrillos que cerraba el jardín de la casa por la parte de atrás. La arquera habría podido trepar por él, pero incluso ella correría el riesgo de romperse el cuello si lo intentaba llevando puesto un vestido. En tres ocasiones había decidido, llevado por un impulso repentino, seguir a las mujeres que salieron de la casa; dos de ellas lucían el cinturón rojo de las Mujeres Sabias. Después de todo, elegir al azar parecía traerle suerte. Una de las Mujeres Sabias giró en la esquina y compró un manojo de nabos mustios antes de regresar a la casa; otra llegó dos calles más allá para comprar un par de peces grandes con rayas verdes. La tercera, alta y morena, quizá teariana por el vestido de lana gris, cruzó dos puentes antes de entrar en una tienda grande, donde la recibió con sonrisas y reverencias un tipo delgaducho, y empezó a supervisar el embalaje de cajas y bandejas lacadas en cestos llenos de serrín que posteriormente fueron cargados en una carreta. Por lo que Mat consiguió averiguar, la mujer esperaba conseguir una pieza de plata por la mercancía en Andor. El joven se escapó por poco de tener que comprar una caja. Como para fiarse de la suerte.

No fue él el único que no la tuvo. Nynaeve, Elayne y Aviendha llevaron a cabo

Librodot

sus peregrinajes a las calles adyacentes al pequeño palacio de Carridin sin ver a nadie que les resultase conocido, cosa que las frustró sobremanera. Seguían negándose a decirle a quiénes esperaban descubrir; tampoco es que importase mucho, ya que no habían asomado la nariz por allí. Ése fue el comentario de las tres, que lo hicieron enseñando los dientes de tal modo que daba la impresión de que hubiera seis mujeres en lugar de tres; se suponía que las muecas eran sonrisas. Lástima que Aviendha hubiese sincronizado tan rápida y totalmente con las otras dos; sin embargo, hubo un momento, cuando las presionaba para que le diesen una respuesta, en que Elayne le replicó de manera cortante, con la barbilla bien levantada, y entonces la Aiel le susurró algo al oído.

—Perdóname, Mat —pidió la heredera del trono, con la faz tan roja que en comparación su cabello parecía haberse aclarado—. Te pido disculpas por haberte hablado así. Te lo pediré de... de rodillas, si quieres.

No era de extrañar que la voz le fallase en la última frase.

—No es menester —contestó con un hilo de voz, intentando no abrir los ojos como platos—. Estás perdonada. No fue nada.

Lo más raro, sin embargo, fue que Elayne se quedó mirando a Aviendha todo el tiempo mientras le hablaba y no reaccionó en absoluto cuando él le contestó, pero soltó un suspiro de alivio al ver que Aviendha asentía. Qué raras eran las mujeres.

Por su parte, Thom informó que a la casa de Carridin acudían mendigos con frecuencia, y que, aparte de eso, todo cuanto se hablaba de él en Ebou Dar era lo que cabía esperar, dependiendo de si quien hablaba era de los que consideraban a los Capas Blancas unos monstruos asesinos o de los que pensaban que se trataba de los verdaderos salvadores del mundo. Juilin descubrió que Carridin había comprado un plano del palacio de Tarasin, lo cual podía significar que los Capas Blancas planeaban algo en Ebou Dar o también que Pedron Niall deseaba construirse un palacio y pretendía copiar el de Tarasin. Si es que aún vivía, porque corrían rumores de que había muerto. Claro que la mitad de ellos decían que las Aes Sedai lo habían matado, y la otra mitad que había sido Rand, lo cual daba buena idea de su escasa fiabilidad. Ni Juilin ni Thom habían conseguido la menor información sobre un viejo de pelo blanco y rostro muy arrugado.

Resultado frustrante con Carridin, con la vigilancia de la jodida casa, y en lo relativo al palacio...

Mat tuvo muy claro qué debía hacer desde la primera noche, y, cuando se retiró a sus aposentos, Olver se encontraba allí, cenado ya y hecho un ovillo en un sillón, leyendo *Los viajes de Jain el Galopador* a la luz de las lámparas y en absoluto molesto porque lo hubiesen trasladado al cuarto de Mat. Madic había hecho honor a su palabra, o al oro que él le había metido en el bolsillo. El pequeño cuarto anexo lo ocupaba la cama de Olver. ¡A ver si ahora Tylin intentaba algo, con un niño delante! La reina no se había quedado ociosa, sin embargo. Mat se escabulló hasta las cocinas con el sigilo de un zorro, deslizándose de una esquina a otra, bajando rápidamente las escaleras... y se encontró con que no había comida.

Oh, sí, el olor a guisos impregnaba el aire, piezas de carne se asaban en espetones sobre las enormes lumbres, en los fogones cocían ollas, y las cocineras no dejaban de abrir hornos para ver cómo marchaba esto o aquello. Pero para Mat Cauthon no había comida. Las sonrientes mujeres con sus blancos delantales, pasando por alto sus propias sonrisas, se interpusieron en su camino para que no pudiera acercarse a las fuentes de aquellos apetitosos aromas. Sin borrarse sus sonrisas, le golpearon los nudillos cuando intentó coger un trozo de pan o incluso un poco de pastel de nabo glaseado con miel. Todavía sonriendo le dijeron que no debía quitarse el apetito picando cosas si iba a

cenar con la reina. Lo sabían. ¡Todas, de la primera a la última! Su bochorno, tanto como todo lo demás, lo indujo a regresar a sus aposentos, lamentando amargamente no haber comido el maloliente pescado al mediodía. Echó el cerrojo a la puerta al entrar. Una mujer capaz de matar de hambre a un hombre podría intentar cualquier cosa.

Olver y él jugaban a serpientes y zorros tirados en la alfombra cuando deslizaron una segunda nota por debajo de la puerta.

> «Me han dicho que es más deportivo dejar que el palomo alce el vuelo, contemplar sus acrobacias en el cielo. Pero, antes o después, el ave hambrienta volverá a la mano.»

—¿Qué es eso, Mat? —preguntó el chico.

—Nada. —Arrugó la nota haciéndola una bola—. ¿Otra partida?

—Oh, sí. —Si de él dependiera, Olver se pasaría el día entero entretenido con el estúpido juego—. Mat, ¿has probado el jamón que han preparado esta noche? En mi vida había comido algo tan...

—Tira los jodidos dados, Olver, y cierra el pico.

De camino a palacio la tercera noche de su estancia allí, compró pan, aceitunas y queso de leche de oveja. Fue una buena idea, ya que en las cocinas seguían teniendo órdenes. Las malditas mujeres rieron de buena gana mientras pasaban con humeantes bandejas de carne y pescado justo fuera de su alcance y le decían que no debía quitarse el apetito antes de la cena.

Mantuvo su dignidad: no cogió una de las bandejas ni echó a correr con ella.

—Gentiles damas, vuestra acogedora hospitalidad me abruma —dijo, haciendo su mejor reverencia, como si ondeara una capa imaginaria.

Su retirada habría resultado mucho más airosa si una de las cocineras no hubiese comentado a su espalda, con una risita socarrona:

—Su majestad se dará un festín de pichón asado a no tardar, muchacho.

Qué graciosa. Las otras se echaron a reír con tantas ganas que fue un milagro que no rodaran por el suelo. Sí, realmente chistosa.

El pan, las aceitunas y el queso salado resultaron una buena cena, acompañados con agua de la jofaina del lavabo para ayudar a pasar los bocados. En sus aposentos no había habido vino ni ponche desde aquel primer día. Olver intentó explicarle algo sobre un pescado asado, con salsa de mostaza y pasas; Mat le dijo que practicara la lectura.

Nadie deslizó una nota bajo su puerta esa noche. Nadie tocó con los nudillos a la puerta. Empezó a pensar que quizá las cosas iban a cambiar para mejor. Al día siguiente se celebraba el Festival de los Pájaros y, por lo que había oído comentar sobre los atuendos que la gente llevaría, tanto hombres como mujeres, cabía la posibilidad de que Tylin encontrase otro pichón al que echar sus redes. Quizá saliese alguien de aquella maldita casa de enfrente de La Rosa del Eldar y le pusiera en las manos el jodido Cuenco de los Vientos. Las cosas tenían que mejorar por fuerza.

Cuando despertó a la mañana siguiente, los dados rodaban dentro de su cabeza.

CAPÍTULO 11

El Festival de los Pájaros

Despierto con el sonido de los dados en su cabeza, Mat se planteó seguir durmiendo hasta que dejaran de rodar, pero finalmente se levantó. Con un humor de perros. Como si no tuviera bastante con todo lo demás, sólo faltaban los dichosos dados. Echó de malas maneras a Nerim y se vistió solo, tras lo cual acabó el pan y el queso que le quedaban de la noche anterior y fue a ver qué hacía Olver. El chico empezó a vestirse, pasando de meterse la ropa a tirones para acabar pronto y marcharse cuanto antes hasta quedarse parado por completo, con una bota o la camisa en la mano, para soltar una retahíla de preguntas que Mat respondió sin prestarle mucha atención: no, ese día no irían a las carreras, y daba igual lo sustanciosas que fueran las apuestas en el Circuito del Cielo, al norte de la ciudad. Sí, quizás irían a ver la colección de animales salvajes. Desde luego, le compraría una máscara de plumas para el festival; si es que acababa de vestirse de una vez. Al chico volvieron a entrarle las prisas con ese último comentario.

Lo que ocupaba realmente la atención de Mat eran los dichosos dados. ¿Por qué habían empezado a rodar otra vez? ¡Ni siquiera sabía la razón de que lo hubiesen hecho anteriormente!

Cuando Olver estuvo vestido por fin, siguió a Mat a la sala de estar barbullando preguntas oídas a medias, y chocó contra su espalda cuando el joven se paró en seco. Tylin dejó sobre la mesa el libro que Olver había estado leyendo la noche anterior.

—¡Majestad! —Los ojos de Mat se dirigieron rápidamente hacia la puerta que había cerrado la víspera y que ahora se encontraba abierta de par en par—. Qué sorpresa.

Agarró a Olver y lo puso ante sí, entre él y la mujer que esbozaba una sonrisa burlona. En fin, tal vez no era realmente burlona, pero así le pareció a Mat en ese momento. Y saltaba a la vista que estaba muy complacida consigo misma.

—Me disponía a salir con Olver en este momento. Para que vea el festival. Y una colección itinerante de animales salvajes. Además, quiere una máscara de plumas. —Cerró la boca de golpe para dejar de parlotear como un tonto y empezó a escabullirse hacia la puerta, con el chico delante como si fuese un escudo.

—Sí —musitó Tylin, que los observaba con los ojos entornados. No hizo intención de interponerse en su camino, pero su sonrisa se acentuó como si esperara que metiera el pie en la trampa en cualquier momento—. Es mejor que vaya acompañado, en lugar de andar con golfillos de la calle, como he oído que hace. Y se cuentan algunas otras cosas sobre tu muchacho. ¿Riselle?

Una mujer apareció en el umbral y Mat dio un respingo, sorprendido. Una extravagante máscara de plumas azules y doradas ocultaba casi todo su rostro, pero las plumas del resto del disfraz no tapaban gran cosa. La tal Riselle tenía el busto más espectacular que Mat había visto en toda su vida.

—Olver —dijo mientras se agachaba de rodillas—, ¿te gustaría ir conmigo al festival?

Riselle le enseñó una máscara de plumas rojas y verdes que semejaba un halcón,

justo del tamaño indicado para un muchachito. Sin que Mat tuviese tiempo de abrir la boca, Olver se soltó de un tirón y corrió hacia la mujer.

—Oh, sí, por favor. Gracias.

El desagradecido tunante rió cuando Riselle le puso la máscara y lo estrechó contra su pecho. Agarrados de la mano, los dos salieron al pasillo, dejando a Mat boquiabierto, aunque se recuperó de su estupor en un visto y no visto cuando Tylin habló.

—Tienes suerte de que no sea celosa, encanto. —De debajo del cinturón de oro y plata sacó la larga llave de hierro de la puerta de Mat, seguida de una segunda exactamente igual, y se las mostró—. La gente tiene costumbre de guardar la llave en alguna caja cerca de la puerta. —Justo lo que había hecho él—. Y a nadie se le ocurre que puede haber una segunda. —Volvió a meter una de ellas detrás de su cinturón; la otra giró en la cerradura con un sonoro chasquido antes de reunirse con su compañera en el cinturón—. Bueno, corderito. —Sonrió.

Era demasiado. No contenta con perseguirlo, la mujer lo había medio matado de hambre y ahora se encerraba con él en sus aposentos como... No quería pensar como qué. ¡Corderito! Y aquellos malditos dados gira que te gira en su cabeza. Además, tenía asuntos importantes de los que ocuparse. Los dados no habían estado relacionados nunca con hallar cosas, pero... Llegó junto a ella en dos zancadas, la asió del brazo y empezó a tantear el cinturón buscando las llaves.

—No puedo perder tiempo con... —Enmudeció de golpe cuando la afilada punta de la daga de Tylin, pegada a su mentón, lo obligó a cerrar la boca y a ponerse de puntillas.

—Quítame esa mano de encima —instó fríamente la mujer. Mat consiguió mirarla bajando los ojos en una postura forzada. Había dejado de sonreír. Le soltó el brazo con sumo cuidado, pero ella no aflojó un ápice la presión del arma. Sacudió la cabeza y chasqueó la lengua—. Procuro mostrarme indulgente contigo habida cuenta de que eres forastero, pichoncito, pero ya que quieres jugar duro... Las manos a los costados. Muévete.

La punta de la daga que sostenía la reina marcó una dirección, y Mat no tuvo más remedio que recular de puntillas si no quería acabar con la garganta rajada.

—¿Qué vais a hacer? —farfulló entre dientes. Tener el cuello tan estirado le daba un timbre forzado a su voz. Un cuello muy estirado, aparte de otras cosas—. ¿Y bien? —Podía intentar agarrarle las muñecas; era rápido con las manos—. ¿Qué vais a hacer? —repitió. ¿Lo bastante rápido, teniendo ya la daga pegada al cuello? Ésa era la cuestión. Ésa, y la que le había preguntado. Si intentaba matarlo, le bastaba un golpe seco y la hoja le entraría hasta el cerebro—. ¡Respondedme! —No era pánico lo que sonaba en su voz; no estaba asustado, se dijo—. ¿Majestad? ¿Tylin? —Bueno, quizá sí que se sentía un poco acobardado, por haber utilizado su nombre. En Ebou Dar podías llamar a una mujer «pichoncito» o «ricura» todo el día y ella sonreiría, pero hacerlo por su nombre sin que antes te hubiese dado permiso podía meterte en un aprieto mucho peor que si le tocabas el trasero a una desconocida en la calle en cualquier otra parte del mundo. Y tampoco haber intercambiado unos cuantos besos bastaba para contar con esa autorización.

Tylin no contestó y se limitó a seguir empujándolo hacia atrás hasta que de repente los hombros del joven chocaron contra algo que lo obligó a detenerse. Sin que la presión de la condenada daga hubiese aflojado un ápice, Mat no podía mover la cabeza; pero sus ojos, hasta ese momento fijos en el rostro de la mujer, giraron hacia uno y otro lado rápidamente. Se encontraban en el dormitorio, y tenía la espalda pegada contra uno de los postes rojos de la cama, con sus tallas de flores. ¿Por qué lo había conducido a...?

Librodot

De repente se puso tan colorado como el dichoso poste. No. Su intención no podía ser... ¡No era decente! ¡Imposible!

—No podéis hacerme esto —farfulló Mat, extrañado, y si su voz sonaba un tanto entrecortada y estridente había motivos más que sobrados para ello.

—Observa y aprende, gatito —dijo Tylin, y sacó su Cuchillo de Esponsales.

Más tarde, al cabo de mucho, mucho rato, Mat tiró de la sábana y se tapó hasta la barbilla con gesto irritado. Una sábana de seda, por cierto, como había supuesto Nalesean. La reina de Altara canturreaba en voz baja al lado de la cama, con los brazos echados hacia atrás para abotonarse el vestido. Por su parte, lo único que llevaba Mat encima era el medallón de la cabeza de zorro —¡de mucho le había servido!— y el pañuelo negro anudado al cuello. Una cinta en obsequio a ella, lo había llamado la condenada mujer. Giró sobre sí mismo y cogió su pipa de boquilla de plata y la bolsa de tabaco que tenía sobre la mesita, en el lado contrario a donde estaba Tylin. Encendió con un carbón que había metido entre arena en un cuenco de oro, utilizando unas tenacillas del mismo metal. Después se cruzó de brazos y empezó a dar chupadas y a echar humo con tanta ferocidad como frunció el entrecejo.

—No deberías enrabietarte, pichón, ni hacer mohines. —Sacó de un tirón la daga de donde la había clavado en el poste, junto a su Cuchillo de Esponsales, y examinó la punta de la hoja—. ¿Qué te pasa? Sabes que lo has disfrutado tanto como yo, y yo... — Se echó a reír de repente y con ganas, mientras envainaba también el Cuchillo de Esponsales—. Si eso forma parte de lo que significa ser *ta'veren*, debes de gozar de gran popularidad.

Mat se puso colorado a más no poder.

—No es lógico —estalló, quitándose violentamente la pipa de entre los dientes—. No es natural. ¡Soy yo quien se supone que tiene que conquistar!

La sorpresa que asomaba a los ojos de la mujer sin duda reflejaba la suya propia. Si Tylin hubiese sido la camarera de una taberna que le dedicaba una sonrisa insinuante seguramente habría probado suerte con ella —si la hipotética camarera no hubiese tenido un hijo al que le gustaba hacer agujeros a la gente, se entiende—, pero era *él* quien tenía que conquistar. Nunca lo había considerado desde ese punto de vista, pero es que hasta entonces tampoco había sido necesario. Tylin se echó de nuevo a reír y sacudió la cabeza mientras se limpiaba las lágrimas con los dedos.

—Oh, querido, sigo olvidándolo. Estás en Ebou Dar, encanto. He dejado un pequeño presente para ti en la sala de estar. —Le dio unas palmaditas en el pie por encima de la sábana—. Come bien hoy, porque vas a necesitar encontrarte en plena forma.

Mat se cubrió los ojos con la mano e hizo un gran esfuerzo para no llorar de rabia. Cuando los destapó, la reina Tylin ya se había marchado.

Se bajó de la cama y se enrolló en la sábana. Por alguna razón, la idea de caminar por sus aposentos sin llevar nada encima lo hacía sentirse incómodo. La maldita mujer podría salir de repente de un armario. Las ropas que había llevado puestas se hallaban tiradas en el suelo. «¿Para qué molestarse en desatar lazadas cuando puedes dejar desnudo a alguien *cortando* las prendas?», pensó malhumorado. Tylin no había tenido por qué rasgar su chaqueta con el cuchillo de ese modo; simplemente había disfrutado pelándolo como una cebolla.

No sin cierta aprensión abrió el armario rojo y dorado; no la encontró escondida dentro. Había poco donde elegir, ya que Nerim tenía la mayoría de sus chaquetas limpiándolas y remendándolas. Escogió una sencilla, de seda, en color bronce oscuro, y se vistió rápidamente. A continuación metió a empujones debajo de la cama, lo más adentro que pudo, las ropas hechas jirones para esconderlas hasta que pudiera

deshacerse de ellas sin que Nerim las viese. O cualquier otra persona, para el caso. Eran ya demasiados los que estaban al tanto de lo que ocurría entre Tylin y él; sería incapaz de mirar a la cara a cualquiera que se enterara de lo que acababa de pasar.

Ya en la sala de estar alzó la tapa de la caja lacada que había cerca de la salida y luego la cerró con un suspiro; a decir verdad, no esperaba que Tylin volviese a dejar la llave allí. Se recostó en la puerta; una puerta con la cerradura sin echar. Luz, ¿qué iba a hacer? ¿Regresar a la posada? Al infierno si los dados habían dejado de rodar antes. Pero creía muy capaz a Tylin de sobornar a la señora Anan y a Enid, o a la posadera de dondequiera que fuese. Y no le extrañaría nada que Nynaeve y Elayne argumentaran que había roto el trato para poner fin a sus promesas. ¡Al infierno con todas las mujeres!

Se fijó entonces en un gran paquete, envuelto primorosamente en papel verde, que había sobre una de las mesas. Guardaba una máscara a semejanza de un águila, en colores negro y oro, así como una chaqueta cubierta con plumas a juego. También había una bolsita de seda roja que contenía veinte coronas de oro y una nota que olía a flores.

«Te habría comprado un pendiente, lechoncito, pero me he dado cuenta de que no tienes agujero en la oreja. Que te lo abran y te regalaré algo bonito.»

A punto estuvo de llorar otra vez. *Él* hacía *regalos* a las mujeres. ¡El mundo se había vuelto del revés! *¿Lechoncito?* ¡Oh, Luz! Al cabo de un minuto, cogía la máscara; era lo menos que le debía, aunque sólo fuera por la chaqueta hecha jirones.

Cuando por fin llegó al pequeño y umbroso patio donde se venían reuniendo cada mañana, junto a la pila de la fuente en la que flotaban nenúfares y nadaban unos peces blancos con brillantes motitas de colores, encontró a Nalesean y Birgitte preparados también para el Festival de los Pájaros. El teariano se había contentado con una sencilla máscara verde, pero la de Birgitte era un dibujo complejo en amarillo y rojo, con un penacho de plumas; llevaba el rubio cabello suelto, también adornado con plumas en toda su longitud. Lucía un vestido, ceñido con un ancho cinturón amarillo, diáfano bajo más plumas rojas y amarillas. No mostraba ni por asomo tanto como el de Riselle, pero parecía a punto de hacerlo cada vez que la mujer se movía. A Mat no se le había pasado por la cabeza que Brigitte se pudiera engalanar con un vestido como cualquier otra mujer.

—A veces resulta divertido que la miren a una —dijo mientras le clavaba el índice en las costillas cuando él hizo una observación al respecto. Su sonrisa no habría desentonado en el rostro de Nalesean acompañada del comentario de lo divertido que era dar pellizcos en el trasero a las camareras—. Tiene bastantes más piezas que los que llevan las bailarinas de plumas, pero no tantas como para estorbarme. Y, además, no veo razón para que hayamos de movernos deprisa a este lado del río.

Los dados volvieron a rodar dentro de la cabeza de Mat.

—¿Por qué has tardado? —siguió Birgitte—. No nos habrás tenido esperando sólo para hacerle cosquillas a una chica bonita, ¿verdad?

Mat confió en no haberse puesto colorado.

—Yo... —No sabía qué excusa inventarse, pero justo en ese momento seis hombres, vestidos con chaquetas llenas de plumas, entraron en el patio. Todos portaban aquellas espadas finas en la cadera, y también todos ellos, salvo uno, llevaban puestas máscaras con crestas y picos que representaban pájaros no vistos jamás por ojos humanos. La excepción era Beslan, que hacía girar su máscara por las cintas—. Oh, rayos y centellas, ¿qué demonios hace aquí?

—¿Te refieres a Beslan? —Nalesean apoyó las manos en el pomo de la espada y sacudió la cabeza con aire incrédulo—. Vaya, así se abrase mi alma, me dijo que tenía

intención de pasar el festival en tu compañía. Mencionó algo sobre una promesa que hicisteis los dos. Le advertí que resultaría terriblemente aburrido, pero no me creyó.

—Es inconcebible que nada resulte aburrido estando Mat presente —manifestó el hijo de Tylin; su reverencia iba dedicada a los tres, pero sus oscuros ojos se demoraron en Birgitte—. Jamás me había divertido tanto como cuando salí a beber con él y con la Guardián de lady Elayne, la Noche de Swovan, aunque, a fuer de ser sincero, reconozco que apenas recuerdo nada de esa ocasión.

Aparentemente, no había reconocido a «la Guardián». Cosa bastante extraña, habida cuenta de sus gustos con respecto a los hombres —el hijo de la reina Tylin era bien parecido, quizá demasiado, en absoluto su tipo—, curiosamente, Birgitte sonrió levemente y se pavoneó ante el escrutinio del joven.

Lo cierto era que en ese momento a Mat le importaba poco si el comportamiento de la mujer era atípico. Obviamente, Beslan no sospechaba nada sobre lo de su madre y él, o de otro modo ya habría desenvainado la espada. Sin embargo, lo último que deseaba Mat era pasar el día en compañía del joven. Sería espantoso. Tenía cierto sentido del pudor, aunque no pudiera decirse lo mismo de la madre de Beslan.

El problema era que el joven se había tomado muy en serio lo de esa condenada promesa de asistir juntos a todos los festejos y celebraciones que hubiera. Cuanto más insistieron Nalesean y él en que los planes que tenían para ese día eran aburridos a más no poder, más resuelto se mostró Beslan a acompañarlos y, a no tardar, su semblante empezó a tornarse sombrío y Mat pensó que quizá las espadas podrían desenvainarse. En fin, una promesa era una promesa. Cuando Nalesean, Birgitte y él salieron de palacio, iban acompañados por media docena de empingorotados lechuguinos emplumados. Mat estaba convencido de que aquello no habría ocurrido si Birgitte hubiese llevado un atuendo decente. Todos ellos, del primero al último, no le quitaban ojo de encima a la mujer y le sonreían continuamente.

—¿A qué venía todo ese contoneo mientras el chico te comía con los ojos? —rezongó cuando cruzaban Mol Hara. Apretó más la cinta que sujetaba la máscara de águila.

—Yo no me contoneaba, sólo me movía. —Su actitud de afectada seriedad era tan obviamente falsa que en cualquier otro momento Mat se habría reído—. Un poquito. —De repente su sonrisa pícara reapareció y la mujer bajó la voz para que sólo la oyese él—. Te dije que a veces resulta divertido que te miren. El hecho de que sean demasiado guapos no significa que no disfrute con sus miraditas. Oh, no te pierdas ésa —añadió a la par que señalaba a una esbelta mujer que pasaba corriendo y que llevaba una máscara de búho azul y se cubría con bastantes menos plumas que la propia Riselle.

Eso era muy propio de Birgitte: darle con el codo en las costillas para llamar su atención hacia una chica guapa con el mismo desparpajo de cualquier hombre, esperando a cambio que él hiciese otro tanto cuando se trataba de lo que le gustaba a ella, y que por lo general era el tipo más feo que había a la vista. En cualquier caso, aunque ese día hubiese elegido ir medio desnuda —bueno, un cuarto desnuda, para no exagerar— Birgitte era... En fin, era una amiga. ¡Extraño mundo, el de hoy! Había una mujer a la que empezaba a considerar una compañera de jarana, y otra que lo perseguía con tanto empeño como había hecho él siempre con cualquier chica bonita, ya fuese en esos recuerdos antiguos o en los suyos propios. Con más empeño todavía; él nunca había cortejado a una mujer que le dejaba claro que no deseaba que la cortejase. Sí, era un mundo realmente muy extraño.

El sol se encontraba a medio camino, más o menos, de su cenit, pero los festejadores llenaban ya calles, plazas y puentes. Volatineros, malabaristas y músicos, con plumas cosidas en las ropas, actuaban en todas las esquinas, y con frecuencia la

música quedaba ahogada por las risas y los gritos. La gente más pobre tenía que conformarse con adornarse el pelo con unas cuantas plumas, y los golfillos y mendigos con las de paloma, recogidas en la calle, pero las máscaras y los disfraces se volvían más pomposos cuanto más abultaban las bolsas de dinero. Y no sólo más pomposos, sino también más escandalosos. Hombres y mujeres por igual se engalanaban con plumas que dejaban a la vista más piel que Riselle o que la mujer en la plaza de Mol Hara. Ese día no había movimiento comercial en las calles y los canales, aunque al parecer unas cuantas tiendas estaban abiertas —además de todas las tabernas y posadas, por supuesto—, pero, aquí y allí, una carreta se abría paso entre la multitud o una barcaza impulsada por pértigas se deslizaba por los canales sirviendo de soporte a una plataforma, en la que jóvenes de ambos sexos posaban con llamativas máscaras de aves que les tapaban completamente la cabeza, algunas de ellas luciendo crestas que en ocasiones alcanzaban más de tres palmos de altura, y movían las largas alas de tal manera que los restantes disfraces sólo se vislumbraban durante un fugaz momento. Quizá fuera mejor así, pensándolo bien.

Según Beslan, esas escenografías, como se las llamaba, por lo general se ofrecían en casas gremiales, palacios y casas. En su mayor parte, el festival se llevaba a cabo, normalmente, dentro de los edificios. En Ebou Dar no nevaba siquiera cuando el tiempo era como debería ser en esa época —Beslan comentó que le gustaría ver la nieve algún día— pero, por lo visto, en un invierno normal la temperatura era lo bastante baja para impedir que la gente saliera a la intemperie casi en cueros. Sin embargo, con el calor actual, todos se habían echado a la calle. «Espera a la noche y entonces verás lo que es bueno», le había dicho Beslan a Mat. Al parecer, a medida que el sol menguaba, ocurría otro tanto con las inhibiciones.

Contemplando a la alta y esbelta mujer que se deslizaba entre la multitud, cubierta con máscara, capa emplumada y, aparte de eso, siete plumas como mucho, Mat se preguntó qué inhibiciones les quedaban por despojarse a algunas de aquellas personas. Casi gritó a la mujer que se cubriese con la capa. Era bonita, pero ¿ir así por la calle, a la vista de la Luz y de todo el mundo?

Algunas carretas que transportaban escenografías atraían seguidores, por supuesto, grupos apiñados de hombres y mujeres que gritaban y reían mientras echaban monedas, y a veces notas dobladas, a las carretas, obligando a los demás a apretujarse a los lados de la calle. Mat se acostumbró a correr por delante de las carretas hasta que podían meterse por una calle lateral o a esperar hasta que la escenografía pasaba de largo para poder cruzar en una intersección o a través de un puente. Cuando ocurría esto último, Birgitte y Nalesean lanzaban monedas a sucios pilluelos y a mendigos aún más mugrientos. Es decir, Nalesean echaba monedas; Birgitte se concentraba en los arrapiezos y ponía una moneda en cada mano mugrienta como un regalo.

Durante una de aquellas esperas, Beslan puso de repente la mano en el brazo de Nalesean.

—Perdona, teariano, pero a ése no le des —gritó para hacerse oír por encima de la algarabía de la gente y la música.

Un hombre harapiento retrocedió hacia la multitud, cautelosamente; huesudo y con las mejillas hundidas, al parecer había perdido las patéticas plumas que hubiese encontrado para su cabello.

—¿Por qué no? —demandó Nalesean.

—No lleva anillo de latón en el meñique —respondió Beslan—. No pertenece al gremio.

—Luz —exclamó Mat—. ¿Es que en esta ciudad un hombre ni siquiera puede mendigar si no pertenece a un gremio?

Quizá fue por su tono, pero el mendigo saltó sobre él al tiempo que en su mano mugrienta aparecía un cuchillo. Instintivamente, Mat asió el brazo del hombre y giró, lanzando al tipo contra la multitud; algunas personas maldijeron a Mat, otras al mendigo despatarrado en el suelo, y otras le echaron monedas.

Por el rabillo del ojo, Mat atisbó a un segundo tipo delgaducho y harapiento que intentaba apartar a Birgitte para llegar hasta él con un largo cuchillo. Era un estúpido error subestimar a la mujer por su vestimenta; de alguna parte, debajo de aquellas plumas, Birgitte sacó un cuchillo y le asestó una puñalada de arriba abajo.

—¡Cuidado! —gritó Mat, pero no hubo tiempo para más advertencias; todavía no había acabado de gritar cuando sacó una daga de la manga y la lanzó al través. El arma pasó casi rozando la mejilla de Birgitte y se hundió profundamente en la garganta de otro mendigo que blandía un cuchillo, antes de que éste tuviese tiempo de clavárselo en las costillas a la mujer.

De repente había mendigos por todas partes armados con cuchillos y porras rematadas con clavos; cundieron los gritos mientras la gente disfrazada intentaba quitarse de en medio sin miramientos. Nalesean asestó un puñetazo a un hombre harapiento, que reculó trastabillando; Beslan atravesó a otro de parte a parte con su espada, en tanto que sus amigotes se enfrentaban a varios.

Mat no tuvo tiempo de fijarse en nada más; se encontró espalda contra espalda con Birgitte y frente a sus propios adversarios. Sentía a la mujer moviéndose detrás, oía sus maldiciones entre dientes, pero apenas era consciente de ello; Birgitte podía cuidar de sí misma y, a la vista de los dos tipos que tenía delante, Mat no estaba muy seguro de ser capaz de hacer lo mismo. El corpulento individuo de sonrisa desdentada sólo tenía un brazo, además de un pliegue fruncido en la cuenca ocular, donde debería haber estado su ojo izquierdo, pero en la mano sostenía un garrote de medio metro, reforzado con bandas de hierro de las que sobresalían puntas aceradas. Su compañero, pequeño y con cara de rata, tenía los dos ojos y varios dientes, y a pesar de las mejillas hundidas y unos brazos que parecían puro hueso, se movía como una serpiente y se lamía los labios mientras se pasaba una daga oxidada de una mano a otra. Mat amagó, primero a uno y luego al otro, con su cuchillo corto, aunque era lo bastante largo para alcanzar los puntos vitales, de modo que los dos tipos se movieron para esquivarlo y cada cual esperó que su compañero tomara la iniciativa.

—Al viejo Dolo no va a hacerle ninguna gracia esto, Fuste —gruñó el corpulento, y el de la cara de rata se adelantó como una flecha sin dejar de pasar la oxidada arma de una mano a otra.

No contaba con el cuchillo que apareció de repente en la mano izquierda de su adversario y que le asestó un tajo en la muñeca. La daga cayó al suelo, pero aun así el tipo se abalanzó sobre él. Chilló cuando el otro cuchillo se hundió en su pecho, sus ojos se desorbitaron y sus brazos se ciñeron en un gesto convulso alrededor de Mat. Se ensanchó la mueca del individuo desdentado, que enarboló el garrote a la par que se adelantaba.

El gesto burlón se borró de su semblante cuando dos mendigos se le echaron encima gruñendo y asestando puñaladas.

Estupefacto por el giro de los acontecimientos, Mat apartó de un empellón el cadáver del asesino que tenía cara de rata. En la calle se había abierto un claro de unos cincuenta pasos alrededor de los combatientes, y por doquier los mendigos rodaban por el pavimento, dos, tres o incluso cuatro apuñalando a otro, asestándole garrotazos o golpeándolo con piedras.

Beslan cogió a Mat por el brazo. El joven noble tenía la cara manchada de sangre, pero sonreía.

—Larguémonos de aquí y dejemos que la Hermandad de la Limosna se ocupe de sus asuntos. No es honroso luchar contra pordioseros y, además, el gremio no dejará vivo a ninguno de esos intrusos. Sígueme.

Nalesean exhibía un gesto ceñudo; obviamente tampoco consideraba honorable enfrentarse a mendigos. En cuanto a los amigos de Beslan, varios tenían torcidos los disfraces, y uno se había quitado la máscara para que otro le restañara la sangre de un corte en la frente; a pesar de la herida también sonreía. Por lo que Mat veía, Birgitte no tenía ni un arañazo, y su disfraz seguía tan impecable como antes de salir de palacio. Escamoteó su daga; era imposible que pudiese esconder el arma bajo aquellas plumas, pero lo hizo.

Mat no puso reparos a que lo alejaran de allí, pero sí rezongó:

—¿Es que los mendigos van por ahí atacando a la gente en esta... ciudad? —Omitió el epíteto «jodida» suponiendo que a Beslan no le gustaría que calificara así a su ciudad.

—Eres *ta'veren*, Mat —rió el joven noble—, y siempre ocurren cosas emocionantes en torno a los *ta'veren.*

Mat le devolvió la sonrisa con los dientes prietos. Maldito idiota, maldita ciudad y malditos *ta'veren.* En fin, si un mendigo le rebanaba el cuello no tendría que volver a palacio para que Tylin lo trinchara como un lechón tierno. Y, ahora que lo pensaba, así era como lo había llamado: «lechoncito». ¡Maldito fuera todo!

También la calle entre la tintorería y La Rosa del Eldar estaba ocupada por los festejadores, si bien eran contados los que lucían disfraces escasos de tela. Al parecer, había que contar con una buena bolsa para ir casi desnudo. No obstante, los acróbatas que actuaban en la esquina, delante de la casa del mercader, le andaban cerca: los hombres iban descalzos, con el torso al aire y polainas ajustadas de colores chillones; las mujeres, con polainas aún más ceñidas y blusas finísimas. Todos lucían unas cuantas plumas en el cabello, al igual que los músicos que tocaban y hacían cabriolas delante del pequeño palacio, en la otra esquina de la calle; el grupo lo componían una mujer con una flauta, otra soplando un tubo negro, largo y retorcido, cubierto de llaves, y un tipo aporreando un tambor a más no poder. La casa que Mat y los otros iban a vigilar estaba cerrada a cal y canto.

El té en La Rosa del Eldar era tan malo como siempre, lo que significaba que su calidad superaba con mucho la del vino. Nalesean se decidió por la amarga cerveza local. Birgitte dio las gracias sin decir por qué, y Mat le restó importancia limitándose a encogerse de hombros; intercambiaron una sonrisa e hicieron chocar sus tazas en un brindis mudo. El sol ascendió en el cielo; Beslan permanecía sentado, con el tacón de una bota apoyado en la puntera de la otra primero, y después al contrario, pero sus compañeros empezaban a impacientarse por muchas veces que él hiciera notar que Mat era *ta'veren.* Una refriega con pordioseros difícilmente podía considerarse una diversión como era debida, la calle era demasiado estrecha para que pasara ninguna escenografía, las mujeres de allí no eran tan bonitas como en los demás sitios, e incluso mirar a Birgitte dejó de parecerles interesante una vez que comprendieron que la mujer ni siquiera pensaba darles un beso. Lamentando que Beslan no quisiera acompañarlos, se marcharon apresuradamente para buscar diversión en otro lugar. Nalesean dio un paseo hasta el final del callejón que había a un lado de la tintorería, y Birgitte desapareció en el sombrío interior de La Rosa para, según ella, mirar si había algo apropiado para beber escondido en algún rincón olvidado.

—Jamás habría imaginado que un Guardián se vistiese así —comentó Beslan mientras invertía la posición de las botas.

Mat parpadeó. El chico tenía muy buena vista. Birgitte no se había quitado la

máscara un solo instante. En fin, mientras no se hubiese dado cuenta de...

—Creo que a mi madre le vendrá bien vuestra relación, Mat.

Mat se atragantó y roció de té a los viandantes. Algunos le asestaron miradas furiosas, y una esbelta mujer, con un bonito trasero, le dedicó una tímida sonrisa por debajo de la máscara azul que, en opinión de Mat, debía de intentar semejar una gallina. La mujer pateó el suelo y se alejó al ver que él no le devolvía la sonrisa. Por suerte, nadie se dio por ofendido tanto como para no contentarse con la mirada iracunda antes de proseguir su camino. O tal vez por desgracia. A Mat no le habría importado si en ese momento se le hubiesen echado encima seis o siete ebudarianos con ganas de desquitarse.

—¿A qué te refieres? —preguntó, ronca la voz.

Beslan giró la cabeza y lo miró con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Vaya, pues a que te haya escogido como su joven galán, desde luego. ¿Por qué te pones tan colorado? ¿Te has enfadado? ¿Por qué...? —De repente se dio una palmada en la frente y se echó a reír—. Pensaste que yo me enfadaría. Perdona, se me olvida que eres forastero. Mat, ella es mi madre, no mi esposa. Padre murió hace diez años, y madre siempre alegó que estaba demasiado ocupada. Me alegra que haya elegido a alguien que me cae bien. Eh, ¿dónde vas?

Mat no se dio cuenta de que se había puesto de pie hasta que Beslan le hizo la pregunta.

—Eh... Necesito despejarme.

—Pero si estás bebiendo té, Mat.

Mientras rodeaba una silla de manos, columbró que la puerta de la casa se abría y que una mujer, vestida con una capa azul adornada con plumas, salía por ella. Sin pensar lo que hacía —la cabeza le daba demasiadas vueltas para pensar con claridad— empezó a seguirla. ¡Beslan lo sabía! ¡Y lo aprobaba! Su propia madre, y a él no...

—¡Mat! —gritó Nalesean a su espalda—. ¿Adónde vas?

—Si no he vuelto mañana —respondió Mat, también en voz bastante alta, por encima del hombro—, ¡diles que tendrán que encontrarlo ellas mismas!

Fue en pos de la mujer, aturdido, sin oír si Nalesean o Beslan le gritaban algo más. ¡El chico lo sabía! Recordó que en cierta ocasión había pensado que los dos, Beslan y su madre, estaban locos. ¡Estaban peor que locos! ¡Toda Ebou Dar estaba loca! Apenas si advirtió que los dados seguían rodando dentro de su cabeza.

Desde una ventana de la sala de reuniones, Reanne vio desaparecer a Solain calle abajo, en dirección al río. Un tipo con chaqueta de color bronce fue tras ella, pero si lo que se proponía era abordarla, no tardaría en descubrir que Solain no disponía de tiempo para los hombres ni tenía paciencia con ellos.

Reanne no sabía con certeza por qué motivo la sensación de urgencia se había vuelto tan intensa ese día. Desde hacía días había surgido casi con el amanecer y se había disipado al caer el sol, y durante días ella había luchado contra el impulso —según las estrictas reglas que no se atrevían a llamar leyes, esa orden se ejecutaba en la media luna, para lo que todavía quedaban otras seis noches—, pero ese día... Había dado la orden antes de pensarlo y no había sido capaz de retractarse y retrasarla hasta el día señalado. No pasaría nada. Nadie había vuelto a ver por la ciudad a esas dos jovencitas necias que se hacían llamar Elayne y Nynaeve; no había sido necesario correr riesgos innecesarios.

Suspiró y se volvió hacia las otras, que esperaban a que ella se sentara para tomar asiento a su vez. Los secretos se guardarían, como había ocurrido siempre. Aun así... No poseía el Talento de la Predicción ni nada que se le pareciese, pero, sin embargo, quizás

esa sensación de urgencia le había estado advirtiendo de algo. Doce mujeres la observaban con expectación.

—Creo que deberíamos plantearnos la conveniencia de mandar a la granja durante una temporada a todas las que no llevan el cinturón.

Apenas hubo discusión; eran las Decanas, pero ella era la Rectora. En ese aspecto, al menos, no había nada malo en actuar como lo hacían las Aes Sedai.

Librodot

CAPÍTULO 12

La primera taza

—No lo entiendo —protestó Elayne. No le habían ofrecido una silla; de hecho, cuando hizo intención de sentarse, le habían dicho que siguiera de pie en tono cortante. Cinco pares de ojos la miraban fijamente desde cinco rostros femeninos de expresión inflexible y severa—. ¡Os comportáis como si hubiésemos hecho algo horrible, cuando lo que hemos conseguido es encontrar el Cuenco de los Vientos!

O, al menos, estaban a punto de dar con él. Esperaba que fuera así; el mensaje que había traído Nalesean no era muy claro. Al parecer, Mat había salido corriendo al tiempo que gritaba que lo había encontrado. O algo por el estilo, acabó admitiendo Nalesean; cuanto más se explayaba el teariano, más pasaba de la absoluta certeza a la duda. Birgitte se había quedado a vigilar la casa de Reanne; por lo que percibía Elayne, parecía sudorosa y aburrida. En cualquier caso, las cosas se estaban moviendo. Se preguntó qué tal le iría a Nynaeve. Confiaba que mejor que a ella. Desde luego, en ningún momento se le había pasado por la cabeza que, al ponerles al corriente del éxito obtenido, las hermanas tuviesen semejante reacción.

—Habéis puesto en peligro un secreto guardado celosamente por todas las mujeres portadoras del chal desde hace más de dos mil años. —Merilille, sentada con la espalda muy tiesa, prietos los labios y la imperturbable serenidad casi perdida, parecía a punto de estallar—. ¡Debéis de haberos vuelto locas! ¡Sólo la demencia disculparía algo así!

—¿Qué secreto? —demandó Elayne.

Vandene, que, junto con su hermana, flanqueaba a Merilille, se arregló la falda de seda verde con gesto irritado.

—Eso lo sabrás cuando hayas acabado tu adiestramiento como es debido, pequeña —manifestó—. Creía que tenías más sentido común.

Adeleas, con un vestido de paño gris ribeteado en marrón oscuro, asintió haciéndose eco de la desaprobación de Vandene.

—No se puede culpar a la chica por revelar un secreto que ignoraba que era tal —adujo Careane Fransi, situada a la izquierda de Elayne, mientras rebullía en el sillón. No llegaba a ser corpulenta, aunque no le faltaba mucho, ya que tenía unos hombros tan anchos y unos brazos tan gruesos como muchos hombres.

—Sabéis muy bien que la ley de la Torre no admite excusas —se apresuró a intervenir Sareitha en actitud un tanto engreída y una expresión severa en sus ojos castaños, habitualmente inquisitivos—. Una vez admitida una simple disculpa, se aceptarán inevitablemente otras, que serán progresivamente intrascendentes, hasta que la propia ley acabe desapareciendo.

Su sillón de respaldo alto se hallaba situado a la derecha. Era la única que llevaba el chal puesto, pero la sala de estar de Merilille se había colocado como un tribunal, aunque nadie de las presentes lo había llamado así. Al menos, hasta ese momento. Merilille, Adeleas y Vandene se encontraban frente a Elayne, y parecía que desempeñaban el papel de jueces, mientras que el sillón de Sareitha ocupaba el lugar del Banco de la Inculpación, y el de Careane Fransi el Banco de la Absolución. Sin

Librodot

embargo, la Verde domani que habría sido su defensora asintió pensativamente mientras la teariana Marrón, que habría sido su acusadora, proseguía:

—Con sus palabras, ella misma ha admitido su culpabilidad. Recomiendo que la muchacha sea confinada en palacio hasta que nos marchemos y que entretanto se le encomiende un trabajo duro para que tenga ocupadas la mente y las manos. Asimismo, recomiendo una buena dosis de zapatilla a intervalos regulares para recordarle que no debe actuar a espaldas de las hermanas. Aconsejo el mismo trato para Nynaeve, una vez que sea encontrada.

Elayne tragó saliva. ¿Confinada? Tal vez no hacía falta que llamasen juicio a aquello para que lo fuese en realidad. Puede que Sareitha no hubiese alcanzado todavía el aspecto intemporal, pero el peso de los años de las otras mujeres era como una losa sobre Elayne: Adeleas y Vandene, con el cabello casi totalmente blanco, e incluso sus semblantes intemporales se hacían eco de una edad incalculable. El pelo de Merilille era de un lustroso color azabache, pero a Elayne no le habría sorprendido enterarse de que llevaba el chal durante tanto tiempo o más de lo que viviría cualquier mujer que no fuese Aes Sedai. Y, probablemente, de Careane podría decirse otro tanto. Ninguna de ellas se acercaba a su fuerza en el Poder, pero... Toda esa experiencia como Aes Sedai, todo ese conocimiento, toda esa... autoridad, resultaban un duro recordatorio de que sólo tenía dieciocho años y que había llevado el blanco de las novicias hacía un año.

Careane Fransi no hizo intención de rebatir las sugerencias del Banco de la Inculpación. Quizá lo mejor sería que siguiera defendiéndose ella misma.

—Obviamente ese secreto del que habláis está relacionado con el Círculo, pero...

—Las Allegadas no te conciernen, pequeña —la interrumpió Merilille sin contemplaciones. Inhaló profundamente y se alisó la falda de color gris plateado con cuchilladas doradas antes de añadir en tono frío—: Propongo emitir el fallo.

—Convengo y defiero a tu decisión —manifestó Adeleas, que dedicó a Elayne una mirada entre ceñuda y desilusionada, tras lo cual sacudió la cabeza.

—Convengo y defiero —anunció Vandene a la par que hacía un ademán desdeñoso—. Pero respaldo la propuesta del Banco de la Inculpación.

En la expresión de Careane parecía haber una pizca de compasión. Sólo eso.

Merilille abrió la boca para emitir el fallo.

La tímida llamada en la puerta sonó bastante fuerte en el breve y ensordecedor silencio.

—En nombre de la Luz ¿se puede saber qué ocurre? —masculló Merilille, enfadada—. Le dije a Pol que nadie debía interrumpirnos. Careane, haz el favor.

No la más joven, pero sí la menos fuerte en el Poder, Careane se puso de pie y se deslizó hacia la puerta. A pesar de su volumen, siempre se movía como un cisne.

Era la propia Pol, la doncella de Merilille, quien entró haciendo reverencias a diestro y siniestro. Mujer esbelta, con el cabello canoso, por lo general dueña de una dignidad que nada tenía que envidiar a la de su señora, ahora mostraba un gesto de ansiedad, cosa comprensible habida cuenta de que había irrumpido en la sala en contra de las instrucciones de Merilille. Elayne no se había alegrado tanto de ver a nadie desde... Bueno, desde que Mat Cauthon apareció en la Ciudadela de Tear. Una idea horrible. Si Aviendha no le decía pronto que ya había cumplido suficientemente con su *toh*, quizá le pediría a ese hombre que la azotara con tal de poner fin a la agonía.

—La reina en persona trajo esto —anunció Pol con voz entrecortada mientras mostraba una carta lacrada en rojo y sellada—. Dijo que si no se lo daba a Elayne de inmediato, lo haría ella misma. Comentó que era algo sobre la madre de la chica.

Elayne apretó tanto los dientes que casi le rechinaron. Todas las criadas de las hermanas habían cogido la costumbre de referirse a Nynaeve y a ella del mismo modo

Librodot

que sus señoras, aunque rara vez lo hacían donde pudieran oírlas.

Furiosa, le cogió la carta sin esperar a que Merilille dijera que podía —si era eso lo que pensaba hacer— y rompió el sello con el pulgar.

«Milady Elayne,

»Me complace comunicar a la heredera de Andor una gozosa noticia. Acabo de enterarme de que vuestra madre, la reina Morgase, está viva y es actualmente huésped de Pedron Niall, en Amador. Su mayor deseo es reunirse con vos para así regresar juntas y triunfantes a Andor. Os ofrezco escolta como protección contra los bandidos que infestan Altara a fin de que podáis llegar junto a vuestra madre a salvo y con rapidez. Disculpad la brevedad de esta misiva, escrita apresuradamente, pero sé que querríais enteraros de la maravillosa noticia cuanto antes.

»Sellado en la Luz,
»Jaichim Carridin.»

Elayne estrujó el papel. ¿Cómo osaba? El dolor por la muerte de su madre, sin que hubiese siquiera un cadáver al que dar sepultura, apenas empezaba a menguar, ¿y Carridin *se atrevía* a mofarse así de ella? Abrazó la Fuente Verdadera, arrojó la carta con sus horribles mentiras lejos de sí. y encauzó; el fuego surgió de la nada, tan ardiente que sólo unas negras pavesas cayeron a las baldosas azules y doradas. Eso para Jaichim Carridin. ¡Y también para esas... mujeres! El orgullo de miles de años de reinas andoreñas hizo que cobrara entereza y valor.

—¡No se te ha dado permiso para encauzar! —instó Merilille, que se había puesto de pie bruscamente—. ¡Suelta la...!

—Puedes marcharte, Pol —dijo Elayne—. Ahora.

La criada estaba boquiabierta, pero la madre de Elayne había enseñado bien a su hija a utilizar un tono imperativo, el de una reina desde su trono. Pol hizo una reverencia y se dirigió hacia la puerta antes de darse cuenta de lo que hacía. Una vez en movimiento, sólo vaciló un instante antes de salir corriendo y cerrar la puerta tras ella. Lo que quiera que fuese a ocurrir allí dentro, obviamente concernía sólo a las Aes Sedai.

—¿Se puede saber a qué viene esto, muchacha? —La calma recobrada por Merilille quedó anegada por la furia—. ¡Haz el favor de soltar la Fuente de inmediato o juro que yo misma cogeré una zapatilla en este preciso instante!

—Soy Aes Sedai. —Las palabras salieron como témpanos, y Elayne las dijo en serio. Todas esas mentiras de Carridin. Y estas mujeres. De modo que Merilille la amenazaba con darle unos zapatillazos, ¿no? Iban a admitir su legítima condición de hermana. ¡Nynaeve y ella habían hallado el Cuenco! O casi, en cualquier caso, y los procedimientos para utilizarlo estaban en marcha—. Proponéis castigarme por poner en peligro un secreto conocido, al parecer, sólo por las hermanas, pero nadie se molestó en hablarme de ese secreto cuando obtuve el chal. Sugerís disciplinarme como a una novicia o una Aceptada, pero soy Aes Sedai. Fui ascendida al chal por Egwene al'Vere, la Amyrlin a la que afirmáis servir. Si negáis que Nynaeve y yo somos Aes Sedai, entonces negáis a la Sede Amyrlin que nos envió a encontrar el Cuenco de los Vientos, cosa que hemos hecho. ¡No lo admitiré! Te lo advierto, Merilille Ceandevin. ¡Acata la voluntad de la Sede Amyrlin o seré yo quien te someta a juicio como una rebelde traidora!

A Merilille casi se le salieron los ojos y se quedó boquiabierta, pero parecía serena en comparación con Careane o Sareitha, quienes daban la impresión de estar a punto de ahogarse por la incredulidad. Vandene sólo mostraba cierta sorpresa, con un dedo sobre

los labios en gesto pensativo y los ojos ligeramente más abiertos de lo normal, en tanto que Adeleas se recostaba en el sillón y examinaba a Elayne como si la viese por primera vez.

Elayne encauzó y uno de los sillones flotó hacia ella; tomó asiento y se arregló los vuelos de la falda.

—Puedes sentarte, Merilille. —Seguía utilizando la voz imperiosa, ya que por lo visto era el único modo de que escucharan, pero se sorprendió cuando Merilille volvió a sentarse lenta, pesadamente, sin dejar de mirarla con los ojos desorbitados.

Exteriormente Elayne ofrecía una apariencia serena, fría, pero por dentro bullía de ira. No. *Hervía* de ira. Secretos. Siempre había pensado que las Aes Sedai guardaban demasiados secretos, especialmente las unas a las otras. También ella tenía algunos, pero sólo por necesidad y nunca con alguien que tuviese que saberlos. ¡Y esas mujeres habían pensado castigarla a ella!

—Tu autoridad proviene de la Antecámara de la Torre, Merilille. La de Nynaeve y la mía, de la propia Sede Amyrlin. La nuestra supera a la tuya. A partir de ahora, seguiréis las instrucciones de Nynaeve o las mías. Tomaremos en cuenta, naturalmente, cualquier consejo que nos ofrezcáis.

Creía que Merilille tenía los ojos desorbitados, pero ahora...

—Imposible —barbotó la Gris—. Vosotras sois...

—¡Merilille! —instó secamente Elayne mientras se echaba hacia adelante—. ¿Sigues negando la autoridad de tu Amyrlin? ¿Todavía te *atreves*?

La Gris abrió y cerró la boca sin emitir sonido alguno. Luego se humedeció los labios y sacudió la cabeza con movimientos convulsos. Elayne sintió un estremecimiento de júbilo; todo eso de que Merilille siguiese sus instrucciones era un cuento y una tontería, por supuesto, pero sería reconocida como hermana. Thom y su madre le habían dicho que uno debía empezar pidiendo diez para conseguir uno. Aun así, no bastaba para apagar su ira. Faltó un tris para que cogiese una zapatilla y comprobara hasta dónde podía forzar la situación. Pero eso echaría todo por tierra. Recordarían en un periquete su edad y el poco tiempo que hacía que se había quitado el vestido de novicia; incluso podían empezar a pensar otra vez en ella como una chiquilla estúpida. Ese pensamiento avivó nuevamente su cólera. No obstante se contentó con:

—Mientras piensas en silencio qué más he de saber conforme a mi condición de hermana, Merilille, Adeleas y Vandene me documentarán sobre ese secreto que he puesto en peligro. ¿Quiere eso decir que la Torre conoce la existencia del Círculo, de esas Allegadas, como las llamáis, desde el principio? —Pobre Reanne, con sus esperanzas de pasar inadvertidas a las Aes Sedai.

—En sus circunstancias, es lo más parecido a hermanas que podían llegar a ser, supongo —contestó Vandene. Con mucho cuidado. Ahora observaba a Elayne tan intensamente como su hermana. Aunque del Ajah Verde, tenía muchos gestos como Adeleas. Careane y Sareitha parecían estupefactas, y sus miradas incrédulas pasaban de la silenciosa y sonrojada Merilille a Elayne sucesivamente.

—Incluso durante la Guerra de los Trollocs, a las mujeres que no pasaban la prueba o carecían de fuerza se las echaba de la Torre por cualquiera de las razones habituales. —Adeleas había adoptado un tono docente, pero no ofensivo. Las Marrones lo hacían a menudo cuando se ponían a explicar algo—. En tales circunstancias, no es de sorprender que algunas temieran salir al mundo para enfrentarse solas a él, y tampoco que huyesen a Barashta, como se llamaba la ciudad que existía aquí por entonces. Aunque, por supuesto, el centro de Barashta ocupaba la zona donde se encuentra actualmente el Rahad, si bien no queda una sola piedra de ella. Aunque Eharon no se vio envuelto en la Guerra de los Trollocs hasta bien avanzado el conflicto,

al final Barashta cayó tan irremediablemente como Barsine o Shaemal o...

—Las Allegadas... —intervino suavemente Vandene, y Adeleas parpadeó y luego asintió—. Las Allegadas persistieron incluso después de que Barashta cayese, igual que habían hecho antes, acogiendo espontáneas y mujeres despedidas por la Torre.

Elayne frunció el entrecejo. La señora Anan también había dicho que las Allegadas recogían espontáneas y, sin embargo, el mayor afán de Reanne había sido aparentemente hacer que Nynaeve y ella demostraran que no lo eran.

—Ninguna se ha quedado mucho tiempo —añadió Adeleas—. Cinco años, diez a lo sumo, tanto entonces como ahora, supongo. Una vez que se dan cuenta de que su pequeño grupo no es válido como sustitutivo de la Torre Blanca, se marchan y se hacen Curadoras o Zahoríes de pueblo, e incluso a veces se olvidan del Poder, simplemente. Dejan de encauzar y se dedican a un oficio o algún tipo de negocio. En cualquier caso, desaparecen, por así decirlo.

Elayne se preguntó cómo podía alguien dejar a un lado el Poder Único de ese modo; el anhelo de encauzar, la tentación de tocar la Fuente, se hallaban siempre presentes una vez que se había aprendido cómo hacerlo. Sin embargo, las Aes Sedai parecían creer que algunas mujeres eran capaces de olvidarlo, sin más, al comprender que nunca llegarían a Aes Sedai.

Vandene volvió a encargarse de la explicación; con frecuencia las hermanas llevaban una conversación por turnos, casi alternándose en frases sucesivas, cada cual retomando el hilo con soltura en el punto en que la otra lo había dejado.

—La Torre ha tenido conocimiento de la existencia de las Allegadas casi desde el principio, quizá desde el primer momento. Indudablemente, por aquel entonces el asunto prioritario era la guerra. Además, a pesar de llamarse las Allegadas, han hecho exactamente lo que queremos que hagan tales mujeres: guardan secretos sobre sí mismas, incluso el hecho de ser capaces de encauzar, y actúan con discreción para no llamar la atención en absoluto. A lo largo de los años incluso han corrido la voz, secreta y cuidadosamente, cuando una de ellas topa con una mujer que afirma falazmente ser portadora del chal. ¿Decías algo?

—No —respondió Elayne, sacudiendo la cabeza—. Careane, ¿queda té en esa tetera? —preguntó, a lo que la susodicha dio un leve respingo—. Supongo que Adeleas y Vandene deben de tener bastante seca la garganta y les vendría bien tomar una taza. —La domani sólo dirigió una mirada de reojo a Merilille, que seguía sin salir de su estupefacción, antes de dirigirse a la mesa donde estaban la tetera y las tazas de plata—. Eso no explica el motivo —prosiguió Elayne—. ¿Por qué el conocimiento de su existencia se considera un gran secreto? ¿Por qué no fueron dispersadas tiempo ha?

—Pues por las fugitivas, naturalmente —repuso Adeleas como si fuese lo más obvio del mundo—. Es un hecho que otras agrupaciones se desarticularon nada más descubrirlas, la última hará unos doscientos años, pero las Allegadas mantienen su grupo pequeño y secreto. Esa última asociación se autodenominaba Hijas del Silencio, aunque metió mucho ruido. Sólo eran veintitrés en total, espontáneas reunidas y entrenadas de un modo muy particular por un par de antiguas Aceptadas, pero se...

—Las fugitivas —le recordó Elayne al tiempo que cogía una taza a Careane y le daba las gracias con una sonrisa. No había pedido té, pero advirtió distraídamente que la mujer se lo había ofrecido a ella en primer lugar. Vandene y su hermana habían hablado largo y tendido sobre las fugitivas durante el viaje a Ebou Dar.

Adeleas parpadeó y se obligó a retomar el tema de la conversación.

—Las Allegadas ayudan a las fugitivas. Siempre tienen a dos o tres mujeres en Tar Valon montando guardia. Para empezar, entran en contacto con casi todas las mujeres que son rechazadas, siempre de un modo muy cauto, y en segundo lugar, se las

ingenian para encontrar a todas las fugitivas, ya sean novicias o Aceptadas. Al menos, ninguna ha escapado de la isla sin su ayuda desde la Guerra de los Trollocs.

—Oh, sí —continuó Vandene cuando Adeleas hizo una pausa para coger una taza a Careane. Antes se le había ofrecido té a Merilille, pero ésta permanecía hundida en el sillón, con la mirada perdida en el vacío—. Si alguien se las arregla para huir, sabemos exactamente dónde buscar, y casi siempre acaba de vuelta en la Torre, deseando no haber sentido el gusanillo de la aventura. Siempre y cuando las Allegadas ignoren que lo sabemos, se entiende. Si tal cosa llega a ocurrir, será como regresar a los tiempos anteriores a su organización, cuando una mujer que escapara de la Torre podía dirigirse a cualquier parte. Por entonces era muy superior el número de Aes Sedai, Aceptadas, novicias y fugitivas, y algunos años lograban huir dos de cada tres, y otros, tres de cada cuatro. Utilizando a las Allegadas lográbamos recuperar al menos nueve de cada diez. Entenderás por qué la Torre ha protegido a las Allegadas y su secreto como joyas valiosas.

Sí, Elayne lo comprendía. Una mujer no había terminado con la Torre hasta que la Torre no lo decidía así. Además, a la Torre le venía bien para su reputación de infalibilidad que capturase siempre a las fugitivas. O casi siempre. Bien, ahora lo sabía.

Se puso de pie y, para su sorpresa, también lo hicieron Adeleas, Vandene, que rechazó el té de Careane con un ademán, y Sareitha. Incluso Merilille se levantó, un instante después. Todas la observaron expectantes, hasta Merilille.

A Vandene no le pasó por alto su asombro, y sonrió.

—Hay otra cosa que quizá no sepas. Somos contenciosas en muchos sentidos, somos Aes Sedai, cada cual celosa de su posición y sus prerrogativas, pero cuando alguna se sitúa por encima o está por encima, tendemos a seguirla con bastante docilidad en general. Empero, es posible que rezonguemos sobre sus decisiones en privado.

—Vaya, pues es cierto que lo hacemos —comentó alegremente Adeleas, como si acabase de hacer un descubrimiento.

Merilille respiró hondo y se concentró un instante en alisarse los vuelos de la falda.

—Vandene tiene razón —dijo luego—. Estás por encima de nosotras por ti misma y, he de admitir, aparentemente te has situado por encima. Si nuestro comportamiento es merecedor de un castigo... En fin, tú nos dirás si es así. ¿En qué hemos de seguirte, si se me permite preguntar? —No había sarcasmo en sus palabras, y su tono era el más educado que Elayne le había oído emplear jamás.

Pensó que todas las Aes Sedai habidas y por haber se habrían sentido orgullosas de saber controlar la expresión del semblante tan bien como hacía ella en ese momento. Lo único que había buscado era que admitiesen su condición de hermana de hecho. Contuvo un impulso fugaz de argumentar que era demasiado joven, demasiado inexperta. «Cuando la miel está fuera del panal, ya no puede volver a meterse», como solía decirle Lini de pequeña. Egwene no era mayor que ella. Respiró hondo y sonrió afablemente.

—Lo primero que hemos de recordar es que somos hermanas, en el amplio sentido de la palabra. Hemos de trabajar juntas; el Cuenco de los Vientos es demasiado importante para exigirnos menos a nosotras mismas. —Confiaba en que todas asintieran con entusiasmo cuando les contara lo que Egwene se proponía—. Quizá deberíamos sentarnos otra vez. —Esperaron a que lo hiciera ella antes de ocupar sus sillas. Ojalá a Nynaeve le estuviesen yendo las cosas una décima parte de lo bien que le iban a ella. Cuando se enterase de lo ocurrido, se desmayaría de la impresión—. Tengo cierta información que transmitiros con respecto a las Allegadas.

Librodot

A no tardar, era Merilille la que parecía a punto de desmayarse por la impresión, e incluso Adeleas y Vandene no le andaban muy a la zaga. Sin embargo, todas le dieron su aprobación y no dejaron de repetir «Sí, Elayne» y «Si tú lo dices, Elayne». Tal vez de ahora en adelante todo marcharía como una seda.

El palanquín avanzaba meciéndose entre la multitud de festejadores a lo largo del muelle cuando Moghedien localizó a la mujer entre el gentío. Un lacayo, con uniforme verde y blanco, la ayudaba a bajar de un carruaje en un embarcadero. Una amplia máscara de plumas le cubría la cara más de lo que lo hacía la de Moghedien, pero la Renegada habría reconocido aquellos andares, a aquella mujer, desde cualquier ángulo y bajo cualquier tipo de luz. Las celosías de madera tallada, que hacían las veces de ventanas del palanquín cerrado, no eran un obstáculo en absoluto. Dos individuos con espadas al cinto descendieron precipitadamente del techo del carruaje para seguir a la mujer enmascarada.

Moghedien dio con el puño en el lateral de la silla de manos al tiempo que gritaba:

—¡Alto!

Los porteadores se detuvieron tan rápidamente que casi salió lanzada hacia adelante.

El gentío pasó dándose empujones, algunos maldiciendo a los porteadores por obstruir el paso, otros gritando con mejor talante. Allí abajo, junto al río, la multitud clareaba y quedaban huecos suficientes para que Moghedien pudiese ver bien. El barco que zarpó del muelle era muy distintivo; el techo de la cabina baja en la popa iba pintado de rojo, y la Renegada no avistó esa ornamentación en ninguna de las otras embarcaciones que esperaban en el largo muelle de piedra.

Se lamió los labios, temblorosa. Las instrucciones de Moridin habían sido explícitas y el castigo por desobedecer quedó dolorosamente claro. Sin embargo, no pasaría nada por un pequeño retraso. Al menos, mientras él no se enterase.

Abrió la puerta del palanquín, bajó a la calle y echó una rápida ojeada en derredor. Localizó una posada desde la que se divisaban los muelles y el río. Se recogió el repulgo de la falda y se alejó a buen paso, sin el menor temor de que alguna otra persona alquilase la silla de manos; hasta que no soltara las redes de Compulsión tendidas sobre ellos, los porteadores le dirían a cualquiera que requiriese sus servicios que ya estaban comprometidos y se quedarían allí plantados hasta que muriesen de hambre.

Ante ella se iba abriendo un paso; hombres y mujeres ocultos tras las máscaras de plumas se apartaban de un salto hacia los lados al mismo tiempo que chillaban y se llevaban la mano allí donde creían haber sentido el punzante dolor de una cuchillada. Y lo habían sentido realmente; la Renegada no disponía de tiempo para tejer sutiles telarañas en tantas mentes a la vez, pero un aluvión de agujas tejidas con Aire tenía el mismo resultado.

La corpulenta posadera de El Orgullo del Remero se sobresaltó y casi brincó también al ver a Moghedien dispuesta a entrar en la sala de su establecimiento, con su rico atuendo de color escarlata con brocados en oro y seda negra.

La máscara era un gran surtidor de plumas azabache con un afilado pico negro, imitando a un cuervo. Ésa era la broma de Moridin, su mandato, al igual que el vestido. El rojo y el negro eran sus colores, había dicho, y ella los llevaría mientras lo sirviera. En resumen, que iba de uniforme, por muy elegante que éste fuese; Moghedien podría haber matado a cualquiera que la hubiese visto así.

En cambio, tejió rápidamente una telaraña sobre la posadera de cara redonda, con el resultado de que la mujer se irguió bruscamente y sus ojos se desorbitaron. No había

tiempo para sutilezas. Cuando Moghedien le ordenó que le mostrase el terrado, la posadera subió corriendo la escalera sin barandilla que había a un lado de la sala. No parecía probable que ninguno de los clientes disfrazados con plumas que bebían en el establecimiento se extrañara por el comportamiento de la propietaria, pensó con una risita la Renegada. A buen seguro que en El Orgullo del Remero nunca se había visto entrar un cliente de su categoría. Ya en la azotea, sopesó rápidamente el peligro de dejar vivir a la posadera contra el que entrañaba matarla. Los cadáveres acababan por señalar de algún modo a su asesino. Si se quería pasar inadvertido en las sombras, no se recurría al asesinato a menos que fuese imprescindible. Reajustó la red de Compulsión con rapidez y ordenó a la mujer que bajase a su cuarto a dormir y olvidase que la había visto. Con las prisas, cabía la posibilidad de que la posadera se pasara durmiendo todo el día o que despertase atontada y sin reflejos —muchas cosas le habrían ido mejor en la vida a Moghedien si su capacidad para el Talento de Compulsión hubiese sido superior— pero, en cualquier caso, la posadera se escabulló a todo correr, ansiosa por obedecer, y la dejó sola.

En el momento en que la trampilla se cerraba en el sucio suelo de baldosas blancas, Moghedien sufrió un sobresalto al sentir como un roce de dedos en la mente, tanteando su alma. Moridin hacía eso en ocasiones; un recordatorio, según él. ¡Como si necesitara que se lo recordasen! Faltó poco para que mirase en derredor, buscándolo; se le puso carne de gallina, como si hubiese soplado un viento helado. El roce desapareció y la Renegada se estremeció de nuevo. Ya fuera al surgir o al desvanecerse, siempre se lo recordaba. El propio Moridin podía aparecer en cualquier lugar y en cualquier momento. Debía darse prisa.

La Renegada se aproximó rápidamente al muro bajo que rodeaba la azotea y escudriñó con atención el río que se extendía allá abajo. Docenas de barcas de todos los tamaños se deslizaban impulsadas por los remos entre embarcaciones más grandes que estaban ancladas o navegando. La mayoría de las cabinas de la clase que buscaba eran de madera, pero divisó un tejado amarillo, y allí uno azul, y más allá, en el centro del río y dirigiéndose velozmente hacia el sur, uno rojo. Tenía que ser ése; no podía perder más tiempo allí.

Alzó las manos pero, en el momento en que el fuego compacto salía disparado, se produjo un movimiento repentino a su alrededor y la Renegada, sobresaltada, dio un respingo. Moridin había venido, estaba allí y la... Miró de hito en hito a las palomas que se alejaban volando. ¡Palomas! Faltó poco para que vomitara. Al volver la vista hacia el río lanzó un gruñido.

Al haber brincado por el sobresalto, el fuego compacto, que supuestamente debería haber atravesado la cabina y la pasajera que iba en ella, había cortado diagonalmente el centro de la embarcación, más o menos donde habían estado los remeros y los guardaespaldas. Puesto que los remeros habían sido borrados del Entramado *antes* de que el fuego compacto se descargara, las mitades de la embarcación se encontraban ahora unos cien metros corriente arriba. Por otro lado, quizá no hubiese sido un desastre total. Como la parte central del barco había desaparecido al mismo tiempo que los remeros, el río había dispuesto de varios minutos para penetrar en el interior, y ahora las mitades se hundían bajo el agua en medio de un borbollón espumajoso, arrastrando a su pasajera hacia el fondo.

De repente tomó conciencia de lo que había hecho. Ella siempre se había movido a la sombra, siempre se había mantenido oculta, siempre... Cualquier mujer en la ciudad que pudiese encauzar sabría ahora que alguien había absorbido una gran cantidad de *Saidar*, aunque ignorase con qué fin, y todos los ojos que estuviesen mirando hacia el río habrían visto aquel haz de fuego líquido surcando, abrasador, el aire de la tarde. El

miedo le dio alas. Miedo, no. Terror.

Se recogió la falda y corrió escaleras abajo, cruzó la sala, irrumpió en el establo, propinando empellones a la gente que intentaba apartarse de su camino; salió a la calle demasiado asustada para pensar, utilizando manos y codos para abrirse paso entre la multitud.

—¡Partid! —chilló mientras se lanzaba al interior del palanquín. Se pilló la falda con la puerta y liberó la tela de un tirón, desgarrándola—. ¡Corred!

Los porteadores emprendieron un rápido trote que la zarandeó, pero no le importó. Se agarró a las celosías talladas de las ventanas, sacudida por unos temblores incontrolables. Él no le había prohibido eso. Tal vez la perdonara, o incluso pasara por alto que hubiera obrado según su propio albedrío, si llevaba a cabo sus instrucciones rápida y eficazmente. Ésa era su única esperanza. ¡Haría que Falion e Ispan se arrastraran como insectos!

Librodot

CAPÍTULO 13

Mashiara

Mientras la embarcación se alejaba del embarcadero, Nynaeve tiró la máscara sobre el banco acolchado y se recostó bruscamente, cruzada de brazos y con la coleta firmemente agarrada, la mirada ceñuda prendida en el vacío. O prendida en todo. Su don de Escuchar el Viento seguía anunciándole una terrible tormenta, de esas que arrancaban tejados y derribaban graneros, y ella casi deseó que el río empezara a agitarse con enormes olas en ese mismo instante.

—Si no es un temporal, Nynaeve —parodió— entonces debes ser tú quien vaya. La Señora de las Barcos podría sentirse insultada si no enviamos a la más fuerte de nosotras. Saben que las Aes Sedai dan mucha importancia a eso. ¡Bah! —Eran palabras de Elayne, salvo el «¡bah!». Lo que pasaba era que su amiga creía que aguantar las tonterías de Merilille sería preferible a enfrentarse de nuevo a Nesta. Cuando se tenía un mal principio con alguien, resultaba difícil cambiarlo; o, si no, ahí estaba Mat Cauthon para demostrarlo. Y si hubiese ido peor con Nesta din Reas Dos Lunas, las tendría a todas ellas de recaderas—. ¡Qué mujer tan horrible! —rezongó mientras rebullía en el mullido asiento. Y con Aviendha no había ido mejor cuando le sugirió que la acompañara a visitar a los Marinos; esa gente se había sentido fascinada por la Aiel. Puso un tono de voz penetrante y remilgado, en absoluto parecido al de Aviendha, pero que encajaba bien con su estado de ánimo en ese momento—: Si surge el problema, entonces le haremos frente, Nynaeve al'Meara. Entre tanto, quizás hoy descubra algo vigilando a Jaichim Carridin. —Si no fuese por el hecho de que no había nada que asustara a la Aiel, habría pensado que Aviendha, al manifestar tanto interés en vigilar a Carridin, tenía miedo. Pasarse el día en una calle, con calor y recibiendo empellones de la muchedumbre, no era divertido, y hoy sería peor, con el festival. Por ello Nynaeve había creído que la Aiel vería con agrado la perspectiva de un agradable y fresco paseo en barco.

La embarcación dio un bandazo. Un agradable y fresco paseo por el río, se dijo para sus adentros. La refrescante brisa de la bahía. Una brisa húmeda, no seca. La embarcación cabeceó.

—¡Oh, mierda! —gimió. Consternada, se tapó la boca con la mano y empezó a dar taconazos contra la parte delantera del banco en un arranque de justificada indignación. Si seguía aguantando a esos Marinos mucho tiempo, acabaría soltando por la boca tantas palabrotas como Mat. No quería pensar en él. Un día más contemporizando con ese... monicaco, y se arrancaría la coleta de cuajo. Y no es que hubiese exigido nada poco razonable hasta el momento, pero seguro que acabaría haciéndolo antes o después. ¡Y qué modales!

»No —dijo firmemente—. Quiero que mi estómago se calme, no alborotarlo más.

La embarcación había empezado a mecerse suavemente, y Nynaeve intentó concentrarse en su atuendo. No tenía tanta obsesión con la ropa como Elayne, pero pensar en seda y puntillas resultaba relajante.

Hasta el último detalle se había escogido para impresionar a la Señora de los Barcos, para tratar de recobrar parte del terreno perdido, si es que tal cosa servía de

Librodot

algo. La falda, de seda verde, llevaba cuchilladas amarillas, mientras que las mangas y el corpiño estaban bordados con oro; también era dorado el encaje que remataba el repulgo, las bocamangas y el escote. Tal vez éste debería haber sido más alto para que la tomaran en serio, pero en su guardarropa no había ninguno de ese estilo. Habida cuenta de las costumbres de los Marinos, podía considerarse muy recatado. Nesta tendría que aceptarla como era; Nynaeve al'Meara no cambiaba su modo de ser por nadie.

Las horquillas de ópalos amarillos prendidas en la trenza eran suyas —un regalo de la Panarch de Tarabon, nada menos— pero Tylin le había proporcionado el collar de oro, con esmeraldas y perlas abriéndose en abanico sobre su pecho. Una joya como jamás había soñado poseer; un regalo por llevar a Mat a palacio, en palabras de Tylin, lo que no tenía sentido alguno, pero quizá la reina pensó que necesitaba una excusa para hacerle un regalo tan valioso. Los dos brazaletes de oro y marfil eran de Aviendha, que tenía una pequeña colección de joyas sorprendente para una mujer que rara vez llevaba algo más que una gargantilla de plata. Nynaeve le había pedido que le prestara un bonito brazalete de marfil tallado con rosas y espinas; sin embargo, la Aiel lo había cogido bruscamente, apretándolo contra su pecho, como si fuese su más preciada posesión, y Elayne empezó a consolarla. A Nynaeve no le habría sorprendido ver que las dos rompían a llorar, abrazadas la una a la otra.

Ahí pasaba algo raro, y si no supiera que ambas eran demasiado sensatas para caer en semejante tontería, habría sospechado que la causa era un hombre. Bueno, Aviendha era sensata; Elayne todavía añoraba a Rand, aunque no podía culpársela por...

De repente notó ondas de *Saidar* casi encima de ella, en enormes cantidades, y...

Se encontró braceando en el agua, luchando para salir a flote y coger aire, con la falda enredándose en sus piernas. Su cabeza emergió a la superficie y aspiró profundamente en medio de cojines que flotaban, sin salir de su asombro. Al cabo de un instante reconoció la forma inclinada que había encima como uno de los asientos de la cabina, así como un trozo de la pared de ésta. Se encontraba en una bolsa de aire. No muy grande; podría tocar los lados sin extender del todo los brazos. Pero ¿cómo...? Un golpe sordo anunció el fondo del río; la cabina volcada al revés se sacudió y se ladeó. A Nynaeve le pareció que la bolsa de aire menguaba un poco.

Las preguntas podían aplazarse; lo primordial era salir de allí antes de que utilizara todo el aire. Sabía nadar —lo había hecho bastante a menudo, en las charcas del Bosque de las Aguas—, lo que la alteraba era cuando la corriente o las olas la zarandeaban con sus cabeceos. Se llenó los pulmones de aire, se sumergió y buceó hacia donde debería hallarse la puerta, moviéndose con torpeza a causa de la falda. Quizá fuese conveniente rasgar la tela, pero desde luego no estaba dispuesta a salir a la superficie llevando encima solamente ropa interior y joyas. Y tampoco pensaba dejar atrás éstas. Además, no podía quitarse el vestido sin perder la escarcela del cinturón, y antes prefería ahogarse que perder lo que guardaba en ella.

El agua estaba completamente oscura, sin rastro de luz. Los dedos extendidos de Nynaeve tocaron madera y tanteó la pieza tallada hasta dar con la puerta; siguió el borde y topó con un gozne. Maldiciendo para sus adentros, se desplazó cuidadosamente hacia el lado opuesto. ¡Sí! ¡El picaporte! Lo levantó y empujó hacia fuera. La puerta se abrió cuatro o cinco centímetros y se detuvo.

Con los pulmones a punto de estallar, nadó de vuelta a la bolsa de aire, pero sólo se quedó lo suficiente para inhalar profundamente. En esta ocasión tardó menos en dar con la puerta. Metió los dedos por la rendija para descubrir qué la atascaba, y se le hundieron en fango. Quizá podría escarbar un poco o... Tanteó más arriba. Fango de nuevo. Por momentos más frenética, pasó los dedos desde la parte inferior de la rendija hasta arriba del todo y luego, negándose a creerlo, desde la parte alta hasta abajo.

Librodot

Fango, consistente y pegajoso, de un extremo a otro.

Nadó de nuevo a la bolsa de aire y en esta ocasión se agarró al borde del banco que colgaba sobre su cabeza, sintiendo el alocado latir de su corazón. El aire parecía más... cargado.

—No moriré aquí —masculló—. ¡No pienso morir aquí!

Asestó puñetazos al banco hasta magullarse los nudillos, luchando por hallar la rabia que le permitiría encauzar. No moriría. Allí no. Sola. Nadie sabría dónde había muerto. Ni tumba tendría, y su cuerpo se pudriría en el fondo del río. Su brazo cayó al agua con un chapoteo. Respiraba trabajosamente. Puntitos negros y brillantes bailaron ante sus ojos; parecía como si estuviese asomándose a un tubo. Nada de ira, comprendió, aturdida. Siguió intentando alcanzar el *Saidar*, pero ya sin creerse capaz de lograrlo. Después de todo moriría allí. No había esperanza. No vería más a Lan. Y, perdida la esperanza, la conciencia titilando como una débil vela a punto de apagarse, hizo lo que jamás había hecho en toda su vida: se rindió completamente.

El *Saidar* fluyó en ella, la colmó.

Se dio cuenta sólo a medias de que la madera que había sobre ella se combaba bruscamente hacia fuera y estallaba. Ascendió envuelta en un montón de burbujas por el agujero de la quilla y salió a la oscuridad. Vagamente sabía que debía hacer algo; casi recordaba qué. Ah, sí. Pateó débilmente, intentó mover los brazos para nadar, pero sólo flotaron, fláccidos.

Algo la agarró del vestido, y el pánico se apoderó de ella al imaginar tiburones, barracudas y sólo la Luz sabía qué otras criaturas horrendas habitarían aquellas negras profundidades. Una chispa de conciencia habló del Poder, pero Nynaeve se debatió desesperadamente con puños y pies, los cuales dieron con algo sólido. Por desgracia, también gritó, o intentó hacerlo. Una gran cantidad de agua penetró por su garganta y arrastró el grito, el *Saidar* y casi los últimos vestigios de conciencia.

Algo tiró de su coleta una vez, y otra más, y sintió que la arrastraban hacia donde fuese. Carecía de fuerza para debatirse, y ni siquiera le causaba mucho miedo que la devoraran.

De repente su cabeza emergió en la superficie. Unas manos la asieron por detrás —eran manos, no un tiburón, después de todo— y apretaron con fuerza las costillas de un modo que le resultó muy familiar. Tosió —el agua le salió por la nariz— y volvió a toser, dolorosamente. E inhaló una bocanada de aire. En toda su vida había saboreado algo tan dulce.

Una mano la tomó por la barbilla y de repente sintió que la arrastraban otra vez. Una gran languidez se apoderó de ella; no podía hacer otra cosa que flotar sobre la espalda y respirar y contemplar el cielo. Tan azul. Tan hermoso. El escozor que notó en los ojos no se debía a la salinidad del agua del río.

Entonces la empujaron hacia arriba contra el costado de una embarcación; una mano, plantada groseramente en su trasero, la aupó más, hasta que dos tipos larguiruchos, con pendientes de latón en las orejas, pudieron agarrarla e izarla a bordo. La ayudaron a dar un par de pasos, pero tan pronto como la soltaron para ayudar a quien la había rescatado, sus piernas se doblaron como si fuesen de gelatina.

A gatas, sobre las manos y las rodillas inestables, contempló confusa una espada, las botas y la capa verde que alguien había tirado en la cubierta. Abrió la boca y... vomitó todo el río Eldar, además de la comida del mediodía, así como el desayuno; no le habría sorprendido ver algunos peces, o incluso sus escarpines. Se limpiaba los labios con el dorso de la mano cuando fue consciente de unas voces.

—¿Milord se encuentra bien? Milord ha estado sumergido mucho tiempo.

—No te preocupes por mí, hombre —repuso una voz profunda—. Trae algo para

envolver a la dama.

La voz de Lan, la que todas las noches soñaba que oía.

Con los ojos muy abiertos, Nynaeve contuvo a duras penas un gemido lastimero. El terror que había experimentado cuando pensó que iba a morir no era nada comparado con lo que sentía en ese momento. ¡Nada! Tenía que tratarse de una pesadilla. ¡En ese momento, no! ¡No así! ¡No cuando parecía una rata ahogada, arrodillada y con el contenido de su estómago esparcido ante ella!

Sin pensarlo, abrazó el *Saidar* y encauzó. El agua se escurrió de sus ropas, de su cabello, y arrastró toda huella de su pequeño percance por un imbornal. Tras incorporarse torpemente, se apresuró a colocar bien el collar e hizo cuanto pudo por arreglarse el vestido y el cabello, aunque la humedad del agua salada y el rápido secado habían dejado algunas manchas en la seda y muchas arrugas que necesitarían una mano experta con una plancha caliente para quitarlas. Mechones de pelo parecían querer soltarse del cuero cabelludo, y las horquillas de ópalos daban la sensación de adornar la cola encrespada de un gato furioso, en lugar de su coleta.

Daba igual. Ella era la tranquilidad en persona, sosegada como una brisa primaveral, controlada como... Giró sobre sus talones antes de que él pudiese llegar por detrás y sobresaltarla, avergonzándola totalmente.

Sólo comprendió la rapidez con que había actuado cuando vio que Lan daba en ese momento el segundo paso desde la barandilla. Era el hombre más maravilloso que jamás había visto. Con la camisa, los pantalones de montar y los calcetines chorreando agua estaba guapísimo; y el cabello empapado, pegado a su cara angulosa, y... Una contusión purpúrea y abierta que empezaba a hincharse en la cara, como si hubiese recibido un golpe. Se llevó la mano a la boca al recordar que su puño había dado en algo.

—¡Oh, no! ¡Oh, Lan, cuánto lo siento! ¡No era mi intención!

No fue consciente de salvar el trecho que los separaba; de pronto se encontró allí, de puntillas para posar suavemente las yemas de los dedos en la herida. Un diestro tejido con los Cinco Poderes y la curtida mejilla del hombre quedó perfecta. Pero podía haber resultado herido en alguna otra parte. Tejió las ondas para realizar el Ahondamiento; cicatrices nuevas la hicieron encogerse por dentro, y había algo extraño, pero Lan parecía tan saludable como un toro joven. También estaba empapado, por zambullirse para salvarla. Lo secó como había hecho consigo misma; el agua goteó alrededor de sus pies. No podía dejar de tocarlo. Las dos manos se deslizaban por sus angulosas mejillas, por sus maravillosos ojos azules, por su fuerte nariz, por sus firmes labios, por sus orejas. Peinó aquel sedoso cabello negro con los dedos, ajustó el cordón de cuero que lo sujetaba. Su lengua parecía tener vida propia.

—Oh, Lan —musitó—. Estás realmente aquí. —Alguien soltó una risita nerviosa. Ella no; Nynaeve al'Meara no soltaba risitas, pero alguien lo hizo—. No es un sueño. Oh, Luz, estás aquí. ¿Cómo?

—Un sirviente del palacio de Tarasin me dijo que habías venido al río, y un tipo en el muelle me indicó la embarcación a la que habías subido. Si *Mandarb* no hubiese perdido una herradura, habría llegado ayer.

—No me importa. Ahora estás aquí. Estás aquí. —Ella *no* soltaba risitas.

—Tal vez sea una Aes Sedai —murmuró uno de los barqueros, en un tono no demasiado bajo—, pero sigo opinando que es un patito que pretende meterse en las fauces de ese lobo.

Nynaeve se puso roja como la grana, apartó con brusquedad las manos, dejando caer los brazos a los costados, y plantó sonoramente los talones en la cubierta. En otro momento le habría dado a ese tipo su merecido. En otro momento, cuando pudiese

pensar. Lan no dejaba espacio para nada más en su cabeza. Lo agarró del brazo.

—Podemos hablar más en privado en la cabina.

¿Uno de los remeros había soltado una risilla burlona?

—Mi espada y mi...

—Yo me encargo —lo interrumpió mientras recogía sus cosas de la cubierta con flujos de Aire. Uno de esos patanes había soltado una risilla burlona. Otro flujo de Aire abrió la puerta de la cabina, y Nynaeve metió a empujones a Lan, su espada y el resto de sus cosas y dio un portazo tras ellos.

Luz, dudaba que ni siquiera Cali Coplin, allá en casa, hubiese sido tan descarada, y eso que muchos guardias de mercaderes conocían la marca de nacimiento de Cali tan bien como su cara. Pero no era lo mismo, en absoluto. ¡Ni mucho menos! Aun así, no estaría mal mostrarse un poquito menos... ansiosa. Sus manos volvieron al rostro del hombre —sólo para alisarle un poco más el pelo, nada más— y él cogió sus muñecas con sus enormes manos.

—Myrelle me tiene vinculado ahora —anunció en voz baja—. Te presta mis servicios hasta que encuentres un Guardián para ti.

Nynaeve soltó pausadamente la mano derecha y lo abofeteó con toda la fuerza que fue capaz. La cabeza del hombre apenas se movió, así que liberó la otra mano y le propinó otra bofetada aún más fuerte.

—¿Cómo pudiste? —Por si acaso, subrayó la pregunta con un tercer bofetón—. ¡Sabías que estaba esperando! —Otra bofetada más parecía indicada, sólo para dejar las cosas bien claras—. ¿Cómo pudiste hacer una cosa así? —Otra bofetada—. ¡Así te abrase la Luz, Lan Mandragoran! ¡Así te consumas en la Fosa de la Perdición! ¡Maldito seas!

El hombre —el muy bastardo— no dijo una sola palabra. Claro que tampoco podía; ¿qué podía alegar en su defensa? Se limitó a quedarse allí quieto mientras los golpes le llovían, sin pestañear, con una peculiar expresión en los ojos, lo cual no era de extrañar, después de que le estuviese poniendo las mejillas coloradas a fuerza de tortas. Sin embargo, si los golpes no le causaban efecto a él, a ella, por el contrario, las palmas de las manos empezaron a arderle.

Ceñuda, apretó el puño y lo atizó en el estómago con todas sus fuerzas. Él gruñó. Ligeramente.

—Discutiremos esto tranquila y racionalmente —manifestó, al tiempo que se apartaba del hombre—. Como adultos.

Lan se limitó a asentir con la cabeza, se sentó y acercó las botas hacia sí. Nynaeve se retiró con la mano izquierda los mechones de cabello suelto que le caían sobre la cara, y echó hacia atrás la mano derecha a fin de flexionar los dedos doloridos sin que él la viera. No tenía derecho a ser tan duro, sobre todo cuando ella quería golpearlo. Sería mucho esperar haberle roto una costilla.

—Deberías estarle agradecida, Nynaeve. —Pateó con fuerza el pie para meterse la bota y se inclinó a recoger la otra. ¡Cómo podía hablar con esa calma!—. No te conviene tenerme vinculado a ti.

Un flujo de Aire agarró un puñado del pelo del hombre y le echó la cabeza hacia atrás dolorosamente.

—Si te atreves, si se te pasa siquiera por la cabeza, soltar esa estupidez de que no quieres darme de regalo el vestido de luto de una viuda, Lan Mandragoran, te... te... —No se lo ocurría nada lo bastante fuerte. Darle de patadas ni siquiera se aproximaba. Myrelle. Myrelle y sus Guardianes. ¡Condenado hombre! ¡Arrancarle la piel a tiras tampoco sería suficiente!

Para el resultado que obtenía, habría dado lo mismo si Lan no hubiese estado en

aquella postura forzada, doblado hacia adelante y con el cuello estirado. Se limitó a apoyar los antebrazos sobre las rodillas y a observarla con aquella curiosa expresión en los ojos.

—Me planteé la conveniencia de no decírtelo, pero tienes derecho a saberlo —dijo entonces. Con todo, su tono era vacilante, y Lan jamás dudaba—. Cuando Moraine murió, cuando el vínculo de un Guardián con su Aes Sedai se rompe, se producen... ciertos cambios.

A medida que él hablaba, Nynaeve se ciñó a sí misma con los brazos, fuertemente, para contener los temblores. Le dolían las mandíbulas de tanto apretarlas. Interrumpió el flujo que lo sujetaba como si hubiese retirado una mano de golpe, soltó el *Saidar*, pero la única reacción de él fue erguir la espalda, seguir relatando aquel espanto sin dar señal alguna de haber notado la diferencia, y continuar mirándola fijamente. De repente, Nynaeve comprendió la expresión de sus ojos, más fríos que el más crudo invierno. Eran los ojos de un hombre que sabía que estaba muerto y no le importaba en absoluto, un hombre esperando, casi con ansiedad, ese largo sueño. Los suyos ardían, pero siguieron secos.

—De modo que —concluyó con una sonrisa que sólo se reflejó en sus labios, un gesto de aceptación—, cuando todo haya acabado, ella tendrá un año o más de sufrimiento, y yo seguiré estando muerto. Eso te lo habrás ahorrado tú. Es mi último regalo para ti, *Mashiara.*

Mashiara. Su amor perdido.

—¿Vas a ser mi Guardián hasta que encuentre uno? —El desapasionamiento de su voz la sobresaltó. Ahora no podía romper a llorar. No lo haría. Ahora, más que nunca, tenía que hacer acopio de toda su fortaleza.

—Sí —repuso, cauteloso, mientras se metía la otra bota. Siempre había tenido algo de lobo medio domado, y ahora sus ojos lo hacían parecer mucho menos que medio domado.

—Bien. —Se arregló la falda, resistiendo el impulso de cruzar la cabina hacia él. No podía dejar que Lan advirtiera su miedo—. Porque lo he encontrado. Tú. Esperé y me consumí cuando vivía Moraine. No lo haré con Myrelle. Va a entregarme tu vínculo. —La Verde lo haría, aunque para ello tuviese que arrastrarla de los pelos hasta Tar Valon. Pensándolo bien, quizá la arrastrara en cualquier caso, por cuestión de principios—. Ni una palabra —advirtió cortante, cuando él abrió la boca para decir algo.

Pasó los dedos sobre la escarcela colgada del cinturón, donde guardaba el pesado sello de oro de él, envuelto en un pañuelo de seda. Hizo un esfuerzo para suavizar el tono de voz; estaba enfermo, y las frases duras nunca habían servido para mejorar la salud. No le resultó fácil conseguirlo, sin embargo; deseaba increparlo, echarle un rapapolvo, arrancarse la coleta de raíz cada vez que pensaba en él y en esa mujer juntos. Luchando por mantener la voz calmada, prosiguió.

—En Dos Ríos, Lan, cuando alguien le da a otra persona un anillo, están comprometidos. —Era mentira, y casi esperó que él se incorporara de un salto, indignado, pero sólo parpadeó con recelo. Además, la idea se la había dado un libro que había leído—. Llevamos comprometidos suficiente tiempo, así que nos casaremos hoy.

—Solía rezar para que llegase ese momento —respondió quedamente, y luego sacudió la cabeza—. Sabes por qué es imposible, Nynaeve. Y aunque pudiera serlo, Myrelle...

A pesar de todas sus buenas intenciones de no perder los estribos, de mostrarse dulce, abrazó el *Saidar* y le metió una mordaza de Aire en la boca antes de que pudiese confesar lo que no quería oír. Mientras no lo dijese en voz alta, ella podría fingir que no había pasado nada. ¡Ah, pero cuando agarrara a Myrelle! Los ópalos de las horquillas se

clavaron profundamente en la palma de su mano, y la retiró de la trenza como si se hubiese quemado. Ocupó los dedos en peinarle de nuevo el cabello mientras él la miraba indignado, mudo por la mordaza.

—Una pequeña lección para que aprendas la diferencia entre una esposa y otras mujeres —comentó en tono ligero. Fue un gran esfuerzo—. Te agradecería mucho que no mencionases más el nombre de Myrelle en mi presencia. ¿Comprendes?

Él asintió y Nynaeve retiró el flujo de la mordaza, pero tan pronto como Lan desentumeció un poco los músculos de las mandíbulas, argumentó:

—Sin pronunciar nombres, Nynaeve, sabes que ella es consciente de todo lo que siento a través del vínculo. Si fuésemos marido y mujer...

Nynaeve creyó que la cara le ardería de vergüenza. ¡No había pensado en eso! ¡Maldita Myrelle!

—¿Hay algún modo de asegurarse de que sepa que soy yo? —preguntó finalmente, y sus mejillas ardieron por el sofoco. Sobre todo cuando Lan se echó hacia atrás riendo con asombro.

—¡Luz, Nynaeve, eres un lince! ¡Luz! No me había reído desde... —Su regocijo cesó, y la frialdad que había desaparecido momentáneamente de sus ojos reapareció—. Ojalá pudiese ser, Nynaeve, pero...

—Puede y lo será —lo interrumpió. Los hombres siempre acababan teniendo la sartén por el mango si se los dejaba hablar demasiado. Se sentó sobre sus rodillas. Aún no estaban casados, cierto, pero sus piernas eran más blandas que los asientos sin acolchado de la embarcación. Bueno, no más duras que los asientos, en cualquier caso—. Más te vale resignarte, Lan Mandragoran. Mi corazón te pertenece, y has admitido que el tuyo me pertenece a mí. *Tú* me perteneces, y no te dejaré escapar. Serás mi Guardián y serás mi esposo, y lo serás durante mucho tiempo, porque no pienso dejarte morir. ¿Lo entiendes? Puedo ser tan testaruda como haga falta.

—No me había dado cuenta —comentó él, estrechando los ojos. Su tono sonó terriblemente... seco.

—Mientras lo sepas... —replicó firmemente. Giró la cabeza y atisbó a través de la obra de talla perforada en la madera de la cabina, detrás de él, y luego la volvió al lado contrario para escudriñar por la franja tallada en la parte delantera. Pasaban ante largos embarcaderos que salían desde el muelle de piedra; más allá sólo alcanzó a ver más muelles, y la ciudad resplandeciendo blanquísima bajo el sol de la tarde—. ¿Adónde vamos? —inquirió.

—Les dije que nos llevasen a tierra tan pronto como te hubiese subido a bordo —contestó Lan—. Me pareció que lo mejor era salir del río lo antes posible.

—¿Que tú...? —Cerró la boca de golpe. Él ignoraba hacia dónde se dirigía ni por qué; había actuado del mejor modo posible de acuerdo con lo que sabía. Además, le había salvado la vida—. Aún no puedo regresar a la ciudad, Lan. —Se aclaró la garganta y cambió de tono. Por muy dulce que tuviera que mostrarse con él, tanta melosidad iba a conseguir que vomitara otra vez—. He de visitar un barco de los Marinos, el *Viajero del viento.* —Eso estaba mucho mejor; suave, pero no demasiado, y firme.

—Nynaeve, iba justo detrás de tu embarcación y vi lo que ocurrió. Te encontrabas cincuenta metros delante y luego, de repente, cincuenta metros detrás, hundiéndote. Tuvo que ser fuego compacto. —No hacía falta que añadiese nada más. Nynaeve lo hizo por él, y con más conocimiento que él.

—Moghedien —exclamó. Oh, sí, podría haber sido otro de los Renegados, o quizás una hermana del Ajah Negro, pero no le cabía duda que tenía razón. Bueno, había derrotado a Moghedien no una, sino dos veces, así que podría hacerlo una tercera

Librodot

si llegaba el caso. Al parecer, su semblante no transmitía la seguridad en sí misma que sentía.

—No temas —dijo Lan mientras le acariciaba la mejilla—. Nunca tengas miedo encontrándome yo cerca. Si has de enfrentarte a Moghedien, me aseguraré de que estés lo bastante furiosa para encauzar. Por lo visto poseo cierto talento en ese sentido.

—Nunca volverás a enfurecerme —empezó, pero calló y lo miró de hito en hito—. No estoy furiosa —dijo lentamente.

—Ahora no, pero cuando haga falta que lo estés...

—No estoy furiosa —exclamó regocijada. Pateó de puro placer, y lo golpeó con los puños en el pecho, riendo sin parar. El *Saidar* la henchía, pero esta vez no sólo de vida y júbilo, sino de sobrecogimiento. Tejió flujos de Aire suaves como plumas y acarició las mejillas del hombre—. No estoy furiosa, Lan —susurró.

—Ha desaparecido el bloqueo. —Esbozó una sonrisa, compartiendo su gozo, pero el gesto no otorgó calidez a sus ojos.

«Yo te cuidaré. Lan Mandragoran —prometió para sus adentros—. No dejaré que te mueras. —Recostada en su pecho, pensó en besarlo, aunque...—. No soy Cali Coplin —se increpó firmemente.»

De repente, una idea espantosa acudió a su mente. Y resultaba más terrible porque no se le había ocurrido antes.

—¿Y los remeros? —preguntó en voz baja—. ¿Y mis guardias personales? —Él respondió sacudiendo la cabeza y la joven suspiró. Guardias personales. Luz, eran ellos quienes habían necesitado que los protegiera, no al contrario. Cuatro muertes más de las que responsabilizar a Moghedien. Cuatro entre otras muchas miles, pero ésas eran algo personal en lo que a Nynaeve concernía. En fin, no tenía intención de ajustar cuentas con Moghedien en ese preciso instante.

Se puso de pie y se centró en sus ropas para ver qué podía hacer al respecto.

—Lan, diles a los remeros que den la vuelta, por favor. Y que lo hagan con toda el alma. —Así y todo, no estaría de regreso en palacio antes de anochecer—. Y entérate si alguno de ellos tiene cualquier cosa que se parezca a un peine. —No podía enfrentarse a Nesta con esas pintas.

Lan recogió su capa y su espada y le hizo una reverencia.

—Como ordenes, Aes Sedai.

Nynaeve frunció los labios mientras la puerta se cerraba tras él. Conque se reía de ella, ¿eh? A buen seguro que había alguien en el *Viajero del viento* que podía celebrar un matrimonio. Y, por lo que había visto de los Marinos, apostaría que Lan Mandragoran se encontraría prometiendo hacer lo que le dijeran que hiciera. A ver quién reía entonces.

La embarcación empezó a dar media vuelta en medio de cabeceos y sacudidas, y el estómago de Nynaeve se zarandeó al mismo tiempo.

—¡Oh, Luz! —gimió mientras se dejaba caer en el banco. ¿Por qué no habría desaparecido eso también, junto con el bloqueo? Asió el *Saidar*, consciente de cada roce del aire en su piel, era todavía peor. Soltar el Poder no solucionó el problema. No iba a marearse de nuevo, ni hablar. Iba a hacer suyo a Lan de una vez por todas. Aquél iba a ser un día maravilloso. Oh, ojalá dejase de sentir esa tormenta acercándose.

El sol colgaba refulgente sobre los tejados para cuando Elayne llamó a la puerta con los nudillos. Los festejadores bailaban y brincaban en la calle a su espalda, llenando el aire de risas, canciones y olor a perfume. Abstraída, deseó haber tenido la oportunidad de sumarse a la celebración. Un vestido como el de Birgitte habría resultado divertido. O incluso uno como el que había visto a lady Riselle, una de las

camareras de Tylin, a primera hora de la mañana. Siempre y cuando hubiese podido dejarse puesta la máscara, desde luego. Volvió a llamar, más fuerte.

La doncella de cabello canoso y cara cuadrada abrió y la ira se reflejó de repente en su semblante cuando Elayne se retiró la máscara verde.

—¡Tú! ¿Qué haces otra vez aquí...? —La cólera se transformó en una palidez cadavérica cuando Merilille se quitó su máscara, y Adeleas y las demás hicieron otro tanto. La mujer dio un respingo con cada rostro intemporal descubierto, incluso el de Sareitha. Para entonces, quizá vio lo que esperaba ver.

Emitiendo un chillido, la doncella intentó cerrar la puerta, pero Birgitte pasó veloz ante Elayne y con el hombro volvió a abrirla de un empellón. La sirvienta reculó dando traspiés, y entonces pareció reaccionar, pero ya fuera correr o gritar lo que pensaba hacer, Birgitte se le adelantó y la aferró del brazo por debajo del hombro.

—Tranquila —advirtió la arquera en tono firme—. No queremos nada de jaleo ni de gritos, ¿verdad que no?

Daba la impresión de que sólo sujetaba el brazo de la mujer, casi como si la sostuviese, pero la doncella estaba muy derecha y muy quieta. Con los desorbitados ojos prendidos en la máscara de plumas de su captora, sacudió lentamente la cabeza.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Elayne al tiempo que todas entraban en el vestíbulo, abarrotándolo. La puerta se cerró y apagó el ruido de la calle. Los ojos de la doncella pasaron velozmente de un rostro a otro, como si fuese incapaz de mirarlos más de un momento.

—C-c-cedora.

—Condúcenos hasta Reanne, Cedora.

En esta ocasión, la doncella asintió; parecía a punto de echarse a llorar.

Cedora las guió escaleras arriba, todavía sujeta del brazo por Birgitte. Elayne se planteó decirle que soltara a la mujer, pero no quería correr el riesgo de que un grito de alarma hiciera salir a todo el mundo huyendo. Tal era la razón de que Birgitte hiciese uso de la fuerza física, en lugar de utilizar ella el Poder. Suponía que Cedora estaba más asustada que dolorida y, al fin y al cabo, todo el mundo iba a asustarse esa tarde, al menos un poco.

—A-ahí —balbuceó la doncella, señalando con un gesto una puerta roja. Era la de la habitación donde Nynaeve y ella habían sostenido aquella infortunada reunión. Abrió y entró en la sala.

Reanne se encontraba allí, sentada de espaldas a la chimenea con los Trece Pecados labrados en la repisa; la acompañaban otras doce mujeres a las que Elayne no había visto antes, ocupando todas las sillas colocadas contra las paredes verde claro, sudorosas por el hecho de tener cerradas las ventanas y las cortinas echadas. La mayoría llevaba vestidos ebudarianos, aunque sólo una de ellas tenía la tez olivácea; casi todos los rostros mostraban arrugas, y las cabezas, al menos un atisbo de canas; desde la primera hasta la última podían encauzar en mayor o menor grado. Siete lucían el cinturón rojo. Elayne suspiró a pesar de sí misma. Cuando Nynaeve tenía razón en algo, no dejaba de recordártelo hasta que te entraban ganas de chillar.

Reanne se levantó como impulsada por un resorte, el semblante enrojecido por la misma ira que Cedora había demostrado, y también sus primeras palabras fueron casi idénticas a las de la sirvienta.

—¡Tú! ¿Cómo te atreves a aparecer...?

Del mismo modo, su voz y su cólera se apagaron por idéntica razón cuando Merilille y las demás entraron pisándole los talones. Una mujer rubia, con el cinturón rojo y un escote exagerado, emitió un débil sonido, los ojos se le pusieron en blanco y cayó de la silla, desmadejada. Nadie movió un dedo para ayudarla. Nadie dirigió una

Librodot

mirada a Birgitte cuando ésta escoltó a Cedora hasta un rincón y la dejó allí. Nadie parecía respirar siquiera. Elayne sintió unas ganas inmensas de gritar «¡bu!» sólo para ver qué pasaba.

Reanne se tambaleó, pálida, e hizo un esfuerzo visible para recobrar la compostura, sin éxito. Sólo tardó un instante en recorrer con la mirada los cinco fríos semblantes Aes Sedai alineados ante la puerta y decidir quién debía de estar al mando. Se encaminó con pasos inestables hacia Merilille y cayó de rodillas, gacha la cabeza.

—Perdonadnos, Aes Sedai. —Su tono era reverente, y sólo un poco más firme que sus rodillas un instante antes. De hecho, balbuceó—: Sólo somos unas pocas amigas. No hemos hecho nada, y menos algo que traiga descrédito a las Aes Sedai. Juro que es así, sea lo que fuere lo que esta chica os haya contado. Os habríamos informado sobre ella, pero teníamos miedo. Sólo nos reunimos para hablar. Tiene una amiga, Aes Sedai. ¿La atrapasteis también? Puedo describírosla, Aes Sedai. Haremos todo cuanto queráis. Lo juro, nosotras...

Merilille se aclaró sonoramente la garganta.

—Creo que te llamas Reanne Corly. —Reanne se encogió y contestó que así era, todavía con la vista prendida en el suelo, a los pies de la Gris—. Me temo que debes dirigirte a Elayne Sedai, Reanne.

La cabeza de Reanne se alzó bruscamente, de un modo *muy* satisfactorio. Miró a Merilille de hito en hito y luego, centímetro a centímetro, volvió los ojos, grandes como platos, hacia Elayne. Se lamió los labios e hizo una profunda inhalación. Se giró sobre las rodillas para situarse de cara a Elayne y volvió a inclinar la cabeza.

—Os pido perdón, Aes Sedai —dijo torpemente—. No lo sabía. No podía... —De nuevo una lenta y pesarosa inhalación—. Sea cual fuere el castigo que decretéis, lo aceptamos humildemente, por supuesto, pero, por favor, os suplico que creáis que...

—Oh, levántate —la interrumpió Elayne, impaciente. Había deseado hacer que esa mujer la reconociese tanto como había hecho con Merilille o cualquiera de las otras, pero ese arrastrarse y humillarse le daba asco—. No pasa nada. Ponte de pie. —Esperó a que Reanne obedeciera y luego se dirigió hacia el sillón de la mujer y tomó asiento. No era necesaria la actitud servil, pero quería que no quedase la menor duda acerca de quién estaba al mando—. ¿Sigues negando tener conocimiento sobre el Cuenco de los Vientos, Reanne?

—Aes Sedai —dijo cándidamente la mujer a la par que extendía las manos—, ninguna de nosotras usaría jamás un *ter'angreal*, cuanto menos un *angreal* o un *sa'angreal.* —Cándidamente, y tan recelosa como un zorro en una ciudad—. Os lo aseguro, no fingimos ser Aes Sedai en absoluto. Sólo somos estas pocas amigas que veis aquí, unidas por el hecho de haber sido admitidas en la Torre Blanca antaño. Eso es todo.

—Sólo estas pocas amigas —repitió secamente Elayne—. Y Garenia, por supuesto. Y Berowin y Derys y Alise.

—Sí —admitió de mala gana Reanne—. Y ellas.

Elayne sacudió lentamente la cabeza antes de hablar.

—Reanne, la Torre Blanca lo sabe todo sobre tus Allegadas. Lo ha sabido *siempre.*

Una mujer de tez morena, con aspecto de ser teariana a pesar de llevar un chaleco de seda azul y blanco, con el signo del gremio de orfebres, lanzó un grito ahogado y se apretó la boca con las gordezuelas manos. Una saldaenina canosa y delgada que llevaba el cinturón rojo soltó un suspiro y se desmayó, reuniéndose en el suelo con la mujer de pelo rubio; otras dos más parecieron a punto de seguir su ejemplo.

Por su parte, Reanne miró a las hermanas alineadas ante la puerta buscando la

confirmación y, al parecer, la vio. El rostro de Merilille era más gélido que sereno, y Sareitha hizo una mueca de asco antes de poder contenerse. Vandene y Careane tenían los labios prietos, e incluso Adeleas parecía incluida, volviendo la cabeza de un lado a otro para estudiar a las mujeres sentadas a lo largo de las paredes como si fuesen insectos desconocidos para ella hasta ese momento. Por supuesto, lo que Reanne veía y lo que era no tenía semejanza alguna. Todas habían aceptado la decisión de Elayne, pero ni todos los «Sí, Elayne...» del mundo podrían hacer que les gustara. Habrían llegado dos horas antes si no hubiesen perdido el tiempo con montones de «Pero, Elayne...» proferidos. A veces dirigir significaba arrear.

Reanne no se desmayó, pero el miedo asomó a su rostro y la mujer alzó las manos en un gesto suplicante.

—¿Os proponéis destruir a las Allegadas? ¿Por qué ahora, después de tanto tiempo? ¿Qué hemos hecho para castigarnos en este momento?

—Nadie va a destruiros —dijo Elayne—. Careane, ya que nadie parece dispuesta a ayudar a esas dos, ¿te importaría ocuparte de ellas? —Hubo brincos de sobresalto y enrojecimiento de mejillas por toda la sala, y antes de que Careane tuviera ocasión de moverse, dos mujeres se agachaban junto a cada una de las desmayadas para incorporarlas y ponerles sales bajo la nariz—. La Sede Amyrlin desea que todas las mujeres capaces de encauzar estén conectadas con la Torre —prosiguió la joven—. La oferta es válida para cualquiera de las Allegadas que desee aceptarla.

Si hubiese tejido flujos de Aire alrededor de cada una de aquellas mujeres, no las habría dejado tan paralizadas como con sus palabras. Si hubiese apretado al máximo dichos flujos, no habría logrado que sus ojos se desorbitaran tanto. Una de las mujeres desmayadas inhaló de repente y tosió mientras apartaba el frasquito de sales que le habían dejado plantado debajo de la nariz demasiado tiempo. Aquello dio rienda suelta a un aluvión de preguntas.

—¿Podemos convertirnos en Aes Sedai, después de todo? —inquirió, excitada, la teariana del chaleco de los orfebres.

—¿Nos dejarán aprender? —quiso saber una mujer de cara redonda, con el cinturón rojo al menos el doble de largo que los de las demás.

—¿Volverán a enseñarnos? —preguntaron un montón de voces dolorosamente ansiosas.

—¿Podemos de verdad...? —corearon varias.

—¿De verdad nos dejarán...? —se oyó por todas partes.

Reanne se giró hacia ellas con ferocidad.

—¡Ivara, Sumeko, todas vosotras, habéis perdido el control! ¡Estáis hablando a unas Aes Sedai! ¡Estáis ante unas Aes Sedai! —Se pasó una mano temblorosa por la cara.

Se produjo un silencio avergonzado, los ojos se agacharon y las mejillas enrojecieron. A pesar de todas las arrugas de esos rostros, de tanto cabello canoso, a Elayne le recordaban un grupo de novicias sorprendidas por la Maestra de las Novicias haciendo una pelea de almohadas después del toque de la Postrera. Vacilante, Reanne se dirigió a ella hablando tras las puntas de los dedos.

—¿De verdad se nos permitirá regresar a la Torre? —balbuceó.

—Sí —asintió Elayne—. Las que puedan aprender a ser Aes Sedai, tendrán la oportunidad, pero habrá un lugar para todas. Para cualquier mujer capaz de encauzar.

Las lágrimas brillaron en los ojos de Reanne. Elayne no estaba segura, pero creyó oír que musitaba: «Podré ser una Verde». Le costó un gran esfuerzo no correr hacia ella y abrazarla.

Ninguna de las otras Aes Sedai dieron señales de ceder a las emociones, y

Librodot

Merilille, ciertamente, era de una pasta mucho más dura.

—Con tu permiso, Elayne, querría hacer una pregunta. Reanne, ¿cuántas de... vosotras aceptaréis?

Sin duda, aquella pausa podría traducirse por: «cuántas espontáneas y mujeres que no lo consiguieron la primera vez». Si Reanne lo notó o lo sospechó, hizo caso omiso o no le importó.

—No puedo creer que alguna de nosotras rechace la oferta —respondió, falta de aliento—. Puede que se tarde cierto tiempo en avisarles a todas. Nos mantenemos dispersas, ¿comprendéis? —Rompió a reír, en un atisbo de nerviosismo que no distaba mucho de las lágrimas—. Para que las Aes Sedai no repararan en nosotras. Actualmente hay mil setecientos ochenta y tres nombres en la lista.

La mayoría de las Aes Sedai aprendían a ocultar una impresión con una exhibición de calma, y sólo Sareitha dejó que sus ojos se abrieran más de lo normal. También articuló palabras silenciosas, pero Elayne la conocía lo suficiente para leerle los labios: «¡Dos mil espontáneas! ¡La Luz nos ayude!». Elayne hizo toda una exhibición de arreglarse los pliegues de la falda hasta tener la seguridad de que su rostro no dejaba traslucir nada. Sí, Luz, ayúdalas. Reanne interpretó mal el silencio.

—¿Esperabais que fuesen más? Todos los años ocurren accidentes, o muertes naturales, como le pasa a cualquiera, y me temo que el número de Allegadas ha menguado en el último milenio. Tal vez hayamos sido demasiado precavidas a la hora de acercarnos a las mujeres cuando se marchaban de la Torre Blanca, pero siempre existió el miedo de que una de ellas pudiese informar si era interrogada, y... y...

—No estamos decepcionadas en absoluto —le aseguró Elayne a la par que hacía gestos tranquilizadores. ¿Decepcionadas? Pero si tenía que hacer un gran esfuerzo por no soltar una risa histérica. ¡Había casi el doble de Allegadas que Aes Sedai! Egwene jamás podría decir que no había hecho su parte en llevar mujeres que pudieran encauzar a la Torre. Pero si las Allegadas rechazaban a las espontáneas... en fin, debía ceñirse al asunto; reclutar a las mujeres del Círculo sólo había sido un hecho accidental—. Reanne, ¿crees que ahora podrías recordar por casualidad dónde está el Cuenco de los Vientos?

—Jamás los hemos tocado, Elayne Sedai. —Reanne se puso roja como la grana—. Ignoro por qué están agrupados. Nunca oí hablar de ese Cuenco de los Vientos, pero hay un almacén como el que describisteis...

En ese momento una mujer encauzó en el piso de abajo. Alguien gritó de puro terror.

Elayne se puso de pie en un santiamén, como todas las demás. De algún rincón en aquel vestido de plumas, Birgitte sacó un cuchillo.

—Ésa debe de ser Derys. Es la única que está aquí —comentó Reanne.

Elayne se adelantó rápidamente y la cogió del brazo cuando ya se encaminaba hacia la puerta.

—Todavía no eres una Verde —murmuró, y fue recompensaba con una sonrisa, que marcó hoyuelos encantadores, sorprendida, complacida y tímida a la vez—. Nosotras nos ocuparemos de esto, Reanne.

Merilille y las demás se desplegaron a ambos lados, listas para seguir a Elayne fuera de la sala, pero Birgitte llegó a la puerta antes que nadie y sonrió mientras ponía la mano en el pomo. Elayne tragó saliva y no dijo nada. Tal era el privilegio del Guardián, según los Gaidin: el primero en entrar y el último en salir. Aun así, se llenó de *Saidar*, presta para aplastar cualquier cosa que amenazase a su Guardián.

La puerta se abrió antes de que Birgitte tuviese tiempo de accionar el tirador.

Mat entró sin prisa, empujando ante sí a la esbelta doncella que Elayne recordaba.

—Imaginé que os encontraría aquí —sonrió con insolencia, sin hacer el menor caso de las miradas fulminantes de Derys, antes de continuar—, al ver un gran montón de Guardianes bebiendo en la taberna que ocupa el último lugar en mis preferencias. Acababa de volver tras seguir a una mujer al Rahad. Al piso alto de una casa en la que no vive nadie, para ser preciso. Después de que se marchara, entré, y el suelo tenía tanto polvo que vi de inmediato a qué cuarto se había dirigido. Hay un condenado cerrojo, grande y oxidado, pero apostaría mil coronas contra una patada en el trasero a que vuestro Cuenco se halla tras esa puerta. —Derys le lanzó una patada y Mat la apartó de un empujón al tiempo que sacaba un cuchillo del cinturón y lo hacía saltar en la mano—. ¿Querría alguna de vosotras, por favor, decirle a esta gata salvaje de qué lado estoy? Últimamente, las mujeres con cuchillos me ponen nervioso.

—Ya estamos enteradas de todo eso, Mat —puntualizó Elayne. Bueno, estaban a punto de enterarse cuando él irrumpió en el cuarto. Y su expresión estupefacta era divertidísima. Percibió algo de Birgitte. La otra mujer la miraba de un modo inexpresivo, pero aquel pequeño nexo emotivo en el fondo de su mente irradiaba desaprobación. Seguramente Aviendha tampoco tendría muy buena opinión del asunto. Abrir la boca fue una de las cosas más difíciles que Elayne había hecho en su vida—. Sin embargo, he de darte las gracias, Mat. Es gracias a ti exclusivamente que hemos encontrado lo que buscábamos. —Su gesto de pasmo casi mereció la agonía de pronunciar esas palabras.

El joven cerró la boca rápidamente, aunque sólo para volver a abrirla a fin de proponer:

—Entonces, alquilemos una embarcación y vayamos a recoger el jodido Cuenco. Con suerte, podremos marcharnos de Ebou Dar esta noche.

—Eso es ridículo, Mat. Y no me digas que estoy rebajándote. No vamos a meternos en el Rahad después de oscurecer, y no nos marcharemos de Ebou Dar hasta que hayamos utilizado el Cuenco.

Mat intentó oponerse, naturalmente, pero Derys aprovechó la oportunidad de que había dejado de estar pendiente de ella para lanzarle otra patada. El joven se refugió detrás de Birgitte, gritando que alguien lo ayudara, mientras la mujer saltaba sobre él.

—¿Es vuestro Guardián, Elayne Sedai? —inquirió, dubitativa, Reanne.

—¡Luz, no! Mi Guardián es Birgitte.

La mujer se quedó boquiabierta. Habiendo respondido a la pregunta, Elayne planteó otra que no habría sido capaz de hacer a otra hermana.

—Reanne, si no es indiscreción, me gustaría saber qué edad tienes.

La mujer vaciló y miró de soslayo a Mat, pero éste seguía maniobrando para interponer a la sonriente Birgitte entre Derys y él.

—Mi próximo día onomástico será mi cuatrocientos doce —contestó, como si fuese lo más normal del mundo.

Merilille se desplomó, desmayada.

Librodot

CAPÍTULO 14

Sellado para la Llama

Elaida do Avriny a'Roihan se sentaba regiamente en la Sede Amyrlin, el alto solio con enredaderas talladas, ahora pintado sólo con seis colores, en lugar de siete, los hombros cubiertos con una estola de seis franjas. Su mirada recorrió el perímetro circular de la Antecámara de la Torre. La colocación de los sillones pintados de las Asentadas se había reorganizado a lo largo de la tarima gradada que circundaba la cámara bajo la gran cúpula, separándolos para dar acogida a seis Ajahs, en lugar de siete, y dieciocho Asentadas aguardaban de pie obedientemente. El joven al'Thor permanecía arrodillado y en silencio junto a la Sede Amyrlin; no hablaría a menos que se le diese permiso, cosa que no ocurriría ese día, ya que su presencia era meramente otro símbolo más del poder de Elaida. Las doce Asentadas que más gozaban de su favor brillaban con el lazo de la coligación, controlada personalmente por ella, para mantenerlo a buen recaudo.

—El consenso plenario se ha alcanzado, madre —dijo sumisamente Alviarin junto a su hombro, inclinándose con humildad ante la vara coronada por la Llama.

En el suelo, al pie de la tarima, Sheriam gritaba salvajemente y los miembros de la Guardia de la Torre que había a su lado tenían que refrenarla. La hermana Roja que la mantenía escudada hizo una mueca de desprecio. Romanda y Lelaine se aferraban a una aparente actitud de fría dignidad, pero casi todas las demás escudadas y guardadas lloraban calladamente, tal vez de alivio por el hecho de que sólo cuatro de ellas habían sido condenadas a la pena máxima o quizá de miedo por si se les incorporaba alguien más. Los semblantes más cenicientos pertenecían a las tres que había osado ocupar los asientos del ahora disuelto Ajah Azul en la Antecámara rebelde. Todas las sublevadas habían sido expulsadas de sus correspondientes Ajahs hasta que Elaida les diera permiso para solicitar su reingreso, pero las otrora Azules sabían que les aguardaban años difíciles de esfuerzo para conseguir ganarse su gracia, años antes de que se les permitiese entrar en uno u otro Ajah. Hasta entonces, estaban a su merced.

Se puso de pie, y pareció que el Poder Único que fluía a través de ella procedente del círculo era una manifestación de su potestad.

—La Antecámara coincide con la voluntad de la Sede Amyrlin. Romanda será la primera en recibir los azotes de la vara. —La cabeza de la mujer nombrada se alzó bruscamente; ya se vería cuánta dignidad era capaz de conservar hasta su neutralización. Elaida hizo un ademán brusco—. Llevaos a las prisioneras, y traed a la primera de las pobres hermanas ilusas que las siguieron. Aceptaré su sometimiento.

Sonó un grito entre las prisioneras, y una se soltó a tirones del guardia que asía su brazo. Egwene al'Vere se arrojó sobre las gradas, a los pies de Elaida, con las manos extendidas y llorando a mares.

—¡Perdonadme, madre! —sollozó la chica—. ¡Me arrepiento! Me someteré. Me someto. ¡Por favor, no me neutralicéis! —Destrozada, hundió el rostro en el suelo, con los hombros sacudidos por los sollozos—. ¡Por favor, madre! ¡Me arrepiento! ¡Lo juro!

—La Sede Amyrlin puede mostrar clemencia —dijo, exultante, Elaida. La Torre Blanca tenía que perder a Lelaine, Romanda y Sheriam para que sirviesen de ejemplo,

pero podía conservar la fuerza de esa chica. Ella era *la Torre Blanca—. Egwene al'Vere, te has rebelado contra tu Amyrlin, pero seré indulgente contigo. Volverás a vestir el blanco de novicia hasta que yo misma juzgue que estás preparada para ascender a más, pero hoy serás la primera en prestar el Cuarto Juramento sobre la Vara Juratoria, de lealtad y obediencia de la Sede Amyrlin.*

Las prisioneras empezaron a postrarse de rodillas mientras gritaban que les permitiera prestar ese juramento, demostrar su sometimiento. Lelaine fue una de las primeras, y Romanda y Sheriam tampoco le anduvieron muy a la zaga. Egwene se arrastró gradas arriba para besar el repulgo del vestido de Elaida.

—Me doblego a vuestra voluntad, madre —murmuró a través de sus lágrimas—. Gracias. ¡Oh, muchas gracias!

Alviarin agarró a Elaida por el hombro y la sacudió.

—¡Despertad, necia! —gruñó.

Elaida abrió los ojos bruscamente a la tenue luz de una única vela que sostenía Alviarin, la cual se inclinaba sobre su lecho, con una mano apoyada en su hombro.

—¿Qué has dicho? —masculló Elaida, aún medio dormida.

—He dicho, «Despertad, madre, por favor» —repuso fríamente la Blanca—. Covarla Baldene ha regresado de Cairhien.

Elaida sacudió la cabeza en un intento de despejar los últimos resquicios del sueño.

—¿Tan pronto? No las esperaba hasta dentro de una semana, por lo menos. ¿Covarla, dices? ¿Dónde está Galina? —Preguntas absurdas; Alviarin no sabría a qué se refería.

Pero con su peculiar tono, frío y cristalino, la mujer respondió:

—Supone a Galina muerta o prisionera. Me temo que las noticias no son buenas.

Lo que Alviarin debería o no saber se borró de su mente de un plumazo.

—Cuenta —demandó a la par que retiraba las sábanas de satén, pero mientras se levantaba y se ataba una bata de seda sobre el camisón, sólo oyó fragmentos: una batalla, hordas de mujeres Aiel encauzando, al'Thor desparecido; desastre. Distraídamente, reparó en que Alviarin iba pulcramente arreglada con un vestido blanco bordado en plata y la estola de la Guardiana sobre los hombros. ¡Esa mujer había esperado a vestirse para llevarle la noticia!

La caja del reloj de su estudio tocó suavemente la Segunda Baja cuando entró en la sala de estar. La madrugada, el peor momento para recibir noticias graves. Covarla se levantó precipitadamente de uno de los sillones rojos acolchados; su rostro implacable aparecía descompuesto por el cansancio y la preocupación. Se arrodilló para besar el anillo de Elaida. Su oscuro traje de montar tenía aún el polvo del camino, y su pálido cabello necesitaba urgentemente un peine, pero llevaba puesto el chal que siempre formaba parte de su atuendo desde hacía tantos años como Elaida había vivido.

La Amyrlin apenas esperó a que los labios de la mujer tocaran la Gran Serpiente antes de retirar la mano.

—¿Por qué te han enviado? —instó, cortante. Recogió con gesto brusco la labor de punto del sillón donde la había dejado, tomó asiento y empezó a mover las largas agujas de marfil. Tejer cumplía muchos de los mismos propósitos que acariciar sus miniaturas de marfil, e indudablemente en ese momento necesitaba tranquilizarse. También la ayudaba a pensar. Y tenía que pensar—. ¿Dónde está Katerine?

Si Galina había muerto, Katerine debería haber asumido el mando por delante de Coiren; Elaida había dejado muy claro que, una vez que se hubiese capturado a al'Thor, el Ajah Rojo estaría al cargo. Covarla se levantó lentamente, como si no estuviese segura de poder hacerlo. Sus manos asieron crispadas el chal de flecos rojos echado

sobre los hombros.

—Katerine se encuentra entre las desaparecidas, madre. Soy la superior de las que... —Enmudeció sin acabar la frase cuando Elaida se quedó mirándola de hito en hito, los dedos paralizados en el gesto de pasar la hebra de lana sobre una de las agujas. Covarla tragó saliva y cambió el peso alternativamente sobre un pie y sobre otro.

—¿Cuántas, hija? —preguntó por fin Elaida, que no podía creer que su voz sonase tan sosegada.

—No sé con certeza cuántas más habrán escapado, madre —respondió, vacilante, Covarla—. No nos atrevimos a quedarnos para hacer una búsqueda exhaustiva, y...

—¿Cuántas? —gritó Elaida. Sacudida por un escalofrío, se obligó a concentrarse en la labor de punto. No debería haber gritado; ceder a la ira demostraba debilidad. Echar hebra, enlazar y sacar. Movimientos relajantes.

—Yo... He traído conmigo a otras once hermanas, madre. —La mujer hizo una pausa, respiró hondo y luego, al ver que Elaida no decía nada, se apresuró a continuar—: Puede que haya otras de camino, madre. Gawyn rehusó esperar más, y no nos atrevimos a quedarnos sin él y sus Cachorros, habiendo por los alrededores tantos Aiel, y los...

Elaida dejó de escucharla. Habían vuelto doce. A buen seguro, si hubiesen escapado más habrían regresado a Tar Valon a toda prisa y habrían llegado tan pronto como Covarla, aun en el caso de que una o dos estuviesen heridas, frenando la marcha. Doce. La Torre no había sufrido un desastre de tal magnitud ni siquiera durante la Guerra de los Trollocs.

—Habrá que darles una lección a esas espontáneas Aiel —dijo, interrumpiendo lo que quiera que estuviese balbuceando Covarla. Galina había pensado que podría utilizar Aiel para distraer a otros Aiel; ¡qué mujer tan estúpida!—. ¡Rescataremos a las hermanas que retienen prisioneras y les enseñaremos lo que significa desafiar a las Aes Sedai! Y volveremos a capturar a al'Thor. —¡No lo dejaría escapar aunque para ello tuviera que conducir personalmente a toda la Torre Blanca para atraparlo!

Tras lanzar una mirada inquieta a Alviarin, Covarla volvió a mover los pies con nerviosismo.

—Madre, esos hombres... Pienso que...

—¡No pienses! —espetó Elaida. Sus manos apretaron convulsamente las agujas, y ella se echó hacia adelante con una expresión tan fiera que Covarla levantó una mano como para protegerse de un ataque. Elaida se había olvidado de que Alviarin se hallaba presente. Bueno, ahora esa mujer sabía lo que sabía; de eso ya se ocuparía más adelante—. ¿Has guardado esta noticia en secreto, Covarla? Aparte de informar a la Guardiana.

—Oh, sí, madre —se apresuró a responder la Roja mientras asentía ansiosamente, satisfecha de haber hecho algo bien—. Entré sola en la ciudad y oculté la cara hasta que llegué ante Alviarin. Gawyn quería acompañarme, pero los guardias del puente se negaron a dejar pasar a ningún miembro de los Cachorros.

—Olvídate de Gawyn Trakand —ordenó ásperamente Elaida. Ese joven seguía vivo, contrariando sus planes. Si resultaba que Galina seguía viva todavía, pagaría por fracasar en eso, además de dejar escapar a al'Thor—. Saldrás de la ciudad tan discretamente como entraste, hija, y os mantendréis, tú y el resto, bien ocultos en algún pueblo más allá de las villas de los puentes hasta que os mande llamar. Dorlan sería perfecto. —Tendrían que dormir en graneros en aquella minúscula aldea, que no tenía posada; era lo menos que su torpeza merecía—. Márchate ya. Y reza por que alguien superior a ti aparezca pronto. La Antecámara exigirá responsabilidades por esta catástrofe sin precedentes y, de momento, tú pareces ser la de más rango entre las

culpables. ¡Vete!

Covarla se puso lívida y se tambaleó de tal modo al hacer la reverencia para marcharse que Elaida creyó que caería de bruces al suelo. ¡Inútiles! ¡Estaba rodeada de necios, traidores e inútiles!

Tan pronto como oyó cerrarse la puerta exterior, tiró la labor de punto, se puso de pie como impulsada por un resorte y se volvió hacia Alviarin.

—¿Por qué no se me ha informado antes de esto? Si al'Thor escapó... ¿hace cuánto, dijiste? ¿Siete días? Si escapó hace siete días, alguno de los informadores debe de haberlo visto. ¿Por qué no se me puso al corriente?

—Sólo puedo pasaros la información que los Ajahs me pasan a mí, madre. —Alviarin se ajustó la estola sosegadamente, ni pizca alterada—. ¿Realmente pretendéis exponernos a una tercera debacle por intentar rescatar a las prisioneras?

Elaida resopló despectivamente.

—¿De verdad piensas que unas espontáneas pueden resistirse a unas Aes Sedai? Galina se dejó sorprender. Tuvo que ser eso. —Frunció el entrecejo—. ¿Qué quieres decir con una *tercera* debacle?

—No habéis escuchado, madre. —Sorprendentemente, Alviarin se sentó sin que le hubiese dado permiso, cruzó las piernas y arregló serenamente los pliegues de la falda—. Covarla creía que habrían resistido contra las espontáneas, aunque a mí no me pareció tan convencida como pretendía dar a entender, ni mucho menos. Sin embargo, los hombres eran otra cosa. Varios cientos vestidos con chaquetas negras, todos ellos encauzando. De eso sí estaba muy segura y, por lo visto, las otras también. Armas vivientes, los llamó. Creo que casi se ensució encima sólo con recordarlo.

Elaida se quedó de una pieza. ¿Varios cientos?

—Imposible. No puede haber más de... —Se dirigió a una mesa que parecía toda ella de marfil y oro y se sirvió ponche. El borde de la boca de la botella tintineó contra la copa de cristal, y cayó casi tanto líquido en la bandeja como dentro del vaso.

—Puesto que al'Thor puede Viajar —dijo de repente Alviarin—, parece lógico que al menos algunos de esos hombres puedan hacerlo también. Covarla está bastante segura de que fue así como llegaron. Supongo que se sentirá bastante molesto por el trato recibido. Covarla parecía un tanto inquieta al respecto; dio a entender que varias hermanas más sentían lo mismo. Tal vez él piense que tiene una cuenta pendiente con vos. No sería muy agradable tener a esos hombres saliendo de repente de la nada aquí mismo, en la Torre, ¿no es cierto?

Elaida se echó al coleto el ponche. Galina había recibido instrucciones de empezar a hacer más «manso» a al'Thor. Si acudía para vengarse... Si de verdad había cientos de hombres capaces de encauzar, o incluso un centenar... ¡Tenía que pensar!

—Por supuesto, si pensaran venir creo que ya lo habrían hecho a estas alturas —continuó la Blanca—. No habrían desaprovechado el factor sorpresa. Tal vez al'Thor no desea enfrentarse a toda la Torre. Supongo que habrán regresado a Caemlyn, a su Torre Negra. Lo que significa, me temo, que a Toveine le aguarda una desagradable sorpresa.

—Redacta una orden para que regrese de inmediato —dijo con voz ronca Elaida. El ponche no parecía servir de mucho. Se volvió y dio un respingo al encontrar a Alviarin justo delante. Quizá ni siquiera había un centenar. ¿Ni *siquiera* un centenar? El día anterior, incluso diez habrían parecido una locura. Sin embargo, no podía correr el riesgo—. Escríbela tú misma, Alviarin. Ahora mismo.

—¿Y cómo se le entregará? —La Blanca ladeó la cabeza en un frío gesto de curiosidad. Por alguna razón, esbozaba una leve sonrisa—. Ninguna de nosotras sabemos Viajar. Toveine y su grupo desembarcarán en Andor cualquier día de éstos, si es que no lo han hecho ya. Le ordenasteis que se dividiesen en pequeños grupos y

evitasen las poblaciones para no dar la alarma. No, Elaida, me temo que Toveine reunirá sus fuerzas cerca de Caemlyn y atacará la Torre Negra sin que les haya llegado noticia alguna de nosotras.

Elaida soltó una ahogada exclamación. ¡Esa mujer acababa de llamarla por su nombre! Y, antes de que pudiese empezar a barbotar fuera de sí por la rabia, llegó lo peor.

—Creo que estás en un buen apuro, Elaida. —Los fríos ojos se clavaron en los de la otra mujer y las frías palabras salieron suavemente de los labios sonrientes de la Blanca—. Antes o después, la Antecámara se enterará del desastre con al'Thor. Puede que Galina consiguiese apaciguar a las Asentadas, pero dudo que Covarla sea capaz de hacerlo; querrán alguien más... alto, para que pague las consecuencias. Y, antes o después, todas sabremos la suerte corrida por Toveine. Entonces será difícil que sigas llevando esto sobre los hombros —comentó, indiferente, mientas ajustaba la estola de Amyrlin alrededor del cuello de Elaida—. De hecho, será imposible si se enteran en un plazo corto. Serás neutralizada para que sirvas de ejemplo, igual que quisiste hacer con Siuan Sanche. Empero, todavía podrías estar a tiempo de salir bien de ésta si haces caso de tu Guardiana. Tienes que atender un buen consejo.

Elaida sentía paralizada la lengua. La amenaza no habría podido ser más explícita.

—Lo que has oído aquí esta noche es un asunto confidencial, sellado para la Llama —adujo, pero supo que su argumentación era inútil antes de que las palabras acabasen de salir de su boca.

—Si tienes intención de rechazar mi consejo... —Alviarin hizo una pausa y luego empezó a darse media vuelta para marcharse.

—¡Aguarda! —Elaida bajó la mano que había extendido de manera instintiva hacia la otra mujer. Despojada de la estola. Neutralizada. Y no se conformarían con eso; después la harían aullar de dolor—. ¿Qué...? —Tuvo que interrumpirse para tragar saliva—. ¿Qué consejo me ofrece mi Guardiana? —Tenía que haber algún modo de frenar esa situación.

Alviarin suspiró y volvió a aproximarse; más que antes. De hecho, a una distancia excesivamente corta entre cualquiera y la Amyrlin, de manera que las faldas casi se tocaban.

—En primer lugar, me temo que debes dejar a Toveine a su suerte, al menos por el momento. E igualmente a Galina y a quienesquiera que hayan sido hechas prisioneras, ya sea por los Aiel o por los Asha'man. Cualquier intento de rescate inmediato significaría destapar el asunto.

—Sí. —Elaida asintió lentamente—. Me doy cuenta de ello. —Era incapaz de apartar su mirada horrorizada de la imperiosa de la otra mujer. ¡Tenía que haber algún modo! ¡Eso no podía estar pasando!

—Y creo que ha llegado el momento de que reconsideres tu decisión con respecto a la Guardia de la Torre. Después de todo, ¿no te parece realmente necesario incrementar sus efectivos?

—No... no veo impedimento en hacer eso. —¡Luz, tenía que pensar!

—Estupendo —murmuró la Blanca, y Elaida enrojeció de rabia e impotencia—. Mañana registrarás personalmente los dormitorios de Josaine y de Adelorna.

—¿Por qué demonios iba a...?

Alviarin tiró de la estola de rayas de nuevo, en esta ocasión casi como si fuese a arrancársela de un tirón, y el cuello al mismo tiempo.

Al parecer, la tal Josaine halló un *angreal* hace años y no lo entregó. Me temo que Adelorna hizo algo peor. Sacó un *angreal* de uno de los almacenes, sin permiso. Cuando los hayas encontrado, anunciarás inmediatamente su castigo. Uno bastante severo. Al

mismo tiempo, pondrás como modelos de preservar la ley a Doraise, Kiyoshi y Farellien. Las recompensarás con un regalo; un buen caballo serviría.

Elaida temió que los ojos acabarían saliéndosele de las órbitas.

—¿Por qué? —De cuando en cuando, una hermana se guardaba un *angreal* desobedeciendo la ley, pero el castigo rara vez superaba una severa regañina. Todas, de la primera a la última, sabían de esa tentación. ¡Y el resto! El propósito resultaba obvio. Todo el mundo daría por sentado que Doraise, Kiyoshi y Farellien habían delatado a las dos primeras. Josaine y Adelorna eran Verdes, y las otras Marrón, Gris y Amarilla respectivamente. El Ajah Verde se enfurecería, incluso podría decidir desquitarse, lo que induciría a los otros Ajahs a...—. ¿Por qué quieres hacer esto, Alviarin?

—Elaida, debería bastarte el hecho de que es mi consejo. —El tono burlón, la meliflua impasibilidad se tornó acerado hielo de manera repentina—. Quiero oírte decir que harás lo que se te mande. De otro modo, no tiene sentido que me moleste en que conserves la estola. ¡Dilo!

—Yo... —Elaida intentó apartar la vista. ¡Oh, Luz, tenía que pensar! Sentía el estómago agarrotado—. Haré lo... lo que... se me mande.

—¿Ves? —Alviarin esbozó aquella sonrisa gélida—. No ha sido tan difícil. —De repente se retiró e hizo una reverencia moderada—. Con tu permiso, me retiraré para que puedas dormir un poco lo que queda de noche. Has de madrugar y te espera una mañana muy ocupada, impartiendo órdenes al mayor Chubai y registrando dormitorios. También tenemos que decidir cuándo se informa a la Torre sobre los Asha'man. —Su tono dejaba claro que sería ella quien lo decidiría—. Y quizá deberíamos empezar a planear nuestro siguiente movimiento contra al'Thor. Va siendo hora de que la Torre manifieste públicamente su postura en este asunto y lo llame al orden, ¿no te parece? Piénsalo bien. Te deseo buenas noches, Elaida.

Aturdida, con ganas de vomitar, Elaida la vio salir. ¿Manifestarse públicamente? Hacerlo sería una *invitación* al ataque por parte de esos... ¿Cómo los había llamado la Blanca? Ah, sí, esos Asha'man. ¡Esto no podía estar pasándole a ella! Antes de darse cuenta de lo que hacía, arrojó la copa, y el recipiente se hizo añicos al chocar contra un tapiz de flores. Luego cogió la jarra con las dos manos y, con un chillido de rabia, la alzó por encima de su cabeza y también la lanzó contra la pared salpicándolo todo de ponche. ¡La Predicción había sido tan incontrovertible! ¡Ella lograría...!

De repente se quedó inmóvil y, con el entrecejo fruncido, contempló los minúsculos fragmentos de cristal prendidos en el tapiz, así como los de mayor tamaño esparcidos en el suelo. La Predicción. Indudablemente había anunciado su triunfo. ¡*Su* triunfo! Puede que Alviarin tuviese su pequeña victoria, pero el futuro le pertenecía a ella. Siempre y cuando se librara de Alviarin. Pero eso tenía que hacerse discretamente, de un modo que incluso la Antecámara deseara mantenerlo confidencial, sin que el caso se airease. Un modo que no apuntara hacia la Blanca hasta cuando ya fuese demasiado tarde, por si acaso se olía algo. De repente se le ocurrió cómo. Alviarin no se lo creería si se lo dijesen. Nadie se lo creería.

Si la Blanca hubiese visto su sonrisa, las rodillas se le habrían vuelto gelatina. Antes de que hubiese acabado con ella, Alviarin envidiaría la suerte de Galina, viva o muerta.

Alviarin hizo un alto en el pasillo que daba a los aposentos de Elaida y se miró las manos a la luz de las lámparas de pie. No le temblaban, cosa sorprendente. Había esperado que la mujer luchase con más ahínco, que se resistiese más. Pero todo había empezado y ella no tenía nada que temer. Salvo que Elaida descubriese que al menos cinco Ajahs le habían pasado informes referentes a al'Thor durante los últimos días; el

derrocamiento de Colavaere había impulsado a todos los agentes de Cairhien a coger papel y pluma. No, si Elaida se enteraba, ella no corría peligro habida cuenta del dominio que ejercía sobre la mujer ahora. Y menos contando con el respaldo de Mesaana. Sin embargo, Elaida estaba acabada, fuese o no consciente de ello. Aun en el caso de que los Asha'man no proclamasen a bombo y platillo el aplastamiento de la expedición de Toveine —y no le cabía duda alguna que la aplastarían después de lo que Mesaana le había contado sobre lo ocurrido en los pozos de Dumai—, todos los informadores de Caemlyn no esperarían un instante en poner alas a sus comunicaciones una vez que la noticia llegase a sus oídos. A no ser que ocurriese un milagro, como por ejemplo que las rebeldes apareciesen a las puertas de la Torre, Elaida correría la misma suerte que Siuan Sanche en cuestión de semanas. En cualquier caso, aquello estaba en marcha y, aunque le gustaría saber qué era «aquello», lo único que realmente debía hacer era obedecer. Y observar. Y aprender. Quizá fuese ella quien llevase la estola de siete colores cuando todo hubiese acabado.

Con los primeros rayos de sol colándose por las ventanas, Seaine mojó la pluma en el tintero, pero antes de que hubiese tenido ocasión de escribir una sola palabra la puerta que daba al pasillo se abrió y la Amyrlin entró majestuosamente. Las oscuras cejas de Seaine se enarcaron; habría esperado a cualquier otra persona, incluso hasta al propio Rand al'Thor, antes que a Elaida. Aun así, dejó la pluma, se levantó sosegadamente de la silla y se bajó las blancas mangas que se había recogido para no mancharlas de tinta. Hizo una reverencia adecuada para la Sede Amyrlin de una Asentada que se encontraba en sus propios aposentos.

—Confío en que no hayáis encontrado a ninguna hermana Blanca ocultando un *angreal*, madre. —Al cabo de los años, todavía le quedaba un ligero acento lugardeño. Esperaba fervientemente que no hubiese ocurrido tal cosa. La irrupción de Elaida en las habitaciones de las Verdes unas pocas horas antes, mientras la mayoría de las hermanas aún dormía, seguramente estaba provocando todavía gemidos y rechinar de dientes. Que se tuviese memoria, no se había ordenado azotar con vara a nadie por guardar un *angreal*, y ahora iban a ser dos. La Amyrlin debía de atravesar uno de sus sañudos ataques de fría cólera.

Pero si había sido así, ahora no quedaba rastro de ello. Contempló a Seaine un momento en silencio, fría como un estanque en invierno, y después se dirigió hacia el aparador sobre el que estaban las miniaturas pintadas sobre marfil de la familia de Seaine. Todos llevaban muertos muchos años, pero ella los seguía queriendo, del primero al último.

—No apoyaste mi nombramiento como Amyrlin —dijo Elaida mientras cogía el retrato del padre de Seaine. Lo dejó prestamente y en su lugar tomó el de la madre.

Las cejas de la Blanca casi se enarcaron de nuevo, pero Seaine había intentado hacer una regla de no dejarse sorprender más de una vez al día.

—No se me informó de que la Antecámara se había reunido hasta después, madre.

—Sí, sí. —Elaida dejó las miniaturas y se desplazó hasta la chimenea. A Seaine le encantaban los gatos, y figurillas de todo tipo talladas en madera abarrotaban la repisa, algunas en posturas graciosas. La Amyrlin frunció el entrecejo ante tal despliegue; luego apretó los párpados y sacudió levemente la cabeza—. Pero te quedaste —añadió mientras se giraba rápidamente—. Todas las Asentadas a las que no se avisó huyeron de la Torre y se unieron a las rebeldes, excepto tú. ¿Por qué?

—¿Qué otra cosa podía hacer, madre? —repuso la Blanca mientras extendía las manos—. La Torre debe permanecer íntegra. —«Sin importar quién sea la Amyrlin», añadió para sus adentros. «¿Y qué pasa con mis gatos, si se puede saber?» Esto tampoco

lo preguntó en voz alta, desde luego. Sereille Bagand había sido una implacable Maestra de las Novicias antes de ser ascendida a Sede Amyrlin, el mismo año en que Elaida obtuvo el chal, y fue una Amyrlin aún más feroz de lo que la propia Elaida sería teniendo dolor de muelas. A Seaine le habían inculcado las normas demasiado a rajatabla y a fondo como para que tal cosa cambiase en unos pocos años. Al igual que su desagrado por la mujer que llevaba la estola ahora. No era obligatorio que a una le gustase la Amyrlin.

—Sí, la Torre debe permanecer íntegra, indivisa —convino Elaida mientras se frotaba las manos, un gesto nervioso que extrañó a la Blanca. Su talante podía mostrar noventa y nueve facetas distintas, todas duras como un cuchillo y el doble de afiladas, pero el nerviosismo no era una de ellas—. Lo que voy a decirte es sellado para la Llama, Seaine. —Torció la boca con mal gesto, se encogió de hombros e, irritada, se ajustó la estola—. Si supiese cómo dar un carácter más imperativo a esa condición de reserva, lo haría —comentó, seca como el polvo tras un día al sol.

—Guardaré vuestras confidencias en el más absoluto secreto, madre.

—Quiero, o mejor dicho, te ordeno que te ocupes de una investigación. Y debes, desde luego, mantenerla en secreto. Si llega a oídos equivocados, podría significar la muerte y el desastre para toda la Torre.

Seaine frunció las cejas. ¿Muerte y desastre para toda la Torre?

—En el más absoluto secreto —repitió—. ¿Queréis sentaros, madre? —Tal ofrecimiento era correcto al hallarse en sus aposentos—. ¿Os apetece un poco de té? ¿O un ponche?

Elaida rechazó la bebida con un ademán y tomó asiento en el sillón más cómodo, el que había elaborado el propio padre de Seaine como regalo cuando recibió el chal, aunque, naturalmente, los cojines habían sido reemplazados muchas veces desde entonces. La Amyrlin, con su postura enhiesta y su duro continente, hacía que el rústico mueble pareciese un trono. Además, tuvo la descortesía de no dar permiso a Seaine para que se sentara, de manera que la Blanca enlazó las manos ante sí y permaneció de pie.

—He meditado largo y tendido sobre la traición, Seaine, desde que mi predecesora y su Guardiana consiguieron escapar. Desde que se las ayudó a escapar. La traición debe estar detrás de ello, y me temo que sólo una o varias hermanas pudieron llevarlo a cabo.

—Ciertamente sería una posibilidad, madre.

Elaida frunció el entrecejo ante la interrupción.

—Nunca se tiene absoluta certeza de quién alberga la sombra de la traición en su corazón, Seaine. Vaya, pero sí sospecho que alguien arregló las cosas para que se revocara una de mis órdenes. Y tengo razones para creer que alguien se ha puesto en contacto con Rand al'Thor, ignoro con qué fin, pero eso es indiscutiblemente traición contra mí y contra la Torre.

Seaine esperó que añadiese algo más, mas la Amyrlin se limitó a sostenerle la mirada mientras se alisaba la roja falda de manera automática.

—¿Qué investigación queréis que lleve a cabo exactamente, madre? —preguntó con cautela.

Elaida se incorporó como impulsada por un resorte.

—Te encomiendo que sigas el maloliente rastro de la traición sin importar adónde te conduce o hasta qué nivel de jerarquía llega, incluso la propia Guardiana. Lo que quiera que descubras, a quien quiera que te lleven tus indagaciones, deberás informar exclusivamente a la Sede Amyrlin. Nadie más debe saberlo. ¿Me has entendido?

—He comprendido vuestras órdenes, madre.

Era lo único que entendía, pensó una vez que Elaida se hubo marchado aún más

Librodot

tiesa que cuando entró. Tomó asiento en el sillón ocupado antes por la Amyrlin para reflexionar, con la barbilla apoyada en los puños, exactamente la misma postura que su padre había adoptado siempre para pensar. Al final, todo acababa por tener lógica.

Ella no habría secundado la deposición de Siuan Sanche —¡de hecho la había propuesto para Amyrlin!—, pero, una vez consumada, siguiendo las formalidades estipuladas aunque rozando el margen de la legalidad, facilitarle la huida había sido traición, como también lo era revocar deliberadamente una orden de la Amyrlin. Posiblemente, comunicarse con al'Thor también lo era; eso dependía del contenido de la comunicación y de su propósito. Descubrir quién había rectificado una disposición de la Amyrlin resultaría difícil al ignorar de qué orden se trataba. Después del tiempo transcurrido, las posibilidades de identificar al que había ayudado a Siuan a escapar eran tan pocas como las de saber quién podría mantener correspondencia con al'Thor. Eran tantas las palomas que llegaban volando a la Torre y partían desde ella a diario que a veces parecía que llovían plumas del cielo. Si Elaida sabía algo más de lo que había dicho, entonces se había andado con rodeos. Todo aquello no tenía sentido. La traición habría hecho hervir de rabia a Elaida, pero no se había mostrado iracunda, sino nerviosa. Y deseosa de marcharse. Y reservada, como si no quisiera revelar todo lo que sabía o lo que sospechaba. Casi como si le diese miedo de hacerlo. ¿Qué clase de traición pondría nerviosa o asustaría a una mujer como ella? Muerte y desastre para toda la Torre.

Del mismo modo que las piezas de un rompecabezas, todo encajó en su sitio, y las cejas de Seaine se enarcaron de tal modo que faltó poco para que se salieran de la frente. Sí, todo encajaba. Se sintió palidecer. Sellado para la Llama. Había dicho que guardaría esto en secreto, pero todo había cambiado desde que pronunció esas palabras. Sólo se permitía sentirse asustada cuando era lógico estarlo, y en ese mismo instante estaba aterrada. No podía afrontar aquello sola. Pero ¿quién? Dadas las circunstancias, ¿quién? La respuesta a esa pregunta llegó con mucha más facilidad. Recobrar la compostura le costó un poco de tiempo, pero luego salió apresuradamente de sus aposentos y dejó atrás el sector del Ajah Blanco caminando a paso mucho más vivo de lo habitual en ella.

La servidumbre iba y venía por los corredores como de costumbre, aunque Seaine iba tan deprisa que pasó ante la mayoría antes de que tuviesen tiempo de hacer reverencias; sin embargo, parecía haber muchas menos hermanas de lo que podría justificar la temprana hora. Muchas menos. Empero, si la mayoría se había quedado en sus alojamientos por alguna razón, las pocas que había compensaban tal ausencia en cierto sentido. Las hermanas caminaban pavoneándose a lo largo de los corredores adornados con tapices, sus rostros todo serenidad, pero en el fondo de sus ojos había indignación. Aquí y allá, grupos de dos o tres mujeres charlaban sin dejar de lanzar ojeadas para ver si alguien lo había oído. Siempre dos o tres del mismo Ajah. Se suponía que las Blancas debían dejar completamente a un lado las emociones, pero ella nunca había visto motivo para taparse los ojos a la verdad, como hacían otras. El ambiente en la Torre estaba tan cargado de desconfianza que casi podía palparse. Tampoco es que eso fuese algo nuevo, por desgracia —la Amyrlin había dado pie a ello con sus duras medidas, y los rumores con respecto a Logain sólo habían empeorado la situación—, pero esa mañana parecía peor que nunca.

Talene Minly apareció por una esquina del pasillo; por alguna razón llevaba el chal no sólo sobre los hombros, sino bien extendido por los brazos como para exhibir bien los flecos verdes. Ahora que lo pensaba, Seaine cayó en la cuenta de que todas las Verdes que había visto esa mañana llevaban puesto el chal. Talene, rubia, escultural y encantadora, era una de las que había apoyado la destitución de Siuan, pero había entrado en la Torre cuando Seaine era Aceptada, y aquella decisión no había hecho

Librodot

mella en su larga amistad. Talene había tenido razones para actuar así, y Seaine las había aceptado aunque no las compartió. Hoy, sin embargo, su amiga se detuvo y la observó con suspicacia. Eran muchas las hermanas que parecían observarse de ese modo últimamente. En cualquier otro momento, se habría parado, pero no con lo que rondaba su cabeza y que amenazaba con hacerla estallar como un melón pasado. Talene era una amiga y creía que podría confiar en ella, pero creer no bastaba en este caso. Más adelante, si ello era posible, hablaría con Talene del asunto. Esperando que fuese así, se apresuró a pasar a su lado limitándose a saludarla con una inclinación de cabeza.

En el sector de la Rojas el ambiente era incluso peor, más cargado. Como ocurría en cualquiera de los Ajahs, había muchas más habitaciones que hermanas que las ocuparan en la actualidad —ya sobraban antes de que las rebeldes huyeran—, pero el Rojo era el Ajah más nutrido, y las hermanas llenaban los pisos que seguían en uso. Con frecuencia, las Rojas llevaban el chal cuando no era necesario, pero incluso aquí hasta la última mujer exhibía la orla y los flecos encarnados como una bandera. Las conversaciones cesaban al aproximarse Seaine, y las frías miradas la seguían desde una burbuja de gélido silencio. Se sintió como una invasora que se hubiese internado en territorio enemigo mientras avanzaba sobre las peculiares baldosas, con la Llama de Tar Valon en rojo. Claro que, cualquier parte de la Torre podría ser territorio enemigo. Mirándolas del revés, aquellas llamas escarlata podrían pasar por Colmillos de Dragón. Jamás había creído los chismes irracionales sobre las Rojas y los falsos Dragones, pero... ¿Por qué ninguna de ellas lo había negado? Tuvo que preguntar el camino.

—No la molestaré si está ocupada —dijo—. Antaño éramos amigas íntimas, y me gustaría que volviéramos a serlo. Ahora más que nunca, los Ajahs no pueden permitirse el lujo de aislarse.

Todo ello muy cierto, aunque los Ajahs parecían estar haciéndose pedazos más que aislándose unos de otros; sin embargo, la domani la escuchó con una expresión tan impasible en su rostro cobrizo que bien podría haber sido una talla de bronce. No había muchas domani en el Ajah Rojo, y esas pocas eran por lo general más peligrosas que una serpiente acorralada.

—Os conduciré hasta ella, Asentada —dijo por último la mujer, y no con excesivo respeto. La llevó hasta una puerta y luego se quedó observándola mientras Seaine llamaba, como si no se fiara de dejarla sola. Los paneles de la hoja también tenían tallada la Llama, y laqueada en un rojo tan intenso como sangre fresca.

—Adelante —contestó una voz enérgica desde dentro, y Seaine abrió la puerta confiando en estar acertada.

—¡Seaine! —exclamó alegremente Pevara—. ¿Qué te trae por aquí esta mañana? ¡Pasa! ¡Cierra la puerta y siéntate!

Fue como si todos los años transcurridos desde que se conocieron siendo novicia y Aceptada desaparecieran de golpe. Bastante rellenita y no muy alta —en realidad, más bien baja para una kandoresa—, Pevara también era bastante guapa, con un alegre brillo en sus oscuros ojos y una sonrisa pronta. Lástima que eligiese el Rojo, por muchas razones que tuviese, ya que le gustaban los hombres. El Rojo se nutría en su mayoría de mujeres con una desconfianza innata hacia el sexo opuesto, desde luego, aunque otras lo elegían porque la tarea de encontrar varones capaces de encauzar era importante. No obstante, tanto si les gustaban los hombres como si les desagradaban o incluso si les daban igual al principio, pocas mujeres podían pertenecer al Ajah Rojo durante mucho tiempo sin que acabaran desarrollando una opinión negativa sobre los varones. Seaine tenía razones para sospechar que Pevara había cumplido un castigo poco después de obtener el chal por haber manifestado que le gustaría tener un Guardián; más tarde, tras haber alcanzado el nivel más seguro de miembro de la Antecámara, proclamó

abiertamente que los Guardianes facilitarían mucho la labor del Ajah Rojo.

—Me faltan palabras para expresar lo feliz que me hace verte —dijo Pevara una vez que se hubieron acomodado en sendos sillones con tallas espirales, muy populares en Kandor un siglo atrás, y sosteniendo en las manos delicadas tazas adornadas con mariposas pintadas, llenas de infusión de arándanos—. A menudo he pensado cómo acercarme a ti, pero admito que me daba miedo lo que dirías después de que cortase contigo radicalmente tantos años atrás. Te juro, Seaine, que no lo habría hecho de no ser porque Tesien Jorhald me tenía agarrada prácticamente por el cuello, y por entonces todavía llevaba muy poco tiempo con el chal para tener el coraje de hacer valer mi criterio. ¿Podrás perdonarme?

—Por supuesto que te perdono —contestó Seaine—. Lo comprendo. —En el Rojo se ponían cortapisas a las amistades que no pertenecían al Ajah, y se hacía de un modo firme y bastante eficaz—. No podemos oponernos a nuestros Ajahs cuando somos jóvenes, y después parece imposible dar marcha atrás. He recordado mil veces las noches que conversábamos en susurros después de haber dado la Postrera. ¡Oh, y las travesuras! ¿Te acuerdas cuando rociamos el camisón de Serancha con polvos picapica de roble? Pero me avergüenza decir que ha sido necesario estar asustadísima para decidirme a dar este paso. Naturalmente deseo que volvamos a ser amigas, pero también necesito tu ayuda. Eres la única persona en la que puedo confiar realmente.

—Serancha era una mojigata por entonces, y lo sigue siendo —rió Pevara—. El Gris es un buen lugar para ella. En cuanto a lo otro, me resulta imposible imaginar que algo pueda aterrarte. Vaya, pero si nunca consideraste lógico asustarse hasta que nos encontrábamos en la cama de noche. Salvo prometer tomar una postura en la Antecámara sin saber con qué motivo, puedes contar con mi ayuda para todo, Seaine. ¿Qué necesitas?

Llegado el momento de acometer el asunto, Seaine vaciló y bebió un sorbo de infusión. No albergaba dudas acerca de Pevara, pero hablar del tema le resultaba... difícil.

—La Amyrlin vino a verme esta mañana —empezó finalmente—. Me ordenó que realizara una investigación altamente confidencial, sellada para la Llama.

Pevara frunció levemente el entrecejo, si bien no comentó que, en tal caso, Seaine no debería hablar de ello. La Blanca había sido la que planeaba cómo llevar a cabo la mayoría de sus travesuras de jovencitas, pero había sido Pevara quien poseía audacia para discurrir casi todas ellas, así como el coraje para ponerlas en práctica.

—Se mostró muy cauta con las palabras que utilizó —prosiguió Seaine—, pero tras meditarlo un rato me quedó muy claro lo que quería. Tengo que buscar y localizar... —Vaciló un momento antes de hallar el valor suficiente para decirlo—. Localizar Amigas Siniestras en la Torre.

Los iris de Pevara, tan negros como azules eran los de su amiga, se tornaron duros como piedra. La mujer se dirigió hacia la repisa de la chimenea, donde se alineaban miniaturas de su propia familia. Todos habían muerto siendo ella novicia: padres, hermanos, hermanas, tíos; asesinados del primero al último durante un levantamiento, rápidamente sofocado, de Amigos Siniestros, quienes tenían la convicción de que el Oscuro iba a liberarse de su prisión en cualquier momento. Ése era el motivo por el que Seaine estaba segura de que podía confiar en ella. También era la razón de que Pevara hubiese elegido el Ajah Rojo, porque pensaba que una Roja que perseguía varones que encauzaban tenía más oportunidades de descubrir Amigos Siniestros, aunque Seaine seguía siendo de la opinión de que podría haber hecho una labor igualmente buena y habría sido más feliz en el Verde. Había sido muy buena en esa tarea; bajo la blandura de su rollizo aspecto exterior se ocultaba el núcleo de un temple de acero. Y también

tenía el coraje para decir sosegadamente lo que Seaine había sido incapaz de pronunciar.

—El Ajah Negro. No me extraña que Elaida se mostrase cauta.

—Pevara, sé que ella siempre ha negado la existencia de ese grupo con más contundencia que tres hermanas juntas, pero no me cabe la menor duda de que era a eso a lo que se refería, y si ella está convencida...

—No tienes que persuadirme, Seaine —la interrumpió la Roja al tiempo que agitaba la mano—. He tenido la certeza de que el Ajah Negro existía desde... —Cosa extraña en ella, Pevara vaciló y clavó la vista en la taza de té como haría una adivina en una feria—. ¿Qué sabes de los acontecimientos que siguieron a la Guerra de Aiel?

—Dos Amyrlins murieron repentinamente en el espacio de cinco años —respondió la Blanca con cautela. Daba por sentado que la otra mujer se refería a los sucesos acaecidos en la Torre. A decir verdad, hasta que ascendió a Asentada, casi quince años atrás, justo un año después que Pevara, no había prestado mucha atención a lo que ocurría fuera de la Torre. Y en realidad tampoco a lo que pasaba dentro—. Muchas hermanas murieron en aquellos años, según recuerdo. ¿Quieres decir que sospechas que el... Ajah Negro tuvo algo que ver en ello? —Bien, lo había dicho, y el nombre no le había quemado la lengua.

—No lo sé —repuso quedamente la Roja mientras sacudía la cabeza—. Hiciste bien en volcarte en la filosofía y aislarte en ella. Se hicieron... ciertas cosas entonces, y selladas para la Llama. —Respiró hondo, con aire preocupado.

Seaine no la presionó; ella misma había incurrido en un acto rayano en la traición al romper esa misma confidencialidad, y era Pevara quien debía tomar la decisión.

—Revisar informes será menos peligroso que hacer preguntas sin saber realmente a quién se las hacemos —sugirió—. Por lógica, una hermana Negra tiene que ser capaz de mentir a pesar de los Juramentos. De otro modo, el Ajah Negro habría sido descubierto mucho tiempo atrás. —El nombre parecía salir de sus labios con más facilidad a medida que lo repetía—. Si cualquier hermana puso por escrito que había hecho algo y podemos demostrar que hizo otra cosa, entonces habremos dado con una Amiga Siniestra.

—Sí —asintió Pevara—, pero no debemos limitarnos, excluyendo posibilidades. Quizás el Ajah Negro no tuvo que ver en la rebelión, pero dudo que dejasen pasar ese tumulto sin sacar provecho de él. Debemos centrarnos en el último año, creo.

Seaine accedió a ello a regañadientes. Habría menos papeles que leer y más preguntas que hacer con respecto a los meses recientes. Y resultó aún más difícil decidir a quién más hacer partícipe de la investigación. Sobre todo después de que Pevara comentara:

—Has sido muy valiente al acudir a mí, Seaine. He conocido Amigos Siniestros que han matado a hermanos, a hermanas, a padres, para ocultar lo que eran y lo que habían hecho. Te quiero por ello, pero, desde luego, has demostrado ser muy valiente al confiar en mí.

Seaine tembló como si alguien hubiese caminado sobre su tumba. Si hubiese querido ser valiente, entonces habría elegido el Ajah Verde. Casi deseó que Elaida hubiese acudido con aquella misión a otra persona. Sin embargo, ahora ya no había vuelta atrás.

Librodot

CAPÍTULO 15

Un baño

Los días siguientes a la partida de Perrin se le hicieron interminables a Rand, y las noches, aún más largas. Se retiró a sus aposentos y se quedó allí, ordenando a las Doncellas que no dejasen entrar a nadie. Sólo a Nandera se le permitió cruzar las puertas con los soles dorados para llevar las comidas. La nervuda Doncella dejaba la bandeja, cubierta con un paño, tras lo cual recitaba los nombres de quienes habían pedido verlo, y le lanzaba una mirada reprobadora cuando él repetía que no recibiría a nadie. A menudo Rand oía comentarios desaprobadores de las Doncellas en el exterior, antes de que Nandera cerrara la puerta al salir; lo hacían a propósito para que las oyera o, de otro modo, habrían utilizado el lenguaje de señas. Pero si creían que iban a azuzarlo afirmando que estaba enfurruñado... Las Doncellas no lo entendían, y puede que tampoco lo entendiesen aunque se lo explicara. Si él hubiese sido capaz de hacerlo.

Picoteaba las comidas sin apetito e intentaba leer, pero sus libros favoritos sólo lo distraían durante unas cuantas páginas. Al menos una vez al día, aunque se había prometido no hacerlo, levantaba el enorme armario de madera de negral y marfil que había en el dormitorio, lo apartaba desplazándolo con flujos de Aire y retiraba cuidadosamente las trampas que había puesto y la Máscara de Espejos que hacía parecer lisa la pared, todo ello invertido para que ningunos ojos salvo los suyos pudiesen verlo. Allí, en un nicho vaciado con el Poder, se encontraban dos estatuillas de piedra blanca, de unos treinta centímetros de altura, un hombre y una mujer, ambos con ropajes ondeantes y sosteniendo en alto, con una mano, una esfera de cristal. La noche que había ordenado ponerse en marcha al ejército en dirección a Illian, él había ido a Rhuidean solo para recoger esos *ter'angreal:* si por cualquier circunstancia los necesitara, no dispondría de mucho tiempo. Ésa era la explicación que se había dado a sí mismo. Alargaba la mano hacia la figurilla del hombre barbudo, la única de la pareja que un varón podía utilizar, pero se paraba a mitad de camino, temblorosa. El roce de un solo dedo, y más Poder Único del que podría imaginar sería suyo. Con eso, nadie lo derrotaría, nadie podría oponérsele. Con eso, había dicho una vez Lanfear, podría desafiar al Creador.

—Es mío por derecho —murmuraba en cada ocasión, con la temblorosa mano muy próxima a la figurilla—. ¡Mío! ¡Soy el Dragón Renacido!

Y todas las veces se obligaba a retirarse, a tejer de nuevo la Máscara de Espejos y las trampas invisibles que reducirían a cenizas a cualquiera que intentara traspasarlas sin la clave. El inmenso armario se desplazaba por el aire como una pluma para ocupar de nuevo su sitio. Él era el Dragón Renacido. Pero ¿sería eso suficiente? Tendría que serlo.

—Soy el Dragón Renacido —musitaba a las paredes de cuando en cuando, y a veces les gritaba—. ¡Soy el Dragón Renacido!

Tanto en silencio como en voz alta se enfurecía con quienes se le oponían, los estúpidos ciegos que no podían ver y los que se negaban a ver, ya fuera por ambición o avaricia o miedo. Él era el Dragón Renacido, la única esperanza del mundo contra el Oscuro. Y la Luz ayudara al mundo por ello.

Pero sus accesos de ira y sus ideas de usar el *ter'angreal* no eran más que intentos

Librodot

de escapar de otras cosas, y lo sabía. En soledad, picoteaba las comidas —menos cada día—, intentaba leer —muy de vez en cuando— y trataba de dormir. Eso último con más frecuencia con el paso de los días, sin importarle si el sol se había ocultado o brillaba en el cielo. Dormía de forma intermitente, dando cabezadas, porque lo que lo angustiaba en las horas que pasaba despierto también lo acechaba en los sueños y lo acosaba hasta despertarlo, demasiado pronto para servirle de descanso. Escudar sus sueños no podía impedir que penetrara en ellos lo que ya estaba dentro. Tenía que enfrentarse a los Renegados y, antes o después, al propio Oscuro. Y tenía a los necios que luchaban contra él o huían, cuando su única esperanza era seguirlo. ¿Por qué no lo dejaban en paz los sueños? De uno de ellos siempre se despertaba bruscamente, antes casi de que hubiese empezado, para luego yacer allí, henchido de desprecio hacia sí mismo y desquiciado por la falta de descanso, pero los otros... Se merecía todos, lo sabía.

Colavaere se le aparecía en sueños, con el rostro amoratado y el pañuelo que había utilizado para ahorcarse todavía enterrado en la carne hinchada del cuello. Colavaere, silenciosa y acusadora, con todas las Doncellas que habían muerto por él desplegadas tras ella en calladas filas; todas las mujeres que habían muerto por su causa. Conocía cada rostro tan bien como el suyo propio, y todos sus nombres salvo uno. De esos sueños, despertaba sollozando.

Un centenar de veces arrojaba por el aire a Perrin a través del Gran Salón del Sol, y un centenar de veces lo asaltaban un miedo arrollador y una ira ardiente. Un centenar de veces, mataba a Perrin en sus sueños y se despertaba con sus propios gritos. ¿Por qué había tenido que elegir ese hombre a las prisioneras Aes Sedai como tema para su discusión? Rand intentaba no pensar en ellas; había hecho todo lo posible por olvidar su existencia desde el principio. Eran demasiado peligrosas para mantenerlas cautivas mucho tiempo, y no tenía ni idea de qué hacer con ellas. Lo asustaban. A veces soñaba que estaba de nuevo reducido dentro del baúl, y que Galina, Erian, Katerine y las demás lo sacaban para golpearlo; despertaba llorando y su llanto no cesaba incluso después de convencerse de que tenía los ojos abiertos y se encontraba fuera. Lo asustaban porque temía ceder al miedo y a la rabia, y entonces... Procuraba no pensar en qué haría entonces, pero a veces lo soñaba, y se despertaba temblando y bañado en sudor frío. No podía hacer eso. A pesar de lo que había hecho ya, eso no lo haría.

En sueños reunía a los Asha'man para atacar la Torre Blanca y castigar a Elaida; salía del acceso henchido de justificada ira y de *Saidin.* Y entonces descubría que la carta de Alviarin había sido una mentira; la veía junto a Elaida, y a Egwene también, y a Nynaeve e incluso a Elayne, todas con rostros Aes Sedai, porque él era demasiado peligroso para dejarlo en libertad. Presenciaba la destrucción de los Asha'man por mujeres que contaban con años de estudio del Poder Único, no sólo unos pocos meses de duro aprendizaje, y de esos sueños nunca podía despertarse hasta que el último hombre con chaqueta negra había muerto y él se encontraba solo para enfrentarse al poderío de las Aes Sedai. Solo.

Una y otra vez, Cadsuane pronunciaba aquellas palabras sobre dementes que oían voces, hasta que él se encogía al oírlas, además de por los azotes del látigo, y se encogía en sus sueños cuando ella aparecía. En sueños y en la vigilia llamaba a Lews Therin, a voz en grito, y sólo le respondía el silencio. Solo. Y aquel pequeño manojo de sensaciones y emociones en el fondo de su mente, la impresión del roce casi físico de Alanna, se convertía poco a poco en un consuelo. En muchos aspectos, eso era lo que más lo asustaba.

La cuarta mañana se despertó como grogui de un sueño sobre la Torre Blanca, alzando una mano para protegerse los ojos irritados de lo que creía era una llamarada

Librodot

creada con el *Saidar.* Motitas de polvo flotaban brillantes en los rayos de sol que penetraban a través de la ventana para llegar a su lecho, con sus grandes pilares cuadrados. Todos los muebles del dormitorio eran de pulida madera negral y marfil, de línea cuadrada y sobria, y lo bastante pesados para encajar con su estado de ánimo. Permaneció tendido un momento, pero si volvía a dormirse también regresarían los sueños.

«¿Estás ahí, Lews Therin?», pensó, sin esperanza de recibir respuesta, y se levantó cansinamente, colocando la arrugada chaqueta mediante tirones. No se había mudado de ropa desde que se encerró en sus aposentos.

Cuando entró en la antesala dando traspiés, al principio creyó que estaba dormido y tenía el sueño del que siempre despertaba bruscamente, abrumado por la vergüenza, la culpabilidad y el desprecio hacia sí mismo. Pero Min alzó la vista desde una de las altas y doradas sillas, donde estaba sentada con un libro encuadernado en piel sobre las rodillas, y él no se despertó. Los oscuros tirabuzones enmarcaban su rostro, y sus ojos oscuros lo observaban tan intensamente que casi sentía su roce. Las polainas de seda verde brocada se le ajustaban como una segunda piel, y la chaqueta a juego, desabrochada, dejaba a la vista una blusa de color crema que subía y bajaba al ritmo de su respiración. Rand rezó para despertarse. No había sido el miedo ni la rabia ni la culpabilidad por Colavaere o por la desaparición de Lews Therin lo que lo había empujado a encerrarse en sus aposentos.

—Hay una especie de fiesta dentro de cuatro días —anunció alegremente ella—, con la media luna. El Día del Arrepentimiento, lo llaman por alguna razón, pero habrá baile esa noche. Baile tranquilo, oí decir, pero cualquier tipo de baile es mejor que ninguno. —Puso una tira de cuero para señalar la página y dejó cuidadosamente el libro en el suelo—. Es la excusa perfecta para hacerme un vestido, si consigo que la costurera se ponga a trabajar hoy. Es decir, si es que piensas bailar conmigo.

Rand apartó los ojos de ella con esfuerzo y los posó en la bandeja cubierta con un paño que había junto a las altas puertas. La mera idea de la comida le revolvió el estómago. ¡Se suponía que Nandera no debía dejar entrar a nadie, así se abrasara! Y menos que a nadie a Min. ¡Él no había mencionado el nombre de la joven, pero había dicho «nadie»!

—Min, yo... no sé qué decir. Yo...

—Pastor, tienes el aspecto de unos despojos por los que se han peleado perros. Ahora entiendo que Alanna esté tan fuera de sí, aunque no entiendo cómo lo ha sabido. Prácticamente me suplicó que hablase contigo después de que las Doncellas la echaran unas cinco veces. Nandera tampoco me habría dejado pasar a mí si no la tuvieras histérica porque no comes nada, e incluso así tuve que suplicar un poco. Estás en deuda conmigo, palurdo.

Rand se encogió. Imágenes de sí mismo pasaron como fogonazos por su mente: desgarrándole las ropas, forzándola como una bestia salvaje. Estaba en deuda con ella más de lo que imaginaba, tanto que jamás podría resarcirla. Se pasó los dedos por el pelo y se obligó a girar sobre sus talones para mirarla cara a cara. Ella había subido los pies a la silla y estaba sentada cruzada de piernas, con las manos apoyadas en las rodillas. ¿Cómo podía mirarlo tan tranquila?

—Min, no hay disculpa para lo que hice. Si hubiese justicia, iría a la horca. Si pudiera, yo mismo me pondría la cuerda al cuello. Juro que lo haría. —Las palabras le sabían amargas. Era el Dragón Renacido, y Min tendría que esperar a que se le hiciera justicia hasta la Última Batalla. Qué necio había sido al desear sobrevivir al Tarmon Gai'don. No lo merecía.

—¿De qué hablas, pastor? —inquirió lentamente ella.

—Hablo de lo que te hice —gimió. ¿Cómo pudo comportarse así con nadie, pero principalmente con ella?—. Min, sé que tiene que ser duro para ti estar en la misma habitación conmigo. —¿Cómo podía recordar aún la morbidez de su cuerpo, la sedosa suavidad de su piel? Después de que le hubiese quitado la ropa desgarrándola—. Jamás pensé que fuera un animal, un monstruo. —Pero lo era. Se despreciaba a sí mismo por lo que había hecho. Y se despreciaba aún más porque deseaba hacerlo otra vez—. La única excusa que tengo es la locura. Cadsuane estaba en lo cierto. Oía voces. La voz de Lews Therin, creía. ¿Podrás...? No. No tengo derecho a pedirte que me perdones. Pero debes saber cuánto lo siento, Min. —Lo sentía. Y sus manos ansiaban deslizarse por su espalda desnuda, por sus caderas. *Era* un monstruo—. Lo lamento enormemente. Al menos, quiero que lo sepas.

Ella permanecía sentada allí, inmóvil, mirándolo como si nunca hubiese visto algo igual. Ahora dejaría de disimular. Ahora diría lo que pensaba realmente, de él y, por tremendo que fuera, no llegaría a la mitad de la verdad.

—Así que es por eso por lo que me has mantenido alejada —dijo finalmente la joven—. Escúchame, estúpido zoquete. Estaba a punto de ponerme a gritar y a llorar a moco tendido porque había presenciado demasiadas muertes, y tú también estabas a punto de hacer lo mismo por idéntica razón. Lo que hicimos, mi inocente cordero, fue consolarnos el uno al otro. A veces los amigos se confortan así. Y cierra la boca, cateto de Dos Ríos con pelo de dehesa.

Rand la cerró, pero sólo para tragar saliva. Creyó que los ojos se le iban a salir de las cuencas. Habló tan deprisa que las palabras le salieron atropelladas.

—*¿Consolar?* ¡Min, si las Mujeres del Círculo en casa oyeran que llamas «consolar» a lo que hicimos, se pondrían en fila para arrancarnos la piel a tiras aunque tuviésemos cincuenta años!

—Vaya, al menos ahora ya somos «nosotros», en lugar de «yo» —instó con gesto severo. Se levantó ágilmente y avanzó hacia él agitando un dedo—. ¿Crees que soy una muñeca, granjero? ¿Me crees tan idiota como para no habértelo hecho saber si no hubiese querido que me tocaras? ¿Crees que no te lo habría dejado muy claro de manera contundente? —Su otra mano sacó un cuchillo de debajo de la chaqueta, lo giró en el aire y volvió a guardarlo en su sitio, todo ello sin que cesara el torrente de palabras—. Recuerdo haberte rasgado la camisa por la espalda porque no podías sacártela por la cabeza lo bastante deprisa para mi gusto. ¡Eso es lo poco que deseaba sentir tus brazos estrechándome! Hice contigo lo que jamás había hecho con un hombre, ¡y no pienses que nunca tuve la tentación! ¡Y ahora dices que todo lo hiciste tú! ¡Como si yo no hubiese estado siquiera allí!

La parte posterior de las piernas de Rand chocaron contra una silla, y sólo entonces él fue consciente de haber estado reculando. Min frunció el entrecejo antes de rezongar:

—Me parece que no me gusta que me mires desde arriba ahora.

De repente le dio una patada en la espinilla, plantó las manos en su pecho y empujó. Rand cayó en la silla con tanta fuerza que casi la volcó hacia atrás. Los tirabuzones oscuros se mecieron cuando Min sacudió la cabeza y se ajustó la chaqueta brocada.

—De acuerdo, puede que fuera así, Min, pero...

—Fue así, pastor —lo cortó firmemente—, y si vuelves a decir lo contrario, más te vale gritar para que acudan las Doncellas y que encauces con todas tus fuerzas, porque te correré a golpes por toda la habitación hasta que chilles pidiendo clemencia. Tienes que afeitarte. Y necesitas un baño.

Rand respiró hondo. Perrin disfrutaba de un matrimonio tan tranquilo, con una

esposa dulce y afectuosa. ¿Por qué él siempre topaba con mujeres que lo volvían loco? Si conociera a las mujeres una décima parte que Mat, habría sabido qué responder a todo aquello, pero, en sus circunstancias, lo único que podía hacer era seguir adelante a tientas y metiendo la pata.

—En cualquier caso —dijo cautelosamente—, sólo tengo una alternativa.

—¿Y cuál es? —Min se cruzó de brazos y empezó a dar golpecitos con la punta del pie de manera amenazadora, pero Rand sabía que su decisión era la correcta.

—Alejarte de mí. —Igual que había hecho con Elayne y con Aviendha—. Si hubiese tenido un mínimo de autocontrol, no habría... —La punta del pie empezó a golpear más deprisa. Quizá fuera mejor no mencionar eso. ¿Consolarse? ¡Luz!—. Min, cualquiera cercano a mí corre peligro. Los Renegados no son los únicos que harían daño a alguien allegado con tal de herirme a mí también. Y no hemos de olvidarnos de mí mismo. Ya no soy capaz de controlar el genio. ¡No maté a Perrin por poco! Cadsuane tenía razón. Me estoy volviendo loco, o quizá ya lo estoy. He de mandarte lejos por tu propia seguridad.

—¿Quién es Cadsuane? —inquirió ella con tanta calma que Rand dio un respingo al advertir que seguía golpeando el suelo con el pie—. Alanna mencionó ese nombre como si fuese la hermana del Creador. No, no me lo digas; no me importa. —Aun en el caso de que hubiese querido contestarle, no le dio la oportunidad—. Y tampoco me preocupa Perrin. Ni a él ni a mí nos harías daño. Creo que esa gran pelea en público sólo fue un montaje, eso es lo que pienso. No me importa tu mal genio y no me importa si estás loco. Si realmente lo estuvieras, no te preocuparías tanto por ello. Lo que sí me importa es... —Se inclinó hasta que aquellos grandes y oscuros ojos se encontraron a la altura de los de él, muy próximos, y de repente centellearon con tal intensidad que Rand asió el *Saidin*, dispuesto a defenderse.

»¿Mandarme lejos por mi propia seguridad? —gruñó la joven—. ¿Cómo te atreves? ¿Qué derecho crees tener para mandarme a ninguna parte? ¡Me necesitas, Rand al'Thor! ¡Si te contase sólo una parte de las visiones que he tenido de ti, la mitad del pelo se te pondría de punta y la otra mitad se te caería! ¡Atrévete y verás! ¿De modo que dejas a las Doncellas afrontar cualquier riesgo que quieran y a mí pretendes alejarme de aquí como si fuese una niña?

—A las Doncellas no las amo. —Desde el profundo vacío carente de emociones en el que flotaba, Rand oyó aquellas palabras saliendo de su boca y la impresión hizo saltar en pedazos el vacuo aislamiento e interrumpió el contacto con el *Saidin.*

—Vaya. —Min se irguió. Una leve sonrisa acentuó la curva de sus labios—. Resuelto un punto de la controversia. —Y se sentó en su regazo.

Afirmaba que nunca les haría daño a Perrin ni a ella, pero ahora tenía que lastimarla. No había más remedio, por su propio bien.

—Y también amo a Elayne —manifestó brutalmente—. Y a Aviendha. ¿Ves la clase de monstruo que soy?

Por alguna razón, Min no se inmutó al oírlo confesar aquello.

—Rhuarc ama a más de una mujer —contestó ella con una sonrisa que recordaba la serenidad Aes Sedai—. Y lo mismo le ocurre a Bael, y no he visto que ninguno de los dos tenga cuernos de trolloc ni nada semejante. No, Rand, me amas, y no puedes remediarlo. Debería dejarte colgado y tenerte sobre ascuas por lo mal que me lo has hecho pasar, pero... Que sepas que yo también te amo. —Su sonrisa se borró y frunció el entrecejo, como si se debatiera en un conflicto consigo misma; finalmente suspiró—. La vida sería mucho más fácil para mí si mis tías no me hubiesen enseñado a ser una persona decente —masculló—. Y, para ser justa, Rand, he de decirte que Elayne también te ama. Al igual que Aviendha. Si a Mandelain pueden amarlo sus dos esposas,

supongo que tres mujeres sabrán arreglárselas para amarte a ti. Pero yo estoy aquí, y si intentas alejarme de tu lado, me ataré a tu pierna. —Encogió la nariz—. Después de que te hayas bañado, desde luego. En fin, que no me iré, te pongas como te pongas.

Igual que una peonza, así le daba vueltas la cabeza.

—¿Que me *amas*? —instó con incredulidad—. ¿Cómo sabes lo que sienten por mí Elayne o Aviendha? ¡Luz! Mandelain puede hacer lo que le dé la gana, Min, pero yo no soy Aiel. —Frunció el entrecejo—. ¿Y qué es eso que has dicho sobre contarme sólo parte de tus visiones? Creía que me contabas todo. Y entérate: a ti también te mandaré lejos, a un lugar donde estés a salvo. ¡Y deja de encoger la nariz así! ¡No huelo mal!

Retiró bruscamente la mano con la que se rascaba por debajo de la chaqueta. Las cejas arqueadas de Min hablaban por sí solas, pero, aun así, su lengua no renunció a poner su granito de arena.

—¿Te atreves a usar ese tono? ¿Como si no lo creyeses? —De repente empezó a subir el timbre de voz con cada palabra y le hincó el índice en el pecho como si intentara traspasarlo con él—. ¿Crees que me acostaría con un hombre al que no amo? ¿Lo crees? ¿O es que piensas que no mereces que te amen? ¿Es eso? —Emitió un ruido como el de un gato al que le pisan la cola—. De modo que soy una especie de casquivana sin pizca de cerebro, enamorada de un patán inútil, ¿no? Te sientas ahí, boquiabierto como un buey atontado y menospreciando mi inteligencia, mis gustos, mi...

—Si no te calmas y dejas de decir tonterías —gruñó él—, ¡juro que te daré de azotes! —Sus últimas palabras salieron sin saber cómo, seguramente el producto de noches en vela y confusión, pero antes de que tuviese tiempo de discurrir una disculpa, Min sonrió. ¡Sonrió!

—Por lo menos ya no estás enfurruñado —comentó—. No vuelvas a compadecerte y a lloriquear, Rand; no se te da bien. Bueno, vamos a ver. ¿Quieres sentido común? Te amo, y no voy a marcharme. Si intentas alejarme, les diré a las Doncellas que me deshonraste y ahora me das de lado. Se lo diré a todo el que quiera escucharme. Les contaré...

Rand alzó la mano derecha y examinó la palma, donde resaltaba claramente la marca de la garza, y después la miró a ella. Min echó una ojeada a la mano del joven, con cautela, y rebulló en sus rodillas; luego hizo caso omiso, ostentosamente, de todo salvo su rostro.

—No me iré, Rand —repitió en tono quedo—. Me necesitas.

—¿Cómo lo consigues? —suspiró él mientras se recostaba prestamente en el sillón—. Incluso cuando me llevas la contraria y me calientas la cabeza, logras que mis problemas disminuyan.

—Te hace falta que te lleven la contraria más a menudo —repuso ella con un resoplido—. Bueno, dime. Esa Aviendha, supongo que no tendremos la suerte de que sea tan huesuda y marcada de cicatrices como Nandera.

Rand se echó a reír a despecho de sí mismo. Luz, ¿cuánto hacía que no reía con ganas?

—Min, podría decirte que es tan hermosa como tú, pero ¿acaso pueden compararse dos bellos amaneceres?

Durante unos segundos se quedó mirándolo, con una sonrisa apuntando en sus labios como si no supiera si reaccionar con sorpresa o deleite.

—Eres un hombre muy peligroso, Rand al'Thor —murmuró al tiempo que se inclinaba lentamente hacia él. Rand pensó que podría sumergirse en sus ojos y perderse en ellos. Todas esas ocasiones en las que se había sentado en sus rodillas y lo había besado, todas esas veces que él pensó que sólo se burlaba de un chico de campo, casi se

había vuelto loco de ganas por besarla y no parar nunca. Ahora, si lo besaba de nuevo...

La agarró firmemente por los brazos, se puso de pie y la soltó en el suelo. La amaba, y ella le correspondía, pero tenía que recordar que deseaba besar a Elayne cuando pensaba en ella, y también a Aviendha. Dijera lo que dijera Min sobre Rhuarc o cualquier hombre Aiel, había hecho un mal negocio el día que se enamoró de él.

—Hablaste de parte de las visiones, Min. ¿Qué es lo que no me has contado? —preguntó en tono tranquilo.

La mujer lo miró con lo que podría interpretarse como frustración, salvo que, por supuesto, eso no podía ser.

—Estás enamorada del Dragón Renacido, Min Farshaw, y más te vale que lo recuerdes —rezongó ella—. Y también será mejor que lo recuerdes tú, Rand —añadió mientras se apartaba. Él la soltó de mala gana. O con gusto; no habría sabido discernirlo—. Hace media semana que regresaste a Cairhien y aún no has hecho nada con respecto a los Marinos. Berelain pensó que quizás intentarías dar largas al asunto otra vez. Me dejó una carta en la que me pedía que te lo recordara sin descanso, sólo que tú no me permitiste... En fin, dejemos eso. Berelain cree que son importantes para ti de algún modo; dice que eres la realización de cierta profecía que tienen.

—Sé todo eso, Min. Yo... —Se había planteado no involucrar a los Marinos con él; en las Profecías del Dragón no había mención sobre eso que él hubiese visto. Pero, si iba a dejar que Min se quedase a su lado, que corriera el riesgo... La mujer había ganado, comprendió. Se le había partido el alma al ver marcharse a Elayne. El corazón se le puso en un puño cuando se separó de Aviendha. No podría pasar por lo mismo otra vez. Min seguía esperando a que hablara—. Iré a su barco. Hoy. Los Marinos podrán arrodillarse ante el Dragón Renacido en todo su esplendor. Supongo que en ningún momento hubo otra opción. O son míos, o están contra mí. Así es como parece ocurrir siempre. Y ahora, ¿querrás hablarme de esas visiones?

—Rand, deberías informarte de sus costumbres y de cómo son antes de ir...

—Las visiones, Min.

Ella se cruzó de brazos y lo miró ceñuda. Se mordisqueó el labio inferior, dirigió una ojeada malhumorada hacia la puerta. Sacudió la cabeza y rezongó algo entre dientes.

—En realidad es sólo una —dijo por fin—. Estaba exagerando. Te vi a ti y a otro hombre. No distinguí ninguno de los dos rostros, pero sabía que uno eras tú. Os tocabais y parecía que os fundíais el uno en el otro, y... —Su boca se puso tensa en un gesto preocupado; cuando habló, casi lo hizo en un susurro—. Ignoro lo que significa, Rand, excepto que uno de vosotros muere y el otro, no. Yo... ¿Por qué sonríes? No tiene ninguna gracia, Rand. No sé cuál de vosotros muere.

—Sonrío porque me has dado una noticia muy buena —contestó él mientras le acariciaba la mejilla. El otro hombre tenía que ser Lews Therin. «No estoy loco ni oigo voces que no existen», pensó, jubiloso. Uno vivía y el otro moría, pero sabía desde hacía mucho tiempo que él iba a morir. Al menos no había perdido la razón. O no tanto como había temido. Seguía quedando el genio que controlaba a duras penas—. Verás, yo...

De repente cayó en la cuenta de que había pasado de rozarle la mejilla a tomar su cara con las dos manos. Las retiró como si se hubiese quemado. Min apretó los labios y le asestó una mirada de reproche, pero Rand no estaba dispuesto a aprovecharse de ella. No sería justo para la mujer. Por suerte, su estómago sonó ruidosamente en ese momento.

—Necesito comer algo si voy a ir a reunirme con los Marinos. Vi una bandeja en...

Más que aspirar por la nariz con desdén, Min resopló mientras se daba media vuelta y se encaminaba hacia las altas puertas.

—Lo que necesitas es un baño si *vamos* a visitar a los Marinos.

Nandera se mostró encantada, asintió enérgicamente e impartió órdenes a las Doncellas, que salieron corriendo. Se inclinó hacia Min para hablar.

—Debería haberte dejado entrar el primer día. Habría querido darle de patadas, pero eso no se hace al *Car'a'carn.* —Por su tono, habría que haberlo hecho. Habló en voz baja, pero no tanto como para que él no la oyera. Rand estaba seguro de que era a propósito; la mirada que le lanzó era demasiado cortante para interpretarla de otro modo.

Las Doncellas mismas llevaron la enorme bañera de cobre y, una vez que la soltaron en el suelo, intercambiaron comentarios con el lenguaje de las manos, riendo y demasiado excitadas para dejar que los sirvientes del Palacio del Sol se encargasen del trabajo y llevasen los humeantes cubos de agua caliente. A decir verdad, Rand tuvo que luchar a brazo partido para desnudarse él solo y también para bañarse sin ayuda, aunque no pudo escapar de que Nandera le enjabonara el pelo. La rubísima Somera y la pelirroja Enaila insistieron en afeitarlo mientras seguía sentado en la bañera, y se concentraron en la tarea de tal modo que parecían temer que pudieran cortarle el cuello. Rand ya estaba acostumbrado a eso de ocasiones anteriores, en las que se habían negado a dejarlo utilizar la brocha y la navaja por sí mismo. También se había acostumbrado a que las Doncellas se quedaran mientras se bañaba, mirándolo y preguntándole si le restregaban la espalda o los pies, todo ello acompañado de muchos movimientos de manos en una charla silenciosa, mostrándose aún bastante escandalizadas al ver a alguien *sentado* en agua. Por suerte, se las ingenió para librarse al menos de unas cuantas despachándolas con distintas órdenes.

A lo que no estaba acostumbrado era a Min, sentada de piernas cruzadas en la cama, con la barbilla apoyada en las manos y observando todo el proceso con evidente fascinación. En medio de tantas Doncellas, Rand no se había percatado de la presencia de la mujer hasta que se hubo desnudado, y entonces sólo le quedó sentarse lo más rápido posible, de manera que el agua rebosó y se salió por los costados de la bañera. Min no desentonaba con las Doncellas; hablaba de él con las demás sin recato, ¡sin ruborizarse en absoluto! Fue él quien se puso colorado.

—Sí, es muy modesto —decía Min, mostrándose de acuerdo con Malindare, una mujer más metida en carnes de lo que era habitual en las Doncellas, y con el pelo más negro que había visto en un Aiel—. La modestia corona las cualidades de un hombre.

Malindare asentía muy seria, pero Min exhibía una sonrisa de oreja a oreja. Los comentarios siguieron.

—Oh, no, Domeille, sería una lástima estropear una cara tan bonita con una cicatriz.

Domeille, más canosa y nervuda que Nandera y con una barbilla prominente, insistía en que, para que Rand fuera realmente guapo, le faltaba una cicatriz que resaltara su hermosura. Literalmente. Y lo que vino luego fue peor. A las Doncellas parecía gustarles sacarle los colores a la menor oportunidad. Min, desde luego, disfrutaba haciéndolo.

—Tendrás que salir antes o después, Rand —dijo mientras sostenía en alto una gran toalla blanca. La mujer se encontraba a tres o cuatro pasos de la bañera, y las Doncellas se habían retirado y formaban un círculo expectante. La sonrisa de Min era tan ingenua que cualquier magistrado la habría hallado culpable sólo por ello—. Sal y sécate, Rand.

En toda su vida se había sentido más aliviado de ponerse la ropa.

Para entonces, todas sus órdenes se habían llevado a cabo y todo estaba preparado. Rand al'Thor podría haber echado raíces en la bañera, pero el Dragón Renacido iría a visitar a los Marinos con un aspecto que los haría arrodillarse ante él con sobrecogido pasmo.

CAPÍTULO 16

Ta'veren

Todo se había dispuesto como Rand había ordenado en el patio principal del Palacio del Sol. O casi todo. El sol matinal arrojaba sombras sesgadas desde las torres escalonadas, de manera que sólo estaban iluminados diez pasos delante de las altas puertas de bronce. Dashiva, Flinn y Narishma, los tres Asha'man que había elegido para que se quedaran, esperaban junto a los caballos; incluso Dashiva tenía un aspecto resplandeciente con la espada de plata y el dragón rojo y dorado prendidos en el cuello negro de la chaqueta, aunque todavía se las arreglaba para asir la espada que colgaba a su costado como si lo sorprendiera constantemente hallarla allí. Un centenar de soldados de Dobraine se encontraban en sus monturas detrás de su señor, con dos largas banderas que colgaban fláccidas al no soplar nada de aire, las oscuras armaduras recién lacadas de manera que relucían al sol, y cintas de seda en colores rojo, blanco y negro atadas debajo de las moharras de las lanzas. Lanzaron un vítor cuando Rand apareció, el cinturón de la espada con la hebilla en forma de dragón dorado abrochado sobre una chaqueta roja, adornada con profusión de bordados en oro.

—¡Al'Thor! ¡Al'Thor! ¡Al'Thor!

El clamor resonaba en el patio. La gente que abarrotaba las balconadas en arco se sumó a la aclamación; tearianos y cairhieninos con sus sedas y encajes que menos de una semana antes aclamaban con igual entusiasmo a Colavaere; hombres y mujeres que habrían preferido que jamás regresara a Cairhien, algunos de ellos, agitando los brazos y clamando a voz en cuello. Rand alzó el Cetro del Dragón en respuesta, y ellos vociferaron más fuerte.

Superando el clamor sonó el atronador redoble de tambores y toque de trompetas producido por otra docena de hombres de Dobraine, éstos vestidos con tabardos carmesíes y el disco negro y blanco sobre el pecho, la mitad llevando los instrumentos de viento, adornados con los mismos colores, y la otra mitad con timbales decorados de igual modo y colgando a ambos costados de los caballos. Cinco Aes Sedai cubiertas con los chales salieron a su encuentro cuando bajó la amplia escalinata. Al menos, se acercaron majestuosamente hacia él. Alanna le dirigió una mirada escrutadora con aquellos ojazos oscuros y penetrantes —la tenue percepción de emociones dentro de su cabeza le reveló a Rand que la mujer se sentía más tranquila, más relajada de lo que había percibido nunca— y a continuación, tras el breve examen, hizo un leve gesto; Min le tocó el brazo e hizo un aparte con ella. Bera y las demás le dedicaron una reverencia apenas insinuada, inclinando ligeramente las cabezas, mientras los Aiel salían en tropel de palacio en pos de él.

Nandera iba al mando de doscientas Doncellas —no estaban dispuestas a que los «quebrantadores de juramentos» las eclipsaran—, y Camar, un Daryne larguirucho de Pico Corvo, más canoso que Nandera y media cabeza más alto que Rand, dirigía a doscientos *Seia Doon* que no consentirían verse desmerecidos por las *Far Dareis Mai*, cuanto menos por los cairhieninos. Pasaron junto a Rand y las Aes Sedai por ambos lados para rodear el patio. Bera, con su aspecto de orgullosa ama de casa campesina, y Alanna, cual reina de morena belleza, ambas luciendo sus chales de flecos verdes; la

regordeta Rafela, aún más atezada, envuelta en el suyo de color azul y observándolo con ansiedad; otra Verde, Faeldin, con sus ojos impasibles y las finas trenzas entretejidas con cuentas de colores; la esbelta Merana, con su chal de flecos grises, cuyo entrecejo fruncido hacía que Rafela pareciese la viva imagen de la serenidad Aes Sedai. Cinco en total.

—Noto que faltan dos Aes Sedai. ¿Dónde están Kiruna y Verin? ¿Cómo es que no han venido? —demandó Rand—. Os convoqué a todas.

—Lo hicisteis, milord Dragón —respondió sosegadamente Bera. Volvió a hacer otra reverencia, muy superficial, pero bastó para sorprenderlo—. No localizamos a Verin; se encuentra por alguna parte de las tiendas Aiel, interrogando a... —Su tono sosegado dio paso a un fugaz titubeo—. A las prisioneras, creo, para intentar descubrir qué habían planeado cuando llegasen a Tar Valon. —Es decir, cuando él llegase a Tar Valon; sabía muy bien el terreno que pisaba como para soltar tal cosa donde todo el mundo podía oírla—. Y Kiruna se ha reunido con Sorilea para... deliberar sobre un asunto de protocolo. Pero estoy segura de que se unirá gustosamente a nosotros si enviáis un emplazamiento personal a Sorilea. Podría ir yo misma si os...

Rand desestimó la oferta con un ademán. Cinco serían suficientes. Tal vez Verin descubría algo. ¿Deseaba realmente saberlo? En cuanto a Kiruna... ¿Un asunto de *protocolo*?

—Me alegra que os llevéis bien con las Sabias.

Bera empezó a hablar, pero luego cerró la boca prietamente. Lo que fuera que Alanna estuviese diciendo a Min había provocado que ésta se pusiera colorada y que alzase el mentón, aunque, curiosamente, parecía contestar con bastante calma. Se preguntó si luego se lo contaría a él. Una cosa que tenía muy clara sobre las mujeres era que todas guardaban secretos en su corazón que a veces compartían con otras mujeres, pero jamás con un hombre. Eso era lo único que sabía con certeza en cuanto al sexo opuesto.

—No he salido para quedarme plantado aquí todo el día —instó en tono irritado. El grupo de Aes Sedai quedó encabezado por Bera, un paso más atrás. Si no hubiese sido ella, habría sido Kiruna. Su propia organización, no la marcada por él. En realidad no le importaba, siempre y cuando se atuvieran a su juramento, y no habría hecho objeciones de no ser por Min y Alanna—. Merana será vuestra portavoz de ahora en adelante; ella os transmitirá las órdenes.

Por el modo en que los ojos de todas se abrieron de par en par cualquiera habría dicho que las había abofeteado. Incluida Merana. Hasta Alanna giró bruscamente la cabeza en su dirección. ¿A qué venía esa reacción de sobresalto? Cierto, Bera o Kiruna habían sido las que habían llevado la voz cantante casi siempre desde los pozos de Dumai, pero Merana era la embajadora enviada a Caemlyn.

—¿Estás lista, Min? —preguntó y, sin esperar respuesta, echó a andar hacia el patio. Le habían llevado el enorme y feroz castrado negro que montó durante el viaje de vuelta de los pozos de Dumai; la silla, de alto borrén trasero, era dorada e iba instalada sobre una sudadera carmesí con un disco blanco y negro bordado en cada esquina. Los arreos no podían ser más apropiados para el animal, así como su nombre: *Tai'daishar*, término de la Antigua Lengua que significaba «Señor de la Gloria». Y el conjunto, corcel y jaeces, se ajustaba pertinentemente al Dragón Renacido.

Mientras Rand montaba el enorme caballo, Min se ajustó los guantes antes de subirse a la silla de *Seiera*, la yegua parda que había montado en el viaje de vuelta.

—*Seiera* es un precioso animal —comentó mientras palmeaba el cuello arqueado de la yegua—. Ojalá me perteneciera. Y también me gusta su nombre. Es como llamamos a una especie de nomeolvides que crece en Baerlon y que en primavera

Librodot

florece por todas partes.

—Tuya es —dijo Rand. Fuese cual fuese la Aes Sedai a la que perteneciera, no se negaría a vendérsela. A Kiruna le pagaría mil coronas por *Tai'daishar*, así no podría protestar, ya que ni el mejor semental de la cabaña teariana costaría una décima parte—. ¿Sostuviste una conversación interesante con Alanna?

—Nada que pueda interesarte —respondió bruscamente, pero un tenue rubor tiñó sus pómulos.

Él resopló suavemente antes de levantar la voz:

—Lord Dobraine, creo que ya he hecho esperar demasiado a los Marinos.

A medida que se corrió la voz, el paso de la procesión atrajo multitudes a lo largo de las amplias avenidas y curiosos apiñados en ventanas y terrazas. Veinte lanceros de Dobraine abrían la marcha para despejar el camino, junto con treinta Doncellas y otros tantos Ojos Negros; a continuación iban los tambores y trompetas. Las voces de los instrumentos casi quedaban ahogadas por los gritos de los espectadores, un clamor ambiguo que igual podía ser iracundo como aprobador. Las banderas tremolaban —el blanco Estandarte del Dragón y la escarlata Enseña de la Luz— justo delante de Dobraine y detrás de Rand; Aiel velados trotaban junto a los lanceros, cuyas cintas también ondeaban al aire. De cuando en cuando alguien echaba flores a su paso. Quizá no lo odiaban; tal vez sólo le temían. Tendría que conformarse con eso.

—Un séquito digno de cualquier rey —comentó Merana en voz alta, para que se la oyese.

—Entonces es suficiente para el Dragón Renacido —replicó, con voz cortante, Rand—. Quédate un poco más atrás, haz el favor, Merana. Y tú también, Min.

No sería la primera vez que en las azoteas se escondían asesinos. La saeta de una ballesta disparada contra él no haría blanco en una mujer en ese día.

Las dos mujeres se retrasaron un poco con respecto al gran corcel negro de Rand, aunque sólo durante tres pasos pues enseguida se encontraron de nuevo casi pegadas a él; Min empezó a decirle que Berelain había escrito sobre los Marinos en los barcos, la Profecía Jendai y el Coramoor, y Merana añadió que ella conocía la existencia de esa profecía, aunque admitió que no sabía demasiado sobre ella, quizá sólo un poco más que Min.

Rand, pendiente de tejados y azoteas, las escuchó a medias. No asía el *Saidin*, pero lo sentía llenando a Dashiva y a los otros dos, justo detrás de él. Por el contrario, no percibía el cosquilleo que anunciaba que una Aes Sedai abrazaba el *Saidar*, pero les había dicho que no lo hicieran sin su permiso. Quizá debería cambiar eso. Parecían estar cumpliendo el juramento. ¿Y cómo no? Eran Aes Sedai. Menuda situación si recibía una cuchillada asesina mientras una de las hermanas intentaba decidir si su promesa de servirle significaba salvarlo u obedecer su orden de no encauzar.

—¿De qué te ríes? —quiso saber Min. Hizo que *Seiera* se acercase un poco más a él y le sonrió.

—Esto no es cosa de risa, milord Dragón —adujo ásperamente Merana, al otro lado—. Los Atha'an Miere pueden llegar a ser muy quisquillosos. Cualquier pueblo se muestra susceptible en lo tocante a sus profecías.

—El mundo entero es cosa de risa —le contestó, y Min se unió a sus carcajadas, pero Merana resopló y volvió de inmediato al tema de los Marinos en cuanto dejó de reírse.

Las altas murallas de la ciudad llegaban hasta el río y flanqueaban los largos embarcaderos de piedra que penetraban en el agua desde el muelle principal. Barcos fluviales, botes y barcazas de todo tipo y tamaño permanecían amarrados por doquier; las tripulaciones se encontraban en cubierta para ver qué causaba el alboroto, pero la

Librodot

embarcación que Rand buscaba se hallaba preparada y aguardando, amarrada en el extremo de un embarcadero, que ya había sido despejado de braceros y estibadores. Era un bajel que llamaban drakar, un bote largo y estrecho, sin mástiles, sólo con un asta de proa de cuatro pasos de alto, rematada por un fanal, y otra en la popa. Medía treinta pasos de eslora y contaba con otros tantos remos y, aunque no podía llevar la carga que transportaría una embarcación del mismo tamaño, tampoco dependía del viento, de modo que, gracias a su corto calado, podía viajar día y noche utilizando remeros por turnos. Estos tipos de bajeles se empleaban en los ríos para transporte de urgencia e importancia. A Rand le había parecido que era el más apropiado para el caso.

El capitán empalmó una reverencia tras otra mientras Rand descendía por la rampa de embarque, con Min del brazo y las Aes Sedai y los Asha'man pisándole los talones. Elver Shaene era incluso más larguirucho que su embarcación, y vestía una chaqueta murandiana de color amarillo que le llegaba a las rodillas.

—Es un honor transportaros, milord Dragón —murmuró al tiempo que se enjugaba la calva cabeza con un enorme pañuelo—. Un honor, sí. Un gran honor, ya lo creo. Un honor.

Obviamente, el hombre habría preferido tener su barca llena hasta el borde de víboras. Parpadeó al reparar en los chales de las Aes Sedai y miró de hito en hito sus rostros intemporales; se lamió los labios mientras sus ojos pasaban rápidamente de ellas a Rand y viceversa. Los Asha'man consiguieron que se quedase boquiabierto una vez que su mente encajó las chaquetas negras con los rumores que corrían, y, a partir de ese momento, evitó echar una sola ojeada en su dirección. Shaene contempló cómo Dobraine conducía a los portaestandartes a bordo, y a los trompetas y tambores, cargados con sus instrumentos, y luego dirigió la vista hacia los soldados a caballo que se alineaban en el muelle, como si sospechase que podrían querer subir a bordo también. Nandera, seguida de veinte Doncellas, y Camar más veinte Ojos Negros, todos ellos con los negros velos envueltos en la cabeza pero sin cubrir sus rostros, hicieron que el capitán se retirase rápidamente a fin de poner a las Aes Sedai entre los Aiel y él. Los Aiel estaban ceñudos, ya que el breve instante que necesitaban para velarse podría retrasarlos, pero quizá los Marinos sabían lo que significaba el velo, y no les haría ninguna gracia pensar que iban a atacarlos. Rand temió que el pañuelo de Shaene acabara por arrastrar los ralos cabellos grises que le quedaban.

El bajel se apartó del muelle impulsado por los remos, con las dos banderas ondeando en la proa, los tambores resonando y las trompetas tocando. En el río, la gente subía a cubierta en los barcos para observar e incluso trepaba por los aparejos. También aparecieron en la cubierta del barco de los Marinos, la mayoría de los marineros con atuendos de llamativos colores, a diferencia de las ropas de tonos apagados que se veían en otras embarcaciones. El *Espuma Blanca* era un barco más grande que la mayoría, aunque también más estilizado, de líneas más elegantes, con dos altos mástiles inclinados hacia atrás y la arboladura en cruz, mientras que casi todas las demás embarcaciones tenían las vergas en sesgo y más largas que los mástiles. Todo en él denotaba diferenciación, aunque Rand sabía que al menos en una cosa los Atha'an Miere tenían que ser como el resto del mundo; podían acceder a seguirlo por propia iniciativa o verse obligados a hacerlo. Las Profecías establecían que él uniría a las gentes de todas las naciones: «Aunará el norte con el este, y el oeste con el sur». Así lo anunciaban, y no podía permitir que nadie se quedara al margen. Eso era algo que ahora sabía con certeza.

Al haber impartido órdenes mientras se bañaba, no había tenido oportunidad de entrar en detalles acerca de lo que se proponía hacer una vez que llegasen al *Espuma Blanca*, de modo que los puso al corriente en ese momento. Los pormenores provocaron

Librodot

algunas sonrisas entre los Asha'man, como era de esperar —es decir, Flinn y Narishma sonrieron, en tanto que Dashiva parpadeaba con gesto ausente— y ceños entre los Aiel, también como era de esperar. No les gustaba ser relegados. Dobraine se limitó a asentir; sabía que su presencia allí tenía como único propósito contribuir al espectáculo. Lo que Rand no esperaba fue la sumisa reacción de las Aes Sedai.

—Se hará como ordenáis, milord Dragón —manifestó Merana al tiempo que realizaba una de sus mínimas reverencias.

Las otras cuatro intercambiaron miradas, pero de inmediato se sumaron a la reverencia y al «como ordenéis» de su portavoz. Ninguna protestó, no hubo un solo gesto ceñudo ni una mirada altanera ni una enumeración de razones por las que debería hacerse de cualquier otro modo salvo el señalado por él. ¿Acaso podía empezar a confiar en ellas? ¿O era que habían hallado una forma de zafarse de sus juramentos tan pronto como les volvía la espalda, al más puro estilo Aes Sedai?

—Mantendrán su promesa —murmuró inopinadamente Min, como si hubiese leído sus pensamientos. Enlazada a su brazo y con las dos manos asidas a la manga de la chaqueta, mantuvo un tono lo bastante bajo para que sólo él la oyera—. Acabo de ver a esas cinco en la palma de tu mano —añadió, por si acaso no la había entendido.

Ésa era una idea que Rand no estaba del todo seguro de poder asimilar como un hecho, a pesar de que fuera una de las visiones de Min. Tampoco dispuso de mucho tiempo para intentarlo. El bajel se deslizó veloz sobre el agua y, en un santiamén, los remos se sumergieron en sentido inverso para empezar a frenar la embarcación, a unos veinte pasos del costado del *Espuma Blanca*, mucho más alto. Timbales y trompetas callaron y Rand encauzó, creando un puente de Aire entretejido con Fuego que conectaba la borda del bajel con la del barco de los Marinos. Con Min del brazo, empezó a cruzarlo caminando por el aire para los ojos de cualquiera salvo para los de los Asha'man.

Casi esperaba que la mujer vacilase, al menos al principio, pero ella se limitó a caminar a su lado como si hubiese sólida piedra bajo sus botas de tacón.

—Confío en ti —musitó en voz baja. También sonrió, en parte un gesto reconfortante y en parte, pensó Rand, porque le divertía haberle leído el pensamiento otra vez.

Se preguntó hasta qué punto confiaría en él si supiese que aquélla era la máxima distancia a la que podía tejer un puente así. Un paso más, un palmo, y se habría venido abajo nada más pisarlo. A partir de ahí, era como intentar elevarse uno mismo mediante el Poder: un imposible; ni siquiera los Renegados sabían cómo, al igual que ignoraban por qué una mujer podía crear un puente más largo que un varón aunque fuese menos fuerte en el Poder. No tenía que ver con el peso; esos puentes aguantaban cualquier carga.

A corta distancia de la borda del *Espuma Blanca*, Rand se paró, plantado en el aire. A pesar de las descripciones de Merana, le impresionaron las personas que le sostuvieron la mirada: mujeres de piel morena con blusas de vivos colores sobre los pantalones amplios y oscuros, y hombres con el torso al aire y fajines multicolores que les colgaban hasta la rodilla, todos con cadenas de oro y plata en los cuellos, aros en las orejas y, en el caso de algunas mujeres, en las aletas de la nariz, nada menos. Ninguno de aquellos rostros traslucía más expresión que una Aes Sedai que se esforzara por mostrarse impasible. Cuatro de las mujeres, a pesar de ir descalzas como todos los demás, lucían ropas de brillantes sedas, dos con brocados, y también llevaban más collares y pendientes que cualquiera de los otros; una cadenilla adornada con pequeños medallones unía uno de los pendientes al aro de la aleta de la nariz. No dijeron palabra, limitándose a permanecer juntas y a observarlo mientras olisqueaban unas cajitas de

Librodot

filigrana de oro que colgaban de una de las cadenas del cuello. Rand se dirigió a ellas.

—Soy el Dragón Renacido. El Coramoor.

Una ahogada exclamación general se alzó entre la tripulación, pero no ocurrió igual con las cuatro mujeres.

—Soy Harine din Togara Dos vientos, Señora de las Olas del clan Shodin —anunció la que lucía más pendientes, cinco aros de oro en cada oreja, una mujer atractiva de labios carnosos, vestida con brocado rojo. Su cabello liso y negro tenía algunos mechones blancos, y se le marcaban finas arrugas en los rabillos de los ojos. Poseía una imponente dignidad—. Hablo en nombre de la Señora de los Barcos. Por la gracia de la Luz, el Coramoor puede subir a bordo.

Por alguna razón, dio un respingo, al igual que las otras tres que se encontraban con ella, aunque en opinión de Rand aquello había sonado demasiado a autorización. Subió a bordo con Min, reprochándose para sus adentros haberse parado, como si esperase permiso para seguir.

Soltó el *Saidin* y con él el puente, pero de inmediato notó que otro lo reemplazaba. De inmediato, los Asha'man y las Aes Sedai se encontraban con él, las hermanas tan poco nerviosas como Min un momento antes, si bien una o dos se alisaron las faldas un poco más de lo preciso. Todavía no se sentían tan cómodas como daban a entender habiendo cerca Asha'man.

Las cuatro mujeres Atha'an Miere echaron una ojeada a las Aes Sedai y de inmediato formaron un apiñado grupo y se pusieron a cuchichear. Harine llevaba la voz cantante, y también una mujer joven y bonita, vestida con brocado verde y ocho pendientes en total, pero las dos que llevaban ropa de seda normal sólo hacían alguno que otro comentario.

Merana tosió suavemente y se puso la mano delante de la boca.

—He oído que os ha llamado el Coramoor —musitó la Aes Sedai en voz baja—. Según tengo entendido, los Atha'an Miere son negociadores duros; en consecuencia, creo que ha hecho una concesión al admitiros como tal.

Rand asintió y miró de soslayo a Min. Ésta observaba atentamente a las cuatro mujeres de los Marinos, pero tan pronto como advirtió la ojeada de él, sacudió la cabeza en actitud pesarosa; aún no veía nada que pudiese servirle de ayuda. Harine se giró tranquilamente, como si no hubiese sostenido una precipitada conferencia con las otras.

—Ésta es Shalon din Togara Marea Matutina, Detectora de Vientos del clan Shodin —dijo mientras señalaba con un leve cabeceo a la mujer vestida con brocado verde—. Y ésta es Derah din Selaan Aguas de Creciente, Navegante del *Espuma Blanca.*

Las dos mujeres inclinaron la cabeza levemente cuando las nombró, y se llevaron los dedos a los labios.

Derah, una mujer atractiva de mediana edad, un poco más baja que las otras, vestía seda azul y lucía también ocho pendientes, aunque éstos, el aro de la nariz y la cadena que los unía eran más pequeños y finos que los de Harine y Shalon.

—Te doy la bienvenida a mi barco —dijo—, y que la gracia de la Luz te acompañe hasta que abandones su cubierta. —Hizo un ligero gesto hacia la cuarta mujer, que vestía de amarillo—. Ésta es Taval din Chanai Nueve Gaviotas, Detectora de Vientos del *Espuma Blanca.*

Taval sólo llevaba tres pendientes en cada oreja, igual de finos que los de la Navegante. Parecía más joven que Shalon, más o menos de la edad de Rand.

—Hablaremos en mi camarote, si te parece bien. Un barco remontador no es grande, Rand al'Thor, y el camarote es reducido, de modo que nos acompañarás solo, pero aquí todo garantiza tu seguridad.

Vaya. Del Coramoor a Rand al'Thor, sin más. Esa mujer retiraría lo que había concedido si pudiese. Iba a abrir la boca para acceder —cualquier cosa con tal de acabar con aquello de una vez— cuando Merana soltó otra tosecilla.

—Las Detectoras de Vientos pueden encauzar —susurró apresuradamente tras la mano—. Deberían acompañaros dos hermanas, o dará la impresión de que tienen la sartén por el mango.

Rand frunció el entrecejo. ¿La sartén por el mango? Él *era* el Dragón Renacido, después de todo. Aun así...

—Iré con gusto, Señora de las Olas, pero Min, aquí presente, no se separa de mí. —Dio unas palmaditas en la mano de la joven, que no se había soltado de su brazo en ningún momento.

Harine asintió; Taval ya sostenía abierta la puerta, en tanto que Derah lo invitaba a entrar al tiempo que hacía otra de aquellas mínimas inclinaciones de cabeza.

—Y Dashiva, naturalmente —añadió Rand.

El susodicho dio un respingo al oír su nombre, como si hubiese estado dormido. Al menos no miraba en derredor con los ojos muy abiertos, como Flinn y Narishma. Mirando fijamente a las mujeres. Las historias hablaban de la belleza seductora de las Atha'an Miere, y Rand podía dar constancia de ello —caminaban como si fueran a empezar a bailar en cualquier momento, con sinuosos contoneos— pero no había llevado a los hombres allí para que se las comieran con los ojos.

—¡Y estad atentos! —los instó duramente.

Narishma enrojeció, se puso erguido y se llevó el puño al pecho. Flinn se limitó a saludar, pero ambos parecían más alertas. Por alguna razón que Rand no entendió, Min alzó la cabeza para mirarlo con un atisbo de sonrisa irónica.

Harine asintió de nuevo, esta vez con cierta impaciencia. Un hombre se adelantó de entre la tripulación; vestía amplios pantalones de seda verde y, metidas bajo el fajín, llevaba una espada con la empuñadura de marfil y una daga. Más canoso que ella, también lucía cinco aros pequeños en cada oreja. La Señora de las Olas le hizo señas para que regresara a su puesto, aún con más impaciencia.

—Como gustes, Rand al'Thor —dijo.

—Y, por supuesto —agregó Rand, como si acabara de ocurrírsele—, deben acompañarme Merana y Rafela.

Ignoraba por qué había elegido a la segunda —quizá porque la rellenita teariana era la única que no pertenecía al Ajah Verde, salvo Merana— pero, para su sorpresa, la propia Merana sonrió con aprobación. Y Bera asintió igualmente, como también Faeldrin y Alanna. Harine no mostró aprobación y sus labios se apretaron antes de que pudiese controlar el gesto.

—Como gustes —repitió, no tan cortésmente como antes.

Cuando hubo entrado en el camarote, donde todo salvo unos pocos baúles forrados de latón parecía construido en las paredes, Rand ya no estuvo tan seguro de que la mujer no hubiese logrado lo que buscaba por el simple hecho de llevarlo allí. Para empezar, se vio obligado a mantener inclinada la cabeza, incluso entre las vigas del techo, o como se llamaran en un barco. Había leído varios libros sobre embarcaciones, pero ninguno mencionaba aquello. La silla que le ofrecieron, en el extremo de la estrecha mesa, no podía correrse ya que estaba fijada a la cubierta, y una vez Min le mostró cómo correr el pasador para levantar el brazo de la silla y así poder sentarse, resultó que las rodillas le rozaban en la parte inferior del tablero de la mesa. Sólo había ocho asientos. Harine ocupó el de la cabecera, de espaldas a las ventanas cerradas de la popa, con su Detectora de Vientos a su izquierda, la Navegante a su derecha y Taval a continuación de ésta. Merana y Rafela se acomodaron en las sillas que había a

Librodot

continuación de Shalon, y Min a la izquierda de Rand, en tanto que Dashiva, al no disponer de asiento para él, se quedó de pie junto a la puerta, sin problemas para mantenerse erguido, aunque las vigas casi le rozaban también la cabeza. Una joven vestida con una blusa de color azul intenso y luciendo un pendiente en cada oreja sirvió gruesas tazas con té, oscuro y amargo.

—Acabemos con esto de una vez —instó Rand al'Thor con irritación tan pronto como la mujer joven se marchó con la bandeja. Dejó su taza de té en la mesa después de dar un sorbo. No podía estirar las piernas; detestaba sentirse constreñido. El recuerdo de estar doblado dentro del baúl pasó de forma fugaz por su mente y hubo de hacer un gran esfuerzo para contener la ira—. La Ciudadela de Tear ha caído, los Aiel han cruzado la Pared del Dragón. Todas las partes de vuestra Profecía Jendai se han cumplido. Soy el Coramoor.

Harine sonrió tras su taza; fue una sonrisa fría en la que no había el menor rastro de alegría.

—Puede que sea así, si la Luz quiere, pero...

—Lo *es* —espetó Rand a despecho de la mirada de advertencia que le dirigió Merana; la Aes Sedai llegó incluso a tocarle la pierna con el pie, pero Rand también hizo caso omiso de eso. El espacio del camarote parecía haberse encogido de algún modo—. ¿Qué es lo que no crees, Señora de las Olas? ¿Que las Aes Sedai me sirven? Rafela, Merana. —Hizo un gesto perentorio.

Sólo había querido que acudieran a su llamada y que quedara patente que iban, pero las dos mujeres dejaron sus tazas, se incorporaron ágilmente, llegaron junto a él y se arrodillaron una a cada lado. Luego tomaron sus manos en las suyas y posaron los labios en el dorso, justo en la brillante cabeza leonina del dragón que se enroscaba en torno a su antebrazo. Rand se las arregló a duras penas para ocultar su conmoción, sin apartar los ojos de Harine, cuyo semblante se puso un tanto ceniciento.

—Las Aes Sedai me sirven, y así lo harán los Marinos. —Indicó con un gesto a las hermanas que regresaran a sus asientos. Cosa extraña, parecieron un tanto sorprendidas—. Eso es lo que dice la Profecía Jendai. Los Marinos servirán al Coramoor. Yo *soy* el Coramoor.

—Sí, pero todavía queda pendiente el asunto del Compromiso. —Aquel término adquirió categoría de nombre propio, con mayúscula, por el tono de Harine—. La Profecía Jendai dice que nos llevarás a la gloria y que todos los mares del mundo serán nuestros. Si nosotros te damos, tú debes darnos a nosotros. Es un intercambio. Si no negocio bien el Compromiso, Nesta me colgará desnuda, por los tobillos, en el aparejo y convocará a las Doce Primeras del clan Shodin para que nombren una nueva Señora de las Olas.

Una expresión de terror cruzó su semblante a medida que las palabras salieron de su boca, y sus negros ojos se abrieron más y más con incredulidad. Su Detectora de Vientos la contemplaba con los ojos desorbitados, y Derah y Taval procuraban con tanto ahínco no hacer lo mismo, clavando la vista en la mesa, que parecía que la cara se les quebraría en cualquier momento.

Y de repente Rand lo entendió. *Ta'veren.* Había visto los efectos, los instantes en los que lo menos probable ocurría repentinamente por la mera razón de que él estaba cerca, pero nunca había sabido lo que pasaba hasta que había terminado. Aflojando la presión del tablero sobre sus piernas lo mejor que pudo, apoyó los brazos en la mesa.

—Los Atha'an Miere me servirán, Harine. Eso está concedido.

—Sí, te serviremos, pero... —Harine casi se salió de la silla y derramó su té—. ¿Qué me estáis haciendo, Aes Sedai? —gritó, temblorosa—. ¡Ésta no es una forma justa de negociar!

—Nosotras no estamos haciendo nada —respondió sosegadamente Merana, que se las ingenió incluso para beber un sorbo de té sin torcer el gesto.

—Estás en presencia del Dragón Renacido —añadió Rafela—. El Coramoor que vuestra profecía os exhorta a servir, según tengo entendido. —Puso un dedo sobre la regordeta mejilla—. Dijiste que hablabas en nombre de la Señora de los Barcos. ¿Significa eso que tu palabra es vinculante para los Atha'an Miere?

—Sí —musitó Harine con voz ronca mientras se recostaba en la silla—. Lo que yo diga sujeta a obligación a todos los barcos y a todos los Marinos, incluida la propia Señora de los Barcos.

Era imposible que un Atha'an Miere palideciera, mas, con la mirada prendida en Rand, ella se puso todo lo blanca que podía esperarse de una tez tan oscura como la suya.

Rand sonrió a Min para compartir el momento. Al menos una nación se pondría a sus órdenes sin tener que luchar y echar un pulso a cada paso, o sin que se dividiera, como los Aiel. Quizá Min interpretó su mirada como una petición de que contribuyera a dejar bien atadas las cosas, o tal vez sólo se debió a su condición de *ta'veren*, pero la joven se inclinó hacia la Señora de las Olas.

—Serás castigada por lo que está ocurriendo hoy aquí, Harine, pero no tanto como temes, creo, porque llegará el día en que serás la Señora de los Barcos.

Harine la observó con el entrecejo fruncido y luego miró de soslayo a la Detectora de Vientos.

—No es Aes Sedai —dijo Shalon, y Harine pareció debatirse entre el alivio y la desilusión. Hasta que Rafela habló.

—Hace varios años me llegaron informes sobre una muchacha que poseía la notable habilidad de ver cosas. ¿Eres esa chica, Min?

Min torció el gesto detrás de su taza y después asintió de mala gana; en su opinión, cuanta más gente supiera lo que era capaz de hacer, tanto peor. Alzó la vista hacia las Aes Sedai y suspiró. Rafela se limitó a asentir, pero Merana la observaba de hito en hito, con una expresión ávida en sus ojos de color avellana a pesar de la máscara de serenidad de su rostro. Sin duda proyectaba arrinconarla lo antes posible para descubrir cuál era su talento y cómo funcionaba, y a buen seguro Min esperaba que lo hiciera. Rand sintió una chispa de irritación; debería saber que él impediría que la molestaran. Sí, una chispa de irritación, pero también una agradable calidez al comprender que, al menos, de eso sí podía protegerla.

—Puedes dar por bueno lo que Min dice, Harine —continuó Rafela—. Los informes que tengo afirman que lo que ve al parecer siempre se hace realidad. Y aun cuando ella no se haya dado cuenta, ha visto algo más. —Su cara redonda se ladeó y una sonrisa curvó sus labios—. Si se te va a castigar por lo que ocurra aquí, entonces significa que accederás a todo lo que quiera el Coramoor.

—A menos que no acceda a nada. —Harine enrojeció—. Si no llevo a cabo el Compromiso... —La Señora de las Olas apretó los puños sobre la mesa. Ya había admitido que tenía que hacer el Compromiso, y que los Marinos le servirían.

—Lo que requiero de vosotros no es oneroso —intervino Rand. Lo había meditado desde que había decidido acudir a la reunión—. Cuando necesite barcos para transportar hombres y suministros, los Marinos me los proporcionarán. Quiero saber lo que ocurre en Tarabon y Arad Doman, y en las tierras que hay entre ellas. Vuestros barcos pueden averiguar, es decir, averiguarán lo que deseo saber; recalan en Tanchico y Bandar Eban y en un centenar de pueblos y ciudades pesqueras que existen entre ambas. Vuestros barcos pueden viajar más lejos que ningún otro. Los Marinos vigilarán tan al oeste del Océano Aricio como puedan navegar. Hay unas gentes, los seanchan,

que viven al otro lado y, algún día, vendrán para intentar conquistarnos. Los Marinos me informarán cuando aparezcan.

—Es mucho lo que pides —masculló amargamente Harine—. Sabemos de esos seanchan, que, al parecer, proceden de las islas de la Muerte, de las que ningún barco regresa. Algunos de los nuestros han tenido enfrentamientos con ellos; utilizan el Poder Único como arma. Pides más de lo que piensas, Coramoor. —Por una vez, no vaciló al decir el título—. Algún oscuro mal ha caído sobre el Océano Aricio. Ninguno de nuestros barcos ha regresado de él desde hace muchos meses. Los que navegan hacia el oeste, desaparecen.

Rand sintió un escalofrío. Giró el Cetro del Dragón, hecho con un trozo de lanza seanchan, entre sus manos. ¿Podían haber regresado ya? Se los había hecho retroceder una vez, en Falme. Llevaba el fragmento de lanza para no olvidar que había otros enemigos en el mundo aparte de los que podía ver, pero había tenido la convicción de que los seanchan tardarían bastantes años en recuperarse de la derrota sufrida, expulsados hacia el mar por el Dragón Renacido y los héroes muertos convocados por el Cuerno de Valere. ¿Seguiría el Cuerno en la Torre Blanca? Sabía que lo habían llevado allí.

De repente fue incapaz de soportar más tiempo los restringidos confines del camarote. Toqueteó el pasador del brazo de la silla, sin lograr correrlo. Asió la pieza de madera y la arrancó de un brusco tirón.

—Hemos acordado que los Marinos me servirán —manifestó mientras se incorporaba. El bajo techo lo obligó a inclinarse sobre la mesa en una actitud amenazadora. El camarote parecía cada vez más pequeño—. Si queda algo más que tratar en tu Compromiso, Merana y Rafela se ocuparán de discutirlo contigo.

Sin esperar respuesta, giró hacia la puerta, donde Dashiva parecía mascullar para sí mismo otra vez. Merana lo alcanzó allí, lo cogió de la manga y habló en voz baja y rápidamente:

—Milord Dragón, sería mejor que os quedaseis. Ya habéis visto lo que consigue que seáis *ta'veren.* Estando presente, creo que esa mujer seguirá revelándonos lo que quiere ocultar y acceder a todo sin que hayamos dado nada a cambio.

—Eres del Ajah Gris —replicó roncamente él—. ¡Negocia! Dashiva, ven conmigo.

Ya en cubierta, respiró hondo varias veces. El cielo despejado se abría inmenso sobre él. Ilimitado.

Le costó unos segundos advertir que Bera y las otras dos hermanas lo observaban expectantes. Flinn y Narishma hacían lo que se suponía debían hacer, vigilando con un ojo el barco y con el otro las riberas del río, con la ciudad a un lado y los graneros medio reconstruidos al otro. Un barco en mitad del río era un lugar vulnerable si alguno de los Renegados decidía atacar. En realidad, si se daba esa circunstancia, cualquier lugar lo era. Rand no entendía por qué uno de ellos al menos no había intentado demoler el Palacio del Sol sobre su cabeza.

Min lo cogió del brazo y Rand dio un respingo.

—Lo siento, no debí dejarte —dijo.

—Bah, no importa —rió ella—. Merana ya se ha puesto a trabajar. Creo que se propone conseguirte la mejor blusa de Harine y puede que también su segunda más buena. La Señora de las Olas parece un conejo atrapado entre dos hurones.

Rand asintió. Los Marinos eran suyos, o como si lo fuesen. ¿Qué más daba si el Cuerno de Valere se hallaba en la Torre Blanca? Era *ta'veren.* Era el Dragón Renacido y el Coramoor. Al brillante sol aún le quedaba un buen trecho para llegar a su cenit.

—El día todavía es joven, Min. —Podía hacer cualquier cosa—. ¿Te gustaría

verme poner en su sitio a los rebeldes? Te apuesto mil coronas contra un beso a que son míos antes del ocaso.

Librodot

CAPÍTULO 17

En el bosque

Sentada con las piernas cruzadas en la cama de Rand, Min lo observaba mientras él, en mangas de camisa, rebuscaba entre las chaquetas colgadas en el enorme armario. Se preguntó cómo podría dormir en ese cuarto con aquel mobiliario negro y agobiante. Una parte de su mente pensó en sacarlo todo y reemplazarlo por otros muebles tallados y adornados con un ligero toque dorado que había visto en Caemlyn, así como cortinas, colgaduras y ropas de cama de colores pálidos que no le resultaran tan agobiantes. Qué curioso; ella nunca se había preocupado por los muebles ni las ropas de la casa. Pero aquel tapiz en particular, el del espadachín solitario, rodeado por enemigos y a punto de ser arrollado, tenía que desaparecer del dormitorio sin falta. A pesar de tales cavilaciones casi inconscientes, su atención se dirigía principalmente a observarlo, sin más.

Reparó en la expresión de intensa concentración que había en sus ojos azul grisáceos y en el modo en que la blanquísima camisa se ajustaba sobre su ancha espalda cuando se volvió para rebuscar más al fondo del armario. Tenía unas piernas bonitas y unas fantásticas pantorrillas que se marcaban perfectamente en las ajustadas polainas oscuras y que dejaban ver las botas vueltas hacia abajo. A veces fruncía el entrecejo y se pasaba los dedos por el cabello rojizo oscuro; por mucho que se lo peinara nunca conseguiría domarlo; siempre se le rizaba un poco alrededor de las orejas y en la parte de la nuca. Ella no era una de esas mujeres estúpidas que echaban su caletre además de su corazón a los pies de un hombre. Lo que pasaba era que a veces, cuando lo tenía cerca, le resultaba un poquitín difícil pensar con claridad. Eso era todo.

Chaqueta tras chaqueta de seda bordada salieron del armario y se fueron amontonando sobre la que había llevado en la visita a los Marinos. ¿Las negociaciones seguirían por tan buen camino sin su presencia *ta'veren*? Min deseó haber tenido una visión realmente útil de los Marinos. Como siempre, ante sus ojos surgían imágenes y aureolas de colores alrededor de Rand, en su mayoría demasiado fugaces para distinguirlas bien, y todas, salvo una, carecían de sentido para ella de momento. Esa visión iba y venía cientos de veces al día, y siempre que Mat o Perrin se hallaban presentes también los incluía, así como a otras personas de vez en cuando. Una vasta sombra se cernía sobre él y engullía miles y miles de lucecitas minúsculas, como luciérnagas, que se lanzaban contra ella en un intento de llenar la oscuridad. En ese día, parecía haber cientos de miles de ellas, pero la sombra, a su vez, también parecía más grande. De algún modo esa visión representaba su batalla contra el Oscuro, pero Rand casi nunca quería saber cómo marchaba. Tampoco ella habría podido decirlo realmente, excepto que la sombra parecía ganar siempre en mayor o menor medida. Suspiró con alivio cuando la visión desapareció.

Una ligera sensación de culpabilidad la hizo rebullir sobre la colcha. No había mentido realmente cuando contestó a su pregunta sobre qué visiones no le había contado. No había sido mentir exactamente. ¿De qué le serviría saber que, casi con toda seguridad, fracasaría sin una mujer que ya había muerto? Tal como estaban las cosas, ya se sumía en la depresión con demasiada facilidad. Tenía que mantenerlo animado,

hacerlo reír. Sólo que...

—No me parece una buena idea, Rand. —Decir eso podría ser un error. Los hombres eran criaturas raras en muchos sentidos; en cierto momento aceptaban un consejo sensato y al siguiente hacían justo lo contrario. De manera deliberada, al parecer. Sin embargo, por alguna razón se sentía... protectora para con aquel hombre alto que seguramente sería capaz de alzarla en vilo con una sola mano. Y sin necesidad de que encauzara.

—Es una idea estupenda —repuso él mientras tiraba al montón una chaqueta azul con bordados en hilo de plata—. Soy *ta'veren* y hoy parece que esa circunstancia trabaja a mi favor, para variar. —Otra chaqueta, esta vez con bordados en oro, fue a parar al suelo.

—¿No preferirías consolarme otra vez?

Él se quedó repentinamente inmóvil y la miró de hito en hito, olvidada una chaqueta roja y plateada que tenía en las manos. Min confió en no haberse puesto colorada. Consolarse. ¿De dónde demonios habría sacado esa idea?, se preguntó para sus adentros. Las tías que la habían criado eran mujeres dulces y afables, pero tenían unas ideas estrictas acerca de lo que era un comportamiento correcto. No les gustó que vistiera pantalones ni que trabajara en el establo, la ocupación que a ella más le gustaba ya que estaba en contacto con los caballos. No cabía duda de lo que pensarían sobre «consolarse» con un hombre con el que no estaba casada. Si alguna vez llegaban a enterarse, cabalgarían todo el camino desde Baerlon sólo para arrancarle la piel a tiras. Y a él también, desde luego.

—Eh... debo moverme mientras tengo la seguridad de que sigue funcionando —respondió lentamente Rand, y luego se giró con rapidez hacia el armario otra vez—. Ésta servirá —dijo mientras sacaba una chaqueta lisa y sencilla, de paño verde—. No sabía que la tuviese aquí.

Era la que había llevado puesta en el viaje de regreso de los pozos de Dumai, y Min vio que le temblaban las manos al recordarlo. Procurando adoptar una actitud despreocupada, se levantó de la cama y al llegar a su lado lo abrazó, aplastando la chaqueta entre los dos mientras apoyaba la cabeza en su pecho.

—Te amo —fue todo cuanto dijo. A través de la tela de la camisa percibía la cicatriz redonda y sin acabar de curar que tenía en el costado. Recordaba el modo en que había sufrido esa herida como si hubiese ocurrido el día anterior. Aquélla había sido la primera vez que lo tuvo abrazado contra sí mientras él yacía inconsciente, con la vida pendiente de un hilo.

Las manos de Rand se apretaron contra su espalda y la estrecharon con fuerza, dejándola sin aliento, pero después, de manera decepcionante, aflojaron la presión y se apartaron. Le pareció que murmuraba entre dientes algo así como «injusto». ¿Acaso pensaba en los Marinos mientras ella lo abrazaba? En realidad, debería hacerlo. Merana era una Gris, pero se decía que los Atha'an Miere eran capaces de hacer sudar a una mercader domani. Sí, debería pensar en ese asunto, pero... Tuvo ganas de darle una patada en el tobillo. Suavemente, él la apartó y empezó a ponerse la chaqueta.

—Rand, no puedes estar seguro de que surtirá efecto sólo por el hecho de que haya sido así con Harine —argumentó en tono firme—. Si tu condición de *ta'veren* influyera en todo, tendrías a todos los dirigentes arrodillados a tus pies a estas alturas, y también a los Capas Blancas.

—Soy el Dragón Renacido —replicó altivamente—, y hoy puedo hacer cualquier cosa. —Cogió el cinturón de la espada y se lo ciñó a la cintura. Ahora llevaba una sencilla hebilla de latón. La dorada con forma de dragón se encontraba sobre la colcha. Unos guantes negros de cuero fino cubrieron las cabezas leoninas impresas en el dorso

Librodot

de sus manos, así como las garzas grabadas en sus palmas—. Pero no lo parezco vestido así, ¿verdad? —Extendió los brazos y sonrió—. No se darán cuenta hasta que sea demasiado tarde.

Min no levantó las manos, exasperada, merced a un gran esfuerzo.

—Tampoco pareces estúpido —replicó, y que lo entendiera como quisiera. El muy idiota la miró con recelo, como si no lo tuviese claro—. Rand, tan pronto como vean a los Aiel saldrán corriendo o lucharán. Si no quieres llevar a ninguna Aes Sedai, al menos haz que te acompañen esos Asha'man. ¡Un flechazo, y habrás muerto, da igual si eres el Dragón Renacido o un cabrero!

—Pero es que *soy* el Dragón Renacido, Min —repuso seriamente—. Y *ta'veren.* Iremos solos, tú y yo. Es decir, si es que aún quieres acompañarme.

—No irás a ningún sitio sin mí, Rand al'Thor. —No le dijo que sin duda tropezaría con sus propios pies si ella no estaba allí para impedirlo. Su euforia actual era casi tan negativa como su anterior humor taciturno—. A Nandera no le hará gracia. —Ignoraba qué había exactamente entre las Doncellas y él, algo muy peculiar ciertamente a juzgar por lo que había visto, pero cualquier esperanza de que eso pudiera detenerlo se extinguió en un soplo cuando él sonrió como un niño revoltoso que ha eludido la vigilancia de su madre.

—No se enterará, Min. —¡Pero si hasta había un brillo travieso en sus ojos!—. Hago lo mismo muchas veces y nunca se enteran. —Le tendió la mano enguantada, esperando que ella acudiera de inmediato.

En realidad no podía hacer otra cosa que colocarse la capa, echar un vistazo al espejo para atusarse el pelo y... cogerse de su mano. El problema era que ella estaba más que dispuesta a ir de un salto con que sólo moviese un dedo; ojalá hubiese un modo de que él no lo descubriera nunca.

En la antesala, Rand abrió un acceso justo encima del Sol Naciente encastrado en el suelo, y Min se dejó guiar a través de él hasta un terreno boscoso y accidentado, tapizado de hojas secas. Un pájaro huyó asustado en un remolino de alas rojas. Una ardilla apareció en una rama y les chilló, irascible, mientras agitaba la cola de punta blanca.

No era el tipo de bosque que Min recordaba de los alrededores de Baerlon; tampoco había verdaderas masas forestales cerca de Cairhien. En su mayoría, los árboles se hallaban separados entre sí cuatro, cinco o incluso diez pasos; había pinos y cedros altos, robles de mayor porte incluso y otros tipos de árboles que no conocía extendiéndose a través del llano en el que se encontraban Rand y ella, y ascendían por la pendiente que comenzaba a escasos metros de su posición. Hasta el sotobosque parecía menos denso que el de casa; los arbustos, los brezos y las enredaderas crecían en rodales, aunque algunos no eran pequeños. Todo estaba marchito y seco. Min sacó de la manga un pañuelo adornado con puntilla y se enjugó el sudor que de repente había brotado en su cara.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó. Por la posición del sol, el norte estaba más allá de la colina, que era la dirección que ella elegiría. La ciudad debía de quedar a unos once o doce kilómetros hacia allí. Con suerte, harían el recorrido de vuelta sin encontrarse con nadie. O, mejor aún, dado que sus botas eran de tacón y que el terreno era muy irregular, amén del calor que hacía, Rand podría decidir renunciar a su idea y abrir otro acceso de vuelta al Palacio del Sol. Las estancias de palacio resultaban frescas en comparación con ese lugar.

Antes de que Rand tuviese tiempo de contestar, el crujido de arbustos y hojas secas anunció la llegada de alguien. La amazona montada en un castrado gris de largas patas, enjaezado con bridas orladas en oro, era una cairhienina baja y delgada, que

vestía un traje de montar azul oscuro, casi negro, con franjas rojas, verdes y blancas horizontales, que empezaban en el cuello y llegaban hasta sus rodillas. El sudor de su rostro no desmerecía su belleza ni sus grandes ojos, cual lagunas oscuras y profundas. Una pequeña piedra preciosa de color verde colgaba sobre su frente de una fina cadena de oro, sujeta al negro cabello que le caía en ondas hasta los hombros.

Min dio un respingo, y no debido a la ballesta de caza que la mujer sostenía despreocupadamente con una mano enfundada en un guante verde. Por un instante creyó que era Moraine, pero...

—No recuerdo haberos visto a ninguno de los dos en el campamento —adujo la mujer con una voz ronca, casi sensual. La de Moraine era cristalina. Bajó la ballesta, todavía con la misma actitud indiferente, hasta apuntar con pulso firme el pecho de Rand. Éste hizo caso omiso del gesto.

—De repente se me ocurrió que me gustaría echar un vistazo a vuestro campamento —dijo Rand a la par que hacía una ligera reverencia—. Si no me equivoco, sois lady Caraline Damodred.

La menuda mujer inclinó la cabeza en un gesto de asentimiento. Min suspiró pesarosa, pero no porque hubiese esperado realmente que Moraine apareciera ante ellos, con vida. Ella era la única visión que le había fallado. Pero que la propia Caraline Damodred, una de las cabecillas de la rebelión contra Rand allí en Cairhien y una de las pretendientes al Trono del Sol, se hubiese topado con ellos demostraba que realmente estaba tirando de todos los hilos de Entramado hacia él. Lady Caraline desvió lentamente la ballesta hacia un lado; sonó el seco chasquido de la cuerda y el virote salió disparado al aire.

—Dudo que esto sirviera de nada contra vos —comentó mientras conducía a su castrado hacia ellos—, y no querría que pensarais que os estaba amenazando. —Miró una vez a Min, una rápida ojeada que abarcó de la cabeza a los pies, aunque a la joven no le cupo duda de que hasta el último detalle de su persona había quedado registrado, pero, aparte de eso, lady Caraline no apartó los ojos de Rand. Detuvo al caballo a tres pasos, la distancia justa para que Rand no pudiera llegar hasta ella antes de que hubiese clavado espuelas para huir—. Sólo se me ocurre un hombre de ojos grises y vuestra estatura que puede aparecer repentinamente de la nada, a menos que seáis un Aiel disfrazado, pero quizá tengáis a bien darme un nombre.

—Soy el Dragón Renacido —repuso Rand, tan altanero como con los Marinos.

Si alguna influencia de *ta'veren* en el Entramado estaba en marcha, la mujer montada no dio señales de ello. En lugar de caer de hinojos ante él, se limitó a asentir al tiempo que apretaba los labios.

—He oído hablar mucho de vos. Se cuenta que fuisteis a la Torre Blanca para someteros a la Sede Amyrlin. También se dice que teníais intención de entregar el Trono del Sol a Elayne Trakand. Y que la matasteis a ella y también a su madre.

—Yo no me someto a nadie —replicó, cortante, Rand. Le asestó una mirada tan fiera que debería haber bastado para tirarla de la silla—. Elayne va de camino a Caemlyn en este momento para ocupar el trono de Andor, tras lo cual tendrá también el trono de Cairhien.

Min se encogió. ¿Por qué tenía que hablar como un arrogante henchido de orgullo? Había esperado que se hubiese calmado un poco después de la visita a los Marinos.

Lady Caraline apoyó la ballesta en la silla y pasó la enguantada mano sobre ella. ¿Lamentaba quizás haber disparado la saeta?

—Podría aceptar a mi joven prima en el trono. Mejor ella que otros, pero... —Los oscuros y grandes ojos adquirieron de repente la dureza del pedernal—. Pero no estoy

segura de poder aceptaros a vos en Cairhien, y no me refiero únicamente a vuestros cambios en leyes y costumbres. Vuestra mera presencia muda el propio destino. Desde que vinisteis, cada día muere gente en accidentes tan extraños que parecen increíbles. Son tantos los esposos que abandonan a sus mujeres y viceversa que ya ni siquiera se comenta. Haréis pedazos Cairhien sólo con vuestra presencia.

—Equilibrio —se apresuró a intervenir Min. El semblante de Rand denotaba tal tensión que debía de estar a punto de estallar. Quizás había hecho bien al acompañarlo, después de todo. Desde luego no tenía sentido dejarle que echara a rodar ese encuentro por un berrinche. No dio ocasión de que hablara ninguno de los dos—. Siempre existe un equilibrio entre el bien y el mal. Así es como funciona el Entramado. Ni siquiera él puede cambiar tal cosa. Del mismo modo que la noche es la contrapartida del día, el bien es la balanza del mal. Desde que él llegó no ha habido un solo parto en el que el niño haya nacido muerto ni ha nacido un niño deforme. Hay días en que se celebran más matrimonios que antes en una semana, y por cada persona que se ahoga con una pluma hay otra que cae rodando tres tramos de escalera y, en lugar de romperse el cuello, se levanta sin una sola magulladura. Mencionad cualquier suceso malo y estaréis señalando otro bueno. El movimiento giratorio de la Rueda requiere equilibrio, y él sólo incrementa las posibilidades de lo que habría acabado ocurriendo de manera natural en cualquier caso. —Enrojeció de repente al darse cuenta de que los dos la miraban. Más bien la contemplaban de hito en hito.

—¿Equilibrio? —murmuró Rand, enarcando las cejas.

—He leído algo de los libros de maese Fel —comentó con un hilo de voz. No quería que nadie pensara que pretendía hacerse pasar por una filósofa.

Lady Caraline sonrió con los ojos prendidos en la alta silla de montar y jugueteó con las riendas. ¡Esa mujer se reía de ella! ¡Iba a enseñarle qué la hacía reír a Min Farshaw!

De pronto un enorme castrado negro, con aspecto de caballo de batalla, apareció abriéndose paso entre la maleza montado por un hombre de mediana edad, con el cabello muy corto y barba puntiaguda. Vestía una chaqueta teariana de color amarillo y las mangas arracadas, con cuchilladas de satén verde. Unos ojos de un azul increíblemente hermoso resaltaban en su tez morena y sudorosa como zafiros pulidos. No era un hombre particularmente atractivo, pero aquellos ojos compensaban la nariz demasiado larga. Llevaba una ballesta en una mano enguantada y un virote en la otra.

—¡Esto me pasó a pocos centímetros de la cara, Caraline, y tiene tus marcas! Sólo porque no haya caza no es razón para que... —En ese momento reparó en la presencia de Rand y Min y su ballesta apuntó hacia ellos—. ¿Están extraviados, Caraline, o es que has sorprendido a unos espías de la ciudad? Jamás creí que al'Thor fuera a dejarnos tranquilos.

Otra media docena de jinetes apareció detrás de él: hombres sudorosos en sus chaquetas de mangas arrocadas con cuchilladas de satén, y mujeres transpirando bajo sus trajes de montar con anchos y fruncidos cuellos de encaje. Todos portaban ballestas. El último de ellos no había acabado de detenerse mientras los caballos cabeceaban y pateaban el suelo, cuando otros doce aparecieron abriéndose paso entre los arbustos desde una dirección distinta y se agruparon detrás de Caraline; éstos eran hombres y mujeres de tez pálida y constitución más pequeña, vestidos de oscuro con franjas de colores que a veces llegaban más abajo de la cintura. También todos ellos iban armados con ballestas. Detrás venían sirvientes a pie, jadeando por el calor, que eran los encargados de preparar y cargar cualquier pieza de caza abatida. Al parecer poco importaba que ninguno de ellos tuviese nada más que un cuchillo de desollar para realizar su tarea. Min tragó saliva y, de manera inconsciente, empezó a enjugarse las

mejillas con el pañuelo de forma más enérgica. Si sólo uno de ellos reconocía a Rand antes de que él tuviera tiempo de reaccionar...

—Nada de espías, Darlin —contestó lady Caraline sin la menor vacilación mientras volvía su caballo hacia los recién llegados. ¡El Gran Señor Darlin Sisnera! Sólo faltaba que apareciese lord Toram Riatin. Min deseó que la atracción *ta'veren* de Rand fuese un poco menos eficaz—. Son un primo mío y su esposa —prosiguió Caraline—, que vienen de Andor para verme. Te presento a Tomás Trakand, de una rama secundaria de la casa, y a su esposa Jaisi.

Min casi la fulminó con la mirada; la única Jaisi que conocía era ya una vieja pasa antes de que hubiese cumplido los veinte años y, por si fuera poco, con un carácter avinagrado y muy mal genio. La mirada de Darlin pasó sobre Rand de nuevo y se detuvo un momento en Min. Bajó la ballesta e inclinó la cabeza menos de un centímetro, como correspondía a un Gran Señor hacia un noble de segunda fila.

—Sed bienvenido, lord Tomás. Hay que ser un hombre valiente para reunirse con nosotros en las circunstancias actuales. Al'Thor podría soltar a sus salvajes contra nosotros cualquier día de éstos.

Lady Caraline le lanzó una mirada exasperada que él hizo como si no viera. Sin embargo, reparó en que la inclinación de cabeza con la que Rand le respondió era tan superficial como la suya, y frunció el entrecejo. Una mujer atractiva de su séquito masculló furiosamente entre dientes —tenía un rostro alargado y de rasgos duros, acostumbrado a mostrar ira—, y un tipo corpulento, ceñudo y sudoroso, con una chaqueta de color verde claro con cuchilladas rojas, taconeó a su caballo haciéndolo adelantarse unos cuantos pasos como si se propusiera atropellar a Rand.

—La Rueda gira según sus designios —repuso fríamente Rand, como si no se hubiese dado cuenta de nada. El Dragón Renacido era lo que era para... Para casi cualquiera. Arrogancia en la cima de una montaña—. Poco es lo que sucede como esperamos o planeamos. Por ejemplo, me contaron que estabais en Tear, en Haddon Mirk.

Min deseó ser capaz de hablar, de atreverse a decir algo para tranquilizarlo. Se conformó con acariciarle el brazo, como sin darle importancia. Una esposa —vaya, ésa era una palabra que de repente sonaba muy bien—, una esposa que daba palmaditas inadvertidamente a su esposo. Ésa era otra palabra que también sonaba muy bien. Luz, ¡qué difícil era ser justa! Pero tampoco era *justo* tener que ser justa.

—El Gran Señor Darlin casi acaba de llegar en un bajel fluvial con unos cuantos de sus amigos más íntimos, Tomás. —El tono ronco de Caraline no varió un ápice, pero su castrado cabrioleó de repente, sin duda a causa de un fuerte taconazo, y, aprovechando como excusa su fingido intento de recobrar el control del animal, le dio la espalda a Darlin y asestó a Rand una fugaz mirada de advertencia—. No molestes al Gran Señor, Tomás.

—No me importa, Caraline —manifestó Darlin mientras colgaba la ballesta en una correílla de la silla. Aproximó su caballo un poco más y apoyó el brazo en el alto arzón de la silla—. Un hombre debe saber dónde se está metiendo. Puede que hayáis oído rumores de que al'Thor iba a la Torre, Tomás. Vine porque las Aes Sedai se pusieron en contacto conmigo hace unos meses, sugiriendo que tal cosa podría ocurrir, y vuestra prima me informó de que con ella habían hecho lo mismo. Pensamos que podríamos ponerla en el Trono del Sol antes de que Colavaere pudiera ocuparlo. En fin, al'Thor no es un necio; nunca cometáis el error de creer eso. En mi opinión, engañó a la Torre dándole largas. Colavaere ha muerto colgada, él permanece seguro tras las murallas de Cairhien, y apostaría que sin un dogal Aes Sedai, por mucho que digan los rumores, y, hasta que hallemos un modo de salir del peligro, estamos en la palma de su

mano, esperando que cierre el puño.

—Si os trajo un barco, otro puede llevaros lejos de aquí —sugirió Rand, lacónico.

De repente, Min cayó en la cuenta de que él le palmeaba suavemente la mano que reposaba en su brazo. ¡Intentaba tranquilizarla!

Inopinadamente, Darlin echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír. Muchas mujeres olvidarían su nariz por aquellos ojos y aquella risa.

—Sí me llevaría, Tomás, pero he pedido a vuestra prima en matrimonio. Aún no ha respondido ni sí ni no, pero un hombre no puede abandonar a la que podría ser su esposa a merced de los Aiel, y ella no quiere marcharse.

Caraline Damodred se irguió en la silla; la frialdad de su rostro no tenía nada que envidiar a la de una Aes Sedai, pero de repente unos halos rojo y blanco centellearon alrededor de ella y de Darlin, y Min supo el significado. Los colores nunca parecían tener importancia, pero no le cabía duda de que se casarían; eso sí, después de que Caraline se hiciera mucho de rogar. Y hubo algo más; ante sus ojos apareció de repente una corona en la cabeza de Darlin, una sencilla diadema dorada con una espada ligeramente curva colocada en horizontal, encima de la frente. La corona de rey que llevaría algún día, aunque Min ignoraba de qué país. Tear estaba regida por Grandes Señores, no por un monarca. Imagen y halos desaparecieron al tiempo que Darlin hacía girar a su caballo para mirar a Caraline.

—No hay caza hoy. Toram ya ha regresado al campamento, así que sugiero que hagamos lo mismo. —Sus azules ojos escudriñaron rápidamente los árboles del entorno—. Por lo visto, tu primo y su esposa han perdido sus caballos. Habrán escapado en algún descuido —añadió dirigiéndose a Rand en tono afable. Sabía muy bien que no tenían monturas—. Pero sin duda Rovair e Inés os cederán los suyos. Un paseo por el bosque no les vendrá mal.

El hombre corpulento con la chaqueta roja desmontó de inmediato de su alto zaino con una sonrisa servil para Darlin y otra notoriamente menos afectuosa aunque igualmente aduladora para Rand. La mujer de semblante iracundo anduvo un poco más remisa en desmontar, con aire estirado, de su yegua gris plateada. No parecía complacida. Tampoco lo estaba Min.

—¿Te propones ir a su campamento? —le susurró a Rand mientras éste la conducía hacia los animales—. ¿Estás loco? —añadió antes de pensar lo que decía.

—Aún no —respondió quedamente él a la par que le tocaba la nariz con la punta del dedo—. Y eso lo sé gracias a ti.

Luego la subió a la yegua antes de montar en el zaino y taconear al animal para acercarse a Darlin.

Se encaminaron hacia el norte y un poco hacia el oeste, a través de la pendiente, dejando atrás a Rovair y a Inés, plantados bajo los árboles e intercambiando miradas de acritud. A medida que se situaban detrás de los cairhieninos, los otros tearianos desearon con mucha guasa a la pareja que disfrutara del paseo.

Min habría querido marchar junto a Rand, pero Caraline le puso la mano en el brazo y la apartó de los dos hombres.

—Quiero ver qué hace —comentó en voz baja Caraline, y Min se preguntó a cuál de los dos hombres se referiría—. ¿Eres su amante? —inquirió.

—Sí —repuso, desafiante, Min después de haberse recuperado de la sorpresa. Sentía las mejillas ardiéndole, pero la mujer se limitó a asentir, como si fuese la cosa más natural del mundo. Tal vez lo era, en Cairhien. A veces Min se daba cuenta de que todo el barniz de sofisticación que había adquirido tratando con personas de mucho mundo tenía tanto grosor como su blusa.

Rand y Darlin cabalgaban rodilla con rodilla un poco más adelante, el hombre

Librodot

más joven una cabeza más alto que el de más edad, ambos envueltos en un manto de orgullo. Pero iban charlando. No resultaba fácil oírlos, ya que hablaban en voz baja y el ruido de las hojas secas bajo los cascos de los caballos y los crujidos de las ramas caídas a menudo bastaban para apagar el sonido de sus palabras. El grito de un halcón en lo alto o el alboroto de una ardilla las ahogaba por completo. A pesar de todo, consiguió oír fragmentos de la conversación.

—Si me permites el comentario, Tomás, y por la Luz que no pretendo ser irrespetuoso —dijo Darlin en cierto momento mientras iniciaban el descenso tras remontar la primera elevación—, eres afortunado de tener una bella esposa. Si la Luz lo quiere, también la mía será igualmente hermosa.

—¿Por qué no hablan de algo importante? —rezongó Caraline.

Min giró un poco la cabeza para ocultar una sonrisa. Lady Caraline no parecía tan contrariada como pretendía dar a entender. A ella tampoco le había importado nunca si le parecía bonita o no a cualquiera. Es decir, hasta que conoció a Rand. Puede que la nariz de Darlin no fuese tan larga, después de todo.

—Le habría permitido que se llevara a *Callandor* de la Ciudadela —dijo Darlin al poco rato, cuando subían una cuesta apenas arbolada—, pero no pude quedarme al margen cuando introdujo a los invasores Aiel en Tear.

—He leído las Profecías del Dragón —adujo Rand. Se inclinó un poco sobre el cuello del animal y lo instó a seguir adelante. La estampa del caballo era bonita, lustrosa, pero Min sospechaba que el zaino tenía tan poco fondo como su amo—. La Ciudadela tenía que caer antes de que él pudiese coger a *Callandor* —continuó Rand—. Según tengo entendido, otros lores tearianos lo siguen.

Darlin resopló con desdén.

—¡Se encogen y lamen sus botas! Yo podría haberlo seguido, si era eso lo que él quería, si... —Suspiró y sacudió la cabeza—. Demasiados condicionales, Tomás. Hay un dicho en Tear: «Cualquier discrepancia puede perdonarse, pero los reyes jamás olvidan». Tear no ha tenido rey desde Artur Hawkwing, pero creo que el Dragón Renacido es muy parecido a un rey. No, me ha acusado de traición, como él lo llama, y he de continuar como empecé. Si la Luz quiere, tal vez vea la soberanía de Tear recuperada antes de morir.

Min se dijo para sus adentros que tenía que deberse al efecto *ta'veren.* El noble jamás habría hablado así con alguien a quien acababa de conocer y por casualidad, ni aunque fuese un supuesto primo de Caraline Damodred. Pero ¿qué pensaría de ello Rand? Se moría de impaciencia por contarle lo de la corona.

Al remontar esa colina, les salió al paso inesperadamente un grupo de piqueros, algunos con petos o yelmos abollados, la mayoría sin lo uno ni lo otro; todos hicieron una reverencia al identificar a los jinetes. A izquierda y derecha, entre los árboles, Min alcanzó a divisar más grupos de centinelas. Allá abajo, el campamento se extendía envuelto en lo que parecía una nube permanente de polvo, al pie de una elevación casi despoblada de árboles, a través de una cañada y por la pendiente de la siguiente colina. Las contadas tiendas eran grandes, con los estandartes de algún noble colgando fláccidamente del asta. Había casi el mismo número de caballos como de personas, y los animales estaban estacados en hileras, y entre las lumbres de cocina y las carretas deambulaban hombres a millares y un puñado de mujeres. Nadie vitoreó la llegada de sus cabecillas.

Min los observó atentamente por encima del pañuelo con el que se había tapado la nariz para no tragar polvo, sin importarle que Caraline viera lo que hacía. Las miradas los siguieron a su paso desde unos semblantes desanimados y sombríos, los de quien se sabe cogido en una trampa. Aquí y allá el *con* de una casa se erguía tieso por encima de

Librodot

la cabeza de un hombre, aunque la mayoría parecía llevar puesto lo que había podido encontrar, piezas dispares de armadura que a menudo ni hacían juego ni encajaban debidamente. Sin embargo, se veía un montón de hombres altos para ser cairhieninos; éstos llevaban chaquetas rojas debajo de los abollados petos. Min distinguió un león blanco, casi oscurecido, bordado sobre una sucia manga roja. Darlin sólo podía haber traído unas cuantas personas en un bajel de río, tal vez a su partida de caza únicamente. Caraline no desvió la vista a un lado ni al otro mientras atravesaron el campamento, pero cada vez que pasaban cerca de algunos de aquellos hombres con chaqueta roja, apretaba los labios.

Darlin desmontó frente a una gigantesca tienda, la más grande que Min había visto en su vida, mayor de lo que jamás habría imaginado; tenía forma ovalada y la tela era de rayas rojas, reluciente como seda bajo el sol, con cuatro altos picos cónicos, cada uno de ellos con el Sol Naciente de Cairhien, dorado sobre campo azul, ondeando en lo alto con la perezosa brisa. El rasgueo de arpas cesó en medio de un murmullo de voces, como el sonido de unos gansos. Mientras unos sirvientes se llevaban los caballos, Darlin ofreció su brazo a Caraline. Tras una larga pausa, la noble posó levemente los dedos sobre la muñeca del hombre sin que su rostro trasluciera expresión alguna y se dejó conducir al interior.

—Mi señora esposa —murmuró Rand con una sonrisa a la par que extendía su brazo.

Min aspiró sonoramente por la nariz antes de poner su mano sobre la de él. Habría preferido darle un puñetazo. No tenía derecho a bromear con eso. Ni tenía derecho a llevarla allí, ni aunque fuese *ta'veren.* ¡Podían matarlo, maldito fuera! ¿Acaso le importaba que ella se pasara toda la vida llorando? Tocó el borde de una de las solapas de la entrada mientras cruzaban y sacudió la cabeza maravillada. Era seda. ¡Una tienda de seda!

No bien habían entrado, notó que Rand se ponía tenso. Los reducidos cortejos de Darlin y de Caraline pasaron junto a ellos musitando disculpas. Entre los cuatro palos principales de la tienda, había largas mesas tan cargadas de comida y bebida que crujían bajo el peso; se habían extendido alfombras por todo el suelo, y había gente por doquier: nobles cairhieninos con sus mejores galas, unos pocos soldados con la parte delantera de la cabeza afeitada y empolvada, aunque saltaba a la vista que eran hombres de alto rango a juzgar por la excelente confección de sus chaquetas. Un puñado de bardos iba de aquí para allí tocando entre la multitud, reconocibles por su actitud engreída, mayor incluso que la de cualquier noble, y por las arpas doradas y talladas que llevaban. Sin embargo, los ojos de Min se dirigieron, como atraídos por un imán, hacia lo que había preocupado a Rand: tres Aes Sedai que charlaban en un grupo, con los chales bordados en color verde, marrón y gris respectivamente. Imágenes y colores surgieron fugaces alrededor, pero nada que Min pudiese entender. Un movimiento en la multitud dejó a la vista a una cuarta Aes Sedai, una mujer de cara redonda. Más imágenes, más colores centelleantes, pero lo único que necesitaba Min para sentir prevención era el chal con flecos rojos que llevaba echado sobre los regordetes brazos.

Rand le puso la mano bajo su brazo y le dio unas palmaditas.

—No te preocupes —musitó—. Toda va bien.

Le habría preguntado qué demonios hacían allí, pero le daba miedo su respuesta.

Darlin y Caraline habían desaparecido entre la muchedumbre, junto con sus seguidores; sin embargo, cuando un sirviente respetuoso, con franjas rojas, verdes y blancas en los oscuros puños de su chaqueta, ofrecía una bandeja con copas de plata a Rand y a Min, la noble reapareció mientras se quitaba de encima a un importuno individuo de cara chupada que vestía una de aquellas chaquetas rojas. El tipo lanzó una

Librodot

mirada feroz a la espalda de Caraline mientras la noble cogía una copa de ponche y despedía al sirviente con un gesto; Min se quedó sin aliento al ver el halo que surgió de pronto alrededor del individuo, unas tonalidades moradas tan oscuras que casi parecían negras.

—No confiéis en ese hombre, lady Caraline. —La muchacha no pudo evitar advertirla—. Matará a cualquiera que crea que se interpone en su camino. Mataría por capricho. A cualquiera. —Apretó los dientes para no decir nada más.

Caraline echó una ojeada por encima del hombro al tiempo que el tipo de cara chupada se daba media vuelta bruscamente.

—No me costaría creer eso de Daved Hanlon —comentó en tono seco—. Sus Leones Blancos luchan por el oro, no por Cairhien, y saquean más que los Aiel. Al parecer Andor se puso demasiado caliente para su gusto. —Eso último lo dijo mirando a Rand con las cejas enarcadas—. Toram le ha prometido un montón de oro, creo, y propiedades que conozco. —Volvió los ojos hacia Min—. ¿Conoces a ese hombre, Jaisi?

Min se limitó a negar con la cabeza. ¿Cómo explicar lo que sabía ahora sobre Hanlon, que sus manos se mancharían con más asesinatos y expoliaciones antes de que muriera? Si hubiese sabido cuándo o a quién... Pero lo único de lo que estaba segura era que ocurriría. En cualquier caso, advertir sobre una visión nunca la prevenía; lo que veía, ocurría, daba igual a quien advirtiera. A veces, antes de que hubiese aprendido la lección, había sucedido precisamente por su advertencia.

—He oído hablar de los Leones Blancos —intervino fríamente Rand—. Buscad Amigos Siniestros entre ellos y no acabaréis con las manos vacías.

Habían sido parte de los soldados de Gaebril; Min sabía eso y poco más, salvo que lord Gaebril había sido en realidad Rahvin. Por lógica, entre esos soldados que habían servido a uno de los Renegados tendría que haber Amigos Siniestros.

—¿Y qué me decís de él? —preguntó Rand mientras señalaba con la cabeza hacia un hombre que había al otro extremo de la tienda y cuya larga chaqueta lucía tantas franjas de colores como el vestido de Caraline. Muy alto para un cairhienino, más o menos una cabeza más bajo que Rand, era delgado salvo por los anchos hombros, e increíblemente apuesto, con una barbilla firme y un pequeño toque de hebras grises en el oscuro cabello de las sienes.

Por alguna razón, la mirada de Min se vio atraída hacia su compañero, un tipo bajito y delgaducho, con una gran nariz y orejas salientes; vestía una chaqueta de seda roja que no le sentaba muy bien. No dejaba de toquetear una daga curva que llevaba al cinturón, una pieza lujosa, con vaina de oro y un gran rubí coronando la empuñadura; la gema parecía captar la luz de un modo extraño. Min no vio halos alrededor del tipo, que le resultaba vagamente familiar. Los dos hombres los estaban mirando a Rand y a ella.

—Ése es lord Toram Riatin en persona. Y su inseparable compañero últimamente, maese Jeraal Mordeth. Qué hombrecillo más odioso. Sus ojos hacen que desee darme un baño. Ambos me hacen sentir sucia. —Parpadeó, sorprendida por lo que había dicho, pero recobró la compostura enseguida. Min tenía la impresión de que había pocas cosas que pudiesen hacer perder el aplomo a Caraline Damodred durante mucho tiempo. En eso se parecía mucho a Moraine—. En tu lugar tendría cuidado, primo Tomás —continuó—. Tal vez hayas realizado algún milagro o ejercido un efecto *ta'veren* conmigo, y tal vez incluso con Darlin, aunque ignoro a qué puede llevarnos. No hago promesas. Pero Toram te odia con pasión. No era con tanta intensidad antes de que Mordeth se uniese a él, pero desde entonces... Por Toram, habríamos atacado la ciudad inmediatamente, en mitad de la noche. Según él, muerto tú, los Aiel se marcharían, pero creo que ahora desea tu muerte más incluso que el trono.

Librodot

—Mordeth —repitió Rand. Sus ojos estaban prendidos en Toram Riatin y en el tipo delgaducho que lo acompañaba—. Su verdadero nombre es Padan Fain, y hay una recompensa de cien mil coronas de oro por su cabeza.

Faltó poco para que Caraline dejase caer la copa.

—Se han pedido rescates de reinas inferiores a esa cantidad. ¿Qué es lo que ha hecho?

—Arrasó mi tierra simplemente porque era mi tierra. —El rostro de Rand estaba helado y su voz sonaba gélida—. Llevó trollocs para matar a mis amigos sólo porque eran mis amigos. Es un Amigo Siniestro, y es hombre muerto. —Esas últimas palabras salieron entre sus dientes prietos. El ponche salpicó la alfombra cuando la copa de plata se dobló entre su mano enguantada.

Min se sintió mal por él, por su dolor —había oído lo que Padan Fain había hecho en Dos Ríos— pero puso una mano en el pecho de Rand, casi presa del pánico. Si se dejaba llevar ahora por la ira y encauzaba habiendo la Luz sabía cuántas Aes Sedai alrededor...

—Por amor de la Luz, contrólate —empezó.

—¿Quieres presentarme a tu alto amigo, Caraline? —habló en tono agradable una voz femenina, a su espalda.

Min miró por encima del hombro y se encontró con una cara intemporal, de fríos ojos bajo el cabello gris acerado, recogido en un moño bajo del que colgaban pequeños adornos de oro. Min se tragó un chillido y disimuló con una tos. Había creído que Caraline había captado todos los detalles de su persona en una sola ojeada, pero aquellos ojos helados parecían saber cosas sobre ella que hasta Min había olvidado. La sonrisa de la Aes Sedai, mientras se ajustaba su chal con flecos verdes, no era ni mucho menos tan agradable como su voz.

—Por supuesto, Cadsuane Sedai. —Caraline parecía impresionada, pero suavizó el tono de voz mucho antes de que acabara de presentar a su «primo» y a su «esposa» que habían venido a visitarla—. Pero me temo que Cairhien no es un lugar conveniente para ellos actualmente —comentó, de nuevo dueña de sí misma, sonriendo con pesar al no poder disfrutar más tiempo de la compañía de Rand y Min—. Han accedido a seguir mi consejo y regresan a Andor.

—¿De veras? —instó secamente Cadsuane. A Min el alma se le cayó a los pies. Aunque Rand no había hablado de ella, era obvio que lo conocía por el modo en que lo miraba. Los minúsculos pájaros, lunas y estrellas se mecieron cuando sacudió la cabeza—. La mayoría de los niños aprenden a no meter los dedos en el bonito fuego la primera vez que se queman, Tomás. Otros necesitan que les den unos azotes para que aprendan. Siempre es mejor un trasero dolorido que una mano abrasada.

—Yo no soy un niño y lo sabéis —replicó secamente Rand.

—¿Lo sé? —Lo miró de la cabeza a los pies y su actitud dio a entender que no distaba mucho de serlo—. Bien, al parecer pronto veré si te hacen falta unos azotes o no.

Aquellos fríos ojos se volvieron hacia Min y luego hacia Caraline y, tras un último tirón de su chal para ajustárselo, Cadsuane se alejó entre la multitud. Min tragó para deshacer el nudo que tenía en la garganta y la complació ver que Caraline hacía otro tanto a pesar de su demostración de autocontrol momentos antes. Rand —¡el muy estúpido!— dio un paso en pos de la Aes Sedai como si pretendiese ir tras ella. Esta vez fue Caraline quien lo frenó poniéndole la mano en el pecho.

—Entiendo que conoces a Cadsuane —dijo con voz entrecortada—. Ten cuidado con ella; se nota que incluso las otras hermanas se sienten intimidadas por ella. —Su timbre ronco adquirió una nota de gravedad—. No tengo idea de las consecuencias que

traerá lo ocurrido hoy pero, sea lo que sea, creo que es hora de que te vayas, «primo Tomás». Cuanto antes mejor. Haré que preparen los caballos...

—¿Es éste tu primo, Caraline? —preguntó una voz profunda y sonora de hombre, y Min dio un brinco a despecho de sí misma.

Toram Riatin era aún más apuesto de cerca que de lejos, con la clase de enérgica belleza varonil y el aire de sofisticación que habrían atraído a Min antes de conocer a Rand. La sonrisa de su boca de trazo firme resultaba extremadamente atractiva. La mirada de Toram se detuvo en la mano de Caraline, todavía posada en el pecho de Rand.

—Lady Caraline va a ser mi esposa —manifestó indolentemente—. ¿Lo sabíais?

Las mejillas de la noble se encendieron de indignación.

—¡Ni lo sueñes, Toram! ¡Te dije que no y no lo haré!

—Creo que las mujeres ignoran lo que quieren hasta que uno se lo pone delante —comentó el noble a la par que sonreía a Rand—. ¿Qué opinas tú, Jeraal? ¿Jeraal? — Miró en derredor, fruncido el entrecejo.

Min lo contemplaba con asombro. Toram Riatin era tan atractivo, justo con el aire apropiado de... Deseó ser capaz de invocar las visiones a voluntad. Deseaba muchísimo conocer lo que el futuro le reservaba a ese hombre.

—Vi a tu amigo escabullirse en aquella dirección, Toram. —Caraline, cuyos labios denotaban un gesto de desagrado, hizo un vago gesto con la mano—. Imagino que lo encontrarás cerca de las bebidas o, si no, molestando a las sirvientas.

—Luego, preciosa mía. —Intentó tocarle la mejilla y pareció divertirle que ella retrocediera un paso. Sin mediar pausa alguna, trasladó su mirada zumbona a Rand, y a la espada que llevaba al costado—. ¿Qué tal un poco de acción, primo? Te llamo así porque seremos primos cuando Caraline se convierta en mi esposa. Con espadas de entrenamiento, desde luego.

—De ninguna manera —rió Caraline—. Es un muchacho, Toram, y casi no distingue un extremo del otro de una espada. Su madre jamás me perdonaría si permitiera que...

—Acción —la interrumpió bruscamente Rand—. ¿Por qué no? ¿Por qué no ver adónde lleva todo esto? Acepto.

Librodot

CAPÍTULO 18

Aceros

Min no sabía si gemir, gritar o sentarse y romper a llorar. Caraline, que miraba a Rand sin dar crédito a sus ojos, parecía encontrarse en el mismo dilema. Con una risa, Toram empezó a frotarse la manos.

—Escuchad todos —gritó—. Vais a presenciar una exhibición de esgrima. Apartaos, dejad espacio libre. —Se alejó mientras gesticulaba para que la gente se retirara y abriera un hueco en el centro de la tienda.

—Pastor —gruñó Min—, no eres un asno, ¡eres tonto de remate!

—Yo no lo expresaría así exactamente —intervino Caraline en tono muy seco—, pero sugiero que te marches de aquí, ahora. Sean cuales fueren los... trucos que pienses que podrías utilizar, hay siete Aes Sedai en esta tienda, cuatro de ellas del Ajah Rojo, llegadas recientemente del sur, de camino a Tar Valon. Con que sólo una de ellas sospeche algo, mucho me temo que lo que quiera que pudiera resultar del encuentro de hoy, nunca pasará. Márchate.

—No utilizaré ningún... truco. —Rand se desabrochó el cinturón de la espada y se lo tendió a Min—. Si mi influencia se ha dejado notar en ti y en Darlin de algún modo, quizá la haga sentir en Toram de otro.

La multitud se echaba hacia atrás y abría un hueco de unos veinte pasos entre dos de los grandes postes centrales. Algunos miraban a Rand, y hubo mucho intercambio de golpes suaves con el codo y risitas maliciosas. Las Aes Sedai, ni que decir tiene, ocupaban un lugar de honor, con Cadsuane y sus dos amigas a un lado y cuatro mujeres de rostro intemporal del Ajah Rojo al otro. Cadsuane y sus compañeras observaban a Rand con abierta desaprobación y un gesto lo más parecido a la irritación que hubiera mostrado jamás cualquier Aes Sedai, pero las hermanas Rojas parecían más interesadas en ellas tres que en otra cosa. Al menos, aunque se encontraban justo enfrente, se las arreglaban para hacer como si no advirtieran la presencia de otras hermanas. Nadie podía estar tan ciego si no lo hacía a propósito.

—Escúchame, *primo.* —En la voz baja de Caraline había tanto apremio que casi se palpaba. Se encontraba muy cerca de él, con el cuello extendido hacia atrás para mirarlo a la cara y, aunque apenas le llegaba al esternón, parecía dispuesta a darle de bofetadas—. Si no utilizas ninguno de tus trucos *especiales*, puede herirte de gravedad, incluso con espadas de entrenamiento, y lo hará. Nunca le ha gustado que otro tocara lo que considera suyo, y sospecha que cualquier jovencito guapo que habla conmigo es mi amante. Cuando éramos niños, empujó a Daran, ¡un amigo!, escaleras abajo y le rompió la espalda porque montó su poni sin pedirle permiso. Vete, primo. Nadie te tendrá en menos por ello, porque no esperan que un joven se enfrente a un maestro de armas. Jaisi, o comoquiera que te llames realmente, ¡ayúdame a convencerlo!

Min abrió la boca y Rand puso un dedo sobre sus labios.

—Soy quien soy. —Sonrió—. Y tampoco creo que pudiese escapar de él aunque no lo fuera. De modo que es un maestro de armas, ¿no?

Se desabrochó la chaqueta y salió al centro del área despejada.

—¿Por qué tienen que ser tan testarudos cuando menos quieres que lo sean? —

susurró Caraline en tono frustrado, y Min se mostró de acuerdo con ella asintiendo enérgicamente.

Toram se había quedado en mangas de camisa; llevaba dos espadas de entrenamiento, las cuales tenían un manojo de varillas atadas, en sustitución de la hoja de acero. Enarcó una ceja al ver que Rand seguía con la chaqueta puesta, aunque desabrochada.

—Eso te estorbará y limitará tus movimientos, primo.

Rand se encogió de hombros. Sin previo aviso, Toram le lanzó una de las espadas y Rand la cogió en el aire por la larga empuñadura.

—Los guantes se escurren, primo, y querrás tener un agarre firme.

Rand asió el puño del arma con las dos manos y adoptó una postura ligeramente girada hacia un lado, con la espada apuntando hacia abajo y el pie izquierdo adelantado.

Toram extendió las manos como para decir que había hecho todo lo que había podido por advertirle.

—Bueno, por lo menos sabe cómo ponerse —rió y, cuando pronunciaba la última palabra, lanzó una estocada a la cabeza de Rand, apoyada con el impulso de toda su fuerza.

En medio de un sonoro y seco golpe, las tablillas atadas chocaron contra el otro manojo de tablillas. Rand no había hecho otro movimiento que desplazar la espada. Durante un instante Toram lo contempló de hito en hito y él le sostuvo tranquilamente la mirada. Y la danza empezó.

Era el único término que se le ocurrió a Min para describir aquellos movimientos fluidos y deslizantes, en tanto que las hojas de madera giraban y chocaban en golpes relampagueantes. Había visto practicar a Rand con los mejores espadachines que podía encontrar, a menudo contra dos, tres o cuatro a la vez, pero aquello no tenía nada que ver con lo de ahora. Era tan hermoso y resultaba tan fácil de olvidar que si aquellos manojos de tablillas hubiesen sido acero habría corrido la sangre. Salvo que ninguna hoja, ya fuese de acero o de madera, tocaba carne. Bailaron atrás y adelante, girando el uno en torno al otro, las espadas ora tanteando, ora arremetiendo, Rand ora atacando, ora defendiéndose, y cada movimiento acompañado y resaltado por aquellos golpes fuertes y secos.

Caraline asió fuertemente el brazo de Min sin apartar los ojos de la contienda.

—También es un maestro de esgrima —susurró—. Debe serlo. ¡Míralo!

Min lo miraba, y estrechaba contra sí el cinturón y el arma envainada de Rand como si fuera a él a quien abrazaba. Aquella hermosa danza continuó atrás y adelante y, pensara lo que pensara Rand, para entonces Toram estaba deseando que su hoja fuera de acero. Una fría ira se plasmaba en su rostro y arremetió con más y más empeño. Ninguna de las hojas había dado en el blanco todavía, aunque ahora Rand retrocedía constantemente, defendiéndose, y Toram avanzaba, atacando, con los ojos relucientes con una furia gélida.

Fuera gritó alguien; fue un aullido de terror desmedido y, de repente, la gigantesca tienda salió lanzada hacia arriba, en el aire, y desapareció en la densa lobreguez que ocultaba el cielo. La espesa niebla bullía por doquier, rebosante de chillidos y gritos distantes. Delgados zarcillos flotaron hacia el cuenco invertido de aire despejado que había dejado la tienda. Todo el mundo los contempló subyugado, estupefacto. O, mejor dicho, casi todos.

La hoja de tablillas de Toram se descargó contra el costado de Rand con un sonido a huesos rotos, haciéndolo doblarse.

—Estás muerto, primo —se mofó Toram mientras levantaba la espada muy alto para golpear otra vez. Pero se quedó paralizado, contemplando de hito en hito cómo

Librodot

parte de la densa niebla gris suspendida en lo alto se... solidificaba. Podría describirse como un tentáculo de niebla, un grueso brazo de tres dedos que descendió y acabó cerrándose alrededor de la corpulenta hermana Roja, tras lo cual la alzó bruscamente hacia arriba antes de que nadie tuviese ocasión de moverse.

Cadsuane fue la primera en reaccionar, sobreponiéndose al pasmo. Levantó los brazos, echando hacia atrás el chal, sus manos hicieron un giro y una bola de fuego pareció salir disparada hacia lo alto desde cada palma para alcanzar de lleno a la niebla. Arriba algo estalló en llamas repentinamente, formando un violento abombamiento que desapareció al instante, y la hermana Roja reapareció mientras se precipitaba sobre el suelo, cayendo en las alfombras con un golpe sordo, boca abajo. Al menos, estaría boca abajo si no hubiese tenido la cabeza girada ciento ochenta grados, de manera que sus ojos muertos miraban sin ver la niebla.

Aquello acabó con la poca compostura que pudiera quedar en la zona de la tienda. ¡La Sombra se había encarnado! La gente huyó en todas direcciones gritando a pleno pulmón, derribando mesas, los nobles apartando a empellones a los sirvientes y viceversa. Zarandeada, Min se abrió paso hasta donde estaba Rand con codos y puños, utilizando su espada como un garrote.

—¿Te encuentras bien? —preguntó mientras lo ayudaba a ponerse de pie. Se sorprendió al ver a Caraline al otro lado, también prestándole ayuda. De hecho, la misma noble parecía sorprendida de su reacción.

Él sacó la mano de debajo de la chaqueta y, afortunadamente, sus dedos no estaban manchados con sangre. Aquella cicatriz sin curar del todo, todavía tierna, no se había abierto.

—Creo que es mejor que nos movamos —dijo al tiempo que cogía el cinturón de la espada—. Tenemos que alejarnos de aquí. —El cuenco invertido de aire claro se había reducido a ojos vista. Casi todos los demás ya habían escapado. De la niebla salían gritos, la mayoría de ellos cortados de golpe, pero enseguida reemplazados por otros nuevos.

—Estoy de acuerdo, Tomás —dijo Darlin. Espada en mano, se plantó de espaldas a Caraline, entre ella y la niebla—. La pregunta es, ¿en qué dirección? Y también, ¿hasta dónde tenemos que alejarnos?

—Esto es obra suya —espetó Toram—. De al'Thor. —Tiró la espada de entrenamiento, caminó hacia donde estaba la chaqueta que se había quitado y se la puso calmosamente. Podría ser acusado de cualquier cosa, pero no de cobarde—. ¿Jeraal? —gritó hacia la niebla mientras se ceñía el cinturón de la espada—. Jeraal, así la Luz te abrase, hombre, ¿dónde te has metido? ¡Jeraal!

Mordeth —Fain— no respondió, y Toram siguió llamándolo a voces. Las únicas que continuaban allí eran Cadsuane y sus dos compañeras, éstas con los semblantes calmos pero sus manos se deslizaban nerviosamente sobre los chales. En cuanto a Cadsuane, habríase dicho que se preparaba para dar un paseo.

—Opino que hacia el norte —intervino—. La pendiente está más cerca en esa dirección, y ascender puede que nos lleve por encima de esto. ¡Deja de dar aullidos, Toram! O tu hombre ha muerto o no te oye. —Toram le dirigió una mirada feroz, pero dejó de gritar. Cadsuane no pareció advertirlo o no le importó, dado que se había callado—. Hacia el norte, pues. Nosotras tres nos ocuparemos de cualquier cosa que vuestras espadas no puedan solucionar.

Miró directamente a Rand cuando dijo eso último, y él respondió con un ligerísimo asentimiento antes de abrocharse el cinturón de la espada y desenvainar el arma. Intentando que los ojos no se le saliesen de las órbitas por la estupefacción, Min intercambió una mirada con Caraline; ésta tenía los ojos como platos. La Aes Sedai

Librodot

sabía quién era y no pensaba compartir su secreto con nadie.

—Ojalá no hubiésemos dejado a nuestros Guardianes en la ciudad —comentó la delgada hermana Amarilla. Unas minúsculas campanillas de plata que adornaban su cabello tintinearon cuando sacudió la cabeza. Casi poseía el mismo aire autoritario de Cadsuane, el suficiente como para que a primera vista no se apreciara lo hermosa que era, sólo que aquel modo de sacudir la cabeza resultaba... bueno, un tanto enfurruñado, de niña malcriada—. Ojalá tuviese a Roshan conmigo.

—¿Hacemos un círculo, Cadsuane? —preguntó la Gris. Girando la cabeza a un lado y otro para escudriñar la niebla, recordaba un gorrión gordo con su afilada nariz y sus inquisitivos ojos. No un gorrión asustado, pero sí uno a punto de levantar el vuelo—. ¿Nos coaligamos?

—No, Niande —respondió la Verde—. Si ves algo, tienes que ser capaz de atacarlo sin esperar a señalármelo. Samitsu, deja de lamentar la ausencia de Roshan. Tenemos tres espadachines estupendos con nosotras, dos de ellos con la marca de la garza, por lo que veo. Servirán.

Toram enseñó los dientes al ver la garza grabada en la hoja de la espada que Rand acababa de desenvainar. Si su mueca era una sonrisa, no había regocijo alguno en ella; su propia arma llevaba también una garza. No así la de Darlin; el teariano dedicó a Rand y a su espada una mirada aquilatadora, seguida de una respetuosa inclinación de cabeza que era considerablemente más pronunciada que la que había ofrecido a un simple Tomás Trakand, miembro de una rama secundaria de una casa.

La Verde de cabello canoso se había hecho con las riendas de la situación, obviamente, y no las soltó a despecho de las protestas de Darlin, quien, como muchos otros tearianos, no parecía fiarse mucho de las Aes Sedai, y de Toram, al que por lo visto no le gustaba que nadie diera órdenes excepto él. De hecho, lo mismo le ocurría a Caraline, pero Cadsuane hizo tan poco caso de su gesto ceñudo como de las protestas expresadas en voz alta por los dos hombres. A diferencia de ellos, Caraline parecía darse cuenta de que protestar no serviría de nada. Y, maravilla de maravillas, Rand dejó sumisamente que lo situara a la derecha de Cadsuane cuando la Verde colocó en su lugar a cada uno. A decir verdad, no tan sumisamente —miró a la mujer desde su imponente altura de un modo que Min lo habría abofeteado si se lo hubiese hecho a ella, aunque Cadsuane se limitó a sacudir la cabeza y a musitar algo que lo hizo enrojecer—, pero al menos mantuvo cerrada la boca. Tal como estaban las cosas, Min imaginó que sería capaz de decir quién era, y quizás esperaría que la niebla se disipara por miedo al Dragón Renacido. Él le sonrió como si la niebla fuera algo normal con ese tiempo de persistente sequía, incluso una niebla que había arrancado de cuajo tiendas y se había llevado con ella a muchas personas.

Entraron en la espesa bruma en una formación en estrella de seis puntas, con Cadsuane al frente, una Aes Sedai en cada punta correspondiente a su triángulo, y un hombre en cada punta del triángulo invertido. Toram, ni que decir tiene, protestó enérgicamente por ir en la parte de atrás hasta que Cadsuane mencionó el honor de la retaguardia o algo por el estilo. Aquello consiguió hacerlo callar. Min no puso reparo, ni mucho menos, a su posición, junto a Caraline, en el centro de la estrella. Asía un cuchillo en cada mano y se preguntaba si le servirían de algo. Le sirvió de alivio en cierto modo ver que temblaba la mano con la que Caraline sujetaba una daga. Al menos las suyas se mantenían firmes. Claro que, tal vez, estaba demasiado asustada para temblar.

La niebla era fría como un viento invernal. La oscuridad grisácea se cerró en torno al grupo con arremolinadas volutas, tan espesa que apenas veía a los demás. Por el contrario, se oía casi con demasiada claridad. En la penumbra sonaban chillidos,

hombres y mujeres gritando, caballos relinchando aterrorizados. La niebla parecía ahogar el sonido, hacerlo hueco, de modo que, por fortuna, aquellos espantosos ruidos parecían distantes. Al frente, la bruma empezó a volverse más densa, pero unas bolas de fuego salieron disparadas de las manos de Cadsuane, siseando a través de la helada penumbra, y la condensación gris estalló en una violenta y única llamarada. Sonidos semejantes a su espalda, el rayo descargándose contra la niebla como el relámpago entre nubes, revelaban que las otras dos hermanas hacían su labor. Min no sentía el menor deseo de mirar atrás. Lo que veía ante ella bastaba y sobraba.

Pasaron pisando tiendas tiradas, formas desdibujadas por la gris oscuridad, sobre cuerpos y a veces sobre trozos de cuerpos, no lo bastante desdibujados para el gusto de Min. En una ocasión atisbó la cabeza de una mujer que parecía sonreír desde donde descansaba, en la esquina de una carreta volcada. El terreno empezó a ascender, más y más empinado a cada paso. Min vislumbró al primer ser vivo aparte de ellos desde que habían empezado a caminar, y deseó no haberlo visto. Un hombre, vestido con una de las chaquetas rojas, caminaba tambaleándose hacia ellos y agitó débilmente el brazo izquierdo. El derecho le faltaba, y se veía hueso blanco donde antes debía de estar media cara. Algo que podrían ser palabras salieron balbucientes entre sus labios, y a continuación se desplomó. Samitsu se arrodilló unos instantes junto a él y posó los dedos en la masa sanguinolenta que era la frente del hombre. La hermana se incorporó, sacudió la cabeza y el grupo reanudó la marcha cuesta arriba, ascendiendo hasta que Min empezó a preguntarse si estarían subiendo una montaña en lugar de una colina.

Justo delante de Darlin la niebla empezó repentinamente a cobrar forma, con la altura de un hombre, pero toda ella tentáculos y bocas abiertas, repletas de dientes afilados. El Gran Señor no sería un maestro de armas, pero tampoco era un principiante. Su espada arremetió a través del centro de la figura todavía formándose, giró y descendió cortándola de arriba abajo. Cuatro nubes de niebla, más espesas que el banco brumoso, cayeron al suelo.

—Bien —dijo Darlin—, al menos sabemos que el acero puede cortar a esas... criaturas.

Los cuatro fragmentos más densos se unieron y empezaron a levantarse otra vez.

Cadsuane extendió una mano y de las puntas de sus dedos cayeron gotas de fuego; un brillante fogonazo acabó con la niebla viviente.

—Pero, al parecer, sólo las corta —murmuró.

Al frente y a la derecha apareció de pronto una mujer en medio de los remolinos de la bruma, sujetando los vuelos de la falda de seda mientras corría, y casi bajó rodando la pendiente hacia ellos.

—¡Gracias a la Luz! —gritó—. ¡Gracias a la Luz! ¡Creí que estaba sola!

A su espalda la niebla se concretó en una pesadilla de dientes y garras que se alzó sobre la mujer. De haber sido un hombre, Min estaba segura de que Rand habría esperado.

Pero su mano se alzó antes de que Cadsuane tuviera tiempo de actuar, y una barra de... blanco fuego líquido, más brillante que el sol, se disparó por encima de la cabeza de la mujer. La criatura desapareció, simplemente. Durante un instante hubo aire puro en el lugar ocupado antes por el ser y a lo largo de la línea que la barra había quemado; luego la niebla empezó a cerrar el hueco. Un instante durante el cual la mujer permaneció paralizada en el sitio, y luego, chillando a pleno pulmón, se volvió y se alejó corriendo de ellos, todavía cuesta abajo, huyendo de algo que temía más que las pesadillas escondidas en la niebla.

—¡Tú! —bramó Toram, tan alto que Min se giró para hacerle frente con los cuchillos enarbolados. El hombre apuntaba con su espada a Rand—. ¡Eres él! ¡Yo tenía

razón! ¡Esto es obra tuya! ¡A mí no me atraparás, al'Thor! —De repente echó a correr en ángulo, trepando enloquecidamente colina arriba—. ¡A mí no me atraparás!

—¡Regresa! —le gritó Darlin—. ¡Debemos permanecer unidos! ¡Tenemos que...! —No acabó la frase y se quedó mirando a Rand de hito en hito—. *Eres* él. ¡La Luz me asista, lo eres! —Hizo un movimiento, como si quisiera situarse entre Rand y Caraline, pero al menos no salió corriendo.

Haciendo gala de una tranquilidad increíble, Cadsuane descendió por la pendiente hasta llegar junto a Rand y lo abofeteó tan fuerte que lo hizo girar la cabeza. Min se quedó sin aliento por la impresión.

—No harás eso nunca más —dijo la Aes Sedai. No había ira en su voz, sólo una dureza acerada—. ¿Me has oído? Nada de fuego compacto. Jamás.

Sorprendentemente, Rand se limitó a frotarse la mejilla.

—Estabas equivocada, Cadsuane. Él es real. Estoy seguro. Lo sé.

Aún más sorprendente era su actitud, como si deseara fervientemente que la mujer le creyera. Min sufrió por él. Rand había mencionado que oía voces; debía de referirse a eso. Levantó la mano derecha hacia él, olvidando que asía en ella un cuchillo, y abrió la boca para decir algo consolador, si bien ya no estaba completamente segura de que pudiera ser capaz de volver a utilizar inocentemente esa palabra en particular. En ese momento Padan Fain apareció como si surgiese de la niebla detrás de Rand; en su mano destelló el acero de la daga.

—¡A tu espalda! —gritó Min, señalando con el cuchillo aferrado en la mano derecha extendida mientras arrojaba el que sostenía en la izquierda.

Todo pareció ocurrir al mismo tiempo, borroso en la niebla invernal. Rand empezó a girarse mientras se desviaba hacia un lado, y Fain también se ladeó para lanzarse sobre él. Debido a ese movimiento, el cuchillo de Min falló el blanco, pero la daga de Fain alcanzó el costado izquierdo de Rand. Dio la impresión de que la hoja sólo cortaba el paño de la chaqueta, pero Rand gritó. Fue un sonido que hizo que el corazón de Min se encogiera. Con la mano en el costado, Rand cayó contra Cadsuane y se agarró a ella para sostenerse, aunque sólo consiguió que ambos se fuesen al suelo.

—¡Quitaos de en medio! —gritó otra de las hermanas, Samitsu, le pareció a Min, y de pronto sintió que sus pies perdían contacto con el suelo. Se propinó un fuerte golpe y gimió al caer en el terreno empinado al mismo tiempo que Caraline, que barbotó, falta de aliento:

—¡Rayos y centellas!

Todo al mismo tiempo.

—¡Apártate! —bramó de nuevo Samitsu mientras Darlin arremetía contra Fain con su espada. El huesudo hombrecillo se movió con sorprendente rapidez y se arrojó al suelo, rodando sobre sí mismo a continuación hasta ponerse fuera del alcance del noble. Lo chocante fue que rió socarronamente mientras se incorporaba como un felino y echaba a correr; la niebla se lo tragó de inmediato.

Min se incorporó, temblorosa. Caraline lo hizo con mucha más energía.

—Escuchadme bien, Aes Sedai —instó con voz fría mientras se sacudía violentamente la falda—, no permitiré que se me trate así. Soy Caraline Damodred, Cabeza Insigne de la casa...

Min dejó de prestarle atención. Cadsuane se hallaba sentada en la ladera, un poco más arriba, sosteniendo la cabeza de Rand en su regazo. Sólo había sido un corte. La daga de Fain no podía haberle hecho más que un rasguño superficial... Con un grito, Min se lanzó hacia ellos. Sin importarle que fuera una Aes Sedai, apartó a la mujer de un empellón y estrechó a Rand en sus brazos. Él tenía los ojos cerrados y su respiración era entrecortada, irregular. La cara le ardía.

Librodot

—¡Ayudadlo! —gritó a Cadsuane, su petición un eco de los distantes chillidos en la niebla—. ¡Ayudadlo! —Una parte de su mente le decía que aquello no tenía mucho sentido después de que hubiese apartado a la mujer a la fuerza, pero el rostro de Rand parecía abrasarle las manos, consumir cualquier rastro de sensatez en ella.

—Samitsu, aprisa —ordenó Cadsuane a la par que se levantaba y se arreglaba el chal—. Su gravedad está más allá de mi capacidad de Curación. —Puso una mano en la cabeza de Min—. Muchacha, no pienso dejar morir al chico cuando aún no le he enseñado a tener modales. Deja de llorar, vamos.

Era muy extraño. Min estaba totalmente convencida de que la mujer no le había hecho nada con el Poder y, sin embargo, le creía. Enseñarle modales. Eso sí que sería una lucha a brazo partido. No sin renuencia, apartó los brazos de él y retrocedió de rodillas. Muy extraño. Ni siquiera había sido consciente de estar llorando y, sin embargo, las palabras tranquilizadoras de Cadsuane bastaron para detener el flujo de lágrimas. Aspiró por la nariz mientras se limpiaba las mejillas con el dorso de la mano, en tanto que Samitsu se arrodillaba junto a Rand y posaba las yemas de los dedos sobre su frente. Min se preguntó por qué no le sostenía la cabeza con las dos manos, como solía hacer Moraine.

Rand sufrió una violenta convulsión, dando boqueadas y sacudiéndose de tal modo que uno de sus brazos derribó a la Amarilla de espaldas. Tan pronto como los dedos de la mujer dejaron de tocarlo, cesaron los espasmos.

—Aquí pasa algo raro —dijo Samitsu, irritada, al tiempo que se sentaba. Apartó la chaqueta de Rand, asió el corte de la camisa ensangrentada y desgarró la tela.

El corte producido por la daga de Fain, no más largo que su mano y muy superficial, atravesaba por encima de la antigua cicatriz del costado. Hasta con la mortecina luz, Min pudo ver que los bordes de la herida aparecían hinchados y enrojecidos, como si no se hubiese tratado desde hacía días. Ya no sangraba, pero tendría que haber desaparecido. Eso era lo que hacía la Curación: las heridas se cerraban por sí mismas ante tus propios ojos.

—Esto —Samitsu rozó levemente la cicatriz y habló con el tono de un maestro impartiendo clase— tiene aspecto de absceso, pero en lugar de tener pus está lleno de maldad. Y esto —pasó el dedo sobre el corte—, parece lleno de un mal diferente. —De repente miró a la Verde con el entrecejo fruncido y su voz adquirió un timbre huraño, a la defensiva—. Si tuviera palabras para describirlo lo haría, Cadsuane. Nunca había visto algo igual. Jamás. Pero te diré una cosa. Creo que si hubiese tardado un instante más en actuar o quizá si tú no lo hubieses intentado antes, ahora estaría muerto. Considerando su estado... —La hermana Amarilla suspiró y su aire se tornó abatido—. En su estado, creo que morirá de todos modos.

Min sacudió la cabeza e intentó decir «no», pero parecía incapaz de hacer que su lengua se moviera. Oyó a Caraline musitar una plegaria; la mujer aferraba el brazo de Darlin con las dos manos, y el noble teariano observaba ceñudo a Rand, como si intentara encontrar sentido a lo que veía. Cadsuane se inclinó para hablar secamente con Samitsu.

—Eres la mejor que existe, puede que la mejor que haya existido nunca —manifestó quedamente—. Nadie tiene tanto Talento de Curación como tú, ni por asomo.

Samitsu asintió con la cabeza y se levantó; antes de que hubiese acabado de ponerse de pie, volvía a ser la serenidad Aes Sedai en persona. No así Cadsuane, que miraba a Rand ceñuda, puesta en jarras.

—¡Ni hablar! No te dejaré que te me mueras, chico —gruñó como si la culpa fuese de él. En esta ocasión, en lugar de tocar la cabeza de Min le propinó un capón—. En pie, muchacha. Hasta un idiota se daría cuenta de que no eres una cagueta, así que

deja de fingir. Darlin, tú lo llevarás. Los vendajes habrán de esperar. Esta niebla no nos deja, así que será mejor que nos marchemos.

Darlin vaciló. Tal vez fue el gesto ceñudo y perentorio de Cadsuane o tal vez la mano de Caraline alzándose hacia su cara, pero envainó la espada bruscamente, mascullando entre dientes, y se cargó a Rand al hombro.

Min cogió la espada marcada con la garza y la deslizó con cuidado en la vaina colgada de la cintura de Rand.

—La necesitará —dijo a Darlin y, un momento después, el hombre asintió. Por suerte para él lo hizo; Min había puesto toda su confianza en la hermana Verde y no pensaba permitir que nadie opinara lo contrario.

—Ten cuidado, Darlin —advirtió Caraline con aquel timbre ronco una vez que Cadsuane estableció claramente la posición de cada cual para la marcha—. Quédate detrás de mí y yo te protegeré.

El noble rió hasta quedarse sin aliento, y siguió riendo entre dientes cuando empezaron a ascender a través de la fría niebla y los distantes gritos, con el noble cargando a Rand en el centro y las mujeres formando un círculo alrededor.

Min sabía que sólo era otro par de ojos vigilantes, al igual que Caraline, que caminaba al otro lado de Cadsuane, y también sabía que el cuchillo que empuñaba no servía de nada contra las formas de niebla, pero Padan Fain podría seguir por allí. No fallaría una segunda vez. Caraline también empuñaba su daga y, por las ojeadas que echaba hacia atrás, a Darlin, que subía trabajosamente bajo el peso de Rand, quizá también se proponía proteger al Dragón Renacido. Claro que, a lo mejor no era a él. Una mujer podía olvidar el tamaño de una nariz, por grande que fuera, por aquella risa.

Las formas seguían surgiendo en la niebla y morían consumidas por el fuego; una vez, un algo inmenso partió en dos a un aterrado caballo, a la derecha del grupo, antes de que cualquiera de las Aes Sedai tuviese tiempo de acabar con él. Min vomitó ruidosamente y no sintió pizca de vergüenza por ello; había gente muriendo, pero al menos las personas habían ido allí por propia voluntad. Hasta el soldado de más baja categoría habría podido huir la víspera si así lo hubiese decidido, pero no aquel caballo. La formas se concretaban y perecían, la gente moría, siempre gritando a lo lejos aparentemente, aunque seguían topando con despojos desgarrados que habían sido seres humanos poco antes. Min empezó a preguntarse si volverían a ver la luz del día alguna vez.

Con desconcertante instantaneidad, sin previo aviso, Min se encontró bañada por ella; un momento antes la rodeaba un manto gris y al siguiente se hallaba bajo un sol ardiente y dorado que brillaba en lo alto, en un cielo azul, con tal intensidad que tuvo que resguardarse los ojos. Y allí, a unos ocho kilómetros en línea recta a través de las colinas casi peladas, Cairhien se alzaba, sólida y cuadrada, sobre sus propias prominencias. De algún modo, ya no parecía verdaderamente real.

Volvió la vista hacia el límite de la niebla y un escalofrío la sacudió. Era un borde, un muro nuboso que se extendía a través de los árboles de la cumbre de esa colina, y demasiado uniforme, sin remolinos ni cambios de densidad. Aire transparente a un lado y espesa niebla al otro, nada más. Un árbol situado justo delante de ella se hizo un poco más visible, y Min comprendió que la niebla retrocedía, tal vez disipada por el calor del sol. Sin embargo, su retirada era demasiado lenta para considerarla natural. Los demás la contemplaban con igual fijeza que ella, hasta las Aes Sedai.

Veinte pasos a la izquierda del grupo apareció un hombre, dirigiéndose a gatas hacia la luz. Llevaba afeitada la frente y, a juzgar por su peto abollado, era un soldado de a pie. Miró en derredor enloquecidamente, al parecer sin verlos, y siguió gateando cuesta abajo. Lejos, a la derecha, surgieron dos hombres y una mujer, todos corriendo.

Librodot

Ella llevaba un vestido con franjas de colores en la pechera, pero no se veían cuántas eran ya que la mujer se había recogido la falda todo lo posible para correr más deprisa, y sus zancadas igualaban a las de los hombres. Ninguno de los tres miró a ningún lado, sino que se lanzaron colina abajo, tropezando, cayendo y volviendo a levantarse para continuar corriendo.

Caraline contempló, ausente, la hoja de su daga y luego la enfundó.

—Así desaparece mi ejército —musitó.

Darlin, con Rand todavía inconsciente cargado a los hombros, la miró.

—Hay otro en Tear, si lo necesitas.

La noble echó una ojeada a Rand, colgado como un saco.

—Tal vez —repuso.

Darlin volvió la cabeza para mirar el rostro de Rand con la frente arrugada en un gesto preocupado. El sentido práctico de Cadsuane salió a relucir de nuevo.

—La calzada está en esa dirección —anunció, señalando al oeste—. Iremos más deprisa por ella que a campo traviesa. Será un paseo.

Min no lo habría llamado así. El aire parecía el doble de caliente después del frío de la niebla. La hacía sudar a mares y parecía dejarla sin fuerza. Las piernas le fallaron; tropezó con unas raíces y se fue de bruces al suelo. Tropezó con piedras y cayó. Tropezó con sus propios pies y cayó. En una ocasión resbaló y se deslizó sus buenos cuarenta metros colina abajo, sobre el trasero, agitando los brazos hasta que consiguió agarrarse a un arbolillo. Caraline se fue al suelo otras tantas veces o quizá más; los vestidos no estaban hechos para esa clase de viaje y, a no tardar —después de rodar dando volteretas y que las faldas acabaran enredadas en su cabeza— le preguntó a Min el nombre de la costurera que le había hecho la chaqueta y las polainas. Darlin no cayó. Sí tropezó y resbaló tanto como ellas, pero cada vez que empezaba a caerse, algo parecía sujetarlo y mantenerlo de pie. Al principio el noble dirigió miradas feroces a las Aes Sedai, herido su orgullo de Gran Señor teariano, muy capaz de acarrear por sí mismo a Rand, sin ayuda de nadie. Cadsuane y las otras fingieron no darse cuenta. Ellas no cayeron ninguna vez; simplemente caminaban mientras charlaban en voz baja entre ellas y sujetaban a Darlin antes de que el hombre se fuera al suelo. Para cuando llegaron a la calzada, la expresión del noble era aliviada a la par que acosada.

Plantada en mitad de la ancha calzada de tierra apisonada y a la vista del río, Cadsuane alzó una mano perentoria para detener al primer medio de transporte que apareció, una carreta desvencijada, tirada por dos mulas apolilladas y conducida por un granjero huesudo, vestido con una chaqueta llena de parches, que tiró de las riendas precipitadamente. ¿Con quién pensaría el tipo desdentado que había topado? Tres Aes Sedai de rostro intemporal, con sus chales, que podrían acabar de bajar de su carruaje un momento antes. Una cairhienina empapada en sudor, de alto rango a juzgar por las bandas del vestido, o quizás una pordiosera que se había puesto las ropas desechadas de una noble, habida cuenta del estado del vestido; un noble obviamente teariano, con el sudor goteando de su nariz y su barba y con otro hombre cargado sobre los hombros como si fuese un saco de grano. Y luego, ella, con las dos rodillas asomando por las calzas rotas, y otro desgarrón en la culera que cubría la chaqueta, gracias a la Luz, aunque una de las mangas le colgaba de unos pocos hilos. Y con más manchas y polvo de lo que era posible imaginar.

Sin esperar a nadie, sacó el cuchillo de la manga —partiendo la mayoría de los pocos hilos que la sujetaban— y giró el arma con un floreo que le había enseñado Thom Merrilin, pasando la empuñadura entre los dedos de manera que la hoja centelleó bajo el sol.

—Necesitamos que nos lleves al Palacio del Sol —anunció y ni el mismísimo

Rand lo habría hecho mejor. Había momentos en los que mostrarse autoritario evitaba discusiones.

—Pequeña —dijo Cadsuane en tono de censura—, sin duda Kiruna y sus amigas harán cuanto esté en sus manos, pero no hay una sola Amarilla entre ellas. Samitsu y Corele son realmente dos de las mejores que ha habido. Lady Arilyn, muy amablemente, nos ha dejado su palacio de la ciudad, así que lo llevaremos...

—No. —Min ignoraba de dónde había sacado el coraje necesario para decir tal palabra a esa mujer. Sólo que... era de Rand de quien hablaban—. Si recobra el conocimiento... —Calló para tragar saliva; lo recobraría—. Si se despierta en un lugar extraño, rodeado de Aes Sedai desconocidas otra vez, no quiero imaginar lo que podría hacer. Y vosotras, menos aún.

Durante unos segundos larguísimos, sostuvo aquella fría mirada, y luego la Aes Sedai asintió.

—Al Palacio del Sol —dijo Cadsuane al granjero—. Y tan deprisa como seas capaz de hacer moverse a esos dos sacos de huesos.

Naturalmente, las cosas no eran así de sencillas, ni siquiera para una Aes Sedai. Ander Tol llevaba una carreta llena de nabos raquíticos que se proponía vender en la ciudad, y no tenía la menor intención de acercarse al Palacio del Sol, donde, les dijo, el Dragón Renacido se comía a la gente, que era asada en espetones por mujeres Aiel de tres metros de altura. Ni aunque se lo pidiesen todas las Aes Sedai del mundo se acercaría a un kilómetro del palacio. Por su parte, Cadsuane le lanzó una bolsa que hizo que los ojos del hombre casi se salieran de sus órbitas cuando miró dentro, y luego le informó de que acababa de comprarle la carga de nabos y alquilar sus servicios y los de su carreta. Claro que, si no le gustaba la idea, podía devolverle la bolsa. Eso último lo dijo puesta en jarras y con una expresión en el semblante que anunciaba que podía tragarse su carreta allí mismo si intentaba rechazar la bolsa. Resultó que Ander Tol era un hombre razonable. Samitsu y Niande descargaron la carreta; es decir, los nabos salieron volando por el aire y fueron a parar a un lado de la calzada en un ordenado montón. Por sus expresiones gélidas, aquél no era precisamente el uso que habían imaginado dar al Poder Único. Por la expresión de Darlin, todavía de pie con Rand al'Thor cargado a los hombros, se sentía aliviado porque no le hubieran ordenado hacerlo a él. Sentado en el pescante de la carreta, Ander Tol no podía tener más abierta la boca; manoseó con nerviosismo la bolsa del dinero como si se preguntara si realmente habría merecido la pena.

Una vez instalados en la caja de la carreta, con la paja que había servido de cama para los nabos amontonada para acostar a Rand sobre ella, Cadsuane no quitó ojo a Min por encima de Rand. Maese Tol sacudía las riendas y conseguía una velocidad increíble de aquellas mulas. La carreta brincaba y se zarandeaba de manera espantosa; las ruedas no sólo tenían holgura, sino que también parecían descentradas. Deseando para sus adentros haber reservado un poco de paja para sí misma, a Min le divirtió ver que los rostros de Samitsu y de Niande se tornaban más tensos por momentos a medida que brincaban arriba y abajo. Caraline las contempló sonriendo sin disimulo; la Cabeza Insigne de la casa Damodred no se molestó en ocultar el placer que le causaba que las Aes Sedai, por una vez, experimentaran un viaje duro. Aunque, a decir verdad, debido a su ligera constitución, Caraline era la que más alto brincaba y con mayor fuerza caía sobre la caja. A Darlin, agarrado a un costado de la carreta, no parecían afectarlo las bruscas sacudidas; seguía mirando ceñudo a Caraline y a Rand.

Cadsuane era otra a la que aparentemente le importaba poco que los dientes entrechocaran por los zarandeos.

—Espero haber llegado antes de que anochezca, maese Tol —manifestó la Aes

Librodot

Sedai, y como resultado hubo más chasquidos de riendas y más velocidad—. Y ahora —empezó Cadsuane, volviéndose hacia Min—, cuéntame exactamente qué ocurrió la *última* vez que este chico despertó rodeado de Aes Sedai desconocidas. —Su mirada atrapó la de Min y no la soltó.

Rand quería guardarlo en secreto, si era posible, el mayor tiempo posible. Pero estaba muriéndose y la única oportunidad que tenía, en opinión de Min, estaba en manos de esas mujeres. Quizá saberlo no serviría precisamente de ayuda. O quizá serviría para que al menos entendieran un poco a Rand.

—Lo metieron en un baúl —empezó.

No supo a ciencia cierta cómo continuó —sólo que lo hizo— o cómo logró contener las lágrimas —sólo que no iba a venirse abajo de nuevo, cuando Rand la necesitaba—, pero de algún modo relató el confinamiento y las palizas sin que la voz le temblara, hasta el momento en que Kiruna y las demás se arrodillaron para jurarle lealtad. Darlin y Caraline estaban estupefactos. Samitsu y Niande, horrorizadas. Aunque resultó que no por la razón que Min había supuesto.

—¿Que... *neutralizó* a tres hermanas? —preguntó Samitsu con un timbre chillón. De repente se llevó una mano a la boca y giró sobre sí misma para inclinarse por el borde de la carreta y vomitar ruidosamente. Niande la imitó casi de inmediato y las dos, colgadas sobre el borde del carro, vaciaron sus estómagos.

Y Cadsuane... Cadsuane acarició el rostro lívido de Rand y apartó los mechones que le caían sobre la frente.

—No temas, muchacho —susurró—. Han hecho más duro mi trabajo, y el tuyo, pero no te causaré más daño que el necesario.

Min sintió que sus entrañas se helaban.

Los guardias de las puertas de la ciudad gritaron dando el alto a la carreta, pero Cadsuane le ordenó a maese Tol que no se parara, y el hombre azuzó con más ahínco a las mulas. La gente en las calles se apartaba a los lados de un salto para no acabar atropellada, y la carreta fue dejando a su paso gritos y maldiciones, sillas de mano volcadas y carruajes empotrándose en los puestos de los vendedores callejeros. Por fin enfilaron la amplia rampa que llevaba al Palacio del Sol, donde los guardias vestidos con los colores de lord Dobraine se desplegaron como preparándose para luchar contra hordas invasoras. Mientras maese Tol chillaba a voz en cuello que la Aes Sedai lo había obligado a hacerlo, los soldados vieron a Min. Y luego a Rand. La joven creía que antes se había encontrado en una vorágine, pero se había equivocado. Entonces sí que se hallaba en un tumulto.

Dos docenas de hombres intentaron llegar a la caja de la carreta al mismo tiempo para sacar a Rand, y los que consiguieron adelantarse lo cogieron con tanto cuidado como si fuera un bebé, cuatro a cada lado, con los brazos pasando por debajo del cuerpo desmayado. Cadsuane debió de repetir que no estaba muerto más de un millar de veces mientras entraban apresuradamente en palacio y recorrían los pasillos que a Min le parecieron más largos de lo que recordaba, con más soldados cairhieninos amontonándose detrás a medida que avanzaban. Los nobles empezaron a aparecer en cada puerta y en cada intersección de los corredores, los rostros pálidos como muertos y mirando de hito en hito a Rand mientras pasaba ante ellos. Min había perdido de vista a Caraline y a Darlin desde que saltó de la carreta, y, deseándoles lo mejor, se olvidó de ellos. Rand era lo único que le importaba. Lo único en el mundo.

Nandera se encontraba entre las *Far Dareis Mai* que guardaban las puertas de los aposentos de Rand, con sus dorados soles nacientes. Cuando la Doncella canosa vio a Rand, la impasibilidad propia de los Aiel quedó hecha añicos.

—¿Qué le ha pasado? —aulló, con los ojos muy abiertos—. ¿Qué ha ocurrido?

Algunas de las otras Doncellas empezaron a entonar un lamento, un sonido bajo que subía poco a poco, como un canto fúnebre.

—¡Silencio! —bramó Cadsuane a la par que daba una sonora palmada—. Tú, chica. Hace falta acostarlo. ¡Corre!

Nandera corrió. En un abrir y cerrar de ojos, Rand estuvo desnudo y tendido en la cama con Samitsu y Niande pegadas a su lado; echaron a los cairhieninos, y Nandera se quedó en la puerta repitiendo las instrucciones de Cadsuane de que no lo molestara nadie, todo ello con tal rapidez que Min se sintió mareada. Esperaba presenciar algún día el encuentro entre Cadsuane y Sorilea, la Sabia; tenía que producirse, y sería memorable.

Si la Aes Sedai había pensado que sus instrucciones iban a dejar fuera a todo el mundo, se equivocaba. Antes de que Cadsuane tuviese tiempo de hacer algo más que mover una silla, flotando en el aire con el Poder, para sentarse a un lado de la cama de Rand, Kiruna y Bera entraron cual dos representaciones de orgullo, dirigente de una corte y dirigente de su granja.

—¿Qué es eso que he oído...? —empezó a decir furiosamente Kiruna. Entonces vio a Cadsuane. Y Bera la vio también. Para sorpresa de Min, se pararon en seco, con la boca abierta.

—Está en buenas manos —dijo Cadsuane—. A menos que una de vosotras haya encontrado repentinamente más fuerza en el Talento de la Curación de lo que yo recuerdo.

—Sí, Cadsuane —respondieron sumisamente—. No, Cadsuane.

Min cerró la boca también. Samitsu cogió una silla con incrustaciones de marfil que había junto a la pared, extendió los amplios vuelos de su falda de color amarillo oscuro, y se sentó con las manos enlazadas sobre el regazo, observando cómo subía y bajaba el pecho de Rand cubierto por la sábana. Niande se acercó a la estantería de libros de Rand y seleccionó uno antes de tomar asiento cerca de los ventanales. ¡Se puso a leer! Kiruna y Bera hicieron amago de sentarse, pero entonces miraron a Cadsuane y aguardaron el impaciente gesto de asentimiento de la otra mujer antes de ocupar sus sillas.

—¿Por qué no hacéis algo? —gritó Min.

—Eso mismo me gustaría saber a mí —dijo Amys, entrando en la habitación. La Sabia de cabello blanco y aspecto juvenil contempló a Rand unos instantes y luego se ajustó el chal marrón oscuro y se giró hacia Kiruna y Bera—. Podéis marcharos —manifestó—. Kiruna, Sorilea quiere verte otra vez.

La oscura tez de Kiruna palideció, pero las dos Aes Sedai se levantaron e hicieron una reverencia que acompañó un «Sí, Amys» aún más sumiso que el dirigido a Cadsuane, tras lo cual se marcharon mientras echaban miradas abochornadas a la hermana Verde.

—Interesante —dijo ésta una vez que hubieron salido. Sus oscuros ojos se trabaron con los azules de Amys, y a la Aes Sedai, al menos, pareció gustarle lo que veía. En cualquier caso, sonrió.

—Me gustaría conocer a esa Sorilea. ¿Es una mujer fuerte? —Pareció darle énfasis a la última palabra.

—La más fuerte que he conocido en mi vida —contestó simplemente Amys. Y tranquilamente. Nadie habría dicho que Rand yacía inconsciente delante de ella—. Desconozco vuestra Curación, Aes Sedai, pero confío en que habréis hecho todo lo que puede hacerse, ¿verdad? —Su tono era impasible; Min dudaba que Amys confiara realmente.

—Lo que podía hacerse, se ha hecho —respondió Cadsuane—. Lo único que

Librodot

queda es esperar.

—¿Mientras Rand al'Thor muere? —inquirió la voz ronca y dura de un hombre.

Min dio un brinco; Dashiva entró en la habitación con su rostro de campesino ceñudo, acompañado por otros dos Asha'man.

—¡Flinn! —llamó secamente.

A Niande se le cayó el libro de los dedos aparentemente enervados; contemplaba a los tres hombres de negro como si tuviera delante al propio Oscuro. Pálida, Samitsu musitó algo que sonó como una plegaria.

A la orden de Dashiva, el Asha'man canoso se acercó cojeando hasta el lecho de Rand, al otro lado del ocupado por Cadsuane, y empezó a pasar las manos a lo largo del cuerpo inmóvil de Rand, un palmo por encima de la sábana. El joven Narishma seguía de pie junto a la puerta, ceñudo, toqueteando la empuñadura de su espada y con sus enormes ojos negros intentando vigilar a la vez a las tres Aes Sedai y a Amys. No parecía asustado; sólo era un hombre seguro de sí mismo que esperaba a que aquellas mujeres se mostraran como sus enemigas. A diferencia de las Aes Sedai, Amys no hizo caso de los Asha'man, excepto de Flinn. Sus ojos no se apartaron del hombre y su terso rostro permaneció inexpresivo. Sin embargo, su dedo pulgar acariciaba el mango del cuchillo que llevaba al cinturón de manera harto significativa.

—¿Qué haces? —demandó Samitsu mientras se levantaba de la silla como movida por un resorte. Por mucho que la inquietaran los Asha'man, la preocupación por su inconsciente paciente se impuso—. Tú, Flinn o como quiera que te llames.

Dio un paso hacia la cama y Narishma se desplazó para cerrarle el paso. La mujer, ceñuda, intentó rodearlo, y él la asió por el brazo.

—Otro chico sin modales —murmuró Cadsuane. De las tres hermanas, sólo ella no mostraba ni el menor atisbo de alarma por los Asha'man. En cambio, los estudió por encima de los dedos unidos por las puntas.

Narishma enrojeció con su comentario y apartó la mano, pero cuando Samitsu intentó pasarlo por un lado otra vez, volvió a interponerse en su camino. La mujer se conformó con mirar por encima de su hombro.

—Tú, Flinn, ¿qué haces? ¡No dejaré que lo mates con tu ignorancia! ¿Me has oído?

Min brincaba prácticamente sobre uno y otro pie. No creía que un Asha'man matara a Rand; no a propósito, pero... Confiaba en ellos, pero... Luz, ni siquiera Amys parecía convencida, y miraba alternativamente a Flinn y a Rand, fruncido el ceño.

Flinn retiró la sábana hasta dejar al descubierto el torso de Rand y la herida. El tajo no parecía ni peor ni mejor de lo que Min recordaba: un corte abierto, inflamado, sin sangrar, que se extendía sobre la cicatriz redonda. Rand parecía dormir.

—No puede empeorarlo más de lo que está ya —comentó Min, pero nadie le hizo el menor caso.

Dashiva dejó escapar un sonido gutural, y Flinn lo miró.

—¿Has visto algo, Asha'man?

—No poseo el Talento de la Curación —repuso Dashiva, con mala cara—. Tú eres el que siguió mi sugerencia y aprendió.

—¿Qué sugerencia? —demandó la hermana Amarilla—. Insisto en que te...

—Cállate, Samitsu —dijo Cadsuane. Parecía la única persona tranquila en la habitación aparte de Amys y, a juzgar por el modo en que la Sabia acariciaba la empuñadura del cuchillo, Min no lo tenía tan claro con ella—. Creo que lo último que querría es hacer daño al chico.

—Pero, Cadsuane —empezó Niande en tono urgente—, ese hombre es...

—He dicho que silencio —espetó la canosa Aes Sedai con firmeza.

—Os aseguro que Flinn sabe lo que hace —intervino Dashiva, que se las arregló para hablar en un tono untuoso y duro a la vez—. De hecho ya hace cosas que vosotras, las *Aes Sedai*, jamás imaginaríais.

Samitsu aspiró por la nariz, desdeñosamente. Cadsuane se limitó a asentir y se recostó en la silla.

Flinn siguió con el dedo el corte hinchado del costado de Rand y a través de la vieja cicatriz. Ésta parecía más tierna.

—Son semejantes, pero distintas, como si hubiese dos tipos de infecciones. Sólo que no es infección, es... oscuridad. No se me ocurre un término mejor.

Flinn se encogió de hombros y echó una ojeada de soslayo a la hermana Amarilla mientras ésta, a su vez, lo observaba con el entrecejo fruncido, pero ahora la expresión de su mirada era pensativa.

—Adelante, Flinn —masculló Dashiva—. Si muriese... —Arrugó la nariz como si hubiese captado un mal olor; parecía incapaz de apartar los ojos de Rand. Movió los labios, aparentemente hablando para sí mismo, y en cierto momento emitió un sonido, mitad sollozo, mitad risa amarga, sin que su semblante cambiara un ápice.

Con una profunda inhalación, Flinn echó un vistazo en derredor, a las Aes Sedai, a Amys. Cuando sus ojos encontraron a Min, dio un respingo y su rostro curtido enrojeció. Se apresuró a cubrir de nuevo el pecho de Rand con la sábana, dejando al aire únicamente la antigua herida y la nueva.

—Espero que a nadie le importe si hablo —comentó mientras empezaba a mover las manos callosas sobre el costado de Rand—. Hablar parece ayudarme un poco. —Estrechó los ojos y centró la vista en las heridas al tiempo que sus dedos se retorcían lentamente. Casi como si estuviese tejiendo hilos, comprendió Min. Cuando habló, su tono sonó ausente, sólo consciente a medias de sus palabras—. Podría decirse que fue la Curación la que me indujo a ir a la Torre Negra. Era un soldado hasta que recibí un lanzazo en el muslo, y a partir de entonces me resultaba muy difícil sostenerme bien en una silla de montar, y tampoco podía caminar mucho tiempo. Ésa era la decimoquinta herida que sufría en casi cuarenta años de servicio en la Guardia Real. Quince que fueran de consideración, se entiende; no cuentan si después uno puede cabalgar o caminar. Vi morir a un montón de amigos en esos cuarenta años. De modo que fui allí, y el M'Hael me enseñó la Curación. Y otras cosas. Una especie de Curación rudimentaria; en cierta ocasión me curó una Aes Sedai. Bueno, de eso hará unos treinta años. En cualquier caso, esto duele comparado con aquello, aunque funciona igual de bien. Entonces, un día, Dashiva, aquí presente... perdón, el Asha'man Dashiva comentó que le parecía curioso que todo fuese igual, que tanto daba si un hombre se había roto una pierna como si tenía un resfriado, y empezamos a hablar y... En fin, él no tiene facultades en eso, pero en mi caso, por lo visto, se podría decir que poseo el don. El Talento. Así que empecé a pensar, ¿y si...? Bueno, se acabó. Es todo lo que puedo hacer.

Dashiva gruñó mientras Flinn se dejaba caer en cuclillas pesadamente y se enjugaba la frente. Gotitas de sudor cubrían todo su rostro; era la primera vez que Min veía transpirar a un Asha'man. El corte en el costado de Rand no había desaparecido, pero sí parecía algo más pequeño, menos enrojecido e hinchado. Rand seguía inconsciente, pero la palidez de su cara había disminuido. Samitsu pasó junto a Narishma tan deprisa que el joven no tuvo tiempo de impedírselo.

—¿Qué le has hecho? —demandó a la par que posaba los dedos en la frente de Rand. Fuera lo que fuese lo que descubrió con el Poder, lo cierto es que sus cejas se enarcaron de manera llamativa y su tono pasó de ser imperioso a incrédulo—. ¿Qué has hecho?

—No mucho. —Flinn se encogió de hombros en actitud pesarosa—. En realidad

Librodot

no pude tocar el mal, ninguno de los dos. Hice algo así como aislarlos de él, al menos durante un tiempo. No durará mucho, pero ahora combaten entre sí. Quizás acaben el uno con el otro, mientras él se cura del todo. —Suspiró y sacudió la cabeza—. Por otro lado, no puedo afirmar que no lo maten a él. Pero creo que ahora tiene más posibilidades que antes.

—Sí —asintió Dashiva con aire engreído—, ahora tiene una oportunidad.

Cualquiera habría pensado que la Curación la había llevado a cabo él. Para gran sorpresa de Flinn, Samitsu rodeó el lecho y lo ayudó a incorporarse.

—Tienes que contarme cómo lo hiciste —manifestó; su tono regio contrastó llamativamente con el modo en que sus dedos enderezaron el cuello de la chaqueta del hombre y alisaron las solapas—. ¡Si hubiese un modo de que pudieras *enseñarme*! Pero al menos me describirás el proceso. ¡Debes hacerlo! Te daré todo el oro que poseo, te daré un hijo, cualquier cosa que desees, pero me explicarás lo que has hecho lo más detalladamente posible.

Aparentemente sin estar segura ella misma de si le estaba dando una orden o le suplicaba, condujo a un estupefacto Flinn hacia los ventanales. El hombre intentó abrir la boca en más de una ocasión, pero Samitsu ponía tanto empeño en hacerlo hablar que ni siquiera reparó en ese detalle.

Sin importarle lo que ninguno de los presentes pensara, Min se subió a la cama y se tumbó de manera que la cabeza de Rand quedó bajo su barbilla, y lo rodeó con los brazos. Una oportunidad. Disimuladamente observó a las tres personas que había alrededor del lecho: Cadsuane en su silla; Amys de pie, al otro lado; Dashiva apoyado en uno de los postes cuadrados a los pies. Todos con halos e imágenes indescifrables que aparecían y desaparecían alrededor; todos pendientes de Rand. A buen seguro, Amys preveía algún desastre para los Aiel si Rand moría, y Dashiva, el único de los tres cuyo semblante traslucía alguna expresión, desastre para los Asha'man. Y Cadsuane... Cadsuane, a quien Bera y Kiruna no sólo conocían sino que la obedecían prontamente, como niñas, a pesar de sus juramentos a Rand. Cadsuane, que no causaría a Rand «más daño que el necesario».

La mirada de la Aes Sedai se cruzó un instante con la de Min, y la joven se estremeció. De algún modo lo protegería mientras él no pudiera hacerlo por sí mismo; lo protegería de Amys, de Dashiva, de Cadsuane. De algún modo. Sin ser consciente de ello, empezó a canturrear en voz queda una canción de cuna mientras mecía suavemente a Rand. De algún modo.

Librodot

CAPÍTULO 19

Una nota de palacio

Al día siguiente del Festival de los Pájaros amaneció con vientos tan fuertes procedentes del Mar de las Tormentas que, de hecho, la temperatura bajó en Ebou Dar. Un cielo despejado y el disco dorado rojizo del sol en el horizonte, sin embargo, prometían la vuelta del calor una vez que el viento encalmara. Mat recorría el palacio de Tarasin a buen paso, con la chaqueta verde desabrochada y la camisa con la mitad de las lazadas sueltas en previsión del aumento de la temperatura. No brincaba sobresaltado exactamente con cada ruido, pero sí daba un respingo, con los ojos más abiertos de lo que habría sido su gusto, cada vez que una de las criadas pasaba a su lado en medio del frufrú de enaguas y sonriéndole. Todas sonreían de un modo particularmente... cómplice. A duras penas se controló para no echar a correr.

En el último tramo redujo la velocidad de sus pasos hasta casi ir de puntillas por la galería cubierta que rodeaba el patio del establo. Entre las columnas estriadas de la arcada, juncias amarillentas en grandes macetas de cerámica roja y enredaderas de hojas anchas con nervadura encarnada que colgaban de cestas metálicas, suspendidas por cadenas, formaban una pantalla vegetal poco tupida. Se caló el sombrero para ocultar la cara y sus manos se deslizaron sobre la lanza —una *ashandarei*, la había llamado Birgitte— acariciando el astil como si acaso necesitara defenderse, todo ello de manera inconsciente. Los dados rodaban como locos en su cabeza, pero eso no tenía nada que ver con su inquietud. El origen de su desasosiego era Tylin.

Seis carruajes cerrados, con el emblema verde del Ancla y la Espada de la casa Mitsobar en la puerta, los troncos enganchados y los cocheros uniformados al pescante, esperaban ya delante de las altas puertas en arco que daban al exterior. A la cabecera de los carruajes, Mat vio a Nalesean, vestido con una chaqueta de rayas amarillas y bostezando. Localizó a Vanin cerca de las puertas del establo, sentado en un barril dado la vuelta; parecía dormido. Casi todos los demás Brazos Rojos esperaban pacientemente, puestos en cuclillas en las losas del patio; unos pocos jugaban a los dados a la sombra de los enormes establos blancos. Elayne se encontraba entre Mat y los carruajes, justo al otro lado de la pantalla vegetal. Reanne Corly estaba con ella, y no muy lejos, otras siete mujeres que habían tomado parte en la peculiar reunión que se había celebrado repentinamente la tarde anterior; Reanne era la única que no llevaba el cinturón rojo de las Mujeres Sabias. Mat casi había esperado que no aparecieran por allí esa mañana. Tenían el aire de mujeres acostumbradas a dirigir sus vidas y las de los demás, y en su mayor parte lucían canas en el cabello; sin embargo, miraban a la bisoña Elayne con expectación, casi en vilo, como dispuestas a obedecer prontamente cualquier orden de ella. No obstante, el grupo entero apenas atrajo su atención; ninguna de ellas era la mujer que lo tenía en vilo a él, con los nervios a flor de piel. Tylin hacía que se sintiera... «Indefenso» era el término que lo describía mejor, por ridículo que pudiese parecer.

—No las necesitamos, señora Corly —decía Elayne. La forma de hablar de la heredera del trono recordaba la actitud de un adulto que da palmaditas en la cabeza a un niño—. Les he dicho que se queden aquí hasta que regresemos. Llamaremos menos la

Librodot

atención, en especial al otro lado del río, sin mujeres fácilmente reconocibles como Aes Sedai.

Su idea de cómo ir vestida para visitar la zona más peligrosa de la ciudad sin llamar la atención era un amplio sombrero verde con plumas del mismo color, un ligero guardapolvo de lino de igual tonalidad con bordados dorados, y un traje de montar con el cuello alto, asimismo en seda verde y bordados de oro a lo largo de la falda pantalón y remarcando el escote ovalado que dejaba al aire la mitad de su busto. Incluso llevaba uno de esos collares para el Cuchillo de Esponsales. Aquella ancha banda de oro tejido despertaría picazón en la mano de todos los ladrones del Rahad. Aparte de un pequeño puñal al cinturón, no portaba arma alguna. Pero ¿qué arma necesitaba una mujer capaz de encauzar? Ni que decir tiene que en cada uno de los cinturones rojos de las otras mujeres iba metida una daga curva, y también en el de cuero corriente de Reanne.

Ésta se quitó un amplio sombrero de paja azul, lo miró ceñuda y luego volvió a ponérselo y ató las cintas. No parecía que fuera el tono de Elayne lo que la molestaba. Sonrió con cortedad antes de hablar en tono tímido.

—Pero ¿por qué Merilille Sedai cree que mentimos, Elayne Sedai?

—Todas lo creen —intervino una de las mujeres con cinturón rojo. Todas llevaban vestidos ebudarianos en colores discretos, con escotes estrechos y profundos y faldas recogidas a un lado para dejar a la vista capas de enaguas, pero sólo ésa, flaca como un palo y con más canas que cabellos negros, tenía la tez olivácea y los ojos oscuros de una ebudariana—. Sareitha Sedai me llamó mentirosa a la cara con respecto a nuestro número, y por... —Enmudeció de golpe ante el ceño fruncido y la seca orden de «Cállate, Tamarla» por parte de Reanne; la señora Corly estaría más que dispuesta a inclinar la testa y a sonreír como una tonta ante una chiquilla si esa chiquilla era Aes Sedai, pero mantenía un férreo control sobre sus compañeras.

Mat alzó la vista a las ventanas que se asomaban al patio del establo, a las que divisaba desde su posición. Verjas blancas de hierro, profusamente trabajadas, cubrían algunas, mientras que otras quedaban ocultas tras celosías minuciosamente labradas. No era probable que Tylin se encontrara allá arriba, y tampoco que apareciera de improviso en el patio del establo. Había puesto mucho cuidado en no despertarla mientras se vestía. Además, la mujer no intentaría nada allí. Bueno, al menos él no creía que lo hiciera. Aunque, pensándolo bien, ¿a qué no se atrevería una mujer que había utilizado una docena de sirvientas para atraparlo en los pasillos y arrastrarlo hasta sus aposentos la noche anterior? ¡La maldita mujer lo trataba como si fuese un juguete! No iba a aguantar esa situación más. Ni hablar. Luz ¿a quién quería engañar? Si no encontraban el dichoso Cuenco de los Vientos y se marchaban de Ebou Dar, Tylin estaría pellizcándole el trasero y llamándolo «mi pichoncito» otra vez por la noche.

—Es por vuestra edad, Reanne. —Elayne no titubeó exactamente, ella nunca mostraba inseguridad al hablar, pero su tono se volvió muy cuidadoso—. Entre las Aes Sedai se considera de mala educación referirse a la edad, pero... Reanne, al parecer ninguna Aes Sedai desde el Desmembramiento ha vivido tantos años como afirmáis tener cualquiera de las componentes del Círculo de Labores de Punto. —Éste era el extraño nombre que las tal Allegadas daban a su consejo rector—. En tu caso, concretamente, con una diferencia de más de cien años.

Las mujeres de cinturón rojo soltaron una exclamación ahogada y abrieron los ojos como platos. A una de ellas, delgada, de ojos castaños y cabello dorado, se le escapó una risita nerviosa y al instante se tapó la boca cuando Reanne le espetó secamente:

—¡Famelle! —Luego, Reanne se volvió hacia Elayne y añadió con un hilo de voz—: Eso es imposible. Las Aes Sedai deben de...

—Buenos días —saludó Mat, atravesando la pantalla de plantas. La conversación era una completa estupidez; todo el mundo sabía que las Aes Sedai vivían más que cualquiera. En lugar de perder tiempo, deberían ponerse en camino hacia el Rahad—. ¿Dónde están Thom y Juilin? ¿Y Nynaeve? —La antigua Zahorí debía de haber vuelto la noche anterior o, en caso contrario, Elayne ya habría armado un buen revuelo—. Rayos y centellas, tampoco veo a Birgitte por aquí. Hemos de ponernos en marcha, Elayne, no quedarnos mano sobre mano.

La joven frunció levemente el entrecejo y lanzó una fugaz mirada de reojo a Reanne; ello bastó para que Mat adivinara que Elayne se planteaba qué actitud adoptar con él. Los ojos muy abiertos en un gesto inocente perjudicarían su posición ante esas mujeres tanto como dedicarle una sonrisa toda hoyuelos; Elayne esperaba siempre que una sonrisa encantadora tuviera efecto allí donde cualquier otro recurso fallaba; su mentón se alzó ligeramente.

—Thom y Juilin han ido con Aviendha y Birgitte para ayudarlas a vigilar el palacio de Carridin, Mat. —Al parecer, se había decantado por el papel de heredera del trono casi en todo su esplendor. No al cien por ciento, ya que sin duda sabía cómo reaccionaría él a eso, pero su voz rebosaba firmeza, sus azules ojos eran imperiosos, y aquella cara bonita traslucía arrogancia sin llegar a mostrarla. ¿Habría alguna mujer en el mundo que tuviera una única personalidad?—. Nynaeve bajará enseguida, a buen seguro. No hay razón para que vengas, Mat, ¿sabes? Nalesean y tus soldados bastan y sobran como guardia personal. Puedes entretenerte y pasar el rato aquí en palacio, hasta que volvamos.

—¡Carridin! —exclamó—. Elayne, no hemos venido a Ebou Dar para ajustar cuentas con Jaichim Carridin. Conseguiremos el Cuenco y después, Nynaeve o tú, abriréis un acceso y nos largaremos. ¿Queda claro? Y voy a ir con vosotros al Rahad. —¡Que se entretuviera en palacio! Sólo la Luz sabía qué jugarreta le prepararía Tylin si se quedaba en palacio todo el día. La mera idea le provocó el deseo de echarse a reír histéricamente.

Las Mujeres Sabias le dirigieron miradas gélidas; la fornida Sumeko apretó los labios en un gesto furioso, y Melore, una domani metida en carnes de mediana edad, cuyo busto le gustó ver el día anterior, se puso en jarras con una expresión tormentosa. Por lo ocurrido la víspera, deberían saber que a él no lo intimidaban las Aes Sedai; sin embargo, hasta Reanne le dirigió una mirada tan ceñuda que temió que intentara darle una bofetada. Por lo visto, como ellas iban a desvivirse por las Aes Sedai, todo el mundo tenía que hacer igual.

La lucha de Elayne consigo misma era evidente. Apretó los labios, pero Mat tenía que reconocer una cosa sobre ella: era demasiado lista para seguir con lo que obviamente no daría resultado. Por otro lado, era altiva hasta la médula, por mucho que se esforzara. Además, las otras mujeres estaban observando.

—Mat, sabes que no podemos marcharnos hasta que hayamos usado el Cuenco. —Aquella altanera barbilla seguía levantada, y su tono era, en el mejor de los casos, entre explicativo y contundente—. Quizá necesitemos días para saber cómo utilizarlo, tal vez media semana o más, y podríamos acabar el asunto de Carridin si es factible mientras tanto.

Pronunció el nombre del Capa Blanca con un timbre tan cortante que habríase dicho que tenía algo personal contra él. Pero fue otra frase la que cobró protagonismo en la mente de Mat.

—¡Media semana! —exclamó. Sintió tal ahogo que metió un dedo por el pañuelo anudado al cuello e intentó aflojarlo. Tylin había utilizado la pieza de seda negra para atarle las manos la noche anterior antes de que él supiera qué hacía. Media semana. ¡O

Librodot

más! A despecho de su denodado esfuerzo por hablar normalmente, la voz le salió con un timbre de pánico—. Elayne, sin duda podréis usar el Cuenco en cualquier otra parte. No tiene por qué ser aquí. Egwene debe querer que volváis cuanto antes; apuesto que no le vendría mal un par de amigas. —Por lo que él había visto la última vez, le vendrían bien unos cuantos cientos. Tal vez, cuando hubiese llevado de vuelta a esas mujeres, Egwene se mostraría más inclinada a renunciar a esa tontería sobre ser Amyrlin y dejaría que la llevase con Elayne, Nynaeve y Aviendha junto a Rand—. ¿Y qué pasa con Rand, Elayne? Y Caemlyn. Y el Trono del Sol. Rayos y centellas, sabes que quiero llegar lo antes posible a Caemlyn para que Rand te entregue el Trono del León.

Por alguna razón, el rostro de la joven se ensombreció más y más con cada palabra, y sus ojos centellearon. Mat habría jurado que estaba indignada, salvo, naturalmente, que no tenía razón para ello. Elayne abrió la boca para discutir tan pronto como él terminó de hablar, y Mat se preparó para enumerar las promesas que le había hecho, y al infierno con el menoscabo de su imagen a los ojos de Reanne y las demás. Por sus caras, de haber estado en el lugar de Elayne, ellas ya lo habrían puesto en su sitio.

Sin embargo, antes de que nadie tuviese ocasión de decir nada, una mujer canosa y oronda, con el uniforme de la casa Mitsobar, hizo una reverencia, a Elayne en primer lugar, luego a las mujeres de cinturón rojo y, por último, a él.

—La reina Tylin os envía esto, maese Cauthon —informó Laren, que sostenía una cesta con un paño de rayas tapando el contenido y con pequeñas flores rojas entretejidas en el asa—. No desayunasteis, y tenéis que conservar las fuerzas.

A Mat le ardieron las mejillas. La mujer se limitó a mirarlo, pero ya lo conocía mucho más que cuando lo llevó por primera vez en presencia de Tylin. Muchísimo más. Fue ella la que le llevó una bandeja la noche anterior, mientras él intentaba esconderse debajo de la sábana. No lo entendía. Esas mujeres lo tenían sobresaltado y haciéndolo enrojecer como a una muchachita. No lo entendía, simplemente.

—¿Seguro que no prefieres quedarte aquí? —preguntó Elayne—. No me cabe duda de que Tylin disfrutaría de tu compañía durante el desayuno. La reina dice que le resultas tremendamente entretenido y cortésmente aquiescente —agregó en un tono dudoso.

Mat corrió hacia los carruajes con la cesta en una mano y su *ashandarei* en la otra.

—¿Todos los hombres del norte son tan vergonzosos? —quiso saber Laren.

Mat echó una ojeada hacia atrás, sin detenerse, y soltó un suspiro de alivio. La criada se recogía las faldas y se daba la vuelta para cruzar entre la pantalla de plantas, y Elayne hacía señas a Reanne y a las Mujeres Sabias para que se agruparan en círculo a su alrededor. Aun así, no pudo evitar un escalofrío. Las mujeres todavía iban a ser su ruina. Al rodear el primer carruaje, casi dejó caer la cesta al ver a Beslan sentado en el pescante, con la fina espada brillando al sol mientras examinaba el filo.

—¿Qué haces aquí? —exclamó Mat.

Beslan enfundó el arma y sonrió de oreja a oreja.

—Os acompaño al Rahad. Sospecho que encontraréis más diversión para nosotros.

—Más vale que sea así. —Nalesean ahogó un bostezo tras la mano—. Anoche apenas dormí, y ahora me arrastráis a la calle cuando hay por aquí mujeres de los Marinos.

Sentado en el barril, Vanin miró en derredor, comprobó que no había actividad y se acomodó de nuevo, con los ojos cerrados.

—No habrá *diversión* si puedo evitarlo —rezongó Mat. ¿Que Nalesean apenas había *dormido*? ¡Ja! Todos ellos se lo habían pasado de lo lindo en el festival. No es que

Librodot

él no lo hubiese pasado bien a ratos, pero sólo cuando podía olvidar que estaba con una mujer que lo consideraba como una especie de jodido muñeco—. ¿A qué mujeres de los Marinos te refieres?

—Cuando Nynaeve Sedai regresó anoche, trajo consigo una docena o más. —Beslan silbó mientras sus manos trazaban curvas en el aire—. Cómo se mueven, Mat...

Éste sacudió la cabeza. No razonaba con claridad; Tylin le estaba consumiendo el seso. Nynaeve y Elayne le habían hablado de las Detectoras de Vientos, a regañadientes y bajo juramento de que guardaría el secreto, después de intentar no decirle dónde quería ir Nynaeve y, menos aún, por qué. Y todo ello sin el menor sonrojo. Como rezaba el dicho, «Las mujeres cumplen las promesas a su modo». Ahora que caía en la cuenta, Lawtin y Belwin no se encontraban con los demás Brazos Rojos. Tal vez Nynaeve pensó compensar lo otro manteniéndolos ahora con ella. Cumplir las promesas a su modo, sí. Pero si ya tenía a las Detectoras de Vientos en palacio, no podía ser que se tardara media semana en utilizar el Cuenco. ¡Luz, no, por favor!

Como si pensar en ella la hubiese convocado, Nynaeve apareció entre la pantalla de plantas y salió al patio del establo. Mat se quedó boquiabierto. ¡El hombre alto con capa verde que iba de su brazo era Lan! O, mejor dicho, era ella quien iba del brazo de él, agarrada con las dos manos y sonriéndole. Tratándose de cualquier otra mujer, Mat habría dicho que estaba embobada y colada, pero ésa era Nynaeve.

La mujer dio un respingo cuando cayó en la cuenta de dónde se encontraba y se apartó rápidamente del hombre, aunque siguió asida de la mano de Lan un instante. Su elección de vestido no era mejor que la de Elayne, todo seda azul y bordados verdes, con un escote lo bastante bajo para que se viera un grueso sello de oro que colgaba entre sus senos de una fina cadena y en el que le cabrían dos dedos juntos. El ancho sombrero que llevaba por las cintas iba adornado con plumas azules, y el guardapolvo de lino, bordado con hilo azul. Ella y Elayne hacían que, en comparación, las otras mujeres parecieran sosas y apagadas con sus ropas de paño.

En cualquier caso, tanto si antes había mirado a Lan con ojos de cordero como si no, ahora volvía a ser la de siempre y se echó atrás la coleta con un movimiento de cabeza.

—Únete a los otros hombres ahora, Lan —dijo en tono perentorio—. Y ya podemos irnos. Los últimos cuatro carruajes son para los hombres.

—Como ordenes —contestó Lan mientras hacía una reverencia con la mano sobre la empuñadura de la espada.

Ella lo vio dirigirse hacia Mat con una expresión de asombro, probablemente por resultarle increíble que obedeciera con tanta docilidad; luego se obligó a salir del pasmo y recobró su carácter incisivo de siempre. Tras reunir a Elayne y a las otras mujeres, las condujo hacia los dos primeros carruajes como haría una granjera con un grupo de gansos. Por el modo en que gritó que alguien abriese las puertas del patio nadie habría dicho que era ella la que había retrasado la partida. También les gritó a los cocheros y de un modo tan apremiante que al punto tomaron las bridas, y los látigos ondearon en el aire; fue un milagro que esperaran a que alguien se montara en los vehículos.

Apresurándose a subir en pos de Lan, Nalesean y Beslan en el tercer carruaje, Mat apoyó la lanza contra la puerta y se sentó pesadamente, con la cesta sobre las rodillas, cuando el vehículo se puso bruscamente en movimiento.

—¿De dónde has salido, Lan? —inquirió tan pronto como cumplió con el trámite de las presentaciones—. Eres el último hombre que esperaba ver aquí. ¿Dónde has estado? Luz, creí que habías muerto. Sé que Rand teme que haya sido así. Como lo de dejar que la mandona de Nynaeve te mangonee. ¿Por qué, en nombre de la Luz, se lo consientes?

Librodot

El Guardián de rostro impávido pareció meditar qué pregunta contestar primero.

—La Señora de los Barcos nos casó anoche a Nynaeve y a mí —repuso finalmente—. Los Atha'an Miere tienen ciertas tradiciones nupciales bastante... insólitas. Hubo sorpresas para los dos. —Un atisbo de sonrisa asomó a sus labios, al menos. Se encogió de hombros ligeramente; por lo visto, aquélla era la única respuesta que pensaba dar.

—Que la bendición de la Luz sea contigo y con tu esposa —deseó cortésmente Beslan mientras hacía una reverencia hasta donde se lo permitía la estrechez del carruaje, y Nalesean murmuró algo a su vez, aunque saltaba a la vista, por su expresión, que pensaba que Lan debía de estar loco. El teariano había «disfrutado» bastante de la compañía de Nynaeve.

Mat, mecido por el balanceo del carruaje, se había quedado mudo de asombro. ¿Nynaeve *casada*? ¿*Lan* casado con *Nynaeve*? Ese hombre había perdido la chaveta. No era de extrañar que sus ojos tuvieran una expresión tan sombría. De estar en su pellejo, Mat se habría metido un zorro rabioso debajo de la camisa. Sólo los necios se casaban, y sólo un demente lo haría con Nynaeve.

Si el Guardián advirtió que no todos se mostraban encantados con la noticia, no dio señales de ello. Salvo por sus ojos, seguía siendo el mismo Lan que Mat recordaba. Tal vez un poco más duro, si tal cosa era posible.

—Hay otra cosa más importante —dijo Lan—. Nynaeve no quiere que te enteres, Mat, pero debes saberlo. Tus dos hombres han muerto, asesinados por Moghedien. Lo lamento, pero, si te sirve de consuelo, estaban muertos antes de darse cuenta. Nynaeve cree que Moghedien debe de haberse ido o, de lo contrario, habría vuelto a intentarlo, pero yo no lo aseguraría. Por lo visto, la Renegada tiene algo personal contra ella, si bien Nynaeve se las arregló para evitar explicarme el porqué. —De nuevo apareció la sombra de una sonrisa en sus labios; Lan parecía hacerlo sin darse cuenta—. Al menos, no del todo, y tampoco es que importe. Sin embargo, mejor es que estés al corriente de lo que puede aguardarnos al otro lado del río.

—Moghedien —exclamó Beslan, cuyos ojos brillaban. A buen seguro, veía aquello como algo que prometía diversión.

—Moghedien —exclamó Nalesean, pero, en su caso, sonó más a gemido, y el teariano se dio un seco tirón de la barba en un gesto reflejo.

—Esas puñeteras mujeres —renegó Mat.

—Espero que no incluyas a mi esposa —manifestó fríamente Lan, que había llevado la mano a la empuñadura de la espada.

—Por supuesto que no —se apresuró a contestar Mat, que había alzado las suyas en gesto de paz—. Sólo a Elayne y... y a las Allegadas.

Al cabo de un instante, Lan asintió, y Mat soltó un pequeño suspiro de alivio. Sería muy propio de Nynaeve hacer que lo matara su marido —¡su marido!— cuando ella le habría ocultado, tan seguro como que el sol salía cada mañana, el hecho de que una de las Renegadas podría hallarse en la ciudad. Ni siquiera Moghedien lo asustaba realmente, siempre y cuando llevara puesta al cuello su cabeza de zorro, pero el medallón no protegería a Nalesean ni a los demás. Seguro que Nynaeve pensaba que Elayne y ella se encargarían de hacerlo. Lo dejaban que llevara a los Brazos Rojos mientras se reían para su capote de él desde el principio y entre tanto ellas...

—¿No vas a leer la nota de mi madre, Mat?

Hasta que Beslan la mencionó, no se había dado cuenta de que había una hoja de papel, plegada en pequeños dobleces y metida entre la cesta y el paño de rayas. Sobresalía lo suficiente para mostrar el sello verde impreso, con el Ancla y la Espada.

Mat rompió el lacre con el pulgar y desdobló el papel, sosteniéndolo de manera

que Beslan no viera lo que había escrito en él. Y menos mal que lo hizo; aunque, bien pensado, habida cuenta del modo en que el joven enfocaba ciertas cosas, a lo mejor habría dado igual. En cualquier caso, Mat se alegró de que sólo sus ojos vieran aquellas palabras. A medida que avanzaba en la lectura, el alma se le caía a los pies.

«Mat, tesoro mío,

»Acabo de ordenar que trasladen tus cosas a mis aposentos. Es mucho más práctico. Para cuando regreses, Riselle se habrá instalado en tu antiguo dormitorio para cuidar del joven Olver. El chico parece disfrutar de su compañía.

»He mandado venir a las modistas para que te tomen medidas. Me encantará ver eso. Debes llevar chaquetas más cortas. Y polainas ajustadas, por supuesto. Tienes un delicioso trasero. Pichoncito, ¿quién es esa Hija de las Nueve Lunas que hice que se te viniera a las mientes? Se me han ocurrido varios métodos deliciosos para obligarte a que me lo digas.

»Tylin.»

Los demás lo observaban con expectación. Bueno, Lan sólo lo observaba, pero su mirada resultaba más turbadora que las otras; era una mirada casi... muerta.

—La reina piensa que necesito ropa nueva —comentó mientras se guardaba la nota en el bolsillo de la chaqueta—. Creo que voy a dar una cabezada.

Se caló el sombrero para taparse los ojos, pero no los cerró; mantuvo fija la vista en la ventanilla, donde la cortina recogida a un lado permitía que entraran remolinos de polvo de vez en cuando. No obstante, también dejaba pasar aire, lo que era mucho mejor que el bochorno de un carruaje cerrado.

Moghedien y Tylin. De las dos, preferiría enfrentarse a la Renegada. Toqueteó la cabeza de zorro que colgaba entre el cuello abierto de la camisa. Al menos contra Moghedien tenía alguna protección. Por el contrario, con Tylin se encontraba tan en desventaja como con la jodida Hija de las malditas Nueve Lunas, quienquiera que fuese. A menos que encontrara algún modo de hacer que Nynaeve y Elayne dieran orden de partir antes de esa noche, todo el mundo iba a saberlo. Resentido, se caló más el sombrero. Esas puñeteras mujeres realmente hacían que se comportara como una muchachita timorata. Temió echarse a llorar en cualquier momento.

CAPÍTULO 20

Seis pisos

Mat habría querido bajar y tirar del carruaje él mismo de ser posible; así habrían avanzado más deprisa. Las calles ya estaban abarrotadas a pesar de que el sol no había acabado de salir; carretas y carros se abrían paso ruidosamente entre la multitud, en medio del polvo levantado por el aire y de los gritos de los carreteros y de aquellos que tenían que apartarse. Eran tantas las barcazas que se deslizaban por los canales, impulsadas por las pértigas de los barqueros, que se habría podido cruzar a pie caminando sobre ellas. Un ruidoso murmullo envolvía la blanca ciudad. Ebou Dar parecía querer recuperar el tiempo perdido en la festividad del día anterior, por no mencionar el Cenit de Chasaline y la Fiesta de las Luces, y no estaba de más, considerando que la noche siguiente se celebraba la Fiesta de las Ascuas, dos días más tarde, el Día de Maddin, en conmemoración del fundador de Altara, y, a la noche siguiente, la Fiesta de la Media Luna. Los del sur tenían fama de laboriosos, y Mat suponía que se debía a que habían de trabajar de firme para compensar tanta fiesta y celebración. Lo extraño era que les quedaran fuerzas para aguantar ese ritmo.

Finalmente, los carruajes llegaron al río y se pararon en línea en uno de los largos muelles que penetraban en el agua y en los que había numerosas escaleras para subir a bordo de las embarcaciones amarradas a ellos. Tras guardarse en el bolsillo un trozo de queso amarillo oscuro y otro de pan, metió la cesta debajo del asiento, hasta el fondo. Tenía hambre, si bien alguien de la cocina había actuado con demasiada prisa; casi toda la cesta la ocupaba una olla de barro llena de ostras, pero a quien fuera se le había olvidado cocinarlas.

Bajó rápidamente detrás de Lan y dejó que Nalesean y Beslan ayudaran a Vanin y a los otros a bajar de los últimos carruajes. Casi una docena de hombres, entre los que ni siquiera los cairhieninos eran pequeños, habían ido apretujados como manzanas en un barril, y salían agarrotados. Mat caminó al lado del Guardián, en dirección al primer carruaje, con la *ashandarei* apoyada al hombro. Nynaeve y Elayne iban a enterarse de lo que pensaba, escuchara quien escuchara lo que tenía que decir. ¡Mira que intentar ocultar lo de Moghedien! ¡Por no mencionar lo de sus dos hombres muertos! ¡Les iba a...! Repentinamente consciente de la imponente presencia de Lan junto a él, cual una estatua de piedra y con esa espada a la cadera, rectificó su idea. Por lo menos, la heredera del trono oiría lo que opinaba de guardar esa clase de secreto.

Cuando llegaron, Nynaeve ya estaba en el embarcadero, atándose el sombrero de plumas azules y hablando a alguien que seguía dentro del carruaje.

—... se resolverá, por supuesto, pero ¿quién habría imaginado que los Marinos, precisamente, exigirían tal cosa, aunque fuera en la intimidad?

—Pero, Nynaeve —dijo Elayne mientras bajaba, con el sombrero de plumas verdes en la mano—, si lo de anoche fue tan glorioso como dices, ¿cómo puedes protestar por...?

En ese momento advirtieron la presencia de Lan y de él. De Lan, en realidad. Los ojos de Nynaeve se abrieron más y más hasta ocuparle toda la cara, mientras sus mejillas se ponían tan rojas como dos puestas de sol juntas. O puede que tres. Elayne se

quedó paralizada, con un pie todavía en el peldaño del carruaje, y asestó una mirada tan ceñuda al Guardián que cualquiera habría pensado que el hombre se había acercado a hurtadillas para sorprenderlas. Lan miró desde su imponente altura a Nynaeve, sin embargo, sin mostrar más expresión que un palo, y, a pesar de que la mujer parecía a punto de zambullirse debajo del carruaje para esconderse, contempló a Lan como si no existiese nadie más en el mundo. Al comprender que su gesto ceñudo era una pérdida de tiempo, Elayne descendió del peldaño y dejó libre el paso para Reanne y las dos Mujeres Sabias que habían compartido el carruaje, Tamarla y una saldaenina canosa llamada Janira, pero la heredera del trono no se dio por vencida; oh, no. Trasladó aquel ceño a Mat Cauthon, y si varió una pizca fue sólo para hacerse más marcado. Mat resopló con sorna y sacudió la cabeza. Por lo general, cuando una mujer estaba en un error era capaz de encontrar montones de cosas de las que culpar al hombre que tuviese más cerca, el cual acabaría pensando que realmente había hecho algo malo. Por propia experiencia, ya fuera en recuerdos propios o de un remoto pasado, sabía que sólo había dos momentos en los que una mujer admitiría que se había equivocado: cuando quería algo y cuando nevara en pleno verano.

Nynaeve se agarró la trenza, pero como si lo hiciera sin ganas. Sus dedos toquetearon el cabello y luego bajaron, tras lo cual la mujer empezó a retorcerse las manos.

—Lan —empezó vacilante—, no pienses que se me ocurriría hablar de...

—Estamos en público, Nynaeve —la interrumpió el Guardián con suavidad al tiempo que inclinaba la cabeza y le ofrecía el brazo—. De modo que, si quieres sacar a relucir asuntos personales, es cosa tuya. ¿Me permites que te escolte al bote?

—Sí —contestó, asintiendo con tanta energía que casi se le cayó el sombrero. Lo enderezó rápidamente con las dos manos—. Sí. En público. Me escoltarás. —Se agarró de su brazo y recobró la compostura en cierta medida, al menos en la medida en que su rostro dejaba ver. Recogió los vuelos de la falda con la otra mano y prácticamente lo arrastró hacia el embarcadero.

Mat se preguntó si la antigua Zahorí estaría enferma, porque aunque disfrutaba mucho cuando alguien le bajaba los humos a Nynaeve, ella nunca permitía que durara más dos segundos. A lo mejor debería sugerir a Elayne que se ocupara de lo que quiera que aquejara a Nynaeve. Él evitaba la Curación tanto como la muerte o el matrimonio, pero era distinto para otras personas, a su modo de ver. Antes, sin embargo, tenía unas cuantas palabras escogidas que decirle sobre guardar secretos.

Abrió la boca, levantó el índice con gesto admonitorio y...

Elayne lo golpeó en el pecho con el dedo; su ceño, bajo aquel sombrero de plumas, era tan frío que se le helaron hasta las orejas.

—La señora Corly —empezó con el tono gélido de una reina que dicta sentencia— nos ha explicado a Nynaeve y a mí el significado de esas flores rojas de la cesta, que, veo, al menos has tenido la decencia de esconder.

Se puso más colorado que Nynaeve un momento antes. A unos pasos de distancia, Reanne Corly y las otras dos se ataban los sombreros y se arreglaban los vestidos de la forma que hacen las mujeres cada vez que se levantan, se sientan o dan tres pasos. Empero, a despecho de tener puesta la atención en sus ropas, todavía les sobró algo para lanzar ojeadas en su dirección y, por una vez, no fueron desaprobadoras ni escandalizadas. ¡Él no sabía que las malditas flores tuviesen algún significado! Ni diez puestas de sol habrían superado la rojez de su cara.

—¡Vaya! —Elayne hablaba en voz baja, para que sólo él la oyera, pero destilaba repugnancia y desprecio. Tiró de su capa para que no se rozara con él—. ¡De modo que es cierto! Jamás habría esperado algo así de ti! ¡Ni siquiera de ti! Y seguro que Nynaeve

Librodot

tampoco. ¡Cualquier promesa que te hice queda *derogada*! No mantendré una promesa hecha a un hombre capaz de *imponer* por la fuerza sus atenciones a una mujer, a cualquier mujer, pero *especialmente* a una reina que le ha ofrecido...

—¿Que *yo* le *impuse* mis atenciones? —gritó. O, más bien, intentó gritar, porque la voz le salió como el ruido del aire en un fuelle roto.

Agarró a Elayne por los hombros y la apartó un poco de los carruajes. Estibadores sin camisa y con sucios chalecos verdes de cuero pasaban de largo a buen paso, cargados con sacos al hombro o haciendo rodar barriles a lo largo del muelle, algunos empujando carretillas cargadas con cajones y todos dando un amplio rodeo a los vehículos. Quizá la reina de Altara no tuviera mucho poder, pero su sello en la puerta de un carruaje aseguraba que los plebeyos no se acercaran a él. Nalesean y Beslan charlaban mientras conducían a los Brazos Rojos hacia la escalerilla, con Vanin en la retaguardia y mirando sombríamente las aguas picadas del río; afirmaba tener el estómago delicado cuando se trataba de embarcaciones. Las Mujeres Sabias que viajaban en los otros dos vehículos se habían reunido en torno a Reanne, observando, pero no se encontraban lo bastante cerca para oírlos. En cualquier caso, habló en un tenso susurro.

—¡Escúchame bien! Esa mujer no acepta un «no» por respuesta. Digo no y ella se *ríe* de mí. ¡Me ha medio matado de hambre, me ha acosado, me ha perseguido y abatido como a un ciervo! Tiene más manos que seis mujeres juntas. Amenazó con ordenar a las criadas que me desnudaran si no la dejaba que... —De repente cayó en la cuenta de lo que decía. Y a quién se lo decía. Cerró la boca antes de que se le metiera una mosca y examinó fijamente uno de los cuervos de metal oscuro incrustados en el asta de la *ashandarei* para no tener que mirar los ojos de la joven—. Lo que quiero decir es que no lo entiendes —masculló—. Que has pillado todo al revés. —Se arriesgó a echarle una ojeada por debajo del ala del sombrero.

Un tenue rubor pintó las mejillas de Elayne, pero su rostro se tornó solemne como un busto de mármol.

—Al parecer... he comprendido mal —dijo seriamente—. Eso está... muy mal por parte de Tylin. —A Mat le pareció que las comisuras de sus labios se curvaban un instante—. ¿Te has planteado la posibilidad de practicar sonrisas diferentes ante un espejo, Mat?

—¿Qué? —Parpadeó, sorprendido.

—Sé de buena fuente que eso es lo que hacen las jóvenes que atraen las miradas de los reyes. —Algo quebró la seriedad de su tono y, en esta ocasión, sus labios se curvaron, definitivamente—. También podrías intentar pestañear con más estilo.

Dicho esto se mordió el labio inferior y se dio media vuelta. Bajo la capa, que ondeaba a su espalda mientras se dirigía hacia el embarcadero a buen paso, sus hombros se sacudían. Antes de haberse alejado lo suficiente para que no pudiera oírla, Mat oyó su risita contenida y algo así como «probar su propia medicina». Reanne y las Mujeres Sabias se apresuraron a ir en pos de ella como una bandada de gallinas, en lugar de lo contrario. Los contados barqueros, que trabajaban ya en sus embarcaciones con el torso desnudo, dejaron de enrollar cabos o lo que quiera que estuvieran haciendo e inclinaron las cabezas respetuosamente cuando el grupo pasó ante ellos.

Mat se quitó el sombrero con rabia y faltó poco para que lo tirara al suelo y lo pisoteara. ¡Mujeres! Debería haber sabido que no podía esperar compasión. Cómo le gustaría estrangular a la maldita heredera del trono. Y también a Nynaeve, por principio general. Salvo que, naturalmente, no podía. Había hecho unas promesas. Y los dados seguían utilizando su cráneo como un cubilete. Y una de las Renegadas podía encontrarse por allí cerca, en alguna parte. Volvió a ponerse el sombrero y echó a andar

embarcadero adelante, sobrepasó a las Mujeres Sabias sin miramientos y alcanzó a Elayne. La joven todavía intentaba contener la risa, pero cada vez que sus ojos se desviaban fugazmente hacia él, el rubor de las mejillas volvía, al igual que las risitas.

Mat mantuvo la vista fija al frente. ¡Malditas mujeres! ¡Malditas promesas! Se quitó el sombrero sólo el tiempo suficiente para sacarse por la cabeza el cordón de cuero que llevaba al cuello y, de mala gana, lo tendió en su dirección. La cabeza de zorro plateada colgaba de su puño.

—Nynaeve o tú habréis de decidir cuál de las dos se pone esto. Pero lo quiero de vuelta cuando nos marchemos de Ebou Dar. ¿Entendido? En el momento en que partamos...

De pronto se dio cuenta de que caminaba solo. Se volvió y encontró a Elayne plantada dos pasos más atrás, mirándolo estupefacta, con las Mujeres Sabias detrás.

—¿Qué pasa ahora? —demandó—. Oh. Sí, sé lo de Moghedien. —Un tipo delgaducho, con piedras rojas en sus pendientes de latón, que estaba inclinado sobre una amarra, giró sobre sí mismo con tal brusquedad al oír aquel nombre que perdió el equilibrio y cayó al agua en medio de un grito y un sonoro chapuzón. A Mat le importaba un bledo quién podía oírlo—. ¡Intentar ocultarme lo de ella, y lo de mis dos hombres muertos, después de vuestras promesas! Bien, hablaremos de eso después. También yo hice una promesa: manteneros vivas a las dos. Si Moghedien asoma la nariz, irá por vosotras. Toma, cógelo. —Tendió de nuevo el medallón hacia la joven.

Ella sacudió lentamente la cabeza, sin salir de su sorpresa, y luego se volvió para decirle algo a Reanne en voz baja. Sólo después de que las otras mujeres se dirigieran hacia donde Nynaeve se había parado y les hacía señas, en el arranque de unas escaleras que bajaban hasta un bote, Elayne cogió la cabeza de zorro y la hizo girar entre sus dedos.

—¿Tienes idea de lo que habría hecho por obtener esto y poder estudiarlo? —inquirió quedamente—. ¿La mínima idea? —Era alta para ser mujer, pero aun así tuvo que alzar la cabeza para mirarlo. Parecía como si nunca lo hubiese visto—. Eres un hombre problemático, Mat Cauthon. Lini diría que no dejo de repetirme, ¡pero *tú*...! —Elayne soltó el aire con fuerza, alzó la mano para quitarle el sombrero y deslizó el cordón por su cabeza. De hecho, guardó el medallón debajo de la camisa y le dio unas palmaditas antes de tenderle el sombrero—. No llevaré eso hasta que Nynaeve no tenga otro, y Aviendha, y creo que ellas pensarán lo mismo. Llévalo tú. Después de todo, difícilmente podrías cumplir tu promesa si Moghedien te mata. Aunque dudo mucho que siga aquí. Deduzco que cree que ha matado a Nynaeve, y no me sorprendería descubrir que ésa era la única razón por la que vino. Sin embargo, debes tener cuidado. Nynaeve afirma que se acerca una tormenta, y no se refiere a este viento. Yo... —El tenue rubor volvió a sus mejillas—. Lamento haberme reído de ti. —Se aclaró la garganta y miró hacia otro lado—. A veces olvido mi deber para con mis súbditos. Eres un digno súbdito, Matrim Cauthon. Me ocuparé de que Nynaeve entienda correctamente lo de... Tylin y tú. Quizá podamos ser de ayuda.

—No —barbotó—. Quiero decir, sí. Me refiero a... Es decir... Oh, así bese a una jodida cabra si sé lo que quiero decir. Casi desearía que no supieras la verdad. —Nynaeve y Elayne sentadas con Tylin para discutir sobre él mientras tomaban té. ¿Conseguiría alguna vez borrar eso de su memoria? ¿Podría volver a mirar a la cara a cualquiera de las tres después de eso? Pero si no lo hacían... Estaba entre la espada y la pared, entre el lobo y el oso, sin salida, acorralado—. ¡Oh, mierda de cabra! ¡Mierda de cabra y puñetas retorcidas! —Casi deseó que lo regañara por su lenguaje como habría hecho Nynaeve con tal de cambiar de tema.

Elayne movía los labios y, por un instante, tuvo la impresión de que ella repetía lo

que acababa de decir. Pues claro que no. Sólo eran imaginaciones suyas, nada más.

—Comprendo —dijo por fin la joven, como si realmente lo entendiese—. Vamos, Mat, no podemos perder tiempo plantados en un sitio.

Boquiabierto, la vio recogerse los vuelos de la falda y la capa para caminar deprisa embarcadero adelante. ¿Que lo comprendía? ¿Lo comprendía y no hacía el menor comentario corrosivo o una observación cortante? Y él era su súbdito; su *digno* súbdito. La siguió sin dejar de toquetear el medallón. ¡Y él que estaba convencido de que la pelea llegaría cuando intentara recuperarlo! Aunque viviese el doble que una Aes Sedai, seguiría sin entender a las mujeres, y a las nobles, menos aún.

Cuando llegó a la escalera por la que Elayne había bajado, los dos remeros del bote, con sus pendientes de latón, ya utilizaban los largos remos para empujar contra el embarcadero y alejar la embarcación. Elayne conducía a Reanne y a la última de las Mujeres Sabias al interior de la cabina, y Lan se encontraba en la proa con Nynaeve. Beslan lo llamó con un grito desde el otro bote, en el que iban todos los hombres salvo el Guardián.

—Nynaeve dijo que no había sitio para ninguno de nosotros —explicó Nalesean mientras la embarcación se adentraba en el Eldar cabeceando—. Dijo que los haríamos ir amontonados.

Beslan se echó a reír mientras echaba una ojeada a su propia barca. Vanin se había sentado junto a la puerta de la cabina, con los ojos cerrados, fingiendo que se encontraba en cualquier otro sitio. Harnan y Tad Kandel, un andoreño a pesar de ser tan atezado como cualquiera de los remeros, se habían subido al techo de la cabina; los demás Brazos Rojos se apiñaban en cubierta, procurando no estorbar a los remeros. Nadie entró en la cabina, al parecer esperando por si Mat, Nalesean y Beslan querían utilizarla.

Mat se acomodó junto al palo de proa, observando la otra embarcación que avanzaba impulsada por los remos, justo delante. El viento agitaba las oscuras aguas del río y también su pañuelo negro, y se veía obligado a sujetar el sombrero para que no se volara. ¿Qué se traía entre manos Nynaeve? Las otras nueve mujeres que iban en ese bote se habían metido en la cabina, dejando la cubierta para ella y para Lan. Los dos seguían de pie en la popa, el Guardián cruzado de brazos y ella gesticulando como si diera explicaciones. Sólo que Nynaeve rara vez las daba; más bien nunca, a decir verdad.

Fuese lo que fuese lo que hacía, no duró mucho. Había mar picada en la bahía, donde los distintos tipos de barcos de los Marinos —surcadores, rasadores y remontadores— se mecían, sujetos a sus anclas. El río no estaba tan revuelto, pero el bote seguía meciéndose más de lo que Mat recordaba de cualquiera de los viajes anteriores. Poco después, Nynaeve se doblaba sobre la borda y echaba el desayuno mientras Lan la sujetaba. Eso le recordó a Mat su propio estómago; sujetando el sombrero bajo el brazo para que no se le volara, sacó el trozo de queso.

—Beslan, ¿cabe la posibilidad de que esta tormenta estalle antes de que hayamos vuelto del Rahad? —Dio un mordisco al queso de sabor fuerte; había cincuenta tipos distintos en Ebou Dar, todos buenos. Nynaeve seguía inclinada por la borda. ¿Cuánto había desayunado esa mujer?—. No sé dónde nos refugiaremos si nos sorprende allí. —No se le ocurría una sola posada de las que había visto en el Rahad a la que pudieran llevar a las mujeres.

—No habrá tormenta —contestó Beslan mientras se sentaba en la barandilla—. Éstos son los vientos alisios de invierno. Los alisios llegan dos veces al año, a finales de invierno y a finales de verano, pero tienen que soplar con mucha más fuerza para convertirse en tormenta. —Dirigió una mirada desabrida hacia la bahía—. Todos los

años esos vientos traen —traían— barcos de Tarabon y de Arad Doman. Me pregunto si volverán a hacerlo alguna vez.

—La Rueda gira —empezó Mat, y se atragantó con una migaja de queso. Rayos y centellas, empezaba a hablar como un viejo achacoso que descansa frente a una chimenea. Como eso de preocuparse por llevar a las mujeres a una posada poco recomendable. Un año antes, medio incluso, las habría llevado y se habría reído cuando se les hubiesen desorbitado los ojos, y también con cada respingo gazmoño—. En fin, quizás encontremos alguna diversión en el Rahad. Como mínimo, alguien intentará robar una bolsa de dinero o arrancar el collar a Elayne.

A lo mejor era eso lo que le hacía falta para quitar el gusto a seriedad de su lengua. Seriedad. ¡Luz, qué término para aplicar a Mat Cauthon! Tylin debía de haberlo acoquinado más de lo que imaginaba si estaba decayendo de ese modo. Tal vez necesitaba un poco de lo que Beslan consideraba diversión. Era una locura —no sabía de ninguna lucha que no hubiese preferido soslayar siempre—, pero quizá... Beslan sacudió la cabeza.

—Si existe alguien capaz de encontrar diversión, ése eres tú, pero... Vamos con siete Mujeres Sabias, Mat. Siete. Con que sólo fuese una a tu lado, podrías abofetear a un hombre, incluso en el Rahad, y se tragaría la lengua y se daría media vuelta. En cuanto a las mujeres, ¿qué hay de divertido en besar a una sin el riesgo de que decida clavarte un puñal en las costillas?

—Por la Luz bendita —masculló Nalesean entre dientes—. Por lo visto me he arrastrado fuera de la cama sólo para pasar una mañana aburrida.

Su comentario mereció un cabeceo conmiserativo por parte de Beslan.

—Si tenemos suerte, sin embargo... —añadió el hijo de la reina—. De vez en cuando la Fuerza Civil envía patrullas al Rahad, y si van detrás de contrabandistas siempre se visten como cualquier paisano. Al parecer, piensan que una docena o más de hombres juntos, armados con espadas, no llamarán la atención, lleven la ropa que lleven, y no dejan de sorprenderse cuando los contrabandistas les tienden una emboscada, que es lo que ocurre casi siempre. Si la suerte *ta'veren* de Mat actúa en nuestro favor, tal vez nos tomen por miembros de la Fuerza Civil y algunos contrabandistas nos ataquen antes de reparar en los cinturones rojos de las mujeres.

La expresión de Nalesean se animó y el teariano empezó a frotarse las manos. Mat asestó una mirada feroz a ambos. Quizá lo que Beslan consideraba diversión no era lo que necesitaba. Para empezar, estaba más que harto de mujeres empuñando cuchillos. Nynaeve seguía inclinada sobre la borda; eso le enseñaría a no atracarse de comida. Mat engulló el último bocado de queso y la emprendió a mordiscos con el pan, intentando no prestar atención a los dados que rodaban en su cabeza. Una excursión sin incidentes no sonaba mal del todo. Un viaje rápido, seguido de una rápida marcha de Ebou Dar.

El Rahad seguía exactamente como lo recordaba y exactamente como Beslan se temía. El viento convirtió la subida por los peldaños rotos de piedra, desde el bote hasta el embarcadero, en una hazaña peligrosa, que después empeoró. Había canales por doquier, igual que al otro lado del río, pero a este lado los puentes eran sencillos, con los mugrientos pretiles de piedra rotos viniéndose abajo; la mitad de los canales tenía tanto cieno acumulado en el fondo que los chicos los vadeaban con el agua a la cintura, y sólo se veía alguna barcaza muy de vez en cuando. Edificios altos se apiñaban unos contra otros; eran construcciones amazacotadas, con el rugoso enlucido, otrora blanco, mostrando grandes desconchones que dejaban a la vista rojos ladrillos corroídos; flanqueaban calles estrechas y con el empedrado roto. En esas calles, donde incluso los fragmentos se habían hecho añicos, la mañana no había llegado todavía a las sombras de los edificios. Cada tres ventanas había ropa, de aspecto sucio, tendida para secarse,

salvo en los edificios deshabitados. Había algunos, y sus ventanas recordaban las cuencas vacías de una calavera. Un olor agridulce a podrido impregnaba el aire; los desperdicios y el contenido de orinales vaciados un mes atrás se descomponían allí donde habían sido arrojados, y por cada mosca existente al otro lado del Eldar, allí zumbaban cien formando nubes verdes y azules. Mat localizó la puerta azul desconchada de La Corona Dorada del Cielo y se estremeció ante la idea de llevar a las mujeres allí si estallaba la tormenta, a pesar de lo que Beslan hubiese dicho. Luego tuvo otro escalofrío por haberse estremecido. Le estaba pasando algo, y no le gustaba.

Nynaeve y Elayne insistieron en ponerse a la cabeza del grupo, con Reanne entre las dos y las Mujeres Sabias detrás, a corta distancia. Lan se situó junto a Nynaeve, como un perro lobo, la mano sobre la empuñadura de la espada, los ojos en constante vigilancia, irradiando amenaza. A decir verdad, probablemente el Guardián era protección suficiente para dos docenas de quinceañeras cargadas con sacos de oro, incluso allí, pero Mat insistió en que Vanin y los demás se mantuvieran alertas. De hecho, el antaño ladrón de caballos y cazador furtivo se puso tan cerca de Elayne que cualquiera lo habría tomado por su Guardián, aunque fuese uno bastante gordo y arrugado. Beslan puso los ojos en blanco en un gesto muy expresivo al oír las instrucciones de Mat, y Nalesean se atusó, irritado, la barba mientras rezongaba que podría estar aún en la cama.

Por las calles pasaban hombres pavoneándose con arrogancia, a menudo cubiertos sólo con chalecos raídos, sin camisa, luciendo grandes aros de latón en las orejas y anillos del mismo metal con cristales de colores engastados, y uno o dos cuchillos metidos bajo el cinturón. Sus manos siempre se encontraban cerca de aquellos cuchillos, y sus ojos miraban fijamente, como desafiando a cualquiera que les pusiera mala cara. Otros se movían sigilosamente de esquina a esquina, de puerta en puerta, con los ojos entrecerrados, a semejanza de los perros escuálidos que a veces gruñían desde un oscuro callejón, apenas lo bastante ancho para que pasara un hombre sin rozarse con las paredes. Esos hombres se encorvaban sobre sus cuchillos, y era imposible predecir cuál de ellos huiría y cuál arremetería. En general, las mujeres hacían que los hombres parecieran mansos en comparación, pavoneándose con sus vestidos desgastados y el doble de quincalla que ellos. También llevaban cuchillos, por supuesto, y sus descarados ojos oscuros lanzaban diez desafíos distintos en cada mirada. En resumen, el Rahad era la clase de sitio en el que cualquier persona vestida con seda difícilmente podría dar diez pasos seguidos antes de que le hubiesen roto la cabeza; tras lo cual, lo mejor que podía esperar era despertarse en cueros sobre un montón de basura en algún callejón, ya que la alternativa era no volver a abrir los ojos jamás. Sin embargo...

Los niños salían corriendo de una puerta sí y otra no con tazas de agua desportilladas, enviados por sus madres por si a las Mujeres Sabias les apetecía beber. Hombres con las caras marcadas de cicatrices y la muerte grabada en los ojos se quedaban contemplando boquiabiertos a siete Mujeres Sabias juntas, y luego inclinaban la cabeza una y otra vez y preguntaban cortésmente si podían ayudarlas en algo o había que cargar alguna cosa. Mujeres que en ocasiones tenían tantas cicatrices como ellos y en todos los casos con unos ojos que habrían hecho encogerse a Tylin hacían reverencias torpemente y preguntaban sin aliento si podían indicarles alguna dirección o si alguien había causado tantos problemas para que tuviesen que acudir tantas Mujeres Sabias. Si tal era el caso, dejaron caer sin ambages, Tamarla y las demás no tenían necesidad de molestarse si les proporcionaban el nombre.

Por supuesto, contemplaban a los soldados con tanto enardecimiento como siempre, aunque incluso los más duros se apartaron de Lan tras el primer cruce de miradas. Y, cosa por demás curiosa, también de Vanin. Unos pocos hombres gruñeron a

Beslan y a Nalesean cada vez que sus ojos se detenían demasiado tiempo en el profundo escote de alguna mujer. Algunos gruñeron a Mat, aunque éste no entendía por qué; a diferencia de los dos nobles, él nunca corría el peligro de que los ojos se le salieran de las órbitas por atisbar los senos de una mujer. Él sabía cómo mirar discretamente. A Nynaeve y Elayne nadie les hizo caso a pesar de sus galas y sus joyas, como tampoco a Reanne, con su vestido de paño; ninguna de las tres llevaba el cinturón rojo. Pero sí contaban con la protección de esos cinturones. Mat comprendió que Beslan tenía razón. Podía vaciar su bolsa de dinero en el suelo y nadie cogería una moneda de cobre, al menos mientras las Mujeres Sabias estuviesen presentes. Podía pellizcar el trasero de cualquier mujer de la vecindad y, aunque le diera un ataque de rabia, se alejaría sin más.

—Qué agradable paseo —comentó secamente Nalesean—, con vistas tan interesantes y olores tan agradables. ¿Te he dicho ya que anoche apenas dormí, Mat?

—¿Acaso quieres morir en la cama? —rezongó Mat.

La verdad es que todos ellos habrían podido quedarse en el lecho; su presencia allí estaba siendo completamente inútil, de eso no cabía duda. El teariano resopló indignado. Beslan rió, pero probablemente porque pensaba que su pregunta llevaba doble intención.

Marcharon a través del Rahad hasta que, por fin, Reanne se detuvo ante un edificio exactamente igual que los otros, con los desconchados y los ladrillos desmenuzándose, el mismo al que Mat había seguido a otra mujer el día anterior. En sus ventanas no había ropa tendida; allí sólo vivían las ratas.

—Es aquí —dijo la mujer.

Elayne alzó lentamente la vista hacia la terraza.

—Seis —murmuró en un tono que rebosaba satisfacción.

—Seis —repitió Nynaeve, y Elayne le dio unas palmaditas comprensivas en el brazo.

—Estaba completamente segura —dijo la heredera del trono.

Y entonces fue Nynaeve la que sonrió y le dio palmaditas a ella. Mat no entendía nada. De acuerdo, la casa tenía seis pisos, ¿y qué? Las mujeres se comportaban a veces de un modo muy raro. Bueno, casi siempre.

Dentro, un largo pasillo cubierto de polvo se internaba en la casa hasta perderse en las sombras. Quedaban muy pocas puertas en los umbrales, y eran de toscos tablones. Uno de los vanos, casi a un tercio de la longitud del pasillo, conducía a un angosto hueco de escalera, de peldaños de piedra. Ése era el camino que había tomado el día anterior siguiendo las huellas marcadas en el polvo, pero pensó que algunos de esos otros umbrales debían de ser corredores transversales. Entonces no había tenido tiempo para echar un vistazo, pero el edificio era demasiado profundo y demasiado ancho para que tuviera sólo el pasillo que había a la vista. Demasiado grande para tener una sola entrada.

—De verdad, Mat —dijo Nynaeve cuando él ordenó a Harnan y a la mitad de los Brazos Rojos que buscasen cualquier salida trasera y que la guardaran. Lan permanecía tan próximo a Nynaeve como si lo hubiesen pegado con cola a la mujer—. ¿Aún no te das cuenta de que no hace falta?

Su tono era tan afable que sin duda Elayne ya le había aclarado el asunto de Tylin, pero, si acaso, ello sólo consiguió que su mal humor empeorara. No quería que lo supiera *nadie.* ¡Inútil! Sin embargo, los dados seguían rodando en su cabeza.

—A lo mejor a Moghedien le gustan las puertas traseras —adujo en tono seco. Algo chilló en el oscuro extremo del pasillo y uno de los hombres de Harnan maldijo en voz alta a las ratas.

—Se lo has dicho —espetó, furiosa, Nynaeve a Lan mientras se aferraba la trenza

con fuerza.

Elayne dejó escapar un sonido de exasperación.

—No es el momento de ponerse a discutir, Nynaeve. ¡El Cuenco está arriba! ¡El Cuenco de los Vientos!

Inopinadamente apareció una pequeña bola de luz flotando delante de la joven y, sin esperar a ver si Nynaeve la seguía o no, se recogió el vuelo de la falda y empezó a subir rápidamente la escalera. Vanin corrió en pos de ella con una presteza sorprendente en un cuerpo tan corpulento. Lo siguieron Reanne y la mayoría de las Mujeres Sabias. La carirredonda Sumeko e Ieine, una mujer alta, morena y bonita a pesar de las arrugas que se le marcaban en los rabillos de los ojos, vacilaron y se quedaron con Nynaeve.

Mat también habría ido detrás de no ser porque Nynaeve y Lan le cerraban el paso.

—¿Me dejas pasar, Nynaeve? —pidió. Se merecía estar allí, al menos, cuando el dichoso Cuenco de las narices fuera descubierto—. ¿Nynaeve?

La mujer estaba tan absorta en Lan que parecía haberse olvidado de todos los demás. Mat intercambió una mirada con Beslan; éste sonrió y se puso en cuclillas junto a Corevin y los restantes Brazos Rojos. Nalesean se apoyó en la pared y bostezó aparatosamente, lo que fue un error, considerando el polvo que había allí. El bostezo dio paso a un ataque de tos que enrojeció su cara y lo hizo doblarse por la cintura. Ni siquiera eso distrajo a Nynaeve. Con cuidado, retiró la mano de la trenza.

—No estoy enfadada, Lan —manifestó.

—Sí que lo estás —repuso él sin alterarse—. Pero tenía que decírselo.

—¿Nynaeve? —llamó Mat—. ¿Lan?

Ninguno de los dos se molestó en echar siquiera una ojeada en su dirección.

—¡Se lo habría contado cuando hubiese estado preparada, Lan Mandragoran! —Cerró la boca de golpe, pero sus labios se movieron como si hablase consigo misma—. No me enfadaré contigo —continuó en un tono mucho más suave, y la frase pareció que iba dirigida también a ella misma. Con parsimonia y mucha calma, se echó la trenza hacia la espalda, se colocó derecho el sombrero azul, y entrelazó las manos a la altura de la cintura.

—Si tú lo dices —dijo Lan, apaciblemente.

—¡No emplees ese tono conmigo! —gritó ella, temblorosa—. ¡Te repito que no estoy enfadada! ¿Me has oído?

—Rayos y centellas, Nynaeve —gruñó Mat—. Él no cree que estés enfadada. Yo no creo que estés enfadada. —Por suerte había aprendido de las mujeres a mentir sin que se le notase en la cara—. Y ahora, ¿podemos subir y recoger el puñetero Cuenco de los Vientos?

—Excelente idea —dijo una voz de mujer desde la puerta de la calle—. ¿Subimos juntos y damos una sorpresa a Elayne?

Mat nunca había visto a las dos mujeres que entraron en el corredor, pero sus caras eran de Aes Sedai. El rostro de la que había hablado era alargado y tan frío como su voz, y el de su compañera iba enmarcado por montones de finas trenzas oscuras entretejidas con cuentas de colores. Casi dos docenas de hombres se amontonaban detrás de ellas, unos tipos corpulentos, de anchos hombros, armados con garrotes y cuchillos. Mat cambió la postura de las manos sobre el asta de su *ashandarei*; reconocía un problema cuando lo veía, y la cabeza de zorro se había quedado fría sobre su pecho, casi helada. Alguien había asido el Poder Único.

Las dos Mujeres Sabias casi se fueron de bruces al suelo por las reverencias que hicieron en cuanto vieron aquellos rostros intemporales, pero Nynaeve también distinguía un problema, desde luego. Abrió y cerró la boca sin emitir sonidos mientras

la pareja avanzaba corredor adelante, y su semblante era la viva imagen de la consternación y el autorreproche. A su espalda, Mat oyó el siseo de una espada al salir de la vaina, pero no pensaba volver la cabeza para ver de quién se trataba. Lan se limitó a quedarse plantado allí, lo que, por supuesto, significaba que su aspecto era el de un leopardo listo para saltar sobre su presa.

—Son del Ajah Negro —dijo finalmente Nynaeve. Su voz sonó débil al empezar, pero cobró firmeza a medida que hablaba—. Falion Bhoda e Ispan Shefar. Cometieron un asesinato en la Torre, y han hecho cosas peores desde entonces. Son Amigas Siniestras y... —Su voz falló un instante—. Me han escudado.

Las recién llegadas siguieron avanzando tranquilamente.

—¿Has oído algo más absurdo en tu vida, Ispan? —preguntó la Aes Sedai de cara larga a su compañera, que dejó de hacer un gesto de asco por el polvo el tiempo suficiente para dedicar una sonrisa de sorna a Nynaeve—. Ispan y yo venimos de la Torre Blanca, mientras que Nynaeve y sus amigas son rebeldes contra la Sede Amyrlin. Serán castigadas severamente por ello, y lo mismo le ocurrirá a todo aquel que las ayude.

Con un sobresalto, Mat comprendió que la mujer no lo sabía; pensaba que Lan, los otros y él eran una tropa a sueldo. Falion dirigió una sonrisa a Nynaeve; en comparación, una cellisca era cálida.

—Hay alguien que se alegrará sobremanera al verte cuando te llevemos de vuelta, Nynaeve. Te cree muerta. Más vale que los demás os vayáis cuanto antes. No os conviene interferir en asuntos de Aes Sedai. Mis hombres os escoltarán hasta al río.

Sin apartar los ojos de Nynaeve, Falion hizo una seña a los hombres que había detrás de ella para que se adelantaran.

Lan se movió; no desenvainó la espada, aunque tampoco habría tenido ninguna oportunidad contra unas Aes Sedai si lo hubiese hecho, pero en un momento estaba estático y al siguiente se había abalanzado contra la pareja. Justo antes de chocar con las mujeres gruñó como si hubiese recibido un fuerte golpe, pero de todos modos cayó sobre ellas y derribó a las dos hermanas Negras al suelo polvoriento. Aquello fue como abrir una compuerta.

Lan se incorporó sobre manos y rodillas y sacudió la cabeza, aturdido. Uno de los tipos corpulentos alzó un garrote reforzado con hierro para aplastarle el cráneo. Mat hincó su lanza en el estómago del individuo mientras Beslan, Nalesean y los cinco Brazos Rojos corrían al encuentro de los Amigos Siniestros lanzados a la carga. Lan se puso de pie, un poco inestable, pero sacó la espada en un movimiento relampagueante y abrió en canal a un Amigo Siniestro. No había mucho espacio en el corredor para manejar espadas ni *ashandarei*, pero los estrechos límites eran los que les permitían enfrentarse a un enemigo que los doblaba en número sin acabar barridos en el primer encontronazo. Hombres gruñendo luchaban a brazo partido, cuerpo a cuerpo contra ellos, a la par que se daban codazos unos a otros para hacerse hueco y poder apuñalar o descargar garrotazos.

Alrededor de las hermanas Negras y de Nynaeve quedaban pequeños espacios despejados; ya se ocuparon de eso ellas mismas. Un Brazo Rojo, un nervudo andoreño, casi tropezó con Falion, pero en el último instante salió lanzado por el aire a través del corredor, derribando a dos de los fornidos Amigos Siniestros en su vuelo antes de chocar contra la pared y deslizarse al suelo; su cabeza dejó un rastro de sangre sobre el yeso polvoriento y resquebrajado. Un Amigo Siniestro calvo se abrió paso entre la línea de defensores y corrió hacia Nynaeve con un puñal apuntado hacia ella; el tipo chilló cuando sus pies perdieron contacto con el suelo, un chillido que se cortó al chocar su cara contra el suelo con tanta fuerza que la cabeza le rebotó.

Obviamente Nynaeve ya no estaba escudada, y si el gélido contacto de la cabeza de zorro sobre la piel de Mat no era indicio suficiente de que ella y las hermanas Negras estaban enzarzadas en algún tipo de lucha, el modo en que las dos la miraban con furia y viceversa, sin reparar en el combate que se libraba alrededor, lo proclamaba a voces. Las dos Mujeres Sabias contemplaban la escena con horror; empuñaban sus cuchillos curvos, pero se habían quedado pegadas a la pared, con sus ojos desorbitados pasando de Nynaeve a las otras dos y la boca abierta a más no poder.

—Luchad —espetó Nynaeve. Giró la cabeza sólo una fracción de segundo, a fin de verlas sin perder de vista a Falion y a Ispan—. No puedo hacerlo sola; están coaligadas. Si no las combatís, os matarán. ¡Ahora sabéis su secreto!

Las Mujeres Sabias la miraron estupefactas, como si les hubiese sugerido que escupiesen a la reina en la cara. En medio de los gritos y gruñidos, Ispan soltó una risa melódica. En medio de los gritos y gruñidos, un chillido penetrante retumbó en el hueco de la escalera.

La cabeza de Nynaeve giró bruscamente en aquella dirección. De repente se tambaleó y de nuevo volvió la cabeza hacia las hermanas Negras como un tejón herido; su gesto ceñudo debería haber convencido a Falion y a Ispan de que marcharse en ese mismo instante era lo más sensato. Sin embargo, Nynaeve dedicó una mirada angustiada a Mat.

—Se ha encauzado arriba —dijo entre los dientes prietos—. Hay problemas.

Mat vaciló. Lo más probable era que Elayne hubiese visto una rata. Seguramente... Se las arregló para desviar una cuchillada dirigida a sus costillas, pero no tenía espacio para arremeter con la *ashandarei* ni utilizar su asta como una vara de combate. Beslan pasó ante él y atravesó el corazón de su adversario con la espada.

—Por favor, Mat —instó con voz tensa Nynaeve. Ella jamás suplicaba; antes se habría cortado el cuello—. Por favor.

Mascullando una maldición, Mat se apartó de la lucha y corrió hacia la angosta escalera; no había una sola ventana en el hueco, pero subió los seis pisos a toda velocidad a pesar de la intensa oscuridad. Si sólo había sido una rata, iba a zarandear a Elayne hasta que los dientes le... Llegó al último piso, no mucho más iluminado que el ojo de la escalera, ya que una única ventana daba a la calle, y se encontró con una escena de pesadilla.

Había mujeres tiradas por todas partes. Elayne era una de ellas, con la mitad de la espalda apoyada contra la pared y los ojos cerrados. Vanin estaba de rodillas, hecho un ovillo, y la sangre le brotaba por la nariz y los oídos; intentaba débilmente empujarse contra la pared para incorporarse. La última mujer que seguía de pie, Janira, corrió hacia Mat tan pronto como lo vio. Él la había comparado con un halcón a costa de sus pómulos marcados y su prominente nariz, pero ahora su rostro era la viva imagen del terror, y sus oscuros ojos estaban desorbitados, enloquecidos.

—¡Ayúdame! —le gritó, y un hombre la agarró por detrás.

Era un tipo de aspecto corriente, quizás un poco mayor que Mat, de la misma estatura y constitución que él, vestido con una sencilla chaqueta gris. Sonriendo, tomó la cabeza de Janira con las dos manos e hizo un giro brusco y seco. El sonido del cuello de la mujer al romperse fue como el chasquido de una rama seca. El individuo dejó caer el cuerpo fláccido de Janira y se quedó mirándola. Por un instante su sonrisa pareció... extasiada.

A la luz de un par de linternas, un pequeño grupo de hombres, justo detrás de donde se encontraba Vanin, forzaban una puerta con palanca en medio de los chirridos de goznes oxidados, pero Mat apenas reparó en ellos. Sus ojos fueron del cadáver de Janira a Elayne. Había prometido mantenerla a salvo para Rand. Lo había prometido.

Con un grito, se lanzó contra el asesino, la *ashandarei* extendida ante él.

Mat había visto moverse a los Myrddraal, pero ese tipo era aún más rápido por mucho que costase creerlo. Esquivó la punta de la lanza como si flotara en torno a ella, agarró el asta y giró sobre sí mismo, lanzando a Mat por encima cinco metros más allá en el pasillo.

Se quedó sin aliento al caer al suelo, levantando una pequeña nube de polvo. También cayó la *ashandarei.* Luchando por recuperar la respiración, Mat se levantó; la cabeza de zorro colgaba por la pechera abierta de la camisa. Sacó un cuchillo del interior de la chaqueta y se abalanzó sobre el hombre otra vez, al tiempo que Nalesean aparecía al final de la escalera, espada en mano. Ahora lo tenían pillado, por muy rápido que...

El tipo hizo que un Myrddraal pareciera parsimonioso. Se deslizó a un lado, esquivando la estocada de Nalesean como si no tuviese huesos, y la mano derecha se disparó hacia la garganta del teariano. Su mano se retiró con un sonido líquido, de desgarro. La sangre salió a borbotones más allá de la barba de Nalesean. La espada del noble teariano cayó al suelo polvoriento con un sonoro tintineo y él se llevó las manos al destrozado cuello; la sangre corrió entre sus dedos mientras se desplomaba.

Mat saltó sobre el asesino desde atrás y los tres se fueron al suelo. No tenía reparos en apuñalar a un hombre por la espalda cuando era necesario, sobre todo a uno capaz de desgarrar la garganta de alguien con sus manos. Tendría que haber dejado que Nalesean se quedara en la cama. La triste idea acudió a su mente mientras hincaba el cuchillo con todas sus fuerzas, y luego una segunda vez, y una tercera.

El tipo se retorció entre sus brazos. Era imposible, pero, de algún modo, el individuo rodó sobre sí mismo a pesar de tenerlo encima a él, y Mat se encontró desarmado. Los ojos inexpresivos de Nalesean y la garganta ensangrentada eran un recordatorio más que suficiente; desesperado, asió las muñecas del hombre, aunque una de las manos resbaló un poco por la sangre que resbalaba de la del otro.

El hombre le sonrió. ¡Con un cuchillo clavado en el costado, y sonreía!

—Él desea tanto tu muerte como la de ella —susurró. Y, como si no las tuviese agarradas, sus manos se movieron hacia la cabeza de Mat, echando los brazos de éste hacia atrás.

Mat empujó con todas sus fuerzas, volcó toda su energía y su peso contra los brazos del individuo, sin resultado. Luz, se sentía como un niño luchando contra un hombre adulto. El tipo se estaba divirtiendo, se tomaba su tiempo. Las manos le tocaron la cabeza. ¿Dónde infiernos se había metido su buena suerte? Dio un empellón con las últimas fuerzas que le quedaban; el medallón cayó sobre la mejilla del hombre, que gritó a pleno pulmón. Alrededor de los bordes de la cabeza de zorro empezó a salir humo y a sonar un siseo, como cuando se fríe el tocino. En una sacudida convulsa, el hombre apartó a Mat con manos y pies. Esta vez, el joven voló por el aire diez pasos y se cayó al suelo.

Cuando consiguió ponerse de pie, aturdido, el hombre ya se había incorporado y se llevaba las manos temblorosas a la cara. Tenía una marca roja, en carne viva, donde le había tocado la cabeza de zorro. Con precaución, Mat toqueteó el medallón; estaba frío. No con la frialdad producida cuando alguien encauzaba cerca —tal vez seguían haciéndolo abajo, pero se encontraba demasiado lejos— sino con el frescor de la plata. No tenía la menor idea de qué era aquel individuo, sólo que, desde luego, no era humano, pero entre la quemadura y las tres puñaladas, con el cuchillo todavía sobresaliendo debajo de su brazo, tenía que haber disminuido su velocidad lo suficiente para sobrepasarlo e ir hacia la escalera. Vengar a Elayne estaba muy bien, y a Nalesean también, pero no sería ese día, al parecer, y no había por qué dar una razón para vengar

a Mat Cauthon.

De un tirón, el hombre se sacó del costado el cuchillo y se lo lanzó. Mat lo atrapó en el aire, sin pensar. Thom le había enseñado a hacer malabarismos y afirmaba que tenía las manos más rápidas que había visto en su vida. Volteó el arma para asirla adecuadamente, con la punta inclinada hacia arriba, y entonces reparó en la reluciente hoja. Se le cayó el alma a los pies; ni gota de sangre. Al menos tendría que haber habido un rastro rojizo, pero la cuchilla brillaba, completamente limpia. Quizá ni siquiera tres puñaladas iban a mermar los reflejos de ese... lo que quiera que fuera.

Se arriesgó a echar un vistazo por encima del hombro. Los otros hombres salían en tropel por la puerta que habían forzado, una puerta a la que lo habían conducido las huellas el día anterior, pero parecían ir cargados de desechos: pequeños cofres medio podridos; un barrilete lleno de objetos envueltos en trapos, que asomaban por los huecos donde faltaban duelas; incluso una silla rota y un espejo rajado. Debían de tener órdenes de arramblar con todo. Sin prestar la menor atención a Mat, se dirigieron presurosamente hacia el otro extremo del pasillo y desaparecieron por la esquina; tenía que haber otro hueco de escalera allí atrás. Quizá podría seguirlos hasta la calle, a cierta distancia. Quizá... Justo delante de la puerta por la que habían salido, Vanin hizo otro esfuerzo por incorporarse y volvió a caer. Mat contuvo una maldición. Acarrear a Vanin iba a frenarlo, pero si la suerte le sonreía... No había podido salvar a Elayne, pero a lo mejor... Por el rabillo del ojo vio que la joven se movía, llevándose una mano a la cabeza.

El hombre de la chaqueta gris también la vio y, con una sonrisa, se giró hacia ella.

Con un suspiro, Mat guardó el inútil cuchillo en la vaina.

—No la tendrás —dijo en voz alta. Promesas. Un tirón bastó para romper el cordón que rodeaba su garganta; la cabeza de zorro plateada colgó a un palmo de su puño; el medallón empezó a emitir un zumbido cuando lo hizo girar en una doble lazada, dibujando un ocho en el aire—. No la tendrás, maldita sea. —Echó a andar sin dejar de girar el medallón; el primer paso fue el más difícil de dar, pero tenía que cumplir una promesa.

La sonrisa del tipo se borró; sin quitar los ojos de la centelleante cabeza de zorro, retrocedió de puntillas. La misma luz que resplandecía en el medallón plateado, procedente de la única ventana, creó un halo alrededor de Mat. Si podía hacerlo recular hasta allí, a lo mejor una caída de seis pisos conseguía lo que no había logrado un cuchillo.

El individuo, la marca en la cara ahora lívida, siguió retrocediendo, de cuando en cuando amagando como si fuera a intentar pasar esquivando el medallón. Y de pronto se lanzó hacia un lado, a una de las habitaciones; ésta tenía puerta y la cerró tras de sí. Mat oyó caer la barra que la atrancaba.

Tal vez debería haberlo dejado allí, pero, sin pensarlo, alzó un pie y descargó el tacón de la bota contra el centro de la puerta. Salió polvo de la tosca madera; una segunda patada y los podridos soportes de la tranca cedieron, junto con uno de los oxidados goznes. La hoja se descolgó hacia dentro, en un ángulo inclinado.

La oscuridad no era total en la habitación. De la ventana, al final del pasillo, a sólo otra puerta de distancia, penetraba un poco de luz en su interior y se reflejaba en el triángulo de un espejo roto que había recostado en la pared del fondo, proporcionando una débil luminosidad. Aquel espejo le permitía ver todo sin necesidad de entrar. Aparte de eso y de un trozo de silla, no había nada más. Las únicas aberturas en las paredes eran la puerta y un agujero de ratones junto al espejo, pero el hombre de la chaqueta gris se había esfumado.

—Mat —llamó débilmente Elayne.

Él acudió presuroso, impulsado por el ansia de llegar junto ella tanto como por alejarse de aquella habitación. Se oían gritos abajo, pero Nynaeve y los demás tendrían que cuidar de sí mismos por el momento.

Elayne se había sentado y movía la mandíbula a la par que hacía un gesto de dolor cuando se arrodilló a su lado. El polvo le cubría el vestido, el sombrero le colgaba ladeado, con algunas plumas rotas, y su cabello dorado rojizo tenía tal aspecto que parecía que la hubiesen arrastrado de él.

—Me golpeó tan fuerte —musitó dolorosamente—. No creo que tenga nada roto, pero... —Sus ojos se prendieron en los de él, y si Mat había pensado alguna vez que lo miraba como si fuese un extraño, ahora sí fue verídico—. Vi lo que hiciste, Mat. Con él. Podríamos haber sido gallinas metidas con un zorro en el gallinero. El Poder Único no lo afectaba; los fluidos se diluían del mismo modo que hacen con tu... —Echó un vistazo al medallón que todavía colgaba de su puño e inhaló de un modo que tuvo efectos muy interesantes en el profundo escote ovalado—. Gracias, Mat. Te pido disculpas por todo lo que he dicho o pensado. —Lo dijo como si realmente hablara en serio—. Cada vez tengo más *toh* contigo. —Sonrió compungida—. Pero no voy a permitirte que me pegues. Tendrás que dejarme que te salve la vida al menos una vez para equilibrar las cosas.

—Veré qué puedo hacer al respecto —repuso secamente mientras se guardaba el medallón en un bolsillo de la chaqueta. *¿Toh?* ¡Luz! Definitivamente, estaba pasando demasiado tiempo con Aviendha.

Una vez que la ayudó a ponerse de pie, ella miró en derredor, a Vanin, con el rostro manchado de sangre, y a las mujeres tendidas allí donde se habían desplomado, y su rostro se crispó.

—¡Oh, Luz! —exclamó—. ¡Oh, maldición! ¡Rayos y jodidas centellas!

A pesar de la situación, Mat dio un respingo, y no sólo porque jamás habría esperado oír esas palabras en su boca, sino porque sonaron de un modo raro, como si la joven conociera los vocablos, pero no su significado. En cierto modo, la hacían parecer más joven de lo que era.

Se desprendió de su mano con una sacudida, tiró el sombrero a un lado y corrió para arrodillarse junto a la mujer que tenía más cerca, Reanne, cogiendo su cabeza con las dos manos. La mujer yacía desmadejada, boca abajo y con los brazos extendidos como si la hubiesen zancadilleado mientras corría. Todos habían corrido hacia la habitación, hacia su atacante, no huyendo.

—Esto supera mis conocimientos —musitó—. ¿Dónde está Nynaeve? ¿Por qué no subió contigo, Mat? ¡Nynaeve! —gritó en dirección a la escalera.

—No es necesario que chilles como un basilisco —gruñó la antigua Zahorí, que apareció en ese momento en el hueco de la escalera. Iba mirando hacia atrás, sin embargo—. Sujétala bien, ¿me has oído? —chilló; como un basilisco, claro—. ¡Como la dejes escapar también, te daré de bofetadas hasta que veas las estrellas! —Entonces volvió la cabeza y a poco los ojos se le salen de las órbitas.

»La Luz nos asista —exclamó mientras corría hacia Janira y se inclinaba sobre ella. Sólo necesitó tocarla y luego se irguió con un gesto de angustia. Mat podría haberle dicho que la mujer estaba muerta. Nynaeve parecía tomarse como algo personal la muerte. Se sacudió y se dirigió hacia la siguiente, Tamarla, y esta vez dio la impresión de que había algo que podía curarse. También pareció que las heridas de Tamarla no eran tan simples, porque se arrodilló junto a ella, frunciendo el entrecejo—. ¿Qué ha pasado aquí, Mat? —demandó sin volver la vista hacia él. Su tono lo hizo suspirar; tendría que haber adivinado que pensaría que era culpa de él—. ¿Y bien, Mat? ¿Qué ocurrió? Habla de una vez, hombre, ¿o tendré que...?

Librodot

Mat nunca supo con qué iba a amenazarlo. Lan había seguido a Nynaeve, por supuesto, con Sumeko pisándole los talones. La fornida Mujer Sabia echó un vistazo al pasillo e inmediatamente se remangó la falda y corrió hacia Reanne. Dirigió una mirada preocupada a Elayne antes de agacharse de rodillas y empezar a mover las manos sobre Reanne de un modo extraño. Eso fue lo que hizo que Nynaeve dejara la frase sin acabar.

—¿Qué haces? —increpó secamente. Sin interrumpir lo que estuviera haciendo a Tamarla, dedicó ojeadas fugaces a la mujer carirredonda, pero eran tan cortantes como su tono—. ¿Dónde aprendiste eso?

Sumeko dio un respingo, pero sus manos no se detuvieron.

—Perdonadme, Aes Sedai —contestó de manera entrecortada, inconexa—. Sé que no tendría que... Morirá si yo no... Sé que no debería seguir intentando... Sólo quería aprender, Aes Sedai. Por favor.

—No, no, continúa —respondió Nynaeve, abstraída, ya que casi toda su atención estaba volcada en la mujer que tenía bajo sus manos, pero no completamente—. Parece que sabes algunas cosas que ni siquiera yo... Es decir, trabajas con los flujos de una manera muy interesante. Sospecho que vas a encontrarte con que muchas hermanas querrán aprender de ti. —Luego añadió casi entre dientes—: A lo mejor ahora me dejarán en paz.

Sumeko no pudo oír sus últimas palabras, pero lo que oyó hizo que se quedase boquiabierta a más no poder. Sin embargo, sus manos apenas se detuvieron un instante.

—Elayne —continuó Nynaeve—, ¿quieres buscar el Cuenco, por favor? Creo que la puerta es ésa. —Señalo con la barbilla la puerta correcta, que se encontraba abierta al igual que otra media docena más.

Aquello hizo que Mat parpadeara hasta que vislumbró dos pequeños paquetes envueltos en trapos, tirados en el umbral, donde se les habían debido de caer a los salteadores.

—Sí —musitó la heredera del trono—. Sí, eso al menos puedo hacerlo. —Levantó a medias una mano en dirección a Vanin, todavía de rodillas, y la dejó caer con un suspiro antes de cruzar el umbral, acción que levantó una nube de polvo y la hizo toser.

Sumeko no había sido la única que había seguido a Nynaeve y a Lan. Ieine apareció en el hueco de la escalera, obligando a la Amiga Siniestra tarabonesa a caminar delante de ella, retorciéndole un brazo hacia la espalda y con la otra mano asiéndola por la nuca con todas sus fuerzas. Ieine tenía tensas las mandíbulas y los labios prietos; la expresión de su rostro era mitad firme convicción de que acabaría desollada viva por maltratar a una Aes Sedai y mitad inflexible determinación de no soltar a su presa en ninguna circunstancia. A veces Nynaeve producía ese efecto en la gente. La hermana Negra tenía los ojos desorbitados por el terror, y a buen seguro se habría desplomado si Ieine no la hubiese tenido agarrada. Debía de estar escudada, sin duda, y con igual seguridad habría preferido que la desollaran a lo que quiera que iba a ocurrirle. Las lágrimas empezaron a manar de sus ojos, y su boca tembló con sollozos mudos.

Detrás de ellas iba Beslan, que suspiró tristemente al ver a Nalesean y aún con mayor tristeza por las mujeres; a continuación aparecieron Harnan y tres Brazos Rojos, Fergin, Gorderan y Metwyn. Tres que se habían quedado en la parte delantera de la casa. Harnan y dos de los otros tenían desgarrones ensangrentados en las chaquetas, pero Nynaeve debía de haberles curado abajo, ya que no se movían como si estuvieran heridos. Sin embargo, parecían deprimidos.

—¿Qué ha ocurrido en la parte de atrás? —inquirió Mat en voz baja.

—Que me aspen si lo sé —contestó Harnan—. Nos topamos en la oscuridad con un montón de matones armados con cuchillos. Había uno que se movía como una serpiente... —Se encogió de hombros y se tocó el roto ensangrentado de su chaqueta

Librodot

con gesto abstraído—. Uno de ellos me apuñaló y lo siguiente que recuerdo es abrir los ojos y ver a Nynaeve Sedai inclinada sobre mí y a Mendair y a los otros más muertos que los carneros de ayer.

Mat asintió en silencio. Uno que se movía como una serpiente. Y que también se escabullía de las habitaciones como tal. Echó una ojeada a uno y otro lado del pasillo. Reanne y Tamarla estaban de pie —colocándose el vestido, desde luego— y Vanin escudriñaba el interior de la habitación donde Elayne, aparentemente, ensayaba otras cuantas maldiciones con tan poco éxito como antes. Resultaba difícil afirmarlo, ya que la joven no dejaba de toser. Nynaeve se incorporó y ayudó a levantarse a Sibella, una mujer rubia y escuálida, en tanto que Sumeko seguía trabajando con Famelle, la mujer de cabello dorado y ojos castaños. Pero Mat nunca volvería a admirar el busto de Melore; Reanne se arrodilló junto a ella para colocarle los miembros y cerrarle los ojos, al tiempo que Tamarla prestaba el mismo servicio a Janira. Dos Mujeres Sabias muertas, y seis Brazos Rojos. Todos asesinados por un... hombre... al que el Poder Único no afectaba en absoluto.

—¡Lo encontré! —gritó, excitada, Elayne. Salió al pasillo cargada con un paquete redondo, ancho, envuelto en trapos podridos, y no dejó que Vanin se lo cogiera. Pringada de polvo gris de la cabeza a los pies, parecía que se había tirado al suelo y había rodado hasta rebozarse bien—. ¡Tenemos el Cuenco de los Vientos, Nynaeve!

—En ese caso —anunció Mat—, nos largamos ahora mismo de este jodido sitio.

Nadie se opuso. Oh, sí, Nynaeve y Elayne insistieron en que todos los hombres utilizaran las chaquetas como sacos para cargar cosas que sacaron de la habitación —incluso cargaron con bultos a las Mujeres Sabias y ellas mismas—, y Reanne tuvo que bajar y contratar hombres que llevaran a los muertos hasta el embarcadero, pero nadie se opuso. Mat dudaba que las calles del Rahad hubiesen presenciado jamás una procesión tan extraña, ni que se moviera tan rápidamente hasta llegar al río.

CAPÍTULO 21

Promesas que cumplir

—¡Nos largamos de aquí ahora mismo! —repitió Mat horas más tarde, pero en esta ocasión sí hubo discusión. La había habido durante la última media hora, más o menos. Fuera, el sol había pasado su cenit. Los alisios aliviaban un poco el calor, y las cortinas amarillas colgadas en los altos ventanales se hinchaban y se sacudían con las rachas de aire. Habían transcurrido tres horas desde que habían vuelto al palacio de Tarasin y los dados seguían rodando en su cabeza; tenía unas ganas enormes de dar una patada a algo. O a alguien. Se tiró del pañuelo atado alrededor del cuello; lo sentía como la cuerda que le había hecho la cicatriz que tapaba el pañuelo, apretándose más y más, lentamente. ¡Por el amor de la Luz! ¿Estáis todas ciegas? ¿O sólo sordas?

La habitación que Tylin les había proporcionado era grande, con paredes verdes y el alto techo azul, sin más mobiliario que unas sillas doradas y mesitas pequeñas incrustadas con madreperla, pero aun así estaba abarrotada. O era lo que parecía. La propia Tylin se hallaba sentada delante de uno de los tres hogares de mármol con una pierna cruzada sobre la otra, observándolo con aquellos oscuros ojos de águila y una sonrisa insinuada; mecía la pierna y daba golpecitos a las enaguas en capas de colores azules y amarillos, y jugueteaba con la empuñadura enjoyada de su cuchillo curvo. Mat sospechaba que Elayne o Nynaeve ya habían hablado con ella. También se encontraban allí las dos, sentadas a uno y otro lado de la reina; a saber cómo, habían tenido tiempo para ponerse ropa limpia y, aparentemente, para bañarse aunque sólo las había perdido de vista unos minutos como máximo desde que regresaron a palacio. Casi igualaban a Tylin en regia dignidad con sus brillantes vestidos de seda; Mat no sabía a quién intentaban impresionar con aquella exhibición de puntillas y bordados complejos. Más parecía que se habían vestido para un gran baile que para emprender viaje. Él seguía hecho un asco, con la polvorienta chaqueta verde desabrochada y la cabeza de zorro enganchada en el cuello de la camisa, cerrada sólo a medias. Había hecho un nudo al cordón, por lo que éste se había acortado, pero quería tener el medallón en contacto con su piel; después de todo, lo rodeaban mujeres que podían encauzar.

Cierto, esas tres mujeres seguramente habrían bastado para darle la sensación de que la estancia estaba abarrotada; incluso Tylin lo habría conseguido por sí misma, en lo que a él concernía; si Elayne o Nynaeve habían hablado con ella, entonces era una buena cosa que estuviera a punto de marcharse. Sí, las tres por sí solas habrían sido más que suficiente, pero...

—Esto es ridículo —manifestó Merilille—. Nunca he oído hablar de un Engendro de la Sombra llamado gholam. ¿Alguna de vosotras lo ha oído? —Su pregunta iba dirigida a Adeleas, Vandene, Sareitha y Careane. Sentadas enfrente de Tylin, la fría serenidad Aes Sedai de las cinco conseguía que sus sillones de respaldo alto parecieran tronos.

Mat no entendía por qué Nynaeve y Elayne se limitaban a seguir sentadas como estatuas, también fríamente serenas, pero encastilladas en el más absoluto mutismo. Lo sabían, lo comprendían y, a saber por qué, Merilille y esa pandilla se hacían mieles con ellas ahora. Por otro lado, Mat Cauthon sólo era un patán de orejas velludas que

necesitaba unas cuantas patadas, y desde Merilille hasta la última de ellas parecían más que dispuestas a dárselas.

—Lo vi —espetó—. Elayne lo vio. Reanne y las Mujeres Sabias lo vieron. ¡Preguntadle a cualquiera de ellas!

Agrupadas en un extremo de la estancia, Reanne y las cinco Mujeres Sabias supervivientes se encogieron como gallinas asustadas, temerosas de que les hicieran esa o cualquier otra pregunta. Es decir, todas menos Sumeko; la oronda mujer, con los pulgares metidos bajo el largo cinturón rojo, observaba ceñuda a las Aes Sedai, sacudía la cabeza, volvía a fruncir el entrecejo y luego sacudía la cabeza otra vez. Nynaeve había sostenido una conversación bastante extensa con ella en la intimidad de la cabina del bote, durante el viaje de vuelta, y Mat creía que tenía algo que ver con su nueva actitud. Había captado que mencionaban a las Aes Sedai más de una vez, aunque en ningún momento él había intentado escuchar a escondidas. Las demás parecían estar preguntándose si deberían ofrecerse para ir por té. Sólo Sumeko había dado la impresión de considerar la oferta de ocupar una silla. Sibella, agitando los flacos brazos por la impresión, casi se desmayó.

—Nadie pone en duda la palabra de Elayne Aes Sedai, maese Cauthon —dijo Renaile din Calon con voz fría y profunda.

Aunque no le hubiesen presentado a la regia mujer vestida con sedas de colores rojo y amarillo, los arcaicos recuerdos mezclados con los suyos propios habrían hecho que Mat la identificara como la Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos merced a los diez gruesos aros de oro que lucía en las orejas; los aros estaban unidos a cada lado por una cadena de oro y medio ocultos bajo los finos aladares blancos, que contrastaban con el resto de su largo y liso cabello negro. Los medallones ensartados a lo largo de la cadena más fina que iba hasta el anillo de la nariz le indicaba el clan al que pertenecía, entre otras cosas. Lo mismo ocurría con los tatuajes de sus esbeltas y oscuras manos.

—Lo que cuestionamos es el peligro —continuó la imponente mujer—. No nos gusta dejar el agua sin una buena razón.

De pie, detrás de su silla, se agrupaban casi veinte mujeres de los Marinos en un estallido de sedas multicolores, pendientes y medallones en cadenas en su mayor parte. El primer detalle extraño que le había llamado la atención sobre ellas era su actitud hacia las Aes Sedai. Se mostraban impecablemente respetuosas, al menos de cara al exterior, pero Mat no había visto en su vida que nadie más las mirase con aires de suficiencia. Lo segundo le llegó de los recuerdos de aquellos otros hombres; no sabía mucho sobre los Marinos por ellos, pero sí lo suficiente. Todo Atha'an Miere, hombre o mujer, empezaba desde abajo, como grumete, ya estuviera destinado a convertirse algún día en el Maestro de Armas o en la Señora de los Barcos, y, en cada escalón intermedio, los Marinos eran tan puntillosos con respecto al rango que harían parecer descuidados a reyes y Aes Sedai en comparación. Por ello, las mujeres que había detrás de Renaile formaban un grupo de lo más peculiar —Detectoras de Vientos de Señoras de las Olas situadas hombro con hombro con Detectoras de Vientos de remontadores, de acuerdo con sus medallones—, pero dos llevaban blusas de fuertes colores de paño sencillo sobre las polainas untadas de grasa, propias de los marineros de cubierta, cada una con un único aro en la oreja izquierda. Un segundo y un tercer pendientes en la derecha indicaban que se las estaba instruyendo para Detectoras de Vientos, pero todavía les faltaba ganarse otros dos, por no mencionar el aro de la aleta de la nariz y, por consiguiente, pasaría aún mucho tiempo antes de que cualquiera de ellas dejara de encontrarse en la situación de ponerse a izar las velas siguiendo las órdenes del oficial de cubierta y de recibir en el trasero el golpe de látigo del oficial si no se movía lo bastante deprisa. Esas dos no encajaban en una reunión así conforme a los recuerdos

Librodot

que Mat tenía; normalmente, la Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos ni siquiera les habría dirigido la palabra.

—Exactamente lo que he dicho yo, Renaile —intervino Merilille en una actitud fríamente altiva. Era obvio que no les habían pasado inadvertidas aquellas miradas engreídas. El tono no varió cuando volvió su atención hacia Mat—. No os enfurruñéis, maese Cauthon. Estamos dispuestas a atender a razones. Si es que nos dais alguna.

Mat hizo acopio de paciencia; esperaba reunir suficiente. Tal vez lo conseguía si utilizaba las dos manos y los dos pies.

—Los gholams fueron creados a mediados de la Guerra del Poder, durante la Era de Leyenda —empezó por el principio. Casi por el principio de lo que Birgitte le había contado. Se volvió y miró a cada grupo de mujeres mientras hablaba. Así la Luz lo abrasara si le dejaba a una sola de ellas pensar que era más importante que él. O que les estaba rogando. Sobre todo teniendo en cuenta que era eso exactamente lo que estaba haciendo—. Fueron creados para asesinar Aes Sedai. Exclusivamente. Para matar personas capaces de encauzar. El Poder Único no os ayudará; el Poder no alcanza a un gholam. De hecho, perciben la habilidad de encauzar si se encuentran, digamos, a cincuenta pasos de la mujer en cuestión. También pueden sentir el poder dentro de vosotras. No distinguiréis a un gholam hasta que sea demasiado tarde, porque su aspecto es como el de cualquier otra persona. Exteriormente. Por dentro... Los gholams no tienen huesos; pueden deslizarse por debajo de una puerta. Y son lo bastante fuertes para arrancar una puerta con goznes de acero con una sola mano. —O desgarrar gargantas. Luz, debería haber dejado que Nalesean se quedara en la cama. Reprimió un escalofrío y continuó. Las mujeres, todas ellas, lo observaban, sin parpadear siquiera. No permitiría que lo viesen temblar.

»Sólo se crearon seis gholams: tres varones y tres hembras; al menos, eso es lo que aparentan. Por lo visto, incluso los Renegados sentían cierta inquietud por ellos. O tal vez decidieron simplemente que con seis era suficiente. En cualquier caso, sabemos que uno se encuentra en Ebou Dar, probablemente mantenido con vida desde el Desmembramiento dentro de una cámara estática. Ignoramos si se pusieron a otros en esa cámara, pero uno solo es más que suficiente. Quienquiera que enviara al gholam, y tuvo que ser uno de los Renegados, sabía que debía seguirnos al otro lado del río. Tuvo que mandarlo por el Cuenco de los Vientos y, por lo que me dijo, para matar a Nynaeve o a Elayne, posiblemente a ambas.

Les dirigió una rápida ojeada a las dos, reconfortante y comprensiva; nadie podía sentirse tranquilo sabiendo que esa cosa andaba detrás de uno. A cambio, obtuvo un gesto de extrañeza por parte de Elayne, apenas una leve arruga en la frente, y de Nynaeve un ligero ademán impaciente que restaba importancia a sus palabras y a la vez lo instaba a seguir con su explicación.

—Es de suponer —prosiguió mientras les lanzaba una mirada iracunda y pensaba que resultaba muy difícil no suspirar cuando se trataba con mujeres—, que quienquiera que enviara al gholam tiene que saber que el Cuenco se encuentra ahora aquí, en el palacio de Tarasin. Si él, o ella, envía al gholam a palacio, algunas de vosotras moriréis. Puede que muchas. No puedo protegeros a todas a la vez. Y también es posible que se apodere del Cuenco. Además, está Falion Bhoda, quien sin duda no debe de encontrarse sola, sin contar a Ispan, a la que habéis hecho prisionera, lo cual significa que tenemos que preocuparnos por el Ajah Negro asimismo, en caso de que los Renegados y el gholam no os parezcan suficiente peligro. —Reanne y las Mujeres Sabias adoptaron un aire aún más indignado que Merilille y sus amigas ante la mención del Ajah Negro, y las Aes Sedai, tensas y recogiéndose las faldas, parecían dispuestas a salir de la habitación encorajinadas a más no poder. Presionar, ése era el único recurso que le

Librodot

quedaba—. Bien, ¿entendéis ahora por qué todas debéis abandonar el palacio y llevar el Cuenco a algún lugar que no sepa el gholam, algún lugar que desconozca el Ajah Negro? ¿Veis por qué hay que hacerlo de inmediato?

El resoplido despectivo de Renaile habría sobresaltado a una bandada de gansos que se hubiese encontrado en el cuarto contiguo.

—Os repetís, maese Cauthon. Merilille Sedai afirma que nunca ha oído hablar de esos gholams. Elayne Sedai dice que había un hombre extraño, una criatura, pero poco más. ¿Y qué es esa... *cámara estática*? Eso no lo habéis explicado. ¿Cómo sabéis lo que afirmáis que sabéis? ¿Por qué habríamos de alejarnos más del agua de lo que ya estamos sin más motivos que lo que cuenta un hombre que se saca fábulas de la manga?

Mat miró a Nynaeve y a Elayne, aunque con escasa esperanza. Si hubieran abierto la boca este asunto habría acabado hacía rato; no obstante, se limitaron a devolverle la mirada y a practicar la máscara inexpresiva Aes Sedai hasta que las mandíbulas debieron de dolerles. No entendía su silencio. Un sucinto relato de lo acaecido en el Rahad era lo único que habían facilitado, y Mat habría apostado que ni siquiera habrían hecho la menor mención del Ajah Negro si hubiese habido otro modo de explicar que aparecieran en palacio con una Aes Sedai atada y escudada. A Ispan se la había confinado en otra parte del palacio y sólo un puñado de personas conocía su presencia allí. Nynaeve la había obligado a tragar alguna clase de brebaje, una mezcla de hierbas de olor repulsivo que había hecho que los ojos de la mujer se desorbitaran a medida que le bajaba por la garganta, y que se riera tontamente y, acto seguido, se tambaleara. A las restantes Mujeres Sabias las mandó que se quedaran en la habitación con ella como guardianas. Unas guardianas reacias pero muy aplicadas; Nynaeve había dejado extremadamente claro que, si dejaban que Ispan se escapara, más les valía echar a correr antes de que les pusiera las manos encima.

Mat puso gran empeño en no mirar hacia Birgitte, que se encontraba de pie junto a la puerta, con Aviendha. La Aiel llevaba un vestido ebudariano; no el de sencillo paño con el que había regresado a palacio, sino un traje de montar de seda gris que desentonaba con su cuchillo de puño de hueso y vaina sin adornos. Birgitte se había cambiado rápidamente el vestido por su habitual atuendo de chaqueta corta y pantalones amplios, en azul oscuro y verde oscuro. De su cadera colgaba una aljaba. Ella era la fuente de información sobre todo lo que Mat sabía acerca de los gholams —y de las cámaras estáticas— aparte de lo que había visto con sus propios ojos en el Rahad, pero no revelaría tal cosa ni aunque lo pusieran sobre una parrilla al rojo vivo.

—Una vez leí un libro que hablaba acerca de... —empezó, pero Renaile lo cortó.

—Un libro —se mofó—. No abandonaré la sal por un libro que las Aes Sedai no conocen.

De repente Mat cayó en la cuenta de que era el único varón presente en la estancia. Lan se había marchado por orden de Nynaeve, orden que obedeció tan sumisamente como Beslan la de su madre. Thom y Juilin habían ido a hacer el equipaje para el viaje y seguramente ya habrían acabado a esas alturas. Si es que servía para algo; si es que alguna vez se marchaban. El único hombre, y rodeado por un montón de mujeres que al parecer intentaban que se diese cabezazos contra la pared hasta que se le desparramaran los sesos por el suelo. No tenía sentido. Ni pizca. Seguían mirándolo, esperando.

Nynaeve, vestida de azul con rayas amarillas y remates de puntilla, se había echado la trenza hacia adelante, de manera que colgaba entre sus senos, pero aquel grueso sello de oro —el sello de Lan, ya se había enterado de ese detalle— permanecía colocado cuidadosamente para que no dejara de verse. Su semblante era sereno y sus manos reposaban sobre el regazo, pero a veces sus dedos se crispaban ligeramente.

Elayne, con un vestido ebudariano de seda verde, que hacía parecer que Nynaeve iba tapada a pesar del cuello de encaje finísimo que le subía hasta la barbilla, le sostuvo la mirada con unos ojos que semejaban fríos estanques de un color azul profundo. También sus manos reposaban en el regazo, pero de vez en cuando empezaban a seguir el trazo del bordado con hilo de oro que adornaba la falda para, de inmediato, parar. ¿Por qué no decían nada? ¿Intentaban vengarse de él? ¿Era un simple caso de «Mat tiene muchas ganas de mandar; dejemos que vea hasta dónde puede llegar sin nosotras»? Eso lo habría creído de Nynaeve, en cualquier otro momento, pero no de Elayne, ya no. Entonces, ¿por qué?

Reanne y las Mujeres Sabias se mantenían apartadas de él del modo que lo hacían con las Aes Sedai, pero su actitud hacia él había cambiado. Tamarla le dedicó una inclinación de cabeza bastante respetuosa. La rubia Famelle llegó incluso a dedicarle una sonrisa amistosa. Y, cosa extraña, Reanne se sonrojó levemente. Pero, en realidad, no contaban como oposición. Las seis mujeres no habían pronunciado ni diez palabras motu proprio entre todas desde que entraron en la habitación. Todas ellas saltarían si Nynaeve o Elayne chascaran los dedos, y seguirían saltando hasta que les dijeran que pararan.

Se volvió hacia las otras Aes Sedai. Rostros infinitamente sosegados, infinitamente pacientes. Salvo... Los ojos de Merilille dirigieron una fugaz ojeada más allá de él, hacia Nynaeve y Elayne. Sareitha empezó a alisarse la falda lentamente bajo su escrutinio, al parecer sin ser consciente de lo que hacía. Una imprecisa sospecha empezó a aflorar en su mente: manos moviéndose sobre las faldas, el sonrojo de Reanne, la aljaba presta de Birgitte. Una sospecha velada, y no sabía exactamente de qué, sólo que había enfocado el asunto de manera equivocada. Le asestó a Nynaeve una mirada severa, y a Elayne otra más severa aún. La mantequilla no se habría fundido en sus malditas lenguas.

Lentamente, se dirigió hacia las mujeres de los Marinos. Sólo caminó, pero oyó un resoplido que parecía el de Merilille, y a Sareitha murmurar «¡qué insolencia!». De acuerdo, ahora les enseñaría lo que era insolencia. Si a Nynaeve y a Elayne no les gustaba, entonces tendrían que haberlo incluido en sus confidencias. Luz, cómo detestaba que lo utilizasen. Sobre todo cuando no sabía cómo ni por qué.

Se paró frente a la silla de Renaile y estudió los oscuros rostros de las Atha'an Miere que se encontraban detrás antes de bajar la vista hacia ella. La mujer frunció el entrecejo mientras acariciaba un cuchillo, con piedras de la luna engastadas, que llevaba metido en el fajín. Más que hermosa era atractiva, de mediana edad, y, en otras circunstancias, Mat habría disfrutado mirándose en sus grandes ojos, unos oscuros estanques en los que un hombre podría pasarse toda una tarde sumergido. En otras circunstancias. De algún modo, las mujeres de los Marinos eran la mosca en el cántaro de leche, y él no tenía la menor idea de cómo sacarla. Se las arregló para controlar su irritación, aunque apenas. ¿Qué infiernos tenía que hacer?

—Todas podéis encauzar, según creo —empezó sosegadamente—, pero eso no tiene la menor trascendencia en mi caso. —Mejor ir al grano desde el principio—. Podéis preguntarles a Adeleas o a Vandene cuánto me importa el hecho de que una mujer sea capaz de encauzar.

Renaile miró hacia Tylin, pero no fue a la reina a quien se dirigió:

—Nynaeve Sedai —dijo secamente—, creo que no se hizo mención alguna en vuestro trato de que tuviera que escuchar a este joven calafatín. Yo...

—Me importa una mierda tus tratos con nadie, hija de las arenas —espetó Mat. Vaya, no tenía tan controlada la irritación como había imaginado. Un hombre aguantaba hasta cierto límite.

Librodot

A la espalda de la mujer hubo respingos y exclamaciones ahogadas. Más de un milenio atrás, una Atha'an Miere había llamado hijo de las arenas a un soldado esseniano justo un momento antes de intentar clavarle un cuchillo en las costillas; ahora el recuerdo se hallaba implantado en el cerebro de Mat Cauthon. No era el peor insulto entre los Marinos, pero no le andaba lejos. El rostro de Renaile se congestionó, los ojos le echaron chispas y, emitiendo un siseo, se incorporó velozmente con aquella daga incrustada de piedras de luna empuñada en la mano.

Mat se la arrebató antes de que la hoja llegara a su pecho y volvió a sentar a la mujer de un empellón. Thom tenía razón: sí que era rápido de reflejos. Y también seguía controlando el mal genio; por muchas mujeres que creyeran que podían hacerlo bailar como una marioneta, podía controlarlo.

—Escúchame bien, cuesco de pantoque. —Vale, a lo mejor no podía controlarlo del todo—. Nynaeve y Elayne os necesitan, de otro modo os dejaría al alcance del gholam para que os partiera los huesos y que el Ajah Negro se repartiera lo que quedara de vosotras. Bien, en lo que a ti concierne, soy el Maestro de Armas, y mis armas están desenvainadas. —Ignoraba lo que significaba eso exactamente, salvo lo que había oído una vez: «Cuando se desenvainan las armas, hasta la Señora de los Barcos se inclina ante el Maestro de Armas»—. Éste es el trato entre tú y yo: ¡iréis donde Nynaeve y Elayne quieran y, a cambio, no os ataré a todas vosotras sobre las grupas de caballos como albardas para arrastraros hasta dondequiera que sea!

Ése no era modo de comportarse; no con la Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos. Ni con el grumete de un barcucho de mala muerte, para el caso. Renaile temblaba por el esfuerzo de no lanzarse sobre él con las manos desnudas, sin importarle que tuviera una daga en la mano.

—¡Queda acordado, con la Luz por testigo! —bramó y los ojos casi se le salieron de las órbitas. Su boca se abrió y se cerró sin emitir sonidos mientras por su semblante pasaban la confusión y la incredulidad. En esta ocasión, los respingos y las exclamaciones ahogadas sonaron como si una ráfaga de viento hubiese arrancado las cortinas.

—Queda acordado —se apresuró a ratificar Mat, que se tocó los labios con los dedos y a continuación los puso sobre la boca de ella.

Al cabo de un momento la mujer hizo otro tanto; sus dedos temblaron sobre los labios del joven. Mat le tendió la daga y ella la contempló fijamente antes de cogérsela. El arma volvió a su vaina enjoyada; no era educado matar a alguien con el que se acababa de cerrar un acuerdo. Al menos, no hasta que los términos se cumplieran. Se alzaron susurros entre las mujeres apiñadas detrás de su silla que fueron creciendo de tono, y Renaile salió de su apatía para dar una fuerte palmada. Aquello hizo callar a todas, a las Detectoras de Vientos y a las Señoras de las Olas con tanta rapidez como a las dos aprendizas que eran marineras de cubierta.

—Creo que acabo de cerrar un trato con un *ta'veren* —dijo con aquella voz fría, profunda. La mujer podía dar clases a las Aes Sedai sobre cómo recobrar la compostura en cuestión de segundos—. Pero algún día, maese Cauthon, si la Luz quiere, creo que caminarás por una cuerda por mí.

Él ignoraba lo que significaba tal cosa, pero por el modo en que lo dijo no debía de ser agradable. Sacó a relucir todo su encanto e hizo su mejor reverencia.

—Todo es posible, si la Luz quiere —murmuró. Ser cortés convenía, después de todo. Pero la sonrisa de la mujer fue inquietantemente esperanzada.

Cuando se volvió hacia las otras mujeres, cualquiera habría pensado que le habían crecido cuernos y alas a juzgar por el modo en que lo miraban de hito en hito.

—¿Hay alguna otra objeción? —inquirió en tono irónico—. Suponía que no. En

Librodot

tal caso, sugiero que escojáis algún lugar bien lejos de aquí, y nos pondremos en marcha tan pronto como hayáis recogido vuestras pertenencias.

Hicieron un gran montaje fingiendo deliberar. Elayne mencionó Caemlyn y casi pareció que hablaba en serio, y Careane sugirió varios pueblos remotos de las Colinas Negras, a todos los cuales era fácil llegar a través de un acceso. Luz, cualquier sitio era factible con los accesos. Vandene habló de Arafel, y Aviendha propuso Rhuidean, en el Yelmo de Aiel, mientras que la expresión de las Atha'an Miere se tornaba más cabizbaja cuanto más lejos del mar se encontraban los lugares mencionados. Todo puro fingimiento. Para Mat, al menos, eso estaba claro viendo a Nynaeve toquetearse la trenza con impaciencia a pesar de que las sugerencias se sucedían sin pausa.

—Si se me permite hablar, Aes Sedai —dijo tímidamente Reanne, por último. Incluso levantó la mano—. Las Allegadas tenemos una granja al otro lado del río, unos cuantos kilómetros al norte. Todo el mundo sabe que es un lugar de retiro para las mujeres que necesitan un tiempo de silencio y contemplación, pero nadie la relaciona con nosotras. Los edificios son grandes y bastante cómodos, si fuese necesaria una estancia prolongada, y...

—Sí —la interrumpió Nynaeve—. Sí, suena perfecto. ¿Tú qué opinas, Elayne?

—Me parece estupendo, Nynaeve. Sé que Renaile agradecerá quedarse cerca del mar.

Las otras cinco hermanas casi se quitaron la palabra de la boca manifestando que les parecía maravilloso y la mejor sugerencia de todas.

Mat alzó los ojos al cielo. Tylin era todo un estudio del arte de no ver lo que tenía delante de las narices, pero Renaile saltó al cebo como una trucha a una mosca. Que era de lo que se trataba, naturalmente. Por alguna razón, no debía saber que Nynaeve y Elayne lo tenían planeado todo de antemano. Condujo a las otras mujeres de los Marinos a recoger las pertenencias que hubieran traído consigo antes de que Nynaeve y Elayne cambiaran de parecer.

Las dos habrían ido en pos de Merilille y las demás Aes Sedai, pero Mat les hizo un gesto con el dedo, llamándolas. Intercambiaron una mirada —Mat tendría que haber hablado durante una hora para relacionar todo lo que se transmitieron en esos instantes— y luego, para su sorpresa, se acercaron a él. Aviendha y Birgitte observaban desde la puerta, en tanto que Tylin lo hacía desde su sillón.

—Siento mucho haberte utilizado —se anticipó Elayne antes de que pudiera decir una palabra. Le dedicó una sonrisa llena de hoyuelos—. Teníamos razones para hacerlo, Mat, debes creerme.

—Razones que no necesitas saber —intervino Nynaeve con firmeza mientras se echaba la coleta a la espalda con un experto movimiento de cabeza que hizo que el sello de oro botara sobre sus senos. Lan *tenía* que estar loco—. Y he de decir que jamás esperé que actuaras como lo hiciste. ¿Qué te dio la idea de tratarlas de ese modo, *intimidándolas*? Podrías haber echado todo a rodar.

—¿Qué es la vida sin correr riesgos de vez en cuando? —replicó despreocupadamente. Por él, estupendo si pensaban que lo había planeado en lugar de deberse a un arranque de mal genio. Pero lo habían utilizado otra vez sin advertirle, y deseaba una pequeña venganza por ello—. La próxima vez que tengáis que hacer un trato con los Marinos, dejadme que lo resuelva yo. Tal vez de ese modo no resulte tan desastroso como el último.

El rubor de las mejillas de Nynaeve le reveló que había dado de lleno en el blanco. No estaba nada mal, considerando que había sido un tiro a ciegas.

Pero Elayne se limitó a comentar en un tono que intentaba ser contrito aunque sonó regocijado:

Librodot

—Un argumento propio de un súbdito muy *observante...* Eh, quiero decir, observador.

Al final iba a resultar que estar a bien con ella era peor que estar a mal.

Se encaminaron hacia la puerta sin dejarlo añadir más. En fin, en realidad no había esperado que le explicaran nada. Ambas eran Aes Sedai hasta la médula. Y un hombre aprendía a vivir con lo que fuera necesario.

Se había olvidado de Tylin por completo, pero no al contrario, y no había dado dos pasos cuando la mujer lo alcanzó. Nynaeve y Elayne se detuvieron en la puerta con Aviendha y Birgitte y los observaron. Así, todas vieron cómo Tylin le pellizcaba el trasero. Había ciertas cosas con las que nadie podría aprender a vivir. Elayne hizo un gesto de conmiseración, y Nynaeve otro de severa desaprobación. Aviendha se esforzó en contener la risa, sin mucho éxito, y Birgitte, por su parte, sonreía de oreja a oreja sin disimulo. Maldición, *todas* lo sabían.

—Nynaeve cree que eres un muchachito que necesita protección —le dijo la reina—. Yo sé que eres un hombre hecho y derecho. —Su ronca risita convirtió sus palabras en el comentario más obsceno que Mat había oído en su vida. Las cuatro mujeres que seguían en la puerta lo vieron ponerse rojo como un tomate—. Te echaré de menos, pichón. Lo que hiciste con Renaile fue magnífico. Admiro muchísimo a los hombres autoritarios.

—Yo también os echaré de menos —murmuró. Fue una conmoción darse cuenta de que era la pura verdad. Se marchaba de Ebou Dar justo a tiempo—. Pero si volvemos a encontrarnos, el acoso y derribo serán cosa mía.

Tylin rió quedamente y aquellos oscuros ojos de águila resplandecieron.

—Admiro a los hombres autoritarios, lechoncito, pero no cuando intentan serlo conmigo.

Luego lo agarró de las orejas y le hizo agachar la cabeza para besarlo.

No reparó cuándo se marcharon Nynaeve y las demás, y él salió de la habitación sintiendo las piernas temblorosas y metiéndose la camisa en los pantalones. Tenía que volver para recoger la lanza y el sombrero, que había dejado en un rincón. Esa mujer no tenía recato. Ni pizca.

Encontró a Thom y a Juilin saliendo de los aposentos de Tylin, seguidos por Nerim y Lopin, el mayordomo de Nalesean, cada cual cargado con una alforja de mimbre hecha para meter en las albardas. En ellas iban sus pertenencias, advirtió. Juilin llevaba el arco sin encordar de Mat y su aljaba colgada al hombro. Bueno, ella le había dicho que lo trasladaba.

—Encontré esto en tu almohada —comentó Thom mientras le lanzaba el anillo que había llevado puesto lo que ahora le parecía hacía un año—. Un regalo de despedida, al parecer; había nudos de amor y algunas flores esparcidas sobre *ambas* almohadas.

Mat se metió el anillo bruscamente.

—Es mío, maldita sea. Lo compré y lo pagué yo.

El viejo juglar se atusó el bigote con los nudillos y tosió en un intento fallido de disimular una amplia sonrisa. Juilin se quitó el ridículo gorro tarabonés y se enfrascó en la contemplación de la parte interior de la prenda.

—¡Rayos y centellas...! —Mat respiró hondo—. Espero que los dos hayáis dedicado un rato a ocuparos de vuestras pertenencias —continuó con tono tranquilo—, porque tan pronto como recoja a Olver, nos pondremos en marcha, incluso si resulta que nos dejamos atrás un arpa carcomida o un quiebra espadas roñoso.

Juilin se tocó el rabillo del ojo con el dedo, significara lo que significara tal cosa, pero Thom frunció el entrecejo. Los insultos a la flauta o al arpa del juglar eran insultos

Librodot

a él.

—Milord —llamó Lopin con voz lastimera. Era un hombre moreno, calvo, más orondo que Sumeko, y su chaqueta negra, propia de un plebeyo teariano, ajustada a la cintura y luego abriéndose hacia abajo, como la de Juilin, le quedaba verdaderamente apretada. Por lo general tan solemne como Nerim, ahora tenía los ojos enrojecidos como si hubiese estado llorando—. Milord, ¿existe la posibilidad de que me quede para estar presente en el entierro de lord Nalesean? Fue un buen amo.

Mat detestaba tener que decir que no.

—Cualquiera que dejemos atrás podría quedarse solo mucho tiempo, Lopin —respondió suavemente—. Escucha, necesitaré a alguien que me ayude a cuidar de Olver, y Nerim tiene trabajo de sobra conmigo. A decir verdad, Nerim tendrá que volver con Talmanes, ¿sabes? Si quieres, te tomaré a mi servicio.

Se había acostumbrado a tener un mayordomo y corrían muy malos tiempos para un hombre que buscara trabajo.

—Me gustaría mucho, milord —respondió en tono lúgubre el mayordomo—. El joven Olver me recuerda mucho al hijo menor de mi hermana.

Sólo que, cuando entraron en los antiguos aposentos de Mat, lady Riselle estaba allí, mucho más decentemente vestida que la última vez que Mat la había visto y totalmente sola.

—¿Y por qué iba a tenerlo atado a mí? —instó la mujer, con aquel busto realmente impresionante subiendo y bajando agitado mientras ella se ponía en jarras. Al parecer, el pichoncito de la reina no debía utilizar un tono brusco con las camareras de su majestad—. Si se corta demasiado las alas a un chiquillo, nunca se convertirá en un hombre como es debido. Leyó las páginas de su tarea en voz alta, sentado en mis rodillas; se habría pasado el día leyendo si lo hubiese dejado. Y también hizo las cuentas, así que lo dejé salir. ¿Por qué os preocupáis tanto? Prometió que regresaría al caer el sol, y parece tener mucha experiencia en lo de guardar promesas.

Mat dejó la *ashandarei* en el rincón de costumbre, les dijo a los otros hombres que soltaran los bultos y fueran a buscar a Vanin y a los demás Brazos Rojos. Después se despidió para sus adentros del espectacular busto de Riselle y regresó apresuradamente a los aposentos que compartían Nynaeve y las otras mujeres. Todas se encontraban allí, en la salita, así como Lan, con su capa de Guardián echada a la espalda y las alforjas cargadas al hombro, al parecer, las de Nynaeve. Repartidos por el suelo había muchos fardos de vestidos y baúles de un tamaño considerable. Mat se preguntó si también le harían cargar a Lan con todo eso.

—Pues claro que tienes que encontrarlo, Mat Cauthon —dijo Nynaeve—. ¿Crees que íbamos a abandonar al chiquillo?

Cualquiera que la hubiese oído pensaría que eso era exactamente lo que se proponía hacer él. De repente se le vino encima un aluvión de ofertas de ayuda, no sólo por parte de Nynaeve y Elayne, que proponían posponer el viaje a la granja, sino también de Lan, Birgitte y Aviendha brindándose a colaborar en la búsqueda. Lan lo hizo con su habitual aire frío e impasible, pero la arquera y la Aiel...

—Se me rompería el corazón si le ocurriera algo a ese chico —manifestó Birgitte.

—Siempre he dicho que no lo cuidabas como es debido —añadió Aviendha en el mismo tono afectuoso.

Mat apretó los dientes tanto que le rechinaron. En las calles de la ciudad, Olver podría eludir a ocho hombres hasta que apareciera de vuelta en palacio al caer el sol. Mantenía sus promesas, sí, pero había pocas esperanzas de que renunciara a un instante de libertad sin tener por qué. Cuantos más ojos hubiera, más rápida sería la búsqueda, en especial si todas las Mujeres Sabias se sumaban a ella. Dudó durante dos o tres

segundos; también él tenía unas promesas que cumplir, bien que fue lo bastante listo para no plantearlo desde ese punto de vista.

—El Cuenco es demasiado importante —contestó—. Ese gholam sigue ahí fuera, y puede que Moghedien también, y huelga decir que el Ajah Negro. —Los dados atronaban dentro de su cabeza. A Aviendha no le haría gracia que la incluyera en el grupo con Nynaeve y Elayne, pero en ese momento le importaba un bledo lo que pensara la Aiel, de modo que se dirigió a Birgitte y a Lan—. Cuidad de ellas hasta que pueda reunirme con vosotros. A todas ellas.

—Lo haremos —respondió inopinadamente Aviendha—. Lo prometo —añadió mientras toqueteaba la empuñadura de su cuchillo. Por lo visto no había entendido que ella era una a las que había que proteger.

Sí lo comprendieron Nynaeve y Elayne, y la mirada que le asestó la antigua Zahorí habría podido perforarle el cráneo; Mat esperaba que se propinara un tirón de la trenza, pero, cosa curiosa, la mano de la mujer sólo se alzó brevemente hacia el pelo para, de inmediato, bajar firmemente al costado. Elayne se contentó con alzar el mentón y clavar aquellos enormes ojos azules en él con expresión gélida. Nada de sonrisa con hoyuelos esta vez.

Lan y Birgitte también lo entendieron.

—Nynaeve es mi vida —repuso simplemente Lan al tiempo que posaba una mano en el hombro de la mujer. Lo curioso fue que, de repente, su expresión se tornó muy triste y acto seguido, de manera igualmente repentina, apretó las mandíbulas y pareció dispuesto a atravesar un muro de piedra abriendo un agujero con su propio cuerpo. Birgitte dedicó a Elayne una mirada cariñosa, aunque sus palabras iban dirigidas a Mat:

—Lo haré. En verdad y honor.

Mat se tiró de la chaqueta, sintiéndose incómodo. Aún no tenía muy claro cuánto le había revelado estando ebrio. Luz, y cómo bebía esa mujer; parecía una esponja. A pesar de todo, le dio la respuesta apropiada de un lord barashandino aceptando la promesa:

—El honor de la sangre; la verdad de la sangre.

Birgitte asintió y, a juzgar por las miradas sorprendidas que recibió de Nynaeve y de Elayne, la arquera seguía manteniendo sus secretos. Luz, si cualquier Aes Sedai descubría alguna vez lo de esos recuerdos, tanto daba que supieran que había tocado el Cuerno también; ni con cabeza de zorro ni sin ella, lo exprimirían hasta sacarle el último por qué y el último cómo. Cuando se volvía para marcharse, Nynaeve lo agarró de la manga.

—Recuerda la tormenta, Mat. Estallará muy pronto; lo sé. Ten cuidado, Mat Cauthon, ¿me has oído? Tylin tiene las indicaciones para llegar a la granja, cuando regreses con Olver.

Él asintió y se marchó a toda prisa; los dados en la cabeza parecían ecos del taconeo de sus botas. ¿Era durante la búsqueda cuando se suponía que debía tener cuidado o mientras Tylin le daba la dirección de la granja? Nynaeve y su Escuchar el Viento. ¿Acaso pensaba que un poco de lluvia iba a derretirlo? Porque, ahora que lo pensaba, una vez hubiesen utilizado el Cuenco de los Vientos volvería a llover. Parecía que habían pasado años sin que cayera una gota. Algo le rondó por la cabeza con respecto al tiempo y a Elayne, cosa que no tenía sentido, pero se desentendió de ello. Las cosas, de una en una, y lo más importante en ese momento era Olver.

Los hombres esperaban en la larga estancia de los Brazos Rojos, cerca de los establos, todos de pie excepto Vanin, quien yacía despatarrado en una de las camas, con las manos enlazadas sobre el orondo vientre. Vanin decía que un hombre debía descansar cuando tenía ocasión de hacerlo. Sin embargo, bajó los pies al suelo y se

Librodot

levantó en cuanto Mat entró. Estaba tan encariñado con Olver como los demás; lo único que Mat temía era que empezara a enseñar al chico cómo robar caballos y a cazar faisanes furtivamente. Siete pares de ojos se clavaron en él con fijeza.

—Riselle dijo que Olver llevaba puesta la chaqueta roja —les explicó—. A veces regala la ropa, pero si veis a cualquier golfillo de la calle con una buena chaqueta de ese color, probablemente sabrá dónde se encuentra Olver. Que cada uno vaya en una dirección, empezando desde Mol Hara y trazando espirales, e intentad volver dentro de una hora más o menos. Esperad hasta que todo el mundo haya regresado antes de reanudar la búsqueda, para que así, si alguien da con él, los demás no sigamos buscando hasta mañana. ¿Habéis entendido?

Los hombres asintieron. A veces esos hombres lo sorprendían. El larguirucho Thom, con su pelo y su bigote blancos, que en otro tiempo había sido amante de una reina, y mucho más de buen grado que él mismo, por no mencionar que fue algo más que un amante, si se daba crédito a lo que decía. Harnan, con su mandíbula cuadrada y su tatuaje en la mejilla, y alguno más en otros sitios, que había sido soldado toda su vida. Juilin, con su vara de bambú y su quiebra espadas a la cadera, que se consideraba tan bueno como cualquier lord, aunque la idea de llevar espada todavía lo hacía sentirse incómodo, y el gordo Vanin, que hacía que Juilin pareciese un lameculos en comparación. El flaco Fergin; Gorderan, con unos hombros casi tan anchos como los de Perrin, y Metwyn, cuyo rostro de tez pálida todavía parecía el de un muchacho a pesar de ser varios años mayor que él. Algunos seguían a Mat Cauthon porque creían que era afortunado, porque su suerte podría mantenerlos con vida cuando las armas se desenvainaban, y otros por razones que todavía Mat no tenía muy claras; pero lo seguían. Ni siquiera Thom había discutido una orden suya. Quizá lo ocurrido con Renaile había sido algo más que suerte. Tal vez, ser *ta'veren* influía en algo más que en meterlo en jaleos. De repente se sintió... responsable de aquellos hombres. Fue una sensación incómoda. La responsabilidad y Mat Cauthon no iban de la mano; no era natural.

—Cuidaos y no bajéis la guardia —advirtió—. Ya sabéis lo que hay ahí fuera. Y se aproxima una tormenta. —Vaya, ¿por qué demonios había dicho eso?—. Vamos, moveos. Estamos desperdiciando la luz del día.

El viento seguía soplando con fuerza y arrastraba polvo en la plaza de Mol Hara, con su estatua de una reina muerta mucho tiempo antes situada encima de la fuente, pero no había otra señal que anunciara una tormenta. La tal Nariene había tenido fama de honesta, aunque no tanto como para ser representada con el torso completamente desnudo. El sol de la tarde brillaba en lo alto de un cielo despejado, sin rastro de nubes, pero la gente se movía por la plaza tan deprisa como en las horas frescas de la mañana. Esa templanza había desaparecido ya, a pesar del viento, y bajo sus botas los adoquines parecían una parrilla.

Tras echar una ojeada a La Mujer Errante, al otro lado de la plaza, Mat se encaminó hacia el río. Cuando estaban en la posada, Olver no había salido con los golfillos de la calle ni la mitad de las veces que ahora; se había sentido más que conforme con comerse con los ojos a las camareras y a las hijas de Setalle Anan. Menudo acierto el de los dados induciéndolo a trasladarse a palacio. Todo lo que había hecho desde que dejó la posada —todo lo que había querido hacer, se corrigió al pensar en Tylin y sus ojos, y sus manos—, cualquiera de esas cosas habría podido llevarla a cabo de igual forma sin necesidad de trasladarse. Los dados rodaban ahora, y Mat deseó que desaparecieran de su cabeza de una vez por todas.

Intentó avanzar a buen paso, adelantando por los lados a los lentos carros y carretas con impaciencia, maldiciendo a los lacados palanquines y carruajes que casi lo

arrollaron, en todo momento ojo avizor a una chaqueta roja de niño, pero el ajetreo de las calles lo frenaba al tener que avanzar en zigzag. Pensándolo bien, ello era conveniente; no tenía sentido pasar por alto al chico a causa de la prisa. Deseando haber cogido a *Puntos* de los establos de palacio, miró a la multitud que pasaba a su lado con el entrecejo fruncido; un hombre a lomos de un caballo no habría avanzado más rápido entre el gentío, pero sí habría alcanzado a ver más lejos. Claro que, hacer preguntas desde una silla de montar habría resultado muy incómodo; de hecho, eran pocos los que iban a caballo por la ciudad, y había gente que tendía a rehuir a cualquiera que fuera montado.

Siempre la misma pregunta; la primera vez que la hizo fue en un puente, nada más dejar atrás Mol Hara, a un tipo que vendía manzanas asadas con miel en una bandeja que llevaba colgada de una correa al cuello. A Olver le gustaban los dulces.

—¿Has visto a un chico, de esta estatura más o menos, con una chaqueta roja?

—¿Un chico, milord? —dijo el tipo, casi escupiendo las palabras entre los contados dientes que le quedaban—. Chicos he visto a cientos, pero no recuerdo una chaqueta roja. ¿Le gustaría a milord una manzana o dos? —Cogió un par con los huesudos dedos y se las tendió a Mat; por el modo en que cedían a la presión de sus dedos, estaban más pasadas de lo que podría justificar el asado—. ¿Se ha enterado milord de los disturbios callejeros?

—No —replicó secamente Mat, que siguió avanzando. Al otro lado del puente paró a una mujer metida en carnes, con una bandeja de cintas. Olver no sentía interés alguno por las cintas, pero seguro que le habrían llamado la atención las enaguas rojas que asomaban bajo la falda recogida con puntadas hasta casi la cintura de la mujer, así como el escote del corpiño que dejaba a la vista parte de un busto muy semejante al de Riselle—. ¿Has visto a un chico...?

La mujer también le comentó lo de los disturbios, al igual que la mitad de las personas a las que preguntó. Sospechaba que ese rumor había empezado con los acontecimientos ocurridos en cierta casa del Rahad, aquella misma mañana. La conductora de una carreta, con el largo látigo enrollado al cuello, le dijo incluso que el tumulto había sido al otro lado del río, después de responder que nunca se fijaba en los chicos a menos que se metieran debajo de las patas de sus mulas. Un tipo de cara cuadrada que vendía panales de miel —unos panales de aspecto increíblemente seco— afirmó que los disturbios habían sucedido cerca del faro del final de la calzada de la Bahía, en la Punta Oeste de la boca del estuario, un lugar tan poco probable para ser escenario de una asonada como el centro de la propia bahía. Si uno prestaba oídos, en una ciudad siempre había cientos de rumores, y Mat, al parecer, estaba abocado a escuchar fragmentos de todos ellos. Una de las mujeres más preciosas que había visto en su vida, a la cual encontró en la puerta de una taberna —Maylin era camarera de El Borrego Viejo, pero en apariencia su única ocupación era estar de pie en la puerta para atraer clientes, objetivo que ciertamente conseguía—, le dijo que esa mañana se había producido una batalla, en las colinas Cordese, al oeste de la ciudad, creía, o quizás en las colinas Rhannor, al otro lado de la bahía. O puede que en... Verdaderamente guapa, la tal Maylin, pero con muy pocas luces; seguro que Olver se habría pasado horas contemplándola, siempre y cuando la chica no abriese la boca. Sin embargo, no recordaba haber visto a un chico con una chaqueta... ¿De qué color había dicho? Le hablaron de tumultos y batallas, de tantas y tantas cosas raras vistas en el cielo o en las colinas como para poder poblar la Llaga con ellas. Oyó que el Dragón Renacido iba a descender sobre la ciudad en cualquier momento, acompañado por miles de hombres capaces de encauzar; que los Aiel se aproximaban; que venía un ejército de Aes Sedai; no, era un ejército de Capas Blancas; que Pedron Niall había muerto y que los Hijos se

Librodot

proponían vengarlo, aunque, por qué hacerlo en Ebou Dar no estaba muy claro. Cualquiera habría pensado que la ciudad se encontraría sumida en el pánico con todas esas historias rondando por las calles, pero lo cierto era que, incluso los que contaban el rumor, generalmente sólo lo creían a medias. Es decir, que le hablaron de todo tipo de estupideces, pero ni una palabra sobre el chico de chaqueta roja.

A unas pocas calles del río empezó a oír truenos, unos fuertes y secos estampidos que parecían llegar del mar. La gente alzaba la vista con curiosidad hacia un cielo despejado, se rascaba la cabeza y volvía a sus quehaceres. Mat hizo otro tanto y siguió preguntando a todos los vendedores de dulces o frutas que vio, así como a todas las mujeres bonitas con las que se cruzó. Todo ello sin resultado. Al llegar al largo muelle de piedra que se extendía a lo largo de la ribera de la ciudad hizo una pausa para observar los grises embarcaderos que se adentraban en el agua y los barcos amarrados a ellos. El viento soplaba con fuerza y mecía las embarcaciones, rozándolas contra los muelles de piedra a pesar de las bolsas rellenas de lana que colgaban de los costados como defensas. A diferencia de los caballos, a Olver no le interesaban los barcos, salvo como un medio de viajar de aquí para allí, y los barcos eran asunto de hombres en Ebou Dar aun cuando, a menudo, el cargamento que transportaban no lo fuera. Las mujeres presentes en los muelles eran mercaderes vigilando sus mercancías o miembros del gremio de estibadores armados hasta los dientes; además, allí no encontraría vendedores de dulces.

A punto de darse media vuelta, Mat cayó en la cuenta de que casi nadie se movía. Por lo general, los muelles bullían de actividad y, sin embargo, en todos los barcos que alcanzaba a ver los tripulantes se alineaban en la borda o trepaban a los aparejos para otear hacia la bahía. Barriles y cajas habían quedado abandonados, mientras hombres sin camisa y mujeres fibrosas con chalecos de cuero se apiñaban en la punta de los embarcaderos para atisbar entre los barcos, en dirección sur, hacia la tronada. Allí, un humo negro se alzaba en gruesas columnas, inclinadas de manera notoria hacia el norte, por el viento.

Tras una breve vacilación, Mat corrió hacia el extremo del embarcadero más cercano. Al principio, los barcos amarrados a los muelles de piedra hacia el sur le tapaban la vista de cualquier cosa que no fuese el humo. Sin embargo, debido a la línea que trazaba la costa, cada embarcadero sobresalía más que su inmediato anterior; una vez que logró abrirse paso a codazos entre la cuchicheante multitud apiñada en la punta del muelle, tuvo a la vista el ancho río, que formaba un paso abierto de agitadas aguas verdosas hasta la bahía de olas encrespadas.

Al menos dos docenas de barcos, puede que más, ardían en el extenso estuario, envueltos en llamas de punta a punta. Otros cuantos ya habían naufragado y sólo se veía su proa o su popa, que poco a poco se hundía en las aguas. Mientras observaba, la proa de un navío de dos palos, en el que ondeaba una bandera roja, azul y oro, el estandarte de Altara, de repente explotó con un gran estruendo semejante al trueno, y columnas de humo, que se engrosaron rápidamente, fueron barridas por el viento a la par que la embarcación se hundía. Por el agua se deslizaban cientos de naves, todas las que había en la bahía —los surcadores y rasadores de tres palos y los remontadores de dos palos de los Marinos, barcos costeros con sus velas triangulares, los fluviales impulsados por vela o remos—, algunas huyendo río arriba y la mayoría intentando ganar mar abierto. Veintenas de embarcaciones penetraban en la bahía a favor del viento, naves de proas imponentes, más altas que las de cualquiera de los surcadores, cortando las embravecidas olas y salpicando espuma. A Mat se le cortó la respiración cuando divisó las velas cuadradas, con nervaduras.

—¡Rayos y centellas! —exclamó, conmocionado—. ¡Son los jodidos seanchan!

Librodot

—¿Quiénes? —demandó una mujer de semblante serio que estaba a su lado. El vestido de paño azul oscuro y buena confección la señalaba como una mercader, tanto como la carpeta de cuero que llevaba para los conocimientos de embarque o la insignia del gremio, un alfiler de plata, prendida en la pechera—. Son las Aes Sedai —manifestó en tono convencido—. Sé reconocer el encauzamiento cuando lo veo. Los Hijos de la Luz acabarán con ellas tan pronto como lleguen. Ya lo veréis.

Una mujer larguirucha y canosa, con un mugriento chaleco verde, se giró para enfrentarse a ella mientras toqueteaba la empuñadura de madera de su daga.

—¡Mucho ojo con lo que dices sobre las Aes Sedai, asquerosa arrampla monedas, o te pelaré y haré que te tragues un jodido Capa Blanca para rellenarte como un capón!

Mat las dejó agitando los brazos y gritándose una a la otra, y se abrió paso entre la muchedumbre para después correr hacia el muelle principal. Ya alcanzaba a ver tres —no, cuatro— enormes criaturas volando en círculo sobre la ciudad, hacia el sur, sustentadas por grandes alas semejantes a las de los murciélagos. En sus lomos se distinguían figuras, al parecer montadas en alguna especie de silla. Apareció otra criatura, y otra más. Bajo ellas, las llamas brotaban de los tejados en medio de un gran estruendo.

La gente corría, zarandeando a Mat mientras se abría paso trabajosamente por las calles.

—¡Olver! —gritó con la esperanza de ser oído por encima de otros gritos que sonaban por doquier, así como también chillidos—. ¡Olver!

De pronto, todo el mundo pareció dirigirse en sentido contrario al que él llevaba, y pasó a su lado a empellones. Mat resistió con empeño para no ser arrastrado por la avalancha de gente, y llegó a una calle donde la razón por la que los demás habían huido quedó patente.

Una columna montada venía por ella, un centenar o más de seanchan con los yelmos que recordaban cabezas de insectos y las armaduras de láminas imbricadas, todos cabalgando animales que parecían felinos, del tamaño de caballos, pero con el cuerpo cubierto de escamas broncíneas en lugar de pelo. Inclinados hacia adelante en las sillas, las lanzas adornadas con cintas azules en ristre, galopaban hacia la plaza de Mol Hara sin mirar hacia los lados. Aunque el término «cabalgar» no era el más adecuado para el modo en que se desplazaban esos animales; la velocidad sí encajaba, pero se movían... deslizándose. Había llegado el momento de largarse de allí; cuanto antes. Tan pronto como encontrara a...

Cuando pasaba el final de la columna, un manchón rojo, a la altura de la cintura de un hombre, atrajo su atención hacia la multitud de la calle, al otro lado del cruce.

—¡Olver!

Cruzó a todo correr, casi cuando acababa de pasar la última criatura de piel escamosa, empujando a la gente y a tiempo de ver a una mujer que, con los ojos desorbitados por el espanto, cogía a una niñita de vestido rojo y echaba a correr con la pequeña apretada contra su pecho. Desesperado, Mat siguió abriéndose camino y propinando empellones y codazos cuando chocaban contra él y a su vez chocando no pocas veces contra los demás.

—¡Olver! ¡Olver!

Dos veces más vio una columna de fuego alzándose fugazmente sobre los tejados, y el humo elevándose hacia el cielo en una docenas de sitios distintos. En varias ocasiones oyó aquellos estampidos ensordecedores, ya no en la bahía, sino mucho más cerca, dentro de la ciudad, no le cabía duda, y sintió el suelo sacudiéndose bajo sus pies.

Y entonces la calle volvió a encontrarse casi vacía ya que la gente huía en todas direcciones, por los callejones y en el interior de casas y tiendas; los seanchan se

Librodot

aproximaban en caballos. No todos eran hombres armados; casi a la cabeza del pequeño bosque de lanzas cabalgaba una mujer de tez oscura, con un vestido azul. Mat sabía que las anchas franjas plateadas de la falda y la pechera tenían forma de rayos. Una cadena de plata, reluciente al sol, conectaba su muñeca izquierda con el cuello de una mujer de gris, una *damane*, que trotaba junto al caballo de la *sul'dam* como un perro faldero. En Falme, Mat había visto más seanchan de lo que le habría gustado, pero, inconscientemente, hizo un alto en la boca del callejón y observó. Los estampidos y los fuegos eran la prueba de que alguien en la ciudad intentaba al menos presentar resistencia, y ahora iba a ser testigo de uno de esos intentos.

Los seanchan no eran la única razón por la cual la gente se había escabullido. Al otro extremo de la calle, alrededor de un centenar de hombres montados pusieron lanzas en ristre. Vestían anchos pantalones blancos y chaquetas verdes, y entre ellos brillaron los galones dorados del yelmo de un oficial. Con un grito general, el centenar de soldados de Tylin se lanzó contra los atacantes de la ciudad. Superaban en dos a uno a los seanchan que tenían delante.

—Malditos estúpidos —masculló Mat—. Así no. Esa *sul'dam* os...

El único movimiento entre los seanchan fue el de la mujer con el vestido de franjas en zigzag, que levantó la mano y señaló, como haría un cazador para lanzar al aire a un halcón posado en su muñeca o para azuzar a un perro. La mujer de cabello dorado situada al otro extremo de la correa de plata dio un paso adelante. El medallón de la cabeza de zorro se tornó frío contra el pecho de Mat.

Bajo los cascos de la vanguardia del pelotón ebudariano a la carga, la calle explotó repentinamente y adoquines, hombres y caballos salieron lanzados por el aire en medio de un ensordecedor estampido. La onda expansiva tiró a Mat patas arriba, o tal vez fuera por el modo en que el suelo pareció combarse bajo sus pies. Se incorporó justo a tiempo de presenciar cómo se desplomaba la fachada de una posada de la calle en medio de una nube de polvo; el interior de las habitaciones quedó a la vista.

Hombres y caballos —y trozos de hombres y caballos— yacían por doquier, los que aún vivían sacudidos por violentas convulsiones, alrededor de un agujero que ocupaba la mitad de la calle. Los gritos de los heridos llenaban el aire. Menos de la mitad de los ebudarianos se levantaron con esfuerzo, aturdidos y tambaleándose; algunos agarraron las riendas de caballos tan temblorosos e inestables como ellos, se subieron a las sillas y taconearon a los animales para emprender algo parecido a un galope. Otros se limitaron a correr a pie. Todos alejándose de los seanchan, huyendo. Podían enfrentarse a armas de acero, pero no a eso.

Huir, comprendió Mat, era una buena idea en ese momento. Una ojeada hacia la parte posterior del callejón le descubrió polvo y escombros apilados hasta casi la altura de un piso. Echó a correr calle abajo, delante de los ebudarianos que huían, manteniéndose tan cerca de las paredes como era posible, confiando en que ninguno de los seanchan lo tomara por uno de los soldados de Tylin. No debió ponerse una chaqueta verde esa mañana.

Al parecer, la *sul'dam* no se había quedado satisfecha con el resultado. La cabeza de zorro se puso fría de nuevo y, a su espalda, otro estampido lo lanzó al suelo al tiempo que el pavimento se combaba y le salía al encuentro. A través del zumbido de los oídos, Mat oyó el crujido de mampostería. Sobre él, la pared de ladrillos estucados empezó a inclinarse.

—¿Qué ocurre con mi jodida suerte? —gritó.

Tuvo tiempo para eso, y también para darse cuenta, mientras ladrillos y vigas se derrumbaban encima de él, de que los dados dentro de su cabeza habían enmudecido de golpe.

CAPÍTULO 22

Lanzas

Las montañas se elevaban en derredor de Galina Casban; algunas, las que tenía a la espalda, eran poco más que colinas altas, pero al frente había picos nevados, y cumbres más altas detrás de aquellas primeras. Las piedras de la ladera le herían los pies descalzos. La mujer jadeaba y respiraba con dificultad; el sol, en lo alto, caía abrasador como venía haciéndolo desde lo que a ella le parecían días interminables, y la hacía sudar a mares. Cualquier cosa más allá de mover un pie y luego otro parecía fuera de su alcance. Qué curioso que transpirando de ese modo tuviera la boca tan seca.

Llevaba casi noventa años de Aes Sedai, aunque su largo cabello negro todavía no tenía canas, pero durante casi veinte años había ocupado el puesto de cabeza del Ajah Rojo —la Altísima, como la llamaban otras Rojas en privado, y considerada por algunas de ellas como una igual de la Sede Amyrlin— y todos esos años, salvo los cinco primeros que llevó el chal, en realidad había pertenecido al Ajah Negro. No con exclusión de sus deberes como Roja, sino con otros aún más importantes. Su puesto en el Consejo Supremo del Ajah Negro era el inmediato inferior al de Alviarin, y era una de las únicas tres personas que conocía el nombre de la mujer que dirigía las reuniones de encapuchadas. Podía pronunciar un nombre cualquiera en esos conciliábulos —incluso uno de un rey— y sabía que ese nombre se contaría entre los de los muertos. Ya había ocurrido con un rey y una reina. Había contribuido a derrocar a dos Amyrlin, a convertir a la mujer más poderosa del mundo en una infeliz que no dejaba de aullar, ansiosa de contar todo cuanto sabía; a hacer que pareciera que una de ellas había muerto mientras dormía y que a la otra se la destituyese y se la neutralizara. Cosas así eran tareas que debía realizar, al igual que exterminar a los hombres con capacidad de encauzar, no actos que le proporcionaran placer más allá de la satisfacción de un trabajo bien hecho, pero sí había disfrutado dirigiendo el círculo que había neutralizado a Siuan Sanche. Sin duda, tales cosas significaban que Galina Casban se encontraba entre las personas más poderosas del mundo. A buen seguro que sí. Tenía que ser así.

Las piernas le flaquearon como muelles que han perdido la elasticidad, y cayó pesadamente, incapaz de sostenerse al llevar los brazos atados a la espalda hasta los codos. La ropa interior, que había dejado de ser blanca y que era la única ropa que le habían dejado, volvió a rasgarse mientras resbalaba sobre las piedras sueltas, de manera que le produjeron arañazos en los verdugones. La frenó un árbol. Con la cara apretada contra el suelo empezó a sollozar.

—¿Cómo? —gimió con un hilo de voz—. ¿Cómo me ha podido pasar esto a mí?

Al cabo de un momento cayó en la cuenta de que no la habían incorporado a la fuerza; por muy frecuentemente que se hubiese ido al suelo, no le habían dado un instante de respiro. Parpadeó para quitarse las lágrimas de los ojos y alzó la cabeza.

Mujeres Aiel cubrían la ladera, varios cientos de ellas repartidas entre los árboles estériles, con sus lanzas y los velos, que podían alzar en cualquier momento, colgando sobre el pecho. Galina sintió ganas de reír. Doncellas; esas monstruosas mujeres se llamaban a sí mismas Doncellas. Ojalá pudiera reírse. Podía dar gracias de que al menos no hubiese hombres presentes. Los varones le ponían carne de gallina, y si uno de ellos

Librodot

pudiera verla ahora, casi desnuda...

Sus ojos buscaron a Therava con ansiedad, pero la mayoría de las aproximadamente setenta Sabias se encontraban agrupadas, mirando algo más arriba de la vertiente y le tapaban la vista. Parecía haber un murmullo de voces en la parte anterior del grupo. Quizá las Sabias deliberaban sobre algo. Las Sabias. Habían sido brutalmente eficaces enseñándole el tratamiento correcto, y en ningún momento llamarlas Aiel simplemente, y menos aún espontáneas. Por mucho que quiso ocultarlo, habían percibido su desprecio. Claro que una no tenía que intentar ocultar aquello que le han extirpado a sangre y fuego.

En su mayoría, las Sabias miraban en aquella dirección, pero no todas. El brillo del *Saidar* envolvía a una joven bonita, de cabello rojo, con una boca de trazos delicados, que vigilaba atentamente a Galina con sus grandes ojos azules. Tal vez para demostrar su propio desprecio, habían escogido a la más débil de todas ellas para que la mantuviese escudada esa mañana. Micara no era realmente débil en el Poder —ninguna de ellas lo era—, pero con toda su habilidad, a Galina no le habría costado mucho esfuerzo romper su escudo. Un músculo de la mejilla se contrajo convulsivamente sin que pudiera controlarlo; siempre le pasaba cuando se planteaba otro intento de huida. El primero había acabado bastante mal, pero el segundo... Se estremeció y luchó para no romper a llorar otra vez. No podía intentarlo de nuevo hasta estar segura del éxito. Muy segura. Absolutamente segura.

El nutrido grupo de Sabias se apartó y sus miradas siguieron a Therava mientras la mujer de rostro de halcón se dirigía hacia Galina. Jadeando repentinamente otra vez, con aprensión, la Aes Sedai intentó ponerse de pie. Maniatada y con los músculos tan flojos como si fuesen de gelatina, sólo había conseguido ponerse de rodillas cuando Therava se inclinó sobre ella, los collares de marfil y oro tintineando suavemente; la Sabia agarró a Galina por el pelo y la obligó a echar la cabeza hacia atrás con brusquedad. Más alta que la mayoría de los hombres, Therava hacía aquello incluso cuando Galina se encontraba de pie, doblándole dolorosamente el cuello para que la mirara a la cara. En cierto sentido, Therava era más fuerte que ella en el Poder, cosa que pocas mujeres podían decir, pero no era eso lo que hacía temblar a Galina. Los fríos ojos azules se clavaron en los suyos y la inmovilizaron con más firmeza que su mano; parecieron desnudar su alma con la misma facilidad con la que la manejaba. Todavía no había suplicado, ni siquiera cuando la obligaban a caminar el día entero sin darle apenas unas gotas de agua, ni cuando la forzaban a mantener el ritmo mientras ellos corrían durante horas, ni cuando sus varazos la hacían aullar de dolor. Era el semblante cruel de Therava, contemplándola impasible, el que la hacía desear suplicar. A veces se despertaba sollozando por la noche —que la pasaba atada en aspa a las cuatro estacas clavadas en el suelo— del sueño en el que pasaba toda la vida en poder de Therava.

—Ya está al borde del colapso —dijo la Sabia con una voz dura como la piedra—. Dadle agua y llevadla.

Giró sobre sus talones mientras se ajustaba el chal y se olvidó de Galina Casban hasta que fuera necesario acordarse de ella otra vez; para Therava, la Aes Sedai era menos importante que un perro callejero.

Galina no intentó levantarse; ya le habían «dado de beber» suficientes veces a estas alturas para saber lo que tenía que hacer; era el único modo en que le dejaban beber. Ansiando el agua, no se resistió cuando una corpulenta Doncella la agarró por el cabello como Therava y le echó la cabeza hacia atrás. Ella se limitó a abrir la boca cuanto le fue posible. Otra Doncella, que tenía una cicatriz fruncida a través de la mejilla y la nariz, inclinó un odre y vertió lentamente un chorrito en la boca expectante de Galina. El agua estaba caliente; le pareció deliciosa. Tragó con movimientos

convulsos, torpemente, manteniendo abierta la boca. Además de desear beber toda el agua posible, ansiaba mover la cara bajo aquel minúsculo chorrillo para que le humedeciera las mejillas y la frente, pero mantuvo la cabeza inmóvil a fin de que cada gota llegara a su garganta. Derramar agua era motivo para que le dieran otra paliza; la habían azotado, a pocos pasos de un arroyo de seis metros de anchura, por haber vertido un buche por las mejillas.

Cuando le retiraron el odre, la Doncella corpulenta la levantó bruscamente tirando de los brazos atados. Galina gimió. Las Sabias se recogían las faldas y las sujetaban en los brazos, dejando las piernas al aire, bastante más arriba de donde les llegaban las altas y flexibles botas. No podían empezar a correr otra vez. No en aquellas montañas.

Las Sabias trotaron con igual facilidad que en terreno llano. Una Doncella, a la que no vio por estar a su espalda, le dio con una vara en la parte posterior de los muslos y la Aes Sedai inició algo parecido a un trote, tambaleándose, medio arrastrada por la corpulenta Doncella. Cada vez que le flojeaban las piernas, la vara le atizaba en los muslos. Si el ritmo de marcha se prolongaba el resto del día, harían turnos, una Doncella manejando la vara y otra tirando de ella. Galina corrió, subiendo trabajosamente las cuestas y resbalando en las bajadas. Un felino de montaña, semejante a un puma pero con franjas pardas en el pelo leonado y más pesado que un hombre, les rugió desde una rocosa cornisa; era una hembra, ya que no tenía los mechones de las orejas y los carrillos. Galina deseó gritarle que huyera, que escapara antes de que Therava la atrapara. Los Aiel pasaron corriendo ante el encrespado animal sin prestarle atención, y Galina lloró de envidia por la libertad del felino.

Al final acabarían rescatándola, por supuesto; lo sabía. La Torre no permitiría que una hermana estuviera en cautividad. Elaida no dejaría que tuvieran prisionera a una Roja. Sin duda, Alviarin enviaría a alguien en su rescate. Cualquiera, con tal de que la salvaran de esos monstruos, en especial de Therava. Prometería cualquier cosa por esa liberación; incluso cumpliría esas promesas. Galina había sido eximida de los Tres Juramentos al unirse al Ajah Negro, reemplazándolos por un nuevo trino, pero en ese momento realmente creía que mantendría su palabra si eso era el precio de su rescate. Cualquier promesa, a cualquiera que la salvara. Incluso a un hombre.

Para cuando las tiendas bajas aparecieron a la vista, confundiéndose en las laderas arboladas con tanta eficacia como el felino había hecho merced a sus oscuros colores, eran dos Doncellas las que sostenían a Galina y tiraban de ella. Los gritos se alzaron por doquier, gritos jubilosos de bienvenida, pero Galina fue arrastrada en pos de las Sabias, más hacia dentro del campamento, todavía corriendo y tropezando.

Sin previo aviso, las manos la soltaron y ella cayó de bruces al suelo y se quedó tendida allí, con la nariz metida en el polvo y las hojas secas, respirando por la boca. Tosió al entrarle un trozo de hoja, pero se sentía demasiado débil para girar la cabeza. La sangre le martilleaba en los oídos, pero las voces llegaron a su mente y poco a poco las palabras empezaron a cobrar sentido.

—... habéis tardado, Therava —decía una voz familiar de mujer—. Nueve días. Nosotros regresamos hace mucho.

¿Nueve días? Galina sacudió la cabeza, de manera que se arañó la cara con el suelo. Desde que los Aiel habían matado a su caballo, su mente había reducido los días a una mezcolanza de sed, carreras y palizas, pero sin duda tenía que haber pasado más tiempo. Semanas, a buen seguro. Un mes o más.

—Traedla —dijo la conocida voz con impaciencia.

Unas manos la levantaron sin miramientos y la empujaron hacia adelante, obligándola a inclinarse para pasar bajo el borde de una tienda que tenía los laterales levantados todo en derredor. La arrojaron sobre unas alfombras superpuestas, el borde

Librodot

de un complejo dibujo teariano, en rojo y azul, montado sobre el de unas flores de colores chillones que había debajo de su nariz. No sin dificultad, levantó la cabeza.

Al principio sólo vio a Sevanna, sentada en un gran cojín amarillo adornado con borlas, ante ella. Sevanna, con su cabello semejante a oro hilado y sus claros ojos esmeralda. La traidora Sevanna, que le había prometido desviar la atención de ellas atacando Cairhien, y que después había faltado a su palabra al intentar liberar a al'Thor. Sevanna, quien, al menos, podría arrancarla de las garras de Therava.

Se esforzó para ponerse de rodillas y, por primera vez, advirtió que había más gente en la tienda. Therava estaba sentada en un cojín, a la derecha de Sevanna y a la cabeza de un semicírculo de Sabias, catorce mujeres capaces de encauzar, aunque Micara, que seguía manteniéndola escudada, se encontraba al final de la hilera de pie, en lugar de sentada. La mitad de ellas había formado parte del grupo de Sabias que la habían capturado con tan insultante facilidad. Jamás volvería a ser tan descuidada con las Sabias; nunca jamás. Hombres y mujeres de estatura baja y vestidos con ropas blancas se movían detrás de las Sabias, ofreciendo en silencio bandejas de oro o plata con pequeñas copas; otros hacían lo mismo en el lado opuesto de la tienda, donde una mujer canosa, con el atuendo Aiel de chaqueta y pantalones pardos, estaba sentada a la izquierda de Sevanna y a la cabeza de otro semicírculo, éste formado por doce varones Aiel de rostros pétreos. Hombres. Y ella no llevaba encima nada excepto la ropa interior, llena de jirones y con grandes agujeros en algunos sitios. Galina apretó los dientes a fin de ahogar un grito y se obligó a erguir la espalda para no seguir el impulso de escabullirse entre las alfombras y esconderse de las miradas de aquellos ojos masculinos.

—Por lo visto las Aes Sedai pueden mentir —dijo Sevanna, y Galina palideció. Esa mujer no podía saberlo; imposible—. Hiciste promesas, Galina Casban, y las rompiste. ¿Creías que podíais matar a una Sabia y luego escapar impunemente de nuestras lanzas?

Por un instante, el alivio paralizó la lengua de Galina. Sevanna no sabía nada del Ajah Negro. Si no hubiese abandonado la Luz tanto tiempo atrás, le habría dado las gracias. Además del alivio, también una chispa de indignación la dejó momentáneamente muda. ¿Atacaban a las Aes Sedai y se enfadaban porque algunas de ellas murieran? Su rabia no pasó de aquella minúscula chispa. Después de todo, ¿qué importancia tenía la versión tergiversada de los hechos que hacía Sevanna al lado de días de palizas y los ojos de Therava? Lo absurdo de la situación provocó que una risa quebrada, ronca, subiera por su garganta. Y qué seca la tenía.

—Dad gracias de que sigáis vivas algunas de vosotras —respondió como pudo entre risas—. Todavía estáis a tiempo de rectificar vuestros errores, Sevanna. —Con gran esfuerzo contuvo las carcajadas antes de que éstas se tornaran en sollozos. Justo a tiempo—. Cuando regrese a la Torre Blanca, no me olvidaré de las que me hayan ayudado, incluso ahora.

Habría añadido: «y tampoco de las que hagan lo contrario», pero la mirada impasible de Therava hizo que el miedo le atenazara el estómago. Por lo que sabía, Therava aún podía tener carta blanca para hacer lo que quisiera con ella. Debía de haber un modo de inducir a Sevanna a que... la tomara a su cargo. Llegar a tales extremos resultaba mortificante, pero cualquier cosa era mejor que Therava. Sevanna era ambiciosa y codiciosa. Aunque su mirada ceñuda estaba prendida en Galina, sus ojos pasaron de refilón sobre una de sus manos y dirigió una sonrisa breve y complacida a los anillos de esmeraldas y gotas de fuego que adornaban sus dedos. Casi la mitad de ellos lucían anillos, y collares de perlas, rubíes y diamantes dignos de cualquier reina reposaban sobre sus generosos senos. No se podía confiar en Sevanna, pero tal vez sí se

la podía comprar. Por el contrario, Therava era como una fuerza de la naturaleza; sería como intentar sobornar a una riada o a una avalancha.

—Confío en que hagas lo correcto, Sevanna —terminó—. Las recompensas por la amistad con la Torre Blanca son grandes.

Durante unos instantes muy largos reinó un profundo silencio, roto sólo por el frufrú de las túnicas blancas de los criados al moverse de aquí para allí.

—Eres *da'tsang* —dijo Sevanna.

Galina parpadeó. ¿Que era un ser *abyecto*? Desde luego, habían demostrado de manera fehaciente su desdén, pero ¿a qué venía...?

—Eres *da'tsang* —entonó una Sabia carirredonda a la que no conocía.

—Eres *da'tsang* —repitió una mujer un palmo más alta que Therava.

El rostro de halcón de Therava era tan impasible que habría pasado por una talla de madera, pero sus ojos, fijos en Galina, centellearon con un brillo acusador. La Aes Sedai se quedó clavada en el sitio, incapaz de mover un músculo, cual un pájaro hipnotizado que ve cómo la serpiente se desliza hacia él. Nadie la había hecho sentirse así nunca. Nadie. Abyecto ruin.

—Tres Sabias han hablado. —La sonrisa satisfecha de Sevanna fue casi bienvenida.

El gesto de Therava no podía ser más severo. A la mujer no le gustaba lo que quiera que hubiese pasado. Porque había pasado algo, aunque Galina no sabía qué. Excepto que, al parecer, la habían librado de Therava, y para ella eso era más que suficiente por el momento.

Cuando las Doncellas le cortaron las ataduras y le metieron una túnica de paño negro, se sintió tan agradecida que casi no le importó que antes la despojaran de los andrajos restantes de su ropa interior delante de aquellos hombres de ojos gélidos. La tosca lana daba calor y picaba, además de hacer que le escocieran los verdugones, pero ella la recibió como si fuera seda. A pesar de que Micara seguía teniéndola escudada, sintió ganas de reír cuando las Doncellas la condujeron fuera de la tienda. No pasó mucho antes de que ese deseo se desvaneciera por completo. No tardó mucho en empezar a preguntarse si ponerse de rodillas ante Sevanna serviría de algo. Lo habría hecho, de haber podido llegar hasta la mujer, sólo que Micara le dejó muy claro que no iba a ninguna parte a no ser que se lo mandaran ni hablaría con nadie a menos que se lo ordenaran.

Cruzada de brazos, Sevanna observó cómo la Aes Sedai, la *da'tsang*, bajaba por la ladera, tambaleándose, y se paraba junto a una Doncella puesta en cuclillas que empuñaba una vara, para soltar la piedra con forma de cráneo que había transportado en sus manos. La negra capucha se volvió hacia ella un instante, pero la *da'tsang* se agachó prestamente para recoger otra piedra grande y volver a subir trabajosamente los cincuenta pasos hasta donde esperaba Micara con otra Doncella. Allí se detuvo, soltó la piedra, cogió otra, y empezó a bajar de nuevo. A los *da'tsang* se los humillaba siempre con trabajos inútiles; a menos que hubiese una necesidad imperiosa, a la mujer no se le permitiría siquiera llevar una copa de agua, pero el trabajo infructuoso y sin descanso llenaría sus horas hasta que reventara de vergüenza. Al sol le faltaba aún un buen trecho para alcanzar el cenit, y había muchos días por delante.

—No creía que se condenara a sí misma con sus propias palabras —comentó Rhiale junto al hombro de Sevanna—. Efalin y las otras están convencidas de que ha admitido abiertamente haber matado a Desaine.

—Ella me pertenece, Sevanna. —Las mandíbulas de Therava se tensaron. Podría haber tomado a la mujer, pero los *da'tsang* no pertenecían a nadie—. Me proponía

Librodot

ponerle las ropas blancas de *gai'shain* —rezongó—. ¿Cuál es el propósito de todo esto, Sevanna? Esperaba tener que oponerme a que le cortaran el cuello, pero no esto.

Rhiale ladeó la cabeza y miró de soslayo a Sevanna.

—Sevanna se propone quebrantarla. Hemos sostenido largas charlas sobre lo que haríamos si capturábamos a una Aes Sedai. Sevanna quería una Aes Sedai domada, con las ropas blancas y sirviéndola, pero una Aes Sedai de negro servirá igual.

Sevanna se ajustó el chal, irritada por el tono de la otra mujer. No era exactamente burlón, pero sí insinuaba que quería utilizar el talento de encauzar de una Aes Sedai como si fuese el suyo propio. Era posible. Dos *gai'shain* pasaron ante las tres Sabias cargados con un gran arcón reforzado con láminas de latón. Bajos y de tez pálida, esposo y esposa, habían sido lord y lady en las tierras de los Asesinos del Árbol. La pareja inclinó la cabeza con más sumisión que cualquier Aiel de blanco habría conseguido manifestar jamás; sus oscuros ojos traslucían tensión por miedo a una palabra dura, cuanto más a un varazo. A los habitantes de las tierras húmedas se los podía domar como a caballos.

—La mujer ya está domada —rezongó Therava—. La he mirado a los ojos. Es un pájaro aleteando en la mano y temeroso de alzar el vuelo.

—¿En nueve días? —inquirió Rhiale con incredulidad, mientras Sevanna sacudía la cabeza enérgicamente.

—Es Aes Sedai, Therava. Viste palidecer de ira su rostro cuando la acusé. La oíste reír cuando hablaba de matar Sabias. —Emitió un sonido furioso, vejado—. Y la oíste amenazarnos. —La mujer se había mostrado tan escurridiza como los Asesinos del Árbol, hablando de recompensas y dejando que las amenazas gritaran en silencio si no había recompensas. Mas ¿qué otra cosa podía esperarse de una Aes Sedai?—. Llevará mucho tiempo quebrantarla, pero esa Aes Sedai acabará suplicando obedecer aunque para ello haga falta un año. —Y cuando lo hiciera... Las Aes Sedai no podían mentir, por supuesto; había esperado que Galina negara su acusación. Una vez jurase obedecer...

—Si queréis conseguir que una Aes Sedai os obedezca, esto podría ayudaros —dijo una voz masculina detrás de ellas.

Sevanna giró sobre sí misma, con incredulidad, y se encontró con Caddar plantado allí, y a su lado la mujer —la Aes Sedai— Maisia, ambos vestidos con sedas oscuras y finos encajes, igual que seis días antes; llevaban un voluminoso saco cargado al hombro por una correa. Caddar le tendía una pulida vara blanca, de unos tres palmos y medio de largo.

—¿Cómo has llegado aquí? —demandó y a continuación apretó los labios con rabia. Obviamente había venido del mismo modo que las veces anteriores; sólo se había sorprendido al verlo aparecer en mitad del campamento. Cogió bruscamente la vara blanca que le tendía y, como siempre, él retrocedió un paso, fuera del alcance de su mano—. ¿Por qué has venido? —rectificó—. ¿Qué es esto?

Algo más fina que su muñeca, la vara era completamente lisa aparte de unos pocos símbolos extraños, de trazado fluido, que había grabados en una de las caras del extremo plano. Era muy fría al tacto, pero no parecía exactamente de marfil y tampoco de cristal.

—Podría llamarse una Vara Juratoria —repuso Caddar enseñando los dientes en lo que se suponía una sonrisa—. Llegó a mis manos ayer mismo, y de inmediato pensé en ti.

Sevanna apretó los dedos en torno al objeto para evitar el impulso de arrojarlo lejos de sí. Todo el mundo sabía lo que hacía la Vara Juratoria de las Aes Sedai. Procurando no pensar, cuanto menos hablar, metió la vara debajo de su cinturón y

Librodot

apartó las manos de ella.

Rhiale miró con el entrecejo fruncido el objeto sujeto a la cintura de Sevanna, y sus ojos se alzaron lenta, fríamente, al rostro de la mujer. Therava se ajustó el chal en medio del tintineo de brazaletes y esbozó una dura sonrisa. Nunca habría la posibilidad de que ninguna de ellas tocase ese objeto, y quizá tampoco lo hiciese ninguna otra Sabia, pero estaba Galina Casban, y la Aes Sedai acabaría doblegándose antes o después.

Maisia, de pie un poco más atrás que Caddar, esbozó una sonrisa casi tan leve como la de Therava. Lo había visto y lo había entendido. Era observadora, considerando su condición de habitante de las tierras húmedas.

—Venid —dijo Sevanna a Caddar—. Tomaremos té en mi tienda. —Ni que decir tiene que no compartiría con él el agua. Se recogió el repulgo de la falda y empezó a subir la cuesta.

Para su sorpresa, resultó que Caddar también era muy observador.

—Lo único que necesitas es tener tu Aes Sedai. —Sus largas piernas mantuvieron fácilmente el paso de la mujer; sonrió inopinadamente, enseñando los dientes, a Rhiale y a Therava—. O cualquier mujer que pueda encauzar. Que sostenga la vara y pronuncie las promesas que tú quieras mientras alguien encauza un poco de Energía en el número. En las marcas que hay al extremo de la vara —aclaró a la vez que enarcaba las cejas en un gesto insultante—. También puedes utilizarla para liberarla, aunque resulta más doloroso. O eso tengo entendido.

Los dedos de Sevanna rozaron levemente la vara para percibir su tacto. Más de cristal que de marfil, y muy frío.

—¿Sólo funciona con mujeres? —Se agachó y entró en la tienda precediéndolo. Las Sabias y los jefes de las asociaciones guerreras se habían marchado, pero los doce *gai'shain* Asesinos del Árbol seguían allí, arrodillados y esperando pacientemente. Hasta ahora nadie había tenido doce *gai'shain*, y ella poseía aún más. Sin embargo, habría que buscar un nombre nuevo para designarlos, ya que nunca se quitarían los ropajes blancos.

—Sólo con mujeres capaces de encauzar, Sevanna —contestó Caddar mientras la seguía al interior. El tono del hombre era increíblemente insolente, y en sus oscuros ojos había un brillo divertido—. Tendrás que esperar a tener a al'Thor antes de que yo te dé lo que lo controlará.

Tras quitarse el saco del hombro se sentó. No en un cojín próximo al de ella, naturalmente. Maisia, por el contrario, parecía no temer que un cuchillo se hundiera en sus costillas, ya que se acomodó, recostada sobre un codo, casi al lado de Sevanna. Ésta la miró de soslayo y a continuación, como al desgaire, se desató otra lazada de la blusa. No recordaba que el busto de esa mujer fuera tan turgente; de hecho, también su cara parecía aún más hermosa. Sevanna intentó no rechinar los dientes.

—Por supuesto —prosiguió Caddar—, si te referías a algún otro hombre... Existe algo llamado silla vincular. Supeditar a una persona que no encauza es más difícil que hacerlo con quienes sí pueden. Quizás una silla vincular sobrevivió al Desmembramiento, pero tendrás que esperar mientras la encuentro.

Sevanna volvió a pasar los dedos por la vara y después ordenó a uno de los *gai'shain* que sirviera el té. Podía esperar. Caddar era un necio. Antes o después acabaría dándole todo lo que quería. Y ahora la vara podía liberar a Maisia de él. Seguramente entonces la mujer no podría protegerlo. Lo haría sudar tinta por sus insultos. Sevanna cogió una pequeña taza de porcelana de la bandeja que el *gai'shain* le ofrecía y se la tendió a la Aes Sedai.

—Está aromatizado con menta, Maisia. Lo encontrarás refrescante.

La mujer sonrió, pero aquellos ojos negros... Bueno, lo que podía hacerse a una

Librodot

Aes Sedai podía hacerse a dos. O a más.

—¿Qué pasa con las cajas de traslación? —demandó secamente.

Caddar despidió con un gesto al *gai'shain* y luego dio unas palmaditas en el saco que tenía a su lado.

—Traigo todas las *nar'bahas*, que es como se llaman, que pude encontrar. Suficientes para haberos transportado a todos cuando caiga la noche, si os dais prisa. Y yo en tu lugar me la daría. Por lo visto, al'Thor tiene intención de acabar con vosotros. Dos clanes viajan hacia aquí desde el sur, y otros dos se han desplazado para caer sobre vosotros desde el norte. Con sus Sabias, todas ellas dispuestas a encauzar. Sus órdenes son quedarse hasta que os hayan capturado o matado a todos.

—Ciertamente es una razón para ponerse en marcha, habitante de las tierras húmedas, pero no para salir corriendo —intervino Therava en actitud despectiva—. Ni siquiera cuatro clanes pueden alcanzar la Daga del Verdugo en un solo día.

—¡Ah! ¿No os lo he dicho? —La sonrisa de Caddar no era en absoluto agradable—. Por lo visto, al'Thor también ha vinculado a él a algunas Aes Sedai, y éstas les han enseñado a las Sabias cómo Viajar sin una *nar'baha*, al menos en distancias cortas. Treinta o cuarenta kilómetros. Un descubrimiento reciente, parecer ser. Podrían encontrarse aquí... bueno, hoy mismo. Los cuatro clanes.

A lo mejor mentía, pero el riesgo... Sevanna imaginaba demasiado bien lo que sería caer en manos de Sorilea. Sin un escalofrío, envió a Rhiale a informar a las demás Sabias; su voz no dejó entrever su estado de ánimo.

Caddar sacó del saco un cubo gris de piedra, más pequeño que la caja comunicadora que Sevanna había utilizado para llamarlo, y también mucho más sencillo y sin marcas, salvo un disco de color rojo intenso en una de sus caras.

—Esto es una *nar'baha* —dijo—. Funciona con *Saidin*, de modo que ninguna de vosotras verá nada, y tiene sus limitaciones. Si una mujer la toca, después no funcionará durante varios días, de manera que tendré que entregarlas yo personalmente. Y también tiene otros condicionantes. Una vez abierto, el acceso permanecerá así durante un plazo fijo, suficiente para que unos pocos miles lo crucen si no pierden tiempo, y después la *nar'baha* necesita tres días para recuperar su función. Tengo bastantes de más para que nos lleven donde necesitamos ir hoy, pero...

Therava lo escuchaba con gran interés, tan inclinada hacia adelante que parecía a punto de caer de bruces, pero Sevanna apenas le prestó atención. No desconfiaba de Caddar; el hombre no se atrevería a traicionarlos mientras ansiara el oro que los Shaido le darían, pero había pequeños detalles. Por ejemplo, Maisia parecía estudiarlo por encima de su taza de té. ¿Por qué? Y si era necesario darse tanta prisa, ¿por qué no había urgencia en su voz? No los traicionaría, pero, aun así, tomaría precauciones.

Maeric contempló ceñudo el cubo de piedra que el habitante de las tierras húmedas le había dado y luego sus ojos fueron hacia el... agujero... que había aparecido cuando apretó el punto rojo, un agujero en el aire, de cinco pasos de ancho por tres de altura. Al otro lado se veía un terreno ondulado de colinas nada bajas, cubiertas con hierba reseca. No le gustaba que las cosas se hiciesen con el Poder, sobre todo con la parte masculina de él. Sevanna cruzó otro agujero, más pequeño, junto al hombre de las tierras húmedas y una mujer de tez oscura, seguidos por las Sabias que Sevanna y Rhiale habían elegido. Sólo un puñado de Sabias se quedaría con los Shaido Moshaine. A través de aquel segundo agujero veía a Sevanna hablando con Bendhuin. También el septiar Sales Verdes se encontraría con muy pocas Sabias; a Maeric no le cabía la menor duda.

—Esposo —murmuró Dyrele mientras posaba la mano en su brazo—, Sevanna

dijo que sólo permanecería abierto un corto lapso de tiempo.

Maeric asintió. Dyrele siempre iba directa al grano. Se subió el velo, echó a correr y saltó a través del agujero que había abierto. Dijeran lo que dijeran Sevanna y el hombre de las tierras húmedas, no enviaría a sus Moshaine a través de la abertura antes de comprobar si era seguro.

Cayó pesadamente sobre una vertiente cubierta de hojas muertas y faltó poco para que rodara colina abajo antes de recobrar el equilibrio. Durante un instante contempló ferozmente el agujero. A este lado quedaba suspendido en el aire a casi dos palmos del suelo.

—¡Esposa! —gritó—. ¡Hay un desnivel!

Ojos Negros saltaron a través del agujero, velados y prestas las lanzas, así como también Doncellas. Intentar impedir que las Doncellas se encontraran entre los primeros tendría el mismo resultado que intentar beber arena. Los restantes Moshaine pasaron rápidamente a continuación, *algai'd'siswai*, esposas e hijos, saltando por el aire, artesanos y comerciantes y *gai'shain*, la mayoría tirando de caballos y mulas muy cargados, en total casi seis mil personas. Su septiar, su gente. Lo seguiría siendo una vez que entrara en Rhuidean; Sevanna no podía retrasar mucho más que se convirtiera en jefe de clan.

Los exploradores se dispersaron rápidamente, mientras el septiar seguía pasando a través de la abertura. Maeric se bajó el velo e impartió órdenes en voz alta que desplazaron una línea defensiva de *algai'd'siswai* hacia las crestas de las colinas circundantes mientras todos los demás permanecían escondidos al pie de las laderas. A saber qué o a quiénes encontrarían al otro lado de esas colinas. Tierras ricas, según el hombre de las tierras húmedas, pero a él no le parecía rica la zona en que se encontraban.

A la gente de su septiar le siguió un río de *algai'd'siswai* en los que no confiaba realmente, hombres que habían abandonado sus propios clanes porque no creían que Rand al'Thor fuera el *Car'a'carn.* Maeric no estaba seguro de lo que creía él mismo, pero un hombre no dejaba su septiar y su clan. Esos hombres se llamaban a sí mismo *Mera'din*, los Sin Hermanos, un nombre muy adecuado, y tenía doscient...

El agujero se cerró bruscamente formando una línea vertical y plateada que partió a diez de los Sin Hermanos que lo cruzaban en ese momento. Trozos de los cuerpos, brazos, piernas, cayeron rodando por la cuesta. La mitad delantera de un hombre se deslizó casi a los pies de Maeric.

Con la vista prendida en el lugar donde había estado el agujero, el Aiel apretó el punto rojo con el pulgar. Era inútil, lo sabía, pero... Darin, su hijo mayor, era uno de los Soldados de Piedra que formaban la retaguardia de la marcha. Habrían sido los últimos en pasar, y Suraile, su hija mayor, se había quedado junto al Soldado de Piedra por quien estaba pensando renunciar a la lanza.

Sus ojos se encontraron con los de Dyrele, tan verdes y bellos como el día en que le puso la guirnalda a los pies, y lo amenazó con degollarlo si no la recogía.

—Podemos esperar —musitó él. El hombre de las tierras húmedas había dicho tres días, pero tal vez se equivocaba. Su pulgar apretó de nuevo el punto rojo. Dyrele asintió tranquilamente; Maeric esperaba que no hubiera necesidad de llorar uno en brazos del otro una vez que pudieran quedarse solos.

Una Doncella se acercó deslizándose cuesta abajo mientras se bajaba el velo; de hecho, respiraba de manera entrecortada.

—Maeric —informó Naeise, sin esperar siquiera a que él la viera—, hay lanzas hacia el este, sólo a unos pocos kilómetros de distancia, y vienen corriendo directamente hacia nosotros. Creo que son Reyn, unos siete u ocho mil como poco.

Librodot

Vio que otros *algai'd'siswai* corrían hacia él. Un joven Hermano del Águila, Cairdin, frenó tan repentinamente que patinó en el suelo y habló tan pronto como Maeric reparó en él.

—Te veo, Maeric. Hay lanzas a unos ocho kilómetros al norte, así como habitantes de las tierras húmedas a caballo. Puede que unos diez mil de cada grupo. No creo que ninguno de nosotros despuntara la cresta, pero algunas lanzas han girado hacia aquí.

Maeric sabía lo que iba a oír antes de que un veterano Buscador de Agua, de nombre Laerad, abriese la boca.

—Vienen lanzas sobre la colina, unos cinco o seis kilómetros al sur. Ocho mil o más, y algunos de ellos vieron a uno de los chicos.

Laerad no malgastaba saliva y nunca diría quién era ese chico, que, a decir verdad, podía tratarse de cualquiera que no peinara canas desde el punto de vista de Laerad. No había tiempo que perder, y Maeric lo sabía.

—¡Hamal! —gritó. Tampoco podía perderse tiempo dando el trato debido al herrero.

El hombretón supo que algo iba mal y subió corriendo la ladera, moviéndose más deprisa de lo que había hecho desde que cogió el martillo por primera vez. Maeric le tendió el cubo de piedra.

—Tienes que apretar el punto rojo y seguir presionando, ocurra lo que ocurra y tarde lo que tarde en abrirse ese agujero. Es la única vía de escape que tiene cualquiera de vosotros.

Hamal asintió, pero Maeric ni siquiera esperó a que el otro hombre dijera que así lo haría. El herrero lo entendería. Maeric rozó la mejilla de Dyrele sin importarle cuántos ojos estaban pendientes de ellos.

—Sombra de mi corazón, debes prepararte para vestirte de blanco —dijo.

La mano de ella se movió hacia la empuñadura del cuchillo que llevaba al cinturón —era Doncella cuando tejió la guirnalda para él—, pero Maeric sacudió la cabeza firmemente.

—Tienes que vivir, esposa, señora del techo, para mantener unido lo que quede —dijo.

Ella asintió y apretó los dedos contra la mejilla de su esposo. Su gesto lo sorprendió; siempre había sido muy reservada en público. Maeric se veló y levantó una lanza bien alto.

—¡Moshaine! ¡A la danza! —bramó.

Lo siguieron cuesta arriba, hombres y Doncellas, casi un millar en total, incluidos los Sin Hermanos. Quizá podría contárseles entre el septiar. Colina arriba y hacia el este; en aquella dirección se encontraba la fuerza más cercana y más reducida. A lo mejor conseguían ganar el tiempo suficiente, aunque en realidad no lo creía. Se preguntó si Sevanna sabría que iba a pasar esto. Ah, el mundo se había vuelto muy extraño desde que apareció Rand al'Thor. Algunas cosas, sin embargo, no podían cambiar. Riendo, empezó a cantar.

Prestas las lanzas, mientras el sol suba a su cenit.
Prestas las lanzas, mientras el sol baje a su ocaso.
Prestas las lanzas; ¿quién teme la muerte?
Prestas las lanzas; ¡nadie que yo conozca!

Cantando, los Shaido Moshaine corrieron a la danza de su muerte.

Graendal observó con ceño cómo se cerraba el acceso detrás del último Shaido

Jumai. Los Jumai y muchísimas Sabias. A diferencia de lo ocurrido con los otros, Sammael no se había limitado a anudar el tejido de manera que acabara deshaciéndose. Al menos, supuso, lo había sostenido hasta el final; en caso contrario, el cierre del acceso, justo tras los talones de los últimos hombres vestidos con ropas pardas, había sido demasiado casual. Riendo, Sammael arrojó a un lado el saco, en el que todavía quedaban unas cuantas de aquellas piedras inútiles. El saco de ella, vacío, lo había tirado hacía bastante rato. El sol se metía tras las montañas del oeste, siendo visible sólo la mitad de la brillante esfera enrojecida.

—Uno de estos días, te vas a pasar de listo, demasiado para tu propio bien —manifestó secamente—. ¿Una *nar'baha*, Sammael? ¿Una caja *engañabobos*? Supón que uno de ellos lo hubiese entendido.

—Pero nadie lo hizo —se limitó a contestar él, aunque siguió frotándose las manos y mirando fijamente el punto donde había estado el acceso. O tal vez algo más allá. Todavía mantenía sobre sí la Máscara de Espejos por la que ofrecía la ilusión de ser más alto. Ella había deshecho la suya tan pronto como el acceso se cerró.

—Bueno, ciertamente te las arreglaste para meterles el miedo en el cuerpo. —Alrededor quedaban las pruebas de ello: unas pocas tiendas bajas todavía levantadas, mantas, un caldero, una muñeca de trapo, y todo tipo de basura esparcida allí donde había caído—. ¿Dónde los mandaste? A un punto delante del ejército de al'Thor, supongo.

—A algunos —repuso con gesto ausente—. A suficientes. —Su absorta introspección desapareció repentinamente, así como su disfraz. La cicatriz que le cruzaba la cara parecía resaltar más lívida de lo que era habitual—. Suficientes para causar problemas, en particular con sus Sabias que encauzan, pero no tantos como para que alguien sospeche de mí. Los demás se encuentran dispersos desde Illian hasta Ghealdan. ¿En cuanto al cómo o al por qué? A lo mejor fue al'Thor quien lo hizo, por sus propias razones, pero yo, desde luego, no habría desperdiciado a la mayoría de ellos si fuera obra mía, ¿no te parece? —Volvió a reír, encantado con su brillante jugada.

Graendal se ajustó el corpiño para disimular un escalofrío; le sobraba tanto a la altura del busto que tenía la impresión de que se le iba a descolgar por el escote en cualquier momento. Competir en ese tipo de cosas era una soberana estupidez, y se lo había repetido a sí misma en incontables ocasiones, pero siempre volvía a caer en lo mismo. Se había comportado como una idiota, cierto, pero su temblor no tenía nada que ver con eso. Sammael ignoraba que Sevanna se había llevado consigo a todas las Shaido que podían encauzar. ¿Habría llegado finalmente el momento de abandonarlo? Si se acogía a la clemencia de Demandred...

—Estás unida a mí con más firmeza que mi cinturón, Graendal —comentó él como si le hubiese leído el pensamiento. Se abrió un acceso que dejó a la vista sus aposentos privados en Illian—. La verdad ya no importa, si es que ha importado alguna vez. O subes conmigo o caes conmigo. El Gran Señor recompensa el éxito, y nunca le ha preocupado cómo se ha conseguido.

—Como bien dices, o subo o caigo contigo —contestó. Demandred no conocía la clemencia. Y Semirhage... Aun así, tendría que discurrir algo. El Gran Señor recompensaba el éxito, sí, pero ella no se dejaría arrastrar si Sammael caía. Abrió un acceso a su palacio en Arad Doman, a la estancia alargada con columnas, donde podía ver a sus juguetes retozando en el estanque—. Pero ¿y si al'Thor en persona va a por ti?

—Al'Thor no irá a por nadie —rió Sammael—. Lo único que tengo que hacer es esperar. —Todavía riendo, cruzó el acceso y lo cerró tras él.

El Myrddraal se hizo visible al salir de las sombras más densas. A sus ojos, los

Librodot

accesos habían dejado un residuo: tres manchas de neblina brillante. No distinguía un flujo de otro, pero sí diferenciaba el *Saidin* y el *Saidar* por el olor. El del *Saidin* era como el filo de un cuchillo, mientras que el del *Saidar* era suave, pero como algo que se endurece cuanto más se lo presiona. Ningún otro Myrddraal podía oler esa diferencia, pero Shaidar Haran no era un Myrddraal cualquiera.

Recogió una lanza tirada y la utilizó para abrir la boca del saco que Sammael había arrojado al suelo, y luego para remover los pedazos de madera que salieron de dentro. Estaban ocurriendo muchas cosas fuera del plan. ¿Esos acontecimientos agitarían el caos o...?

Negras y feroces llamas se propagaron a lo largo del asta de la lanza, saliendo de la mano de Shaidar Haran, de los dedos de la Mano de la Sombra. Al instante, el astil de madera quedó retorcido y carbonizado, y la punta de la lanza cayó al suelo. El Myrddraal soltó el palo ennegrecido y se sacudió el hollín de la palma. Si Sammael contribuía al caos, entonces todo estaba bien. Si no...

Un repentino dolor le subió por la nuca, y sus miembros acusaron cierta debilidad. Demasiado tiempo lejos de Shayol Ghul. Tendría que romper ese vínculo de algún modo. Con un gruñido, buscó en derredor el borde de sombras que precisaba. El día se aproximaba. Pronto llegaría.

CAPÍTULO 23

Una corona de espadas

Rand dormía, agitándose sin cesar, sumido en sueños absurdos en los que discutía con Perrin y suplicaba a Mat que encontrara a Elayne, donde los colores surgían fugaces, justo fuera del alcance de la vista, y Padan Fain saltaba sobre él con una daga centelleante, y en los que a veces creía oír una voz lamentándose por una mujer muerta en medio de la niebla; sueños donde intentaba explicarse ante Elayne, Aviendha, Min, a las tres a la vez, e incluso Min lo miraba con desprecio.

—¡... no se lo puede molestar!

La voz de Cadsuane. ¿Sería parte de sus sueños?

Esa voz lo asustaba; en su sueño llamaba a voces a Lews Therin, y el sonido levantaba ecos en la espesa niebla, donde figuras imprecisas se movían y personas y caballos morían chillando, una niebla a la que Cadsuane lo seguía implacablemente mientras él corría, jadeante. Alanna intentaba calmarlo, pero también ella tenía miedo de Cadsuane; podía sentir su temor con tanta intensidad como el suyo propio. Le dolía la cabeza. Y el costado; la vieja herida le ardía. Sintió el *Saidin.* Alguien asía el *Saidin.* ¿Era él? Lo ignoraba. Se esforzó por despertar.

—¡Lo matarás! —gritó Min—. ¡No te dejaré que lo mates!

Rand abrió los ojos y se encontró con el rostro de la joven. No lo miraba a él, ya que le rodeaba la cabeza con sus brazos y dirigía una mirada fulminante a alguien situado más allá de la cama. Sus ojos estaban enrojecidos; había llorado, pero ya no. Sí, estaba en su propia cama, en sus aposentos del Palacio del Sol. Podía ver un poste cuadrado de madera negral, con incrustaciones de marfil. Sin chaqueta y con una blusa de seda de color crema, Min yacía enroscada a él, en actitud protectora, encima de la sábana de hilo que lo cubría hasta el cuello. Alanna estaba asustada; esa sensación se agazapaba en un lugar recóndito de su mente. Asustada por él. Por alguna razón, aquello lo sabía con absoluta certeza.

—Creo que ha vuelto en sí, Min —musitó Amys.

Min bajó la mirada hacia él y su rostro, enmarcado en oscuros tirabuzones, se iluminó con una sonrisa repentina.

Con mucho cuidado, ya que se sentía débil, Rand apartó los brazos de la joven y se sentó. La cabeza le dio vueltas, pero se obligó a no tumbarse de nuevo. Su cama estaba rodeada.

A un lado se encontraba Amys, flanqueada por Bera y Kiruna. Los rasgos juveniles en exceso de la Sabia no traslucieron emoción alguna, pero la mujer se echó el blanco cabello hacia atrás y se ajustó el chal como si se arreglara después de sostener una pelea. Hacia el exterior, las dos Aes Sedai se mostraban serenas, aunque con una serenidad firme, una recordando una reina dispuesta a luchar por su trono, y la otra una campesina dispuesta a luchar por su granja. Cosa extraña, si Rand había visto alguna vez a tres personas hombro con hombro —y no sólo físicamente— eran esas tres mujeres, presentando un frente común.

Al otro lado del lecho, Samitsu, con las campanillas plateadas en el cabello, y la esbelta hermana de espesas y oscuras cejas y el negro pelo con aspecto algo desaliñado

Librodot

se encontraban de pie junto a Cadsuane, puesta en jarras. Samitsu y la Aes Sedai de pelo negro llevaban chales con flecos amarillos, y su gesto era tan firme como el de Bera y Kiruna, pero la expresión severa de Cadsuane hacía que las cuatro parecieran vacilantes en comparación. Las severas miradas de los dos grupos de mujeres no iban dirigidas contra ellas, sino a un tercer grupo, éste de hombres.

Al pie de la cama se encontraba Dashiva, con la espada plateada y el dragón rojo y dorado brillando en el cuello de la chaqueta, junto a Flinn y Narishma, los tres semblantes severos intentando vigilar a la vez a las mujeres situadas a ambos lados de la cama. Jonan Adley estaba de pie cerca de ellos; su chaqueta negra parecía chamuscada en una manga. El *Saidin* henchía a los cuatro hombres, aparentemente a rebosar. Dashiva casi tanto como Rand habría podido absorber. Rand miró a Adley, quien asintió ligeramente.

De pronto se dio cuenta de que no llevaba puesto nada bajo la sábana que lo cubría hasta la cintura, y tampoco en el torso excepto un vendaje.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? ¿Cómo es que sigo vivo? —Se tocó el vendaje con precaución—. La daga de Fain procede de Shadar Logoth. Una vez vi cómo mataba a un hombre en cuestión de segundos sólo con un arañazo de su hoja. Tuvo una muerte rápida y muy desagradable.

Dashiva masculló una maldición en la que iba incluido el nombre de Padan Fain.

Samitsu y las otras Amarillas intercambiaron miradas sobresaltadas, pero Cadsuane se limitó a asentir y los adornos dorados en el canoso moño bajo se mecieron.

—Sí, Shadar Logoth —dijo Cadsuane—. Eso explicaría varias cosas. Puedes agradecer a Sumeko seguir vivo, y a maese Flinn. —No miró hacia el hombre mayor, con su ralo cerquillo de pelo blanco, pero éste sonrió como si le hubiese dedicado una reverencia; de hecho, sorprendentemente, las Amarillas le hicieron una leve inclinación de cabeza—. Y a Corele, por supuesto —prosiguió Cadsuane—. Cada cual ha contribuido con algo, incluidas ciertas cosas que creo que no se habían hecho desde el Desmembramiento. —Su voz se tornó sombría—. Sin ellos tres, ahora estarías muerto. Todavía es posible que mueras a menos que te dejes guiar. Debes descansar, no realizar el menor esfuerzo físico. —El estómago de Rand gruñó sonoramente en ese momento, y la mujer añadió—: Lo único que hemos sido capaces de hacerte tragar desde que te hirieron ha sido un poco de agua y caldo de carne. Dos días sin alimento es mucho tiempo para un hombre convaleciente.

Dos días. Sólo dos. Evitó mirar a Adley.

—Voy a levantarme —manifestó.

—No dejaré que te maten, pastor —intervino Min, en cuyos ojos había un brillo de obstinación—, y tampoco permitiré que lo hagas tú mismo. —Le rodeó los hombros con los brazos como para inmovilizarlo.

—Si el *Car'a'carn* desea levantarse —dijo Amys en voz inexpresiva—, haré que Nandera traiga a las Doncellas que hay en el pasillo. Somera y Enaila se sentirán especialmente contentas de proporcionarle justo la ayuda que necesita. —Las comisuras de sus labios se movieron en un atisbo de sonrisa. En otros tiempos había sido Doncella y sabía casi todo de esa situación.

Ni Kiruna ni Bera sonrieron, sino que le asestaron una mirada ceñuda, como si fuera tonto de remate.

—Muchacho —adujo secamente Cadsuane—, ya he visto tus carrillos inferiores más de lo que sería de mi agrado, pero si quieres exhibirlos delante de nosotras seis, a lo mejor alguien disfruta del espectáculo. Sin embargo, si te caes de bruces al suelo, es posible que te dé unos azotes antes de meterte de nuevo en la cama.

A juzgar por los gestos de Samitsu y Corele, las dos se sentirían más que

satisfechas de ayudarla.

Narishma y Adley contemplaron a Cadsuane estupefactos y escandalizados, mientras Flinn se tiraba de la chaqueta como si discutiese consigo mismo. Dashiva, sin embargo, soltó una risotada.

—Si queréis que despejemos de mujeres el cuarto... —El hombre de rostro vulgar empezó a tejer flujos; no escudos, pero sí tejidos complejos de Energía y Fuego, y Rand sospechó que causarían un dolor demasiado fuerte a quienes tocasen como para pensar siquiera en encauzar.

—No —se apresuró a prohibir. Bera y Kiruna obedecerían con una simple orden de que se marcharan, y si Corele y Samitsu habían ayudado a mantenerlo vivo, entonces les debía algo más que dolor. Sin embargo, si Cadsuane pensaba que la desnudez lo retendría en la cama, iba a llevarse una sorpresa. Ignoraba si su relación con las Doncellas le había dejado algún resquicio de pudor. Le dirigió una sonrisa a Min y le retiró los brazos, tras lo cual apartó la sábana y se bajó de la cama por el lado de Amys.

La boca de la Sabia se puso tensa; Rand casi la veía plantearse la conveniencia de llamar a las Doncellas. Bera dirigió a Amys una mirada incierta, desesperada, mientras Kiruna se apresuraba a volverse de espaldas, con las mejillas enrojecidas. Rand se dirigió lentamente hacia el armario; lo hizo despacio porque temía dar la oportunidad a Cadsuane de llevar a cabo su amenaza si se movía deprisa.

—¡Bah! —rezongó la Aes Sedai mayor a su espalda—. Juro que debería darle unos azotes en el trasero a este chico.

Alguien emitió un gruñido que podía ser de conformidad con ella o de simple desaprobación de lo que Rand hacía.

—Ah, pero qué trasero tan bonito, ¿verdad? —comentó otra con un cadencioso acento murandiano. Ésa debía de ser Corele.

Menos mal que tenía la cabeza metida en el armario. Quizás el trato con las Doncellas no le había despojado de tanto pudor como imaginaba. ¡Luz! Sentía la cara más caliente que un horno. Esperando que los movimientos para vestirse ocultaran cualquier vacilación e inestabilidad, se metió las prendas con prisa. Su espada se encontraba en la parte posterior del armario, con el cinturón enrollado alrededor de la oscura vaina de piel de cerdo. Rozó la larga empuñadura con las puntas de los dedos y luego apartó la mano.

Descalzo, se volvió hacia los demás mientras se ataba las lazadas de la camisa. Min seguía sentada en la cama, cruzada de piernas; llevaba unas polainas verdes muy ajustadas. A juzgar por su expresión, no había decidido aún si mostrar aprobación o frustración.

—He de hablar con Dashiva y los otros Asha'man —anunció Rand—. A solas.

Min se bajó del lecho y corrió a abrazarlo. No con fuerza; tuvo mucho cuidado con su costado vendado.

—He esperado demasiado tiempo a verte despierto de nuevo —dijo mientras deslizaba un brazo en torno a su cintura—. Necesito estar contigo. —Su voz sólo denotó una mínima inflexión de énfasis; debía de haber visto algunas imágenes. O tal vez sólo quería ayudarlo a sostenerse sobre sus flojas piernas; aquel brazo parecía ofrecer apoyo. En cualquier caso, Rand asintió; no se sentía tan estable como pretendía. Le puso una mano en el hombro; de pronto comprendió que tampoco quería que los Asha'man supieran lo débil que estaba, no sólo Cadsuane o Amys.

Bera y Kiruna hicieron una reverencia a regañadientes y se encaminaron hacia la puerta, aunque después vacilaron al ver que Amys no se movía de su sitio.

—De acuerdo, siempre y cuando no intentes abandonar este cuarto —dijo la Sabia, como si no hablara al *Car'a'carn.*

—¿Te parece que pienso ir a alguna parte? —inquirió mientras levantaba uno de los pies descalzos.

Amys resopló, pero, tras echar una ojeada a Adley, se reunió con Bera y Kiruna y las tres salieron.

Cadsuane y las otras dos Aes Sedai sólo tardaron un instante más en marcharse. La canosa Verde también dirigió una mirada a Adley. No parecía ser un secreto que el hombre había estado ausente de Cairhien varios días. Ya en la puerta, se detuvo.

—No hagas ninguna tontería, muchacho. —Hablaba como una tía severa llamando al orden a un sobrino tarambana sin albergar demasiadas esperanzas de que le hiciera caso.

Samitsu y Corele la siguieron al pasillo, repartiendo miradas ceñudas entre él y los Asha'man. Mientras la puerta se cerraba tras ellas, Dashiva soltó una risita al tiempo que sacudía la cabeza; de hecho parecía regocijado.

Rand se apartó de Min para recoger sus botas, que tenía junto al armario, y sacó un par de calcetines del interior del mueble.

—Me reuniré con vosotros en la antesala tan pronto como me haya calzado, Dashiva.

El Asha'man de rasgos toscos dio un respingo. Había estado observando a Adley con el entrecejo fruncido.

—Como ordenéis, milord Dragón —repuso mientras se llevaba el puño al pecho en el saludo de rigor.

Rand esperó a que los cuatro hombres hubieran salido para sentarse en una silla con una sensación de alivio, y empezó a ponerse los calcetines. No le cabía duda de que sus piernas habían cobrado fuerza sólo por levantarse y moverlas. No obstante, seguían sin sostenerlo muy bien.

—¿Estás seguro de que esto es una buena idea? —preguntó Min, arrodillándose junto a la silla; Rand la miró con sobresalto. Si hubiera hablado en sueños durante los dos últimos días, las Aes Sedai lo habrían sabido. Amys habría hecho que Enaila y Somera y cincuenta Doncellas se encontraran presentes cuando despertara.

—¿Has tenido alguna visión? —inquirió mientras acababa de ponerse el calcetín.

Min se sentó en cuclillas, cruzó los brazos y lo miró firmemente. Al cabo de un momento comprendió que esa estrategia no funcionaba y suspiró.

—Es Cadsuane. Va a enseñaros algo, a ti y también a los Asha'man. Me refiero a todos los Asha'man. Es algo que tenéis que aprender, pero ignoro qué es, salvo que a ninguno de vosotros os gustará aprenderlo de ella. No os va a gustar ni pizca.

Rand se quedó parado un instante con la bota en la mano y luego se la calzó. ¿Qué podía enseñar Cadsuane, o cualquier Aes Sedai, a los Asha'man? Las mujeres no podían enseñar a los varones y viceversa, eso era tan cierto como el propio Poder Único.

—Veremos —fue todo cuanto dijo.

Obviamente, aquello no satisfizo a Min. Sabía que ocurriría, y también lo sabía él; ella jamás se había equivocado. Pero ¿qué demonios podía enseñarle Cadsuane a él? ¿Qué permitiría él que le enseñara? La mujer lo hacía sentirse inseguro, una irresolución que no había sentido desde antes de que cayera la Ciudadela de Tear.

Pateó para meterse bien la segunda bota, cogió del armario el cinturón de la espada y una chaqueta roja con bordados en oro, la misma que había llevado en la visita a los Marinos.

—¿Qué trato ha hecho Merana en mi nombre? —preguntó, y Min hizo un ruido exasperado.

—Ninguno, hasta esta mañana —respondió la muchacha, impaciente—. Rafela y ella no han salido del barco desde que nos marchamos, pero han enviado media docena

de mensajes preguntando si te encuentras lo bastante bien para volver allí. Me parece que las negociaciones no les han ido bien sin tu presencia. Supongo que es mucho esperar que sea allí a donde te diriges.

—Todavía no —contestó. Min no dijo nada; con palabras, se entiende, porque su gesto, puesta en jarras y con una ceja enarcada, hablaba a voces. En fin, pronto se enteraría de casi todo.

En la antesala, todos los Asha'man excepto Dashiva se levantaron prontamente de las sillas cuando Rand apareció con Min. Con la vista perdida en el vacío y hablando para sí mismo, Dashiva no reparó en la entrada de Rand hasta que éste llegó al Sol Naciente incrustado en el suelo, y entonces parpadeó varias veces antes de ponerse de pie.

Rand se dirigió a Adley mientras se abrochaba la hebilla en forma de dragón del cinturón.

—¿El ejército ha llegado ya a los poblados fortificados de Illian? —Deseaba sentarse en uno de los sillones dorados, pero no se lo permitió—. ¿Cómo? En el mejor de los casos, tendría que haber tardado aún varios días.

Flinn y Narishma parecían tan sorprendidos como Dashiva; ninguno de ellos sabía dónde habían ido Adley y Hopwil, ni Morr. Decidir en quién confiar resultaba difícil siempre, y la confianza era el filo de una navaja.

Adley se irguió; había algo en sus ojos, bajo las espesas cejas. Había visto al lobo, como se decía en Cairhien.

—El Gran Señor Weiramon dejó atrás la infantería y avanzó con la caballería —informó de manera concisa—. Topamos con Aiel ayer. Shaido; ignoro cómo llegaron allí. Había nueve o diez mil en total, pero no parecían contar con Sabias que encauzaran, y en realidad no nos retrasaron. Hemos llegado a los poblados fortificados este mediodía.

Rand habría querido gritar. ¡Dejar atrás a la infantería! ¿Acaso pensaba Weiramon que con la caballería podría tomar fortificaciones de empalizadas ubicadas en crestas de colinas? Probablemente. Y a buen seguro que ese hombre habría prescindido también de los Aiel si hubiera podido dejarlos atrás. ¡Necios nobles y su estúpido honor! Aun así, no importaba. Excepto por los hombres que morirían porque el Gran Señor Weiramon despreciaba a cualquiera que no combatiese a caballo.

—Eben y yo empezamos a destruir las primeras empalizadas tan pronto como llegamos —prosiguió Adley—. A Weiramon no le hizo mucha gracia eso; creo que nos habría ordenado detenernos, pero tuvo miedo de hacerlo. En cualquier caso, empezamos a prender fuego a los troncos y a abrir agujeros en las estacadas, pero no acabábamos de empezar cuando apareció Sammael. O, al menos, un hombre que encauzaba el *Saidin*, y mucho más fuerte que Eben o yo. Diría que tan fuerte como vos, milord Dragón.

—¿Apareció al momento? —preguntó con incredulidad Rand, pero entonces lo entendió. Había tenido la absoluta certeza de que Sammael se quedaría en Illian, tras la seguridad de las defensas tejidas con el Poder, si pensaba que tendría que enfrentarse a él; demasiados Renegados lo habían intentado y casi todos ellos estaban muertos ahora. A despecho de sí mismo, Rand prorrumpió en carcajadas, y tuvo que sujetarse el costado herido, que le dolió al reírse. Todas esas complejas artimañas para convencer a Sammael de que se encontraría en cualquier parte salvo con el ejército invasor, a fin de hacerlo salir de Illian, y una daga en la mano de Padan Fain las había hecho innecesarias. Dos días. A estas alturas, cualquiera que tuviese informadores en Cairhien, lo que, por supuesto, incluía a los Renegados, sabía que el Dragón Renacido yacía al borde de la muerte. Pensar lo contrario tendría tan poco sentido como echar leña húmeda al fuego—. Los hombres intrigan y las mujeres maquinan, pero la Rueda gira

Librodot

según sus designios. —Era un dicho en Tear—. Continúa. ¿Morr estuvo con vosotros ayer?

—Sí, milord Dragón. Fedwin acude todas las noches, como se le ordenó hacer. Y a esas horas ya era tan evidente como la nariz de Eben que llegaríamos a los poblados fortificados hoy.

—No entiendo nada. —El tono de Dashiva era molesto; un músculo de su mejilla se contrajo con un tic nervioso—. Lo habéis engatusado para que salga, pero ¿con qué propósito? Tan pronto como perciba la presencia de un hombre con una capacidad de encauzar que apunte vuestra fuerza, huirá de vuelta a Illian y a las trampas y alarmas que haya tejido. Allí no lo sorprenderéis; lo sabrá tan pronto como se abra un acceso a un kilómetro de la ciudad. ¿De qué servirá ir?

—Podemos salvar el ejército, eso es lo que podemos hacer —estalló Adley—. Weiramon seguía lanzando ataques contra ese fuerte cuando me marché, y Sammael causaba destrozos en cada ocasión a pesar de lo que quiera que hiciésemos Eben o yo. —Movió el brazo de la manga chamuscada—. Teníamos que contraatacar y huir inmediatamente, e incluso así casi nos abrasó en el sitio más de una vez. Los Aiel también han sufrido bajas. Luchan contra los illianos que salen; los otros poblados fortificados deben de estar vacíos, a juzgar por el número de hombres que combatían cuando me marché. Pero en cada ocasión, Sammael acababa con veinte de nosotros a la vez, ya fueran Aiel u otros, haciéndolos pedazos. Si hubiese tres como él, o incluso dos, no podría asegurar que encontrara vivo a nadie a mi regreso. —Dashiva lo miraba como si hubiese perdido la razón, y Adley se encogió de hombros inopinadamente, como si notara la ligereza del cuello de su chaqueta en comparación con la espada y el dragón prendidos en el del otro hombre—. Perdonadme, Asha'man —murmuró, avergonzado, y luego añadió en un tono bajo e inexpresivo—: Pero al menos podríamos salvarlos.

—Y lo haremos —le aseguró Rand. Aunque no sería exactamente del modo que Adley esperaba—. Hoy me ayudaréis a matar a Sammael.

Sólo Dashiva pareció sobresaltarse; los otros se limitaron a asentir. Ni siquiera los Renegados los asustaban ya. Rand esperaba que Min se opusiera o, tal vez, que exigiera acompañarlo, pero la joven lo sorprendió.

—Supongo que preferirás que nadie se entere de que te has ido o que lo descubran lo más tarde posible, pastor.

Él asintió y la mujer suspiró. Puede que los Renegados dependieran de palomas e informadores como cualquier otra persona, pero sentirse demasiado seguro podría resultar fatal.

—Las Doncellas querrán venir si se enteran, Min. —Querrían y él lo pasaría mal teniendo que negarse. Si es que conseguía impedírselo. Aunque sólo Nandera y los que tuviese de guardia lo acompañaran, si morían sería demasiado para él. Min volvió a suspirar.

—Supongo que debería ir a charlar con Nandera. Tal vez consiga mantenerlas en el pasillo durante una hora, pero no se sentirán muy complacidas conmigo cuando lo descubran.

Rand se echó a reír otra vez antes de acordarse del dolor en el costado; no, definitivamente no estarían muy contentas con ella; ni con él.

—Lo que es más, palurdo —añadió la joven—, a Amys no le hará ninguna gracia. Ni a Sorilea. En qué líos me meto por ti.

Él abrió la boca para contestar que no le había pedido que hiciese nada, pero antes de que tuviese ocasión de pronunciar una palabra, Min se acercó; mucho. Alzó los ojos hacia él, medio ocultos por las largas pestañas, y empezó a tamborilear los dedos sobre su pecho. Sonrió cariñosamente y mantuvo un tono de voz suave, pero sus dedos la

Librodot

delataban.

—Si dejas que te pase algo, Rand al'Thor, le echaré una mano a Cadsuane tanto si necesita ayuda como si no.

Su sonrisa se tornó más abierta durante un instante, casi alegre, antes de volverse y dirigirse hacia las puertas. Él la siguió con la mirada; puede que lo volviera loco con sus reacciones —le había pasado lo mismo con casi todas las mujeres con las que había tratado, al menos una o dos veces— pero tenía una forma de caminar que le hacía desear contemplarla.

De pronto cayó en la cuenta de que Dashiva también la observaba, y se lamía los labios. Rand se aclaró sonoramente la garganta, lo bastante como para que lo oyera por encima del ruido de la puerta al cerrarse tras ella. Por alguna razón, el hombre de rasgos toscos alzó las manos en un gesto defensivo. Y no porque él le hubiese asestado una mirada fulminante; no podía ir por ahí mirando de mala manera a los hombres sólo porque Min llevase polainas ajustadas. Se rodeó del vacío, asió el *Saidin* y utilizó Fuego, mezclado con infección fundida, para tejer un acceso. Dashiva reculó de un salto cuando se abrió el agujero. A lo mejor, quedarse sin una mano al amputársela un acceso le enseñaría a no relamerse los labios como un viejo chivo. Algo se retorció y se pegó como hilos rojos de una telaraña en el exterior del vacío.

Cruzó el acceso y salió al polvo del otro lado, con Dashiva y los otros justo detrás de él, y soltó la Fuente tan pronto como el último de ellos hubo pasado. Una sensación de pérdida ocupó el hueco dejado por el *Saidin* a medida que la percepción de Alanna se tornaba débil. Esa sensación no había parecido tan abrumadora mientras Lews Therin estuvo allí, ni la carencia tan inmensa.

En lo alto, el dorado sol había recorrido más de la mitad de camino hacia el horizonte. Una ráfaga de viento levantó polvo sin dejar pizca de frescura a su paso. El acceso se había abierto en una zona despejada, que delimitaba una cuerda sujeta a cuatro postes. En cada esquina había dos guardias vestidos con chaquetas cortas y pantalones amplios, metidos por las botas, y al costado llevaban espadas de aspecto serpentino. Algunos lucían espesos bigotes que les colgaban hasta la barbilla, o pobladas barbas, y todos ellos tenían narices prominentes y oscuros ojos, ligeramente rasgados. Tan pronto como apareció Rand, uno de ellos se marchó corriendo.

—¿Qué hacemos aquí? —inquirió Dashiva mientras miraba a uno y otro lado con incredulidad.

Alrededor se extendían cientos de tiendas picudas, grises y pardas, así como hileras de caballos atados y ya ensillados. Caemlyn se alzaba a pocos kilómetros de distancia, oculta por los árboles, y la Torre Negra no se encontraba mucho más lejos, pero Taim no se enteraría de esto a menos que tuviese un espía vigilando. Una de las tareas de Fedwin Morr había sido estar atento —y percibir— a cualquiera que intentara espiar. Como las ondas en la superficie del agua, un rumor se fue extendiendo a partir del área enmarcada por las cuerdas, y hombres con narices prominentes y espadas serpentinas se levantaron de su postura en cuclillas y se volvieron para mirar a Rand con expectación. Aquí y allí había mujeres también; era costumbre que las saldaeninas cabalgaran a la guerra a menudo acompañando a sus esposos, al menos entre los nobles y oficiales. Sin embargo, eso no pasaría ese día.

Rand se agachó para pasar por debajo de una de las cuerdas y se encaminó directamente hacia una tienda igual a las demás salvo por el estandarte que ondeaba en el astil delante de ella: tres florecillas rojas sobre campo azul. El realillo no se marchitaba siquiera en los inviernos saldaeninos, y cuando el fuego arrasaba un bosque, aquellas flores rojas eran las primeras en retoñar. Una flor que nada podía matar; el símbolo de la casa Bashere.

Librodot

Dentro de la tienda, el propio Bashere ya estaba calzado y con las espuelas puestas, y llevaba la espada al cinto. Ominosamente, Deira se encontraba con él, embutida en un vestido de montar del mismo tono gris que la chaqueta de su marido, y aunque no portaba espada, la larga daga colgada del cinto suplía muy bien esa falta. Los guanteletes de cuero que sujetaba debajo del cinturón revelaban la intención de cabalgar duro.

—No esperaba esto hasta dentro de unos días —dijo Bashere mientras se levantaba de una silla plegable de campamento—. A decir verdad, esperaba que fuesen semanas. Confiaba en contar con más hombres rechazados por Taim, como planeamos el joven Mat y yo. He reunido a todos los fabricantes de ballestas que he podido encontrar, y han empezado a producirlas como una cerda pariendo lechones, pero, ahora mismo, sólo quince mil tienen ballestas y saben cómo manejarlas. —Con una mirada interrogante, levantó una jarra plateada que había encima de los mapas extendidos sobre la mesa plegable—. ¿Hay tiempo para un ponche?

—Me temo que no —contestó, impaciente, Rand. Bashere ya le había hablado antes de los hombres que Taim encontraba y que no eran capaces de encauzar, pero apenas le había prestado atención. Si Bashere pensaba que los había entrenado suficientemente bien, eso era lo único que importaba—. Dashiva y otros tres Asha'man esperan fuera. Tan pronto como Morr se reúna con ellos, estaremos preparados para partir. —Miró hacia Deira ni Ghaline t'Bashere, que se alzaba por encima de su menudo esposo con su nariz prominente como un pico de halcón y unos ojos que hacían que los de dicho animal parecieran afables en comparación—. Nada de ponche, lord Bashere, ni de esposas. Hoy no.

Deira abrió la boca y sus ojos llamearon repentinamente.

—Nada de esposas —repitió Bashere mientras se atusaba el bigote canoso con los nudillos—. Haré que se pase la orden. —Se volvió hacia Deira y extendió una mano—. Esposa —dijo suavemente.

Rand se encogió y esperó el estallido, ni con voz suave ni sin ella. Deira apretó los labios y miró desde su altura a su marido con gesto ceñudo; recordaba un halcón a punto de caer sobre un ratón. Y no es que Bashere se pareciese a un ratón, naturalmente; sólo un halcón mucho más pequeño. La mujer respiró profundamente; Deira era capaz de hacer que una inhalación honda pareciera algo que podría sacudir la tierra en sus cimientos. Luego soltó la daga del cinturón y la puso en la mano de su marido.

—Hablaremos de esto después, Davram —prometió la mujer—. Largo y tendido.

Un día, cuando tuviese tiempo, decidió Rand, pediría a Bashere que le explicara cómo conseguir lo que él acababa de lograr. Si alguna vez tenía tiempo.

—Largo y tendido —convino Bashere, sonriendo bajo el bigote mientras se guardaba la daga debajo de su propio cinturón. Tal vez, ese hombre era un suicida, simplemente.

Fuera, se habían soltado las cuerdas y Rand esperaba con Dashiva y los otros Asha'man mientras nueve mil jinetes saldaeninos se alineaban detrás de Bashere en columna de a tres. En algún lugar, más allá de la caballería, quince mil hombres que se llamaban a sí mismos la Legión del Dragón se estarían reuniendo a pie. Rand los había visto de lejos, todos con chaqueta azul, abrochada a un lado para que el dragón rojo y dorado que cruzaba la pechera no quedara partido. Casi todos llevaban ballestas; algunos, en cambio, cargaban con escudos pesados y difíciles de manejar. Fuera cual fuese la extraña idea que Mat y Bashere habían tramado, Rand esperaba que no condujera a la muerte a muchos de ellos.

Morr sonreía anhelante mientras esperaba, casi brincando sobre las puntas de los pies. Quizá sólo se sentía contento de volver a vestir su chaqueta negra con la espada

Librodot

plateada en el cuello; no obstante, Adley y Narishma exhibían una sonrisa muy parecida y, ahora que se fijaba, la de Flinn no le andaba muy lejos. Sabían adónde se dirigían y lo que tenían que hacer allí. Como siempre, Dashiva miraba ceñudo a todo y a nada mientras sus labios se movían en silencio. También como siempre. Asimismo, las saldaeninas, agrupadas detrás de Deira en un extremo, guardaban un ceñudo silencio mientras observaban los preparativos. Águilas y halcones, las plumas encrespadas y furiosas. A Rand le daban igual sus ceños y sus muecas coléricas; si se sentía capaz de arrostrar la ira de Nandera y de las demás Doncellas después de haberlas mantenido alejadas de esto, entonces los hombres saldaeninos podrían aguantar todas las discusiones que fuera menester. Ese día, con la ayuda de la Luz, ninguna mujer moriría por su causa.

Un número tan ingente de hombres no podía alinearse en un minuto, aun cuando hubiesen estado esperando la orden, pero en un espacio de tiempo notablemente corto Bashere levantaba su espada y gritaba:

—¡Milord Dragón!

—¡El lord Dragón! —coreó otro grito que se propagó a lo largo de la columna que tenía detrás.

Rand asió la Fuente y creó un acceso entre los postes, de cuatro metros por cuatro, que cruzó rápidamente mientras ataba el tejido, rebosante de *Saidin* y con los Asha'man pisándole los talones, para salir a una gran plaza abierta, rodeada de colosales columnas blancas, todas ellas rematadas con coronas de ramas de olivo en mármol. A ambos extremos de la plaza se alzaban dos palacios casi idénticos con tejados púrpuras, pórticos, balcones y esbeltas torres. Uno era el Palacio Real, y el otro, ligeramente más pequeño, la Gran Sede del Consejo. Y aquélla era la Plaza de Tammuz, en el corazón de Illian.

Un hombrecillo flaco, con chaqueta azul y una barba sin bigote, miraba boquiabierto a Rand y a los Asha'man que salían de un agujero abierto en el aire, y una mujer fornida, con un vestido verde lo bastante corto para mostrar escarpines del mismo color y los tobillos cubiertos por medias también verdes, se llevó las manos a la cara y se quedó petrificada en el sitio, justo delante de ellos, con los ojos a punto de salírsele de las órbitas. Toda la gente se paró para mirar: vendedores ambulantes con sus bandejas, carreteros frenando a sus bueyes, hombres, mujeres y niños con la boca abierta a más no poder. Rand alzó los brazos y encauzó.

—¡Soy el Dragón Renacido!

Las palabras retumbaron en la plaza, amplificadas por Aire y Fuego, y las llamas que salieron disparadas de sus dedos ascendieron un centenar de metros en el aire. A su espalda, los Asha'man llenaron el cielo de bolas de fuego lanzadas en todas direcciones, con excepción de Dashiva, que creó una red de rayos azules sobre la plaza.

No hizo falta más. La multitud huyó en tropel, gritando a pleno pulmón, en todas direcciones, lejos de la Plaza de Tammuz. Lo hicieron justo a tiempo. Rand y los Asha'man se apartaron corriendo del acceso, y Davram Bashere entró en Illian a la cabeza de sus saldaeninos, quienes blandían las espadas y gritaban como posesos mientras salían por el agujero en avalancha. Bashere condujo a la línea central de la columna en línea recta, como habían planeado lo que ahora parecía mucho tiempo atrás, mientras que las otras dos filas giraban hacia uno y otro lado. Siguieron saliendo del acceso como un río imparable y se dividieron en grupos más pequeños, internándose a galope en las calles que desembocaban en la plaza.

Rand no esperó a ver salir a los últimos jinetes. Con menos de un tercio de la caballería fuera del acceso, tejió de inmediato otro, éste más pequeño. No hacía falta conocer un sitio para Viajar si la intención era ir a una distancia corta. Alrededor sintió

Librodot

cómo Dashiva y los demás creaban sus propios accesos, pero él cruzaba ya el suyo, dejando que se cerrara a su espalda, y se encontró en lo alto de una de las esbeltas torres del Palacio Real. Distraídamente, se preguntó si Mattin Stepaneos den Balgar, el rey de Illian, se encontraría en ese momento en algún lugar debajo de él.

La azotea de la torre no tendría más de cinco pasos de lado a lado, y estaba rodeada por un murete de piedra roja que a él apenas le llegaba al pecho. A cincuenta metros de altura, aquél era el punto más alto de toda la ciudad, y desde allí alcanzaba a ver, por encima de los tejados rojos, verdes y de todos los colores, brillantes bajo el sol de la tarde, los largos pasos elevados del oeste, que se extendían a través de la vasta marisma de altas hierbas que rodeaba la ciudad, así como el puerto. Un penetrante olor a salitre impregnaba el aire. Illian no necesitaba murallas, con aquel terreno pantanoso que frenaría a cualquier atacante. Cualquier atacante que no pudiese abrir agujeros en el aire. Aunque, para el caso, tampoco las murallas habrían servido de mucho.

Era una urbe bonita, con la mayoría de los edificios en clara piedra labrada, entrecruzada por tantos canales como calles, y que desde esa altura semejaba una tracería azul verdosa, pero Rand no se paró a admirarla. Por encima de tejados de tabernas y tiendas y de torres de palacios dirigió flujos de Aire y Agua, Fuego y Tierra y Energía, girando sobre sí mismo mientras lo hacía. No intentó tejerlos, sino que se limitó a lanzarlos más allá de la ciudad, hasta sus dos buenos kilómetros pasada la marisma. Desde otras cinco torres salían más flujos a baja altura, y al tocarse entre sí, libres y sin control, surgían estallidos de luz, saltaban chispas y creaban nubes de vapor multicolor, un espectáculo que habría sido la envidia de cualquier Iluminador. No se le ocurría una manera mejor de asustar a la gente para que buscara refugio en sus casas e incluso debajo de las camas, y así quitarla del paso de los soldados de Bashere, aunque ése no era el motivo de semejante exhibición.

Mucho tiempo atrás había llegado a la conclusión de que Sammael debía de tener salvaguardias tejidas por toda la ciudad a fin de dar la alarma si alguien encauzaba *Saidin.* Unas salvaguardias invertidas, de manera que nadie, excepto Sammael, pudiera localizarlas, que le señalarían el lugar exacto donde el hombre estuviera encauzando para destruirlo de inmediato. Con suerte, todas esas salvaguardias se estarían disparando ahora. Lews Therin se mostró muy seguro con respecto a que Sammael lo percibiría en cualquier lugar donde se encontrara, incluso a gran distancia. Y también dichas salvaguardias tendrían que haber quedado inutilizadas ahora; ese tipo de alarmas tenía que rehacerse una vez que se había disparado. Sammael acudiría. Jamás había renunciado a algo que considerase suyo, por muy incoherente que fuera su reclamación, sin presentar batalla. Todo eso lo sabía por Lews Therin. Si es que era real. Tenía que serlo. Aquellos recuerdos eran demasiado pormenorizados. Sin embargo, ¿acaso un demente no imaginaba sus fantasías con todo detalle?

«¡Lews Therin!», llamó para sus adentros. Sólo le respondió el viento que soplaba sobre Illian.

Allá abajo, la Plaza de Tammuz se hallaba silenciosa y desierta, excepto por unos pocos carros abandonados. De lado, el acceso era invisible salvo por los tejidos.

Dirigiendo los flujos hacia esos tejidos, Rand deshizo el nudo y el acceso desapareció en un instante, tras lo cual soltó el *Saidin* de mala gana. Todos los flujos se desvanecieron en el cielo. Quizás alguno de los Asha'man todavía asía la Fuente, pero les había advertido que no lo hicieran, que se proponía matar sin previo aviso a cualquier varón que sintiera encauzando después de que él hubiese dejado de hacerlo, y que no quería descubrir después que el encauzador había sido uno de ellos. Se apoyó en el murete, esperando, deseando sentarse. Las piernas le dolían y el costado le ardía en cualquier postura, pero quizá necesitara ver un tejido, además de percibirlo.

En la ciudad no reinaba un silencio absoluto. Desde varias direcciones llegaban gritos distantes y el débil entrechocar de espadas. A pesar de desplazar a tantos hombres a la frontera, Sammael no había dejado Illian completamente desprotegida. Rand giró sobre sí mismo en un intento de divisar la urbe en todas direcciones. Creía que Sammael aparecería en el Palacio Real o en el del otro lado de la plaza, pero no podía saberlo con total seguridad. Abajo, en una calle, vio a un grupo de saldaeninos cargar contra un número igual de hombres montados y con petos brillantes; de repente más saldaeninos salieron a galope por un lado, y el combate desapareció de su radio visual, detrás de los edificios. En otra dirección vislumbró algunos hombres de la Legión del Dragón que marchaban por un puente bajo sobre un canal. Un oficial, distinguible por la alta pluma roja de su yelmo, caminaba a la cabeza de unos veinte hombres equipados con anchos escudos que les llegaban a la altura de los hombros, a los que seguían alrededor de otros doscientos, éstos armados con pesadas ballestas. ¿Cómo lucharían? A lo lejos sonaron gritos y el choque metálico de armas, los débiles gemidos de moribundos.

El sol seguía su descenso hacia el horizonte y las sombras se alargaron por la ciudad. Llegó el crepúsculo, con el sol cual una roja cúpula en el oeste. Aparecieron algunas estrellas. ¿Se habría equivocado? ¿Habría huido Sammael a otra parte, a buscar otras tierras que dominar? ¿Habría estado haciendo oídos sordos a todo salvo a sus propias divagaciones dementes?

Un hombre encauzó. Rand se quedó paralizado un instante, mirando fijamente la Gran Sede del Consejo. La cantidad de *Saidin* había sido suficiente para abrir un acceso; no habría percibido un encauzamiento más pequeño al otro lado de la plaza. Tenía que ser Sammael.

Al momento había asido la Fuente, tejió un acceso y saltó a través de él, con rayos prestos para salir lanzados de sus manos. Era una estancia grande, iluminada por enormes lámparas de pie doradas y otras colgadas de cadenas al techo, con paredes de mármol níveo en las que había frisos que representaban batallas y barcos apiñados en el puerto, bordeado por la marisma, de la propia Illian. Al otro extremo del salón, nueve sillones dorados y profusamente tallados se alzaban cual solios sobre una blanca tarima, gradada en la parte delantera; el sillón central tenía el respaldo más alto que los otros ocho. Antes de que tuviese tiempo de cerrar el acceso a su espalda, la azotea de la torre donde se encontraba un instante antes saltaba por los aires. Percibió la onda de Fuego y Tierra al tiempo que una lluvia de fragmentos y polvo salía disparada a través del acceso, derribándolo de bruces. Al caer al suelo, un intenso dolor le atravesó el costado como una afilada y roja lanza que traspasara el vacío en el que flotaba; eso, más que otra cosa, fue lo que le hizo soltar el tejido del acceso. Era el dolor de otra persona; la debilidad de otro. Podía hacer caso omiso de ellos dentro del vacío.

Se movió, obligando a los músculos de otro hombre a que funcionaran, incorporándose y alejándose a trompicones en una carrera tambaleante hacia la tarima, justo en el instante en que cientos de filamentos rojos se disparaban desde arriba, a través del techo, y abrasaban el mármol azulado del suelo en un amplio círculo centrado en el punto donde los residuos de su acceso aún se disipaban. Uno de ellos le atravesó el tacón de la bota, llegó a su talón y se oyó a sí mismo gritar mientras caía. No era su dolor, ni en el talón ni en el costado. No era suyo.

Rodó sobre su espalda y vio los restos de aquellos filamentos abrasadores, lo bastante recientes aún para distinguir Fuego y Aire tejidos de un modo desconocido para él. Lo bastante para localizar exactamente la dirección de la que habían venido. El adornado techo de escayola blanca, muchos metros por encima del suelo plagado de agujeros negros, siseó y crujió sonoramente con el roce del aire.

Alzó la mano y tejió fuego compacto. Es decir, empezó a tejerlo. La mejilla de

Librodot

otra persona ardió con el recuerdo de una bofetada, y la voz de Cadsuane siseó y chisporroteó dentro de su cabeza como los agujeros hechos por los rojos filamentos: «Nunca jamás, muchacho. No volverás a hacer eso nunca». Le pareció oír a Lews Therin gimoteando de miedo por lo que estaba a punto de liberar, lo que casi había destruido el mundo en una ocasión. Todos los flujos, salvo el Fuego y el Aire, desaparecieron, y Rand los tejió como había visto. Miles de finísimos filamentos rojos surgieron en sus manos y se abrieron en abanico al tiempo que salían lanzados hacia arriba. Un trozo circular del techo, de unos dos metros de diámetro, cayó en fragmentos de piedra y polvo de yeso.

Sólo después de haberlo hecho se le ocurrió que podría haber otra persona entre Sammael y él. Se proponía ver muerto al Renegado ese día, pero si podía hacerlo sin matar a otros... Los flujos desaparecieron mientras se ponía de pie otra vez y corría, renqueando, hacia las puertas que había a un lado de la sala, altas y con nueve abejas doradas, del tamaño de su puño, incrustadas en cada panel.

Un pequeño flujo de Aire abrió una de las hojas antes de que él llegara, demasiado pequeño para ser detectado a cualquier distancia. Salió cojeando al pasillo e hincó una rodilla en el suelo. El costado de ese otro hombre ardía terriblemente, y el talón dolía muchísimo. Rand desenvainó la espada y se apoyó en ella, esperando. Un tipo con el rostro bien afeitado y mejillas sonrosadas se asomó por el recodo del pasillo; su chaqueta se vio lo suficiente para identificarlo como un sirviente. Al menos, una chaqueta que era verde en un lado y amarilla en el otro parecía un uniforme. El tipo vio a Rand y, muy despacio, como si al hacerlo así no fuera a atraer sobre sí la atención, desapareció tras la esquina. Antes o después, Sammael tendría que...

—¡Illian me pertenece! —La voz retumbó en el aire, desde todas direcciones, y Rand soltó una maldición. Tenía que ser el mismo tejido que él había utilizado en la plaza o algo muy parecido; se necesitaba tan poco Poder para hacerlo que no habría percibido los flujos aunque el hombre hubiese estado a diez pasos de distancia—. ¡Illian es mío! No destruiré lo que me pertenece para matarte, y no permitiré tampoco que lo destruyas tú. ¿Has tenido agallas para venir aquí en mi búsqueda? ¿Tendrás también coraje para volver a seguirme? —Un tono burlón y astuto sonó en la estruendosa voz—. ¿Lo tienes?

En alguna parte, allá arriba, se abrió y se cerró un acceso; Rand supo con seguridad que era eso.

¿Coraje? ¿Tenía *coraje*?

—Soy el Dragón Renacido —murmuró— y voy a matarte.

Tejió un acceso, lo cruzó y salió a un lugar, varios pisos más arriba. Era otro pasillo, jalonado con tapices que representaban barcos en el mar. Al fondo, la última porción carmesí del sol brillaba a través de las columnas de una galería. El residuo del acceso de Sammael pendía en el aire, y los desdibujados flujos semejaban fantasmas que rielaban débilmente. Pero no tanto como para que Rand no los distinguiera. Empezó a tejer y entonces se detuvo. Había saltado allí sin pensar siquiera en la posibilidad de una trampa. Si copiaba exactamente lo que veía, saldría al mismo sitio que Sammael, o muy cerca, que para el caso era lo mismo; sin embargo, realizando una ligera variación... Imposible saber si el cambio significaría cincuenta metros o quinientos, pero tanto lo uno como lo otro sería lo bastante próximo.

La raya vertical y plateada empezó a rotar, ensanchándose, dejando a la vista las ruinas de una pasada grandeza envueltas en sombras, aunque no tan oscuro como el pasillo. Visto a través del acceso, el fragmento del sol poniente era ligeramente más ancho, medio oculto por una cúpula resquebrajada. Conocía ese lugar. La última vez que estuvo allí había añadido un nombre a la lista de Doncellas que guardaba en su

memoria; la primera vez, Padan Fain los había seguido y se había convertido en algo más que un simple Amigo Siniestro, en algo mucho peor. Que Sammael hubiese huido a Shadar Logoth parecía cerrar un círculo en más de un sentido. No había tiempo que perder, ahora que había abierto el acceso. Antes de que éste acabara de ensancharse, Rand cruzó corriendo la ruinosa ciudad que antaño se llamó Aridhol; corrió renqueando y soltó el tejido mientras se alejaba, sus botas sonando sobre las losas rotas del pavimento y las malas hierbas muertas.

Se escondió detrás de la primera esquina a la que llegó. El suelo se sacudió bajo sus pies mientras retumbaba un estampido donde había estado un momento antes, y el rayo que se descargó encima centelleó en la creciente oscuridad del ocaso; percibió la onda de Tierra y Aire. Se alzaron chillidos y aullidos, mezclados con los ensordecedores estallidos. El *Saidin* latía dentro de él; se alejó cojeando, sin mirar atrás. Corrió, y con el Poder hinchiéndolo, incluso en las oscuras sombras veía con claridad.

La ciudad se extendía en derredor: enormes palacios de mármol, cada cual con cuatro o cinco cúpulas de diferentes formas, teñidas de rojo por el sol poniente; fuentes de bronce y estatuas en todas las intersecciones; grandes hileras de columnas dirigiéndose hacia torres que se elevaban al cielo. O, al menos, se erguían así cuando estaban intactas, aunque abundaban más las que acababan en trazos truncados, irregulares. Por cada cúpula entera, otras diez semejaban cáscaras de huevos rotas, con la parte superior o un costado desaparecidos. Había estatuas tiradas, hechas trozos, y a las que seguían en pie les faltaban los brazos o la cabeza. La oscuridad avanzaba rápidamente sobre los cerros de cascotes, y los pocos árboles raquíticos y retorcidos que se aferraban a ellos recordaban unos dedos rotos recortados contra el cielo.

Un abanico de ladrillos y piedras se extendía a través del camino, procedentes de lo que debió de ser un pequeño palacio; la mitad de la fachada faltaba, y el resto de la columnata se inclinaba como una persona ebria hacia el pavimento. Rand se detuvo en mitad de la calle, a corta distancia de los cascotes, esperando, atento a la percepción del *Saidin* al ser utilizado por otro. Quedarse a los lados de la calle no era buena idea, y no sólo por el peligro de que alguno de los edificios se viniese abajo en cualquier momento. Un millar de ojos invisibles parecían observar desde los vacíos vanos de las ventanas, que semejaban cuencas vacías; observar con una ansiedad que casi resultaba palpable. Sentía las distantes punzadas de la nueva herida del costado cual una cuchillada de llamas, haciéndose eco del mal que se aferraba al propio polvo de Shadar Logoth. La vieja herida se contraía como un puño, y el dolor del pie parecía muy, muy lejano. Más próximo, el vacío palpitaba alrededor y la infección del Oscuro en el *Saidin* latía al mismo ritmo de la cuchillada en sus costillas. Un lugar peligroso a la luz del día, Shadar Logoth. Pero, de noche...

Calle abajo, más allá de un alto monumento que milagrosamente se mantenía erguido, algo se movió, una forma oscura que cruzó a toda velocidad la calle, en la oscuridad. Rand casi encauzó, pero no podía creer que Sammael se escabullera de ese modo. Cuando había salido a la ciudad, cuando Sammael intentó destruir todo lo que había alrededor del acceso, había oído unos gritos horribles. Entonces apenas había reparado en ellos. En Shadar Logoth no vivía nada, ni siquiera ratas. Sammael debía de haber traído esbirros, hombres a los que no le importaría matar en un intento de alcanzarlo a él. A lo mejor uno de ellos lo conduciría hasta Sammael. Echó a correr tan deprisa y tan silenciosamente como pudo. Las piedras rotas del pavimento crujían bajo sus botas con un ruido a huesos chascando. Esperaba que el sonido sólo fuera alto para sus oídos aguzados por el *Saidin.*

Se agazapó al pie de un monumento, una gruesa aguja de piedra cubierta de fluida escritura, y escudriñó al frente. Quienquiera que se hubiera movido, ya no estaba; sólo

Librodot

los locos o los insensatamente valientes entraban en Shadar Logoth de noche. El mal había infectado la ciudad, había matado a Aridhol, pero no había muerto con Aridhol. Más abajo en la calle, un zarcillo de niebla gris plateada salió flotando por una ventana y se deslizó hacia otro que salió a su encuentro desde una ancha grieta de un alto muro de piedra. Detrás de aquella grieta algo brillaba como si dentro hubiese una luna llena. Con la noche, el Mashadar rondaba por su ciudad prisión, una vasta presencia que podía aparecer en una docena de sitios a la vez, en un centenar. El tacto del Mashadar no era un modo muy agradable de morir. Dentro de Rand, la infección del *Saidin* latió con más fuerza; el distante fuego en el costado llameaba como un millar de relámpagos, uno sobre otro. Hasta el suelo parecía palpitar debajo de sus botas.

Se volvió, medio pensando en marcharse. Seguramente, Sammael se había ido, ahora que el Mashadar estaba fuera. Seguramente lo había engatusado para llevarlo allí con la esperanza de que buscara entre las ruinas hasta que el Mashadar lo matara. Se volvió y se frenó en seco, agazapado contra la aguja de piedra. Dos trollocs avanzaban sigilosamente calle abajo, unas formas corpulentas embutidas en cota de malla negra, y casi cuatro palmos más altos que él. De las hombreras y coderas de la armadura sobresalían pinchos, y empuñaban picas con largas y negras puntas y ganchos de aspecto horrendo. A sus ojos, henchidos de *Saidin*, sus rostros resultaban claramente visibles, uno deformado por un pico de águila donde tendría que haber tenido la nariz y la boca, y el otro por un hocico de jabalí, con colmillos. Cada uno de sus movimientos gritaba su miedo; a los trollocs les encantaba matar, derramar sangre, pero Shadar Logoth los aterrorizaba. Habría Myrddraal por allí cerca; ningún trolloc habría entrado en esa ciudad sin que un Myrddraal lo obligara a ello. Y ningún Myrddraal lo habría hecho sin inducirlo Sammael. Todo lo cual significaba que el Renegado debía de seguir allí, o esos trollocs estarían corriendo hacia las puertas, no de caza. Y eso era exactamente lo que hacían. Aquel hocico de jabalí olisqueaba el aire buscando el rastro de un olor.

De pronto, una figura envuelta en harapos saltó desde una ventana encima de los trollocs y cayó sobre ellos con la lanza a punto de hincarse. Una Aiel, con el *shoufa* envuelto en la cabeza, pero con el velo colgando. El trolloc de pico de águila chilló cuando la moharra se hundió profundamente en su costado, y una segunda vez. Mientras su compañero caía, pataleando, el de hocico de jabalí giró a la par que gruñía y arremetió con saña, pero la mujer esquivó el ataque agachándose y la punta con gancho le pasó por encima; acto seguido hundió su lanza en el estómago de la criatura, que se desplomó junto a la otra, hecha un ovillo y sacudiéndose.

Rand se puso de pie y echó a correr sin pensarlo.

—¡Liah! —llamó. La creía muerta, abandonada allí por él; muerta por él. Liah, de los Chareen Cosaida; ese nombre resaltó en la lista que había en su cabeza.

La mujer giró velozmente para enfrentarse a él, la lanza presta en una mano y la adarga redonda de piel de toro en la otra. El rostro que Rand recordaba tan bonito, a pesar de las cicatrices en ambas mejillas, estaba contraído por la ira.

—¡Míos! —siseó entre los dientes apretados, amenazadoramente—. ¡Míos! ¡Nadie puede venir aquí! ¡Nadie!

Rand se detuvo. Aquella lanza aguardaba, ansiosa por hundirse también en sus costillas.

—Liah, me conoces —dijo suavemente—. Me conoces. Te llevaré de vuelta con las Doncellas, con tus hermanas de lanza. —Le tendió la mano.

La cólera de la mujer desapareció para dejar paso a un gesto perplejo, fruncida la frente. Ladeó la cabeza.

—¿Rand al'Thor? —musitó lentamente. Sus ojos se abrieron mucho, bajaron hacia

los trollocs muertos, y una expresión de terror pasó por su cara—. Rand al'Thor —susurró mientras se subía el velo con dedos temblorosos—. ¡El *Car'a'carn*! —gimió, y huyó a todo correr.

Rand fue en pos de ella, cojeando, trepando torpemente sobre los montones de cascajos esparcidos en la calle, tropezando, cayendo, rasgándose la chaqueta, cayendo otra vez, rodando y levantándose, todo sin dejar de correr. La debilidad de su cuerpo era lejana, así como el dolor, pero aun flotando en el profundo vacío sólo podía exigir esfuerzo a aquel cuerpo hasta cierto punto. Liah desapareció en la noche. «Tras la siguiente esquina sombría», pensó Rand.

Llegó renqueando hasta allí lo más deprisa que pudo. Y casi se dio de bruces con cuatro trollocs y un Myrddraal, la negrísima capa colgando inmóvil a su espalda, de manera antinatural, mientras el Fado se movía. Los trollocs gruñeron con sorpresa, pero el desconcierto sólo duró una fracción de segundo. Las lanzas con ganchos y las espadas con hojas como guadañas se alzaron; el Myrddraal empuñaba su acero negro como la muerte, una cuchilla que infligía heridas casi tan letales como la daga de Fain.

Rand ni siquiera intentó desenvainar la espada con la garza grabada que colgaba a su costado. Cual la muerte envuelta en una destrozada chaqueta roja, encauzó y una espada de fuego apareció en sus manos, latiendo con el palpito del *Saidin*, y cercenó una cabeza sin ojos. Habría sido más sencillo destruirlos a todos como había visto hacer a los Asha'man en los pozos de Dumai, pero cambiar los tejidos ahora podría costarle un segundo con resultados fatales. Esas espadas podían matarlo incluso a él. Atacó a las formas alumbradas en la oscuridad por la llama que sostenía en sus manos, sombras volando sobre los rostros que se alzaban sobre él, rostros con hocicos de lobo, cabezas de carnero, crispados en el último grito cuando su ardiente espada hendía cota de malla y carne como si fueran mantequilla. Los trollocs dependían de su número y de su insuperable ferocidad; enfrentándose a él y a esa espada de Poder, habría dado lo mismo si se hubiesen quedado quietos y no hubiesen ido armados.

La espada desapareció entre sus dedos. Todavía en la última parte de la postura llamada *Enroscar el viento*, permaneció inmóvil en medio de los muertos. El último trolloc en caer todavía se sacudía y sus cuernos de carnero arañaban el pavimento. El Myrddraal descabezado aún agitaba los brazos, por supuesto, y sus pies pateaban frenéticamente; los Semihombres no morían enseguida, ni siquiera tras ser decapitados.

No bien había desaparecido la espada, cuando un rayo plateado cayó desde el cielo despejado, cuajado de estrellas.

El primer impacto se descargó con un ensordecedor estampido a cuatro metros de distancia. El mundo se tornó blanco y el vacío se hizo añicos. El suelo se combó bajo él al caer un segundo rayo, al que siguió un tercero. Rand no fue consciente de estar caído de bruces en la calle hasta ese momento. El aire chisporroteaba. Aturdido, se incorporó y corrió a trompicones huyendo de una andanada de rayos que resquebrajaron el pavimento hasta provocar el derrumbe de edificios. Siguió adelante, tambaleándose, sin importarle hacia dónde, siempre que fuera lejos de allí.

De repente su cabeza se despejó lo suficiente para ver dónde se encontraba; avanzaba dando tumbos a través de un vasto suelo de piedra cubierto de cascotes enormes, algunos tan grandes como él. Aquí y allí, agujeros irregulares y oscuros se abrían en las baldosas. Alrededor se alzaban por doquier altos muros, e hilera sobre hilera de balconadas que se extendían a lo largo de todo el perímetro. Sólo quedaba una pequeña porción de lo que antaño fuera un inmenso techo, en una esquina. Las estrellas brillaban en lo alto.

Dio otro paso tambaleante y el suelo cedió de repente bajo sus pies. Extendió las manos en un gesto desesperado; con un brusco tirón, la derecha se asió a un borde

Librodot

irregular y Rand quedó colgado sobre una negrura insondable. La caída podía ser de unos cuantos metros, hasta un sótano, o de un kilómetro; todo era posible. Podía enganchar bandas de Aire al borde del agujero, sobre su cabeza, para ayudarse a subir, sólo que... De algún modo, Sammael había percibido la mínima cantidad de *Saidin* utilizada en la espada. Se había producido un retraso antes de que los rayos se descargaran, pero no podía calcular cuánto tiempo había empleado en matar a los trollocs. ¿Un minuto? ¿Segundos?

Se impulsó y lanzó el brazo izquierdo hacia arriba en un intento de agarrar el borde del agujero. El dolor, que el vacío ya no amortiguaba, se hincaba en su costado como una daga. Empezó a ver motitas negras y brillantes y, aún peor, la mano derecha le resbalaba en la piedra que se desmenuzaba, además de sentir que los dedos perdían fuerza. No le iba a quedar más remedio que... Una mano le agarró la muñeca derecha.

—Eres un necio —dijo la voz profunda de un hombre—. Puedes considerarte afortunado de que no quiera verte morir hoy. —La mano empezó a subirlo a pulso—. ¿No vas a poner nada de tu parte? —demandó la voz—. No pienso cargarte a los hombros ni matar a Sammael por ti.

Sacudiéndose el aturdimiento, Rand alzó la otra mano, asió el borde del agujero y se aupó a pesar del intenso dolor del costado. Y a pesar del lacerante dolor también se las arregló para recuperar el vacío y aferrar el *Saidin.* No encauzó, pero quería estar preparado.

Su cabeza y sus hombros se alzaron sobre el suelo y entonces Rand pudo ver al otro hombre, un tipo grande, poco mayor que él, con el cabello negro como la noche y una chaqueta también negra, semejante a la de los Asha'man. Rand nunca lo había visto. Al menos, no era uno de los Renegados, cuyos rostros conocía. O eso pensaba.

—¿Quién eres? —preguntó.

Todavía tirando de él, el hombre soltó una risa.

—Digamos que un trotamundos que pasaba por aquí. ¿De verdad quieres hablar ahora?

Rand no malgastó aliento y bregó hasta subir el torso sobre el suelo, luego la cintura. De pronto se dio cuenta de que un suave resplandor bañaba el suelo alrededor de los dos, como el brillo de una luna llena.

Se giró para mirar por encima del hombro y vio al Mashadar. De una balconada se desbordaba no un simple zarcillo, sino una ola brillante, gris plateada, que formaba un arco sobre sus cabezas, y descendía.

Sin pensarlo, su mano libre se alzó y el fuego compacto se disparó hacia lo alto, una barra de blanco fuego líquido que hendió la ola que se precipitaba sobre ellos. Vagamente advirtió que otra barra de pálido fuego compacto se alzaba de la mano libre del otro hombre, una barra que se descargó desde una dirección opuesta a la de la suya. Las dos convergieron.

Rand sufrió una sacudida cuando su cabeza retumbó como un gong, y el *Saidin* y el vacío se hicieron añicos. Lo veía todo doble, las balconadas, los cascotes de piedra esparcidos por el suelo. Parecía haber un par del otro hombre traslapándose el uno al otro, ambos asiéndose la cabeza con las manos. Rand parpadeó y buscó al Mashadar. La onda de brillante niebla se había retirado; permanecía un brillo en las balconadas, allá arriba, pero menguando, retrocediendo, al tiempo que a Rand se le aclaraba la vista. Al parecer, hasta el irracional Mashadar huía del fuego compacto.

Se puso de pie con movimientos inestables y tendió una mano al hombre caído. Éste se incorporó por sí mismo, mirando con mal gesto la mano de Rand. Era más o menos de su estatura, algo poco corriente excepto entre los Aiel.

—Creo que lo mejor sería que nos pusiéramos en marcha cuanto antes. ¿Qué ha

pasado aquí?

—No sé qué ha pasado —gruñó—. Corre, si quieres conservar la vida.

Siguió su propio consejo al punto y salió disparado hacia una hilera de arcos abiertos; no en la pared más próxima, ya que el Mashadar había venido de allí.

Tanteando en busca del vacío, Rand lo siguió renqueando tan deprisa como pudo, pero antes de que les diese tiempo de dejar atrás el espacio abierto, los rayos empezaron a caer otra vez cual una andanada de flechas plateadas. Los dos se zambulleron bajo los arcos, perseguidos por el estruendo de paredes y suelo desplomándose a su espalda, por nubes de polvo y una lluvia de piedras. Con la cabeza hundida entre los hombros, un brazo protegiéndose la cara y tosiendo, Rand corrió a través de una ancha estancia donde los inestables arcos sostenían el techo; empezaron a caer trozos de piedra.

Sin darse cuenta de lo que hacía, salió disparado a una calle y dio tres pasos tambaleantes antes de detenerse. El dolor del costado hacía que deseara encogerse, pero temió que las piernas le fallaran si lo hacía. El pie herido le palpitaba con lacerantes punzadas; tenía la impresión de que había pasado un año desde que aquel filamento rojo de Fuego y Aire le alcanzara el talón. Su rescatador lo estaba observando; cubierto de polvo de la cabeza a los pies, el tipo se las arreglaba para parecer un rey.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar Rand—. ¿Uno de los hombres de Taim? ¿O has aprendido por ti mismo? Puedes ir a Caemlyn, ¿sabes?, a la Torre Negra. No tienes que vivir con miedo a las Aes Sedai. —Por alguna razón, decir aquello le hizo fruncir el entrecejo; no entendía por qué.

—Nunca he tenido miedo de las Aes Sedai —espetó el hombre, que luego inhaló profundamente—. Probablemente deberías marcharte de aquí ahora, pero si tu intención es quedarte y matar a Sammael, más te vale que intentes pensar como él. Has demostrado que puedes hacerlo. Siempre le ha gustado destruir a un hombre a la vista de uno de los triunfos de ese hombre. A falta de eso, servirá algún sitio que el hombre haya marcado como suyo.

—El Atajo —dijo lentamente Rand. Si podía decirse que hubiese marcado algo en Shadar Logoth, tenía que ser la puerta del Atajo—. Está esperando cerca del Atajo. Y ha puesto trampas. —Y seguramente salvaguardias también, como en Illian, para detectar a un hombre encauzando. Sammael había planeado aquello muy bien.

—Por lo visto sabes encontrar el camino, si se te lleva de la mano —rió irónicamente el otro hombre—. Intenta no tropezar. Serán muchos los planes que habrá que replantear si te dejas matar ahora.

El hombre se volvió y empezó a cruzar la calle hacia un callejón que había enfrente.

—Espera —llamó Rand. El tipo siguió andando, sin mirar atrás—. ¿Quién eres? ¿De qué planes hablas?

El hombre desapareció en el callejón. Rand fue en pos de él, pero cuando llegó a la boca del angosto paso, éste estaba vacío. Paredes lisas, sin puertas ni ventanas, se extendían a ambos lados sus buenos cien pasos hasta desembocar en la otra calle, donde un fulgor anunciaba que otra parte del Mashadar andaba suelta por allí, pero del hombre no había ni rastro, lo cual era de todo punto imposible. El tipo había tenido tiempo para hacer un acceso, desde luego, si sabía cómo, pero el residuo seguiría siendo visible y, además, tanta cantidad de *Saidin* tejiéndose a tan corta distancia lo habría advertido como si lo hubiera anunciado a voces.

De pronto cayó en la cuenta de que tampoco había percibido el *Saidin* cuando el hombre hizo el fuego compacto. Sólo pensar en eso, en los dos haces tocándose, hizo que volviera a ver doble. Por un instante, volvió a vislumbrar el semblante del hombre, perfectamente nítido cuando todo lo demás era borroso. Sacudió la cabeza hasta que su

Librodot

vista se aclaró.

—¿Quién, en nombre de la Luz, eres? —musitó. Y un momento después añadió—: ¿Qué eres?

Quienquiera o lo que quiera que fuera, el hombre se había marchado, pero Sammael seguía en Shadar Logoth. No sin esfuerzo, consiguió rodearse de nuevo por el vacío. La infección del *Saidin* vibraba ahora, abriéndose paso con su zumbido a lo más profundo de su ser; el propio vacío vibraba. Sin embargo, la debilidad de los músculos desmadejados y el dolor de las heridas remitieron. Iba a matar a uno de los Renegados antes de que acabara la noche.

Cojeando, se deslizó por las oscuras calles, plantando los pies con gran cuidado. Aun así seguía haciendo ruido, pero ahora la noche rebosaba de sonidos: chillidos y gritos guturales en la distancia. El irracional Mashadar mataba todo lo que encontraba, y los trollocs estaban muriendo en Shadar Logoth esa noche lo mismo que habían muerto hacía mucho, mucho tiempo. De tanto en tanto, al final de una calle perpendicular veía trollocs, dos, cinco o una docena, a veces con un Semihombre, pero eran las menos. Ninguno lo vio y Rand pasó de largo. Y no simplemente por el hecho de que Sammael detectara un encauzamiento. Aquellos trollocs y Myrddraal que el Mashadar no matara, estaban muertos de todos modos. Casi con toda seguridad, Sammael los había traído por los Atajos, pero por lo visto no comprendía exactamente cómo había marcado Rand la puerta del Atajo de allí.

A corta distancia de la plaza donde se hallaba dicha puerta, Rand se paró y escudriñó en derredor. Cerca se alzaba una torre aparentemente intacta. Aunque no alcanzaba la altura de otras, su parte superior se erguía a más de cincuenta metros del suelo. El oscuro umbral de su base no tenía puerta, ya que la madera se había podrido mucho tiempo atrás y los goznes se habían convertido en polvo. A través de la oscuridad, aliviada únicamente por el débil fulgor de las estrellas que penetraba a través de las ventanas, Rand subió lentamente la escalera en espiral, levantando pequeñas nubes de polvo al plantar los pies y sintiendo una punzada de dolor subiéndole por la pierna cada dos pasos. Un dolor vago, lejano. En lo alto de la torre, se recostó en el parapeto para recuperar el aliento. Le vino a la mente la peregrina idea de que lo esperaba una buena cuando Min se enterara de esto. O cuando se enteraran Amys o Cadsuane, para el caso.

Por encima de los tejados derrumbados divisaba la gran plaza que había sido una de las más importantes de Aridhol. Antaño, una arboleda Ogier había cubierto esa zona, pero antes de que hubiesen transcurrido treinta años desde que los Ogier acabaran de construir la parte más antigua de la ciudad, sus residentes habían talado los árboles para que siguiera la expansión de Aridhol. Palacios, más o menos en ruinas, rodeaban la inmensa plaza; el fulgor del Mashadar brillaba tras algunas ventanas, y un gran montón de escombros tapaba uno de sus extremos, pero en el centro se encontraba la puerta del Atajo, en apariencia un muro de piedra alto y ancho. Rand no estaba lo bastante cerca para distinguir las hojas y parras delicadamente cinceladas que lo cubrían, pero sí divisaba los fragmentos desmoronados de la alta verja que en otros tiempos lo rodeaba; los fragmentos de metal forjado con el Poder, desplomados en un montón pero inmunes a la herrumbre, brillaban sin mácula en la noche. También percibía la trampa que había tejido alrededor de la puerta al Atajo, invertida para que sólo fuera visible a sus ojos. Imposible saber si los trollocs y Semihombres habían pasado por ella desde esa distancia, pero si lo habían hecho no tardarían en morir. Algo desagradable. Fueran cuales fuesen las trampas que Sammael hubiera preparado allí, para él resultaban invisibles, pero eso era de esperar. A buen seguro tampoco serían muy agradables.

Al principio no localizó al Renegado, pero entonces alguien se movió entre las

Librodot

columnas acanaladas de un palacio. Rand esperó. Quería estar seguro, ya que sólo dispondría de una oportunidad. La figura salió de entre las columnas a la plaza apenas un paso, y giró la cabeza a uno y otro lado: Sammael —lo delataba la blanquísima chorrera de encaje en el cuello— esperaba verlo entrar en la plaza, cayendo en las trampas. Tras el Renegado, el brillo de las ventanas del palacio se intensificó. Sammael escudriñó la oscuridad del otro lado de la plaza, y el Mashadar se derramó por las ventanas en forma de espesas volutas de niebla gris plateada, que se deslizaron hasta converger, cernidas sobre la cabeza del hombre. El Renegado caminó unos pasos hacia un lado, y la onda empezó a descender, cobrando velocidad lentamente a medida que caía.

Rand sacudió la cabeza. Sammael era suyo. Los flujos requeridos para el fuego compacto parecieron formarse por voluntad propia, en contra del lejano eco de la voz de Cadsuane. Rand alzó una mano.

Un grito desgarró la oscuridad, el chillido de una mujer presa de un dolor indescriptible. Rand vio que Sammael se volvía para mirar hacia un gran montón de cascotes un instante antes de que sus propios ojos giraran en aquella dirección. En lo alto del montículo, una figura vestida con chaqueta y pantalones se recortaba contra el cielo nocturno; un zarcillo del Mashadar le tocaba una pierna. Con los brazos extendidos, la mujer se sacudía y tiraba, incapaz de moverse del sitio, y su inarticulado lamento parecía pronunciar el nombre de Rand.

—Liah —susurró él. En un gesto inconsciente extendió los brazos, como si pudiera salvar la distancia y arrancarla de allí. Sin embargo, nada podía salvar aquello que el Mashadar tocaba, del mismo modo que nada lo habría salvado a él si la daga de Fain se hubiese hundido en su corazón—. Liah —susurró de nuevo. Y el fuego compacto salió disparado de su mano.

Durante una fracción de segundo, la figura de la mujer pareció seguir encontrándose allí, toda ella un fuerte contraste de negros y blancos intensos, y luego desapareció, muerta antes de que empezara su agonía.

Gritando, Rand barrió con el fuego compacto el aire, en dirección a la plaza, los cascotes desmoronándose sobre sí mismos, derramando muerte fuera de tiempo y espacio... y soltó el *Saidin* antes de que la barra de fuego blanca tocara la riada del Mashadar que ahora se desbordaba a través de la plaza, pasando en arremolinadas volutas ante la puerta del Atajo, en dirección a los ríos de niebla gris plateada que fluían desde otro palacio del lado opuesto. Sammael tenía que estar muerto. Tenía que estarlo. No había tenido tiempo de huir, de tejer un acceso y, si lo hubiese hecho, él habría percibido el *Saidin* funcionando. Sammael había muerto, asesinado por algo más perverso que él. La emoción se agolpó en el exterior del vacío; Rand quiso echarse a reír, o tal vez romper a llorar. Había ido allí para matar a uno de los Renegados, pero en cambio había matado a una mujer a la que había abandonado a su suerte en aquel lugar horrendo.

Permaneció en lo alto de la torre largo rato mientras la luna menguante se desplazaba por el cielo, contemplando cómo el Mashadar llenaba completamente la plaza hasta que sólo la parte superior de la puerta del Atajo quedó por encima del mar de niebla. Si Sammael hubiese estado vivo habría podido matar fácilmente al Dragón Renacido entonces. Rand no tenía la seguridad de que le hubiese importado. Finalmente, abrió un acceso para Rasar y creó una plataforma, un disco sin barandilla, mitad negro, mitad blanco. Rasar era más lento que Viajar; le costó casi media hora llegar a Illian, y durante todo el camino grabó a fuego en su cerebro, una y otra vez, el nombre de Liah, flagelándose con él. Ojalá pudiera llorar, pero parecía que hubiese olvidado cómo hacerlo.

Librodot

Bashere, Dashiva y los Asha'man lo esperaban en el Palacio Real, en el salón del trono. Era exactamente igual que la estancia que había visto en el palacio del otro lado de la plaza, tanto las lámparas de pie, las escenas cinceladas en las paredes de mármol y el ancho estrado de gradas blancas. Todo igual excepto por sus dimensiones, algo más grandes, y porque en lugar de haber nueve sillones en el estrado sólo había un gran trono dorado, con los brazos tallados a semejanza de leopardos y con nueve abejas doradas, del tamaño de un puño, que quedarían por encima de la cabeza de quienquiera que se sentara en él. Rand se dejó caer pesadamente en las gradas.

—Supongo que Sammael está muerto —dijo Bashere mientras lo miraba de arriba abajo, todo él cubierto de polvo y con la chaqueta desgarrada.

—Lo está —contestó Rand.

—La ciudad es nuestra —añadió Bashere tras soltar un sonoro suspiro de alivio—. O, debería decir, vuestra. —De repente se echó a reír—. La lucha cesó enseguida cuando las personas adecuadas descubrieron que erais vos. Al final, no ha sido para tanto. —A lo largo de la manga rasgada había una mancha de sangre seca—. El Consejo ha esperado con impaciencia vuestro regreso. Ansiosamente, podría decirse —añadió con una sonrisa irónica.

Ocho hombres sudorosos permanecían de pie al otro extremo de la sala del trono desde que Rand había aparecido. Vestían oscuras chaquetas de seda, con bordados en oro o plata en las solapas y las mangas, y chorreras de encaje en el cuello y las bocamangas. Algunos llevaban barba, con el labio superior afeitado, pero todos ellos lucían una ancha banda de seda verde sobre el pecho, con nueve abejas equidistantes a lo largo del tafetán, bordadas en oro.

A un gesto de Bashere, se adelantaron haciendo reverencias a Rand cada tres pasos, tal como si se encontraran en presencia de un hombre vestido con las mejores galas que pudieran imaginarse. Uno de ellos, un hombre alto, carirredondo y con una de esas barbas peculiares, parecía ser el líder; denotaba una dignidad innata, aunque se advertía cierta tensión producto de la preocupación.

—Milord Dragón —saludó al tiempo que volvía a inclinarse mientras se llevaba las manos al corazón—. Perdonadme, pero ha sido imposible encontrar a lord Brend por ninguna parte, y...

—Ni se lo encontrará —lo interrumpió Rand, impasible.

Su tono hizo que un músculo de la cara del hombre se crispara en un tic nervioso, y el noble tragó saliva.

—Como digáis, milord Dragón —murmuró—. Soy lord Gregorin den Lushenos, milord Dragón. En ausencia de lord Brend, hablo en nombre del Consejo de los Nueve. Os ofrecemos... —Un ademán vigoroso de su mano hizo que otro hombre, más bajo y sin barba, se adelantara con un cojín cubierto con un paño de seda verde—. Os ofrecemos Illian. —El hombre más bajo retiró el trozo de seda y dejó a la vista una corona, un grueso aro de oro de cinco centímetros de ancho, con hojas de laurel—. La ciudad es vuestra, por supuesto —continuó Gregorin, ansiosamente—. Hemos sofocado toda resistencia y os ofrecemos la corona, el trono y todo Illian.

Rand miró fijamente la corona posada en el cojín, sin mover un solo músculo. Las gentes de Tear habían creído que su intención era coronarse rey, y en Cairhien y en Andor habían temido que hiciera lo mismo, pero nadie le había *ofrecido* una corona hasta entonces.

—¿Por qué? ¿Tan dispuesto está Mattin Stepaneos a renunciar a su trono?

—El rey Mattin desapareció hace dos días —dijo Gregorin—. Algunos de nosotros tememos que... Sospechamos que lord Brend tiene algo que ver con ello. Brend impone su... —Calló y tragó saliva—. Brend ejerce mucha influencia sobre el rey,

algunos dirían que demasiada, pero algo lo mantuvo distraído en los últimos meses, y Mattin había empezado a reafirmar su autoridad.

Jirones de la mugrienta manga de la chaqueta y de la camisa colgaron cuando Rand extendió la mano para coger la Corona de Laurel. El dragón enroscado en su antebrazo relució con la luz de las lámparas tan brillantemente como la propia corona de oro. Rand la giró entre sus manos.

—Aún no habéis dicho por qué. ¿Es porque os he conquistado?

Había conquistado Tear y Cairhien también, pero algunos todavía se revolvían contra él en ambos países; sin embargo, la conquista parecía el único camino factible.

—En parte sí —repuso secamente Gregorin—. Con todo, podríamos haber elegido a uno de los nuestros; no sería la primera vez que sale un rey de entre los miembros del Consejo. Sin embargo, el grano que ordenasteis enviar desde Tear hizo que vuestro nombre estuviera en boca de todos unido a la Luz. Sin ese grano, muchos habrían muerto de hambre, ya que Brend se valió de todas las tretas para que el pan fuera a parar al ejército.

Rand parpadeó y retiró prestamente una mano para llevarse a la boca un dedo que se había pinchado. Casi enterradas entre las hojas de laurel de la corona había afiladas puntas de espadas. ¿Cuánto tiempo hacía que había ordenado a los tearianos que vendieran grano a su enemigo ancestral o que afrontaran la muerte si se negaban a hacerlo? Después de iniciar los preparativos para invadir Illian, en ningún momento se le pasó por la cabeza que habían seguido enviándolo. Tal vez tuvieron miedo de sacarlo a colación, pero también les dio miedo interrumpir los envíos. A lo mejor se había ganado cierto derecho a esa corona.

Con cuidado, se puso el aro de hojas de laurel. La mitad de aquellas espadas apuntaban hacia arriba, y la otra mitad, hacia abajo. Ninguna cabeza llevaría esa corona despreocupada ni fácilmente. Gregorin hizo una reverencia.

—Que la Luz ilumine a Rand al'Thor, rey de Illian —entonó, y otros siete señores imitaron su gesto al tiempo que repetían:

—Que la Luz ilumine a Rand al'Thor, rey de Illian.

Bashere se contentó con inclinar la cabeza —después de todo, era tío de una reina—, pero Dashiva gritó:

—¡Salve, Rand al'Thor, rey del mundo!

Flinn y los otros Asha'man se sumaron al grito.

—¡Salve, Rand al'Thor, rey del mundo!

—¡Salve, rey del mundo!

Aquello sonaba bien.

La historia de lo ocurrido se propagó como ocurre con las historias y cambió, como también cambian las historias, con el tiempo y la distancia; se difundió desde Illian en los barcos costeros, en caravanas de carretas de mercaderes y con palomas enviadas en secreto, extendiéndose como las ondas en un agua tranquila, mezclándose con otras ondas y creando otras nuevas. Un ejército había llegado a Illian, contaban, un ejército de Aiel, de Aes Sedai que surgían de la nada, de hombres que podían encauzar cabalgando en bestias aladas, e incluso un ejército de saldaeninos, aunque eso último muy pocos lo creyeron. Unas versiones decían que el Dragón Renacido había recibido la Corona de Laurel de manos del Consejo de los Nueve. Otras, que se la había entregado el propio Mattin Stepaneos, rodilla en tierra. Algunos, que el Dragón Renacido había arrancado la corona de la cabeza a Mattin, para después clavar esa cabeza en una pica. No, el Dragón Renacido había arrasado Illian hasta los cimientos, enterrando al viejo rey bajo los escombros. No, él y su ejército de Asha'man habían prendido fuego a Illian

Librodot

hasta reducirla a cenizas. No, era Ebou Dar la que había destruido, después de Illian.

Un dato, sin embargo, se repetía en todas aquellas versiones. La Corona de Laurel de Illian tenía ahora un nombre nuevo: la Corona de Espadas.

Y, por alguna razón, los hombres y las mujeres que relataban las historias sentían a menudo la necesidad de añadir unas palabras casi idénticas: la tormenta se acerca, decían, mientras miraban hacia el sur con preocupación. La tormenta se acercaba.

Librodot

Señor de los rayos, jinete de la tormenta,
portador de la Corona de Espadas, hilador del destino.
Aquel que cree que hace girar la Rueda del Tiempo,
puede que descubra la verdad demasiado tarde.

Extraído de la versión incompleta de
Las Profecías del Dragón, atribuida a lord Mangore Kiramin,
bardo-espadachín de Aramelle y Guardián de Caraighan Maconar,
traducida a lo que entonces se denominaba lengua vulgar
(alrededor del 300 DD)

Librodot

GLOSARIO

Aclaración sobre las fechas de este glosario

El calendario Tomano (ideado por Toma dur Ahmid) se adoptó aproximadamente dos siglos después de la muerte de los últimos varones Aes Sedai y registró los años transcurridos después del Desmembramiento del Mundo (DD). Muchos anales resultaron destruidos durante las Guerras de los Trollocs, de tal modo que, al concluir éstas, se abrió una discusión respecto al año exacto en que se hallaban en el antiguo sistema. Tiam de Gazar propuso un nuevo calendario, en conmemoración de la supuesta liberación de la amenaza trolloc, en el que los años se señalarían como Año Libre (AL). El calendario Gazariano ganó amplia aceptación veinte años después del final de la guerra. Artur Hawkwing intentó establecer un nuevo anuario que partiría de la fecha de fundación de su imperio (DF, Desde la Fundación), pero únicamente los historiadores hacen referencia a él actualmente. Tras la generalizada destrucción, mortalidad y desintegración de la Guerra de los Cien Años, Uren din Jubai Gaviota Voladora, un erudito de las islas de los Marinos, concibió un cuarto calendario, el cual promulgó el Panarch Farede de Tarabon. El calendario Farede —iniciado a partir de la fecha, arbitrariamente decidida, del fin de la Guerra de los Cien Años—, que registra los años de la Nueva Era (NE), es el que se utiliza en la actualidad.

a'dam: Un artilugio creado para controlar a mujeres capaces de encauzar; sólo lo puede utilizar una mujer que encauza o una que podría aprender a hacerlo, pero no surte efecto en quien no posea esta habilidad. Crea un vínculo entre las dos mujeres. La versión seanchan consiste en un collar y un brazalete unidos mediante una correa, todo ello de metal plateado. Sin embargo, se ha creado un ejemplar de una versión sin correa, y se cree que existe otra variante, única en su clase, que permite a una mujer controlar a un hombre capaz de encauzar. Si a un hombre de estas características se lo vincula por medio de un *a'dam* corriente a una mujer que también encauza, el resultado más probable es la muerte de ambos. Cuando el artilugio lo lleva puesto una mujer con la habilidad de encauzar la energía, el simple hecho de tocar el *a'dam* puede ocasionar dolor a un hombre que encauza. (Véanse *coligación* y *seanchan.*)

Ajah: Sociedades entre las Aes Sedai; son siete y se designan por colores: Azul, Rojo, Blanco, Verde, Marrón, Amarillo y Gris. Todas las Aes Sedai, con excepción de la Sede Amyrlin, pertenecen a un Ajah concreto. Cada uno de ellos sigue una filosofía específica respecto al uso del Poder Único y a los cometidos de las Aes Sedai. El Ajah Rojo, por ejemplo, dedica todas sus energías a buscar y amansar a los hombres que encauzan el Poder. El Ajah Marrón, por su parte, prohíbe el compromiso con el mundo y se consagra a profundizar en el conocimiento, en tanto que el Ajah Blanco, que se abstiene en la medida de lo posible del contacto con el mundo y el saber práctico directamente relacionado con él, se concentra en las cuestiones filosóficas y la búsqueda de la verdad. El Ajah Verde (llamado el Ajah de Batalla durante la Guerra de los Trollocs) se mantiene en pie de guerra, listo para el Tarmon Gai'don, mientras que el Ajah Amarillo se concentra en el estudio de la Curación. Las hermanas Azules toman partido por las causas justas, en tanto que las Grises son

Librodot

mediadoras y buscan la armonía y el consenso. Hay rumores sobre un Ajah Negro, abocado al servicio del Oscuro, pero su existencia se niega oficialmente.

algai'd'siswai: En la Antigua Lengua, «guerreros lanceros» o «guerreros de la lanza». Es el nombre por el que se conoce a los Aiel que pueden manejar la lanza y tomar parte en batallas de manera habitual, a diferencia de aquellos otros dedicados a profesiones artesanales.

Altara: Nación a orillas del Mar de las Tormentas, aunque en realidad es poco lo que la unifica salvo el nombre. Las gentes de Altara se consideran, en primer lugar, oriundos de una ciudad o pueblo, o súbditos de este o aquel noble, y sólo después, si acaso, como altaraneses. Son pocos los nobles que pagan impuestos a la corona; en general, ofrecen su acatamiento sólo de palabra y en casos contados prestan algún servicio de escasa importancia. El dirigente de Altara (en la actualidad la reina Tylin Quintara, de la casa Mitsobar) rara vez es algo más que el noble más poderoso del país, y en ocasiones ni siquiera ha sido eso. El Trono de los Vientos posee tan escaso poder que muchos nobles poderosos han desdeñado ocuparlo cuando podrían haberlo hecho. La bandera de Altara muestra dos leopardos dorados sobre un campo ajedrezado de cuatro por cuatro, en rojo y azul. El emblema de la casa Mitsobar es un ancla verde y una espada, dispuestas en cruz. (Véase *Mujer Sabia*.)

amansar: Eliminar la capacidad de un varón para encauzar el Poder Único. La mayoría de la gente considera esto necesario debido a que todo hombre que aprende a encauzarlo acaba enloqueciendo a causa de la infección que afecta al *Saidin* y puede producir horribles daños utilizando el Poder antes de que la infección lo mate. Un hombre que ha sido amansado puede detectar todavía la Fuente Verdadera, pero no establecer contacto con ella. La evolución del grado de locura se detiene con el amansamiento, aun cuando no se cura, y si éste se efectúa en el inicio es factible evitar la muerte que sobreviene tras este tratamiento. Un varón amansado, sin embargo, renuncia inevitablemente a seguir viviendo; aquellos que no tienen éxito con el suicidio acaban muriendo al cabo de un año o dos de todas formas. Antaño considerado permanente, en la actualidad hay quienes saben que puede ser reversible merced a una técnica de Curación altamente especializada. (Véase *neutralización.*)

Amigos Siniestros: Los seguidores del Oscuro, que abrigan expectativas de cobrar gran poder y recibir recompensas, incluida la inmortalidad, cuando aquél sea liberado de su prisión. Forzosamente reservados, se organizan en grupos llamados «círculos» y los miembros de uno de estos círculos rara vez —o nunca— conocen a los integrantes de otro. El rango en el mundo exterior no tiene por qué ir parejo con el rango en los círculos; un rey o una reina que sea Amigo Siniestro debe obedecer incluso a un mendigo si éste le muestra los signos adecuados. Entre ellos a veces utilizan el antiguo nombre de Amigos de la Sombra.

Amys: Caminante de sueños y Sabia del dominio Peñas Frías, del septiar Nueve Valles de los Taardad Aiel. Esposa de Rhuarc, hermana conyugal de Lian, que es señora del techo del dominio Peñas Frías; Amys es segunda madre de Aviendha.

angreal: Un objeto, vestigio de la Era de Leyenda, mediante el cual quienes son capaces de encauzar el Poder Único pueden manejar una cantidad superior a la que podrían utilizar sin esa ayuda o sin salir malparados. Unos se crearon para ser usados por mujeres, y otros, por hombres; los rumores acerca de ciertos tipos de *angreal* utilizables tanto por varones como por féminas no se han confirmado nunca. Su método de elaboración se desconoce en la actualidad, y son muy pocos los que existen hoy en día. (Véanse también *encauzar*, *sa'angreal* y *ter'angreal.*)

Antecámara de la Torre: Cuerpo legislativo de las Aes Sedai y que tradicionalmente estaba compuesto por tres Asentadas de cada uno de los siete Ajahs. En la actualidad,

existe una Antecámara funcionando en la Torre Blanca que no cuenta con Asentadas del Ajah Azul, y otra entre las Aes Sedai que se oponen a Elaida do Avriny a'Roihan. Esta Antecámara rebelde no cuenta con Asentadas del Ajah Rojo. Aunque, por ley, la Sede Amyrlin es el poder absoluto en la Torre Blanca, de hecho ese poder siempre ha dependido de su habilidad para dirigir, controlar o intimidar a la Antecámara, ya que hay muchos modos de que las integrantes de este cuerpo legislativo puedan obstaculizar los planes de la Amyrlin. Para que ciertos asuntos se aprueben por la Antecámara, puede requerirse alguno de los dos niveles de acuerdo que existen: el consenso simple y el consenso plenario. Este último exige que asista un mínimo de once Asentadas y que todas las hermanas que se encuentran presentes se pongan de pie para mostrar su acuerdo; también se requiere una Asentada como mínimo de cada Ajah, salvo cuando el asunto presentado a la Antecámara es la destitución de una Amyrlin o una Guardiana, en cuyo caso el Ajah al que perteneció ésta no será informado de la votación hasta que la decisión haya sido tomada. El consenso simple también requiere un quórum de once Asentadas, pero sólo es necesario que se pongan de pie dos tercios de las asistentes para que el tema a debate se apruebe. Otra diferencia es que no se precisa que haya representación de todos los Ajahs en un consenso simple salvo en el caso de una declaración de guerra hecha por la Torre Blanca; éste es uno entre varios temas que se dejan en manos del consenso simple, aunque son muchas las personas que opinan que debería someterse al consenso plenario. La Sede Amyrlin puede exigir la dimisión de cualquier Asentada o, de hecho, de todas las integrantes de la Antecámara, y esa petición ha de ser tenida en cuenta. Sin embargo, esto rara vez ocurre ya que no hay ningún impedimento para que un Ajah vuelva a votar a la misma Asentada o las mismas Asentadas, excepto la costumbre de que las hermanas no sirven de nuevo en la Antecámara después de dejar el puesto. Como ejemplo de lo serio que sería una exigencia de dimisión general, se tiene por cierto que algo así sólo ha ocurrido en cuatro ocasiones durante los más de tres mil años de existencia de la Torre Blanca, y que, mientras que en dos de los casos el resultado fue la selección de una Antecámara totalmente renovada o casi, los otros dos derivaron en la dimisión y el exilio de la Amyrlin implicada en cada ocasión.

Antigua Lengua: La lengua que se hablaba durante la Era de Leyenda. Las personas nobles y cultivadas deben, en principio, haber aprendido a hablarla, pero la mayoría sólo conoce algunas palabras. A menudo su traducción resulta harto difícil, ya que es un lenguaje susceptible de ofrecer diversas interpretaciones mediante sutiles variaciones en el significado. (Véase *Era de Leyenda.*)

Asesinos del Árbol: Nombre despectivo con que los Aiel designan a los cairhieninos, junto con el de «quebrantadores de juramentos». Ambos hacen referencia a la orden del rey Laman de cortar *Avendoraldera*, un regalo de los Aiel, acto con el que se rompieron los juramentos hechos en el momento de entregar el regalo. Para los Aiel, ambos términos están a la altura de los peores insultos que pueden dirigirse a una persona. (Véase *Guerra de Aiel.*)

Asha'man: 1) En la Antigua Lengua «Guardián» o «Defensor», con una fuerte implicación de que es un defensor de la verdad y la justicia. 2) El nombre adoptado por los seguidores del Dragón Renacido, hombres que han acudido a lo que ahora se llama la Torre Negra, a fin de aprender a encauzar. Algunos van porque han soñado siempre con poder encauzar a pesar de los terribles riesgos que implica, mientras que otros se quedan únicamente porque el hecho de pasar la prueba de habilidad para aprender los ha puesto en el camino de encauzar el Poder y ahora deben aprender a controlarlo antes de que los mate. No sólo se instruyen en el uso del Poder Único,

sino también en el manejo de la espada y en la lucha Aiel practicada con manos y pies. Los Asha'man, que visten unas características chaquetas negras, se dividen conforme al nivel de conocimientos que han alcanzado, siendo el inferior el de soldado. El siguiente nivel es el de Dedicado y se indica con un alfiler de plata con forma de espada, que se lleva prendido en el cuello de la chaqueta. El nivel más alto se llama simplemente Asha'man, y se reconoce por un alfiler esmaltado en rojo y oro con la forma de un dragón, que se lleva prendido en el cuello de la chaqueta, al otro lado de la espada de plata. A diferencia de las Aes Sedai, que hacen todo lo posible para asegurarse de que las mujeres a las que enseñan no avancen demasiado deprisa por considerarse peligroso, a los Asha'man se les exige muchísimo y se los presiona desde el principio, en especial a que aprendan a usar el Poder como un arma. El resultado es que, mientras que en la Torre Blanca se hablará con horror durante años de una novicia que haya muerto o se haya neutralizado durante su aprendizaje, en la Torre Negra se da por sentado que cierto número de soldados Asha'man morirá o se consumirá al intentar aprender. La existencia de los Asha'man y su conexión con el Dragón Renacido ha hecho que algunas Aes Sedai se replanteen la necesidad imperiosa de amansar varones que encauzan, si bien muchas no han cambiado un ápice su opinión al respecto. (Véanse *amansar* y *neutralización.*)

Asunawa Rhadam: Inquisidor Supremo de la Mano de la Luz. A sus ojos, interferir con el Poder Único es usurpar el poder del Creador y la causa de todos los males del mundo. Tiene como meta principal destruir a todo aquel que pueda encauzar o incluso que desee hacerlo; en el ejercicio de su ministerio, la Mano de la Luz debe arrancar a estas personas la confesión de su pecado antes de ejecutarlas. (Véase *interrogadores.*)

Atha'an Miere: Véase *Marinos, los.*

***Berelain sur Paendrag**:* Principal de Mayene por la gracia de la Luz, Defensora de las Olas, Sede Suprema de la casa Paeron. Una bella y voluntariosa joven, y una gobernante muy hábil. (Véase *Mayene.*)

Birgitte: Guardián de Elayne Trakand; posiblemente sea la primera mujer que desempeña esa tarea, algo que ha ocasionado no pocas dificultades aparte de las que eran de esperar en tales circunstancias. En realidad es la legendaria heroína de los relatos conocida por ese nombre y se contaba entre los héroes llamados a volver de la tumba con la llamada del Cuerno de Valere, pero fue trasladada violentamente del *Tel'aran'rhiod* al mundo material durante una refriega con Moghedien y el único modo que tuvo Elayne de salvarla de la muerte fue vinculándola a ella. A excepción de su belleza y su destreza con el arco, guarda poco parecido con la mujer que describen las leyendas. (Véanse *Cuerno de Valere*, *Guardián* y *Renegados.*)

Bryne, Gareth: Antaño capitán general de la Guardia Real de Andor, en la actualidad tiene a su mando el ejército de las Aes Sedai que se han rebelado contra la autoridad de Elaida do Avriny a'Roihan. Está considerado como uno de los mejores generales vivos. Su relación con Siuan Sanche es tan problemática y perturbadora para él como para la propia Siuan. El emblema de la casa Bryne es un toro salvaje, con la corona de rosas de Andor alrededor del cuello. Su insignia personal representa tres estrellas doradas de cinco puntas.

cadin'sor: Atuendo de los Aiel *algai'd'siswai*, compuesto por chaqueta y calzones en tonos grises y pardos que se confunden con las rocas del entorno o con las sombras, así como botas de cuero suave, altas hasta las rodillas y atadas con cordones. En la Antigua Lengua, «ropas de trabajo», aunque ésta, por supuesto, es una traducción imprecisa. (Véase *algai'd'siswai.*)

Cadsuane Melaidhrin: Una Aes Sedai del Ajah Verde que casi ha alcanzado la

categoría de legendaria entre las hermanas estando aún viva, aunque en realidad la mayoría de las Aes Sedai creen que debe de llevar muerta años a estas alturas. Nacida alrededor del 705 NE, lo que la convertiría en la Aes Sedai de más edad viva, también había sido la más fuerte en el Poder durante los últimos mil años hasta la aparición de Nynaeve, Elayne y Egwene, e incluso ellas no la superan en mucho. A lo largo de los años y aun siendo una Verde, Cadsuane ha capturado más hombres con capacidad para encauzar que cualquier otra hermana viva; un dato curioso y apenas conocido es que los hombres que llevó a la Torre Blanca solían vivir durante un tiempo considerablemente superior después de haber sido amansados que aquellos capturados por otras hermanas.

Cairhien: Nombre dado a una nación situada junto a la Columna Vertebral del Mundo y a su capital. Quemada y saqueada durante la Guerra de Aiel, la nación de Cairhien no se había recuperado totalmente del desastre cuando el asesinato de rey Galldrain (998 NE) sumió al país en una guerra de sucesión que sólo se interrumpió con la invasión de los Shaido, a la que muchos han dado en llamar Segunda Guerra de Aiel, si bien la ciudad se salvó por la intervención de otros Aiel al mando de Rand al'Thor. Posteriormente la mayoría de los nobles cairhieninos, así como muchos de Tear, juraron fidelidad al Dragón Renacido, pero en un país donde el Juego de las Casas se ha convertido en un arte, no es de extrañar que incluso muchos de los que prestaron juramento estén dispuestos a intrigar a fin de obtener cualquier ventaja que se les presente. La enseña de Cairhien representa un radiante sol dorado elevándose sobre un fondo azul cielo. (Véase *Guerra de Aiel*).

calendario: Una semana tiene diez días, y un mes, veintiocho; el año consta de trece meses. Varios festivos no forman parte de ningún mes, entre ellos el Día Solar (el más largo del año), la Fiesta de Acción de Gracias (celebración cuatrienal, en el equinoccio de primavera), y el Día de la Salvación de las Almas, también llamado Día de Todas las Ánimas (fiesta decenal, en el equinoccio de otoño). Aunque muchas festividades se celebran en todas partes (como la Fiesta de las Luces, con la que termina el año viejo y comienza el nuevo), todos los países tienen también las suyas propias, y en muchos casos ocurre otro tanto con ciudades y pueblos. En general, las Tierras Fronterizas son las que cuentan con menos festividades, en tanto que las ciudades de Illian y Ebou Dar son las que tienen mayor número.

Caraighan Maconar: Hermana Verde legendaria, la heroína de centenares de aventuras a quien se le atribuyen proezas que incluso algunas Aes Sedai consideran inverosímiles a pesar de estar consignadas en los legajos de la Torre Blanca, como por ejemplo que sofocó una rebelión en Mosadorin sin ayuda de nadie o que acabó con los Disturbios de Comaidin cuando no tenía Guardianes. En el Ajah Verde se la tiene por el arquetipo de una hermana Verde. (Véanse: *Aes Sedai* y *Ajah.*)

Ciudadela de Tear: Una gran fortaleza situada en la ciudad de Tear, que se cree que fue erigida poco después del Desmembramiento del Mundo utilizando el Poder Único. Asediada y atacada sin éxito en incontables ocasiones, cayó en el transcurso de una noche en manos del Dragón Renacido y de unos pocos cientos de Aiel, cumpliéndose así dos pasajes de las Profecías del Dragón.

coligación: La capacidad que poseen las mujeres que encauzan para combinar sus flujos del Poder Único. Aunque el flujo unificado no es tan fuerte como la suma de los flujos individuales, los dirige la persona que conduce la coligación, por lo que puede utilizarse de un modo mucho más preciso y eficaz que cualquier flujo individual. Los varones no están capacitados para unir sus habilidades sin la presencia de una o varias mujeres en el círculo. Participar en una coligación es, normalmente, un acto voluntario que requiere, cuando menos, el consentimiento, pero en ciertas

circunstancias un círculo ya formado y lo bastante grande puede hacer entrar a la fuerza a otra mujer, siempre y cuando no haya ningún hombre participando en él. Que se sepa, es imposible obligar a un varón a entrar en un círculo por muy grande que sea éste. El número de mujeres que pueden coligarse sin que sea necesaria la presencia de un hombre llega hasta trece. Con la incorporación de un varón, el círculo se puede ampliar hasta veintiséis mujeres, con la de dos varones, el número aumenta hasta treinta y cuatro, y así sucesivamente hasta un máximo de seis hombres y sesenta y seis mujeres, si bien hay coligaciones en las que el número de varones aumenta y el de las féminas disminuye. Pero, salvo en las integradas por un hombre y una mujer, dos hombres y una mujer o dos hombres y dos mujeres, en el círculo siempre ha de haber, como mínimo, una mujer más que el total de varones. En la mayoría de los círculos, la coligación puede estar controlada indistintamente por un individuo de uno u otro sexo, pero tiene que ser un hombre quien controle el círculo de setenta y dos, así como los círculos mixtos de menos de trece integrantes. A pesar de que los varones son, por lo general, más fuertes en el Poder que las mujeres, los círculos más poderosos son aquellos conformados por un número lo más equilibrado posible de ambos sexos. (Véanse *Aes Sedai*.)

Columna Vertebral del Mundo: Una imponente cordillera de montañas, que sólo puede atravesarse por algunos puertos y que separa el Yermo de Aiel de las tierras occidentales. También se la llama la Pared del Dragón.

Compañía de la Mano Roja: 1) Una legendaria compañía de héroes (*Shen an Calhar*) del tiempo de la Guerra de los Trollocs y cuyos integrantes murieron en la batalla de Campo de Aemon, cuando Manetheren sucumbió. 2) Una unidad militar que se creó para seguir a Mat Cauthon. En la actualidad marcha a corta distancia del contingente de las Aes Sedai rebeldes y su ejército, y tiene órdenes de conducir a Egwene al'Vere bajo la protección de Rand al'Thor, si es que expresa su deseo de escapar de su situación actual, así como también a cualquier otra hermana que quiera unirse a ella.

Cuerno de Valere: El legendario objeto de la Gran Cacería del Cuerno. Al Cuerno se le atribuye el poder de llamar a los héroes fallecidos y sacarlos de sus tumbas para combatir a la Sombra. Se ha convocado una nueva Cacería del Cuerno, y los cazadores que han prestado juramento están dispersos por muchos países. Entre las Aes Sedai son pocas las que saben que el Cuerno se ha encontrado y ha sido usado o que ahora está escondido en la Torre Blanca.

Ebou Dar: Capital de Altara cuyo puerto es uno de los más grandes. Tiene muchas costumbres extrañas que resultan difíciles de asimilar para un forastero. (Véase *Altara*.)

Elaida do Avriny a'Roihan: Aes Sedai que antes pertenecía al Ajah Rojo y que ha sido ascendida a Sede Amyrlin, aunque existe una oponente que reclama para sí dicho título. En otra época actuó como consejera de la reina Morgase de Andor. A veces realiza predicciones.

Era de Leyenda: La era concluida con la Guerra de la Sombra y el Desmembramiento del Mundo, una época en que los Aes Sedai ejecutaron prodigios que actualmente sólo caben en la imaginación.

espontánea: Una mujer que ha aprendido a encauzar el Poder Único por sus propios medios y ha sobrevivido a la crisis que sólo una de cada cuatro supera. Dichas mujeres suelen erigir barreras con el fin de no conocer racionalmente lo que hacen, pero, si finalmente logran desprenderse de tal actitud defensiva, las espontáneas llegan a situarse entre las más poderosas encauzadoras. Este término se utiliza a menudo en sentido despectivo.

Gaidin: En la Antigua Lengua, literalmente, «Hermano para Batallas». Un título

Librodot

utilizado por las Aes Sedai para designar a los Guardianes. (Véase *Guardián.*)

gai'shain: En la Antigua Lengua, «Comprometidos con la Paz en la Batalla» es la traducción más fiel posible. Un Aiel tomado prisionero por otro Aiel durante una incursión o batalla queda obligado por el *ji'e'toh* a servir a su aprehensor —sea éste hombre o mujer— sumisa y obedientemente durante un año y un día, y en ese plazo no tocar un arma ni actuar con violencia. Está mal visto tomar como *gai'shain* a una Sabia, un herrero, un niño o una mujer con hijos menores de diez años. A partir de la revelación de que los antepasados de los Aiel eran en realidad pacifistas y seguidores de la Filosofía de la Hoja, un gran número de *gai'shain* se ha negado a quitarse las ropas blancas una vez cumplido su período de servicio. Además, aunque una tradición que tiene tanto peso como una ley estipula que no se puede hacer *gai'shain* a nadie que no siga el *ji'e'toh*, los Aiel Shaido han empezado a poner los ropajes blancos de servidumbre a cairhieninos y otros prisioneros capturados, y se está extendiendo la opinión de que, puesto que estas personas no siguen el *ji'e'toh*, no es obligatorio liberarlas al cumplirse el plazo de un año y un día.

Gawyn de la casa Trakand: Hijo de la reina Morgase y hermano de Elayne, que será Primer Príncipe de la Espada cuando Elayne ascienda al trono. Hermanastro de Galad Damodred. Está metido en más de un aprieto; desprecia a las Aes Sedai y, sin embargo, ha jurado servirles; odia a Rand al'Thor, pero aun así ha prometido no alzar la mano contra él. Y todo ello por el inmenso amor que profesa a Egwene al'Vere, aunque ignora que ésta no sólo se ha convertido en Aes Sedai, sino que es la Sede Amyrlin que disputa el puesto a la Amyrlin que él reconoce como legítima. Su emblema es un jabalí blanco.

gitanos: Su denominación más correcta es los Tuatha'an. Pueblo nómada también conocido como el Pueblo Errante, que vive en carromatos pintados con abigarrados colores y practica una ideología pacifista llamada la Filosofía de la Hoja que no les permite el uso de la violencia en ninguna circunstancia. A los Tuatha'an que quebrantan este principio se los llama «los Perdidos» y los demás actúan como si ya no existieran.

Gran Señor de la Oscuridad: El nombre que dan los Amigos Siniestros al Oscuro, en la creencia de que el uso de su verdadero nombre resultaría blasfemo.

Guardián: Un guerrero vinculado a una Aes Sedai. El lazo que los une proviene del Poder Único y, por medio de él, el Guardián recibe dones entre los que se cuentan la rápida curación de las heridas, la posibilidad de resistir largos períodos sin comida, bebida o reposo y la capacidad de detectar la infección del Oscuro a cierta distancia. A través del vínculo, Guardián y Aes Sedai comparten ciertas sensaciones físicas y anímicas experimentadas por el otro, que perciben como algo propio. Mientras el Guardián permanezca con vida, la Aes Sedai a quien está vinculado tendrá conciencia de ello por muy lejos que se encuentre y, cuando muera, conocerá el momento y el modo en que ha muerto. Mientras que la mayoría de los Ajahs sostienen que una Aes Sedai puede disponer de un solo Guardián unido a ella, el Ajah Rojo rechaza el nexo con cualquier Guardián, y el Ajah Verde cree que una Aes Sedai es libre de disponer de tantos Guardianes como desee. Éticamente, el Guardián debe acceder a que se establezca la vinculación, pero se tienen noticias de casos en que ésta se le impuso en contra de su voluntad. Los beneficios que obtienen las Aes Sedai de esta unión constituyen un secreto celosamente guardado. Conforme a todos los documentos históricos, los Guardianes siempre han sido varones, pero una mujer ha sido vinculada recientemente, y se han puesto de manifiesto algunas diferencias en los efectos. (Véase *Birgitte*.)

Guerra de Aiel: (976-978 NE) Cuando el rey Laman de Cairhien cortó el

Avendoraldera, cuatro clanes Aiel atravesaron la Columna Vertebral del Mundo, y saquearon y quemaron la capital de Cairhien así como otras muchas ciudades y pueblos. El conflicto se propagó hasta Andor y Tear. Oficialmente se sostiene que los Aiel fueron finalmente derrotados en la Batalla de las Murallas Resplandecientes, delante de Tar Valon, pero, de hecho, el rey Laman pereció en dicha batalla y, habiendo cumplido su objetivo, los Aiel volvieron a cruzar la Columna Vertebral del Mundo. (Véanse *Cairhien* y *Columna Vertebral del Mundo.*)

hermana conyugal: Término Aiel de parentesco. En ocasiones, dos mujeres que son medio hermanas o primeras hermanas descubren que aman al mismo hombre, o simplemente, no quieren que un varón las separe. Se casan, pues, ambas con él, y de ese modo se convierten en hermanas conyugales. A veces, las Aiel que no tienen lazos de parentesco y se enamoran del mismo hombre tratan de ver la posibilidad de convertirse en medio hermanas y adoptarse como primeras hermanas, un primer paso para llegar a ser hermanas conyugales. Un varón Aiel que se encuentra en esta situación sólo tiene la opción de casarse con las dos mujeres o con ninguna de ellas; si ya tiene una esposa que decide adoptar una primera hermana, entonces se encuentra con que tiene una segunda esposa.

Hijos de la Luz: Una asociación que no debe sumisión a reino alguno, que mantiene estrictas creencias ascéticas y está consagrada a derrotar al Oscuro y a la destrucción de todos los Amigos Siniestros. Fundada durante la Guerra de los Cien Años por Lothai Mantelar para perseguir al creciente número de Amigos Siniestros, se transformó durante la guerra en una organización de marcado carácter militar, de creencias extremadamente rígidas, entre las que destaca la certeza de que sólo ellos poseen la verdad. Profesan un profundo odio por las Aes Sedai, a las cuales consideran, al igual que a sus simpatizantes, Amigos Siniestros. Se los conoce despectivamente como Capas Blancas, y su emblema es un sol dorado sobre fondo blanco. (Véase *interrogadores.*)

Illian: Gran ciudad portuaria del Mar de las Tormentas, capital de la nación del mismo nombre. Illian es enemiga irreconciliable de Tear desde tiempos remotos. Su enseña representa nueve abejas doradas sobre campo verde.

interrogadores, los: Una orden de los Hijos de la Luz. Su cometido es descubrir la verdad en controversia y desenmascarar a los Amigos Siniestros. En su búsqueda de la verdad y de la Luz, utilizan habitualmente la tortura como método de interrogatorio; su actitud normal es la de conocer con antelación la verdad, con lo cual únicamente deben obligar a sus víctimas a confesarla. Los interrogadores se autodenominan la Mano de la Luz, la Mano que arranca la verdad, y en ocasiones actúan como si se hallaran al margen de los Hijos y del Consejo de Ungidos, órgano de máxima autoridad entre los Hijos. El dirigente de los interrogadores es el Inquisidor Supremo, el cual forma parte del Consejo de Ungidos. Su enseña es una vara de pastor de color rojo sangre. (Véase *Hijos de la Luz.*)

Juilin Sandar: Un rastreador de Tear que está enamorado de una mujer a la que nunca imaginó que podría amar.

Juramentados del Dragón: Término con el que designan a los partidarios del Dragón Renacido quienes, generalmente, se oponen a él o al menos creen que son neutrales. De hecho, muchas de las personas a las que dan ese nombre no han hecho ningún tipo de juramento y con frecuencia también se aplica a bandidos y asaltantes, algunos de lo cuales afirman serlo con la esperanza de que el nombre ponga fin a la resistencia de sus víctimas. Son innumerables las atrocidades cometidas por gentes que aseguran ser Juramentados del Dragón.

Juramentos, los Tres: Los juramentos que presta una Aceptada al ser ascendida a Aes

Librodot

Sedai. Se pronuncian asiendo la Vara Juratoria, un *ter'angreal* que les confiere un carácter vinculante, y que son: 1) No decir nunca algo que no sea cierto. 2) No fabricar ninguna arma con la que un hombre pueda matar a otro. 3) No utilizar nunca el Poder como arma salvo contra los Engendros de la Sombra o, como último recurso, en defensa de la propia vida, la del propio Guardián o la de otra Aes Sedai. El segundo juramento fue el primero en adoptarse, como reacción a la Guerra del Poder. Aunque el primero se mantiene al pie de la letra, se lo suele eludir por medio de una cuidadosa selección de las palabras. Existe la creencia de que los dos últimos son inviolables.

Lini: Antigua nodriza de lady Elayne y que anteriormente lo fue también de Morgase, su madre, así como de su abuela. Es una mujer de gran fortaleza interior, muy perspicaz y conocedora de infinidad de dichos. Jamás se hará a la idea de que las niñas que estuvieron a su cargo se han hecho mayores.

Logain Ablar: Nacido en Ghealdan el 972 NE, se proclamó el Dragón Renacido. Capturado después de desencadenar la guerra por todo Ghealdan, Altara y Murandy, fue llevado a la Torre Blanca y allí se lo amansó, bien que después escapó aprovechando la confusión generada por la destitución de Siuan Sanche. El restablecimiento de su habilidad para encauzar, sucedido por accidente, fue la primera indicación de que tal pérdida no era algo permanente. Confinado tras su Curación, volvió a escapar y se desconoce su paradero actual. (Véanse *amansar* y *neutralización*.)

Llama de Tar Valon: Símbolo de Tar Valon, de la Sede Amyrlin y de las Aes Sedai. Una representación estilizada de una llama; una lágrima blanca con la parte más delgada hacia arriba.

Marinos, los: Su denominación más correcta es los Atha'an Miere, el pueblo del mar. Pasan la mayor parte de sus vidas en sus barcos y les desagrada profundamente alejarse del océano. Son gentes reservadas, y apenas se sabe nada sobre sus costumbres y estilo de vida, lo que les otorga un aire de exotismo y misterio, y ha dado pie a que corran historias sobre ellos que en su mayoría son descabelladas. Gran parte del comercio marítimo lo realizan los bajeles de los Marinos, que se cuentan entre las naves de mayor tamaño además de ser, con mucho, los más veloces. Los habitantes de las ciudades portuarias los consideran negociantes habilidosos que aventajan incluso a los célebres domani. Puesto que la supervivencia en alta mar a menudo depende de la obediencia inmediata, no es de sorprender que los Atha'an Miere se aferren estrictamente a su jerarquía, bien que en ciertos aspectos la tolerancia es sorprendente. Los Atha'an Miere están divididos en numerosos clanes, tanto grandes como pequeños, cada cual dirigido por una Señora de las Olas. Por debajo de ella se encuentran las Navegantes, las capitanas de barco del clan. La autoridad de una Señora de las Olas es muy vasta, si bien las encargadas de elegirla para esa posición son las doce Navegantes de mayor edad del clan y puede ser destituida por orden de la Señora de los Barcos de los Atha'an Miere. La Señora de los Barcos tiene un nivel de autoridad que envidiaría cualquier rey o reina «confinados en tierra», como llaman los Marinos a los habitantes de tierra firme; no obstante, también es elegida, vitaliciamente, por el voto unánime de las doce Señoras de las Olas de más edad, a las que se las conoce como las Doce Primeras de los Atha'an Miere. (La denominación de «las Doce Primeras» también se utiliza para las doce Señoras de las Olas o Navegantes de mayor edad presentes en una asamblea.) El puesto de Maestro de Armas lo ostenta un hombre que puede ser o no el marido de la Señora de los Barcos. Es responsabilidad suya la defensa y el comercio de los Marinos, y por debajo de él están los Maestros de Espada de las Señoras de las Olas

Librodot

y los Maestres de Cargamento de las Navegantes, que poseen puestos y deberes semejantes; para todos ellos, cualquier autoridad fuera de estas áreas la tienen sólo como delegados de la mujer a la que sirven. La decisión de adónde y cuándo navega cualquier barco es prerrogativa de la Navegante; pero, puesto que el comercio y las finanzas están por completo en manos del Maestre de Cargamento (o, a niveles superiores, del Maestro de Espada o el Maestro de Armas), es necesaria una estrecha colaboración entre ambas partes. Todos los bajeles de los Marinos, por pequeños que sean, y también todas las Navegantes, cuentan con una Detectora de Vientos, una mujer que en la mayoría de los casos está capacitada para encauzar y es ducha en el Tejido de Vientos, como los Atha'an Miere llaman a la manipulación del tiempo. La Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos tiene autoridad sobre las Detectoras de Vientos de las Señoras de las Olas, que a su vez tienen autoridad sobre las Detectoras de Vientos de las Navegantes de sus clanes. Una peculiaridad de los Marinos es que todos deben empezar en el nivel más bajo y trabajar duro para ascender de rango, y que cualquiera de ellos, salvo la Señora de los Barcos, puede ser destituido por quienes están por encima de él; en circunstancias extremas, incluso puede acabar de nuevo en el escalafón más bajo.

Mayene: Ciudad-estado del Mar de las Tormentas que históricamente ha estado supeditada a la opresión de Tear. El título del dirigente de Mayene es «el Principal», si bien antaño era Supremo Señor o Suprema Señora; los Principales afirman ser descendientes de Artur Hawkwing. El emblema de Mayene es un halcón dorado en posición de vuelo, sobre campo azul.

Mazrim Taim: Un falso Dragón que causó estragos en Saldaea hasta que fue derrotado y capturado, aunque posteriormente escapó, al parecer con la ayuda de sus seguidores. No sólo puede encauzar, sino que es muy fuerte en el Poder, y ahora ostenta el cargo de M'Hael («líder» en la Antigua Lengua) de los Asha'man. (Véase *Asha'man*.)

medio hermano/hermana: Términos Aiel de parentesco que indican una estrecha relación de amistad muy próxima a la de primeros hermanos o primeras hermanas. A menudo las medio hermanas se adoptan oficialmente como primeras hermanas en una compleja ceremonia celebrada en presencia de las Sabias, después de la cual los otros Aiel las consideran como verdaderas hermanas gemelas, si bien unas gemelas con dos madres. Por el contrario, los medio hermanos casi nunca lo hacen.

Melaine: Caminante de sueños y Sabia del septiar Jhirad de los Goshien Aiel. Es moderadamente fuerte con el Poder. Está casada con Bael, jefe de clan de los Goshien, y es hermana conyugal de Dorindha, señora del techo del septiar Manantial Humeante.

Moraine Damodred: Una Aes Sedai del Ajah Azul, nacida en el 956 NE, en el Palacio Real de Cairhien, y que desapareció a través de un *ter'angreal* en Cairhien mientras luchaba contra Lanfear, por lo que se supone que acabó con su propia vida y con la de la Renegada. Puesto que ha localizado al Dragón Renacido y matado a otro Renegado, Be'lal, ya se la empieza a ver como una de esas heroínas legendarias. (Véase *Renegados*.)

Morgase: Por la gracia de la Luz, reina de Andor, Defensora del Reino, Protectora del Pueblo, Sede Suprema de la casa Trakand. Ahora exiliada y dada por muerta, asesinada, en opinión de muchos, por el Dragón Renacido. Su emblema consta de tres llaves doradas. La enseña de la casa Trakand es una piedra angular de plata.

Mujer Sabia: Cualquiera de las legendarias sanadoras de Ebou Dar a quienes se distingue por llevar un cinturón rojo. De sus conocimientos terapéuticos y su gran competencia con las hierbas medicinales se habla incluso hasta en las Tierras

Librodot

Fronterizas, llegando a estar considerada su labor como la mejor después de la Curación practicada por las Aes Sedai. Aunque Ebou Dar es una ciudad cosmopolita, donde los forasteros afincados en ella se unen frecuentemente a los numerosísimos gremios existentes, se da el hecho curioso de que apenas hay Mujeres Sabias que sean ebudarianas.

neutralización: La acción, realizada por Aes Sedai, mediante la cual se corta el acceso al Poder Único de una mujer capaz de encauzarlo. La mujer que ha sido neutralizada detecta la Fuente Verdadera, pero no puede establecer contacto con ella. Oficialmente, la neutralización es consecuencia de un juicio por un delito y su sentencia; la última vez que se llevó a cabo fue en el 859 NE. Las novicias deben aprender los nombres de todas las mujeres que la han padecido y los delitos por los que recibieron el castigo. Cuando ocurre de manera accidental, se lo llama «consunción», pero en la práctica se suele utilizar el término «neutralización» para ambos casos. Las mujeres que han sido neutralizadas rara vez sobreviven mucho tiempo; parecen renunciar a la vida y mueren a menos que encuentren algo con lo que reemplazar el vacío dejado por el Poder Único. Aunque siempre se había creído que la neutralización era irreversible, se ha descubierto recientemente un método de Curación, bien que parecen existir límites en su recuperación que aún tienen que ser investigados.

Padan Fain: Antaño un buhonero que comerciaba en Dos Ríos y Amigo Siniestro, fue transformado en Shayol Ghul de manera que no sólo se lo capacitó para encontrar al joven que se convertiría en el Dragón Renacido del mismo modo que un perro encuentra la presa para el cazador, sino que también se le inculcó la necesidad perentoria de hallarlo. El horrible dolor padecido mientras se llevaba a cabo dicha transformación infundió en Fain un odio profundo tanto por el Oscuro como por Rand al'Thor. Mientras seguía el rastro de al'Thor se encontró con el espíritu de Mordeth, confinado en Shadar Logoth, y éste intentó apoderarse del cuerpo de Fain. Sin embargo, a causa de la transmutación sufrida en Shayol Ghul por el antiguo buhonero, en la fusión resultante de ambos predomina en mayor medida la naturaleza Fain, el cual posee ahora unas habilidades muy superiores a las que tenía originalmente cualquiera de los dos hombres, si bien Fain todavía no las entiende ni las controla por completo. La mayoría de los seres humanos sienten miedo ante la mirada sin ojos de un Myrddraal, pero a los Myrddraal les atemoriza la mirada de Fain.

Profeta, el: Abreviatura del más ampuloso «Profeta del lord Dragón», título que reclama para sí Masema Dagar, antaño un soldado shienariano, que predica la llegada del Dragón Renacido. Ha conseguido un gran número de adeptos en Ghealdan y el norte de Amadicia, en parte por la difusión de la noticia de que el Dragón ha renacido realmente, y en parte por la extremada brutalidad con que sus seguidores castigan no sólo a cualquiera que rehúsa reconocer al Dragón Renacido, sino a aquellos que se niegan a aceptar la autoridad del Profeta como la voz y la mano del Dragón.

Renegados, los: Nombre dado a trece de los Aes Sedai más descollantes de la Era de Leyenda y, por ende, los más poderosos que se hayan conocido nunca, los cuales se incorporaron a las filas del Oscuro durante la Guerra de la Sombra a cambio de la promesa de inmortalidad y quedaron confinados junto con el Oscuro cuando volvió a sellarse su prisión. Se designan a sí mismos «los Elegidos». Sus nombres aún se utilizan hoy en día para asustar a los niños, y son: Aginor, Asmodean, Balthamel, Be'lal, Demandred, Graendal, Ishamael, Lanfear, Mesaana, Moghedien, Rahvin, Sammael y Semirhage. Los que saben algo de ellos en la actualidad creen que sólo

Librodot

Demandred y Sammael sobreviven entre los varones, y que de las mujeres sólo quedan Graendal, Mesaana, Moghedien y Semirhage. Empero, varias escaramuzas extrañas sugieren la posibilidad de que el Oscuro haya seleccionado varios Elegidos nuevos o que el alcance del Señor de la Tumba llegue, en algunos casos, más allá de la muerte.

Rhuidean: Una gran urbe, la única del Yermo de Aiel, cuya existencia es desconocida por el resto del mundo. Durante casi tres mil años permaneció abandonada, y antaño a los hombres Aiel se les permitía entrar en ella una sola vez a fin de someterse a una prueba, dentro de un gran *ter'angreal*, con la que demostraban su capacidad para convertirse en jefe de clan (sólo un hombre de cada tres sobrevivía a la experiencia), mientras que las mujeres podían hacerlo en dos ocasiones, también para pasar una prueba en el mismo *ter'angreal* y así convertirse en Sabias, si bien la media de supervivencia entre ellas era considerablemente superior a la de los varones. En la actualidad, la ciudad vuelve a estar habitada por Aiel, y el extremo del valle de Rhuidean lo ocupa un gran lago que se alimenta de un océano subterráneo de agua dulce, y que a su vez da origen al único río del Yermo.

sa'angreal: Un objeto, vestigio de la Era de Leyenda, que permite que un individuo pueda encauzar una gran cantidad de Poder Único sin sufrir daños. Un *sa'angreal* es similar a un *angreal*, pero más poderoso que éste. La diferencia en la cantidad de Poder que puede manejarse con un *sa'angreal* y la que permite esgrimir un *angreal* es equiparable a la que media entre el Poder utilizado con un *angreal* y el poseído sin ninguna clase de ayuda. Su método de elaboración se desconoce hoy en día. Al igual que con los *angreal*, también hay *sa'angreal* para su uso específico por hombres o mujeres. Quedan muy pocos ejemplares, muchísimo más escasos que los *angreal.*

Sabia: Entre los Aiel, las Sabias son mujeres elegidas por otras Sabias para instruirlas en el arte de la curación, en el uso de las hierbas y en otras materias, de un modo muy parecido a las Zahoríes. Poseen gran autoridad y responsabilidad, así como una poderosa influencia sobre los jefes de septiares y clanes, aunque a menudo estos hombres las acusen de entremeterse demasiado en sus asuntos. Algunas de estas mujeres pueden encauzar en mayor o menor grado; encuentran a todas las mujeres Aiel que han nacido con el don y a la mayoría de aquellas con capacidad para aprender a hacerlo. De acuerdo con una tradición Aiel, el hecho de que las Sabias puedan encauzar no se hace público; el resultado de esto es que muchos Aiel ignoran cuáles de ellas tienen dicha capacidad y cuáles no. También por costumbre las Sabias evitan, con mayor empeño que el resto de los Aiel, todo contacto con las Aes Sedai. Tradicionalmente, las Sabias no se involucraban en pleitos de sangre y batallas entre clanes, pero esta norma se ha roto recientemente, tal vez de manera irreparable. Aún están por verse las consecuencias que esto pueda tener sobre la inmunidad que confería a las Sabias la ideología del *ji'e'toh* seguida por los Aiel.

seanchan: Descendientes de los ejércitos enviados por Artur Hawkwing allende el Océano Aricio y que conquistaron aquellas tierras. Consideran que cualquier mujer capaz de encauzar debe estar controlada por el bien y la seguridad de los demás, y, por la misma razón, que ha de darse muerte a cualquier hombre que pueda encauzar.

Seanchan: La tierra de donde proceden los seanchan.

Shayol Ghul: Una montaña ubicada en las Tierras Malditas, más allá de la Gran Llaga, donde está encarcelado el Oscuro.

siswai'aman: En la Antigua Lengua «lanzas del Dragón», aunque el término lleva implícito un fuerte significado de propiedad. Es el nombre adoptado por muchos varones Aiel, pero por ninguna mujer. Esos hombres no reconocen ni mencionan tal nombre (en realidad ningún Aiel lo hace) pero llevan una cinta de tela roja ceñida a

Librodot

la frente, con el dibujo de un disco, la mitad blanco y la mitad negro, que queda encima de las cejas. Aunque normalmente los *gai'shain* tienen prohibido ponerse ninguna prenda que lleven los *algai'd'siswai*, muchos *gai'shain* han empezado a usar la cinta roja. (Véase *gai'shain*.)

Sorilea: Sabia del dominio Shende, una Jarra de los Chareen, con escasa capacidad para encauzar y que es la Sabia más anciana de todas, aunque no con tantos años como creen muchos.

Talentos: Habilidades en el uso del Poder Único en áreas concretas. La aptitud en los distintos Talentos varía mucho de una persona a otra y rara vez guarda relación con la fuerza de la habilidad para encauzar de esa persona. Hay Talentos mayores, de los cuales el más conocido es, por supuesto, la Curación. Otros ejemplos son la Danza de las Nubes, o control del tiempo atmosférico, y el Canto de la Tierra, que supone controlar los movimientos de la tierra, como por ejemplo prevenir u ocasionar terremotos o avalanchas. También existen los Talentos menores, a los que rara vez se les da nombre, tales como la habilidad de ver la condición de *ta'veren* de una persona o copiar la capacidad de los *ta'veren* para alterar el destino, bien que en una área pequeña y localizada que rara vez cubre más de unos cuantos metros cuadrados. En la actualidad muchos de los Talentos sólo se conocen de nombre y a veces con descripciones vagas. Algunos, como el Viaje (la capacidad de desplazarse de un sitio a otro sin cruzar el espacio que media entre ellos), empiezan a descubrirse de nuevo recientemente. Otros, como la Predicción (la posibilidad de prever acontecimientos futuros, pero de una manera general) y el Ahondamiento (la localización de minerales metalíferos y posiblemente su extracción de la tierra, aunque ahora este mismo término se utiliza para una variante de la Curación que se emplea para examinar el estado de salud y las condiciones físicas de una persona), se dan en muy contadas ocasiones. Otro Talento que se tenía por perdido desde hace tiempo es el del Sueño, en el que se incluye, entre otras cosas, la interpretación de los sueños de la Soñadora para augurar eventos futuros de una manera más específica que en el caso de la Predicción. Algunas Soñadoras estaban dotadas para entrar en el *Tel'aran'rhiod*, el Mundo de los Sueños, y se dice que incluso en los sueños de otras personas. La última Soñadora conocida fue Corianin Nedeal, que falleció en el 526 NE, pero actualmente hay otra, si bien su condición es conocida por pocas personas.

Tallanvor, Martyn: Lugarteniente de la Guardia Real. Ama a Morgase más que a su propia vida o a su honor. (Véase *Morgase*.)

ta'veren: Una persona en torno a la cual la Rueda del Tiempo teje los hilos vitales de quienes se hallan a su alrededor, quizá de la totalidad de los hilos de las vidas. Se sabe muy poco de este tipo de tejido, salvo que parece, en muchos sentidos, una alteración del azar, de modo que lo que sólo es posible que ocurra, pasa, bien que únicamente en raras ocasiones. El efecto de este tejido es a veces muy localizado; por ejemplo, alguien influido por un *ta'veren* puede decir o hacer cosas que sólo habría dicho o hecho una vez entre un millón encontrándose en esas mismas circunstancias, o tienen lugar sucesos que parecen imposibles, como que un niño se precipite desde una torre de treinta metros y salga indemne de la caída. Otras veces los efectos parecen extenderse de modo que influyen en la propia historia, aunque a menudo es a través de los efectos localizados. Se cree que ésta es la verdadera razón de que nazcan *ta'veren*, a fin de que cambien la historia y devuelvan el equilibrio a los giros de la Rueda.

Tear: Una nación a orillas del Mar de las Tormentas y su capital, una gran ciudad portuaria. El emblema de Tear es tres lunas crecientes sobre un fondo mitad rojo y mitad dorado. (Véase *Ciudadela de Tear*.)

Librodot

ter'angreal: Una clase específica de los objetos que quedaron de la Era de Leyenda que utilizan el Poder Único. A diferencia de los *angreal* y *sa'angreal*, cada *ter'angreal* fue creado para realizar una función concreta. Las Aes Sedai usan algunos de ellos, pero desconocen los cometidos originales de la gran mayoría. Unos requieren que se encauce para funcionar, mientras que otros puede utilizarlos cualquier persona. Algunos causan la muerte o destruyen la capacidad para encauzar de cualquier mujer que los utilice. Como ocurre con los *angreal* y los *sa'angreal*, su método de elaboración se desconoce desde el Desmembramiento del Mundo. (Véanse *angreal* y *sa'angreal.*)

Thom Merrilin: Un juglar muy poco corriente y viajero empedernido.

Valda, Elmon: Un capitán de los Hijos de la Luz, un hombre impaciente y radical, partidario del refrán «no se puede hacer tortilla sin romper huevos» y que cree que en ocasiones es necesario prender fuego al granero para librarse de las ratas. Se considera a sí mismo una persona práctica y aprovechará cualquier situación ventajosa que se le presente. Está convencido de que Rand al'Thor no es más que un títere de la Torre Blanca y que seguramente ni siquiera puede encauzar. El odio a los Amigos Siniestros (lo que, por supuesto, incluye a las Aes Sedai) es el pilar fundamental de su vida. (Véase *Hijos de la Luz.*)

Librodot